El médico del tiempo

Ann Benson

Traducción de Alberto Coscarelli

Grijalbo

El Medico Del Tiempo

Sobrecubierta

None

OceanofPDF.com

El Medico Del Tiempo

Sobrecubierta

None

OceanofPDF.com

Grijalbo

El médico del tiempo

Ann Benson

Traducción de Alberto Coscarelli

Título original: *The Physician's Tale*
Primera edición: enero, 2008
© 2006, Ann Benson
© 2008, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2008, Alberto Coscarelli Guaschino, por la traducción
Printed in Spain - Impreso en España
ISBN: 978-84-253-4173-1
Depósito legal: B.47.863-2007
Compuesto en Fotocomp/4, S. A.
Impreso en Litografía SIAGSA
Encuadernado en Cairox Services
GR 4 1 7 3 1

ADVERTENCIA

Este archivo es una copia de seguridad, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos **debes saber** que **no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo**. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran. Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Adem{s, realizamos la siguiente…

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que **un libro es siempre el mejor de los regalos**. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas

que adquirir un obsequio.

y la siguiente…

PETICIÓN

Libros digitales a precios razonables.

Para Jennifer Robinson y Jackie Cantor,
profesionales de la prosa

La autora desea expresar su extrema y eterna gratitud a la editora Anne Groell por su inspirada ayuda
en la realización de este libro.

Prólogo

Era la primera primavera después de un largo y duro invierno que trajo por segunda vez la plaga llamada DR SAM. El sol tenía el brillo propio de abril, pero el viento parecía haberse quedado en marzo; rugía por la ladera de la montaña con la ferocidad de un león, y levantaba olas en la superficie de la rápida corriente del río. Delgados tallos verdes luchaban por abrirse paso entre los tenaces restos de hielo adosados a las riberas. El agua era casi opaca por el fango y los desechos que arrastraba corriente abajo, como cada año. Para junio se acabaría el arrastre de sedimentos y el agua volvería a ser clara como el cristal, hasta el fondo del río.

Desde la silla de sus caballos, Janie Crowe y Tom Macalester —marido y mujer— miraban el puente que unía los campamentos.

—No lo sé —dijo Tom—. No me gusta el aspecto de lo que hay allá abajo.

—A mí tampoco —respondió Janie.

Se suponía que los trolls gobernaban la tierra que se extendía bajo los puentes del mundo. Pero debajo del que conectaba Northampton con Hadley había colonias de vagabundos que huían del DR SAM y que no podían —o no querían— unirse a alguno de los grupos de supervivientes formados en el valle. Eran los bribones, la mala semilla que nadie quería. Se habían agrupado en terribles bandas de malhechores que robaban todo lo que podían a quienes necesitaban cruzar el puente.

Tom miró a un extremo y otro del río.

—Dios, cualquiera habría pensado que a estas alturas alguien había comenzado un servicio de transbordadores.

—Quizá alguien lo intentó —señaló Janie—. Quizá lo expulsaron.

—No veo ninguna otra manera de cruzar. —Tom señaló río arriba—. En agosto probablemente habríamos podido hacerlo por el vado que había unos

cien metros más arriba. Pero ahora...

8

La corriente era demasiado veloz, por muy fuertes que fuesen los caballos.

—Creo que entonces tendremos que atravesar el puente.

—Sí, eso creo.

Por un momento, Janie miró hacia el sur a lo largo de la costa. Antes había sido un lugar de recreo, un lugar maravilloso abierto a todos los que podían llegar allí. Los bajos del río se extendían bien adentro, así que los niños podían jugar en el agua, que les llegaba a la altura de la cintura hasta casi unos quince metros de la orilla; las embarcaciones más grandes solo podían navegar en el centro de la corriente. Se había convertido en un lugar de reunión para pequeñas embarcaciones de placer de toda clase: piraguas, kayaks, motos acuáticas, lanchas motoras, pontones... En el calor de agosto, era la mejor manera de pasar un día en Massachusetts.

Ahora era un obstáculo, un frío e imponente desafío. Para llegar a su destino, Tom y Janie tendrían que cruzarlo.

—Pasamos ahora o nos volvemos —manifestó Tom—. Si queremos aprovechar la luz del día, no podemos retrasarnos.

Pasaron diez segundos.

—Adelante —dijo Janie.

—De acuerdo —respondió Tom—. Galoparemos a toda velocidad y no nos detendremos. ¿Comprendido?

Su esposa asintió con aire grave.

—De acuerdo. ¿Preparado?

—Preparado.

Tom fustigó su caballo con el látigo de cuero, y el castrado salió como una flecha. Janie clavó las espuelas a la yegua, que se desprendió de la dócil naturaleza que su amazona había llegado a amar y se convirtió en un purasangre de carrera.

Los cascos de los caballos retumbaron con estrépito en el puente; debajo de él se despertaron los renegados y se prepararon para la acción. Mientras Janie y Tom se acercaban a la bajada del puente, donde se unía con la carretera al otro lado, los trolls que vivían debajo del acero y el cemento invadieron lo que quedaba de calzada. Avanzaron hacia el centro de esta, por donde galopaban los caballos, y con sus manos como garras intentaron

sujetar a los asustados animales, buscando cualquier agarradera que les permitiese tumbar al jinete y quedarse con el caballo.

Janie sintió unas manos en el muslo y las apartó con un golpe de látigo. Entonces vio a un hombre sucio y harapiento que sujetaba el bocado de la yegua. Sacó un pie del estribo y le dio un puntapié con todas sus fuerzas. El asaltante cayó hacia atrás, con las manos en la mandíbula. Vio que Tom se había desembarazado de sus atacantes y la esperaba en el borde de la carretera.

9

—¡Vamos! —la animó—. ¡Ya casi estás aquí!

Incapaz de mirar, Janie cerró los ojos y confió en su caballo. No podía hacer otra cosa.

De alguna manera se encontraron sanos y salvos al otro lado, con los trolls derrotados... por el momento.

—Eres toda una guerrera —la felicitó Tom.

—No —respondió ella, temblando de pies a cabeza—. No lo soy.

—Pero lo hemos conseguido. Hemos cruzado el puente. El resto del viaje será fácil.

Janie pensó que era una suerte que aún les quedase una hora hasta la biblioteca; necesitaría ese tiempo para recuperar la compostura y que Myra Ross no la viese en tal estado de nervios. Pero su ansiedad disminuyó cuando se acercaban al destino.

Y reapareció cuando llegaron, porque el lugar parecía desierto. Janie se ciñó el abrigo mientras avanzaba con cuidado entre las ramas y hojas amontonadas en la entrada de la biblioteca. Se hizo sombra con una mano sobre los ojos y miró el vestíbulo a través del cristal esmerilado, con la esperanza de ver señales de vida. Al no ver a nadie, intentó abrir la puerta.

—Está cerrada —le dijo a su marido. Golpeó para ver si alguien la atendía, pero no apareció nadie. Volvió a golpear, esta vez más fuerte, con el puño enguantado—. No hay nadie.

Tom se apeó del caballo.

—¿Hay una entrada trasera?

—Sí, pero es una salida de incendios —repuso Janie—; no se puede abrir desde el exterior.

—Muy bien, déjame que pruebe —dijo Tom. Movió el pomo con todas sus fuerzas, pero no cedió. Miró a su esposa con una expresión desconsolada—. ¿De verdad quieres entrar?

—Para eso hemos venido hasta aquí.

—Puedo romper el cristal, pero entonces el lugar ya no será seguro. Janie miró la puerta durante unos momentos, y pensó en los tesoros que había en el interior. Para el ladrón vulgar, los libros y los manuscritos tendrían poco valor. Solo un conservador de antigüedades tendría interés en ellos.

—Si está aquí —dijo Janie—, nos la llevaremos con nosotros, así no tendremos que preocuparnos por ella. Si no está... no lo sé. Las cosas que colecciona no se pueden reemplazar.

—Al igual que ella —repuso Tom.

Janie apretó la nariz contra el cristal y miró una vez más. Una pequeña figura se movió entre las sombras.

—¡Veo a alguien! —Llamó con fuerza, pero la figura no reapareció. Se volvió hacia su marido—. Tendremos que entrar.

10

—Vale —dijo Tom, que sacó su revólver—. Apártate.

Disparó al cristal de la puerta, cerca del pomo. El cristal se rajó, pero no se rompió.

—¡Maldita sea! No bromeaba cuando dijo que este lugar estaba blindado.

¿Estás convencida de que quieres hacer esto?

—Sí.

—De acuerdo. Solo quería estar seguro antes de usar balas que no podremos reponer.

Disparó una vez más contra el pomo. El eco del disparo resonó en sus oídos y aparecieron más grietas, pero el cristal resistió. Mascullando para sus adentros, Tom cogió la cuerda que llevaba en el arzón de la silla. La dobló, la deslizó por el pomo de la puerta y la volvió a atar alrededor del arzón. Luego montó de nuevo y clavó las espuelas. El animal arrancó con un relincho de protesta. A los pocos pasos la puerta se abrió y los cristales cayeron como placas de hielo sobre el suelo de cemento.

Janie pasó sobre los cristales y probó las puertas interiores, que se abrieron sin dificultad. Tom ató los caballos, y después él y Janie entraron en el vestíbulo.

—¡Hola! —llamó Janie.

Su voz resonó en las paredes desnudas; ya no había objetos expuestos como la última vez que había estado allí, en el pasado.

Anduvieron unos pocos metros por el vestíbulo principal. De pronto, Tom sujetó el brazo de Janie para detenerla y señaló a su izquierda. Janie miró hacia donde le señalaba. En la penumbra era difícil distinguir detalles, pero vio un movimiento. Una cabeza asomó por una puerta y después desapareció con la misma velocidad.

—Tú quédate aquí —dijo Tom en voz baja.

Janie lo sujetó por el brazo y susurró:

—Donde vas tú, voy yo.

Él sabía que no era prudente protestar, así que avanzaron silenciosamente por el vestíbulo, bien pegados a la pared, hasta llegar al hueco de la puerta. Con el arma levantada, Tom asomó la cabeza y distinguió una figura pequeña y delgada.

—Hola...

Una voz ronca pero desafiante respondió:

—No se acerque. Tengo un arma. Aquí no hay nada más que libros viejos, así que márchese.

El acento era inconfundible.

—¡Oh, Dios mío, Myra! Soy yo, Janie, y Tom está conmigo. Siguió un largo gemido de incredulidad. Janie entró en la habitación antes de que su amiga de antaño hablase de nuevo.

—¡Alto! ¡Por favor! ¡No te acerques más!

—Pero ¿por qué...?

—Estoy enferma.

Janie se detuvo en el acto, y lo mismo hizo Tom. Ambos se pusieron las máscaras que llevaban colgadas alrededor del cuello.

Se encendió una cerilla, y Myra Ross prendió una vela. Levantó la luz hasta alumbrar su rostro.

Janie no pudo evitar una exclamación de sorpresa. Dio otro paso adelante.

—Quizá te pueda ayudar.

Myra soltó una amarga carcajada.

—Dime, mi «hija» doctora, ¿has podido ayudar a alguien más con este problema?

Janie no necesitó responder.

—¿Cuánto tiempo llevas enferma? —preguntó en voz baja.

—Desde anoche.

Solo unas horas, y ya estaba así; no se contaría entre los que duraban varios días. Se iría rápido.

Janie sabía que era una bendición.

—Myra, lo siento muchísimo.

—Sí. Yo también. Después de todo lo que he pasado, ahora me pilla esto. Que acabará conmigo.

—Quizá no lo haga —replicó Janie, expresando una esperanza que no sentía de verdad—. Algunas personas mejoran.

—No las señoras mayores. No, esta vez me ha llegado la hora. —Tosió en la mano y se limpió la flema en el pantalón—. Mi madre, que en paz descanse, se habría escandalizado de haberme visto hacer esto. Pero se me han acabado los pañuelos. ¿Vienes a visitarme, o te trae algún otro asunto?

Janie y Tom cruzaron una mirada y se entendieron en silencio. El plan de llevarse a Myra a su campamento ya no tenía sentido. Finalmente, Tom dijo:

—Hemos venido a recoger el libro, si estás dispuesta a dárnoslo. Sabes que nosotros lo cuidaremos bien.

—¿Dispuesta? —Hizo un pequeño esfuerzo por reírse—. Ahora mismo me pondría de rodillas para darle gracias a Dios, si creyese que luego me podría levantar. Por favor, lleváoslo. Moriré feliz sabiendo que está en buenas manos.

—Tosió con más fuerza que unos minutos antes, y el sonido fue como el de una matraca. Myra se puso una mano en el pecho—. Me está llenando los pulmones

—dijo, y jadeó en busca de aire—. Ahora puedo sentirlo de verdad. Janie se maldijo a sí misma por no haber acudido antes. Recordó la conversación mantenida entre ella y Tom, varios meses atrás, poco después de su casamiento.

—Podría venir a vivir con nosotros en la montaña.

—Nunca dejará sus libros, lo sabes bien.

12

—Por favor, Tom, no podré dormir por las noches; ha sido como una madre para mí.

—No sabes con qué nos encontraremos... Allí no todos están muertos. Tenía razón en ser prudente, como había demostrado su encuentro con los que vivían debajo del puente. Sin embargo, la difícil discusión todavía sonaba en los oídos de Janie.

—Myra ha permanecido aislada, así que quizá esté bien, pero se sentirá sola y asustada y...

—Somos presa fácil. Además, en tu estado, necesitamos tener cuidado.

—Estaré bien, Tom —había contestado en aquella ocasión.

—Todo irá bien, Myra —dijo ahora en voz alta.

—¿Cómo podrá ir todo bien?

Siguió un silencio que rompió Tom.

—¿Dónde está?

Una tos salió de las profundidades del pecho de Myra.

—En la caja de seguridad. —Hizo un gesto con la mano, como si quisiera indicar que debían seguirla—. Manteneos apartados.

—Dime dónde está, y nosotros lo buscaremos.

La frágil mujer consiguió respirar lenta y profundamente sin toser y eso pareció devolverle fuerzas.

—Por favor —dijo, midiendo cada palabra—. Es una bendición saber que me iré en un *mitzvah*.

Hizo otro gesto, para que Tom y Janie se apartasen, y luego avanzó con pasos cortos y dificultosos. Cuando pasó a su lado, Janie vio con horror la gravedad de la enfermedad de Myra. Siempre había sido esbelta, pero ahora estaba demacrada. Lo que quedaba de piel en sus huesos se veía oscura y arrugada.

Los llevó más allá del vestíbulo principal, y entraron en una serie de despachos desprovistos de los muebles y los equipos que una vez habían contenido. Los niños llenaban antaño estas habitaciones, con su charla entusiasta, siempre felices de alejarse de la prisión de la escuela por cualquier motivo. Ahora, sin las risas, la vitalidad y muchas de sus antiguas colecciones, el Hebrew Book Depository parecía un lugar desierto.

Myra siguió caminando; el propósito pareció dar fuerza a sus pasos, y por un momento Janie notó en su voz algo del legendario valor de la mujer.

—Los contuve durante mucho tiempo —comentó mientras caminaba—. Sola. Fue como cuando yo era joven en Israel. —Dejó de caminar y volvió a ser la mujer vieja y enferma en que se había convertido—. Pero finalmente consiguieron entrar. Cuatro hombres. En realidad, unos chicos. Salí por unos minutos. Estaba tan harta de mí misma que necesitaba escuchar el canto de los 13

pájaros y el viento. Por una vez me descuidé y dejé la puerta abierta. Debían de estar vigilando. Entraron sin más y se llevaron todo lo que

pudieron. Apoyó una mano en la pared para mantener el equilibrio.

—Uno de ellos tosía. El pequeño cabrón. —Después de unas cuantas laboriosas respiraciones, añadió—: Está al otro lado de aquella puerta. Entrad, y yo os diré la combinación. Tiene el aspecto de un surtidor de agua. Tom miró a Janie.

—Adelante. Yo me quedaré aquí —le dijo.

Ella asintió. Un momento después estaba arrodillada delante de la caja de seguridad.

Entornó los ojos para distinguir los números en la débil luz y fue girando el dial. Después de la última vuelta, oyó cómo se deslizaban los cierres. Necesitó de toda su fuerza para mover la palanca, que se había endurecido por la falta de uso. En el interior encontró una pila de libros y manuscritos. Los sacó todos y los colocó en el suelo delante de ella. Por la mitad, guiada por el tacto, encontró el diario. Cerró los ojos y lo apretó contra su corazón durante unos instantes. A pesar de la urgencia de la misión, se permitió un momento para sentir su maravilloso peso en las manos.

Salió de la habitación con el volumen apretado en sus brazos. La cera caliente goteaba sobre la mano de Myra mientras sostenía la vela en alto, pero no parecía darse cuenta.

—Ya lo tienes; muy bien.

Tosió muy fuerte, y el vientre se le sacudió con cada espasmo. Levantó la mirada y se encogió de hombros, y Janie vio en su rostro la comprensión de lo que iba a pasar.

—Creo que es hora de volver a mis mantas —dijo Myra.

Se volvió lentamente, vela en mano, y se fue por donde había venido. Janie y Tom la miraron, impotentes, mientras ella se acostaba en la pila de mantas que sería su lecho de muerte. Tardó unos minutos en acomodarse, pero finalmente se quedó quieta.

—Idos. Salid de aquí.

—Nos quedaremos contigo hasta... ya sabes...

—No. No os quedaréis. Dejadme en paz. No quiero que nadie vea esto. Janie se movió hasta ponerse en la línea de visión de Myra.

—Te enterraremos cuando... esto se acabe.

—No, no lo haréis. No os atreváis a tocarme. No quiero que Dios me pregunte cuando llegue al cielo por qué dejé que tú también enfermases. Janie se quedó callada un momento; después, con voz muy suave, preguntó:

—¿No tienes miedo?

Ella inspiró a fondo y habló lentamente, con pequeñas pausas para respirar. 14

—No, *Maidie*, ahora no. Se supone que las viejas debemos morir. Me habría gustado tener un poco más de tiempo, pero en un mundo mejor que este... Tuve miedo en Auschwitz cuando era pequeña. —Señaló con un movimiento de cabeza el libro que Janie tenía en los brazos—. Mi trabajo está hecho.

—El pelo y las escamas de piel que me diste del otro manuscrito... funcionaron —dijo Janie al cabo de unos segundos.

Myra levantó un poco la cabeza.

—¿Funcionaron para qué? ¿Para ayudar a aquellos niños?

—Sí, para eso, pero hay más. —Janie no pudo evitar una sonrisa—. Estoy embarazada.

Myra dejó caer la cabeza sobre las mantas. Janie oyó que susurraba una oración, aunque no entendía las palabras.

—Dios bendito, ¿es verdad?

Janie asintió.

—Ahora puedo morir feliz.

Cerró los ojos. Janie y Tom se quedaron a cierta distancia, observándola. Sus toses se hicieron más frecuentes durante un tiempo, y luego comenzaron a disminuir. En menos de una hora, cesaron del todo. Inspiró profundamente y después soltó el aire. Fue su último movimiento en este mundo. 15

1

En el tiempo de la *pestis secunda*, Alejandro Canches sabía muy bien el miedo que producía una llamada fuerte, así que golpeó suavemente en la puerta de William y Emily Cooper. Emily abrió, con los ojos enrojecidos por el llanto. La mujer lo saludó con un gesto y se acomodó un mechón de pelo bajo la cofia blanca.

—He estado sentada a su lado toda la noche —le dijo al médico—. Sufre, pero aguanta. Pasa, míralo por ti mismo.

—Su resistencia es notable —afirmó Alejandro al entrar. William Cooper había atravesado hacía mucho el umbral que conducía a la etapa agónica de la peste, pero se aferraba tenazmente a la vida. Iluminando el camino con una vela, la mujer lo acompañó hasta el lecho del enfermo. El rostro del tonelero era todo lo que se alcanzaba a ver, pues estaba tapado

hasta la barbilla. El sudor, secado cuidadosamente por la esposa durante la noche, se había acumulado de nuevo durante su breve ausencia y, a la luz de la vela, brillaba en la frente de William. Este tenía los ojos cerrados, y no los abrió ni siquiera al oír las voces.

Alejandro se cubrió la nariz para protegerse del pútrido olor de la peste y apoyó la cabeza en el pecho del hombre. Los latidos del corazón, aunque débiles, eran sorprendentemente firmes. Palpó los bubones del cuello y las axilas del hombre. Aunque lo hizo con mucha suavidad, William gimió de dolor.

—Lo siento —susurró Alejandro—. No quería causarte dolor.

«En primer lugar, no hagas daño», se recordó a sí mismo. Los bubones estaban duros, pero no más que en su último examen dos días antes. La coloración azul oscura parecía casi la misma.

—Quince días —le dijo el médico a Emily al apartarse—. Me resulta incomprensible. Tus cuidados han sido excelentes.

16

—No puede ser el resultado de mis esfuerzos —replicó ella—. No he hecho más que secarle el sudor de la frente.

Alejandro se lavó las manos en la palangana con agua que le alcanzó Emily y se las secó con la toalla que colgaba de su antebrazo. Se había convertido en una práctica habitual entre ellos durante el curso de la enfermedad de William, solo que esta vez ella evitó hacer cualquier comentario sobre su obsesión con lavarse las manos.

—No se puede hacer nada más. Ahora está en manos de Dios. —No añadió

lo que para él era obvio: que hacía tiempo que el destino de Cooper le pertenecía a Dios—. Que haya vivido tanto tiempo en este estado de letargo parece casi una aberración de la naturaleza.

Pero años de práctica médica le habían enseñado muchas de estas curiosidades, y, con el paso del tiempo, había llegado a la conclusión de que tales aberraciones solían ser parte del esquema divino. Se preguntó qué habría dicho Guy de Chauliac de esta idea y, por enésima vez, deseó una oportunidad para discutirlo con su amigo y mentor.

En el momento de marcharse, la mujer lo sujetó por un brazo.

—Mi marido dijo que debemos pagarte.

Él nunca le había pedido dinero; sabía que apenas si tenían para comer.

—No. No quiero que me pagues. No necesito nada. Pero, por favor, dime una cosa. En todo el tiempo desde que os conozco, nunca hemos hablado de por qué tu marido escogió traerte a vivir entre los judíos, cuando, como cristianos, podíais vivir en cualquier otra parte de la ciudad. Quisiera saber la razón. Ella titubeó brevemente, como si estuviese valorando si podía confiar en él. Al fin decidió responder.

—Tuvimos que dejar nuestro pueblo, un lugar llamado Eyam, al pie de los Picos. Estaba junto a uno de los cotos de caza favoritos del rey. —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Fue un invierno muy duro; teníamos frío y hambre.

En su mente, Alejandro vio a De Chauliac en su puerta en el terrible invierno de 1357, y se estremeció sin darse cuenta al recordar el intenso frío y el hambre brutal. Recordó las amargas palabras que le había dicho al francés aquel día.

—No eres bienvenido aquí.

—No —había replicado De Chauliac—, pero me necesitas. La comida que había llevado de París les había salvado la vida.

—Los guardabosques sorprendieron a mi marido cazando —oyó ahora decir a Emily Cooper—. Dijeron que estaba dentro de los límites del coto, pero él jura que estaba fuera. No tenía importancia; el rey lo habría mandado ahorcar de todas maneras.

Alejandro la miró con curiosidad.

—Pero no lo hizo.

—No, no pudo. Nuestro hijo fue a rescatar a Will; sencillamente habían encerrado a mi marido en una jaula, sin grilletes. Uno de los guardias estaba borracho, así que el chico consiguió liberarlo.

—Un hijo valiente y digno.

—Sí —dijo la mujer con tristeza—. Un hijo perdido. —Con una punta del delantal se secó los ojos de nuevo y después miró al médico—. El guardabosque se despertó y lo atravesó con una flecha cuando escalaba la pared detrás de su padre.

Él bajó la mirada en señal de respeto.

—Lo siento mucho.

Emily respondió a su compasión con un gesto y volvió al lado de su marido. Le secó la frente con la punta húmeda del delantal y luego se sentó en la silla junto a la cama. En su rostro apareció una expresión dura y

distante que Alejandro nunca le había visto antes. Ella le dirigió una última mirada, y el médico sintió la tácita acusación.

Durante unos momentos, consideró darle a la esposa de William algo de su propio oro, pero no quería avergonzarla. Lo mejor era marcharse sin más.

—Mi señor —dijo el escudero, con una profunda reverencia al rey.

—Ah, Chaucer. Siempre tan dispuesto. Confío en que tu señor Lionel pueda prescindir de ti por unos momentos.

Como si pudiese haber alguna duda.

—Sí, sire. Él y lady Elizabeth han salido a tomar el aire.

—Bien. Hoy hace muy buen día. Mi propio escribiente está ocupado en este momento con otros asuntos, y necesito dictar unas cartas. Como sabía Chaucer, esto significaba que el escribiente había vuelto a beber demasiado y no se podía confiar en su exactitud. Había corregido muchos de los errores del hombre; en general se los podría haber considerado divertidos, si no hubieran implicado asuntos de Estado.

—Por supuesto, sire —respondió el joven—. Será un honor. El rey Eduardo III le señaló una esquina de la habitación.

—Allí encontrarás todo lo que necesitas, en el escritorio. Mientras Geoffrey Chaucer recogía el recado de escribir y el pergamino de la mesa con tablero de mármol, el rey añadió:

—Confío en que mantendrás esta correspondencia en el más absoluto silencio. Mi hijo habla con gran estima de tu discreción. Estas cartas son cruciales para nuestro bienestar, así que registra mis palabras exactamente. Se aclaró la garganta y comenzó a dictar.

—Su Santidad —dijo.

18

Siguió un largo y florido saludo; Chaucer lo repitió en silencio al unísono con el rey, porque lo había escrito muchas veces.

Luego el rey fue al grano:

Nos complace anunciar que nuestra amada hija Isabella ha aceptado

—por supuesto, pendiente de vuestra aprobación— la propuesta de matrimonio del barón Enguerrand de Coucy. Solicitamos vuestro permiso para publicar las amonestaciones de sus nupcias en la fecha más próxima posible.

Chaucer casi dejó caer la pluma. Manoteó torpemente para recuperarla y tuvo que mirar la página para ver si se había caído alguna gota de tinta. No

vio ninguna, así que escribió a toda prisa para no quedarse atrás.

Al mismo tiempo, quiero pediros un gran favor personal. Tengo una hija, nacida de una mujer que una vez sirvió a mi querida reina. Deseo reconocerla como de mi propia progenie y acogerla en mi casa como una princesa de Inglaterra. Confieso mis pecados y suplico humildemente vuestra intervención con Dios en el cielo para que se me perdone, no solo por mi depravado acto de adulterio sino también por mi fracaso para hacerme cargo de esta hija adecuadamente en el pasado. Sin duda, este es un pecado tan grave como el que resultó en su concepción.

El rey hizo una pausa, como si considerase cómo proseguir. Miró al joven escudero.

—¿Qué dices tú, Chaucer, que eres tan hábil con las palabras? —preguntó—. ¿Transmito el sentimiento adecuado, no demasiado atrevido, pero tampoco demasiado humilde?

Chaucer apenas si podía hablar.

—Respecto a la princesa Isabella y al barón... Habláis de vuestra intención con mucha claridad, pero le dejáis al pontífice margen para que os haga sudar un poco. Muy sabio.

—Lo mismo pienso yo. —El monarca sonrió.

—¿Puedo ser tan atrevido como para preguntaros, sire, si la hija a la que os referís es lady Kate?

El rey lo miró con cierta suspicacia.

—Puedes, y mi respuesta es sí.

—Entonces, sin duda, sire, vuestros sentimientos son correctos. Sinceros, pero no demasiado almibarados. Hacéis vuestra petición respetuosamente, pero no os humilláis ante el Papa, lo cual, dada vuestra propia majestad, sería por supuesto inapro...

—Gracias, Chaucer. —El rey se aclaró la garganta y continuó.

Deseo que esta hija también se case. Estuvo casada una vez pero ahora es viuda, así que no necesitamos preocuparos con la anulación. Su fecundidad ya ha sido demostrada. A la vista de esta y otras valiosas cualidades que posee, estamos discutiendo un arreglo adecuado con una prominente familia francesa aliada a De Coucy. Como siempre, recordamos que tales arreglos se hacen pendientes de vuestra aprobación y bendición. Mi reina, a pesar de saber de mi pecado, ha aceptado graciosamente que este es el camino correcto.

Había más; Chaucer escribía, intentando no permitir que la sorpresa de las noticias lo distrajese. Tan solo con el mayor de los esfuerzos consiguió

contenerse. ¡Por fin se revelaba el origen del desasosiego! Durante semanas la atmósfera en el castillo de Windsor había sido tensa y fría, y Chaucer había comenzado a preguntarse si una vida de servicio a la realeza era una sabia decisión. En ocasiones se había visto que el rey y la reina, normalmente una pareja afectuosa, se comportaban de una forma muy crispada el uno con el otro. Entre los sirvientes y los cortesanos corrían rumores de que la reina había descubierto la relación entre el rey y su última amante, lady Alice, y que estaba montándoles un escándalo a ambos, de la misma manera que había hecho desgraciada a la dama que era la madre de Kate. Pero todos creían que ella sin duda ya lo sabía, dado que el rey no había hecho ningún esfuerzo por ocultar su admiración hacia la joven. Todos estaban de acuerdo en que seguramente había algo más.

¡Había mucho más, ahora que se había revelado! Chaucer escribió todos los otros pequeños asuntos que el rey presentaba al Papa, aunque apenas si prestaba atención. Cuando acabó, le entregó el pergamino al rey Eduardo, quien lo leyó rápidamente y firmó el documento.

El rey extendió la palma abierta.

—Lacre —dijo.

El joven se apresuró a ir a la mesa, buscó hasta encontrar la cera y volvió. El rey dobló el pergamino en tercios y utilizó una vela para fundir el lacre rojo sobre ella, y después estampó su sello. Tras esperar un momento para que se enfriase, cogió la carta y depositó en ella un sonoro beso.

—¡Para tener suerte! Confiemos en que esta vez obtengamos lo mejor, maese Chaucer.

—Esperemos que sí, sire. —Salió de la habitación con una reverencia y echó

a correr.

20

La joven que era objeto de la petición del rey había vomitado hasta los intestinos en el cruce del canal, cuando los soldados del rey la habían traído desde Francia, siete años antes. Chaucer, que también tenía diecisiete años en aquel entonces y acababa de ser rescatado de los franceses, la había mirado con compasión mientras la nave cabeceaba en las olas del mar helado. Ella llevaba los grilletes de un vulgar criminal en las piernas, y a Chaucer le dolía ver la sangre que goteaba por los tobillos y sobre los

zapatos. Nadie le había ofrecido ningún tipo de consuelo, aunque lo necesitaba con urgencia. Él lo habría hecho, de no haber comprendido que ese viaje era parte de su castigo. Se había preguntado el porqué del castigo. La muchacha era valiente, inteligente y de una gran belleza, y había vivido su vida con mucha más dignidad de lo que parecía posible dadas las circunstancias. A los diecisiete años, Katherine Karle ya era viuda y apenas si se había recuperado de un parto difícil. ¿Cómo podían ser los dioses tan despiadados?

«Claro que pueden», pensó. La joven no había visto a su hijo desde el día de su nacimiento. Además, consideró las palabras que acababa de escribir en nombre del rey.

Específicamente, el barón de Coucy ha pedido que la alianza entre nuestras familias se cimente todavía más con la unión entre su primo el barón de Benoît y una «inglesa de alcurnia», por lo que yo entiendo que debe ser un miembro de nuestra familia más cercana. ¿Qué pariente más cercano que mi propia hija? Como sabéis, santidad, hemos tenido dificultades para arreglar un matrimonio verdaderamente adecuado para nuestra animosa Isabella; os evitaré aquí una recapitulación de sus virtudes, porque estoy seguro de que han llegado a vuestros oídos por otros labios. No me agradaría que la boda entre Isabella y De Coucy se viera perjudicada por un fracaso respecto a su primo, por quien parece sentir un muy profundo afecto.

El primo de De Coucy era un cobarde quejica y peludo que superaba sus muchas faltas con bestiales rabietas cuando las cosas no salían como él quería. Que el rey quisiera entregarle a la maravillosa Kate parecía algo totalmente incomprensible. «Pero se ha quedado sin hijas mayores — comprendió

Chaucer—. Tiene que inventarse otra como sea, para sellar el acuerdo para Isabella.» La reina se había secado; los hijos tenidos por Alice Perrer con el rey eran bebés. Joanna había muerto hacía tiempo, durante la primera aparición de la peste, en el año 1348, después de la batalla de Crécy.

¡Quisiera Dios que todo saliera bien! La mimada e insolente Isabella tenía treinta y tres años, era una princesa y, sin embargo, después de cinco intentos por casarla, seguía siendo una solterona; era antinatural. 21

Pero no tan antinatural como lo que estaba a punto de sobrevenir a su hermanastra, pensó Chaucer.

Emily Cooper sacó las sábanas del jergón de paja de su marido, las hizo una bola y después las arrojó al fuego, como le había indicado el médico. Se quedó

con una manta; la necesitaría para ella. Habían ido a buscar el cadáver del tonelero hacía menos de una hora, con sus picos de halcón y las oscuras capuchas.

—No creáis que esas cosas os protegerán —les dijo a los hombres que habían ido a llevarse a su marido muerto en el carro. Los siguió hasta la calle, para continuar con sus advertencias—. ¡He visto a muchos muleros caer por la peste, y ellos se habían envuelto en mortajas para mantenerla a raya!

Los encapuchados no le respondieron, porque ninguno entendía el inglés. Finalmente, cuando acabaron de tapar el carro con la tela que ocultaba a los muertos de los horrorizados ojos de los vivos, uno de ellos se le acercó para preguntarle en el detestable francés que ella apenas comprendía:

—*C'est votre mari qui est mort, non?*

—¿Eh? —replicó ella, deseando que él le hablase en inglés.

—Viuda —dijo el hombre, después de encontrar la palabra.

—Sí —asintió Emily.

—*Allez au palace toute de suite. Il y aura une pension pour vous*. El hombre agachó la cabeza ligeramente, después se volvió y se subió al pescante.

Ella había comprendido «pensión» y «palacio».

La viuda se apresuró a hacer lo que le había aconsejado, porque, cuando contó las monedas que quedaban en la bolsa de su marido, vio que solo había unas pocas. Se echó un chal sobre los hombros y salió del gueto para ir al majestuoso palacio del Papa, en busca de misericordia. Las angostas calles de Aviñón le recordaron a Londres; había estado allí

una vez con su marido para visitar a su cuñada, que se había casado con el sirviente de uno de los primos lejanos del rey y ahora cocinaba en una gran mansión. El recuerdo le produjo una punzada de celos, porque su cuñada vivía en suelos de piedra, y no en la tierra apisonada de Eyam. Sin embargo, Eyam era su casa, y la echaba mucho de menos.

«Pensión», le dijo al guardia que vigilaba la puerta del palacio papal. Las altas torres blancas del lujoso castillo, que se alzaban detrás del

centinela con capa roja, lo hacían parecer terriblemente pequeño. El hombre gruñó y le señaló

a la derecha. Ella se ajustó el chal y echó a andar bordeando el palacio. Las piedras blancas crujían bajo sus pies y el sonido la distrajo, hasta que le llegó el 22

ruido de cascos en los adoquines y vio a un grupo de correos reales que entraban en el patio del palacio, con el estandarte del rey Eduardo. Se refugió entre las sombras y los observó durante unos momentos; luego comprendió que era ridículo y volvió a salir al calor del sol. ¡Como si después de tantos años fueran a desperdiciar su tiempo buscándola! Era un grupo muy vistoso, todos ataviados con sus corazas y montados en hermosos caballos, y comenzó a pensar con añoranza en Inglaterra, en la familiaridad de la gente y la facilidad con la que ella podía comprenderlos.

Allí nadie sabría que era la esposa de un cazador furtivo; solo sería otra insignificante vieja necesitada de limosnas, en la que no valía la pena fijarse. El corazón empezó a dolerle con la nostalgia. El cruce del canal de la Mancha era caro y peligroso, pero no había nada para ella en Aviñón, ni tampoco en toda Francia. No tenía parientes, y su único posible aliado era el médico judío, otro fugitivo de la justicia inglesa.

Un terrible pensamiento surgió en su mente mientras el grupo inglés desfilaba con todo su esplendor: ¿Cuánto pagarían por unas pocas palabras escogidas acerca de él?

Desde luego sería lo suficiente para pagarse un pasaje y un nuevo comienzo.

«No —se reprochó—, sería una tremenda traición a un buen hombre.»

Pero ¿era él, después de todo, bueno? Su marido había muerto, a pesar de las atenciones del médico. Este ocultaba a un niño, un niño pequeño de cabellos rubios y ojos azules, cuya madre era una noble inglesa, incluso quizá de la realeza. Era su deber denunciarlo, decidió. Ella seguía siendo inglesa, y su supervivencia estaba en juego. Caminó más rápido y siguió a los jinetes. Antes de alcanzarlos, se persignó y susurró una plegaria para pedir perdón.

Alejandro escuchó la llamada de medianoche en medio de un sueño; corría a trompicones a través de un bosque oscuro perseguido por algo que debían de ser ogros —un hecho muy frecuente—, cuando la insistente llamada a la puerta lo arrancó bruscamente de la pesadilla. Abrió los ojos, pero todo estaba a oscuras.

No había sabido nada de la esposa del tonelero en varios días, y se preguntó si finalmente habría llegado la hora del hombre. Se levantó de la estrecha cama y se pasó las manos por la barba. Se acomodó los largos cabellos oscuros detrás de las orejas y apoyó los pies en el suelo de tierra apisonada de la habitación que compartía con el niño Guillaume, que en la inocencia de la infancia dormía profundamente a pesar de los golpes en la puerta. Le dolieron las rodillas, aunque solo fue por un momento; un anuncio, temió, de lo que le ocurriría al envejecer.

23

Pero aceptaría todo con gratitud, y ofreció una rápida plegaria pidiendo vivir lo suficiente para conocer todas las miserias que acompañaban a la edad, si así podía ver de nuevo a la niña que llamaba hija. ¡Una niña! Ahora ya sería una joven. Se permitió unos segundos de añoranza de esta mujer que, en la angustia de su duelo, había dado a luz a aquel niño siete años atrás. Ella le era tan preciosa como si hubiese nacido de su propia simiente; de la que, lamentablemente, no había ninguna.

El profundo pesar de su corazón hizo que el dolor que sentía en las rodillas pareciese trivial. Se reprochó añorarla, pues la joven estaría ahora con la familia a la que pertenecía de verdad, no entre aquellos cuya sangre compartía por un garrafal error divino.

«Perdóname —rezó—. No pretendo faltarte al respeto al señalar Tus errores.»

—Pero ¿por qué es que estas llamadas siempre llegan a las horas más intempestivas, cuando uno no puede menos que imaginar que hay algún terrible demonio al otro lado de la puerta? —se preguntó en voz muy baja. El temor que sentía no era sino producto de su imaginación; al otro lado de la puerta no habría más que una mujer inglesa, cansada y menuda. Avanzó por el pasillo de techo bajo, y, antes de poder erguirse del todo, se repitió la llamada.

Se irguió lentamente y miró la puerta. Los firmes golpes que había oído no podían ser obra del frágil puño de una anciana, sino de una mano mucho más fuerte. Y a juzgar por la premura y la fuerza, su autor tenía mucha urgencia. Anduvo de puntillas el resto del tramo hasta la puerta y se situó a un lado.

«Nunca te pongas directamente en el centro de una puerta —le había dicho una vez Eduardo Hernández—. Una espada bien empuñada puede atravesar las tablas. Imagina lo que una buena espada en las manos de un

maestro podría hacerle a tu tripa. Incluso tú con todos tus conocimientos estarías indefenso», le había advertido el viejo soldado.

Pero ¿qué otra persona iría a buscarlo cuando faltaban horas para el amanecer? Los forasteros pocas veces cruzaban ese barrio de la ciudad durante el día, y mucho menos durante la noche. Espió por la rendija de la puerta, con la esperanza de atisbar al que llamaba, pero era imposible ver nada en la oscuridad.

—¿Quién llama? —preguntó al fin.

—Busco al médico Canches —le respondieron.

¿Lo habían encontrado? El corazón amenazó con escapársele del pecho.

—Un momento. —Las palabras salieron con voz más débil de lo que habría deseado. Se aclaró la garganta y después añadió—: Veré si lo puedo despertar. Apenas si escuchó la respuesta desde el otro lado de la puerta; corrió al dormitorio y sacudió al niño.

24

—Guillaume —susurró—. ¡Guillaume! ¡Despierta!

El niño se frotó los ojos mientras se despertaba.

—¿Por qué, *grand-père*...?

—Ahora no hagas preguntas. —Su propia voz le sonó dura, e intentó suavizarla—. Solo prepárate como te he enseñado antes. Quizá tengamos que marcharnos deprisa.

Como si no lo hubiese entendido, el niño preguntó:

—Pero, *grand-père*, ¿adónde vamos...?

—¡Calla! Ahora apresúrate.

—Sí, *grand-père*. —Apartó la manta y se levantó, tambaleándose de sueño. Alejandro lo sujetó.

—Buen chico. Ahora escucha con atención. Vigila desde aquí. —Señaló un punto en el interior del cuarto—. Si hago la señal que hemos practicado, debes escapar por la puerta de atrás e ir a la casa de Rachel. Ella cuidará de ti hasta que yo vaya a buscarte.

En una de las muchas ocasiones en las que había practicado para aquel temido momento, Guillaume le había preguntado con voz llorosa: «¿Qué pasará

si no vienes a buscarme?». Alejandro nunca le había respondido. Nunca había considerado la posibilidad de que no pudiera hacerlo. El niño asintió con aire grave. Alejandro le acarició la mejilla y volvió a la puerta. Respiró hondo antes de abrirla.

La puerta no se abrió violentamente hacia adentro en cuanto quitó la traba, cosa que sin duda habría ocurrido si los hombres del rey Eduardo hubiesen estado al otro lado. Cuando cesó el rechinar de las bisagras, el médico vio a un hombre joven con un escudo conocido bordado en la pechera de su túnica roja. Soltó despacio el aliento que había contenido.

—Eres el hombre de De Chauliac.

El joven asintió.

—Yo soy Canches.

El soldado pareció tranquilizarse al escucharlo.

—Mi amo dice que debéis venir al palacio. —Le tendió un pergamino lacrado—. No debo volver sin vos.

Al tiempo que cogía el pergamino de la mano del soldado, Alejandro comentó:

—Podría haber solicitado mi presencia a una hora más razonable. Mientras el médico leía el escrito el soldado añadió:

—Debéis venir de inmediato. Mi amo dice que habéis de traer al niño con vos.

Alejandro dio un paso atrás mientras pensaba en el contenido del mensaje. Él y De Chauliac habían discutido largamente qué hacer en una situación 25

urgente a través de cartas secretas intercambiadas durante años, pero ahora que parecía haberse producido la crisis se sintió mal preparado.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó en voz baja.

—Él solo dijo que os llevara de inmediato.

Después de una pausa de unos segundos, Alejandro sujetó al hombre por el brazo y lo hizo entrar.

—Antes de marcharnos debo atender dos asuntos —explicó.

—Ya tengo los caballos esperando al final de la calle —protestó el soldado.

—Tráelos aquí y hazlos pasar por la casa —susurró el médico—. Hay una callejuela detrás donde nadie nos verá.

El soldado pareció sorprendido, pero obedeció y se alejó por la oscura calle. Alejandro le dejó la puerta entreabierta. Luego se acercó a la chimenea y arrojó

el pergamino a las brasas. Las abanicó con la mano durante unos segundos hasta que el pergamino se encendió. Contempló cómo se fundía el

sello de cera mientras las llamas consumían el mensaje, escrito de puño y letra por De Chauliac.

—Gracias mi muy, muy querido amigo —susurró.

—Padre, despierta. Debemos marchar enseguida.

En sus mejores días, Avram Canches tardaba mucho en despertarse del todo. En esta noche no tendría tal lujo.

—¡Despierta! —dijo Alejandro mientras lo sacudía.

—¿Qué...? —preguntó el viejo.

Alejandro ayudó a sentarse a su padre.

—Debo llevarte con Rachel.

Al escucharlo, el miedo apareció en el rostro de su padre.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Enseguida.

En su estado de confusión mental, Avram Canches preguntó:

—¿Has vuelto a matar a alguien, muchacho?

—No —respondió Alejandro con suavidad—. Últimamente no. Se volvió y llamó a Guillaume. El niño apareció en el cuarto en cuestión de segundos. Se había vestido y llevaba una bolsa pequeña en la mano. Alejandro habría sonreído de haber tenido tiempo para tal muestra de orgullo. Pero se limitó a hacerle un gesto de aprobación.

—Arregla las cosas del abuelo... —le dijo, señalando una caja de cuero que había en una esquina del cuarto.

El niño se apresuró a recoger las pertenencias del viejo. La caja era pesada y el niño tuvo que esforzarse, pero hizo lo que se le pedía. Alejandro sujetó a su padre, y casi se lo cargó a cuestas. En cuestión de segundos los tres caminaban 26

hacia la puerta trasera y salieron a la oscuridad de la callejuela, que llevaba a la casa de Rachel unas pocas puertas más allá. Detrás de ellos, el médico oyó el ruido de los cascos que entraban en la casa y los relinchos de protesta de los caballos.

Alejandro no se molestó en llamar a la puerta de Rachel; tales formalidades no eran necesarias con la viuda que había sido como una madre para Guillaume. El chico entraba y salía de su casa como si fuese la suya. La noche en que habían llegado a Aviñón, siete años antes, ella había cogido a Guillaume de los brazos de Alejandro y, sin hacer ni una pregunta, le había dado el pecho al bebé rubio. La leche que habría ido a su propio hijo, más moreno, aún fluía; había perdido al niño y a su marido como

consecuencia de la peste apenas unos días antes. Desde entonces, la generosidad de Alejandro había puesto la comida en su mesa, pero la necesidad de Guillaume había sido mucho más imperiosa. Rachel entró en la cocina, envolviéndose con el chal. Iba descalza y desnuda debajo del camisón blanco, y sus largos cabellos oscuros le caían sueltos alrededor de los hombros. Durante unos pocos y preciosos segundos, él la observó.

Su padre tenía razón. Era una mujer hermosa.

Pero la urgencia reclamó su atención.

—Debemos irnos —le explicó.

Rachel asintió con tristeza; no necesitaba ninguna otra explicación. Con una mirada de profundo pesar, tendió la mano hacia el padre de Alejandro.

—Ven, Avram —dijo con suavidad—. Te llevaré a la cama. Ayudó al anciano padre de Alejandro con mucha ternura mientras él caminaba con paso vacilante a su lado. Guillaume los siguió con la caja. Ella tardó solo un momento en instalar cómodamente a Avram en su propia cama. Alejandro oyó que tranquilizaba al viejo diciéndole que le haría llevar su propia cama por la mañana y que esa noche ella dormiría junto al hogar. Luego oyó el suave roce de las mantas mientras lo tapaba. Alejandro se asomó a la habitación y vio el desconcierto reflejado en el rostro de su padre. Cuando Rachel salió de la habitación, Alejandro la sujetó del brazo y la llevó a un aparte.

Por unos momentos sus miradas se cruzaron; ninguno dijo una palabra. El destino los había unido y habían pasado más de siete años en esa extraña intimidad, tan cómoda como la que podía haber entre muchos matrimonios, quizá más. Sin embargo, Alejandro no se había permitido acercarse demasiado a ella, por temor a que algún día se viese obligado a marchar. Ahora había llegado ese día.

—No sé cómo agradecértelo. Has sido como una hija para mi padre. Vio la triste acusación en el rostro de la mujer: «Pero no una nuera». 27

—Regresaré tan pronto como pueda. —Le cogió la mano y le puso una bolsa de monedas en ella—. Mientras mi padre viva, nunca pasarás necesidad, si está dentro de mí poder hacerlo.

Rachel desvió la mirada; Alejandro sabía que le partía el corazón.

—Por favor —susurró ella—. ¿No podemos ir contigo? —Hubo un momento de silencio, y luego añadió—: Por el bien de tu padre.

—No —respondió Alejandro con suavidad.

La expresión de ella se volvió amarga.

—Entonces será mejor que le digas adiós. Dios puede llevárselo en cualquier momento.

Alejandro no dijo nada. La dejó y fue a ver a su padre de nuevo. Se sentó en el jergón y arregló la manta alrededor del cuello del viejo.

—Volveré tan pronto como pueda, padre.

La respuesta fue apenas audible.

—Si Dios quiere.

—Sí. Rachel cuidará de ti mientras nosotros no estemos. Avram miró a su hijo a los ojos y consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Es una buena mujer. Sería una muy buena esposa. Deberías pensarlo antes de que sea demasiado tarde. Para el momento en que vuelvas, quizá seas tan viejo que ella ya no te querrá.

El amable humor del reproche de su padre era agridulce; ambos sabían que su regreso distaba mucho de estar asegurado.

Alejandro palmeó la mano de su padre.

—Siempre me has dado muy buenos consejos.

—Tú nunca los has aceptado.

Era verdad. Había estudiado medicina contra los deseos de sus padres, muy lejos de su España natal, y —para horror de su padre— nunca se había casado.

—Bueno, todavía hay tiempo —replicó, con una sonrisa.

—Si Dios quiere.

Alejandro se inclinó para besar la frente de su padre. Mientras se levantaba para marcharse, el viejo volvió la cara.

28

2

Las cabras eran oro puro; sobre todo por la leche, dado que solo habían sobrevivido unas pocas vacas. Todos soñaban con las hamburguesas con queso, que, a diferencia de toda la otra carne que comían, no tenían gusto a pollo. Ni siquiera los pollos tenían gusto a pollo en el nuevo mundo. Ya no eran gordos y tiernos, sino flacos y duros luchadores a los que había que perseguir por todo el patio para matarlos.

«Correosos», decía Tom. Janie Crowe miró el típico ejemplar que yacía en la fuente delante de ella. Era un ave de buen tamaño y los alimentaría a todos, pero no quedarían más que huesos para cuando acabaran de cenar. Le cortó las patas al pollo sin cabeza con unas tijeras de cocina y las arrojó al

cubo, al tiempo que pensaba que en China alguien sabría cómo hacerlas comestibles; siempre que allí quedase alguien.

Pero por supuesto que debía de quedar alguien. Era impensable que todos hubiesen muerto, aunque ninguno de los juglares viajeros les había llevado noticias de aquel imperio. Cuando todavía llegaban los juglares, habían recibido informes de Europa y Sudamérica, y en ambas se luchaba tanto como en Estados Unidos. Si el mundo alguna vez reanudaba sus conexiones, todos daban por sentado que China rugiría orgullosamente como un león, ya que la eliminación de más de un ochenta por ciento de una población tan numerosa como la suya no debía de haber sido un golpe devastador. Janie miró a través de la ventana de la cocina y vio los brotes verdes en el arbusto de forsitias, cerca de la entrada principal del campamento. Su corazón se alegró con el signo de la primavera. Los habitantes de Nueva Inglaterra eran conocidos por su dureza, pero hasta los más resistentes habían caído cuando el DR SAM hizo su segunda pasada por el mundo. Entre aquellos que habían sobrevivido, los no preparados no habían conseguido superar a aquel primer 29

terrible invierno sin energía ni comida ni protección contra las bandas de asaltantes que saqueaban todos los pueblos y ciudades de Middlesex.

«Dios bendiga a Tom», pensó. Era gracias a la concienzuda planificación de su marido que se mantenían a flote en su campamento de montaña. Su vida minimalista a menudo era sorprendentemente rica y gratificante. Pero aún había momentos —demasiados— en los que Janie ansiaba un interruptor. No era la única con este anhelo. «El síndrome de la negación del mando a distancia» se convirtió en el chiste habitual en las tareas de supervivencia diarias, hasta que dejó de parecer divertido. Janie echaba en falta las comodidades de su casa antes de la peste, como también su maravilloso vehículo, los teléfonos, los aparatos de aire acondicionado, el repelente de insectos, la calefacción que no necesitaba abastecimiento continuo y tantas otras cosas.

Con el rabillo del ojo vio un movimiento al otro lado del cristal empañado, y limpió la humedad con el puño de su jersey. A través de las húmedas marcas que quedaron atisbó a su hijo, Alex, que corría por la nieve. Sarah no estaría mucho más atrás. Una sonrisa le iluminó el rostro, y todos aquellos lujos que echaba de menos le parecieron de pronto sin importancia. A sus siete años, Alex era ágil y de pie seguro, aunque no por ello dejaba de tener su habitual cuota de golpes, rasguños y morados, para

desesperación de su madre médica. Desde el momento de nacer, había sido algo muy bello, una fuente de alegría en una época en que estas habían desaparecido. En los oscuros días de invierno siempre se podía contar con él para que los iluminara con una sonrisa. Gracias a una sabiduría instintiva parecía saber cuándo estaban preocupados Janie o Tom, y los tranquilizaba con una sonrisa. Su existencia era el resultado de dos fuerzas combinadas: una gran determinación y el milagro de la ciencia. Cuando, ocho años atrás, habían cerrado las puertas al mundo exterior y se habían preparado para aguantar la tormenta del DR SAM, Janie rondaba los cincuenta y había dejado atrás los años naturales de una concepción no asistida; además, se había hecho una ligadura de trompas. Eran muchos los días en que se preguntaba en qué había estado pensando cuando había suplicado que le implantaran ese ser en la matriz. Criar un niño en un mundo sin máquinas, como había llegado a descubrir, era un trabajo para mujeres jóvenes.

«Es tan hermoso...», pensó mientras lo observaba jugar. Dio unos golpecitos en el cristal, y su hijo miró hacia ella. La más dulce de las sonrisas apareció en su rostro. Mientras saludaba, la bola de nieve que había estado haciendo cayó

de sus manos. Intentó cogerla pero solo consiguió aplastarla. Janie vio que reía y que corría a través de la nieve hacia la puerta trasera. Un momento después Janie oyó el rechinar de las bisagras y el encantador sonido de las risas infantiles.

30

—¡Limpiaos los pies! —gritó—. ¡Y lavaos las manos!

Había habido un tiempo, cuando su hija Betsy —que en paz descansara —

era una niña, en que ella habría pasado por alto la suciedad en el suelo, porque unos pocos minutos con la aspiradora habrían hecho desaparecer mágicamente la tierra. Ahora Janie y la madre de Sarah, Caroline, barrían con escobas de paja que hacían ellas mismas y limpiaban las alfombras con raquetas nieve como las mujeres de la pradera; era la única manera de eliminar la suciedad. La ropa sucia la golpeaban contra las rocas para limpiarla porque carecían de lejía y detergente, aunque sí tenían una secadora solar: la larga cuerda de tender que colgaba entre dos gruesos troncos de árbol en el patio. Tom y el marido de Caroline, Michael, volvían con los otros hombres de regreso de sus trabajos cuando se iba la luz; se quitaban los calcetines sudados, se ponían las pantuflas de piel de oveja y se

sentaban a la mesa. Las esposas servían la cena que habían preparado. Después de cenar, los hombres se sentaban con los niños para revisar sus deberes mientras las mujeres limpiaban. Como en los viejos tiempos.

Janie colocó el pollo sin cabeza ni patas en una fuente de horno. Acompañarían el ave con nabos y zanahorias, pero nada más; estaban racionando las patatas para que durasen toda la primavera. Aunque ya tenían unas cuantas patatas en nutrientes líquidos para que brotasen, los tubérculos estarían listos para ser plantados cuando la tierra se ablandase. Miró a través de la ventana y pensó: «Si es que se ablanda alguna vez». Alex entró en la cocina como una tromba y le dio un gran abrazo. La mirada de sus ojos castaños recorrió toda la habitación, explorando cada superficie plana en busca de comida.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó.

—Eso —respondió Janie, y le señaló el pollo—. Tardará otra hora y media en estar cocido. Justo el tiempo necesario para que acabes tus deberes de matemáticas que comenzaste ayer. Pero tienes cara de querer algo de comer. Se volvió para coger un plato con rodajas de manzana y se las ofreció a él y Sarah.

Alex sonrió mientras cogía unos trozos.

—¡Gracias, mamá! —Se volvió hacia su compañera de juegos—. ¡Vamos, Sarah, matemáticas!

Sarah soltó un grito de deleite y corrió tras él. Algunas cosas de este nuevo mundo estaban muy bien, pensó Janie.

Cuando se marcharon, Janie hizo lo que pudo con el pollo, un descendiente de la fuerte raza que había demostrado ser resistente a la gripe aviar. Unas pocas ramitas de orégano seco mejorarían el sabor, aunque no la textura. A nadie le importaría que fuese correoso. Era buena comida, y eran afortunados al tenerla.

31

Janie se lavó y secó las manos, y después fue al laboratorio que Tom había montado antes de cerrar la puerta exterior a lo que quedaba del mundo. Era pequeño y estaba abarrotado con equipos, la mayoría de los cuales eran ultramodernos cuando habían llegado allí ocho años antes. Por lo que sabían en su aislamiento, quizá seguían siendo la última palabra; el mundo no debía de haber visto mucha ciencia desde el más reciente paso del DR SAM. En una esquina había tres cajas con el clima regulado —parecidas a invernaderos— en las que crecían respectivamente un árbol de

café, un limonero y un árbol de cacao. Todos estaban sanos y parecían prosperar en sus atmósferas perfectas, conseguidas con unos pocos pero preciosos segundos de electricidad. El sol del norte no tenía suficiente fuerza en esa época del año para calentar el aire dentro de las cajas.

—Creced, maldita sea —dijo ella por lo bajo mientras miraba los árboles detrás del cristal—. Tenéis todo lo que necesitáis; ahora haced lo que os toca. Pensó en su último limón, comprado el día antes de ir allí. Le había arrancado la piel con los dientes y se había frotado el fruto por la cara y las manos para poder recordar el olor. El recuerdo de otro limón, uno que le habían dado en Londres, se coló en su mente; se apresuró a borrarlo. La última vez que Tom y Michael, los dos exploradores oficiales del campamento, se habían aventurado fuera de los confines del recinto, habían regresado con una docena o más de lo que ellos llamaban, con humor sombrío, flores de SAM, que no eran más que simples bastoncillos de algodón que habían frotado o mojado en algo que pudiese tener un rastro de *Staphylococcus aureus mexicalis* resistente a los medicamentos. Al principio, casi todos los que habían traído estaban contaminados en cierta medida con la voraz bacteria que había destruido el mundo. A medida que pasaba el tiempo, el porcentaje de contaminación había disminuido; el lote anterior a este solo contenía un veinticuatro por ciento.

Tuvo que detenerse a pensar cuándo habían traído aquel último lote. El tiempo discurría de forma diferente después de la peste; llevaban un calendario, pero nadie le prestaba la menor atención excepto para los días festivos, que intentaban celebrar para que el hábito continuase intacto si alguna vez volvía la normalidad. Cada día, las horas se movían de acuerdo con la cantidad de luz que quedaba. La oscuridad ya no se podía iluminar fácilmente, así que la luz del día era preciosa.

El equinoccio de verano estaba a la vuelta de la esquina, y todos en el campamento parecían más relajados a medida que con cada jornada disponían de mayor tiempo de luz.

Janie buscó entre las páginas manchadas y ajadas de su libreta, su propio equivalente al diario de Alejandro. Siguiendo su ejemplo medieval, había apuntado fielmente todo durante esos ocho años. Recorrió con el dedo la página 32

del año anterior. El 24 de abril era la fecha del último grupo; casi un año, pensó

desconsolada al ver que había una brecha de once meses en sus viajes el exterior.

Su vida era, tristemente, la de los que padecían un asedio medieval. Sitiados en el castillo, con los enemigos acampados al pie de la muralla esperando cualquier señal de debilidad o vulnerabilidad, conscientes de que en algún momento se acabarían la comida y el agua. Sus enemigos no eran soldados sino algo mucho más pequeño y mucho más letal: crueles bacterias que crecían rápidamente y demostraban ser resistentes a todos los cubos de aceite hirviendo que podían arrojar desde las almenas. Pensó en el diario de Alejandro y en lo que él había escrito de sus tiempos en Windsor, cómo había registrado sus observaciones sobre su mundo confinado donde había muy poco más que hacer. Solo una vez durante ese tiempo —al menos, que él hubiese escrito— había dejado el seguro refugio del castillo de Windsor, en una desesperada misión de misericordia destinada a calmar la torturada conciencia del rey que la había ordenado. El viaje no había salido bien, como solía ser el caso de estos viajes.

Janie se puso una mascarilla y un par de guantes de vinilo, con la esperanza de que el último uso no hubiese sido la gota que colmaba el vaso. No había manera de saber cuántas veces más los podría usar. Cuando ya no sirviesen, muy poco podría hacer para protegerse más allá de lavarse las manos cuando hiciera el trabajo. Tom había provisto muy bien el laboratorio; a su llegada contaban con docenas de cajas de guantes. Pero ¿quién iba a saber que la hibernación duraría ocho años sin un final a la vista?

Sacó las dieciséis muestras de las cajas de cepillos de dientes, una a la vez, y clavó la punta de cada bastoncillo en un trozo de arcilla para que estos no se tocasen entre sí ni tocasen nada más. Mientras lo hacía, escribió en su libreta el lugar donde Tom y Michael habían recogido cada muestra de entre los restos de las ciudades vecinas. Las cajas numeradas de cepillos de dientes se esterilizarían en agua hirviendo antes de usarlas de nuevo, y los bastoncillos se quemarían hasta reducirlos a cenizas; un método varias veces probado para la erradicación de las bacterias, barato y efectivo como en el tiempo de Alejandro, aunque muy pocos además de él y De Chauliac parecían practicarlo, según las anotaciones del diario. Si sus expectativas eran correctas, como mucho habría tres bastoncillos con signos de infección, y las bacterias que hubiera estarían probablemente débiles y arrugadas, aunque no era posible asegurarlo. Una a una, pasó las superficies

de algodón por las platinas de vidrio, que observaría por turnos en el microscopio.

Se sintió llena de expectación mientras hacía esta tarea que tanto amaba; le recordaba el trabajo de su vida anterior. No era que no tuviese mucho trabajo en el campamento; había hecho varias intervenciones quirúrgicas, incluida una 33

histerectomía de urgencia, una operación sangrienta que había forzado hasta el límite su equipo y su instrumental. Más de una vez durante la operación, Caroline había tenido que sostener su ejemplar de la *Gray's Anatomy* abierto delante de los ojos de Janie para que ella pudiese ver algún detalle de los órganos internos de una mujer. La ayuda no fue mucha, porque, cuando abrió

el abdomen de Lorraine, se encontró con una enorme cantidad de tumores. Ahora había manchas de sangre en las páginas, un recordatorio, cada vez que miraba el libro, del agotador día que había puesto a prueba sus capacidades de una forma tan terrible. Aquel día agradeció a Dios haber tenido la previsión de traer la suficiente anestesia para que durase.

«Descansa en paz», dijo en voz baja. Echaba mucho de menos a su difunta amiga.

El foco del microscopio era manual —el automático consumía demasiada electricidad—, así que hizo girar el dial lentamente hasta que la platina quedó

enfocada. Miró a través del ocular, esperando encontrarse con el habitual surtido de células muertas, hasta que algo se movió en una esquina de su visión.

Su primer pensamiento fue que había visto una de sus propias moscas volantes; eran cada vez más frecuentes, algo que significaba una causa menor de preocupación. Movió la platina hasta que aquello que había estado en el rincón quedó centrado.

—Vale —dijo a través de la mascarilla—, veamos si lo haces de nuevo. La cosa la complació con una ondulación de los costados. Ella incrementó el aumento.

—Muy bien, supongo que estás vivo, así que veamos quién eres. Su entusiasmo la hizo sentirse un poco culpable; ella era científica, y estaba en su naturaleza investigar lo que fuera interesante, por muy vil y letal que pudiese ser.

En la platina que tenía delante había una bacteria viva, una que le resultaba conocida.

—Pero no eres el DR SAM —susurró.

Miró fascinada mientras la bacteria pasaba por las etapas de la mitosis y se convertía en dos seres separados.

Era algo nuevo. «Y en la primera platina —pensó con sorpresa mientras la sacaba del portaobjetos y la dejaba a un lado—. ¿Cuáles son las probabilidades?» Escribió una breve historia de aquella platina en su libreta antes de colocar la siguiente. Las dos platinas que siguieron no tenían absolutamente nada que destacar.

Pero las tres posteriores estaban contaminadas con el mismo microbio. Con una aguda sensación de urgencia, trabajó con las restantes muestras. Cuando finalmente acabó, repitió todo el proceso para asegurarse de que estaba 34

en lo cierto al detectar una contaminación que alcanzaba a casi el setenta por ciento.

Tapó la bandeja de muestras con una campana de cristal y se quitó el equipo protector. Se lavó y frotó las manos en el lavabo del laboratorio hasta que se le enrojecieron, y se las secó. Antes de volver a la cocina, miró a Alex y Sarah y, por enésima vez, comprendió que la visión de ellos la llenaba de amor. Trabajaban inocentemente en sus pizarras, mientras hablaban en voz baja, y no la vieron.

Echó una rápida ojeada al pollo, que comenzaba a dorarse en el horno de leña y estaba llenando la casa con un delicioso aroma. En la puerta de atrás se calzó las botas, y después salió abrochándose el abrigo. Mientras cruzaba el patio, pasó junto a Terry, que apilaba la leña, colocándola en ordenadas filas para que los troncos se secasen. Lo saludó con un gesto, y él le correspondió con otro.

—¿Dónde está Elaine? —preguntó Janie.

—Moliendo harina.

Una licenciada en económicas por Stanford moliendo harina. «Imagínate», pensó Janie, y la ironía le pareció sublime, porque nadie comprendía mejor que Elaine el valor de su propio esfuerzo físico.

—Si la ves, dile que la cena estará lista en una hora.

—Se lo diré.

Tom estaría en la central eléctrica, controlando que todo funcionase bien; era su rutina diaria para preparar al campamento ante la oscuridad.

Mientras caminaba por el sendero cubierto de nieve, Janie vio el comienzo del ocaso a través de la niebla de su propio aliento. Era rosado y bellísimo, casi apocalíptico en su crudo encanto.

Cualquier otro día, Janie se habría detenido por un momento para contemplarlo. Después de la peste había llegado a comprender la dulzura de cada momento de inesperada belleza, que en este nuevo mundo se veían superados en número por los momentos de dureza y crueldad. Pero aquel día continuó andando, porque la información que tenía era urgente. La puerta de la central eléctrica estaba entreabierta; miró al interior, pero no vio a Tom. Había huellas frescas en la nieve fuera del edificio; las siguió y encontró a su marido, que quitaba la nieve de una de las conexiones que llevaban al molino. Iba sin sombrero a pesar del frío, algo que no era muy bueno para su calvicie. Se había vuelto más delgado y fuerte con el paso del tiempo, debido a los requerimientos físicos de la supervivencia. A menudo comentaba que la facultad de derecho no lo había preparado para esta fase de su vida, pero siempre se mostraba de buen humor respecto a las circunstancias. Su sonrisa era tan jovial como siempre. Mientras avanzaba hacia ella, dijo:

—Mi bella esposa. Qué agradable.

35

Janie no se fundió en su abrazo como solía hacer. Lo abrazó rápidamente y después lo soltó. Tom se apartó al notar la tensión en su cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Alguien está enfermo?

—No —respondió Janie con un rápido movimiento de cabeza. Se estremeció, y él la abrazó—. No —repitió. Su voz era poco más que un susurro—. Al menos todavía no.

36

3

El palacio papal se parecía mucho a la última vez que Alejandro lo había visto, unos siete años antes. En aquel entonces llevaba al pequeño Guillaume atado a su pecho, en lugar de compartir con él la montura. Su compañero de viaje en aquella huida desde París había sido una pequeña cabra blanca que los había obsequiado con un constante suministro de leche. El médico estaba sucio y astroso del viaje, y, vestido como iba con prendas vulgares, apenas si se habían fijado en él.

Se había detenido en aquella misma plaza para preguntarle a un vecino:

—¿Dónde viven los judíos?

—*Rue des Juifs, naturellement* —respondió el desconocido. Allí se había reunido con su anciano padre, y durante siete años había vivido con él y Guillaume en el gueto, sin aventurarse nunca más allá de sus límites, que, aunque invisibles, eran tan claros como los de cualquier fortaleza. Quizá De Chauliac había sido sabio al enviar a su mensajero en plena noche, pensó.

«Yo te abriré la puerta», le había dicho el joven soldado, y le había dado unas indicaciones muy detalladas del lugar donde debía esperar, en un rincón aislado de la parte trasera del palacio: una puerta de madera a la derecha de los establos, con una cuerda roja para la campana. Ahora esperaban allí, todavía montados a caballo. Los bracitos de Guillaume rodeaban la cintura de Alejandro, tal como lo habían hecho los de su madre cuando habían salido de Inglaterra, antes de que ella se convirtiera en una joven y bella mujer. En el duro invierno de la peste tras la muerte del marido, cuando había muy pocas cosas que hacer para mantenerse cuerdos excepto relatar historias, Kate le había repetido el comentario del joven escudero Chaucer la primera vez que la había visto en París: «Vaya, podríais ser la melliza de mi señor Lionel».

—*Grand-père* —susurró el niño.

37

Alejandro volvió al presente.

—¿Sí, Guillaume?

—¿Hemos llegado a donde íbamos?

¿Adónde iban? Todavía no lo sabía.

—Por el momento.

—Entonces, ¿por qué seguimos montados a caballo?

Alejandro pensó en la respuesta adecuada. No quería asustar al niño, pero tampoco deseaba disminuir el peligro de la situación.

—Quizá necesitemos continuar —respondió al fin—. No tardaremos en saberlo.

—Ah —dijo el chico. Pareció satisfecho con la respuesta y descansó la cabeza contra la espalda de Alejandro—. Estoy muy cansado, *grand-père*.

¿Cuándo podremos dormir?

—Tan pronto como sea aconsejable. Espero que muy pronto. Guillaume se apoyó en la espalda de Alejandro. El médico sintió cómo se aflojaba la sujeción del chico cuando se quedó medio dormido. Permaneció

muy quieto mientras esperaba a la sombra del silencioso palacio. Al cabo de poco, escuchó un ruido al otro lado de la puerta, y unos segundos más tarde se abrió con un largo y lento rechinar de las bisagras de hierro. Alejandro no alcanzaba a distinguir el rostro de la persona en la mortecina luz del alba, así

que puso la mano en la empuñadura de la daga y se quedó inmóvil hasta que, con gran alivio, se aseguró por la voz de que era el mismo joven que los había escoltado desde el barrio judío.

Despertó al niño y se lo alcanzó al soldado, quien lo depositó en el suelo con más suavidad de lo esperado. Se preguntó si De Chauliac le habría desvelado al hombre la verdadera identidad del niño, y se dijo que no; solo una imperiosa necesidad habría llevado a alguien tan cauto como De Chauliac a revelar el secreto.

Una vez que Alejandro hubo desmontado, el soldado sujetó las riendas del caballo y señaló en dirección a la puerta abierta.

—*Monsieur* vendrá dentro de poco. Esperad dentro, pero no os alejéis de la puerta.

El médico vaciló, pero el soldado señaló de nuevo para que entrasen, como si quisiera indicar que estarían seguros. Entraron; cuando la puerta se cerró

oyeron el resonar de los cascos en el pavimento mientras se llevaban al animal. Los envolvió una suave oscuridad, y Alejandro sintió los latidos de su propio corazón en contrapunto con el goteo del agua en el pasadizo. Guillaume se aferró en silencio a la pierna del médico. Alejandro notó el temblor del niño y lo abrazó con fuerza a su lado. Los segundos les parecieron horas al estar privados de los sentidos, pero finalmente oyeron el débil sonido de pisadas. Una luz tenue apareció a la vista en el pasadizo y se fue acercando a la par con las 38

pisadas. Muy pronto la figura estuvo lo bastante cerca para hacerse visible, pero la luz de la antorcha oscurecía las facciones del portador.

¿Y si el que se acercaba no era De Chauliac?, pensó el médico, que se acercó

a Guillaume y apretó el pomo de la daga.

La figura se detuvo a unos pocos pasos delante de ellos ton la antorcha en alto, lo que obligó a Alejandro a protegerse los ojos con una mano. Al ver que el recién llegado no decía nada, Alejandro desenfundó la daga. El

sonido de la hoja al raspar el cuero sonó como un trueno en la quietud que los rodeaba. Se oyó una suave risa que Alejandro reconoció al instante.

—No necesitarás el arma, amigo.

Alejandro no podía ver la sonrisa De Chauliac, pero la intuyó de todas maneras.

—Siempre listo para un enfrentamiento —comentó el francés—. Dios bendiga tu constancia. Podrás pensar que ya no eres tan joven como antes, pero debo decir que tienes bastante buen aspecto para ser un hombre de avanzada edad.

Mientras desaparecía la tensión, Alejandro replicó:

—Podría decir lo mismo de ti, si solo pudiese ver tu rostro. Y te recuerdo, estimado colega, que tu propia edad es un poco más avanzada que la mía. Uno se pregunta si te ocultas detrás de la antorcha por alguna razón. Cuando la llama bajó, la luz alumbró la misma imponente figura que había visto por última vez en París la noche del nacimiento de Guillaume. Las bien delineadas facciones de De Chauliac se veían más marcadas y sus cabellos eran ahora casi totalmente blancos, pero la viva inteligencia de sus ojos azules no había disminuido ni un ápice.

De Chauliac se adelantó y apoyó la mano en el hombro de Alejandro en un gesto de bienvenida.

—Es bueno verte, médico —dijo con toda sinceridad—. He ansiado muchas veces tu compañía cuando había pensamientos que compartir. —Bajó la mano y tocó la cabeza del chico—. Tú, joven maese Guillaume, te has convertido en un muchacho muy hermoso.

El chico miró a Alejandro como si le preguntase: «¿Quién es este hombre que no conozco y que parece conocerme?». El médico se inclinó y dijo:

—Monsieur de Chauliac ha sido un leal amigo nuestro y me ha ayudado personalmente en muchas ocasiones.

—Estuve presente el día de tu nacimiento —le dijo el francés al chico. Guillaume miró primero sorprendido a Alejandro y después a De Chauliac.

—¿Conocisteis a mi madre? —preguntó ansioso.

De Chauliac dirigió una rápida mirada a Alejandro. Al ver su gesto de aprobación, el francés dijo:

—Así es. Es una buena mujer y su corazón se henchiría de orgullo si pudiese ver a su magnífico hijo. Pero hablaremos de ella más tarde; ahora

debemos ir sin demora a mis aposentos.

Alejandro se sorprendió.

—¿Es prudente? Me refiero a si...

—No tengas miedo, compañero. He tomado las precauciones necesarias. Avanzaron rápidamente por el pasadizo guiados por la luz de la antorcha de De Chauliac, y pronto dejaron atrás la cocina, donde —pese a la hora tan intempestiva— el trabajo de preparar la comida del día ya estaba muy avanzado. Alejandro no soltó la mano de Guillaume mientras subían por una estrecha escalera de caracol. Más de una vez el niño casi perdió pie en los húmedos escalones de piedra. Finalmente, salieron varios pisos más arriba, a unos pocos pasos de las habitaciones privadas de De Chauliac. Las estancias en las que vivía y trabajaba su colega en el palacio papal seguían siendo un refugio para su ocupante, como cuando Alejandro había estado allí por primera vez, un joven judío asustado que escapaba de un crimen pasional. Entonces estaba solo: un fugitivo sin patria, sin casa, sin familia. Tuvo de nuevo la sensación de que entraba en la guarida privada de un hombre que, si hubiese sido menos escrupuloso en sus modales, podría haberla marcado como hace un ciervo con su trozo de bosque. El mobiliario era un reflejo del francés, que dejaba una señal indeleble en casi todo lo que tocaba. Los mismos exquisitos tapices adornaban las paredes; las suntuosas alfombras silenciaban cada paso y los muebles brillaban a la luz de la antorcha como la inmóvil superficie de un estanque. Guillaume se encontraba tan impresionado como se había sentido su abuelo en la primera ocasión en que sus ojos habían contemplado lentamente las maravillas, empapándose de su exótica belleza. Mientras el chico estaba absorto en la contemplación del entorno, Alejandro se llevó a De Chauliac lo bastante lejos para que el niño no los oyese.

—Habla, amigo mío, y dime por qué nos has llamado con tanta urgencia. De Chauliac miró en dirección al niño.

—¿Dormirá?

—Tan pronto como se calme. Nunca ha visto antes cosas como estas.

—Hablaremos cuando esté acostado. En cualquier caso tendrás que quedarte a pasar el día aquí. No es seguro que te marches ahora.

—¿Marcharme? —preguntó. Le desagradó la palabra antes de que saliera de su boca—. ¿Adónde vamos?

—A París, donde estaréis seguros.

Era el último destino que habría imaginado.

—¿A París? ¿Seguros? ¿De qué?

—De aquellos que os harían daño a ti y al niño.

—Entonces, nos han descubierto.

40

De Chauliac no dijo nada, pero miró al niño.

—Ah, sí —dijo Alejandro, al comprender la necesidad de la discreción —. Cuando se duerma. —Se acercó un poco más—. Llevo tanto tiempo apartado del gran mundo que no soy un buen juez. Aun así, no escogería París como refugio.

—Comprendo tus sentimientos —replicó De Chauliac—, pero ahora debes confiar en mí. Estás a salvo aquí por el momento, y estarás a salvo allí. Sus miradas se cruzaron. En una ocasión anterior había confiado a De Chauliac su vida y mucho más.

«Todavía estoy vivo —pensó—. Y también lo están Kate y Guillaume.»

—Por favor, perdona mi impaciencia —se disculpó.

De Chauliac asintió.

—Está en tu naturaleza, después de todo. —Su mirada se fijó de nuevo en Guillaume—. El chico parece haber encontrado algo de interés. Atravesaron el gran salón hasta llegar junto a Guillaume, que pasaba la mano una y otra vez con gran asombro sobre la pulida superficie de una mesa. Miró a Alejandro.

—*Grand-père*, la madera es tan suave que puedo verme la cara. Pasó los dedos por las molduras del borde, examinando su forma y textura con un toque leve y reverente.

De Chauliac se inclinó —con alguna dificultad, porque era muy alto— y dijo:

—Tengo un regalo especial para ti que te daré más tarde, pero primero necesitas descansar. Los niños tienen que dormir porque es en el reposo cuando crecen.

El niño lo miró.

—¿Es verdad?

—Es verdad. Ahora —dijo De Chauliac, extendiéndole la mano—, si quieres seguirme, jovencito, encontraremos para ti una cama blanda... El chico dejó que lo llevasen a un dormitorio separado. Alejandro miró a través de la puerta mientras De Chauliac acomodaba a Guillaume en un diván.

—Parece confiar en ti —comentó Alejandro cuando De Chauliac volvió.

—El chico sigue tus pasos... en todo, al parecer. —Señaló la mesa brillante que Guillaume había admirado—. A ti se te conoce por admirar las cosas bellas. Ahora, siéntate, colega. Hay mucho que discutir.

Alejandro acató la invitación; De Chauliac se acercó a la mesa y recogió una pila de pergaminos, después de quitar cuidadosamente los pesos de piedra que había colocado en los extremos para evitar la previsible curva provocada por la humedad típica de Aviñón. Los llevó todos hasta donde Alejandro estaba sentado y se los ofreció.

41

Con una expresión de desconcierto, Alejandro aceptó las páginas y las colocó sobre su regazo. Leyó las primeras líneas de la primera página:

En nombre de Dios, aquí comienza el inventario o recopilación de medicina en la parte de cirugía, compilada y completada en el año de Nuestro Señor de 1363 por Guy de Chauliac, cirujano y doctor de física, en el estudio de Montpellier...

Alejandro levantó la vista, sorprendido.

—Colega, ¿qué tesoro es este?

—Un manual de cirugía —respondió De Chauliac con un tranquilo orgullo—. Empecé a escribirlo, finalmente.

Alejandro comenzó a pasar las hojas, ahora con una expresión de alegría y asombro, pero De Chauliac apoyó una mano en la pila de hojas.

—Esta es la razón que le he dado a Su Santidad para explicar mi súbita necesidad de viajar a París. Ya hablaremos más de este trabajo en su momento. Pero ahora mismo tenemos asuntos más inmediatos que discutir.

Kate alineó los peines de marfil en el tocador en el orden específico preferido por su hermana Isabella. Observó cómo estaban dispuestos sobre un pañuelo de brocado, y se preguntó si Isabella había llegado a tocar algunos de los peines ella misma; siempre la peinaba una de las muchas doncellas que rondaban incesantemente por los aposentos reales, preocupadas por satisfacer al instante cualquier necesidad de la princesa. «Su mundo consiste en lociones, sedas y encajes —pensó Kate—. No sabe nada de su pueblo, que vive más allá

de estas paredes.»

Con la punta del dedo movió apenas uno de los peines, hasta que quedó

visiblemente fuera de línea con sus compañeros. Fue un gesto terco que haría enfurecer a su hermanastra mayor. Lamentó que no estaría allí para escucharla; para entonces, los soldados ya habrían acudido para llevársela de nuevo. Pobre tata —querida, venerable y fiel tata—, que tendría que escuchar la diatriba que vendría a continuación, a pesar de la orden de la reina a Isabella para que tratase a la vieja sirvienta con mayor ternura. Era una orden que la princesa Plantagenet —la única hija casadera del rey Eduardo y de su legítima reina—

no estaba dispuesta a obedecer. A pesar de los mejores esfuerzos de la tata, Isabella se había convertido más en hija de su padre que de su madre; era una mujer exigente, egoísta e irritable que se dedicaba astutamente a perseguir todo lo que deseaba. Su arrogancia era tan notoria como los afeites de una prostituta, sin el menor intento de sutileza.

Pero, a pesar de las similitudes de temperamento, Isabella solo tenía un leve parecido físico con su padre, el rey Eduardo. No ocurría así con Kate, quien, desde que los hombres de su hermanastro la habían raptado en París, no hacía ningún secreto de su odio por Eduardo o por Isabella. Reconoció la llamada del rey cuando sonó y se preguntó por qué se molestaría en llamar, puesto que nunca esperaba a oír el *«Entrez»*. Sencillamente entraba sin más, para su diario intento de reconciliación. Kate era incapaz de comprender por qué deseaba reclamar su parentesco después de tantos años de negarlo.

—No necesitáis molestaros en llamar la próxima vez —le dijo ella, desafiante—. Cuidad vuestros nudillos.

El rey cruzó la habitación con pasos largos.

—Tanta furia, tanto desprecio... —replicó—. No es adecuado para una princesa. —Se tomó la molestia de enfatizar la última palabra. Mientras miraba en derredor, sus ojos descansaron en una pila de prendas arrugadas en un rincón. Se acercó y recogió una capa de terciopelo color marfil que yacía encima—. Ni tampoco lo es este desorden. ¿Por qué están mis regalos amontonados en el suelo?

—Porque la ventana tiene rejas, y no pude arrojarlos al patio. La voz del rey se ensombreció.

—¿Estas riquezas no te complacen, hija?

La respuesta llegó sin vacilación.

—Vos no sois mi padre.

Kate vio la furia encenderse en sus ojos y se encogió, pero él se abalanzó

súbitamente y la sujetó por el brazo. El rey Plantagenet arrastró hasta un espejo a la desafiante joven que había engendrado y la mantuvo inmóvil delante de él. Ella cerró los ojos para protegerse del dolor de su apretón, pero él le estrujó el brazo hasta hacerla gritar.

—Abre los ojos y mírate en el espejo, o te apretaré más fuerte. Mejor aún —

añadió—, llamaré a uno de esos fornidos celtas que te escoltan de aquí para allá. Quizá ellos te convenzan de que mires. O quizá los enviaré a que busquen a tu hijo. —Después de una pausa teatral, manifestó—: El chico está dentro de mi alcance.

Ella abrió los ojos y miró directamente adelante, pero eludió la mirada de su padre.

—Eso es —dijo el rey, oprimiéndole la carne con más fuerza—. Ni siquiera tú puedes dejar de ver el parecido entre nosotros.

Dicho esto, le soltó el brazo y la apartó de un empellón. Ella se frotó la zona dolorida, conteniendo las lágrimas para que el monarca no viese su debilidad.

—Desde luego, habéis dejado en mí más que una marca pasajera —dijo. El rey la cogió por el pelo y la acercó a él. Kate cerró los ojos. 43

—Yo te di la vida —murmuró en su oído—. Harías bien en agradecerme el regalo.

—Podéis reclamar esa vida cuando lo consideréis conveniente —replicó

ella—. No oiréis ninguna queja de mi parte. Ese sería el más deseable regalo que podríais hacerme.

Eduardo la apartó de nuevo, violentamente, y ella cayó al suelo.

—¡Te olvidas de con quién hablas!

Kate se levantó y lo miró a los ojos.

—Hablo al hombre que renegó de mí siendo una niña inocente, y ahora, después de años de abandono, quiere reconocerme como hija. No me tendréis. Mi padre vendrá a buscarme. Ya os podéis ir preparando. El rey soltó una carcajada.

—¿Tu padre? —se mofó—. Un apestoso judío, un cobarde que no se ha mostrado en siete años. ¡Te robó a tu hijo, mi nieto, y todavía hablas de él como si fuese el mismísimo Salvador! Vives en el engaño, hija. No vendrá, y si es tan tonto como para intentarlo, lo haremos prisionero.

La voz de Kate tembló; no podía ocultárselo al rey.

—Él vendrá.

—Suena como si necesitases convencerte a ti misma.

Con una voz que era poco más que un susurro, ella dijo de nuevo:

—Él vendrá.

El rey se alejó furioso pero se volvió al llegar a la puerta.

—Entonces mejor que se dé prisa. —Salió de la habitación y cerró con un portazo.

De Chauliac y su protegido estaban finalmente solos.

—Te mandé llamar porque hay dos noticias. En primer lugar, el rey le ha escrito al Papa para solicitarle la aprobación del casamiento de Isabella. Alejandro no dijo nada por un momento.

—Rezaré por su novio —dijo al cabo con tono amargo—. El hombre se encontrará muy pronto necesitado de gracia.

—Desde luego —dijo De Chauliac—. Pero quizá sea Isabella quien necesitará tus plegarias.

—No rezaré a ningún dios por su felicidad.

—Está prometida con De Coucy.

Alejandro casi se levantó de un salto.

—¡Qué dices!

Las largas hileras de soldados terriblemente heridos de la desafortunada *Jacquerie* aparecieron en su mente, y por un breve momento revivió las atrocidades que De Coucy —a las órdenes del conde de Navarra— había 44

cometido al aplastar su rebelión. Aunque De Coucy no era más que un joven barón de dieciocho años en aquel momento, había demostrado una fiereza más adecuada para un viejo guerrero amargado. Para cuando el sol se puso sobre aquella terrible batalla, Alejandro y Kate estaban bañados en la sangre de los camaradas caídos de su marido, Guillaume Karle, decapitado quizá por el propio De Coucy. La única razón de que Kate aún estuviese viva después que De Coucy y el conde de Navarra cayeron sobre ellos, fue la rápida cuchillada que le asestó a De Coucy en la entrepierna cuando él la cogió por detrás. Ahora vio la imagen de este monstruo junto a la artera Isabella. Qué pareja más perfecta harían: dos demonios de las tinieblas.

«Que bailen en su boda con zapatos de hierro al rojo y que su lecho de bodas sea de brasas ardientes», pensó.

—¡Sin duda Dios no puede permitir que un horror como este tenga lugar!

—rabió.

De Chauliac apoyó una mano en el hombro de Alejandro y lo empujó suavemente para que se sentase.

—Por favor, colega, tendrás un ataque con tus estallidos, y yo todavía te necesito. Siéntate y tranquilízate. Aún hay mucho más que relatar. El alto francés se sirvió una copa de brandy.

—¿Quieres una, para tu salud? —No esperó la respuesta y le sirvió de todas maneras—. Su Santidad naturalmente aprobará el casamiento, dado que la familia De Coucy siempre le ha dado su apoyo. Esta es una excelente boda para ellos. Todo un regalo. Por supuesto, esperaban una novia de la nobleza para su hijo, pero la realeza tendría que haber estado fuera de su alcance; la hija de un rey, el rey de Inglaterra, es demasiado para pedirlo. Pero, como todos sabemos, Isabella es una malvada arpía, digna de ser la novia de Satanás, y él es un rehén en la corte de Eduardo a la espera de un rescate. El rey hará todo lo que esté en su poder para que el casamiento tenga lugar. —Hizo una pausa antes de comentar—: Los rumores dicen, por increíble que parezca, que están muy enamorados, a pesar de la diferencia de edad.

Alejandro se sentó de nuevo en la silla y se imaginó a Isabella tal como debía de ser en esos momentos: una mujer de treinta y tres o treinta y cuatro años, cuya belleza ciertamente habría comenzado a ajarse. Con cuatro compromisos fracasados a su espalda, estaría al borde de la desesperación. De Coucy a los veintiséis estaría en la plenitud de su hombría, moreno y sombrío, un musculoso y despiadado guerrero.

—¿Amor, entre tal pareja? Es indecente. El amor no cuenta en tales acuerdos, o así lo has dicho tú antes. Por lo tanto, debes decirme, De Chauliac, qué importancia tiene esto para hacerme salir del gueto con el chico. Dejemos que Isabella y su bestial novio pasen su luna de miel en el infierno. Mi única preocupación es mi hija.

45

De Chauliac quiso recordarle a su camarada que Kate no era realmente su hija, pero aquel no parecía ser el momento más oportuno. —Ahí reside la principal razón de mi llamada —dijo con suavidad—. Parece que el rey está

buscando legitimizarla, para que ella también pueda casarse. Le ha escrito al Papa con tal petición.

Alejandro se aferró a los brazos de la silla y se inclinó hacia adelante.

—No es posible.

—He visto la carta yo mismo, Canches, y sé que es verdad.

—Pero ¿quién...?

—De Coucy ha pedido que sea dada a uno de sus parientes, un primo lejano, un barón cuyo nombre es Benoît. Poco se sabe de él aparte de que es un hombre con algunos medios y propiedades, la mayoría de ellas en Bretaña, donde Eduardo tiene poca influencia. Así que, al dársela a él, consigue dos objetivos: consolida su acuerdo con De Coucy y pone un pie en Bretaña.

—Lo rajaré desde el cuello al ombligo si alguna vez lo veo de nuevo.

—¿A quién rajarás, a De Coucy o al rey?

—A los dos —gruñó Alejandro—, si me dan la oportunidad.

—Debes aprender a controlar tu temperamento, amigo mío. Tus impetuosos actos te han costado muy caro en el pasado. Este exceso de emoción es poco sano y será tu ruina.

Alejandro no hizo caso de la advertencia de su amigo y se levantó de la silla. Se paseó por la mullida alfombra oriental del salón, murmurando para sí

mismo. Luego se volvió hacia De Chauliac.

—Debo partir de inmediato. La sacaré del castillo y la traeré de regreso aquí. Estará a salvo en Aviñón, entre los judíos...

De Chauliac vio la angustia y la agitación de su amigo.

—Cálmate, colega; este es un momento para la templanza, no la impetuosidad. Te he traído aquí tan pronto como llegó la noticia, así que todavía hay tiempo para trazar un plan y después actuar. El Papa no ha dado todavía su aprobación al matrimonio, aunque estoy seguro de que lo aceptará. El mensaje solo acaba de llegar. Hay mucho que ganar si retrasa la respuesta. El rey se pondrá nervioso y quizá se muestre conciliatorio en otros asuntos. Este es el juego que juegan el uno con el otro.

—No puedo demorarme. Debo ir ahora, para aprovechar todas las ventajas.

—La furia de su voz cambió a arrepentimiento—. Tendría que haber ido antes a buscarla.

—Habrías fracasado. El momento no era el oportuno. Había demasiados combates en el territorio, y todavía hay muchos. Hay soldados por todas

partes y, aunque son menos en número que antes, sin duda aún te están buscando, sin una guerra que los distraiga.

Alejandro se dejó caer de nuevo en la silla.

46

—Entonces, ¿cómo debo proceder? —dijo con desaliento.

—Primero ven a París conmigo. Trae al chico. Allí estaréis seguros, te lo garantizo. Cuando lleguemos, pondré a algunos de mis partidarios en la tarea de recoger más información de estos hechos. Luego veremos qué debes hacer a continuación. Habrá muchos viajeros hacia Inglaterra tan pronto como se anuncie el matrimonio. Quizá puedas confundirte entre ellos.

—O que me reconozcan.

—Ese, por supuesto, es el riesgo.

—¿Qué haré con un niño pequeño a la zaga?

—Si lo consideramos aconsejable, podrá quedarse en París, en mi casa, y lo alojaremos entre la servidumbre. —De Chauliac hizo una pausa para que Alejandro considerase las cosas que había dicho—. Su Santidad goza de buena salud por el momento, y no es un paciente con tantas exigencias como sus predecesores, así que pediré permiso para viajar a París y trabajar en mi libro. No dudo que me complacerá. Podrás viajar como uno de mis asistentes; nadie se dará cuenta.

No dijo, como podría haber hecho, que le había llegado la información de que los soldados del rey habían recibido la orden de redoblar sus esfuerzos para encontrar al médico judío y llevarlo a Inglaterra. Ya habría tiempo para esa amarga noticia, cuando hubiesen llegado sanos y salvos a París. El francés se estremeció y luego tosió. La mirada de Alejandro se clavó de inmediato en él.

—Estás pálido, colega. —Se adelantó y puso una mano en la frente de De Chauliac—. Tienes fiebre.

De Chauliac apartó la mano de Alejandro.

—Un exceso de emociones —dijo—. Mira cómo afecta; debes seguir mi consejo y actuar de una manera calma y prudente, o también tú pagarás las consecuencias.

Alejandro no replicó nada a su advertencia; estaba en la naturaleza de De Chauliac darle órdenes, y no se permitió darse por ofendido, como quizá habría hecho tiempo atrás. Volvió a la silla y se reclinó con los ojos

cerrados. La gravedad de su situación descendió sobre él como un terrible manto oscuro.

«De nuevo me arrancan de la seguridad —pensó con tristeza—. De nuevo debo escapar.»

47

4

—No podría ser solamente una anomalía? —preguntó Tom—. ¿Un error estadístico?

Janie titubeó por un momento antes de responder. Cuando lo hizo, su tono era de duda.

—Por supuesto. Puede haber muchas explicaciones. La presencia de grupos de bacterias desconocidas no significa necesariamente que haya un problema.

—Hablaremos con Kristina. En cuanto acabemos de cenar. Se produjo un silencio, la clase de silencio que sobreviene entre dos personas concentradas en el mismo tema. Cada una sufriría a solas hasta llegar a la misma e inquietante conclusión: ¿cómo sobreviviremos?

Marido y mujer caminaron tomados de la mano por el sendero que llevaba a la casa. Llegaron al punto panorámico donde la puesta de sol había atraído a Janie; abajo, en el valle, la última luz del día se filtraba entre los árboles todavía desnudos y teñía de naranja y dorado el agua en calma. Tom tiró de la mano de su esposa para que permaneciera allí.

—Tenemos que volver —dijo ella.

—Espera. Disfruta esto conmigo.

La acercó a su cuerpo; Janie se apoyó en él. Una oleada de calor y seguridad la inundó y disipó la preocupación durante unos instantes.

—Me pregunto si todos los atardeceres serán así de hermosos cuando toda la polución desaparezca de la atmósfera —comentó Tom.

—¿Qué te hace creer que desaparecerá?

Él la miró sorprendido.

—No hay autobuses, no hay coches, no hay centrales eléctricas a carbón.

—Puede haberlas por alguna parte.

—Eres una soñadora, amor mío. Todo ha desaparecido.

—No lo sabemos.

48

Tom le apretó la mano.

—Espero que tengas razón y que quienquiera que esté todavía allí afuera sea amistoso.

Disfrutaron de la resplandeciente paz por unos momentos.

—Me siento muy pequeña cuando miro desde aquí —dijo Janie en voz muy baja—. En general me siento muy pequeña en estos días, pero esta es una sensación de pequeñez distinta.

—Sí —asintió Tom, que deslizó la mano por la cintura de Janie—. Pequeña como parte de un universo más grande, no pequeña como parte de la cadena alimentaria.

El comentario la hizo sonreír.

—A propósito de comida, tengo un pollo en el horno.

Dejaron que el ocaso se apagase solo y se alejaron a paso vivo.

En cuanto entraron, Alex apareció corriendo por una esquina y saltó a los brazos de su padre, sin importarle que Tom estuviese quitándose las botas. Tom lo estrechó en un abrazo.

Sarah no tardó mucho en aparecer; Janie apoyó una mano en los delgados hombros de la niña. Miró el sorprendente cabello rojo, el mar de pecas y la sonrisa con un hueco entre los dientes de conejo.

—Muéstrame los hoyuelos —le ordenó.

Sarah la complació cerrando los ojos y con una gran sonrisa. Dos marcados hoyuelos, uno en cada mejilla, eran la prueba de que era la hija de Caroline Rosow.

—¿Quieres ver cómo enrollo la lengua? —preguntó la niña, entusiasmada.

—¡Exhibicionista! —exclamó Alex.

—¡Tú no puedes! —se burló Sarah.

—¿Y qué?

—Ya está bien —dijo Caroline mientras aparecía por la esquina—. No es un talento, Sarah, es un rasgo genético, y bastante inútil. Déjalo ya. Ahora vete a lavar las manos. La cena está lista.

Alex le sacó la lengua; Sarah le frunció la nariz. Luego se volvió hacia su madre y le dijo:

—Pero ¡si ya nos hemos lavado las manos cuando entramos!

—Lávatelas de nuevo —insistió Caroline—, o puedes ir a sentarte a tu dormitorio a oscuras mientras todos los demás cenamos. Alex miró a su madre.

—Tú también —dijo Janie.

Se marcharon a la carrera, protestando.

—Eso ha sido bastante medieval —dijo Janie con una sonrisa. 49

—Ellos sabían cómo criar a los chicos. —Caroline se volvió hacia Tom —.

¿Cómo está Jellybean?

—Da la impresión de que el casco todavía le molesta, pero esta tarde vi a Ed que la paseaba y parecía estar bastante bien. Por lo visto, la crisis ha pasado gracias a tus cuidados.

—Es un gran alivio. Bueno, tendremos que ir a cenar.

Todos se fueron momentáneamente en diferentes direcciones, pero al cabo de pocos minutos los ocupantes del recinto comenzaron a sentarse a la larga mesa, atraídos por los sonidos y los olores de la cena. Elaine, sucia de harina, y Terry, que olía a madera, se ocuparon de sentar a su madre, que tenía alzheimer, en una silla en un extremo de la mesa. Ella no quería levantar la pierna por encima del banco, pese a que podía, así que la silla siempre estaba reservada para ella. Patricia, la hija del Elaine y Terry, se sentó a la derecha de la anciana. Ató una servilleta alrededor del cuello de su abuela y la palmeó cariñosamente en el hombro. Ed Golochuk, un antiguo conductor de FedEx que siempre había sido un poco solitario, se sentó a su lado y le dedicó una sonrisa. Se fueron pasando la comida amablemente de persona a persona, mientras hablaban de las actividades del día.

Janie observaba la escena desde la puerta de la cocina. La noticia que daría después de cenar alteraría aquella preciada atmósfera conseguida con muchos esfuerzos en una «familia» tan grande como la suya. Cogió la última de las fuentes, cargada con puré de nabos, y se sentó en el espacio que Tom y Alex habían dejado entre ellos.

Janie vio el alivio en el rostro de Caroline cuando Tom amplió su informe sobre la yegua, que fue apoyado por el asentimiento de Ed. La tarea de tratar las enfermedades de los caballos podría haber caído naturalmente sobre ella como médica, pero todos habían aprendido muy pronto después de llegar al asentamiento que las tareas a menudo se atendían mejor por la pasión que no por la vocación anterior. Caroline, una investigadora biológica, no quería estar en el laboratorio, pero sí había aceptado alegremente la tarea de cuidar de los ocupantes del granero y los establos. Ordeñaba las cabras, esquilaba las ovejas y cuidaba maternalmente de las dos vacas de las doce que habían tenido originalmente. Con el tiempo

habían determinado que una mutación de la bacteria del DR. SAM las había matado, tras comenzar como una infección en la ubre de uno de los animales. La enfermedad se había propagado de un pesebre a otro, con síntomas semejantes a la versión humana del DR SAM. Cuando solo quedaban siete, las aislaron, con la esperanza de contener la enfermedad. Cinco más murieron de todas maneras.

Janie miró y escuchó mientras su marido hablaba del casco del caballo. Ese hombre bueno y generoso había estado una vez entre los primeros candidatos a una plaza de juez federal; ahora, se había convertido en el manitas del grupo. 50

Tom arreglaba y fabricaba cosas con una energía ilimitada y una paciencia que asombraba a todos, mientras trabajaba sin cesar en sus inventos hasta que cada aparato era perfectamente funcional. Había armado carretas con ruedas desmontables para trasladar a las vacas muertas; las tablas de madera en las que las habían transportado las quemarían junto con los restos. Tenían todo un bosque para proveerse de toda la madera que necesitasen, pero muy pocas ruedas.

Janie escuchó una risa profunda desde el otro lado de la mesa cuando Michael Rosow respondió a los juegos que hacía su hija con la lengua. Al ver la mirada severa de Caroline, le guiñó un ojo a Sarah y le dijo, en fuerte acento británico:

—Guarda esa cosa, amor, y cómete los nabos. —Señaló con el tenedor la humeante pila dorada de su plato—. Ed y yo nos tomamos muchos trabajos para que creciesen sabrosos y bonitos solo para ti, así que ahora sé una buena niña y cómetelos.

Michael era uno de los dos granjeros, algo muy alejado del policía que una vez había sido, aunque él solía decir con un guiño coqueto: «Una vez poli, siempre poli».

Pero Janie siempre pensaba en él en una manera más definida, como un

«biocop», un policía especializado en delitos biológicos. El traje verde que usaba en el pasado estaba bien guardado en bolsas de plástico, cada parte escrupulosamente lavada. Algunas de las partes de aquel traje sorprendente —las que podían soportar el calor— las habían pasado por vapor antes de guardarlas. Solo se lo había puesto unas pocas veces desde que había llegado al campamento; una de esas veces fue el día que transportaron las vacas para quemarlas. Janie sabía que no podía ser muy divertido hacer todo ese pesado trabajo en el interior de un traje cerrado en

un día de calor, pero había un único traje, y él era el único que sabía cómo usarlo. Los demás —

especialmente los hombres— lo observaron con aire culpable, mientras él trabajaba en beneficio de todo el grupo. Michael había atravesado el Atlántico siguiendo el rastro de ella y de Caroline desde Londres a las Berkshires. Sus superiores no querían que fuera a Estados Unidos para indagar sobre el misterioso incidente de la epidemia; había mucha burocracia para viajar de un país al otro en la era del DR SAM, incluso cuando era un asunto oficial. Pero ella y Caroline tenían información de la muerte de un viejo en Londres, así que los biocops británicos habían dejado marchar a Michael, y él las había encontrado con mucha facilidad con una sencilla búsqueda desde el ordenador de un cuartel de la policía del estado. Se presentó una tarde en la puerta de Janie y, tras una cortés presentación, explicó que necesitaba información adicional sobre la muerte de un tal Robert Sarin.

51

—Interrogamos a su amigo el doctor Ransom sobre el asunto. Fuimos a buscarlo al aeropuerto de Heathrow cuando su aduana lo hizo volver, pero no pudo decirnos gran cosa.

Sin saber muy bien por qué confiaba en él, Janie dejó entrar a Michael y se apresuró a llamar a Caroline. Muchas veces desde entonces, Tom se lo había reprochado: «Tendrías que haber llamado primero a tu abogado, que, dicho sea de paso, habría sido yo».

«Pero si todo salió bien», replicaba ella en su propia defensa. Afortunadamente.

Janie advirtió enseguida la atracción entre Michael y Caroline, aunque a la pareja le costó un poco más. Fue Tom quien se encargó de tramitar el visado que le permitía a Michael quedarse en Estados Unidos. Volvió a ponerse el traje verde, aunque esta vez en una nueva tierra extraña. Pero todavía era un biocop británico cuando las interrogó por primera vez.

—Tomaron la muestra del suelo cerca de la casa de Sarin, y después la enviaron al laboratorio para que la analizaran. ¿Dicen que para la peste?

—Sí.

En retrospectiva, la explicación parecía absurda. Aún recordaba cómo le había costado lograr que él la creyera.

—Estaba trabajando en un artículo, y necesitaba determinar si el gran incendio de 1666 había tenido un efecto purificador en la tierra. Necesitaba

muestras de diversas zonas de Londres. Una de ellas correspondía a ese lugar, en el parque cerca de donde él vivía.

—¿La muestra se perdió en el laboratorio del instituto?

—Por desgracia, sí.

—¿El doctor Ransom estuvo implicado en aquel incidente?

—¡No! Fue su jefe quien causó el accidente. Bruce solo estaba intentando contenerlo.

Él había acabado por creerla después de que ella le mostró el diario de Alejandro, antes de llevárselo a Myra para que lo guardara en la biblioteca judía. Pero todavía hoy, de vez en cuando, Michael formulaba preguntas. En la mesa él y Sarah se hacían morisquetas. En un extremo, la hija de Tom, Kristina, sonreía y se reía al verlos.

Fue Kristina quien había descifrado el problema de la mutación que había matado a las vacas; ella con su increíble brillantez, que podía recitar la tabla periódica de los elementos y escribir la secuencia del código genético del DR

SAM de memoria, la misma joven que tenía que escribir la fecha de su cumpleaños porque la senda neuronal que antes conducía directamente a ese recuerdo ya no existía. A pesar de los extraños fallos de su memoria, sería a ella a quien presentarían el problema de las nuevas bacterias. Tan pronto como acabasen de lavar y secar los platos.

52

Nunca quedaban restos de comida después de la cena, así que la limpieza era rápida. Nadie estaba gordo; la energía corporal se acumulaba y gastaba más rápidamente que la electricidad, aunque su generador y el molino producían lo suficiente para atender las necesidades elementales.

«También para mis árboles frutales», pensó Janie, mientras encendía una pequeña lámpara fluorescente. Esa noche la luz del fuego no sería suficiente. Los adultos —Kristina tenía veinticinco años, según cómo se contara— se reunieron alrededor de la mesa, que tenía por tablero una plancha de metal lacada de blanco que alguien había llevado. Habían descubierto por accidente que las marcas de lápiz se podían lavar, con lo cual la superficie se podía utilizar de nuevo. Había regañado a Alex por el acto que había llevado a este descubrimiento, pero desde entonces le habían dado las gracias muchas veces. Ya no disponían de papel.

Janie comenzó con la explicación de lo que había encontrado y por qué le parecía importante.

—El número de bacterias ha estado reduciéndose hasta ahora, y de pronto aparece una cosa nueva. Se parece mucho a la bacteria que causa la peste, pero no puede ser, no en esta época del año. No sé si es una mutación del DR SAM o qué. Parece poco probable que sea una anomalía natural.

—Pero podría serlo, ¿no? —Tom miró a Kristina y Janie alternativamente. Las dos mujeres cruzaron una mirada y después observaron los rostros expectantes de sus compañeros.

—No estoy segura —respondió Janie—. No estudié bastante estadística para poder responder a la pregunta.

—Podría ser —dijo Kristina después de un momento.

Se oyó un pequeño suspiro colectivo.

—Pero yo diría que no.

En el silencio que siguió, Kristina dio una explicación mientras dibujaba un esquema en la plancha, con círculos y flechas y sendas de progreso. Señaló las ubicaciones de las muestras anteriores, y después trazó un pequeño círculo para indicar el lugar de la muestra que había examinado Janie. Estaba bien dentro del círculo de las muestras anteriores.

—Todos estos son puntos del DR SAM —dijo—. Están cerca de los lugares donde encontramos esta nueva. Quizá sea una mutación, pero no lo sé. Michael fue el primero en apartarse del círculo de luz para reflexionar; los demás no tardaron en imitarlo. Al cabo de unos minutos, Kristina habló de nuevo.

—Creo que debemos ir a estos dos lugares y tomar más muestras. —Señaló

dos puntos en el mapa—. O bien es algo que ha vuelto o algo que comienza. Necesitamos comprobarlo.

—Pero ¿cómo? —preguntó Terry—. ¿Por qué ahora, después de todos estos años?

—Un problema a la vez —señaló Patricia—. Vamos a concentrarnos primero en qué es antes de dedicar energía al cómo y el porqué. Hubo un momentáneo silencio en todo el grupo. Finalmente Michael se levantó.

—Adivinad qué día es mañana.

Se miraron los unos a los otros un tanto confusos, sin entender a qué venía la pregunta en ese momento. Al cabo, Caroline preguntó:

—¿Es el cumpleaños de alguien?

Él le dedicó una sonrisa casi triste.

—No, amor. Es 17 de marzo. San Patricio. Un buen día para vestir de verde. 54

5

Los briosos caballos montados por los guardias papales llevaban los mismos jaeces rojos que Alejandro recordaba de quince años atrás, y que hacían juego con las capas de los jinetes. Pero, antes de que hubiesen recorrido diez leguas, las orillas bordadas con flores de lis doradas estaban manchadas por las salpicaduras de lodo que levantaban los cascos. Entonces, como ahora, cabalgaba en la compañía de los soldados del Papa, pero esta vez vestía las sencillas prendas de viaje de un hombre común, no la capa bordada y las polainas que había usado como emisario del Papa a la corte inglesa, y el propio De Chauliac se contaba entre los viajeros. Como correspondía a su posición, el francés vestía la amplia túnica de color borgoña y el birrete cuadrado de un médico. Sus cabellos blancos destacaban en un gran contraste. Él atraería la atención de todos mientras pasaban de ciudad en ciudad; nadie prestaría ninguna atención al discreto hombre de cabellos oscuros que iba al final de la comitiva con un niño pequeño montado en la grupa.

Guillaume se fue mostrando cada vez más taciturno a medida que aumentaba la distancia entre él y el único hogar que había conocido. Su habitual entusiasmo se vio reemplazado por una sombría expresión y durante leguas no dijo nada. Aunque su abuelo se sentía aliviado —«No debemos hacer nada que atraiga la atención sobre nosotros»—, también estaba un tanto preocupado y algo entristecido al ver el cambio. Lamentaba asimismo no poder hablar con De Chauliac de sus pasiones compartidas durante el viaje, ahora que volvían a estar juntos después de tanto tiempo. Deseaba tener la oportunidad de discutir las cosas que habían aprendido cada uno por su cuenta. Su correspondencia secreta había sido preciosa, detallada y satisfactoria, pero estaba limitada al pergamino, sin el espontáneo toma y daca habitual de sus discusiones. Tener a su amigo allí en persona habría sido maravilloso. Mientras la conocida carretera se desplegaba ante ellos, Alejandro recordó que, la 55

primera vez que había cabalgado por ese camino, De Chauliac había sido el maestro y él el alumno. Se había asombrado de la profundidad y la amplitud del conocimiento de su mentor. Sin embargo, era Alejandro Canches quien había asombrado a Guy de Chauliac con las percepciones que incitaban sus más interesantes debates.

—Ratas.

—¿Qué quieres decir con ratas?

—Son las ratas las que causan la peste.

—¡Tonterías!

—Piénsalo, De Chauliac. Donde hay ratas, hay peste.

De Chauliac declaró que esa afirmación era una locura.

—Las ratas están en todas partes.

—Precisamente —dijo ahora Alejandro en voz alta.

Guillaume volvió la cabeza y lo miró con una expresión de curiosidad, como si quisiera preguntarle: «¿Qué has dicho?».

—Nada —respondió Alejandro, que comprendió la silenciosa pregunta del niño—. Nada de importancia.

No muy al norte de Aviñón subieron a una barcaza y fueron río arriba por el Ródano hasta que la cascada del deshielo primaveral del macizo central hizo que la corriente fuese demasiado fuerte para los barqueros; volvieron a la orilla y continuaron su viaje a caballo hasta que llegaron a Valence, a orillas del río. Allí se encontraba el monasterio donde pasarían la primera noche del viaje. De Chauliac fue recibido en el patio por varios lacayos y una docena o más de monjes con hábitos marrones, y un momento después desapareció por una puerta en compañía de un prelado con túnica roja y mitra. Sus compañeros de viaje —Alejandro y Guillaume entre ellos— quedaron a cargo de un mozo de cuadra, que los llevó a los establos donde dormirían en la paja, entre los caballos.

La ciudad se hallaba a poca distancia del monasterio. Guillaume no podía apartar los ojos de las luces que se veían a través de las ventanas de una taberna, y cuando Alejandro intentó llevarlo al interior del establo, el niño se resistió.

—Debemos permanecer escondidos —le dijo al chico.

—Pero, abuelo, hay música; por favor, ¿podemos ir a escucharla?

—No, Guillaume, debemos asegurarnos de que nadie nos vea.

—Solo por un rato; nadie nos conocerá allí.

Tenía razón, por supuesto; había muy poco riesgo en ir a la taberna. Quizá, en realidad, llamarían más la atención si no iban. Los únicos soldados de las cercanías eran los de su propio grupo. La mitad permaneció montando guardia; 56

la otra mitad, salvo uno, fue a la taberna en cuanto estuvieron libres. El soldado de aspecto menudo que se quedó atrás parecía incómodo entre los

demás, y se escabulló discretamente al interior del establo en cuanto los otros se marcharon. Alejandro pensó en invitarlo a que fuese con ellos pero, a la vista de la decidida retirada del soldado, prefirió no hacerlo.

Pero, si era un guardia papal entre camaradas, ¿por qué permanecía en el establo cuando en la taberna podía tener diversión?

El momento de suspicacia desapareció cuando vio la curiosidad en el rostro de Guillaume. Su excitación no le sorprendió; el largo viaje desde Aviñón a París en 1348 había sido una gran parte de su propia educación en las maneras mundanas, y nunca olvidaría ni un solo detalle; ni siquiera aquellos horrores que habría sido mejor olvidar. El niño que tenía a su cuidado nunca había salido del gueto de Aviñón, después del duro viaje que Alejandro había hecho desde París hasta allí con el infante recién nacido colgado sobre el pecho. ¿Qué clase de educación era esa para el nieto del rey de Inglaterra?

—Muy bien —le dijo a Guillaume—. Escucharemos algo de música, pero debes prometerme que tendrás mucho cuidado y no hablarás con desconocidos. Retuvo a Guillaume detrás de él en la puerta de la taberna hasta que pudo mirar el interior; al no ver nada destacable, dejó que el niño se adelantase. La mirada de los ojos de Guillaume, grandes como platos, pasaba ávidamente de una fascinación a otra, para absorberlo todo. Las mujeres de la taberna vestían ropas que se habrían considerado vergonzosas entre las judías del gueto por lo reducidas y por los colores chillones. Llevaban encajes y joyas, sombreros escandalosos y zapatos puntiagudos.

—¿Por qué todas las mujeres tienen las frentes tan despejadas? —preguntó

Guillaume.

—Se depilan los cabellos porque una frente despejada se considera una señal de elegancia.

Guillaume se encogió de hombros.

—No veo por qué. A mí me parecen muy curiosas.

—A mí también —reconoció su abuelo.

El jocoso comportamiento de los burgueses franceses, que cantaban, bailaban, peleaban y discutían, mantenía asombrado al chico.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Alejandro.

—¡Sí!

—Entonces cenemos.

Llamó al tabernero con un gesto. Cuando este se acercó, le pidió pan y queso y una jarra de cerveza para él.

—Esta noche beberás tu primer trago de cerveza, Guillaume. Guillaume cogió la jarra con ansia, pero hizo una mueca cuando el líquido amargo le tocó la lengua.

57

—El chico es muy sensible en su gusto.

Alejandro se volvió hacia la voz y vio a un hombre mayor de pelo blanco y patillas grises. Cuando el viejo caballero sonrió, su rostro se cubrió de arrugas, pero sus ojos azules eran claros y llenos de vitalidad.

—A mí tampoco me gusta mucho la cerveza de este lugar —comentó —. Pero la bebo, porque el agua no se debe beber, ni por amor ni por dinero. Su afirmación despertó al punto el interés de Alejandro.

—¿A qué se debe eso, buen hombre?

El parroquiano miró en derredor, como si pudieran oírlo.

—Bueno —dijo cuando comprobó que no había nadie cerca—, hace que un hombre se ponga enfermo al beberla. Pero el señor del lugar no quiere admitir que su pozo es malo.

El médico se acercó, sin hacer caso del rancio aliento del viejo.

—¿Qué síntomas de enfermedad tiene uno después de beber esta agua?

El hombre lo miró a los ojos.

—Hablas como un español.

Después de todos sus años en el exilio, creía que se había borrado cualquier rastro de su origen. Pero ese hombre lo había descubierto con unas pocas frases.

—He vivido en muchos lugares —respondió con cautela—, entre ellos España. Supongo que mi lengua le cogió el gusto al sonido del idioma. Pero, por favor, continúa. ¿Cómo se enferman?

—Aquellos que beben del pozo contraen la gripe. No pueden contenerse, ni por un extremo ni por el otro, si entiendes lo que digo. —Sus ojos casi brillaban con esta desagradable revelación.

—Por supuesto —dijo el médico—. Pero sin duda tal enfermedad no se puede atribuir enteramente al agua.

—¿Por qué no? Los forasteros que vienen a la ciudad incluso para una visita de corta duración se marchan sujetándose la tripa. Corren al bosque para aliviarse, y no los volvemos a ver nunca más.

—Pero ¿qué hay de aquellos que viven aquí? Sin duda no están continuamente aquejados.

—No les pasa nada —manifestó el viejo—. Es curioso, desde luego.

—¿Y a ti?

—Nunca me ha pasado nada. —Sonrió con picardía—. Pero, claro, como te dije, no bebo agua. Solo cerveza. —Levantó la jarra en un brindis y se la bebió

toda de un largo trago. Dejó la jarra en la mesa y se limpió la espuma de la boca con la manga—. ¿De dónde vienes?

—De Montpellier —respondió Alejandro.

—*Grand*...

El médico hizo callar al niño con una mirada severa.

—¿Y tu destino?

—Estrasburgo.

Esta vez Guillaume no dijo nada de la mentira dicha por Alejandro.

—Un largo viaje —comentó el viejo.

—Por supuesto, y muy fatigoso.

—Bien, deseo que Dios te acompañe —dijo el hombre. Comenzó a levantarse pero le hizo una última advertencia—: Recuerda no beber del pozo.

—Se acercó un poco—. Dicen que los judíos lo han envenenado. Dicho esto se marchó, y Alejandro se quedó mudo y furioso. Se comieron el queso y el pan rápidamente y regresaron a los establos. El soldado que se había quedado atrás era el único que estaba allí, ya acostado; solo la cabeza encapuchada era visible por encima de la manta con la que se había abrigado. Alejandro miró brevemente las botas colocadas entre el jergón del soldado y el siguiente, con las punteras y los tacones cuidadosamente alineados; era como si hubiese creado una pared entre él mismo y el camarada que se acostaría a su lado.

¿Por qué ese soldado no había dicho palabra? El hombre parecía encogerse cuando sus camaradas hablaban.

Acomodó al niño en la paja, pero Guillaume estaba inquieto; daba vueltas y se movía como nunca había hecho en su cama de Aviñón. Finalmente, Alejandro le habló.

—¿A qué se debe tu agitación, Guillaume?

El chico se levantó apoyado en un codo.

—¿De verdad vamos a ese otro lugar que dijiste?

Alejandro se apresuró a poner un dedo sobre sus labios fruncidos.

—¡Chis! —susurró.

Miró por encima del hombro al soldado, que ya parecía estar durmiendo. Aun así, bajó la voz para que nadie más pudiese oírlo.

—No, vamos a París.

El niño siguió la indicación de su abuelo y también susurró.

—Entonces, ¿por qué le dijiste a aquel hombre otra cosa?

—Porque debemos tener mucho cuidado para que no nos descubran.

—Pero ¿por qué?

El médico no respondió de inmediato.

—En su momento, sabrás por qué. Pero por ahora debes contentarte con mi respuesta. Sé que es una tarea difícil para un chico. ¿Lo intentarás?

—Sí, abuelo —contestó el niño, pero había desilusión en su voz.

—Paciencia, Guillaume, todo irá bien.

Deseó poder creerlo él también.

59

La vieja tata de Isabella abrió la puerta de los aposentos de las damas. Su rostro, enmarcado por la rígida toca blanca, era un mapa de arrugas.

—¿Qué quieres, chico?

—Ah, mi buena tata, te pido que reconsideres tus palabras. «Joven» es mucho mejor que «chico». Insinúa una inminente hombría. Por lo menos concédeme eso.

Ella lo miró de arriba abajo con grandes dudas.

—Pues como tú quieras. ¿Qué quieres, joven?

—Quiero hablar con la dama Kate, si es posible.

—En este momento no lo es. Está atendiendo a la princesa —dijo la tata. Había un tono de amargura en su voz que Geoffrey Chaucer no pasó por alto. Él, en realidad, había esperado encontrarla ocupada.

—¿Cuándo crees que acabará con tan absorbente actividad, si se me permite ser tan atrevido como para preguntarlo?

—Puedes, pero yo no puedo darte una respuesta concreta. Acabará, me temo, cuando a la princesa le plazca que haya acabado.

—Entonces, ¿podría dejarle una nota?

La tata tendió la mano.

Él le dio la nota que había escrito anticipándose a este resultado. —Esperaré

su respuesta, cuando sea conveniente, con mucha ansiedad. La tata se guardó la nota en una de sus grandes mangas, y rogó a Dios tener la audacia de leerla.

Kate se encontraba en compañía de otras damas de la corte de su hermana, mientras la princesa exhibía ante ellas una colección de vestidos para que hicieran comentarios. Su disgusto aumentó hasta lo indecible al ver que las damas daban una opinión tras otra, pero solo después de que la propia opinión de Isabella sobre la prenda quedaba reflejada por su entusiasmo o la falta de este. Como si fuesen una sola, las damas repetían lo que la princesa parecía pensar.

Uno era demasiado llamativo, otro demasiado brillante, un tercero demasiado apagado; ninguno entre las docenas de vestidos parecía satisfacerla. Isabella sacó el último vestido del arcón llevado por una de sus modistas y lo sostuvo en alto para que todas lo viesen. Era largo y sencillo, hecho de una seda con el color de una rosa que se ha secado entre las páginas de un libro, un suave y cremoso tono de rosa. Estaba recamado del mismo color en todo el dobladillo y los puños. La mirada de Kate se vio atraída por el hermoso bordado; admiró

la destreza demostrada en la confección de semejante tesoro. Isabella advirtió

su interés y, cuando descartó el vestido para sí misma, se lo arrojó a Kate.

—Quizá este sea tu vestido nupcial, dado que pareces admirarlo tanto.

Kate recogió el vestido y lo plegó sobre el brazo a la vez que alisaba la seda.

—No tengo planes de casarme —respondió en voz baja.

—Quizá no —dijo Isabella—. Nuestro padre hará esos planes por ti.

—Confío en que tenga la misma suerte que tuvo al hacer dichos arreglos para ti.

Veinte delicadas manos se levantaron a una hasta los labios de las damas, pero no consiguieron apagar el leve coro de risitas que siguió al mordaz comentario de Kate. Isabella frunció el entrecejo, lo que reveló su edad, mientras crecía su enfado.

—Me ocuparé de decirle a nuestro padre cuánto admiras sus virtudes diplomáticas.

—¡No es mi padre, pero, por favor, díselo! No veo la hora de oír su comentario.

—¡Su comentario lo haría con una vara en tu trasero, si por mí fuese! —replicó Isabella—. Ahora sé una buena chica y pruébate el vestido. Déjanos ver si te sienta bien o no.

Kate permaneció inmóvil con el vestido sobre el brazo.

—Adelante, hermana. Te lo ordeno.

Ella se había negado a obedecer las órdenes de Isabella cuando la habían llevado de regreso a Windsor. Su empecinamiento solo había durado hasta que los guardias de la princesa le habían demostrado las consecuencias. Tras el castigo no había podido usar la mano izquierda durante casi un mes. Además, cada vez que manifestaba cierta resistencia a las indignidades a las que la sometían, le recordaban la vulnerabilidad de su hijo. Arrastró el vestido por el suelo mientras iba detrás de la cortina, cosa que provocó más risas entre las damas. Pero, cuando reapareció unos momentos más tarde para mostrar el vestido, un silencio de asombro se adueñó de quienes la observaban.

—Bien —dijo Isabella al cabo—, parece sentarte a ti mucho mejor que a mí.

—Se levantó para acercarse a Kate—. Hoy me siento excesivamente generosa. Lo tendrás para tu casamiento.

—Te lo repito, hermana —contestó Kate—. No tengo planes de casarme.

—Ya lo veremos. Bueno, tantas pruebas me han hecho retrasar para mi cita con el joyero. El pobre hombre ya debe de estar desmayado. Se recogió las faldas y se marchó a paso vivo, seguida por una comitiva de mujeres, ninguna de las cuales miró a Kate a la cara al pasar a su lado. En cuanto se marcharon, se acercó la tata. Se aproximó a la puerta para comprobar que todas las damas se hubieran alejado, y después le susurró a Kate:

—Hay un mensaje para ti, del joven Chaucer.

Lo sacó de la manga y se lo dio.

Kate cogió el papel y casi lo rompió al abrirlo.

61

Hermosa lady Kate: ¿puedo visitaros en vuestros aposentos esta tarde? Quiero hablaros de aquellas historias en las que tenéis interés. Si estáis de acuerdo, por favor enviadme recado a través de vuestra tata.

¿Qué historias? El joven adoraba las intrigas, a veces en exceso. Kate recordó las primeras palabras que él le había dicho en París, en sus días de cautiverio.

«Podríais ser la melliza de mi señor Lionel.» Le había hecho este comentario momentos antes de que ella y Guillaume Karle, que entonces aún no era su marido, lo engañasen para ayudar a Alejandro a escapar de De Chauliac, antes de que la relación se hubiese consolidado. Cosa sorprendente, Chaucer no parecía reprocharle aquel engaño. Había hablado con ella en muchas ocasiones desde su llegada a Windsor, pero cada vez que Kate veía al joven observándola se preguntaba si había algo más que él quisiese decirle.

—Tata, ¿qué edad tiene maese Chaucer?

—Creo que tiene tu misma edad, niña.

Ella siempre sería una niña a los ojos de la anciana.

—¿Qué hay de su familia?

—Creo que son vinateros en Londres.

—Es un joven interesante.

—Desde luego, y brillante por el sonido de su discurso. Créeme, gracias a ello llegará muy lejos en este mundo.

—Creo que aciertas en tu valoración, mi buena tata. Por favor, envíale recado a maese Chaucer de que con gusto me reuniré con él. Puede venir a mis aposentos y hablaremos en el balcón que da a la capilla. Mis guardias podrán verme, pero nuestras palabras serán privadas.

El grupo de viajeros se mantuvo bien apartado del círculo de piedras y, desde la seguridad del bosque, observó a una multitud de flagelantes vestidos solamente con taparrabos, que se azotaban los unos a los otros con varas de sauce. Bailaban como enloquecidos alrededor de tres estacas, cada una puesta en medio de un montón de ramas y hojas. Atado a cada estaca había un hombre; en la chaqueta de los tres hombres había un brillante círculo amarillo que los marcaba como judíos para cualquiera que lo viese. Los gritos de los cautivos eran espantosos; Alejandro vio atónito cómo uno de los flagelantes se acercaba con una antorcha y encendía las tres piras. Primero se vio el humo, luego las llamas, y no pasó mucho antes de que las lenguas de fuego comenzasen a lamer las piernas de los judíos cautivos.

—¡Debemos detenerlos!

Pero el capitán de la escolta no quería intervenir.

—Estoy obligado a ocuparme de vuestra seguridad —se limitó a decir. Alejandro sacó una flecha de su propia aljaba y la puso en el arco. Apuntó

cuidadosamente, como Hernández le había enseñado a hacer, y soltó la flecha. Alcanzó a uno de los cautivos en pleno pecho.

El hombre se sacudió por un instante, y después la cabeza cayó sobre el pecho.

Los flagelantes se volvieron como una única persona en la dirección de donde había venido la flecha. Al ver al grupo en el bosque, levantaron los puños, furiosos, y echaron a correr hacia los viajeros. Alejandro hizo girar a su caballo y le clavó las espuelas, pero los cascos del animal parecían enterrados en arena movediza y él no podía correr, y muy pronto los flagelantes se le echaron encima, y...

Alejandro se sentó en la paja, con el corazón latiendo desbocado en su pecho.

—*Grand-père*, ¿estabas soñando?

Él se frotó el rostro con la mano para asegurarse de que estaba verdaderamente despierto.

—Lo estaba, niño, lo estaba.

—¿Qué soñabas? Estabas terriblemente inquieto.

—Ahora mismo no lo recuerdo —mintió. No había razón para asustar al chico; ya el propio viaje proporcionaría motivos para ello sin su ayuda—. Quizá

lo recordaré más tarde. No puede haber sido un sueño agradable, así que quizá

Dios tendrá la bondad de permitirme olvidarlo. —Miró hacia una de las ventanas y vio que entraba la luz—. De todas maneras, ya es de día. Muy pronto nos levantaremos. Sin duda De Chauliac querrá partir tan pronto como sea posible.

Volvió la cabeza y vio al menudo y silencioso soldado que lo observaba, pero el hombre desvió la mirada antes de que Alejandro pudiese descifrar su expresión.

Se lavaron en la palangana de agua fría que les llevó uno de los mozos de cuadra. El hombre tenía un saco de manzanas para los caballos, pero las compartió con Alejandro y el chico, que las comieron como desayuno. Cuando De Chauliac salió de la abadía, descansado después de dormir en su suave cama y resplandeciente con su atuendo rojo, todo el grupo lo estaba esperando. El francés echó una rápida mirada en dirección a Alejandro.

Cuando sus ojos se encontraron, le dirigió a su colega un breve gesto de reconocimiento, que Alejandro devolvió discretamente. Entonces, para sorpresa de Alejandro, el francés también miró en dirección a los soldados, y se centró por un momento en el mismo que se había quedado atrás la noche pasada.

«¡Él también sospecha!»

63

El estandarte se levantó bajo un cielo oscuro y amenazador, y el grupo formó en el orden apropiado a su sombra. La protección de Dios y del Papa iban en cabeza. Alejandro solo podía desear que fuese suficiente. Kate estaba en el balcón de los aposentos de las damas, en Windsor. Debajo de ella estaba la capilla, con el tejado a seis metros de distancia. Una larga caída, pero no imposible con una cuerda...

«¿Luego adónde irías?»

Su posición le permitía tener una excelente vista de la campiña. Pequeñas columnas de humo salpicaban el paisaje; debajo de cada una había un hogar. Un manzano se alzaba en lo alto de una colina; muchos años antes, cuando habían mirado juntos ese mismo paisaje, Alejandro le había prometido hacer para ella un columpio sujeto a una de sus gruesas ramas. Pensó en los campesinos que habitaban en las casas de los alrededores; la mayoría de ellos eran aparceros de Windsor. No eran diferentes de las personas que había conocido al norte de París mientras ella y Alejandro se ocultaban en aquella región. Habría peroles colgados en los hogares, donde hervían nabos, quizá un faisán o un ganso colgado de las vigas a fin de que madurase para una comida especial. En todas esas casas, la esposa tendría una escoba —probablemente hecha por ella misma— que empuñaría con gran empeño para echar a los ratoncillos y las ratas, o para golpear la alfombra, si era lo bastante afortunada para tener una. La paja de sus jergones estaría infestada de insectos en verano, húmeda en invierno, y cuando finalmente la cambiasen por otra fresca, las vacas se la comerían, para que no se desperdiciase. Era una vida sencilla y frugal en el mejor de los casos, llena de incertidumbre.

«Ahora duermo en sábanas de seda, nunca toco una escoba, y como los manjares más exquisitos —pensó—. Pero, oh, la libertad...»

La vista era hermosa y cautivadora, especialmente cuando se ponía el sol. Dejó vagar la mirada por ella y encontró un poco de paz. Rogó para que los efectos de ese momento permaneciesen en su espíritu.

—Buenas noches, milady Kate.

Ella se volvió y vio a Geoffrey Chaucer de pie un poco más allá. Era un muchacho de aspecto agradable con una expresión franca; el cabello castaño claro y rizado enmarcaba su rostro juvenil. Llevaba una capa azul con anchas mangas que se ajustaban debajo de las muñecas. En las manos sostenía un ramillete de flores. La saludó con una profunda reverencia, y luego se acercó a ella con una sonrisa.

—Buenas noches a ti también, maese Chaucer. —Kate cogió las flores que le ofrecía—. Qué hermoso ramillete; qué amable de tu parte.

—Belleza para la belleza. Es solo una cuestión de justicia que seáis la destinataria.

Kate disfrutó la fragancia con grandes aspavientos.

—Me complació recibir tu petición para este encuentro. —Se acercó un paso más y bajó la voz—. Como quizá ya sabes, soy una entusiasta estudiante de la historia, dado que se repetirá si uno no la conoce. Al menos eso dice mi padre, que es un hombre muy sabio.

Chaucer también se acercó y le cogió la mano. Se la llevó a los labios y la besó teatralmente.

—¿A quién os referís como vuestro padre, al rey Eduardo?

Ella sonrió con amargura mientras apartaba la mano.

—Creo que sabes que no es así. —Señaló un banco de piedra cerca de la balaustrada, bien lejos de la puerta, junto a la cual se apostaban sus detestados guardias, cuya atención a través del cristal nunca flaqueaba. Se sentaron juntos.

—Bien —dijo Kate—, no perdamos tiempo. Debes iluminarme sobre la naturaleza de esta... historia.

—Apenas si sé por dónde empezar, milady. —Se inclinó hacia ella, como si fuese a hacerle una confidencia—. Como debéis de saber, sirvo al rey y a la reina en ocasiones cuando sus propios sirvientes no están disponibles. Esto me coloca en una posición de confianza. Sé muchas cosas que un hombre de mi baja posición quizá no podría saber de otra manera. Hace poco vuestro... el rey me mandó llamar para escribir una carta. Naturalmente, he jurado guardar secreto en todo lo referente a la correspondencia real. —Exhaló un profundo suspiro y se miró las manos por un momento. Cuando alzó de nuevo la mirada, continuó—: Detesto traicionar la confianza de mi señor, pero ahora mismo no puedo contener la

lengua. Las consecuencias de hacerlo podrían ser... nefastas, si se me permite usar la palabra. El destinatario de la carta era Su Santidad, así

que estoy doblemente inquieto, pues soy un buen cristiano y no quiero de ninguna manera poner en peligro la salvación de mi alma...

—Lo comprendo —dijo ella, impaciente—. Has expresado tu dilema con admirable detalle. —Sonrió cortésmente, y añadió—: Veo que todavía eres amante de las palabras.

Chaucer enrojeció.

—Así es, milady, mis disculpas, pero siento que debo establecer los fundamentos correctos sobre los cuales excusar mi propio pecado. Kate lanzó una risita; encontraba a Chaucer maravillosamente entretenido.

—Qué sabio.

—Aspiro a la sabiduría. Quizá algún día consiga adquirir alguna, mediante la gracia de Dios y sin esfuerzo por mi parte. En cualquier caso, la carta que el rey dictó concierne a vuestra hermana, como también a vos. El rey busca el permiso del Papa para formalizar el compromiso entre la princesa real y el barón De Coucy, cosa que ya sabéis, pero también hay otra petición; no sé bien 65

cómo decirlo correctamente, pero, al parecer, quiere legitimaros, con el propósito de...

Chaucer se interrumpió cuando vio la expresión de asombro en el rostro de Kate.

—Milady, ¿estáis enferma? ¿El aire de la noche es malo para vos? Si es así, podemos ir al interior...

Ella rechazó la propuesta con un ademán y se levantó rápidamente.

—¡No se atreverá!

Chaucer también se levantó y la miró a los ojos. Su tono se volvió ahora más urgente.

—Sí que se atreverá. La carta se envió hace casi dos semanas. He padecido desde su envío, atormentado por la duda de si debía decíroslo o no. Supongo que ya ha llegado a Aviñón y que se está considerando el asunto.

—Pero ¿por qué...? ¿Qué sentido tiene reconocerme como hija suya después de todos estos años?

La voz de Chaucer se suavizó. Le reveló solo parte de la verdad.

—Una hija es un instrumento diplomático para un hombre que desea consolidar su reino. De Coucy tiene vastas tierras en Francia, como quizá

ya sabéis, y lo mismo es verdad para sus parientes; en particular, un primo, un tal barón de Benoît, que está aquí, entre los celebrantes. Nuestro rey insiste en su reclamo al trono francés, y si desea dar fuerza a su reclamo necesitará el apoyo de la nobleza francesa. ¿Qué mejor manera que ganarse el favor con el señor de un territorio tan vasto como es De Coucy?

Miró de nuevo a los guardias. Parecían absolutamente desinteresados en la conversación íntima que tenía lugar delante de ellos.

—Benoît es una víbora... Por qué alguien quiere emparentarse con un individuo así está fuera de mi conocimiento. Pero parece desear el bien de ese hombre, por la razón que sea. Las tierras de la familia de Benoît están en Bretaña, aunque sin duda no son tan extensas como las que posee la *famille de Rais* en la región. El rey causaría allí una revuelta si pudiese, porque la inestabilidad entre los señores locales lo ayudaría en su pretensión al trono de Francia. Como iba diciendo, sospecho que el rey incitaría todo esto con otro matrimonio. Para eso necesita otra hija.

Kate no hizo comentario alguno sobre la idea de otro matrimonio, pero su voz era sombría cuando dijo:

—Bien pudo haber sido el propio De Coucy quien cortó con su espada el cuello de mi marido.

—Lo sé, milady, y me duele hablar de él en vuestra presencia. Kate permaneció callada por un momento.

—El rey ya ha sacrificado una de sus hijas a la diplomacia —señaló—. Yo era pequeña, pero todavía recuerdo cómo gimieron y lloraron en esta casa 66

cuando Joanna cayó víctima de la peste en su viaje de bodas. Cuando llegó la noticia de la tragedia, la tata no se consoló en mucho tiempo; ella era mi única alegría en Windsor, y me asusté al ver su inmensa pena. Hizo una pausa y miró al cielo.

—Desde entonces comprendí incluso todavía más lo que significaba estar sumida en un hondo dolor.

Chaucer extendió una mano con cierto titubeo, y le sujetó la suya. Ella no la apartó.

—Dicen que vuestro marido fue un hombre valiente.

La muchacha buscó de nuevo sus ojos y vio en ellos compasión y bondad.

—Más de lo que la mayoría nunca sabrá. Pero la historia hablará solo de De Coucy y de cómo preservó la monarquía en aquella batalla. No

recordarán cómo mi marido dio su vida para romper las cadenas de servidumbre que sujetaban a sus compatriotas. Su legado se ha perdido.

—Excepto a través de su hijo.

—Su hijo —susurró ella con amargura—. No he visto a su hijo, a mi hijo, desde el día en que nació.

—Tal tristeza no puede ser imaginada por nadie que no la haya experimentado.

—La sabiduría a la que aspiras parece haberte encontrado, maese Chaucer.

—Kate miró de nuevo el tejado de la capilla—. Te has acercado como un amigo en mis momentos de necesidad. —Entonces se volvió para mirarlo—. Me gustaría saber qué te impulsa a hacer una cosa peligrosa y prohibida. Chaucer hizo una pausa antes de responder.

—Os diré la verdad, aunque puede que os parezca extraña. Llegué a admirar a vuestro padre mientras él estaba en París. Hay algo puro en él, algo casi noble. Es un hombre fascinante, y me agradó inmensamente. Me trató bien, mucho mejor que el príncipe Lionel y lady Elizabeth.

—¿Te castigaron por lo que sucedió?

—No. Lady Elizabeth estaba furiosa, pero también avergonzada por los acontecimientos de aquella tarde. Por supuesto fue su propia culpa, pues coqueteó con vuestro padre descaradamente.

De haber tenido un ápice de sentido común, habría visto que era un hombre de una elevada moral. Habría sabido que él no entablaría una relación con una mujer casada, que solo era una farsa. —Vaciló por un momento, y después preguntó—: ¿Puedo hablar con franqueza, milady?

Su sinceridad hizo que ella se relajase un poco.

—Un verdadero amigo siempre lo hace, Chaucer. Di lo que quieras decir, te lo ruego.

—Ella se horrorizó al saber que la había tocado un judío, aunque en aquel momento no sabía que lo fuese. Él parece tan...

—¿Común? —preguntó Kate.

—Así es. Muy normal. Muy distinto de un judío. Vaya, es apuesto y educado, un hombre mucho más alto que los otros judíos que he visto. Elegante en su porte, tremendamente puntilloso...

—Después de todo, es humano. Los judíos no son animales, te lo aseguro. Es el hombre más meticulosamente limpio que he conocido. Aquí

se burlan de mí por mi hábito de bañarme, que adquirí de él. ¡No tiene miedo a nada! Un ejemplo excepcional de masculinidad y paternidad, aunque a mí no me debía nada cuando me sacó de aquí, nada en absoluto. Solo espero que mi hijo todavía esté con él, para que pueda criarlo correctamente.

—Por vuestra descripción, uno lo tomaría más por un aventurero que por un médico.

—Una valoración muy certera.

—¡Qué magnífico relato harían sus aventuras! —Chaucer exhaló un suspiro y después continuó—: En cualquier caso, no me castigaron. Mi posición dentro de la casa está segura. —Se acercó un poco—. A menos, por supuesto, que se descubran las revelaciones que os he hecho.

—Nunca —susurró ella.

Desvió por un instante la mirada hacia los guardias, que observaban la conversación atentamente.

—Debes besarme —dijo Kate.

Chaucer se apartó de ella y la miró a los ojos, como si quisiese asegurarse de su sinceridad.

—Milady, apenas si sé qué...

—Solo inclínate y bésame, con ternura.

Él enarcó las cejas sorprendido; se encogió de hombros e hizo lo que ella le pedía. La joven lo sujetó por la capa para acercarlo y luego lo retuvo en un beso durante un largo momento. Chaucer se entregó gustosamente a la intimidad; le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra su cuerpo. Entreabrió un ojo y miró a los guardias, que presenciaban la escena con gran interés.

Por fin, después del fingido intercambio amoroso, ella le soltó la capa y él la cintura, y se separaron. Chaucer la miró a los ojos prolongadamente.

—Vuestro beso es tan dulce como el rocío en la madreselva. Es una bendición haberlo probado. Confesaré, milady, que también me siento impulsado a acudir en vuestra ayuda porque... bueno, porque os admiro. Ella se sonrojó un poco.

—Tú también tienes mi admiración. Pero, por favor, no me creas atrevida por besarte; necesito desesperadamente tu ayuda, y te ruego que continúes viniendo a verme como has hecho hoy, para que puedas ayudarme a planear mi fuga.

—¡Pero no podéis escapar de aquí, es imposible!

—¿Habrías dicho que era imposible para mi padre escapar de los hombres de De Chauliac en París?

—Bueno, sí, pero...

—¿Y no fue maravilloso planearlo?

—Debo reconocer que fue una obra maestra.

—Entonces acepta este desafío y conspira conmigo ahora. ¡Tienes una inteligencia sublime, y tú puedes ayudarme!

Él se apartó durante unos momentos pero no pudo desviar la mirada.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Os ayudaré. Dios me perdone, pero no puedo resistirme a la intriga.

Ella lo abrazó de nuevo, esta vez sin ningún fingimiento. Una vez más, lo besó en los labios.

—Tendré una deuda contigo tan grande que nunca podrá ser saldada.

—Ya veremos si eso es cierto. El pago llega a menudo de forma sorprendente.

—Gracias, desde el fondo de mi corazón. Ahora debes marcharte, por el bien de la corrección. Ven a verme mañana. Me dará algún tiempo para pensar en cómo podremos alcanzar nuestros propósitos.

Él hizo una leve inclinación y comenzó a volverse. Kate le sujetó la mano y la llevó a su pecho.

—Vuestro corazón; late salvajemente —dijo Chaucer con sincera sorpresa.

—Esto es lo que me ha hecho tu beso —respondió ella—. No hubo nada de engaño en él.

69

6

Caroline había rechazado la idea de Tom de que había que reservar el traje para una situación más grave. Le había apuntado con un dedo a la cara y espetado que se fuese al infierno. En su opinión, aquella era una situación suficientemente grave.

Ahora había una bota negra rígida sobre la mesa; el plástico crujió mientras Janie desenvolvía la otra. Tras colocarla junto a su compañera, dobló

cuidadosamente la bolsa y la dejó a un lado. Cogió las botas por la caña con una mano y las depositó en el suelo.

—Me había olvidado de lo pesadas que son estas cosas —comentó.

—Mucho —asintió Caroline—. Ni siquiera puedo imaginarme calzármelas. Se volvió para coger otra bolsa de plástico del perchero que tenía detrás de ella, y después la colocó cuidadosamente en la mesa. Janie fue a un lado de la mesa, Caroline al otro, y juntas abrieron las cremalleras de la bolsa desde los extremos. Caroline levantó la solapa delantera y observó el traje verde.

—Recuerdo haber visto a mi madre hacer esto con su vestido de novia.

—La mía también —dijo Janie con voz soñadora—. ¿Para qué se suponía que servía el papel azul?

—No lo sé. Quizá para mantenerlo blanco. ¿No añadían algo azul en la colada de ropa blanca? Quizá era el mismo tipo de cosa.

—Probablemente, solo era otro cuento de viejas. —Soltó una risita—. Dios sabe cuáles serán nuestros propios cuentos de aquí a cien años. Janie se guardó para sí el resto de este sentimiento: «Quiera Dios que siga habiendo cuentos de viejas dentro de cien años».

—Serán muy extravagantes —afirmó Caroline. Suspiró con fuerza—. Bueno, aquí estamos, como las esposas del samurai, preparando la armadura de nuestro guerrero.

70

La gravedad de la imagen puso fin a la charla de las muchachas. Janie rodeó la mesa con pasos cortos y rápidos y abrazó a Caroline. Sintió el temblor en los hombros de su amiga.

—No pasará nada —susurró, al tiempo que la abrazaba—. Estará bien. Caroline se secó las lágrimas y respondió:

—Tendrá que estarlo. Ni siquiera me atrevo a pensar cómo sería vivir sin él. Janie la estrechó con más fuerza, pero no habló. La idea de que su pequeña tribu perdiese a uno de sus machos adultos era algo que tampoco quería considerar.

El mapa abarcaba la parte central y oeste de Massachusetts con bastante detalle. Estaba colgado en una de las largas paredes a un lado de la gran sala de reunión, un espacio que una vez había albergado a la junta de supervisores del Worcester Technical Institute. Sobre el mapa había un cartel escrito a mano:

PIENSA GLOBAL, ACTÚA LOCAL

«Globalmente, localmente», se dijo a sí mismo el hombre con el rostro lleno de cicatrices. Muchas veces había querido corregirlo, pero el cartel

había estado allí desde mucho antes de que él hubiese llegado y tenía preferencia. Volvió su atención al mapa.

—Si lo miro durante bastante tiempo, dejaré que mi visión vaya sencillamente adonde quiera —musitó el hombre—. Si dejo que el rápido movimiento del ojo se haga cargo, aparecerá algún tipo de pauta, algo que explique lo que está pasando.

Docenas de chinchetas amarillas cubrían el mapa, insertadas allí donde las muestras habían dado un resultado positivo. Debajo de cada una figuraba la fecha del descubrimiento, escrita claramente con pequeñas letras mayúsculas. Tenía los ojos cansados. Se pasó la mano por el rostro, y sintió el duro tejido que había reemplazado la tersa piel de otros tiempos. Se levantó de la silla y fue al lavabo, donde se lavó la cara con agua fría y se secó con una toalla, con mucho cuidado de no frotarla demasiado fuerte; las grietas eran un problema permanente en su correosa piel. Se vio por un momento en el espejo y se apresuró a desviar la mirada. Pensó que era una suerte que no estuviese en contacto con demasiados niños, porque sin duda los asustaría. Se asustaba a sí mismo.

«Mi reino por un cirujano.»

Su autocompasión fue interrumpida por la llamada de su ayudante.

—Eh, jefe, ¿estás bien?

—Bien —le respondió al espejo.

71

La palabra volvió como un eco acusador. «Menudo mentiroso.»

—Solo quería comprobarlo. Te necesitamos, no lo olvides. Tú eres el alma de esta organización.

En su primer encuentro, Bruce mal podía tomarlo por un genio de la informática, pues Fredo se parecía más a un motero matón que a un cerebrito. Era fornido, con los cabellos hasta los hombros, mostacho y tatuajes multicolores desde las muñecas hasta los codos. Sus grandes manos parecían estar hechas más para una pelota de baloncesto que para un ratón de ordenador. Cuando había entrado en la UVI del abandonado hospital de Boston en busca de recambios de ordenador, Fredo vestía un chaleco de cuero adornado con todo tipo de tachuelas y piezas de metal sin identificar. Su voz era profunda y amenazadora.

—¿Hay alguien aquí?

Bruce había permanecido oculto en un armario y desde allí había mirado, mientras Fredo se sentaba en el puesto de las enfermeras y

comenzaba a abrir cajones.

Después de un rato dejó de buscar y, al no haber encontrado nada de valor, pasó a su siguiente tarea: comer. Sacó un trozo de pan de un bolsillo y le dio un mordisco. Lo masticó con un gesto que a Bruce le pareció de enfado.

—Odio esta mierda de comer solo.

De nuevo, Bruce había observado a través de la puerta entreabierta mientras Fredo comenzaba un fascinante intercambio con el ordenador que estaba debajo del mostrador en el puesto de las enfermeras.

—¿Cómo es que no tienes un puerto USB que me pueda llevar? ¿Me he venido hasta aquí, y no tienes un miserable puerto? Dios. ¿En qué se está

convirtiendo este mundo?

Mientras Fredo comía, Bruce decidió que él no era el único ser humano que anhelaba conversación. No conseguía recordar exactamente cuánto tiempo hacía que no hablaba con otro ser humano. Durante un tiempo había llevado la cuenta, pero la había abandonado al cabo de varios meses, en parte porque no confiaba en la exactitud de lo que escribía; mientras se cicatrizaban las quemaduras, se atiborraba todo lo que podía con calmantes, y más de una vez había perdido días en el sueño inducido por la belladona. Pero había otra razón por la que había dejado de llevar la cuenta de los días: todos eran idénticos, silenciosos y solitarios.

Había abierto la puerta del armario y se había presentado. La primera cosa que se le había ocurrido preguntarle al gigantesco extraño fue:

—¿Qué haces aquí?

Fredo había comenzado a levantarse, pero, al ver el rostro de Bruce, había vuelto a sentarse con una expresión de asombro.

—Intento encontrar unas piezas de ordenador. —Luego, después de una pausa, añadió—: Supongo que no debo preguntarte qué estás haciendo aquí.

¿Qué demonios te ha sucedido?

—Mi avión se estrelló.

Fredo se había sentido mortificado.

—Vaya, tío, lo siento, ha sido una descortesía. Dios, me alegro de que mi madre no me escuchase decirlo. Eso es horrible. ¿Ibas en uno de los aviones que se estrellaron en Logan?

Bruce explicó cómo habían cruzado todo el espacio aéreo norteamericano, cuando los controladores abandonaron la torre del

aeropuerto de Logan. El piloto había conseguido levantar el avión lo suficiente para no chocar contra la avioneta que había entrado sin aviso en su pista —un instante después del punto sin retorno—, pero luego no quedaba bastante pista para detener el aparato. El avión había atravesado una barrera de cemento y acabó en la bahía de Boston; había muerto la tripulación de la cabina de mando y muchos de los pasajeros sentados en la parte delantera.

—Conseguí bajar a tres chicos por la rampa; me disponía a ir a buscar a su madre cuando el avión estalló.

—¿Pudiste sacar a los chicos?

—Cayeron en el agua, pero era muy poco profunda. No sé si lo consiguieron. Espero que sí. Detesto pensar que me quedé con esta cara por nada.

—¿Cómo acabaste aquí?

—Alguien me trajo aquí, no sé quién. Me dejaron en la sala de urgencias y después se marcharon.

—¿Te dejaron solo?

—Probablemente no se dieron cuenta de que aquí no había nadie. Sin duda pensaron que de todas maneras iba a morir. En cualquier caso, les estoy agradecido a los que fuesen, porque estoy aquí.

Fredo se había enjugado una lágrima al finalizar la historia. Cuando se enteró de lo que hacía Bruce para ganarse vida en el tiempo anterior, insistió en que fuese con él.

—Hemos formado un grupo. En el Worcester Technical Institute. Estamos bastante desorganizados, pero las cosas empiezan a cuajar. Cuando Bruce llegó allí, comprendió cuán acertada había sido la afirmación de Fredo respecto a la desorganización. Nadie objetó nada cuando él asumió el mando. Aquello lo devolvió a la vida; ya no se sentía deprimido por su condición, porque tenía algo en que ocupar la mente: un propósito, una meta, no solo el dolor de cada día.

—Tres nuevas localizaciones esta semana —dijo mientras salía del lavabo.

—Ya lo vi —respondió Fredo—. Bastante al oeste.

—Sin duda más lejos de lo que lo habíamos visto antes. ¿Tú cómo lo interpretas?

—No lo sé. Podría ser que se extienda de forma natural.

—Vamos, Fredo, no crees eso de verdad.

—Supongo que no.

—Bien. Habría perdido la fe en ti si lo hubieses hecho. No, alguien tiene que estar enviándolo a esas localizaciones.

—¿Por qué? ¿Qué sentido tiene acabar con el resto de nosotros?

—Recuerda que somos infieles. Esta es la nueva *yihad*. La segunda venida de la Solución Final.

—Sigue sin tener sentido para mí. Están poniendo esa nueva cosa ahí afuera, pero podría volverse contra ellos, como hizo el DR SAM. No creo que lo dejen ir sin haber tomado algunas medidas de protección para su propia gente.

—Quizá se mantengan ocultos y dejen que hagan lo suyo. Ya se han aislado, tal como los talibanes hicieron en Afganistán, como hizo al-Qaida; así que solo tienen que esperar y dejar que eso siga su curso hasta que no quede ninguna reserva natural.

Las pruebas que él había hecho en algunas aves mostraban que podían transmitir la enfermedad sin sucumbir a ella. Pero había muchas otras cosas que podían matar a las aves, cuando llegase la necesidad de eliminar la reserva que poseían.

Pensó en la gripe aviar y se estremeció.

—Debemos avisar a los deltas —dijo Fredo—. Si van a organizar otra ronda de encuentros, necesitamos saber si tendrán una aquí.

«Sí, debemos —pensó Bruce mientras miraba de nuevo el mapa—. Así podremos actuar localmente. Porque eso es todo lo que podemos hacer.»

Janie estaba sola en la sala, ocupada con los últimos detalles del traje, cuando entró Michael.

—¡Buenos días! —dijo Michael con una gran sonrisa. Exageró aún más su falso acento irlandés y añadió—: Espero encontrar un buen plato de *corned beef* y col cuando regrese.

—Cerdo y nabos —lo corrigió Janie.

—Pues entonces me imaginaré que es una cena hervida. —Miró el traje durante unos segundos—. Parece estar impecable. Habéis hecho un buen trabajo. —Miró en derredor—. ¿Y las botas?

—Las tiene tu esposa —respondió Janie.

En ese mismo momento entró Caroline con las botas resplandecientes. Las dejó en el suelo y le dio un rápido beso en la mejilla, pero su expresión

era de preocupación. Le frotó el brazo ligeramente.

—¿Quieres algo de desayunar antes de marcharte? ¿Quizá unos huevos?

Con un brazo, Michael la estrechó contra sí.

—No, gracias, amor. Comeré cuando regrese.

—Pero necesitarás algo de combustible.

—Sí, pero dentro de esa cosa hace mucho calor. No querrás tener que limpiar huevos del interior del casco.

Después de unos diez minutos de cerrar cremalleras, abrochar botones y enganchar veleros, el traje quedó debidamente cerrado. Todo excepto el casco estaba en su lugar.

Él se levantó, como un astronauta, con el casco en un brazo y los guantes en la otra mano.

—¿Qué tal estoy?

Caroline consiguió esbozar una sonrisa.

—Como un héroe.

Janie interpretó eso como la señal para desaparecer.

—Iré a buscar a los chicos —dijo, y dejó solos a Caroline y Michael para que se despidiesen.

Todavía dormían cuando entró en su dormitorio. La habitación que compartían Alex y Sarah con sus literas fue al principio una guardería. Dos años antes habían intentado ponerlos en habitaciones separadas, convencidos de que era lo correcto. Después de una serie de noches dominadas por los llantos, peticiones de agua y pesadillas, Janie señaló que el Alejandro original —

de acuerdo con su diario— había dormido en el mismo cuarto con su hermana, se había vestido delante de ella, y no le había pasado nada. Los chicos eran, después de todo, más como hermanos que amigos.

—Hora de levantarse —llamó. Apartó las cortinas y dejó entrar la luz del sol.

Sarah, siempre la primera, se apoyó en un codo casi en el acto. Alex necesitó la suave sacudida habitual.

—Vamos, dormilón —le dijo a su hijo—. Desperdicias el día. Le encantaba esa parte de la mañana porque, en cuanto Alex salía de las brumas del sueño, sonreía y le tendía los brazos para abrazarla, y el calor de su cuerpecito inundaba el suyo. Siempre lo soltaba con renuencia.

—Arriba.

Ambos salieron de debajo de las mantas. Sarah bajó la escalerilla pero saltó

los dos últimos peldaños. Aterrizó en el suelo con un golpe y una sonrisa, la perfecta pequeña gimnasta que acababa de ejecutar con éxito su salto delante de una multitud entusiasmada. Janie se limitó a hacerle una mueca; mientras ellos salían, arregló rápidamente las mantas de las dos camas. Las madres se preocupaban, las madres limpiaban; algunas cosas nunca cambiaban. Cuando entró en el salón, vio a Sarah abrazada a la pierna de Caroline, otra cosa que no cambiaba. La mirada en el rostro de la niña era una combinación de asombro y miedo. Janie comprendió que Sarah nunca había visto a su padre 75

vestido con aquel traje, al menos desde que tenía uso de razón. El anterior encuentro de la niña con el traje seguramente había tenido lugar cuando aún no había desarrollado la comprensión de lo que era temible o no. Ahora, a pesar de que su exposición al mundo exterior había sido limitada, ella comprendería sin muchas explicaciones que había motivos para la armadura que vestía su padre. Alex, en cambio, estaba junto a Michael: tocaba, empujaba, sin el menor miedo, pensó Janie. Como si fuese su...

¿Fuese qué? En los años transcurridos desde que su hijo había vuelto al mundo, aún no había encontrado un término satisfactorio para describir su relación con Alejandro. «Padre» no era correcto; Tom era su padre. «Original» se quedaba corto. «Mellizo» era lo mejor que había encontrado, pero por alguna razón no la satisfacía.

«Eso no es importante», se recordó a sí misma. Lo importante era que estaba sano y feliz, y que era completamente él mismo, a pesar de su origen. El chico no se volvió cuando su madre carraspeó, sino que mantuvo la concentración en el atrayente atuendo de Michael. Pasó la punta del dedo lentamente por una de las costuras reforzadas del traje para sentir cada puntada. Janie se imaginó la descarga de adrenalina en su cerebro e intentó

experimentar la misma emoción. Pero su propio cerebro experimentado comprendía demasiado para maravillarse. Sin embargo, estaba emocionada por su hijo.

Él se volvió para mirarla, con los ojos muy abiertos por el asombro.

—¡Mamá, esto es guay!

«¿De dónde ha sacado esa expresión?», se preguntó Janie.

—¿Papá lo ha visto?

Todos se rieron; fue un agradable alivio del temor, aunque breve. Tom se sumó a ellos desde la otra habitación; también él reía.

—Sí, lo había visto. Es sorprendente, ¿no?

En las manos llevaba algo envuelto en un paño negro. Lo dejó sobre la mesa y le dijo a Michael:

—Limpio como una patena, preparado para usar.

Janie y Caroline sabían lo que había envuelto en la tela. Era un arma, no la misma que Janie había llevado con ella en la última cabalgada al recinto, tantos años antes, pero otra del mismo modelo.

—Seis —dijo Tom en voz baja.

Michael asintió.

—Solo por si acaso.

Todas las miradas estaban fijas en él. Incluso Alex se apartó. Michael respondió a la mirada de cada uno por turnos, y luego dijo:

—Hora de marchar al desfile.

76

Las mujeres y los niños formaron en parejas a cada lado de la verja. Tom iría con Michael hasta la cumbre de la montaña. Lo que quedaba de carretera hasta el pico —ahora solo un montón de trozos de pavimento y montones de escarcha— aún estaría helada. La primavera tardaba en llegar a la cima, aunque el invierno había sido relativamente moderado. Todos se sentirían más tranquilos cuando supiesen que Michael había llegado a ese punto sin problemas.

Observaron en silencio mientras Tom ayudaba a Michael a montar en su caballo, un semental que habían llamado Galeno, como el antiguo médico y sanador griego cuyas teorías y prácticas habían regido la medicina hasta los tiempos de Alejandro. Habían tomado el nombre de una página del diario de Alejandro. Tom montaría en Jellybean, que llevaba ese nombre por la golosina que Janie le daba cuando la entrenaba a su llegada a la montaña. El apodo le quedó cuando se acabó la golosina. La probaron de nuevo haciéndola trotar por el patio del recinto; su cojera se evaporaba mágicamente con alguien montado en su lomo, algo que parecía encantarle.

Mientras miraba cómo se acercaban los hombres, Janie le susurró a Caroline:

—¿Cómo hacían esto las pioneras?

Caroline sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Mordeduras de serpientes. Osos. Caídas. ¡Había tantas cosas a las que temer! En el tiempo anterior, los airbags, los polis y los supermercados habían adormecido los instintos de prevención y alerta que todos los humanos llevaban en su ser primitivo. Ahora todos comprendían los peligros, mientras los instintos afloraban nuevamente.

De pronto, Alex gritó:

—¡Un momento! ¡Necesitamos escobas!

—¿Qué? —preguntó su madre.

—¡Para hacer un arco!

En respuesta a la mirada intrigada de Janie, añadió:

—¡Ya sabes, como hacían cuando los caballeros salían de sus castillos!

Por supuesto. ¡Un arco! Salió de la formación y levantó una mano para detener a Michael y Tom.

—¿Qué pasa? —quiso saber Tom.

—¡Espera un minuto!

Corrió a través del patio, entró en la casa y volvió con un montón de escobas y fregonas.

Las repartió rápidamente y después volvió a su lugar. Unos momentos más tarde, Tom y Michael pasaron debajo del arco de escobas y fregonas y salieron al gran mundo entre los vítores de su clan, esperanzado pero preocupado.

La carretera describía abundantes curvas para acomodarse a la ladera de la montaña. Esta era más una estribación, comparada con las verdaderas montañas de Utah y Colorado, pero tenía sus propios desafíos, uno de los cuales se presentó más o menos a medio camino. Un gran peñasco había caído y ahora ocupaba la carretera, rodeado por una montaña de escombros.

—No cayó hace mucho —dijo Tom cuando se acercaron—. El barro de alrededor todavía está fresco. —Señaló hacia un lugar encima del derrumbe —. Creo que será más fácil por allí que por abajo.

Michael espoleó a Galeno hasta un punto mejor situado y miró pendiente abajo, más allá de la carretera.

—Creo que tienes razón.

Tocó al caballo suavemente con las rodillas. El animal empezó a rodear el peñasco, primero vacilante, y después con mayor seguridad. El suelo estaba empapado e inestable, pero el caballo parecía comprender lo que debía hacer y perseveró, a pesar de que los cascos se hundían en el barro.

La yegua lo tuvo más difícil. Después de varios infructuosos intentos, Tom le gritó a Michael:

—No creo que pueda subir más. La ataré aquí y seguiré contigo a pie.

—No lo harás —dijo Michael—. Vuelve. Seguiré solo.

Tom no quiso acceder al principio, pero acabó por capitular.

—Volveré antes del anochecer —afirmó Michael.

—Bájate el visor —replicó Tom—, y ten cuidado ahí afuera entre los ingleses.

Michael se echó a reír y bajó el visor de plexiglás. Saludó a Tom levantando el pulgar y tiró de las riendas de Galeno.

El caballo buscó su camino cautelosamente alrededor de la montaña de piedras. Paso a paso trepó como una mula, y asombró a Michael con su perfecto equilibrio. Dejaron atrás la obstrucción y siguieron por un sendero natural en la maleza, pero no había ninguna manera fácil de volver a la carretera; el bosque, aunque desprovisto de hojas, era muy espeso, y no quería arriesgarse a pasar por allí con un traje que se podía rasgar. Palmeó al caballo en el flanco y le dijo con una voz ahogada por el casco:

—Tendremos que esperar hasta el próximo lugar despejado.

Continuaron paralelos a la carretera durante un breve tramo. Adelante a la izquierda, Michael vio lo que parecía ser una abertura. Pensó esperanzado que muy pronto estaría de nuevo en terreno fácil. Espoleó al caballo, y ya casi 78

estaban fuera de la sección difícil, cuando el saliente de rocas y tierras por el que pasaban se hundió. Michael se sujetó a la montura mientras se inclinaba en la dirección opuesta, luchando contra la gravedad para mantener el equilibrio, mientras el caballo resbalaba.

Pero la gravedad ganó, y Michael cayó del caballo cuando el animal se desplomó de lado. Golpeó sonoramente con la espalda, y el aire escapó con violencia de los pulmones. Se quedó tumbado solo el tiempo suficiente para comprender que Galeno agitaba las patas en un intento por levantarse. Se sentó

y se apartó justo a tiempo. Después de unos pocos momentos de salvajes esfuerzos, el caballo se irguió, resoplando, y golpeó el suelo con los cascos, furioso por haberse caído.

Con un gemido, Michael probó cada miembro mientras se ponía de pie lentamente; no parecía haberse roto nada. Comenzó a apartar los

escombros. Los guantes le impedían hacer un trabajo correcto y se sintió tentado de quitárselos, pero decidió no hacerlo y perseverar.

Su pulgar se enganchó en algo. Giró el torso todo lo que pudo y se miró el muslo.

—¡Maldita sea!

Había una rotura de unos diez centímetros de largo en la tela plastificada del traje.

—¡Maldita sea, maldita sea! —gritó más alto.

Se levantó el visor, se quitó los guantes y los arrojó al suelo en un ataque de furia. Los sonidos inundaron sus oídos antes protegidos; oyó el canto de los pájaros y un viento distante que bajaba por el otro lado del pico. Entonces oyó

algo que nunca habría esperado.

—No se mueva.

Se volvió, acompañado con el crujido del plástico, y se encontró frente al cañón de una escopeta apuntada a él y sostenida por una mujer menuda que llevaba un abrigo de piel de oveja. Instintivamente se llevó la mano derecha a la cadera, donde habría estado su arma de no haber vestido el traje. Había guardado la pistola en una alforja delante de la montura; su mirada fue rápidamente a Galeno, pero por la posición del caballo no podía ver si seguía allí.

—Está en el suelo —le informó la mujer—. La recogeré en un momento. Montaba con mucha seguridad en un caballo gris. Los cuerpos laxos de dos o tres zorros —no los veía bastante de cerca para contarlos— estaban cruzados sobre la grupa del caballo. El viento primaveral le agitaba los largos cabellos color claro. Sus ojos, en línea con el cañón de la escopeta, lo miraban fijamente. Parecía saber muy bien lo que hacía.

Michael levantó las manos despacio; parecía ser la única cosa posible en aquel momento, y comprendió, quizá por primera vez, lo que era estar 79

sometido al control de alguien armado. Él había apuntado con su propio fusil químico a los malos tipos centenares de veces. Ahora mismo necesitaba convencer a su captora de que él era uno de los buenos.

—Yo... yo... —tartamudeó hasta que al fin salieron las palabras—. Soy policía.

La mujer lo sorprendió echándose a reír. Pero no apartó la mirada.

—Eso ya lo veo. —Aflojó un tanto la mano en la escopeta y la bajó un poco. Michael vio su rostro; era bonito, si bien algo curtido—. Por cierto —

dijo ella, y le señaló la prenda—, bonito traje.

80

7

Una criada tiró de la manga del camisón de Kate.

—Despertad, mi señora —dijo con urgencia—. La princesa requiere vuestra presencia.

Kate abrió un ojo y miró con suspicacia el rostro de la joven.

—¿Por qué razón?

—Solo sé que os ordena que os vistáis para una cabalgada. Ella se sentó en la cama. Aunque le fastidiaba la orden, la excitación se apoderó de ella. Una cabalgada; ¡se le podía presentar otra oportunidad!

—¿Adónde vamos a cabalgar?

La agitada muchacha no podía responder. Parecía avergonzada de estar comunicando una orden del todo imprevista.

—Con vuestro perdón, milady —respondió la muchacha con un tono de disculpa—, no lo sé. Por favor, apresuraos, porque vuestra hermana os espera.

—¿Dónde están mis guardias?

—Al otro lado de la puerta, como siempre.

Kate fue al lavamanos, donde había una jarra de agua. La muchacha se quedó a su lado y le ofreció una toalla cuando Kate se quitó el sueño de los ojos. Se secó el rostro, y después fue a la ventana para mirar al exterior. Abajo, a través de la bruma de la madrugada, vio a un grupo de mozos de cuadra con los caballos, que piafaban nerviosos ante la inminente cabalgada. Ya había allí varios ojeadores, con los cuernos debajo de los brazos y los sabuesos que tiraban de las correas. El jinete de vanguardia enarbolaba el alto estandarte con el escudo del Príncipe Negro. Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo.

Se le cayó el alma a los pies al ver a los guardias. No habría ninguna posibilidad de fuga; sencillamente eran demasiados. Con un suspiro de resignación, sacó un sencillo vestido del arcón, uno con una amplia falda,

81

aunque ella prefería los pantalones de montar; se había acostumbrado a ellos en sus viajes con Alejandro. Recordó las furiosas palabras de Isabella la primera vez que había pedido un par: «No toleraremos a una mujer con pantalones en nuestra presencia».

La doncella la ayudó con los botones y los lazos y después le alcanzó un cepillo. Kate se lo pasó por el pelo —algo que su mimada hermana parecía incapaz de hacer ella misma— y se lo ató atrás en una coleta con un cordón de cuero negro, todo sin mirarse ni una vez en el espejo.

—Necesitaréis esto, milady —dijo la muchacha cuando Kate pasó a su lado—. La mañana es helada.

Kate advirtió la expresión compasiva de la muchacha. La había visto a menudo en el rostro de todos aquellos que la servían. Cogió la capa que le ofrecía y le dio las gracias. En el salón de las damas ya se había reunido un grupo de parlanchinas mujeres. En el centro, rodeada por sus admiradoras, estaba Isabella, hermosamente vestida con una elegante capa bordada, que era el tema de los efusivos comentarios.

—Ah —exclamó Isabella, mirando a su hermana de pies a cabeza—. Mi amada hermana. Vemos que has dado tu habitual toque de atención a tu apariencia.

Kate le respondió con una mirada fría.

Isabella soltó una risita llena de desdén.

—Vamos a reunirnos con los demás —dijo—. Ya sabéis que los caballeros detestan esperar.

Si lo que Chaucer le había dicho era verdad, entonces De Coucy podría estar entre ellos. Sus guardias la siguieron mientras bajaba la escalera hasta el patio. Ordenó a todas sus emociones que se quedasen sepultadas en el fondo, porque en ese día ella se vería con el hombre que muy probablemente había matado a Guillaume Karle. Sería la primera vez que se encontrarían cara a cara desde aquel fatídico día, casi ocho años atrás, cuando le había enviado el cuerpo decapitado de su marido.

El odio —por ambos— la dominó mientras observaba a De Coucy besar la mano de su hermana.

Apartó la mirada y pensó: «Son una pareja demoníaca». Se situó de forma tal de no tener que entrar en contacto con De Coucy. Sería capaz de arrancarle la piel de la cara, y entonces su hijo se quedaría sin madre. Su mirada se fijó en el hombre bajo y regordete montado a caballo situado en medio del grupo principal pero que no parecía participar en la conversación. En cambio, la contemplaba a ella de una forma muy inquietante. Cada vez que Kate miraba en su dirección, los ojos del hombre parecían estar puestos en ella. Una vez incluso le sonrió, y dejó a la vista los dientes ennegrecidos.

Cuando el hombre asintió y le sopló un beso, Kate llegó a una horrible conclusión: ese hombre debía de ser Benoît, su «prometido». Ella volvió la cabeza y escupió con mucha intención y haciendo todo el ruido posible. Cuando miró de nuevo al monstruoso hombre que la había estado observando, él le susurraba a De Coucy, con una expresión de irritación. El Príncipe Negro estaba entre el grupo, acompañado como de costumbre por sir John Chandos. El leal guerrero, que siempre había sido bondadoso con ella —incluso en aquel cautiverio—, se acercó a ella y la saludó con un gesto cortés.

—Milady —dijo. Sonrió al ver las recias prendas—. Veo que os habéis equipado para una cacería.

OceanofPDF.com

—¿Por qué no, mi buen señor? Si se ha de cazar, uno debe estar preparado adecuadamente.

Todo era muy ridículo. No se le permitiría llevar ningún tipo de arma, así

que cualquier cosa que consiguiese capturar en esa expedición tendría que hacerlo con las manos desnudas. Chandos sabía que, en sus años con Alejandro, ella había aprendido a utilizar una honda, a lanzar un puñal, a esgrimir una porra, a despellejar a la presa antes del último latido de la criatura. Una vez, en una tarde de ejercicio, él la había observado clavar una flecha tras otra en el centro de la diana, para asombro de sus guardias.

Chandos le sostuvo la mirada durante un momento más y después dijo:

—Os deseo una muy agradable cacería. —Miró en dirección a De Coucy y al pequeño mono negro que iba con él—. Nuestra compañía parece ser hoy un tanto ruda. Tened la seguridad de que me ocuparé personalmente de vigilaros, para que podáis volver sana y salva al castillo.

Con una sonrisa —Kate se preguntó si era compasión o mofa lo que veía en ella—, Chandos hizo volver grupas a su caballo y cabalgó de regreso al grupo de hombres. Kate lo observó con la amarga comprensión de que, si bien él ciertamente se ocuparía de su seguridad, su principal preocupación era que regresara al cautiverio en Windsor.

Para quien lo contemplara, era un espléndido grupo el que salió del castillo aquella mañana con rumbo norte para disfrutar de un día de caza y cetrería. Las damas, en su mayor parte, estaban allí solamente para ver cómo los hombres utilizaban sus fuertes arcos y sus bien balanceadas hondas contra los animales del coto del rey. Kate envidiaba las armas de los hombres. Los recuerdos de caza con Alejandro —no por deporte, sino por el sustento— pasaron por su mente. Ella había cazado muchas comidas durante sus años en Francia, un tiempo peligroso, cuando la comida y el refugio nunca eran seguros y todos los jinetes con que se cruzaban podían ser un enemigo en potencia. Comparado con este cautiverio, aquellos tiempos le parecieron deliciosos. 83

Se ajustó la capa y bendijo a la doncella que se la había dado. Cabalgaron hacia el norte, deteniéndose de vez en cuando para permitir a los caballeros atrapar la caza menor que se ocultaba en la maleza, y hacer boca para la caza más importante que les esperaba en el coto. A medida que el sol subía en el cielo, aumentó la temperatura, y muy pronto el grupo se detuvo de nuevo, pero esta vez con el propósito de quitarse los abrigos, una

tarea nada fácil para una dama a caballo. Con su sencillo atuendo, Kate se sacó la capa sin la ayuda de nadie y, por cierto, sin mucho esfuerzo por su parte. Colgó la capa de lana detrás de la silla y esperó allí impaciente mientras los sirvientes y ayudas de cámara se apresuraban junto a sus amos y amas para que no tuviesen que molestarse en alzar los brazos.

Por un precioso instante se encontró sin vigilancia; sus guardianes habían sido llamados para ayudar a los otros lores y damas. Una rápida ojeada al oeste le mostró un espeso bosque. Miró el follaje verde de la primavera y comprendió

que sería un excelente escondite. Sin hacer ningún movimiento brusco, Kate tocó a su caballo para hacerlo cambiar de dirección de forma tal que quedaron encarados hacia el bosque. Mantuvo un ojo vigilante en el grupo, atenta a la valiosa oportunidad de deslizarse en el bosque sin ser advertida. Con cada respiración, estuvo más cerca de hacer su movimiento. Tocó al caballo muy ligeramente en los flancos con los talones. El animal respondió con un paso hacia el oeste. Después de un momento de espera para ver si alguien se había dado cuenta, decidió que nadie la había visto, así que lo tocó de nuevo y ganó un par de pasos más. En otras dos ocasiones hizo lo mismo; los árboles estaban tentadoramente cerca. Quizá se hallaba solo a un paso de escapar en busca de la libertad, cuando echó una ojeada atrás y vio a sir John que miraba en su dirección.

Se quedó inmóvil como una estatua. Se le cayó el alma a los pies, y se esfumaron todas sus esperanzas.

El buen caballero se apartó del grupo y se movió hacia ella con mucha naturalidad, sin apartar los ojos de ella ni por un momento. Cuando estuvo lo bastante cerca para que solo Kate pudiese oír sus palabras, dijo con una leve sonrisa:

—Tened cuidado con el bosque, milady. Encierra muchos peligros.

—Lo sé muy bien, querido caballero —contestó Kate con una sonrisa.

—De vuestros viajes, sin duda. Entonces, tened cuidado. Detestaría tener que responder ante el rey si os ocurriese algún incidente desagradable. La joven observó con silenciosa gratitud que él no había dicho «vuestro padre». «Lo comprende —pensó—. Sabe cuánto odio a ese hombre, y por qué.»

—No me ocurrirá ningún hecho desgraciado —le aseguró ella. Con unos suaves golpes de los talones apartó al caballo de los árboles y volvió al grupo.

84

En el tercer día de su viaje, el grupo de De Chauliac llegó a la ciudad de Cluny, en las montañas bajas que estaban al noreste del macizo central. El monasterio que encontraron allí era precioso en su idílico entorno, con los jardines que comenzaban a mostrar aquí y allá tenues toques de color. Mientras el sol se ponía en el cielo, entraron en el patio, polvorientos y cansados del duro paso por las colinas.

Al igual que todas las noches anteriores, De Chauliac desapareció en la amable compañía del clérigo que estuviese allí para recibirlo. Pero esta vez el resto del grupo fue invitado a cenar en el interior con las monjas y los hermanos que vivían en el monasterio, mientras De Chauliac y su anfitrión, el obispo, cenaban en la intimidad. Los llevaron a través de la abadía hasta las habitaciones que había detrás y finalmente a un pequeño y cómodo comedor. En el centro, había una mesa cubierta con un mantel del más exquisito encaje, que ocupaba todo su largo. Un candelabro derramaba una luz cálida sobre la comida que las monjas llevaban en un incesante desfile de bandejas humeantes. Mientras el grupo se acomodaba alrededor de la mesa, Alejandro vio con el rabillo del ojo que el esquivo soldado hablaba de forma discreta con una de las monjas que le servía el plato. La monja asintió brevemente, y Alejandro dedujo que, por alguna inexplicable razón, el soldado estaba pidiendo que se lo excusara.

«A menos que tu acento inglés te traicione, espía —pensó con amargura —. Que así sea. Ya me enteraré de tus secretos en algún otro momento.» Antes de marchar, el soldado tendió la mano y acarició el hermoso bordado del mantel y, por un brevísimo momento, estudió sus detalles.

A media tarde de la cacería, los flancos de los caballos estaban cubiertos con los restos de pájaros y pequeños animales, e incluso de un venado, y en el aire se percibía el intenso olor metálico de la sangre derramada. Los cotos de caza del rey siempre estaban bien provistos, y rara vez alguno de sus invitados volvía sin una prueba de su capacidad como cazador, fuese merecida o no. Mientras el grupo se preparaba para regresar a Windsor, un hombre astroso montado en una mula salió del bosque. Los guardias lo rodearon de inmediato. Sir John se adelantó y le habló con más rudeza quizá de la que habría mostrado de no haber habido tantos ojos críticos mirándolo.

—Eh, tú, alto. Estás pasando por el coto del rey.

El pobre diablo parecía aterrorizado, pero no se detuvo. Taloneó a la mula y trató muy tontamente de cabalgar por el medio del grupo. Iba muy sucio y apestaba a excrementos de animal, incluso desde lejos. Las damas se cubrieron 85

la nariz y la boca con las manos enguantadas y volvieron el rostro mientras él intentaba pasar entre ellas.

—He dicho alto —repitió sir John.

Levantó una mano en una señal que produjo la respuesta instantánea de los arqueros. En un santiamén, el viajero se encontró apuntado por una docena de flechas, sin más alternativa que la de detenerse.

—Por favor, señor—dijo, casi tartamudeando—. No pretendo faltar al respeto y no estoy robando nada de Su Majestad. Solo pretendo cruzar.

—Es bien sabido en esta región que Su Majestad prefiere que los viajeros sigan una ruta alrededor de sus tierras, no a través de ellas.

—Por supuesto, señor, lo sé, aunque no soy de esta región. Pido el perdón de su señoría, pero...

—No es mío el perdón para darlo. Estas son las tierras del rey, y yo su humilde servidor. Ahora vete, antes de sufrir las consecuencias. Sin duda no necesito recordarte que la justicia del rey es rápida y dura. El hombre miró detrás y de nuevo a Chandos con una terrible angustia reflejada en su rostro.

—No puedo volver, señor.

—Vaya —dijo Chandos—. ¿Por qué no?

—¡Tengo miedo de la peste! —contestó—. ¡Dicen que ha vuelto otra vez a los Picos!

—No hemos oído nada del regreso de la peste a estos lugares, aunque sabemos que azota Europa —replicó Chandos con voz desdeñosa—. No tenemos noticias de que haya cruzado el canal de la Mancha. En cualquier caso, si lo ha hecho, estamos demasiado al norte para preocuparnos. —Se inclinó

sobre el pomo de la silla y miró al hombre con gran atención—. A menos, por supuesto, que tú mismo estés enfermo.

Kate acercó su caballo para poder oír claramente las palabras del hombre.

—No lo estoy, lo juro, pero no me atrevo a quedarme allí.

—¿Te marchas de tu casa y cabalgas tan al sur por esta razón?

—No tengo casa, señor. Soy un pordiosero. —Abrió los brazos para mostrar sus harapos.

Chandos miró la mula con escepticismo.

—Los pordioseros no cabalgan.

—Este animal pertenecía a mi mejor amigo. Cuando murió lo enterré y tomé la mula a mi cuidado. Le había dado a él un buen lugar de descanso, como es deber de todo cristiano. Me pareció que era lo correcto. Él me la habría dado de todas maneras.

—Muy generoso de tu parte —dijo el caballero, divertido— y también de tu amigo. Pero quizá ahora llevas contigo su enfermedad, dado que montas en su animal.

86

—Oh no, señor, yo no... no estoy enfermo. —Se quitó la capucha y dejó a la vista una carne horriblemente arrugada pero sin bubones—. Mi amigo pasó sus últimos días al cuidado de los hermanos de Cristo; fue llevado allí a pasar sus últimas horas con comodidad.

—¡Pero, si tenía la peste, morirán todos los hermanos que hayan estado en contacto con él!

Todas las miradas se volvieron hacia Kate, que era quien había expresado esta preocupación.

El pordiosero la miró.

—Con vuestro perdón, milady, pero si es la voluntad de Dios, no hay nada que se pueda hacer.

Todos permanecieron un momento en silencio; eran bien conocidas las historias de monasterios donde los monjes se habían encerrado, convencidos de que podrían mantener la peste fuera, pero en cambio se habían metido en una trampa.

—¡Todo esto es una tontería! —dijo Chandos al cabo—. ¿Por qué debo creerte?

El hombre se persignó y levantó la mano.

—Señor, os doy mi palabra de buen cristiano.

Al oír esta declaración, Chandos se rió. Pero su risa desapareció enseguida.

—Una vez más en contra de mi mejor juicio, puedes pasar. En honor de las nupcias de nuestra princesa.

Miró hacia Isabella e hizo un pequeño gesto de respeto. Isabella se mantuvo muy erguida en su caballo mientras las miradas del grupo se centraban en ella. El pordiosero siguió el gesto de Chandos, y se inclinó

profundamente al tiempo que murmuraba unas vagas felicitaciones que nadie alcanzó a oír o comprender. Chandos le dijo entonces al hombre:

—Pero, antes de que puedas marcharte, acércate.

Con visible desgana, el hombre acercó la mula hasta quedar junto a Chandos. Antes de que nadie pudiese soltar una exclamación, Chandos había sacado su puñal y había hecho dos limpios cortes en la mejilla del hombre, con la forma de la punta de una flecha. La sangre manó de los cortes; el aterrado hombre se apretó la mejilla para contener la hemorragia. Apartó la mano y la miró horrorizado y luego miró de nuevo a Chandos.

—Estas marcas me permitirán reconocerte si alguna vez vuelvo a verte en las tierras de Su Majestad —afirmó Chandos—. Ahora vete de aquí, antes de que tome la decisión de matarte.

El viajero clavó los talones furiosamente en los flancos de la mula. El animal soltó un relincho y se puso en marcha, esta vez en dirección oeste. Penetró en la espesura del bosque, tal como había querido hacer antes Kate. Ella lo siguió con la mirada, mientras su corazón se llenaba de envidia. Cuando 87

finalmente desapareció de la vista, se volvió para mirar a Chandos. El caballero estaba inmóvil en su caballo con una expresión fría en el rostro.

«Mi único aliado, aparte de Chaucer», pensó Kate mientras hacía volver grupas a su caballo.

Cuando la comida se acabó, las monjas se levantaron de la mesa antes que sus huéspedes y comenzaron a retirar los platos sucios.

—Bien, Guillaume, ha sido una muy buena cena, ¿no es así?

—Sí, *grand-père*. —El niño se frotó los ojos.

—Sospecho que estás muy cansado. Ha sido un largo día de viaje.

—Sí, *grand-père* —repitió él.

—Te has portado muy bien.

—Sí... —El chico se detuvo y sonrió ante su propia repetición.

—Vamos a encontrar un lugar donde puedas apoyar la cabeza. Se levantaron del banco y siguieron a los demás del grupo, que iban en pos de uno de los monjes. Mientras avanzaban por los angostos y oscuros pasillos de la abadía alumbrados por la luz de la antorcha que sostenía en alto el primer monje de la hilera, Alejandro vio acercarse a una monja. La mujer caminaba lentamente, con una palangana de agua caliente en las manos. Debajo de un brazo llevaba plegado un paño blanco, quizá una toalla, del que asomaba una pequeña punta de encaje.

Pasó en silencio junto a ellos, con la mirada baja, aunque Alejandro intentó

atraer su atención. Al fin se detuvo y llamó a una puerta. Alejandro oyó una respuesta ahogada. La monja apoyó el borde de la palangana contra la cadera y después abrió la puerta con la otra mano. Él se volvió a tiempo para verla entrar en una habitación muy iluminada y la oyó decir: *«Voici l'eau chaude, mademoiselle»*.

Alejandro se paró de súbito; eran los últimos de la comitiva, así que nadie tropezó con ellos. Guillaume también se detuvo, pero Alejandro le dio una palmada en el hombro y le dijo:

—Adelante, chico, enseguida me reuniré contigo.

El niño obedeció, aunque miró atrás mientras dejaba a su abuelo. Alejandro permaneció donde estaba, y escuchó a través de la puerta la conversación que tenía lugar en el interior. Dos mujeres —una, la monja que había visto entrar, y otra desconocida, con una voz clara y dulce— hablaban de temas domésticos. Se preguntó si la voz más joven pertenecería a una novicia que se estaría preparando para entrar en la orden. «Qué extraño que estén dispuestos a entregar a sus jóvenes mujeres a una vida de servidumbre cuando hay tantos niños que engendrar y cuidar», pensó.

Oyó el suave gotear del agua y supuso que la joven, a la que parecía estar atendiendo la monja mayor, se estaba bañando. Este pensamiento lo complació, y sonrió, aunque no había nadie para apreciarlo.

Escuchó durante unos pocos momentos más, pero fue en vano, porque no se enteró de nada importante. Cuando el goteo se interrumpió de improviso, pensó que lo mejor era marcharse, porque quizá la monja había acabado de atender a la mujer y podía aparecer en la puerta en cualquier momento y sorprenderlo en su inútil espionaje.

Pero el sonido de sus voces resultaba muy reconfortante. «Unas pocas palabras más —se dijo—. Si sale por la puerta, fingiré que sencillamente pasaba por aquí.»

—Aquí tenéis la toalla, *mademoiselle* —oyó decir a la monja.

—Gracias. —Hubo un momento de silencio, quizá mientras ella se secaba, y luego la joven dijo—: El encaje es muy bonito. Lo mismo que el mantel. Mientras se alejaba de puntillas a toda prisa, Alejandro supo que, mucho antes de que saliese el sol, estaría esperando en la puerta para ver quién salía de la habitación.

El niño todavía dormía cuando Alejandro se levantó del jergón con el alba. Encontró sus prendas en la oscuridad y se vistió en silencio, y luego se alejó

poniendo buen cuidado en no despertar a nadie. La persona que estuviese en aquella habitación también se levantaría temprano, si tenía algo que ocultar, razonó. Susurró una plegaria para que nadie más anduviese por allí a esa hora intempestiva y caminó con mucho sigilo por los salones y los pasillos hasta la habitación donde había espiado la noche anterior.

Lo embargó la vergüenza mientras recordaba los breves momentos que había pasado con la oreja apoyada en la madera. Después de todo, ¿qué le importaba a él que una dama disfrutase con el baño? Una conducta tan saludable debía ser estimulada, en especial entre los hediondos franceses. Se libró de los remordimientos diciéndose que bien podría estar en marcha alguna peligrosa conspiración, alguna traición entre los guardias, y que tenía que ponerlo en conocimiento de De Chauliac por su propia seguridad y por el éxito del viaje. Si descubría algo impropio, encontraría la manera de llevar a un aparte a su mentor para transmitirle la información que había conseguido, por muy vergonzosa que hubiese sido la manera de conseguirlo. Oyó ruidos en el interior, cada vez más fuertes, y le pareció que pasaba una eternidad hasta que la puerta comenzó a abrirse. Se apartó unos pasos y observó, con la espalda apoyada en la fría pared de piedra, mientras salía el ocupante de la habitación.

—Dios mío —le dijo en voz alta al menudo soldado—. ¡Sois mujer!

Ella lo tomó del brazo con una fuerza sorprendente y lo hizo entrar en la habitación. En cuanto los dos estuvieron dentro, cerró la puerta, y después se volvió para enfrentarse a él.

—Pues vos, señor, sois judío —afirmó, en un francés impecable. Por un momento, Alejandro se quedó mudo.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó después.

—¿Cómo habéis descubierto mi sexo? —replicó ella.

—Anoche os espié aplicando el oído a la puerta mientras os bañabais. Escuché vuestra conversación con la monja.

—No lo comprendo; ¿qué os impulsó a hacerlo?

—Creí que erais...—Fue incapaz de decir «un espía inglés», tan grande era su alivio al comprobar por su habla que probablemente no era el caso—. El mantel —dijo—. Despertasteis mis sospechas con vuestra admiración

por el encaje. Pensé que quizá erais uno de esos hombres a los que les gustan las cosas bonitas, pero no pude convencerme de que fueseis uno de ellos.

—Sois muy inteligente. Tendré que tener más cuidado con mis admiraciones.

—En cuanto a explicaciones —manifestó él, acercándose—, lo que habéis dicho de mí ahora mismo requiere una.

—El padre Guy me lo dijo.

Alejandro buscó en sus ojos alguna pista sobre quién podía ser la persona que había nombrado. Una profunda inquietud se apoderó de él; ¿había alguien entre los guardias que conociese su identidad y se lo hubiese revelado a uno de los hermanos? Por supuesto, habría una buena recompensa del rey inglés por dicha información.

—Supongo que os referís a uno de los hermanos de aquí. Pero ¿cómo podría...?

—No —respondió ella—. Hablo del padre Guy. Vuestro maestro.

—¿El padre Guy? —Por un momento se quedó sin palabras. Luego dijo —: No podéis referiros a Guy de Chauliac, ¿no?

—A él me refiero.

—Pero no es sacerdote. Lo sé con certeza.

—No, ahora no, pero lo fue una vez. ¿Cómo creéis, si no, que puede disfrutar de tanta proximidad al Santo Padre?

Alejandro guardó silencio mientras digería la asombrosa información que acababa de recibir.

—Cualquiera diría que es porque se trata del mejor médico de Europa. Ahora la mujer se rió suavemente; el sonido era dulce e íntimo.

—Creo que él diría que sois vos el que ocupa esa elevada posición. Alejandro sintió una oleada de orgullo al oír estas palabras, pero no era el momento de dejar que tales manifestaciones se le subiesen a la cabeza. 90

—Se equivocaría, y hay muchas otras cosas en las que pensar en este momento para permitir que tal halago nuble mi razonamiento. Por el alma de mi madre que nunca lo hubiese sospechado. En todo el tiempo que lo he conocido nunca me dijo nada respecto a que había tomado las órdenes sagradas.

Se acercó más a la muchacha.

—Tampoco dijo nada de una mujer en este viaje. Algunos opinan que trae mala suerte. Por lo tanto, si voy a ser maldecido en este viaje, por lo

menos dejad que vea del todo la fuente de los problemas que vendrán. Levantó una mano y tiró del lazo que sujetaba el prieto gorro en su lugar. La mujer no hizo ningún movimiento para detenerlo. Se desprendió el gorro, y sus cabellos cayeron en cascada; ella los sacudió y se los echó por detrás de los hombros con una expresión de fastidio.

—Me llevó mucho tiempo meter todo este cabello en el gorro. Ahora tendré

que hacerlo de nuevo.

—¿Por qué molestaros? Os han descubierto. Mostraos como la hermosa mujer que sois.

Ella pareció encogerse un poco por sus palabras. En un tono menos desafiante, señaló:

—Me habéis descubierto vos, pero confío en que los demás soldados sigan ciegos a mi verdadera naturaleza. Tengo muy buenas razones para continuar con mi farsa, y por la seguridad de todos debe seguir siendo así. Alejandro se apartó y cruzó los brazos sobre el pecho. Con una leve sonrisa en el rostro, observó cómo la mujer volvía a realizar el laborioso proceso de ponerse el gorro y meter todos los mechones sueltos en su lugar.

—No os descubriré —prometió el médico mientras ella acababa la tarea —. Mi nombre, aunque quizá ya lo sabéis, es Alejandro Canches. —Se inclinó

ligeramente—. Es un placer conoceros, aunque sospecho que el momento para la presentación formal ha pasado.

—Soy Philomène de Felice, y tenéis mi más profunda gratitud por vuestra discreción. —Luego volvió a ser el soldado—. En este viaje me llamo Philippe. Os agradecería mucho, como lo hará el padre Guy, si me llamáis por ese nombre, si surgiese la necesidad. —Se puso el casco sobre el gorro.

—Como queráis —contestó Alejandro.

Pero no sería fácil, después de haber visto a Philomène.

Consiguió arrinconar a Guy de Chauliac por unos momentos antes de emprender la marcha.

Manteniéndose un tanto apartado de su mentor para no dar la impresión de que conversaban, Alejandro dijo:

—He conocido a Philippe.

De Chauliac volvió la cabeza en su dirección.

—Muy interesante —añadió Alejandro—. Un soldado de muchos talentos o, para decirlo con más exactitud, de muchos rostros.

—Desde luego —respondió De Chauliac en voz baja—. Hablaremos más de esto cuando estemos en París. —Su tono se hizo más imperioso—. No digas nada de esto a nadie. No entenderás la importancia hasta que conozcas más cosas. Por ahora debes confiar en mí.

—Ya lo has dicho antes —le recordó Alejandro.

—Para tu gran beneficio. Nunca lo olvides.

—No lo haré, padre Guy.

De Chauliac le dirigió una mirada inquieta; luego hizo girar a su montura y fue a ocupar su posición de vanguardia en el grupo. Alejandro montó en su caballo, sujetó a Guillaume por la mano y lo subió a la grupa. Los soldados del Papa pasaron junto a ellos, uno tras otro.

—*Bonjour, Philippe* —saludó en voz baja cuando pasó ella.

—*À vous-même* —fue la respuesta.

Antes del mediodía se detuvieron a la orilla del río para que los caballos bebiesen. Alejandro desmontó a Guillaume para que pudiese correr y estirar las piernas, y después acercó su montura a la de Philomène. Permaneció junto a ella en el borde del agua sin nadie más cerca.

—Si las circunstancias lo permiten —dijo muy discretamente—, ¿podría visitaros esta noche? —Y se apresuró a explicar sus intenciones—: Para conversar, por supuesto. Según la naturaleza de nuestro alojamiento, podría resultar ventajoso.

Sus reflejos se ondularon en el agua mientras los caballos bebían. Philomène no le respondió, pero él no vio en el rostro de la muchacha una expresión desalentadora.

—Si no creéis que sea una imprudencia, claro está —añadió Alejandro. Después de unos momentos, ella contestó:

—Desde luego sería agradable poder disfrutar de un rato de conversación. Por supuesto, hay temas que preferiría no discutir, pero sí que se anhela en ocasiones un rato de buena compañía. —Permanecieron juntos en silencio contemplando las pequeñas ondulaciones en el agua, hasta que los caballos satisficieron su sed—. Antes de venir a verme, tened en cuenta que los otros soldados hablarán si nos ven juntos. Por lo tanto, debéis ser sumamente discreto. Piensan que soy extraño, y creerán lo mismo de vos por asociación. Él casi se echó a reír.

—Es de imaginar lo que creerían si supiesen la verdad. 92

La réplica de la mujer fue brusca y desabrida.

—Creerían que soy una presa fácil para satisfacer sus apetitos.

—Bueno —dijo Alejandro, un tanto agitado por su franca respuesta—, no tengo ninguna duda de que me tomarían como blanco de su odio, si llegasen a saber de mí lo que vos ya sabéis. Seré especialmente cuidadoso por el bien de ambos.

El resto del grupo volvió a montar. El médico llamó a Guillaume, y después sujetó las riendas del caballo. Mientras se separaba de Philomène, miró atrás y dijo:

—Entonces, hasta la noche.

El capitán de la guardia inglesa puso una bolsa de monedas en la palma de la viuda del tonelero. Ella no se molestó en fingir gratitud, sino que sopesó y apretó la bolsa de lino para calcular el valor de la suma que contenía. Era bastante más que las treinta monedas de plata que habían pagado otra traición. Su viaje y su instalación en Inglaterra estaban asegurados, y allí viviría con comodidad.

—Se ha marchado de Aviñón a toda prisa y se ha llevado al niño con él. Sí, el niño tiene los cabellos dorados y los ojos azules. No sé dónde están, pero se marcharon hace varios días, a caballo.

Se guardó la bolsa en el bolsillo del delantal y se dirigió inmediatamente al establo público.

—Quiero ir con el próximo grupo que parta para Calais —le dijo al encargado del establo.

Puso una de sus monedas en la mano del hombre y le indicó dónde podría encontrarla cuando llegase el momento.

La mayor parte de aquella tarde la pasaron en completar el arduo descenso desde Cluny hasta el comienzo de la llanura. Al oeste se hallaba Digoin, la ciudad a la que, con un poco de buena suerte, llegarían antes de la puesta de sol. A medida que el terreno se nivelaba, el grupo volvió a reunirse, porque ya no era necesario cabalgar en fila india como se habían visto forzados a hacer en las rocosas colinas, donde los caminos eran poco más que senderos. Los jinetes podían hablar de nuevo los unos con los otros sin necesidad de gritarse. Hacía un buen día, con un sol radiante y una dulce brisa que les llevaba el perfume de las flores silvestres.

Alejandro sintió que por fin se relajaba su tensión, porque ya no era necesario mirar al suelo con cada paso que daba su montura. El propósito

del viaje seguía pesándole, pero en aquel momento le parecía menos una carga que 93

en otras ocasiones. Guillaume volvió a quedarse dormido contra su espalda cuando se suavizó el andar del caballo. Los brazos del niño eran cálidos, y la sensación era muy parecida a la que había sentido con Kate cuando ella contaba la misma edad que tenía ahora su hijo. Adelante, Alejandro vio a Philomène entre sus camaradas; la muchacha permanecía con ellos, aunque no parecía relacionarse más allá de cabalgar en grupo.

Se permitió pensar en ella, dejar que esta nueva intriga siguiera su curso. Imaginar el encuentro de la noche era una agradable distracción de la monotonía de la cabalgada. ¿Vestiría ropas de mujer cuando fuese a visitarla esa noche? Lo dudaba. Si necesitaba reaccionar como soldado en alguna emergencia, se descubriría su identidad, porque las faldas de una mujer eran incómodas y a menudo difíciles de quitar. Intentó recordar qué edad tenía Kate cuando había empezado a quejarse de las molestias que los pliegues de tela le producían al cabalgar. En algún momento, ella se había hecho un par de pantalones con una falda y los había usado en sus viajes sin el menor reparo. La facilidad con la que Philomène llevaba la capa y los pantalones de soldado le parecieron más razonables cuando estos recuerdos volvieron a él. La espada corta en su cinto, las flechas en la aljaba: había visto a su propia hija usarlos con algo cercano al entusiasmo. A menudo ella salía a cazar su alimento en el profundo bosque que rodeaba la pequeña cabaña que compartían, antes que Guillaume Karle se presentase, cargado con su camarada herido. Mientras Alejandro se mantenía bien apartado, dispuesto a utilizar la espada si era necesario, Kate, que tenía dieciséis años, había abierto la puerta. Guillaume Karle parecía un gigante cuando entró llevando a su camarada, cuyo brazo herido había tenido que amputar para salvarle la vida. Había sido un intento inútil. Las fuerzas que mandaba De Coucy los habían encontrado y habían matado al hombre herido, que había quedado abandonado mientras sus frustrados salvadores escapaban.

¡Todo porque deseaban su propio trozo de suelo francés! Con tan vastos territorios como poseían, ¿cómo podían Navarra y De Coucy negárselos? El asunto era sencillo: con los ingleses dispuestos a cortarle el cuello al rey francés, Carlos de Navarra había intentado aprovechar su ventaja y apoderarse del trono, y necesitaba de todas sus tierras para incrementar su poder. A pesar del sangriento entusiasmo y de su victoria sobre la *Jacquerie*, al final sus esfuerzos no habían servido para nada.

Alejandro palmeó suavemente la mano de Guillaume mientras recordaba el día en que todo su mundo se había vuelto cabeza abajo en un instante. El niño no se movió y continuó descansando tranquilamente, su respiración regular y profunda mientras dormía. La mirada de Alejandro se posó en una libélula que volaba a un par de palmos de su rostro. Las alas se agitaban mientras la 94

hermosa criatura subía y bajaba de un lado a otro, moviéndose en todas las direcciones...

... hasta que se oyó el zumbido de una flecha.

El proyectil fue a clavarse en el cuello de un soldado que había estado cabalgando unos pocos pasos por delante y a su izquierda. Alejandro se volvió

hacia donde él creía que había venido la flecha, solo para ver volar otra. Dio la voz de alarma; Guillaume se despertó en el acto y se sujetó a su espalda. Adelante vio un afloramiento rocoso a un lado de una elevación.

—¡Sujétate bien! —le dijo al niño, que respondió aferrándose a la cintura de su abuelo con todas sus fuerzas.

El resto del grupo ya iba de camino a las rocas. Alejandro espoleó su montura y la condujo hasta el caballo del soldado herido, que estaba tumbado sobre la silla. Sujetó las riendas del animal y lo llevó mientras cabalgaba hacia el refugio de las rocas con Guillaume sujetándose peligrosamente. Una flecha voló detrás de ellos, pero alcanzó a la montura del herido en un flanco. El animal se levantó sobre las patas traseras, y el de Alejandro lo imitó. Él luchó por controlarlo, mientras sentía que Guillaume comenzaba a deslizarse. Sujetó el brazo del niño y se echó sobre el cuello del caballo. Su peso hizo que el animal bajase las patas justo a tiempo para evitar que ambos cayesen al suelo. Llegaron a las rocas unos segundos más tarde; por todos los lados se levantaron manos para ayudar al chico y al hombre herido. Alejandro desmontó rápidamente, y por unos momentos se inclinó con las manos sujetas al vientre, al tiempo que jadeaba con fuerza hasta recuperar la respiración. Guillaume se deslizó entre él y un costado de la roca, donde se agachó con las manos sobre el rostro.

«Compañías libres», oyó que alguien decía. Alejandro se sintió

desconsolado. Había confiado en que el reino del terror ya hubiese pasado, pero al parecer no era así; en su protegida vida dentro del gueto nunca habían tenido noticias de los caballeros bandidos que acechaban las carreteras en busca de víctimas fáciles. Con tantos señores franceses

muertos en Poitiers y las refriegas que habían seguido, centenares de caballeros se habían encontrado sin medio de obtener el botín con el que se ganaban la vida. Así que se habían unido y se habían convertido en el azote de todos los viajeros honrados. Ese grupo estaba tan desesperado que habían escogido atacar a un grupo que viajaba bajo la protección del Papa.

Mientras cuatro de los guardias disparaban sus propias flechas en dirección a los asaltantes, dos más permanecían delante de De Chauliac. Otra pareja estaba agachada, atendiendo al camarada herido. Uno de ellos era Philomène. Todas estas imágenes pasaron por la mente de Alejandro en un segundo. Se volvió para sujetar a Guillaume por los hombros.

—¿Estás herido?

95

—No, *grand-père*...

Había un profundo terror en la voz del niño.

—Entonces mantente cerca de esta roca mientras yo voy a ver al hombre herido. No te apartes de aquí o te quedarás sin protección. ¿Lo entiendes?

Cuando el asustado chico asintió, Alejandro lo abrazó unos instantes a modo de consuelo. Luego se acercó al soldado caído, que yacía boca arriba con los brazos y las piernas sacudiéndose, y se agachó a su lado. El astil de una flecha asomaba por el cuello del hombre; la punta no sobresalía por el otro extremo.

—Está bien hundida; he visto este tipo de herida antes —dijo, queriendo explicar lo que iba a hacer—. Debemos sacar la flecha muy despacio, y mantener una tela contra su cuello, para contener la hemorragia.

—No —oyó que decía alguien a su lado. Para su gran sorpresa, era Philomène. Ella bajó intencionadamente la voz cuando añadió—: Primero hay que moverla, para que cesen los temblores. Si no lo hacemos, el cordón que une el resto del cuerpo al cuello podría cortarse. Hemos de tener mucho cuidado en no hacerle daño mientras intentamos ayudarlo.

«Primero, no hacer daño.» Estas palabras eran parte del juramento que él había prestado tras acabar sus estudios en Montpellier. Se movió a un lado y dejó a Philomène hacer su trabajo. Miró a De Chauliac, que observaba atentamente al falso soldado por encima del hombro de su guardia. El rostro del francés mostraba una expresión que Alejandro había visto muchas veces: crítica, evaluadora, pedante y, al mismo tiempo, orgullosa. Supo entonces que él no era el único estudiante del grupo. 96

8

—Qué llevas debajo de ese traje? —le preguntó la mujer a Michael.

—La ropa interior —respondió él.

—Entonces supongo que tendrás que dejártelo puesto.

Se acercó al caballo; Galeno no protestó mientras ella revisaba la montura y buscaba en las alforjas. Se demoró por un momento en las fundas de cepillos de dientes con los bastoncillos, pero las guardó de nuevo en la bolsa. Los cargadores se los metió en un bolsillo. Cuando se convenció de que no había más armas, se inclinó, con la mirada siempre puesta en Michael, y recogió la pistola que había caído al suelo. La observó rápidamente y se la guardó en el otro bolsillo.

En respuesta al visible desconsuelo de Michael, ella le comentó:

—No te preocupes, va a una buena casa.

—No sabes lo mucho que me tranquiliza saberlo —replicó Michael con amargura.

—Eres inglés.

—Qué amable de tu parte haberte dado cuenta. Tú eres yanqui.

—Muy orgullosa de serlo. Puedes volver a montar en tu caballo. Michael hizo lo indicado, aunque fue una dura lucha con el abultado traje. Ella no se ofreció a ayudarlo, y le señaló el pico.

—Por allí.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Michael.

Sin responder a la pregunta, la mujer se limitó a decir:

—Mantente en este sendero; está bastante despejado hasta la cumbre, mejor que la carretera. Estaré directamente detrás de ti. Dado que eres un poli, supongo que no es necesario explicarte lo que te sucederá si intentas hacer alguna estupidez.

—No —murmuró Michael—. No es necesario.

—Ten cuidado —le advirtió ella—. El terreno es poco firme.

—Podrías haber estado por aquí para decírmelo antes —replicó él, furioso.

—Estaba.

Él la miró, sorprendido.

—Simplemente no sabías que yo estaba allí.

El comentario pareció un insulto, acompañado como fue con una pequeña sonrisa.

—Cuando lleguemos a dondequiera que vamos, quizá quieras complacerme con algunas lecciones —dijo él.

Subieron la cuesta poco a poco. Era una marcha difícil, y en varias ocasiones Galeno pareció no querer seguir adelante. Michael intentó animarlo con palmadas en el flanco, pero el caballo parecía sentir lo mismo que su jinete: la tremenda sensación de impotencia que produce la cautividad. Por fin alcanzaron la cumbre. Michael observó el panorama y vio el valle abajo. Aunque había contemplado ese paisaje antes, nunca lo había visto en aquella época del año, cuando los árboles aún carecían de hojas. Era una perspectiva muy diferente. Vio el extremo más lejano del lago, donde se estrechaba hacia el río que, supuso, era su origen. Las torres de telefonía móvil que asomaban por encima de las copas de los árboles parecían haber cambiado su disposición. Algunas, las más viejas, eran de metal desnudo; oscuros y feos testimonios del progreso en su anterior loco avance. Otras estaban disfrazadas como pinos para no ofender la vista de los Mercedes Benz y BMW que una vez habían pasado a su sombra, a toda velocidad hacia vaya a saber qué reunión urgente.

Escuchó por un momento. De nuevo, solo oyó los pájaros y el viento; ningún coche, ningún camión, ni voces de un aparato de radio, solo los tenues sonidos de la naturaleza. Incluso en medio de su angustia, no pudo menos que sentirse tranquilizado. Su captora no protestó por el momentáneo respiro, y Michael supuso que ella también ansiaba esa clase de paz, por muy breve que fuese.

—Vamos, continuemos —acabó por decir la mujer.

Comenzaron el descenso. Después de un corto tramo, ella le avisó:

—El sendero se bifurca un poco más adelante. Ve por la izquierda.

—De acuerdo —dijo él.

No le mencionó que conocía el desvío; ese era el sendero que él habría tomado para ir al punto donde habían recogido por primera vez la sospechosa bacteria activa que lo había hecho salir de nuevo. Pensó que más le valía callarse la naturaleza de su propio viaje hasta que fuese necesario decirlo. Se volvió todo lo que pudo en su incómodo traje.

—¿Puedo preguntarte tu nombre?

Ella no le respondió de inmediato.

—Lorraine —dijo al cabo—. Pero me llaman Lany.

—Lany —repitió él—. ¿El apellido?

Otra pausa.

—Dunbar.

—Normalmente, Lany, diría «encantado de conocerte». Pero, a decir verdad, creo que preferiría no haber tenido el placer. En cualquier caso, mi nombre es Michael Rosow.

Ella no dijo nada.

—Mi esposa se llama Caroline.

De nuevo ella permaneció en silencio.

—Tenemos una hija, Sarah Jane. Una preciosa pelirroja...

—Basta de charla —le ordenó Lany—. Sigue adelante.

«Sigue intentando hablar con ella —se dijo Michael—. Haz que te vea como un ser humano.»

—Precisamente cuando creía que comenzábamos a...

Oyó un chasquido metálico.

—Dije basta. Quizá más te vale quitarte el casco para oírme mejor. Una vez más, él comprendió que Lany sabía lo que hacía. Durante una hora continuaron su descenso por la ladera. Había tramos en que el sendero bajaba suavemente; en otros lugares, en cambio, la bajada tenía tanta pendiente que Michael sabía que Lany Dunbar tendría que mirar el suelo para mantener el equilibrio, y esos eran los momentos en que consideraba la posibilidad de fugarse. Si intentaba hacerlo, ¿ella le dispararía? No tenía manera de saberlo. ¿Qué quería de él? ¿Era una mujer soltera que vivía sola, y necesitaba un hombre? Si ese era el caso, ¿se convertiría en su esclavo? ¿Cómo pensaría mantenerlo cautivo si lo necesitaba para trabajar, con grilletes?

Todas estas preguntas, y docenas más, pasaron por su mente. Al final, comprendió que su meta más importante era seguir vivo para poder regresar junto a su esposa e hija. La mejor manera de conseguirlo era obedeciendo. Así que eso hizo. La captora y el cautivo continuaron bajando por la carretera. Unos pocos centenares de metros más allá llegaron a un pequeño grupo de edificios, una moderna ciudad fantasma donde Michael habría recogido las nuevas muestras si su viaje hubiese salido como lo habían planeado. A pesar de las molestias del traje, levantó la mano discretamente y se bajó el visor, con la ilusión de que ella no se diese cuenta. No fue lo bastante discreto.

—¿Por qué te bajas el visor?

—Alergias —mintió Michael, al cabo de un momento.

—Pamplinas. Dime por qué.

Finalmente él se lo dijo.

—Hay un punto caliente cerca de aquí.

99

Ella se puso tensa.

—¿Dónde?

—No sé hasta dónde se extiende, pero en aquel edificio de allá adelante hay bacterias vivas. No es el DR SAM. —Señaló un viejo molino textil con la pintura blanca desconchada y el porche hundido—. Toda el área puede estar contaminada, pero no puedo decirlo con seguridad.

Aguardó con una expresión un tanto risueña mientras ella se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo. Pensó en decirle «te entrará por los ojos», pero se guardó el comentario.

La voz de la mujer ahora sonaba ahogada por el pañuelo, y él oía mal por tener el casco cerrado, pero comprendió lo que decía:

—¿Cómo lo sabes?

Estuvo a punto de hablar en plural, pero se contuvo.

—Tomé algunas muestras aquí, hace unos pocos meses. Ahora venía para tomar un segundo lote cuando nos encontramos.

—¿Venías de dónde?

Ahora fue su turno de sonreír y quedarse callado.

—Acabaremos por averiguarlo.

Ella había usado el plural. No estaba sola. Era casi emocionante, hasta que comenzó a preguntarse cómo le sacarían la información. Pasaron rápidamente por el resto de la ciudad. Después de un lento avance por la tortuosa carretera —Michael juzgó por el sol que bien podrían haber sido unas tres horas— llegaron a una intersección. La señal aún estaba allí, pero el viejo color azul oscuro del indicador se había desteñido hasta adquirir el tono de un vaquero desgastado, y el poste se había inclinado a un lado en un ángulo agudo. Los restos de la palabra «Orange» apenas si se podían leer; Michael recordó la vieja ciudad por la que había pasado una vez con Caroline. Venían viajando aproximadamente en dirección norte desde que Lany Dunbar lo había hecho prisionero, y, aunque se encontraban a mucha menos altura que el recinto de su grupo, aún había nieve en el suelo.

—Ve a la derecha —dijo ella.

—De acuerdo. ¿Puedo pedirte permiso para detenernos por un momento?

—¿Por qué?

—Porque, señora Dunbar, necesito cambiar el agua al canario, si entiende lo que le digo.

—¿No llevas un recogedor de orina?

Él se sintió momentáneamente asombrado. ¿Cómo sabía ella lo del recogedor? La miró intrigado; había una expresión de fastidio en su rostro. Había dos posibles explicaciones: ella tenía una estrecha relación con alguien que había usado el traje verde, o —más difícil de averiguar— ella misma había usado uno.

100

Después de unos instantes de consideración, Lany añadió:

—Tendrás que esperar. Ya no falta mucho.

Michael no había estado entre una multitud de extraños en mucho tiempo. Se encontró en el centro de un numeroso grupo de hombres, mujeres y niños que lo miraban como si acabase de llegar de Júpiter. El patio donde estaban reunidos no era muy diferente del suyo; un par de edificios, postes para amarrar a los caballos, senderos de piedra, trozos de hierba seca que muy pronto volvería a verdear. Bajo la mirada vigilante y el arma de Lany Dunbar, los hombres lo ayudaron a desmontar de Galeno. Procedieron de forma amistosa y amable, en absoluto con rudeza. Uno de los hombres cogió las riendas de Galeno y se lo llevó a un edificio que Michael supuso que era el establo.

—Necesita ir al retrete —dijo Lany. Miró a una de las mujeres—. Linda,

¿puedes conseguirle algunas prendas? Dice que debajo solo lleva ropa interior. La interpelada echó una ojeada a Michael.

—Buscaré algunas de las prendas de Steve. —Se marchó a la carrera hacia uno de los edificios.

—Necesitará que alguien lo ayude para quitarse esa cosa —le indicó Lany a otra mujer.

Esta se acercó. Sus manos eran hábiles con los cierres del traje; no hizo preguntas, sino que fue de cierres a cremalleras y botones sin ninguna indicación.

—Has hecho esto antes —comentó Michael.

Ella le sostuvo la mirada pero no le respondió.

En el mismo momento en que abría el último cierre, Linda regresó con un montón de prendas. Él se quitó el traje y aceptó las ropas ofrecidas. El

pudor parecía fuera de lugar en aquel momento, pero se ruborizó levemente al ver que unas mujeres desconocidas lo veían casi desnudo y se vistió a toda prisa. Sus botas seguían en el suelo; pero, cuando fue a recogerlas, Lany le dijo:

—No. Déjalas.

—Estoy descalzo. La tierra todavía está helada.

—No te preocupes. No caminarás mucho.

Él fue de puntillas hasta el retrete con una escolta e hizo sus necesidades vigilado atentamente por uno de los hombres, a quien Lany le había dado el arma de Michael. Pensamientos de fuga pasaron por su cerebro. «Salta hacia atrás, tumba al hombre, quítale el arma y corre...» Pero ¿adónde iría descalzo y sin caballo en el frío mes de marzo, y con las bacterias que estarían esperando para devorarlo?

«Mantente vivo», se recordó. Se comportaría como un preso ejemplar hasta que se le presentase una buena oportunidad.

Cuando oyeron que se abría la verja, los niños dejaron al instante los libros de su clase de lectura. Janie y Caroline los siguieron al patio. Kristina iba tras ellas.

Mientras sujetaba las riendas de la yegua, Janie miró a Tom.

—Has vuelto mucho antes de lo que esperaba —comentó.

Él les habló del obstáculo en el camino.

—Supongo que tenía que ocurrir en un momento u otro —añadió—. La naturaleza recupera lo que es suyo.

—¿Qué hay de Michael?

Tom miró a Caroline a los ojos.

—Subió todo el resto del camino sin mí. Galeno marchaba mucho mejor que Jellybean, así que me volví antes de lo que esperábamos. No quería forzarle mucho la pata.

Caroline frunció el entrecejo.

—Él está bien —la tranquilizó Tom—. Estará bien.

No podían hacer otra cosa que ocuparse de las tareas cotidianas, pero un manto de incertidumbre se cernía sobre ellos.

Cada pocos momentos, mientras ella y Janie preparaban la cena, Caroline miraba a través de la ventana hacia la verja, con la ilusión de ver el traje verde neón. No faltaba más de una hora para la puesta de sol.

—Ya tendría que estar de regreso —dijo Caroline.

Janie intentó mirar la situación con optimismo.

—No necesariamente. Puede que haya encontrado algo digno de traer con él.

—Ha estado en esa carretera muchas veces. Si hubiese algo digno de rescatar, ¿no crees que lo habría encontrado antes?

—Quizá, o quizá no. Intenta calmarte; volverá en cualquier momento. La hora pasó con dolorosa lentitud. El cerdo estaba hecho, y el sol desapareció detrás del horizonte. Los chicos acabaron sus clases y, con Kristina a la zaga, fueron a sentarse a la mesa, aunque aún no habían llamado a cenar. Las pocas sonrisas que consiguió esbozar Caroline eran forzadas y breves. Intentaba ponerle buena cara a la situación por el bien de los pequeños, pero no era una tarea fácil. Cuando Tom volvió del establo, Janie se lo llevó a un aparte y le preguntó en voz baja:

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar —fue todo lo que él pudo ofrecer—. Cenaremos, como si él estuviese aquí, y esperaremos.

—Quizá alguien tendría que ir a buscarlo.

—Es muy pronto para eso —afirmó Tom—. Michael puede cuidar de sí mismo. Quizá no quiere forzar mucho a Galeno. Es probable que esté metido en algún granero para pasar la noche, y que regrese por la mañana.

—¿Podrás dormir pensando eso?

Tom no respondió a la pregunta.

—Estoy seguro de que se encuentra bien. Es un hombre muy listo.

«No has sido muy listo al dejarte atrapar de esta manera», pensó Michael. Se paseó furioso arriba y abajo por la pequeña habitación del más grande de los edificios, una granja que, en algún momento del tiempo anterior, debía de haber sido objeto de una cuidada restauración para devolverla a su estado original. Los suelos resplandecían con el barniz, las paredes eran de un blanco brillante y no tenían ni una mancha. En una pared había estanterías llenas con toda clase de libros; eso le agradó, hasta que recordó que aquella biblioteca era su prisión. Había una ventana estrecha con cortinas de encajes por la que entraban los últimos rayos de sol; pensó en romperla hasta que miró al exterior y vio al joven que montaba guardia. El hombre tenía zapatos: una clara ventaja. Por no mencionar la juventud y el conocimiento del terreno. Pero no había visto a nadie con grilletes, y lo habían tratado sorprendentemente bien, así que había comenzado a pensar

que no lo maltratarían. Lo mejor sería acomodarse y descansar, pensó, mientras llegaba su oportunidad. En su estado de inquietud no podía dormir, así que inclinó la cabeza a un lado y leyó los títulos en las estanterías hasta que encontró uno de interés: *La guía del granjero para la fabricación de quesos*. Estaba a mitad del capítulo que trataba de las diversas variedades de queso fresco —no es que pudiese concentrarse— cuando se abrió la puerta. Uno de los hombres del grupo original entró con el arma de Michael en la mano, seguido por Linda, que llevaba una bandeja de comida. Michael vio el vapor que se levantaba, y el olor a comida llenó el aire; sin poder evitarlo, se le hizo la boca agua. En el plato había maíz, pollo cortado en trozos pequeños y algo que una vez había sido verde: quizá espinacas. Una cuchara de plástico, opaca por el uso, descansaba junto al plato.

Linda dejó la bandeja y retrocedió hasta la puerta.

—Pensamos que quizá tendrías hambre —dijo el hombre. Tenía un ligero acento sureño—. Adelante, come algo.

Michael no hizo caso de la bandeja y se levantó.

—¿Quién eres tú? —preguntó—. ¿Por qué estoy aquí?

El hombre sonrió y le señaló la comida.

—A mi esposa no le gusta ver desperdiciados sus esfuerzos, así que más te vale comerte lo que preparó para ti. —Retrocedió y salió por la puerta abierta 103

de la biblioteca. Antes de cerrarla, dijo—: Te haremos la misma pregunta dentro de un rato.

Tom colgó el farol de un gancho encima de la puerta y se limpió el barro de las botas. Mientras se desataba los cordones oyó las voces de Janie y Caroline. Dejó las botas en el felpudo y entró en el salón principal en calcetines. Las dos mujeres dejaron de hablar y se volvieron en su dirección cuando lo oyeron, y él advirtió que Caroline había estado llorando.

La mayoría de las noches, cuando él, Michael y los demás hombres volvían después de encerrar a los animales, se encontraban a las señoras entretenidas en tomar el té —gracias a Dios por el invernadero— mientras trabajaban tranquilamente en las vitales tareas de su nuevo mundo. Siempre había un roto que coser o un guante que reemplazar, un nuevo estropajo que hacer, un felpudo que tejer. A menudo Tom se maravillaba de que su esposa, una mujer de una gran formación académica y logros, pareciese encontrar satisfacción —la mayoría de los días— en esas sencillas tareas. Ella, que había tocado centenares de cerebros abiertos de seres humanos,

ahora utilizaba sus hábiles dedos para tejer, zurcir y coser artículos de primera necesidad por los que antes no había que preocuparse. Nunca se quejaba de lo que los otros podrían considerar un descenso en su posición. A menudo los hombres jugaban a las cartas; si uno estaba cansado o de mal humor, otro lo reemplazaba. Tom miró en derredor pero no vio a su hija.

—¿Dónde está Kristina?

—En el laboratorio —respondió Janie—. Tiene un par de proyectos que controlar.

Era su excusa para escapar de la angustia de la espera. Él sabía que su hija nunca se había sentido bien con la inquietud emocional; la confundía y alteraba. La preocupación por el retraso de Michael flotaba pesadamente en el aire, y era visible en los rostros de todas las mujeres. La conversación de la noche no sería agradable. Después de una breve visita al laboratorio para hablar con su hija, Tom volvió a la sala y se sentó junto a Caroline. Apoyó una mano suavemente en su antebrazo.

—Quizá sea un poco pronto para esto.

—Es fácil para ti decirlo —replicó ella y se sorbió los mocos.

—Lo sé. No pretendo restar importancia a lo que sientes. Pero no te vuelvas loca, al menos no todavía.

—Dios —dijo ella, y se abrazó el pecho—. Si solo tuviésemos una radio o algo...

—Sí, sería mucho más fácil, lo sé.

Durante unos minutos permanecieron sentados en silencio, cada uno con sus pensamientos íntimos sobre cómo enfrentarse con el cambio en su vida si llegaban a eso. Caroline finalmente se fue a la cama, y poco después el cuarto comenzó a vaciarse. Janie y Tom se encontraron a solas. Janie miró hacia la puerta cerrada del dormitorio de Caroline antes de decir:

—¿Ahora qué?

—No lo sé. Empiezo a pensar que quizá no tendríamos que haber enviado a Michael allí.

—Fue por una buena razón. Necesitamos saber cosas sobre esa bacteria. No hay otra manera de averiguarlo.

Permanecieron en silencio unos instantes, y luego Tom dijo:

—Incluso si fue un poco más allá de lo previsto, aunque no se me ocurre qué razón ha podido tener para hacerlo, aún podría estar en

condiciones de marcharse de dondequiera que esté con la luz del día y llegar de vuelta aquí

para mediodía. Por muy lejos que esté el punto de recogida, podría hacerlo, incluso caminando.

Janie pensó en eso durante un momento.

—Si tenemos que salir a buscarlo, debo ser yo quien vaya. La reacción del marido fue inmediata y tajante:

—De ninguna manera. Iré yo, o cualquiera de los otros hombres.

—Si te pasa algo a ti y no vuelves, ¿qué vamos a hacer, con dos hombres menos? Si Michael está herido, yo soy quien mejor puede cuidar de él.

—Tú no irás. Ni lo pienses. No tienes traje; ¿qué me dices de los puntos calientes? Recuerda que por eso fue. Por los puntos calientes.

—¡Nadie más tiene traje! Él debe de haber entrado y salido lo más rápido posible. Lo que pueda haberle pasado es más probable que le haya ocurrido en el camino. —Como si quisiese hacerlo cambiar de opinión, añadió—: Llevaré

puesta la mascarilla.

Tom no dijo nada, sino que permaneció sentado a la mesa con una expresión sombría y triste en el rostro. Después se levantó y habló con calma, ocultando la agitación que, como Janie sabía, habría afectado a la voz de un hombre de menos valor. De nuevo era el abogado, que defendía su punto de vista desde una postura de autoridad.

—Con todo el debido respeto, amor mío, nos estamos adelantando más de la cuenta. Puede que esté todavía allí afuera por una buena razón. Hasta donde sabemos, bien pudo haberse encontrado con algo fantástico que cambiara nuestras vidas y lo trae de vuelta para aquí pillado del cuello. 105

9

La noche caía sobre el grupo de De Chauliac. Uno de los soldados había muerto tras ser alcanzado por una flecha en el corazón, y el otro, con el astil cortado apenas por encima de la piel del cuello, yacía terriblemente malherido en una angarilla improvisada. La ciudad de Digoin aún estaba a más de una hora de viaje. Alejandro desesperaba por encontrar un momento de charla privada con De Chauliac, pero la oportunidad parecía no querer presentarse. Tampoco había conseguido hablar con Philomène, la salvadora del hombre herido, desde la fatídica hora de la batalla.

Todos habían quedado agotados. Guillaume se sujetaba fuertemente a la espalda de Alejandro, pero estaba nervioso e inquieto y ya no era en absoluto el buen jinete que había sido antes.

El cuerpo del soldado muerto iba atravesado y cubierto sobre su propio caballo. «Lo enterraremos en Digoin», había anunciado De Chauliac, y, mientras seguían su camino, Alejandro no pudo menos que pensar que la muerte del hombre no había servido para nada. Los caballeros asaltantes no habían conseguido quitarles ni un *sou*.

Philomène cabalgó hacia el jefe de la guardia; Alejandro la veía claramente, justo detrás de De Chauliac, que de vez en cuando miraba en dirección a ella como si quisiese saber su estado. Alejandro sabía que la mujer estaba conmocionada; lo había visto en su rostro cuando la batalla llegaba a su final. En el momento de montar de nuevo en su caballo para reanudar el viaje, le temblaban las manos.

El capitán de la guardia hacía ahora que el grupo cabalgase a un ritmo agotador; habían perdido una hora de viaje en la batalla, y el camarada herido requería refugio tan pronto como se pudiese encontrar. A medida que el grupo se acercaba a Digoin, pasaron por alguna que otra granja, y más de una vez Alejandro vio al capitán mirar a De Chauliac como para pedirle permiso para 106

detener el grupo. Pero prosiguieron la marcha, y muy pronto se hizo visible una pequeña ciudad en el valle, delante de ellos. Un alto campanario sobresalía entre los árboles; Alejandro se dijo que debía de ser su destino. Pero su llegada a la pintoresca y encantadora abadía de Digoin careció de la pompa y la ceremonia de todas las otras que habían visitado en las ciudades previas de la ruta. De Chauliac en persona se ocupó del cuidado del herido, que fue transportado de inmediato al interior de la abadía por un grupo de monjes supervisados por el ojo vigilante del francés. Bajaron finalmente al muerto de su caballo y se lo llevaron, pero con menos apresuramiento. Mientras ayudaba a Guillaume a desmontar, Alejandro advirtió que el niño miraba al cadáver. Comprendió que esta era su primera visión de la muerte, y Alejandro lo dejó mirar mientras se llevaban el cuerpo al interior de la abadía.

—¿Adónde se lo llevan, *grand-père?*

—A enterrar —respondió Alejandro—. Primero lo lavarán y luego lo envolverán en la mortaja, y después lo enterrarán en el suelo. Muy pronto se encontrará con los ángeles en el cielo.

Por un momento el niño no dijo nada, y luego le planteó una pregunta difícil.

—¿Alguna vez has visto a un ángel?

—No, Guillaume, parecen mantenerse ocultos.

—Entonces, ¿cómo sabes que son reales?

Alejandro hizo una pausa.

—No lo sé —respondió en voz baja—. Yo solo creo que existen. Saber y creer pueden ser a veces dos cosas diferentes. Creo en Dios, pero nunca lo he visto, así que no puedo saber si Él es real. Pero he visto sus obras a mi alrededor, así que debo creer que existe. ¿Comprendes lo que digo?

El niño asintió, casi gravemente. Alejandro sabía que quizá no era la respuesta que quería, pero tendría que bastarle.

—Una fracción de su valor —dijo la mujer del tonelero mientras su vecina salía cargada con el gran perol de hierro—. ¡Una ganga!

Entró de nuevo en su casa y recorrió las pequeñas habitaciones vacías. El resto de sus pertenencias ya habían sido repartidas entre los judíos del gueto; la negociación había sido dura y prolongada, pero el peso de su bolsa había aumentado considerablemente. Viajaría en un carruaje desde Aviñón a París y luego a caballo con un grupo de viajeros a Calais; algo muy diferente de la mula que había cabalgado, detrás de su marido a pie, cuando había marchado en la dirección opuesta más de una década atrás. Regresaría a Eyam bien vestida y bien alimentada, y, al ver su evidente prosperidad, todo le sería perdonado. Le darían la bienvenida. Si era necesario compraría su silencio, pero dudaba que 107

llegase a serlo. Después de todo aquel tiempo, razonó, incluso a un monarca con una larga memoria como el rey Eduardo le importaría un pimiento la esposa de un cazador furtivo muerto.

Su equipaje estaba preparado en la puerta. El carruaje iría a recogerla al alba. Desplegó su última manta —tan estropeada que nadie le quiso dar un *sou* por ella— y la tendió sobre el suelo de tierra de la casa vacía. Sería su última noche de mal dormir en mucho tiempo, porque al día siguiente y todas las demás noches del viaje las pasaría en cómodas posadas a lo largo del camino; al menos eso era lo que le había asegurado el caballero de la compañía. Se tapó

con una esquina de la manta y se acomodó, con el anhelo de dormir. Solo fue una cuestión de segundos antes de sentir las molestas picaduras de

las chinches, que no podían ir a buscar calor excepto en su propia carne. Se levantó

de un salto y sacudió violentamente la vieja manta, y maldijo a voz en cuello mientras el polvo volaba a su alrededor.

«Una última noche», se dijo. Volvió a meterse entre los pliegues de la manta y se juró que nunca volvería a pasar una noche en compañía de las chinches.

No veía a Philomène por ninguna parte; tampoco a De Chauliac. Alejandro se había propuesto estar atento a sus movimientos y descubrir dónde estaba alojada, para ir a visitarla más tarde tal como habían acordado. Pero pasó la cena, y después la hora de vísperas, sin ninguna señal de los dos. Guillaume se quedó dormido en el regazo de Alejandro. Acunó al niño, que había sufrido un súbito ataque de nostalgia. Se disponía a taparlo con una manta en el jergón, cuando oyó la voz de De Chauliac a su espalda.

—Alguien desea hablar contigo —dijo el francés.

Alejandro se levantó y se volvió.

—Y este alguien —replicó, señalándose el pecho— también desea hablar contigo. —Guió a De Chauliac fuera de la pequeña habitación donde dormía Guillaume y cerró la puerta con mucho sigilo—. Hoy han ocurrido muchas cosas que no entiendo. Requiero una explicación.

De Chauliac permaneció en silencio, y finalmente dijo:

—La tendrás a su debido momento. Todo lo que te puedo decir ahora es que tal vez las cosas no sean lo que crees. De nuevo, pido tu confianza. Tienes por delante un largo y duro viaje, incluso después de tu estancia en París. Por favor, colega, no te enfades por cosas que no te conciernen y no tienen ninguna influencia en ti.

—La mujer —dijo Alejandro—. ¿Por qué viaja con nosotros?

—La llevo a París para su propia protección. Hay quienes quieren destruirla.

—Por amor de Dios, ¿por qué? ¿Ha cometido algún horrible crimen?

—Algunos dirían que lo cometió. Si ella está dispuesta, te revelará por qué

viaja con nosotros. Si no es así... Bueno, te desafío a ti o a cualquier otro hombre en esta tierra a hacerla hablar.

—¡Dímelo y ahórrame el esfuerzo! Tengo muy poco tiempo para tonterías.

—Ninguno de nosotros tiene tiempo para tonterías, amigo mío, y yo menos que todos. Pero la suya no es una historia vulgar. Ten paciencia. Todo se revelará en su momento.

De Chauliac lo llevó directamente a la habitación de Philomène, y después se marchó. Cuando entró Alejandro, ella parecía estar esperándolo. Con los cabellos sueltos, daba la impresión de que los pantalones y la amplia camisa de soldado estaban fuera de lugar. Sus botas descansaban en el suelo, todavía embarradas después del viaje.

Ella le señaló una silla y lo invitó a sentarse. Alejandro la complació, pero la agitación no lo dejó estarse quieto, así que se levantó de nuevo.

—Esta no era precisamente mi intención cuando solicité vuestra compañía esta noche.

—Ni tampoco la mía al aceptar. Pero después de hoy, comprendo que hay mucho que discutir. Por favor, sentaos. Vuestros paseos no conseguirán nada, excepto ensuciar el suelo.

Él se dejó caer de nuevo en la silla.

—Solo una mujer pensaría en tal consecuencia en momentos como estos. Una expresión de turbación apareció en el rostro de la joven, pero enseguida se suavizó.

—Tomaré tal afirmación como un cumplido, y espero que haya sido dicha con esa intención. El padre Guy me dijo que queríais hablar conmigo urgentemente, así que...

—Él me dijo que erais vos quien queríais hablar conmigo —la interrumpió

Alejandro.

—¿Le dijisteis que habíamos acordado encontrarnos esta noche?

—No, por supuesto que no. Pedisteis mi discreción, una petición a la que hice honor.

—Yo tampoco le dije nada.

Alejandro se levantó de nuevo.

—Entonces no lo sabe.

Se miraron el uno al otro durante un largo momento; poco a poco, la tensión desapareció. Se echaron a reír casi al mismo tiempo. Las sospechas se disiparon y comenzaron a hablar.

—Todos los médicos de Aviñón que aún vivían fueron llamados al palacio papal al comienzo de la Gran Mortandad —le explicó Alejandro—.

Era el año 1348, y yo acababa de llegar allí. Quería prepararlo todo para que mi familia me siguiese, así que le había comprado instrumentos de medicina a una viuda. Cuando llegué para tomar posesión, me encontré la llamada de De Chauliac en la puerta. Se suponía que era para el otro tipo.

»Al principio De Chauliac no me recordó. Yo estaba en la fila con otra docena de hombres, y él pasó por delante de todos nosotros y no me reconoció

como uno de sus alumnos en Montpellier. Por supuesto, al ser judío, siempre me mantuve todo lo posible al fondo de las aulas, para no exponerme a los ataques de los alumnos. Pero algunas veces tuve que adelantarme, porque había cosas que se enseñaban que detestaba perderme. Durante mi estancia allí fue el propio De Chauliac quien diseccionó el cadáver que el Papa permitía cada año. Después de una pausa, añadió:

—Siempre he agradecido que De Chauliac estuviese tan cerca del Papa. De lo contrario nunca habríamos tenido disecciones en Montpellier. Philomène permaneció callada por un momento.

—Yo también —dijo al cabo—. Hay una parte de mí que está de acuerdo con tales restricciones contra la disección de un cuerpo. Es, después de todo, el templo divino que Dios ha dado a nuestras almas para que vivan mientras estamos aquí en la tierra, y no debemos profanarlo a la ligera. Él avanzó con cuidado en aquellas arenas movedizas.

—Por favor, perdonadme, no deseo ofenderos, pero ¿cómo vamos a cuidar del templo si no sabemos nada de su estructura?

—Algunos creen que Dios nos guiará. Yo digo que Él lo hace al concedernos la voluntad y el intelecto para descubrir la estructura del templo por nosotros mismos. De esta manera lo preservaremos para Su adoración.

—Entonces estamos de acuerdo —concluyó Alejandro—. En términos generales.

—Eso parece. —Ella sonrió, y se inclinó un poco hacia el médico—. Ahora, me gustaría escuchar lo que siguió.

Alejandro descubrió que sus recuerdos eran muy nítidos, y la actitud de ella le inspiraba tanta tranquilidad que las palabras parecieron fluir sin esfuerzo.

—Me enseñó las maneras de protegerse contra la peste, sobre todo con el aislamiento, como había hecho con el papa Clemente. Fui enviado al castillo de Windsor para proteger al rey Eduardo y a su familia. Mis

esfuerzos tuvieron éxito a pesar de algunas resistencias, y cuando acabé mi trabajo decidí

quedarme en Inglaterra.

Eso pareció sorprenderla.

—Pero vuestra familia estaba en España.

—No. La habían expulsado de nuestra ciudad y enviado a Aviñón.

—¿Por qué?

Él se echó hacia atrás y la evaluó de nuevo. Ya había una creciente camaradería entre ellos; al parecer, tenían mucho en común, más allá de la protección de De Chauliac. Tener a un compañero con quien hablar desde el fondo del corazón le parecía un sueño inalcanzable. Deseaba tanto decirle lo que había ocurrido en Cervera, que casi sentía cómo las palabras se le amontonaban en la boca.

Por mucho que Philomène pareciese digna de confianza, la historia de su crimen y posterior fuga a Aviñón tendría que esperar hasta que supiese, primero, que ella no lo traicionaría, y —algo quizá de la misma importancia —

que ella no lo rechazaría. Se decidió por lo que parecía la mejor explicación.

—Principalmente —le dijo— fue porque éramos judíos. También había otras intrigas; mi padre era prestamista, y un español u otro siempre estaba intentando privarlo de sus legítimas ganancias.

«Sobre todo, un español que resultaba ser obispo», pensó. Ella permaneció respetuosamente callada durante unos momentos.

—Sin embargo, pensasteis en permanecer en Inglaterra, a pesar de su notorio odio hacia los judíos...

—Sí —reconoció él en voz baja—. Veréis, había una mujer. —Guardó

silencio unos instantes y bajó la mirada—. Íbamos a casarnos. Creí que quizá

encontraría una manera de localizar a mi padre y llevarlo a vivir con nosotros. Pero no pudo ser.

Cuando alzó de nuevo los ojos, Philomène lo miraba con una expresión de profunda compasión. Le pareció, por un segundo, que había visto lágrimas en sus ojos.

—Gracias por vuestra sinceridad —dijo la muchacha—. Sé lo que pasó

después en Francia por el padre Guy. Vuestra historia le fascina. Os considera un hombre notable y juzga que es un privilegio conoceros.

—Esa es la opinión que tengo de él. —Alejandro se irguió un poco—. Ahora he hablado, y mi relato es triste... Tengo la gran ilusión de que el vuestro será

más alegre. Pero, antes de cualquier otra cosa, debéis hablarme del sacerdocio de De Chauliac. Parece algo por completo impropio de él, que es tan racional que hasta llega a ser molesto.

—La fe y la razón no son necesariamente fuerzas contradictorias —replicó

ella—. Vos sois un hombre de ciencia y también un hombre de fe. De Chauliac no es diferente. Lo que ocurre es que uno piensa en un sacerdote como alguien que se ha entregado a Dios enteramente.

—He conocido muy pocos sacerdotes que muestren cualquier señal de un pensamiento inteligente.

—No es ese el caso del padre Guy. Somos de la misma región de la Provenza —le informó ella—. Yo era una niña muy pequeña cuando se hizo cargo de nuestra parroquia, antes de reanudar sus estudios en Montpellier. Era muy querido entre nosotros por su entusiasmo al ocuparse de nuestras necesidades espirituales, y sin embargo todos le temíamos cuando llegaba la hora de la confesión. Las penitencias que administraba conseguían agotarte. Mi madre me dijo muchos años más tarde, después de que él se marchó a Montpellier, que nunca pareció estar satisfecho de su vida con los monjes, que su inteligencia lo impulsaba a buscar más.

Ella hizo una breve pausa.

—De esta manera —añadió—, el padre Guy ha guiado mi camino. Ahora me protege, creo, porque se siente responsable por lo que hice. Él esperó la confesión y al ver que no llegaba, preguntó:

—¿Qué hicisteis, querida dama, que lo llevó a cuidar de vos?

—Me disfracé de varón y me apunté en Montpellier para estudiar medicina.

—Pero les está prohibido a las mujeres la práctica de la medicina. Ahora bien, no estoy de acuerdo con ese edicto...

Pero, antes de que Alejandro pudiese acabar, ella lo interrumpió con una carcajada, aunque estaba cargada de amargura.

—He escuchado esas palabras un millar de veces. Son como moscas para mí; las aparto de un manotón. —Entonces su expresión se volvió sobria—. Mi madre y mi padre se sintieron horrorizados. Rehusaron aceptarme; muchas veces me sentí como si no tuviese familia alguna. No éramos ricos pero teníamos un buen pasar; mi padre era orfebre y se ganaba bien la vida. Tenía entre sus clientes a algunas de las mejores familias de toda Provenza. Por supuesto, tenían esperanzas de que hiciese un buen matrimonio. «Eres virtuosa e inteligente, bella y cortés —decía mi padre—, y procedes de una familia de medios decentes, pero no han llegado propuestas de matrimonio.» Era en lo único que pensaba, verme bien casada. No le importaba en absoluto mi gran logro.

—Pero se preocupaba por vos.

—A su manera.

—Hablo por experiencia; no es tarea fácil ser padre de una hija independiente. Deberíais perdonarlo por desear lo mejor para vos.

—Sí —dijo ella suavemente—. Era un hombre bueno y decente, y lo echo mucho de menos.

—¿Falleció?

—Hará unos cinco años hubo una terrible tormenta. Un árbol fue arrancado de raíz y cayó sobre el techo de nuestra casa. Yo no estaba allí en aquel momento; atendía a una mujer de parto en nuestra ciudad. Las brasas del hogar se desparramaron por todas partes; la paja del techo se encendió, y él y mi madre murieron carbonizados. Cada día lamento no haber hecho las paces del todo con ellos.

Alejandro tendió la mano y le tocó el brazo como una muestra de consuelo.

—Podríais haber perecido vos también de haber estado allí.

—Lo sé —repuso ella, llorosa—. Por eso le doy gracias a Dios. Pero fue tan imprevisto... De haber estado allí, las cosas podrían haber sido diferentes.

—Debéis confiarle este pesar a Dios. No podéis llevar semejante carga sobre vuestra alma. Sin duda... quiero decir, el padre Guy os lo habrá dicho.

—Lo ha hecho, e intento recordarlo. Pero algunas veces, en mitad de la noche, en la duermevela, aún oigo los gritos de mi madre mientras la rodea el fuego.

—Como yo, a las mismas horas, escucho los gritos de aquellos cuya muerte a manos de la peste no pude evitar.

Se miraron el uno al otro, dos almas gemelas, cada una con su propia experiencia de la oscuridad, cada una con un largo camino delante antes de ver brillar el sol.

En Nevers se reunieron de nuevo a solas.

—La mayoría de mi práctica fue con mujeres —le explicó ella—. Tuve unos pocos pacientes hombres, pero muchos no confiaban en mí; ni siquiera lo hacían los maridos a cuyas mujeres trataba. Por supuesto, yo lo comprendía hasta cierto punto, dado que es habitual que a un hombre le resulte difícil que lo toque otra mujer, cuando sabe que su esposa está enterada. Pero todo fue bien, al menos durante un tiempo; era un pueblo pequeño y mi padre hacía la mayoría de sus negocios en otra parte, así que yo podía continuar sin trabas. Pero un día, hace ahora seis meses, todo se acabó.

—¿Cómo?

—Un noble de Italia pasaba camino del Languedoc. A menudo teníamos viajeros de paso; pero, como en nuestro pueblo no había abadía ni taberna, pocas veces alguien se detenía. La esposa de este hombre estaba embarazada, quizá de poco más de seis meses. Sus dolores habían comenzado pronto, y sangraba. Una de las mujeres les habló de mí, y trajeron a la dama a mi humilde casa. Para mí estaba claro que había llegado su momento, por muy inmaduro que pudiese estar el niño que llevaba. Se lo dije al marido así, y también que el bebé probablemente no viviría.

—Sabio consejo —manifestó Alejandro—. A los seis meses, es demasiado temprano...

—A él no le pareció un consejo sabio. Me rogó que sacase al niño de su vientre. Era mucho mayor que ella y no tenía hijos que lo sucediesen. Le dije que no podía hacer tal cosa, que yo no era cirujana. Pero él no quiso aceptarlo.

—No lo entiendo. El médico tiene derecho a negarse a tratar a un paciente.

—Había una chiquilla conmigo cuando ellos llegaron súbitamente; yo le estaba enseñando a recoger ciertas hierbas que necesitaba. El hombre la

sujetó y le puso un puñal en la garganta. Me dijo que, si no utilizaba mi propio cuchillo en el vientre de su esposa, la mataría.

—Una bestia —afirmó Alejandro en voz baja.

—No os podéis imaginar lo que yo deseaba hacerle. En cualquier caso, le di a la mujer todo el láudano que podía soportar y le abrí el vientre. No tenía elección. Pero carecía de experiencia en la intervención; corté demasiado profundamente, y la mujer murió. Había más sangre de la que nunca había visto en cualquier herida. El bebé era un varón y respiró, aunque era terriblemente pequeño. Al noble no pareció importarle mucho la muerte de su pobre esposa, pero estaba entusiasmado con su hijo. Luego el niño comenzó a jadear y su piel se volvió azul; se me partió el corazón al oír sus inútiles jadeos, pero no había nada que pudiese hacer por él. Antes de cumplir una hora, su vida se había acabado. Todo fue horrible, hasta que el noble lanzó al bebé

muerto al suelo. No tenía el menor respeto por el alma de su propio hijo y no lo había bautizado. Así que lo hice yo, con la esperanza de que Dios lo acogiese.

»Al cabo de un rato llegaron los hombres del grupo viajero para llevarse los cuerpos. Al día siguiente fueron a buscarme otros hombres y me condujeron a Aviñón, donde me acusaron del delito de practicar la medicina siendo mujer. Por supuesto, De Chauliac fue avisado de este notable acontecimiento y acudió

a ver al criminal; me dijo más tarde que lo hizo tanto por curiosidad como por deber oficial, porque consideraba la prohibición algo arcaico. Cuando descubrió

que era yo, arregló que me pusiesen inmediatamente bajo su custodia, «para interrogarla», les dijo a todos. Aseguró a los cardenales que protestaron que él se ocuparía de mi cautiverio, pero me tuvo entre las monjas hasta el momento de partir.

Guardaron silencio por unos minutos, durante los cuales ella pareció reflexionar sobre esos dolorosos acontecimientos.

Finalmente dijo:

—Ahora debéis hablar vos de nuevo.

—Llevaba un diario de mis viajes, al menos hasta que me instalé en Inglaterra —dijo Alejandro, feliz por tener la oportunidad de poner fin al momento triste—. Fue un regalo de mi padre, algo así como una

reconciliación por el asunto de Montpellier. Me encontré con la misma resistencia que vos 114

cuando decidí ir allí. «¡Médico! —gritó cuando se lo dije—. ¿Qué hay de nuestros negocios? ¿Quién me seguirá?» Al final, aquello no importó, porque su negocio se acabó cuando lo expulsaron. Mantuve aquel diario fielmente durante muchos años.

—¿Qué se hizo de él?

—Lo perdí, en Inglaterra. Nos marchamos con mucha urgencia, y yo todavía estaba débil por la peste...

—Una pena haberlo perdido —dijo ella—. ¿Qué clase de cosas escribíais?

—Notas de mis observaciones, por supuesto, y dibujos de cosas que me habían intrigado: órganos, huesos y otras características del cuerpo humano. Escribí la ruta de mis viajes, describí algunas de las personas que conocí... No pretendo que los escritos pudiesen ser de alguna importancia para algún otro excepto para mí mismo. Pero hay tantos momentos de mi vida escritos allí, mis viajes, mis éxitos...

—¿Vuestro amor?

—Así es —repuso en voz baja. Estaba a punto de decir que desesperaba por volver a encontrar un amor igual, cuando se le ocurrió que quizá eso ya no era verdad.

Después de otros tres días de duro viaje, castigado por la lluvia y el viento helado, el grupo llegó por fin a París a última hora de la tarde. Guillaume miró

atentamente las maravillosas vistas de la gran ciudad mientras avanzaban a lo largo de las riberas del Sena. El río estaba lleno de embarcaciones de toda clase; el chico no podía apartar la mirada de ellas.

Cuando llegaron a la catedral, Alejandro detuvo el caballo, a pesar de que los demás continuaron.

—*Grand-père*, los perderemos...

—Conozco la ruta muy bien desde aquí. Quiero que contemples esto durante un momento, y escuches.

Se sentaron a la sombra de Notre-Dame y dejaron que la maravillosa música de las vísperas les llenase los oídos, el mismo canto cautivador que Alejandro había guardado en la memoria desde que lo había escuchado por primera vez. Las gotas de lluvia chorreaban del sombrero de Alejandro y de la punta de la nariz de Guillaume. Sin embargo, el chico permanecía

inmóvil y asombrado por lo que tenía delante. Al cabo de un rato, Alejandro tocó con los talones el flanco de su caballo y lo hizo girar, porque ahora sentía frío y sabía que el niño también.

Alcanzaron a los demás cuando giraban por la calle donde estaba la casa de De Chauliac. El edificio era tal como Alejandro lo recordaba, una sólida construcción de ladrillos con un intrincado techo de varias aguas y un grueso 115

muro que rodeaba el patio. Mientras cabalgaban por los conocidos adoquines, Alejandro tuvo la extraña pero reconfortante sensación de volver al hogar. Conocía muy bien la casa, estaba familiarizado con sus secretos y sabía encontrar aquellos lugares donde se podía hablar sin ser oído. Miró hacia el tejado y vio la buhardilla en la que había estado su habitación ocho años atrás, que recordaba con toda claridad.

Entraron en el vestíbulo, donde reinaba una gran actividad; los sirvientes se arremolinaban alrededor del grupo para ayudarlo con sus pertenencias y llevarse las capas empapadas. La servidumbre era del todo distinta de la de su época anterior, salvo uno, el mismo hombre mayor que había sido su guardián. Alejandro no le dijo nada cuando entró en el vestíbulo, pero vio el leve guiño de reconocimiento que le dirigió el viejo.

Mientras subían por la estrecha escalera, Alejandro comenzó a renovar su amistad con el hombre mayor.

—Te felicito por una vida notablemente larga y vigorosa. El viejo se volvió con una sonrisa.

—Esperaba vuestro regreso, señor, y he seguido cuidadosamente todas las reglas que vos me disteis para una vida correcta. Algún día moriré feliz.

—Espero que no sea por mi regreso. —En el rellano le señaló al niño—. Permíteme que te presente a mi nieto, Guillaume.

El sirviente se inclinó ante Guillaume y dijo, con mucha formalidad:

—Bienvenido, señorito, a *la Maison De Chauliac*. Guillaume no parecía saber qué hacer, así que le dio las gracias al sirviente y después se inclinó, en una imitación lo más cercana posible. Esto provocó la risa del viejo.

—Creo que tú y yo nos llevaremos muy bien. Ahora, entra en tu habitación y ponte cómodo.

Abrió la puerta del mismo pequeño cuarto que Alejandro había ocupado durante su mes de cautiverio en París ocho años antes. La cama estaba en la misma posición a un lado de la ventana, pero habían movido el lavamanos y la silla para acomodar un jergón en el suelo.

El sirviente colocó las bolsas en un rincón.

—Si necesitáis alguna cosa, señor, solo tenéis que tocar la campanilla. Alejandro le dio las gracias, y el hombre se marchó.

Se volvió para ver a Guillaume, que miraba a través de la ventana el bullicio de la calle de París.

—Cuánta gente, *grand-père*.

—Sí, Guillaume.

Se arrodilló junto al niño para unirse a su contemplación. Pasaron jinetes, y estudiantes que iban a toda prisa camino de la universidad, con las túnicas hinchadas detrás de ellos. Algunos de los guardias de la comitiva descansaban 116

ahora en el patio de la casa. Era un día en la vida de París, ni más ni menos. Pero era fascinante.

Mientras miraba a través del ondulado cristal, Alejandro dejó que su mente volviese al día, ocho años antes, cuando Kate y Guillaume Karle le habían lanzado desde la calle un mensaje atado a una piedra. Era el comienzo de su conspiración para liberarlo, y también fue la primera vez que él advirtió el afecto que se profesaban.

«No tendría que haberme sorprendido», se dijo. Eran almas gemelas, ambos animosos y decididos, bellos y bien formados. Pensó en el alma gemela que había encontrado en ese viaje y se maravilló por cómo tales cosas a menudo parecían ocurrir por puro azar.

«No, no tendría que haberme sorprendido. Tampoco debo hacerlo ahora.»

Sintió que le tiraban de la manga y miró a Guillaume.

—*Grand-père*, ¿estás bien?

La visión de Kate y su enamorado desaparecieron.

—Sí, Guillaume.

La voz del niño estaba cargada de preocupación.

—¿Estás seguro?

—Sí, mi niño, pero ¿por qué lo preguntas?

—Es que, bueno, estás llorando.

117

10

Tres hombres entraron en la biblioteca; a dos los había visto antes. Instintivamente, Michael se levantó y se enfrentó a ellos. El sureño —de mediana edad, camisa de franela a cuadros con coderas de piel, el pelo bien

cortado con un toque de gris en las sienes— parecía ser el jefe. A su lado estaba el joven que había visto al otro lado de la ventana. Era alto y musculoso, con las mejillas rosadas y el cabello tan corto que la cabeza parecía afeitada; el clásico chico norteamericano criado en una granja. El tercero se mantenía un poco apartado, con los pies ligeramente separados y las manos cruzadas. Michael comprendió al ver el arma en su cadera que era el centinela. Volvió a escuchar el rechinar de las bisagras, y entró Lany Dunbar. Michael vio el rápido intercambio de sonrisas entre ella y el joven.

«Demasiado joven para ella —pensó—, pero estos son tiempos desesperados.»

—Siéntate —dijo el sureño.

Michael no estaba dispuesto a ponerse por debajo del nivel de ellos.

—Solo si me acompañáis —replicó.

—Muy bien, si eso es lo que quieres.

Todos menos el centinela se buscaron una silla.

—Aquí hace falta un poco de luz —comentó el sureño—. El día se acaba. —

Acercó la mano a una lámpara; Michael, automáticamente, se preguntó dónde estaba el interruptor. Entonces escuchó un clic y la lámpara se encendió.

—Maldita sea —exclamó. Miró la lámpara, asombrado.

—Es el generador —le explicó el sureño—. Tenemos electricidad. Pero las bombillas serán un problema cualquier día de estos —añadió con una risita. Michael tuvo ganas de decir: «Tenemos un armario lleno de bombillas que ahora mismo no usamos», pero se lo calló.

—Muy bien, ahora que hemos terminado con estas tonterías protocolarias, permíteme que me presente. Mi nombre es Steven Roy, pero todos me llaman Steve.

Le tendió la mano a Michael, que la miró con suspicacia.

—No tengo la peste —añadió Steve en tono risueño.

A regañadientes, Michael estrechó la mano que le tendía.

—Ya conoces a Lany Dunbar. Ese mocetón que está a su lado es Evan.

—Mi hijo —puntualizó Lany.

Michael se sintió inmediatamente avergonzado por su pensamiento anterior. Saludó en voz baja:

—Hola.

—El que está ahí atrás es George. —Steve señaló por encima del hombro al tipo con el arma.

A pesar de la creciente sensación de que estaba atrapado en un sueño irreal, Michael saludó cortésmente al hombre con el arma, que le devolvió el gesto con la misma cortesía.

—Ahora, si tuvieses la bondad de decirnos quién eres y de dónde vienes, te estaríamos muy agradecidos.

Michael miró de nuevo a George y clavó los ojos en el arma. Steve sonrió.

—De momento eso es solo una formalidad. No hagas el menor caso. Nadie va a dispararte a menos que causes un montón de problemas. Sé que Lany se siente mal por haber sido tan dura contigo esta tarde, pero ya hemos tenido un par de desafortunadas experiencias con extraños, y preferimos ser cautelosos hasta que llegamos a conocer un poco mejor a nuestra compañía. —Volvió a sonreír—. Pareces un tipo bastante agradable, y tienes un poco de acento extranjero. Conozco el sentimiento —añadió, exagerando su acento mientras hablaba—. Bueno, como decíamos antes, ¿quién eres y de dónde vienes? Te hablaremos de nosotros, pero queremos saber de ti antes, dado que tú eres el visitante.

Michael se había preparado mentalmente para esta nueva versión de nombre, rango y número de serie, pero de alguna manera eso no parecía apropiado. Lo habían desarmado con su cortesía.

—Michael —dijo—. Mi apellido es Rosow. Nací en Inglaterra. Vine aquí

justo... bueno, antes.

—¿De la primera o la segunda irrupción?

—La segunda.

—Así que estabas en Inglaterra la primera vez.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo llegaste aquí?

—Es una larga historia. Digamos que atendía asuntos para la Corona.

—¿Dónde vives exactamente ahora?

Paseó la mirada de Steve a Lany y Evan, y después de nuevo a Steve.

—Mira, nosotros somos los buenos —declaró Steve—. Ahí fuera hay mucha gente de la que tienes que preocuparte mucho más que de nosotros. Michael no sabía qué hacer; su tribu estaba sola al otro lado de la montaña

y, por lo tanto, era vulnerable, pero ahí había unos aliados potenciales a solo unas horas de distancia, algo que no había que subestimar.

—Al otro lado del pico —respondió al fin.

Unas miradas de confirmación pasaron entre la gente de Orange. Hubo docenas más de preguntas. Michael respondió con cautela, en un intento por no dar demasiada información, solo por si acaso. Sí, tenemos un generador, pero utilizamos el viento para producir la mayor parte de nuestra energía porque allá arriba hay mucho viento, y tenemos dos vacas, pero no tenemos toros; vosotros tenéis un toro, eso es fantástico... No, no plantamos trigo, estamos demasiado alto, pero tenemos arroz salvaje, cebada, avena y montones de arándanos. Mi esposa hace mermelada; vosotros tenéis fresas. A los chicos les encantará saberlo... Dos, un niño y una niña, de siete y ocho años, y una muchacha que tiene más o menos la edad de este joven, y entre los adultos todos somos de diferentes edades, pero la mayoría de mediana edad... Un laboratorio con un equipo bastante avanzado...

Un ordenador que todavía funciona...

Libros de texto...

—¿Qué hay de las armas?

Michael no se había dado cuenta de que se había inclinado hacia adelante en su entusiasmo. Al escuchar la mención de las armas, se echó de nuevo hacia atrás con las manos en las rodillas.

—La mayoría flechas. Todos tienen un buen cuchillo, incluso los niños, aunque solo dejamos que los lleven cuando salen de nuestra área inmediata, cosa que no ha sucedido desde hace tiempo.

Steve Roy asintió.

—Tú tienes un arma.

—Tenía. —Miró en dirección a Lany—. La dama me la quitó cuando nos conocimos.

Esperó que alguien dijese «Te la devolveremos», pero nadie lo hizo.

—Llevabas un traje —intervino Lany—. Me interesaría saber dónde lo encontraste.

—Pues no lo encontré —respondió él.

—¿Lo robaste?

—No. Me lo dieron.

—¿Eras un biocop?

—Aquí y al otro lado del charco. —La miró directamente a los ojos y dijo—: Creo que alguien aquí también lo fue.

Se hizo un silencio muy elocuente, hasta que Steve reanudó el interrogatorio.

—¿Qué hay de los otros adultos? ¿Qué hacen?

—Uno es contable, otro bibliotecario, algunas otras cosas inútiles. Pero mi esposa era investigadora biológica, y tenemos también una farmacéutica. Nuestra joven dama es un genio en el laboratorio. Por supuesto, tenemos al abogado de rigor. —Luego, casi con desgana, añadió—: Y un médico. Todos se irguieron en las sillas.

—¿Tenéis un médico? ¿Vivo?

Michael se maldijo por el error; demasiada confianza, demasiado pronto.

—Cuando me marché lo estaba.

Lany se levantó; Evan la siguió rápidamente, y después Steve.

—Volveremos en un momento —le dijo a George—. Ya sabes lo que debes hacer.

Cuando dejaron la habitación, George fue a colocarse delante de la puerta. Le dirigió una pequeña sonrisa a Michael, que le devolvió el gesto. Después de eso se miraron largamente, hasta que Michael volvió a coger el libro del queso. Fieles a su promesa, los demás volvieron al cabo de poco rato. Esta vez Evan no estaba con ellos.

—¿Puedes llevarnos hasta tu campamento?

Parecía una pregunta ridícula.

—Claro, por supuesto. —Michael hizo una pausa, y después añadió—: Pero

¿por qué iba a hacerlo?

Steve no hizo caso de la pregunta.

—¿A qué distancia está de donde te encontró Lany?

Él los miró a ambos durante un momento.

—No esperarás de verdad que...

—Por favor —lo interrumpió Lany, con gran urgencia—. Es importante. No vamos a hacerte daño a ti ni a nadie de tu grupo.

Él decidió confiar; esperaba que no tuviese malas consecuencias para él ni para aquellos a los que amaba.

—Más o menos a una hora de aquí a caballo, todo cuesta abajo. Steve y Lany se miraron el uno al otro y asintieron.

—Una de nuestras niñas está muy enferma —dijo Lany.

Michael se puso rígido.

—No es el DR SAM. Es algo crónico. Creemos que puede tener diabetes. Te llevaremos de regreso a tu casa mañana si tu médico la puede ayudar.

—No estoy seguro de que pueda ayudarla.

—Si solo pudiese intentarlo...

—¿Qué hay del traje y el arma?

Ellos no respondieron de inmediato. Finalmente, Steve dijo:

—Te los devolveremos, pero solo después de llegar a tu asentamiento.

—De acuerdo —aceptó Michael.

Se levantó y tendió la mano. Steve se la estrechó.

Lo dejaron a solas para que considerara las ramificaciones de su primer acto de diplomacia intercomunal.

—Vosotros no creéis que soy un monstruo, ¿verdad?

Bruce abrió la jaula. Sus dedos —también quemados como su rostro— no tenían la destreza de antes. Dejó caer un trozo de carne cruda en una nidada de hambrientos pichones cuyos codiciosos picos se movían arriba y abajo en una frenética danza del hambre. Sus arrugados rostros marrones resultaban todavía más grotescos con las lenguas fuera y los orificios nasales dilatados por la excitación.

—No, no podéis decir nada —añadió con voz de arrullo—. Sois las cosas más feas de la tierra. No como vuestros camaradas vecinos. Ellos tienen sus fotos por todas partes. Son tan bonitos, que les ponemos anillos en las patas y los dejamos salir. Sí, seréis realmente espantosos cuando crezcáis. Los pichones chillaron a todo pulmón y se arrojaron sobre la comida como una peluda mancha blanca.

—Si es que crecéis —dijo Bruce.

Dejarían que algunos de los zopilotes llegasen a adultos, para que pudiesen criar más pichones. Los alimentarían hasta que alcanzasen cierto punto de madurez, cuando podrían analizar sus excrementos.

Estaba muy lejos de lo que hacía en Londres, donde estudiaba a los humanos —sus cuerpos, no sus excrementos— como investigador en una prestigiosa institución científica. No sabía si algo así continuaba existiendo. Allí, en el campus abandonado del Worcester Technical Institute, su grupo en constante aumento tenía todo lo necesario para crecer y multiplicarse.

Una vez que se hubieron organizado, Fredo había dirigido una exploración fuera de los muros del campus y por la campiña vecina para recoger más gente, con la esperanza de que los que acudiesen a sumarse a la comunidad fuesen amistosos. A los pocos que no lo eran los habían expulsado de inmediato, sin ninguna posibilidad de apelar; no había derechos legales de reclamación en el nuevo mundo. Una vez, uno de los expulsados había vuelto acompañado de una banda con la intención de apoderarse de su pequeño reino; todos ellos habían acabado enterrados en uno de los campos de deportes, fuera del recinto de la universidad.

122

«No soy un guerrero», se dijo. Pero había dirigido con éxito la resistencia y al hacerlo se había establecido más firmemente como líder del grupo, lo quisiese o no.

Basándose en sus propios pensamientos durante el año de convalecencia, cuando todo lo que podía hacer era pensar, les había hecho comprender que el mundo —o al menos una pequeña parte de este— se podía reconstruir. Pero primero tenían que convertirlo en un lugar seguro para la ocupación humana, y eso significaba encontrar la manera de mantener a raya a los monstruos bacterianos. Confiaba en que los pichones que ahora se disputaban la comida se convirtieran en una parte integral del proceso. Su estómago adulto estaría forrado con enzimas que digerían y al mismo tiempo destruían las bacterias y los virus; los zopilotes comían carroña, el alimento perfecto que la naturaleza reservaba para tales criaturas. En su gran sabiduría, la naturaleza les había dado los medios para sobrevivir a cada virulenta comida. Miró el lote de huevos marcados en una incubadora cercana; eran el resultado de aparear dos aves con extraordinarios niveles de dichas sustancias. Estaba muy cerca de la meta de crear una superraza de aves antimicrobianas. Muy pronto sabrían si el líquido dorado que forraba sus estómagos se convertiría en el arma definitiva en la guerra contra la enfermedad, en la lucha contra los restos de la Coalición, allí donde fuera y cuando fuera que se mostrasen de nuevo, cosa que él estaba convencido que harían. Mientras tanto, era un consuelo saber que había criaturas en esta tierra más feas que él.

El cuchillo, el arco, las flechas, la mascarilla, el mejor par de botas que le quedaba; todo estaba dispuesto en el mostrador de la cocina.

—Esto es una locura —les dijo a los objetos, con la ilusión de que todos se levantarían para meterle un poco de juicio en la sesera.

«No —se dijo a sí misma al cabo de un momento—, esto está bien.»

Todos habían hecho el esfuerzo de continuar con las tareas del día como si no le hubiese ocurrido nada a Michael, pero un trasfondo de ansiedad marcaba todos los actos, palabras y pensamientos que tenían lugar en el recinto. Aún no era mediodía, pero el sol continuaba su ascenso para anunciar la hora de la marcha. Mientras Janie guardaba los objetos en una mochila, Tom apareció por detrás y la rodeó con los brazos.

—No vayas —le suplicó, con la cabeza apoyada contra la suya. Janie se volvió y lo abrazó con fuerza.

—No quiero ir —susurró—. Sé lo malo que puede ser ahí fuera. Pero si Michael está herido... Terry no sabría qué hacer, y Ed tampoco. 123

Ella lo apretó contra su cuerpo, y luego lo besó profundamente. Cuando se apartó, tenía lágrimas en los ojos.

—Vayamos a hablar con Alex.

Tom la sujetó por la muñeca.

—Quizá este sería un buen momento para decírselo. Me refiero a él mismo. Tendría que ser algo que hiciéramos juntos.

«Quizá», pensó Janie. Pero había muy poco tiempo, y ella todavía no estaba adecuadamente preparada, a pesar de todos los años en los que había pensado en cómo hablarle a su hijo de su carácter único, o, más acertadamente, de que no lo era.

—Ahora no. No hay tiempo para hacerlo bien. Si me ocurre algo ahí fuera, Kristina te ayudará... a hablar con él. Pero no necesitarás hacerlo, porque todo saldrá bien.

—De acuerdo —aceptó él de mala gana, abrazándola de nuevo. En ese instante Alex entró en la cocina como una tromba.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó—. ¡Michael ha vuelto!

Janie se apartó de los brazos de Tom, sorprendida.

—¡Viene gente con él! —Alex se volvió y salió de nuevo corriendo antes de que pudiesen atraparlo.

Janie salió al exterior y permaneció junto a la puerta. Vio a Michael bajarse de Galeno, vestido con unas prendas que no había visto antes. Terry y Elaine salieron al cabo de un momento y se quedaron junto a ella, con los brazos rodeando la cintura del otro como si quisieran protegerse de los recién llegados. Janie se volvió hacia Elaine y le dijo en voz baja:

—Dios mío, parecen amistosos.

Elaine asintió, y Janie volvió a mirar hacia la entrada. Todo estaba ocurriendo muy rápido, «demasiado rápido», pensó. Impresionada por el apasionamiento con que Caroline y Sarah se abrazaban al explorador, Janie desvió la mirada para no entremeterse en su intimidad, y miró a los recién llegados con más atención. Observó al pequeño grupo a caballo, que esperaba pacientemente a que acabase el reencuentro.

«Gente. Dios mío.»

Su mirada se centró en ellos. Eran tres hombres y dos mujeres y —para su gran sorpresa— una niña muy pequeña envuelta en una piel de oveja. Parecía muy minúscula en el enorme caballo, y la mujer que iba en la montura detrás de ella tampoco parecía mucho más grande.

Vio que Michael soltaba al fin a Caroline y Sarah y miró con curiosidad mientras él cogía a la niña de los brazos de la mujer. En aquel momento, todos desmontaron. Michael se dirigió hacia ella con la niña bien sujeta junto a su 124

pecho. Los demás lo siguieron al tiempo que escrutaban rápidamente las características del recinto mientras se aproximaban. Janie se adelantó y, cuando llegó junto a Michael, él le mostró a la pequeña.

—Te traigo a una nueva paciente.

Janie apartó la piel de oveja y miró el rostro de la niña por un segundo mientras Michael la sujetaba.

—Creen que tiene diabetes —explicó Michael.

—Maldita sea —dijo Janie por lo bajo—. Ponla en mi cama. Ahora mismo voy.

Corrió al laboratorio, con el consiguiente susto para Kristina, y comenzó a recoger su equipo.

—Ven conmigo.

—Pero estoy en mitad de un...

—Déjalo. No creerás lo que está pasando.

Michael se encargó de las rápidas presentaciones de rigor mientras dejaba su preciosa carga en la cama de Janie y Tom.

—Janie, Kristina, os presento a Lorraine Dunbar.

—Lany —lo corrigió la visitante. La mujer no perdió tiempo en la charla habitual sino que fue directamente al grano; mientras desenvolvía a la niña, recitó la lista de los síntomas—. Durante los últimos días, su estado ha ido a peor. Ha estado tan aletargada que apenas si podíamos despertarla.

La metimos en la cama ayer por la mañana; desde entonces entra y sale de la inconsciencia. Juntas, las dos mujeres desvistieron a la niña.

—¿Qué hay de los últimos meses?

—Cansada, sedienta, irritable. Una infección tras otra. Cualquier corte o rasguño se convierte en un problema.

Lany le dio la vuelta a la niña y le quitó con mucho cuidado el vendaje de una de las piernas. Janie soltó una exclamación cuando vio la herida infectada que iba desde debajo de la rodilla hasta la mitad de la pierna.

—La hemos estado tratando con jabón y agua esterilizada. Se la lavamos cinco, seis y siete veces al día, pero continúa empeorando. Hervimos los paños antes de volver a usarlos, pero no se cura.

El rostro de la niña era angelical, rodeado por una aureola de rizos rubios, milagrosamente limpios a pesar de su estado; la habían cuidado con esmero. Cuando abrió los ojos por un momento, Janie vio que eran de un color azul claro. Pero la niña estaba en los huesos y, cuando Janie le olió la piel, tenía un olor dulzón a frutas.

—Plátano —dijo—. Creo que tienes razón en cuanto a la diabetes. —Colocó

su estetoscopio sobre el pecho de la niña; la pequeña hizo una mueca al sentir el 125

contacto del metal frío en la piel desnuda—. Débil pero regular —explicó

mientras apartaba el estetoscopio—. Kristina, hay unas cuantas tiras de indicadores de azúcar en el armario metálico detrás de mi mesa. ¿Podrías traérmelos?

Mientras Kristina salía del dormitorio, Janie la llamó de nuevo y repitió despacio cada palabra:

—Indicadores de azúcar.

Lany Dunbar la miró con una expresión extraña.

—Te lo explicaré más tarde —se disculpó Janie. Corrió a la puerta y llamó a Caroline. Su amiga apareció casi en el acto—. Gusanos —le dijo Janie en voz baja.

Caroline miró la pierna de la niña e hizo una mueca, pero asintió y salió sin demora.

Cuando Janie volvió junto a la cama, Lany la miró preocupada.

—¿Gusanos?

—Se comen la carne infectada —le explicó Janie—, y sus excrementos, a falta de una palabra mejor, contienen una enzima que ayuda a la curación. Con un poco de suerte, podremos salvarle la pierna. Ahora ayúdame a lavar a la pequeña.

En su delirio, la niña se había orinado encima. Le quitaron el resto de la ropa y la lavaron rápidamente.

—Ay —exclamó Janie cuando vio la llaga que se había formado en el cóccix de la niña.

Le colocó una almohada debajo de las nalgas para mantener la llaga fuera del contacto con las ropas y la tapó con una manta mientras esperaba a que volviesen Kristina y Caroline.

—Las tiras son viejas —comentó cuando Kristina se las entregó—. Las trajimos cuando vinimos aquí, pero nunca tuvimos ocasión de usar ninguna. Esperemos que todavía sean reactivas.

Salió muy poca sangre cuando Janie pinchó con la lanceta en la punta de un dedito, pero la suficiente para manchar la tira. Solo se tardó un momento en comprobar que el diagnóstico de Lany Dunbar había sido correcto.

—Llega al máximo. Es diabetes.

Caroline regresó con una pequeña taza, una cuchara y un puñado de trapos. Janie miró el interior de la taza, asintió, y después desvió la mirada del contenido, como si le produjese asco. Lany retrocedió instintivamente y dejó

que las otras dos mujeres hiciesen su trabajo. Observó mientras ellas depositaban una cucharada de largos gusanos blancos en la herida, y se tapó la boca con la mano para contener las náuseas cuando Caroline levantó la pierna y Janie envolvió los trapos a su alrededor para mantener a las larvas en la zona afectada.

—¿Qué hacemos con la llaga? —preguntó Caroline en voz baja. Janie puso a la niña de costado y la miró.

—No lo sé —susurró—. Quizá si la mantenemos de lado... Lany se adelantó en ese momento.

—¿No le pondréis los gusanos también allí?

Janie se quitó el estetoscopio de alrededor del cuello y lo dejó sobre la cama. Luego se llevó a Lany a un aparte.

—¿Es tu pequeña?

—No. Uno de los hombres que está ahí fuera es su padre. Su madre murió. Janie no necesitó preguntar la causa.

—¿Podrías traerlo?

—Iré a buscarlo —dijo Lany con tono inquieto—. Pero antes dime: ¿qué

puedes hacer por ella? Él me lo preguntará.

Janie inspiró profundamente y soltó el aire poco a poco.

—Intentaré mantenerla lo más cómoda posible.

—¿Eso es todo?

Janie no dijo nada por un momento. Sus pensamientos fueron a un pasaje del diario de Alejandro.

Eso fue todo lo que pude hacer: mirar con el corazón apenado mientras el niño se moría. Cada día su cuerpo consumía más de su propia carne. Y por muchas hierbas o pócimas que yo le administraba, nada mostraba ser una cura.

La frustración era evidente en el escrito del médico medieval, pero Janie recordó cómo Alejandro había concluido aquel pasaje de su diario con un tono de esperanza:

Pero la madre fue bendecida y consiguió quedar preñada de nuevo muy pronto, y todos en su familia se regocijaron al saber que habría otra hija para ayudarla.

—Necesita insulina —dijo Janie. Sus palabras contenían la misma frustración pero nada de esperanza—. No tenemos.

Acomodaron a la niña en uno de los dormitorios vacíos y prepararon un catre para su padre. Toda la excitación que debería haber acompañado al descubrimiento de un grupo amistoso cercano se veía empañada por el motivo que los había reunido. Las respuestas de Janie a las preguntas del padre fueron breves y cariñosas: «Vigila y espera, mantenla caliente y limpia. Tenemos algo 127

que le aliviará los dolores, pero no creo que ahora mismo sienta gran cosa. Pasarán días, probablemente, pero podría ocurrir en cualquier momento; está

muy enferma».

El padre se sentó en el borde de la cama de su hija, dando comienzo a lo que Janie sabía que sería una triste vigilia. Le tocó el hombro una vez e intentó

revivir las pocas ocasiones en que había transmitido malas noticias de una manera íntima a personas que solo había conocido unas horas antes. Unos pocos momentos de unión afectiva, y luego ella se marchaba y dejaba a la familia que se encerrase en sí misma durante la espera. Se volvió dispuesta a marcharse y vio a Alex y a Sarah, que asomaban la cabeza por la puerta, los ojos fijos en el hombre sentado al borde de la cama, que lloraba por su hija con los hombros hundidos. Cuando sus miradas se volvieron hacia Janie, ella les indicó con un gesto que retrocediesen. Alex esperó hasta que su madre hubo salido de la habitación y que la puerta estuviese del todo cerrada para preguntar:

—¿Se pondrá bien?

—No lo sé. Tendremos que esperar y ver.

—¿No la puedes ayudar?

—Necesita un medicamento específico, y no lo tenemos. Los niños se miraron el uno al otro con expresión de preocupación, y Janie se los llevó hacia la habitación principal de la casa. Allí se encontraron con un espectáculo desacostumbrado: la larga mesa ocupada al máximo de capacidad. Caroline había improvisado rápidamente un pequeño festín —en su mayor parte consistente en pan y mermeladas— y se estaban haciendo las presentaciones. Janie hizo entrar a los asombrados niños con una gentil palmadita en el hombro y esperó mientras ellos ocupaban su sitio entre los adultos. Dio un paso adelante y se disponía a entrar cuando sintió que una mano la sujetaba por el brazo. Se volvió y se encontró con Kristina.

—He encontrado en un DVD una receta para hacer insulina —anunció la muchacha con gran entusiasmo.

Janie miró de nuevo a la sala, y después a Kristina.

—¿Debemos revelar nuestra capacidad hasta ese punto?

Los ojos de Kristina brillaron de furia.

—No puedo creer siquiera que plantees esa pregunta.

Janie se dejó arrastrar hacia el laboratorio.

—Es más un proceso que una receta —dijo Janie mientras leía el documento en la pantalla del ordenador. Se quitó las gafas de leer que correspondían a una graduación de tres años atrás, y miró a Kristina—. Además, tendríamos que desprendernos de una vaca o un cerdo para hacerlo.

—Pero podemos hacerlo.

—Tú puedes hacerlo, Kristina. Yo ni siquiera sabría por dónde empezar. Pero, aun cuando lo consiguieras, podría ser demasiado tarde.

—Quiero intentarlo.

Janie sabía que tres horas más tarde la larguirucha sabia quizá ya no recordaría ese momento. Pero, una vez comenzada la tarea, perseveraría hasta acabarla o hasta que estuviese segura del fracaso, aun cuando la emoción inicial hubiera desaparecido en algún abismo sináptico en su cerebro.

—Tendremos que hablar con los demás sobre el animal. Deberás estar preparada para oír a alguno de nosotros decir que no conocemos a estas personas lo bastante bien para poner nuestro propio bienestar en juego por uno de sus hijos. —Bajó la voz—. Incluso podría ser yo quien lo dijese. Mil veces se había abierto camino a través de obstáculos para salvar a un paciente —a un ciudadano—, a menudo con un total desprecio por el gasto que ocasionaba a la sociedad en una época en que los recursos excesivos se consideraban un derecho. Ahora los recursos estaban calificados por niveles, ordenados de acuerdo con el esfuerzo de adquisición y la posibilidad de reposición. «Casaron a su hija por tres cerdos, una cabra y un búfalo; si su tez hubiese sido mejor, quizá habrían pedido también una vaca. Pero, al final, la familia quedó satisfecha con el trato.» Estos relatos ya no parecían tan repugnantes.

Se levantó y echó una ojeada al laboratorio. Tom lo había equipado a fondo, siguiendo los consejos de su hija. Según lo que acababa de leer, tenían todo lo que necesitaban para hacer un milagro. Todo, quizá, salvo la voluntad. El rostro de Kristina se iluminó cuando Janie anunció:

—Vayamos a hablar con los demás.

Kristina dejó que la presentasen a los recién llegados que aún no había conocido, y cruzó las palabras suficientes para ser cortés y juiciosa. Después Janie miró alrededor de la mesa y dijo:

—Si a vosotros no os importa, necesitaríamos un momento para hablar de algunas cosas. —Un par de visitantes comenzaron a levantarse, pero Janie les indicó que volviesen a sentarse—. Por favor, quedaos aquí. Tomad vuestro té y el pan. No tardaremos mucho.

Llamó con un gesto a Tom, Caroline y los demás. Todos se levantaron con visible confusión y la siguieron de vuelta al laboratorio, donde, animada por Janie, Kristina explicó lo que pensaba que podía hacer.

—Un cerdo o una vaca —señaló Ed en voz baja—. No lo sé.

—Yo tampoco —reconoció Janie.

Fue Michael, estimulado por su primer éxito diplomático, quien planteó la idea de que no tenía por qué ser su propio cerdo o vaca. 129

—No hay tiempo para volver allí a buscar uno de sus animales —objetó alguien—. Tendrá que ser uno de los nuestros, con la promesa de devolverlo. No sé si podemos confiar en ellos para que cumplan con lo prometido.

—Cumplieron con su palabra respecto al traje y el arma —repuso Michael. La discusión continuó durante varios minutos, y en ciertos momentos las palabras fueron acaloradas. Al final, todos estuvieron de acuerdo en que eran personas decentes en quienes se podía confiar que respetarían la promesa.

—Una cosa más —les dijo Janie cuando se disponían a volver a la sala —. Se trata de Lany Dunbar; hay algo en ella que me resulta conocido. No puedo evitar la sensación de haberla visto antes, pero no sé dónde. Quizá había sido una paciente, o un familiar, o una compañera de estudios en un momento u otro. A pesar de la ayuda de sus compañeros, no consiguió recordarlo.

—Pregúntaselo —propuso Michael—. Es muy amable.

—Todavía no —replicó Janie—. Antes quiero pensarlo un poco más. Quizá ella me diga algo primero.

Al cabo de pocos minutos estaban otra vez sentados a la mesa. Michael, que ya había establecido su propia credibilidad con los visitantes, planteó la oferta y explicó las condiciones.

—No tenemos un animal del que desprendernos, pero no hay tiempo para ir a buscar uno de los vuestros. Seguiremos adelante si nos dais vuestra palabra de que nos devolveréis el animal.

Los visitantes no pidieron permiso para discutir el tema en privado. La discusión tuvo lugar delante de los anfitriones, que escucharon con atención, a sabiendas de que conocerían muchísimo mejor a sus potenciales aliados cuando hubiesen acabado.

Dirigieron su primera pregunta a Kristina.

—¿Hay más posibilidad de éxito con un animal que con otro?

—No que yo pueda determinar de acuerdo con lo leído.

—Los cerdos tienen camada, las vacas solo una —apuntó alguien. Después otra persona preguntó:

—¿Qué tenéis, machos o hembras?

—Tenemos una de cada —les dijo Tom—. La cerda está preñada, así que tendrá que ser el macho si usamos un cerdo.

—Tenemos tres cerditos machos en la nueva carnada. Os podemos dar uno de esos.

Así quedó ratificado el segundo tratado.

Lo único que restaba era poner en marcha sus términos. 130

11

Guillaume se quedó dormido casi de inmediato cuando se acostó en el ático de la buhardilla de De Chauliac, a diferencia de las noches de viaje, cuando a menudo se giraba y revolvía en el desconocido jergón. Alejandro lo miró a la luz de la vela durante un rato, para disfrutar de la evidente paz del niño. Pero, aunque el chico había encontrado el descanso fácilmente, por la mente del médico rondaban pensamientos sobre los días futuros, y borraban toda esperanza de tranquilidad. Había demasiadas cosas que quería preguntarle a De Chauliac; las preguntas no lo dejaban conciliar el sueño. Se levantó de la cama y miró de nuevo a través de la ventana. Abajo, la calle estaba silenciosa y oscura; no se presentó ninguna visión de los días pasados, por mucho que lo desease. Salió de la habitación con sigilo para no despertar al niño, y bajó la escalera, vela en mano, sin saber si De Chauliac estaría levantado o en la cama. Era tarde, y toda la servidumbre se había retirado; la casa se hallaba inquietantemente vacía de toda presencia humana. Pasó del vestíbulo al comedor, luego al salón, pero no se cruzó con nadie.

«La biblioteca», pensó. Si De Chauliac seguía levantado, seguramente estaría allí, entre sus amados libros.

En cambio, se encontró con Philomène. Por primera vez desde que la conocía, ella vestía prendas de mujer; sin capa, ni pantalones, ni botas altas. Los cabellos le caían sobre la espalda en brillantes ondas castañas. Sus ojos se cruzaron con los suyos cuando entró; la muchacha lo saludó con una cálida sonrisa.

—¿Puedo sentarme, mademoiselle? —dijo Alejandro, animado por la recepción.

Philomène asintió con otra sonrisa, y él se sentó a su lado. Delante de ella, sobre la mesa, había un libro abierto; la página mostraba un dibujo de los órganos de reproducción femeninos.

—¡Qué detalles más exquisitos! —exclamó Alejandro mientras pasaba los dedos por la detallada ilustración—. ¿Quién hizo este dibujo?

—El padre Guy, naturalmente. Esta es su biblioteca.

—Pero posee muchísimos volúmenes, algunos de los cuales sé que han sido hechos por manos de otros, o por copistas...

—Este —afirmó ella, y tocó el dibujo— es de su propia mano. Lo reconocería en cualquier parte.

—El útero —dijo Alejandro.

—Me destroza lo que hice. He repasado aquel fracaso mil veces, y no veo la manera de un resultado mejor.

—Quizá no lo haya.

—No puedo creerlo. Sin duda llegará el día en que la madre y el bebé puedan salvarse, a pesar de lo temprano del parto.

—Si está en el plan de Dios —manifestó Alejandro—, llegará a pasar. Mientras tanto, debéis dejar de reprocharos. No os hará ningún bien.

—¿Qué me decís de vos? ¿Estáis levantado para tomar el aire a esta hora, cuando a Dios mismo no le apetece levantarse, o es que vuestros propios demonios vienen a visitaros?

—Sois al mismo tiempo hermosa y sabia.

Las puntas de sus dedos rozaron los de la muchacha cuando los apartó de la página. Un cosquilleo de excitación corrió por sus venas, algo que no había sentido durante muchos años. Ella no apartó la mano sino que la dejó descansar, mientras lo miraba directamente a los ojos. Alejandro vio en su expresión aquellas cosas que había anhelado durante tanto tiempo: aceptación, comprensión, quizá incluso cierta admiración.

—Mademoiselle —dijo en un susurro—, ¿puedo tener vuestro permiso para besaros?

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de la joven, que se acercó un poquito más.

—Podéis, monsieur.

Acercó su boca a la de ella, primero ligeramente, y después con más convicción. Cuando sus labios se tocaron, él se demoró para poder saborear la sensación. Cubrió su mano con la suya y dejó que el calor de su piel lo inundase.

Más tarde, mientras volvía a su cama, se pasó los dedos por el pecho, allí

donde lo habían marcado en Cervera. Ya no podía sentir nada en la superficie de la piel, pero había una débil huella de la forma circular donde habían apretado el hierro candente. «Podría haber sido mi rostro», se dijo. Ser desfigurado de aquella manera habría sido terrible. Se quedó dormido con el recuerdo del beso. Un sueño le vino no mucho más tarde; paseaba por un sendero arbolado, y se le apareció el espíritu de Adele. 132

«Amado», lo llamó. Pero no era el grito desesperado de otros sueños pasados, cuando ella le tendía los brazos suplicantes. En cambio, le pareció al dormido Alejandro que ella solo intentaba saludarlo, pasar un momento agradable en su compañía. Al cabo de un tiempo, Adele desapareció

silenciosamente en el bosque. Cuando Alejandro se despertó por la mañana, su sirviente estaba a su lado. Miró el jergón en el suelo y vio que Guillaume continuaba durmiendo profundamente.

—Monsieur de Chauliac desea veros —dijo el hombre.

Él se aseó y luego se vistió deprisa. Una última mirada en el espejo le dio testimonio de un poco más de gris en sus cabellos oscuros y ondulados; se los ató en una coleta con un cordón de cuero, y se preguntó qué podía encontrar de atractivo una mujer en un hombre viejo como él. Siguió al sirviente escalera abajo, hasta donde De Chauliac lo esperaba en el comedor. En el centro de la mesa había una fuente con frutas y panes.

—Por favor, colega, desayuna conmigo.

Alejandro se sentó a la mesa al otro lado de su mentor y amigo.

—Espero que hayas descansado.

—Poco —respondió Alejandro—. Estuve despierto hasta muy tarde, pensando en los días venideros. —No le dijo nada de su encuentro con Philomène.

—Ah —dijo De Chauliac—. Naturalmente, estás ansioso. Me sorprendería si no fuese así.

—Bajé la escalera confiando en encontrarte, pero tú ya debías de estar en la cama.

—Sí —dijo De Chauliac—. El viaje, ya comprendes. Me cansó demasiado. Además, noto un poco de reumatismo. No te preocupes; es solo la edad. Alejandro asintió.

—Nos reclamará a todos, en una forma u otra.

—Si alguna otra cosa no nos reclama primero. Pero tienes otro viaje por delante —continuó De Chauliac—. Por eso deseaba hablar contigo.

—Me lo suponía.

—Tengo un mensaje de uno de mis asociados.

—Ah. Tus asociados. Siempre han sido personas de mucho talento.

—Más de lo que te imaginas, médico —afirmó De Chauliac con una sonrisa—. Las noticias que me han traído esta vez son especialmente útiles. De Windsor.

—¿Windsor?

—Sí. Parece que el rey ha enviado a sus soldados de «maniobras». Dicen que estas maniobras se extienden a Francia, algo que es muy curioso. Me pregunto cuál será su verdadero propósito, dada su actual necesidad de un acuerdo entre este país y el suyo. Hay una boda en el horizonte; ¿por qué

necesita una demostración de fuerza en este momento? Parece extraño, desde luego.

—El hombre es dado a extrañezas y temeridades; lo he visto de primera mano —comentó Alejandro—. Quizá considera necesario recordarle a De Coucy lo que podría esperarle si no cumple con el matrimonio propuesto. Después de todo, no hace mucho tiempo que De Coucy estuvo aliado con Navarra contra el trono francés, que Eduardo quiere para sí.

—¡Ah —suspiró De Chauliac—, poder conocer los secretos de su elevada cámara! Bueno, solo podemos especular. Es un peligroso derroche de ideas. Debemos dejar que estos acontecimientos se desarrollen como quieran y hacer nuestros planes en consecuencia. Pero, con independencia de cómo progresen los hechos, sería peligroso para ti viajar a Inglaterra en este momento; debes permanecer aquí hasta que cesen esas maniobras, o como mínimo hasta que disminuyan.

—¿Qué pasará con Kate? —preguntó Alejandro, inquieto.

—Todavía hay tiempo para rescatarla. Como ya te aconsejé antes, por favor no te inquietes. El Papa todavía no ha dado su aprobación a la boda de Isabella, y tampoco al reconocimiento de Kate, así que hay tiempo para planear un adecuado curso de acción. Quizá sea una bendición que te haya traído a París un poco antes. Me disculpo por mis errores, pero asuntos como estos no siempre transcurren como está previsto.

Alejandro no dijo nada por un momento mientras sus pensamientos volvían a Aviñón y a su padre enfermo. «Por favor, querido Dios, deja que viva hasta que yo regrese.»

—Quizá, más allá de tener tiempo para planear, hay otra ventaja.

—¿Cómo es eso?

—Necesito tu ayuda.

—Como de costumbre. Pero ¿cómo, exactamente?

—La *Cyrurgia* que te mostré en Aviñón —respondió De Chauliac—. Mi razón, hasta donde le concierne al Santo Padre, para este súbito viaje a París. Todavía queda mucho trabajo por hacer antes... antes que se termine —añadió

en voz baja—. Tu ayuda sería una gran bendición para mí. Cuando comencé

este trabajo, a menudo pensé en ti, con el deseo de que pudieses participar en su creación. Tengo muchos alumnos, por supuesto, pero solo dos de ellos a los que puedo confiar este trabajo: tú mismo y la dama que ha llamado tu atención. El hombre parecía tener un gran conocimiento de todo lo que pasaba en su reino. Alejandro se preguntó por un momento si su propio sirviente informaría a De Chauliac de sus actividades. No había nada que él pudiese hacer si tal era el caso, salvo aceptar la situación y actuar en consecuencia.

—Pero tendré que marcharme de aquí pronto.

—Entonces disfrutaré de tu ayuda mientras estés disponible. Vamos, Alejandro, no me desilusiones.

—No sé qué decir a este honor.

—Pues limítate a aceptarlo. Ahora bien, me he tomado la libertad de hacer unos arreglos para el niño; uno de los criados tiene un hijo de la misma edad. Lo traerá aquí todas las mañanas para que los dos puedan estar juntos. Era una oportunidad que quizá no volviera a repetirse. Alejandro se dejó

llevar por el entusiasmo, pero al instante lo invadió el desánimo, porque sabía que en cualquier momento podría verse forzado a interrumpir su trabajo. Cuando llegase la hora de marcharse, también se vería obligado a separarse de Philomène. Demasiadas pérdidas.

—Debo pensarlo —le dijo a De Chauliac.

A su regreso a los aposentos de las damas después de la larga y angustiosa cacería, la tata recibió a Kate con una noticia comunicada en susurros.

—Maese Chaucer os espera de nuevo, milady. Parece muy ansioso por hablar con vos. ¡Ha abierto un surco en las piedras de vuestro balcón!

Kate desató el lazo de la capa y dejó caer la prenda en un banco mientras cruzaba la puerta para ir al balcón. Al oír sus pasos, Chaucer se volvió y le dedicó una gran sonrisa. Kate se acercó a él con decisión y se lanzó a sus brazos mientras el más joven de los dos guardias llegaba a la puerta. Echó una ojeada atrás y vio cómo la tata levantaba un brazo delante del guardia, que se detuvo bruscamente y la miró asombrado.

—Déjalos en paz —oyó que le decía la tata al guardia. La voz de la vieja era aguda e imperiosa—. ¡Imagínate que tuvieses que cortejar a tu novia delante de tipos como tú! ¿Dónde crees que irán? ¿Piensas que se lanzarán por el muro del castillo?

El hombre retrocedió, atónito, como si lo hubiera reñido su propia madre.

«Dios te bendiga, querida tata», pensó Kate mientras abrazaba a su camarada conspirador. Mantuvo un ojo en el guardia para asegurarse de que miraba. Cuando soltó a Chaucer del abrazo, se sentó en el banco y lo atrajo para que se acomodase a su lado.

—Un beso —dijo ella. Se acercó un poco más y cerró los ojos. Chaucer se quedó mirándola, pero no se inclinó para besarla. Después de unos segundos, Kate abrió los ojos.

Solo entonces él la besó. Sus labios permanecieron unidos más de lo necesario.

—Vuestros ojos —dijo el joven mientras se apartaba—. Son de un azul maravilloso.

Ella se ruborizó como en su primer beso.

135

—Le hemos dado una interpretación convincente. Muy pronto el rey comenzará a hacerte preguntas. ¿Qué le dirás?

—Que os encuentro extraordinariamente atractiva, y del todo admirable.

—Entonces debemos trazar nuestro plan antes que él te prohíba verme, cosa que bien podría ser, y pronto, si nuestro «cortejo» amenaza sus planes. —

Kate cambió su posición en el banco ligeramente—. En todo este largo y horrible día no he hecho más que pensar en la manera de salir de aquí. No se me ocurre ninguna forma de eludir a mis guardias, excepto una. Hay un pasadizo que utilicé una vez, cuando era una niña, para salir del castillo. Él la miró sorprendido.

—Santo cielo, milady, ¿por qué no lo habéis intentado hasta ahora?

—En parte, porque no sé si todavía está allí. Era una falla en la estructura del castillo; bien puede ser que la hayan reparado en el ínterin. También, porque apenas era lo bastante grande para dejarme pasar cuando era una niña. Ahora soy unos cuantos palmos más alta. También hay otra razón: mi hijo. Amenazan con secuestrarlo si escapo. —Ella le sujetó las manos y se las apretó muy fuerte—. Pero no puedo soportar este confinamiento mucho más. Me moriré si continúo aquí; y mucho más rápido aún si debo casarme con esa bestia de Benoît.

—¿Lo habéis visto?

—Lo he visto, y mucho más cerca de lo que habría deseado —respondió ella con un estremecimiento—. En un primer momento no estaba segura; pero, a medida que transcurría la cacería, advertí que había mucha complicidad entre él y su primo De Coucy. ¡Hasta al propio De Coucy debe de molestarle ese lazo de parentesco! Yo no admitiría tener ninguna relación con él ni aunque fuese mi hermano. ¡Santo Dios, es vil! Pongo a Dios por testigo, Chaucer, de que le cortaré los labios con un trozo de cristal si alguna vez intenta ponerlos en mí. Por un momento, Kate pareció absorta en sus pensamientos, imaginando aquel horror; Chaucer no la molestó hasta que ella pareció relajarse un poco.

—Mi querida dama, hay algo que debo deciros. Por una vez, es una noticia que os alegrará.

Ella lo miró rápidamente.

—Sin duda las buenas noticias son escasas. ¡Habla, por favor!

—No creo que el rey sepa dónde está vuestro hijo. La semana pasada envió a un grupo a Francia, supuestamente de maniobras. No hay ninguna necesidad de ese tipo de práctica guerrera en este momento, y mucho menos en Francia; solo es posible suponer que lo envió en busca de vuestro hijo, de forma tal que, cuando lo encuentren, puedan utilizarlo para que os sometáis a su voluntad. Una extraña calma dominó a Kate. Permaneció en silencio y pensó en lo que Chaucer acababa de decirle.

—Durante todo este tiempo les he creído —dijo al cabo—. Durante siete años he vivido con la idea de que, si intentaba escapar, ellos matarían a mi hijo.

—Ahora estáis libre de esa creencia —señaló Chaucer, después de una pausa—. Solo tenéis que considerar vuestro propio destino. Las lágrimas

corrieron por las mejillas de Kate. Chaucer levantó una mano y las enjugó con las puntas de los dedos.

—Yo me ocuparé de averiguar si el pasaje está abierto —se ofreció.

—Oh, Chaucer... ¿lo harías? ¡Me arrodillaría delante de ti en gratitud!

Él se ruborizó ligeramente.

—Reservadlo para Dios, milady, quien determinará si todo funciona como esperamos y rogamos que sea. Decidme ahora dónde está, aproximadamente.

—Cerca de una de las cocinas, contra la pared norte. Desearía poder describirte mejor su ubicación, pero han pasado muchos años desde que fui allí. Ni siquiera se me ocurre una razón para solicitar ir, a menos que sea para cocinar. Entonces mis guardias me seguirían. Parece imposible.

—No os inquietéis por eso ahora; bien podría ser utilizable todavía. De mayor preocupación es qué haréis si conseguís salir a través del pasaje. Estaréis sola y a pie. No hay muchas mujeres que se parezcan a vos, así que os encontrarían muy fácilmente.

—Podría recurrir a un disfraz —dijo ella—, quizá algunas prendas campesinas dejadas en un arbusto cerca del punto de salida. Pero un caballo es esencial. No puedo escapar de un hombre a caballo, pero con una buena montura y un destino conocido, quizá lo logre.

Chaucer repitió sus palabras.

—Un destino conocido.

—No puedo cabalgar sin más. Necesito tener un lugar adonde ir, para pensar en un plan razonable. Sé muy poco de lo que pasa en Inglaterra ahora, así que seguramente destacaría entre la gente solo por mi comportamiento. Hay un lugar que podría servirme bien; pero, de nuevo, no estoy segura de su estado al cabo de tantos años.

—¿Dónde?

Ella echó una rápida ojeada a sus guardias antes de hablar, esta vez en un murmullo.

—Hay una casa de piedra; está al final de una angosta carretera que pasa entre dos enormes robles. Han crecido juntos como un único árbol, a pesar de su impresionante tamaño. Se alzan al borde de un prado. Cruzamos aquel prado en nuestra fuga hace muchos años. Padre enterró allí sus prendas antes de huir. Tenía miedo de que alguien pudiese robarlas de la casa y contraer la peste al usarlas.

—Pero ¿cómo podría alguien contraer la peste de sus ropas?

Kate se echó ligeramente hacia atrás.

137

—Porque él mismo se había contagiado.

Chaucer soltó una exclamación de sorpresa.

La mente de Kate volvió a los terribles días de la enfermedad de Alejandro. Un velo de oscuridad pareció descender sobre ella cuando las palabras del médico le vinieron a la memoria: «No debes dejar que escupa la medicina. ¿Lo comprendes, niña?».

—Yo solo era una niña pequeña. No tengo presentes todos los detalles, pero recuerdo el lugar muy bien, porque parecía tener algo mágico... Al ver que su angustia aumentaba, Chaucer se acercó un poco y le pasó el brazo por encima de los hombros.

—Para reforzar la fábula de nuestro romance —dijo como explicación —. Ese lugar cerca de los robles, ¿vuestro padre lo recordaría?

—Sin duda —respondió ella.

—Entonces lo prepararemos para que ambos vayáis allí.

—Pero ¿cómo conseguiremos hacerle llegar un mensaje?

—A través de De Chauliac. Su posición es tal que dispone de los medios para hacer que se lo entreguen, no importa dónde pueda estar vuestro padre. El rey envía mensajeros a París a menudo en estos días, con tantas cosas que atender; las sacas están siempre llenas de mensajes y cartas para los distintos miembros de la realeza francesa y los ministros.

—Pero nuestro mensaje debe ser clandestino. Si lo enviamos con el correo del rey, alguien sin duda romperá el sello y lo leerán.

—Si pueden.

—¡Por supuesto que podrán! Los sellos son solo cera, y...

—No me entendéis, milady. Por supuesto que el sello se puede romper. Pero si el mensaje no se puede leer, entonces no hay necesidad de preocuparse. Kate se levantó muy bruscamente.

—Tus acertijos no me divierten, señor. —Miró a los guardias, que habían advertido su súbito movimiento y la observaban.

—Por favor —dijo Chaucer, ofreciéndole una mano—. No pretendo confundiros ni alteraros. Por favor, sentaos de nuevo. Ella se sentó, aunque su expresión reflejaba su incertidumbre.

—Si enviamos el mensaje cifrado, nadie será capaz de leerlo.

—Tampoco padre, a menos que puedas introducirle mágicamente la clave en la cabeza desde lejos.

—Eso no será necesario —replicó Chaucer con una sonrisa—, porque ya la conoce.

138

12

Sacrificaron al cerdo disparándole una de las preciosas balas en la cabeza; el sangriento trabajo que siguió fue realizado dentro del granero. Janie se agachó

junto al vientre abierto e identificó el páncreas del animal, con la ayuda de un viejo texto de veterinaria. Llevó el órgano humeante en una cazuela tapada, y pasó del granero a través de la casa hasta el laboratorio. A partir de ese momento, Kristina se instaló en la pequeña habitación, sin más interrupciones que las necesarias para comer algo. O las de las visitas de Evan Dunbar, supuestamente para vigilar sus progresos.

Ocuparse de las otras piezas y cortes del animal mantuvo a todos atareados durante el resto del día, incluidos los visitantes. Lany Dunbar decidió quedarse con el padre de la niña. A su hijo, cuya fascinación por Kristina era enternecedoramente obvia, no hizo falta convencerlo para que se quedase. Los demás, al comprender que los que los esperaban se inquietaban por su suerte, tal como había ocurrido con Michael durante la obligada ausencia, se despidieron en la verja a primera hora de la mañana siguiente, con la promesa de regresar muy pronto con el animal adeudado, y los deseos de un feliz reencuentro con aquellos que habían dejado atrás. Nadie se engañaba con la alegría de la despedida. Se enfrentaban a un duro viaje, con peligros que nadie podía prever del todo, y largas explicaciones cuando llegasen a casa. Aquella noche los viajeros tardarían en irse a la cama para disfrutar de un bien merecido descanso.

El padre permaneció junto al lecho de la niña, y dejó a Lany Dunbar en compañía de sus anfitriones. Ella no tuvo más remedio que ir al encuentro de Janie. Con Kristina permanentemente en el laboratorio, Caroline se hizo cargo de los niños. Lany entró en la cocina tras la marcha de sus compañeros y encontró a Janie que colocaba un trozo de carne en una bandeja de asar. 139

—Es una pena que no pudiesen quedarse para la cena —comentó Janie —. Hoy el plato del día es un especial de cerdo.

—También mañana y pasado y los que sigan —dijo Lany con una sonrisa—. Por una vez, me encantaría darle un buen mordisco a un bonito trozo de salmón.

—Con limón —añadió Janie con voz soñadora—. Quizá alguien ponga en marcha una piscifactoría por aquí un día de estos, y se muestren amables.

—Eso sería muy bonito. —Entonces el tono de Lany se suavizó—. Escucha, pretendía decírtelo antes, pero con todo el jaleo no tuve ocasión. Creo que lo que haces es extraordinario. No tengo palabras para decirte cuánto te lo agradecemos.

—En realidad es cosa de Kristina. Pero, qué caray, todos tenemos que mantenernos unidos en este valiente nuevo mundo, ¿no?

Janie abrió la puerta del horno y colocó la bandeja en el centro; después ajustó el regulador de tiro y miró si había combustible suficiente en el cajón.

—¿Esto funciona todo el tiempo? —preguntó Lany. Señaló el tubo de ventilación—. No recuerdo haber visto ningún humo fuera.

—Hacemos pasar el aire caliente por el sótano en el invierno, para aprovechar el calor —explicó Janie—. Tom instaló un depurador de gases que retiene la mayor parte de las partículas.

—Qué buena idea.

—Mi marido es uno de esos tipos que no desaprovechan nada. Pero es un trabajo infernal limpiar los filtros. Tenemos que hacer que duren.

—Vosotros tenéis mucha más tecnología que nosotros. El laboratorio; no había visto nada parecido desde...

Se interrumpió, y después volvió a formular la frase de otra manera.

—Es increíble que podáis hacer insulina aquí.

—Quizá podamos hacer insulina. No hay ninguna garantía de que funcione. Pero, si alguien puede hacerlo, esa es Kristina. Esa chica es una técnica brillante. —Se apoyó en el mostrador y cruzó los brazos sobre el pecho—. Espero haber dejado claro que no había ninguna garantía cuando comenzamos. Quizá pueda de verdad producir la insulina, pero también podría ser que fuese demasiado tarde. Conseguiremos bastante para unas pocas semanas, pero después tendremos que enfrentarnos al problema de continuar fabricándola durante el resto de su vida. Esto de ahora seguirá pasándole si no tiene las dosis regularmente. La he ido a ver hace muy poco. Está muy, pero que muy enferma. No mejorará hasta que le pongamos una inyección.

—¿Tienes jeringuillas y todo lo que necesitas?

—Las tenemos.

—¿Cuánta insulina se puede conseguir de un cerdo? —preguntó Lany reflexivamente—. No me gusta pensar que tendremos que seguir matándolos. 140

—No lo sé. Pero Kristina ya habla de convertir algunas de las células que extrajo de este, con la ayuda de un par de virus.

Lany se puso tensa.

—¿Tenéis esos virus?

—Te sorprenderías de las cosas que se pueden encontrar mirando al suelo.

—Quizá no.

—Escucha, el asado todavía tardará lo suyo en estar listo, y tengo que ir a nuestra central eléctrica para comprobar un par de cosas. Tom es quien se encarga, pero hoy está demasiado ocupado. —Sonrió—. ¿Te apetecería dar un paseo?

—Me encantaría.

—Bien. Busca tu abrigo; en el sendero sopla mucho viento. Voy a echarle una ojeada a mi paciente, y después nos iremos.

Volvió al poco rato.

—Sigue sin cambios —confirmó.

—Supongo que eso es bueno —apuntó Lany. Señaló al arco colgado sobre el hombro derecho de Janie y preguntó—: ¿Debo preocuparme por el paseo?

Janie se encogió de hombros mientras sacaba una aljaba del armario que había junto a la puerta.

—Nunca se sabe con lo que uno se puede encontrar ahí fuera. —Sonrió y le guiñó un ojo—. Pregúntaselo si no a Michael.

—Eso funcionó muy bien —dijo Lany. Señaló de nuevo el arco y las flechas—. ¿Tienes otro?

Janie sacó otro arco y más flechas del armario. Dejaron el calor y la seguridad de la casa y marcharon a través del bosque helado.

El sendero estaba bordeado a ambos lados por una densa maleza y las formaciones de piedra que los campesinos de Nueva Inglaterra habían maldecido durante siglos. Caminaron por encima de las raíces y las piedras, siempre atentas a lo que pudiese estar esperando para lanzarse desde una rama. Muy pronto llegaron a la misma vista panorámica que había cautivado a Tom y Janie unas pocas noches antes, y se detuvieron a contemplarla. A la brillante luz del día y desde su elevada posición, veían

hasta unos sesenta kilómetros al este. La superficie del lago rielaba con la luz del sol; las copas de los árboles estaban salpicadas de verde, en especial abajo en el valle, donde la primavera llegaba antes que en la montaña. Pequeñas columnas de humo se alzaban desde tres lugares separados en aquella extensión.

—Están ahí fuera —comentó Janie con aire pensativo mientras observaba el valle—. Hemos hablado de buscar el contacto con otros grupos un centenar de veces, pero aún no lo hemos hecho.

141

—Probablemente sea lo más sensato. Nosotros hemos salido unas cuantas veces. Al principio encontramos algunos amistosos, pero ninguno de aquellos grupos parecía querer unirse a nosotros. En retrospectiva, creo que en aquel momento aún era demasiado pronto; fue durante la segunda primavera. Así

que esperamos un año y salimos de nuevo. Fuimos a un campamento donde creímos que había posibilidades, por la cantidad de humo que producían. Supusimos que estaban bastante avanzados. —Lany se llevó una mano a los ojos a modo de visera y después señaló al nordeste—. Allí —dijo—. ¿Ves la torre de telefonía móvil, la que parece un árbol, un poco más allá de aquella colina?

Janie se esforzó por ver, pese a que la luz la deslumbraba.

—Creo que sí. ¿Tiene una rama colgando?

Lany asintió y añadió:

—Allí es donde están, o al menos donde solían estar. Solo Dios sabe qué ha sido de ellos. Era un desastre. Su campamento era como la pesadilla más enloquecida de cualquier campista. Tiendas y cajas, mantas colgadas en las puertas, basura por todas partes. Había una casa, pero estaba en un estado lamentable, se caía a trozos. Todos los que vimos parecían enfermos. Janie miraba mientras Lany hablaba; por la tensión en su rostro, comprendió que los recuerdos no eran agradables.

—Nos vieron venir... seguramente tenían algunos vigías... y nos tendieron una emboscada en cuanto llegamos —explicó Lany.

—Dios —exclamó Janie. Las imágenes de su último viaje antes de instalarse en el recinto pasaron por su mente. Aún sentía cómo su dedo apretaba el gatillo; los ojos abiertos de su atacante la miraban en sus sueños en más de una noche—

. ¿Qué hicisteis?

—Defendernos —contestó Lany—. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—¿Tenían armas?

—Un par de ellas. Nos dispararon unas cuantas balas, pero eran muy malos tiradores. —Ella bajó la mirada—. Abatimos a un par de ellos y el resto sencillamente huyó.

«Abatir.» Eso sonaba muy militar, y la expresión de Lany insinuaba que ella misma quizá había sido quien los había abatido. Janie dejó transcurrir unos momentos de silencio.

—He pasado toda mi vida adulta intentando salvar vidas. Nunca imaginé

que se la quitaría a alguien. Pero en ese momento era él o yo, y lo hice. Lany también permaneció callada durante unos momentos.

—Desearía poder decir que solo ocurrió una vez. Han sido muchas más que una.

—¿Eras soldado?

La risa de Lany rebosaba amargura.

—No, era policía. —Siguió un gran suspiro; sus hombros parecieron hundirse un poco.

Janie vio un tronco caído al borde del sendero.

—Pareces un poco cansada —dijo, y señaló hacia el tronco—. Vamos a sentarnos un momento.

Con los ojos clavados en el rostro de Lany, Janie dejó vagar la mente, con la ilusión de que, con esta nueva información, los recuerdos que flotaban justo por debajo de la superficie de su conciencia asomarían a la luz. Finalmente, afloraron; vio el hospital Jameson Memorial, y después la escuela de Betsy rodeada por una alambrada y personas con trajes protectores verdes. Recordó la imagen de alguien que se quitaba el casco. Entonces, milagrosamente, vio el rostro de Lany Dunbar como lo había visto la primera vez, un poco más joven, la expresión atenta y preocupada. Casco en mano, la mujer había sacudido la cabellera. Era más larga y con hebras rubias, pero el rostro era el mismo. Janie había intentado, infructuosamente, pasar a su lado. Recordó la sensación del guante de vinilo de Lany en el brazo, la presión de sus dedos mientras la detenía, y luego la voz: «Lo siento, señora, no puede entrar ahí...».

—¿Tú eras biocop... en Northampton?

Lany asintió.

Janie se enjugó una lágrima.

—Cerraron la escuela...

Lany bajó la mirada y miró al suelo, como si supiese lo que seguiría.

—Mi primer esposo, y mi hija...

Janie no pudo acabar la frase. Después de un momento de doloroso silencio, Lany Dunbar apoyó una mano en su brazo.

—Lo siento. Sé que esto no es un gran consuelo para ti, pero no teníamos alternativa, había que aislar el edificio. Muchísimas más personas habrían muerto si no lo hubiéramos hecho.

«De todas maneras muchos murieron», pensó Janie.

—Lo sé. Tienes razón —dijo con una voz que era poco más que un susurro—. No es ningún consuelo.

Siguió un silencio muy embarazoso, hasta que Lany manifestó:

—Probablemente no es necesario decirte cuántas veces más tuvimos que hacer lo mismo en otros lugares.

—No, no es necesario.

Mientras Janie luchaba con sus recuerdos, su nueva amiga mantuvo el suave y consolador contacto en su brazo. Al fin Janie se pasó una mano por el rostro.

—Bueno, ya está bien. —Después de respirar profundamente, preguntó —:

¿Cómo acabaste en Orange?

—Es una larga historia.

Janie señaló el hermoso panorama.

—Tenemos tiempo.

—Lo tenemos, ¿verdad? Es una de las cosas buenas de este nuevo mundo: mucho tiempo para pensar. —Esbozó una sonrisa—. Fue un recorrido bastante tortuoso. En realidad, yo era agente de policía en Los Angeles. Tuve un gran caso... que me afectó a mí y a mi familia, y me pusieron en trabajos administrativos durante un tiempo. No sé si recordarás el caso de Wilbur Durand, el pederasta que asesinó...

Janie se quedó boquiabierta.

—¿Tú eras ese policía?

Lany Dunbar, antigua agente de Los Ángeles especializada en crímenes contra los niños, asintió con un gesto.

—Oh, Dios mío. Aquel caso apareció en todos los periódicos y la televisión.

—Janie frunció el entrecejo mientras intentaba recordar—. Espera un minuto, fue el amigo de tu hijo que quedó...

—Tullido —dijo Lany, que acabó la frase por ella—. Sí, Jeff era el mejor amigo de Evan.

—Me da miedo preguntar qué tal resultaron las cosas para él. Lany sacudió la cabeza.

—No lo superó. En otras circunstancias quizá lo habría superado, pero su cuerpo estaba demasiado débil después de las cosas que le hizo Durand y cuando llegó el DR SAM, no tuvo ninguna oportunidad. Evan estaba destrozado. Pero todos tuvimos que reponernos de aquello bastante rápido. Perdió a sus dos hermanas más o menos al mismo tiempo. Ahora fue Janie quien le apoyó una mano a modo de consuelo. Pero Lany Dunbar pasó velozmente por su propia tragedia, como si fuese algo para lo que estaba entrenada.

—Me sacaron del trabajo administrativo cuando el DR SAM comenzó a propagarse y me enviaron a la escuela de los biocops. Trabajé en el equipo que salió por primera vez para abrirles el camino a las otras unidades. Nos dijeron que éramos el equipo A. En retrospectiva, sé que fue realmente un honor y que me estaban echando un cable por el trabajo que había hecho con Durand. Reunieron en aquel grupo a la que yo consideraría la mejor gente. Las palabras fluyeron como si las hubiese ensayado en su mente mil veces.

—El *Staphylococcus aureus mexicalis* resistente a los fármacos, el DR SAM, entró a través de la frontera por Tijuana, pero muy pocas personas lo saben. —

Soltó una risita cínica—. Los tipos de Washington no querían montar un escándalo, porque tenían muchas negociaciones diplomáticas con México, la 144

mayoría sobre temas de comercio e inmigración, y también había algunas corporaciones muy grandes que presionaban para mantener callado su origen para que los negocios siguiesen funcionando como siempre; al menos eso era lo que creíamos en nuestra unidad. La verdad duele pero no ofende: aquella frontera era básicamente una cloaca abierta. Todas las enfermedades bajo el sol entraban por allí. Incluso después del 11-S.

»Pero lo que realmente no querían que nadie supiese, quizá para evitar una histeria como la del 11-S, es que la llegada del DR SAM no fue exactamente un fenómeno natural. Todo aquello de que no se había podido establecer su origen no era más que una mentira.

—Eso era algo que siempre nos habíamos preguntado —dijo Janie en voz baja.

—Pues no te lo preguntes más. La bacteria no «surgió» por mutación. Fue creada, muy inteligentemente, para que pareciese un hecho natural. Pero había indicios. El Centro de Control de Enfermedades mantenía una muy estrecha vigilancia sobre las bacterias activas de aquella región, incluso con las limitaciones presupuestarias que tuvieron hacia el final, porque la región era un desorden absoluto. Solo había una bacteria que tenía el potencial para dar lugar a la creación del DR SAM, y se habían necesitado tres mutaciones para llegar allí. Algún genio de nuestra unidad de soporte hizo el cálculo; la probabilidad de que tres mutaciones naturales tuviesen lugar de esa manera sin dejar ningún rastro de sus estados intermedios estaba fuera de los límites de las probabilidades negativas. Algo así como de cincuenta billones a uno que pudiese suceder de esa manera.

—Así que alguien lo preparó. Dios mío. —Janie hizo una pausa—. Ni siquiera puedo imaginar quién podría hacer semejante cosa.

—La misma clase de personas que estrellan aviones contra los edificios. No hay diferencia.

—La escala era un poco mayor.

—No sé si ellos lo comprendieron.

Después de unos instantes de silencio Janie señaló:

—Pero todo el mundo dijo que era natural: los científicos, los médicos expertos... ¿Por qué nadie más llegó a la misma conclusión?

—No tengo una respuesta para eso. Creo que es probable que alguien lo hiciera. Había unos cuantos científicos muy destacados que murieron en el primer estallido. Era de esperar que la mayoría de ellos supiera cómo mantenerse a salvo.

Las implicaciones de lo que Lany acababa de decirle eran enormes; Janie permaneció sentada en el tronco en silencio hasta que recuperó la calma. Al fin dijo:

—¿Alguien sabe exactamente quién fue el responsable?

Lany cambió de posición.

—Nadie se hizo responsable públicamente; pero, según los rumores que corrían en nuestra unidad, se trataba de un grupo fundamentalista: fanáticos religiosos que se hacían llamar la Coalición. Supuestamente eran una mezcla de extremistas; diversas sectas de musulmanes y cristianos fanáticos, que dedujeron que sería más fácil sumergir al mundo de nuevo en la Edad Media si cooperaban y después se dividían los despojos.

«¿Y qué más apropiado que la peste?», pensó Janie.

—¿De dónde eran?

—De todo el mundo. Pakistán, Arabia Saudí, algunos de los antiguos estados soviéticos. Oímos que algunos científicos rusos desplazados suministraron la materia prima; muchísimas muestras de microbios desaparecieron del equivalente ruso del Centro de Control de Enfermedades cuando se derrumbó la Unión Soviética. Estábamos demasiado ocupados rastreando bombas perdidas para preocuparnos de unos cuantos bichos.

—Lo que resultó ser la mayor amenaza —musitó Janie—. ¿Alguien trató de pararle los pies a esa Coalición?

Lany se encogió de hombros.

—No lo sé. Si alguien lo hizo, tuvo que ser mucho después del primer estallido. Pero ¿quién podía ocuparse? ¿El ejército, la CIA? Todo era muy confuso. En mi opinión, todavía están ahí fuera, y trabajando duro para crear más caos.

El sonido de unas hojas secas, más fuerte que el que podía producir la brisa de montaña, las arrancó de su concentración. Janie se volvió hacia el sonido y vio una pequeña bandada de pavos no muy lejos entre el matorral. Se sentó

bien erguida, sacó una flecha de la aljaba, la colocó en el arco y disparó. Al oír el zumbido de la cuerda, las aves remontaron el vuelo y desaparecieron en el bosque. La flecha de Janie no dio en el blanco.

La de Lany no falló.

—Es un ave muy grande —comentó Janie mientras observaba al animal abatido.

Lany se agachó y se levantó una de las perneras. Sacó el puñal de la funda sujeta a la pantorrilla, y después se lo ofreció a Janie.

—¿Quieres tú hacer los honores?

Janie se agachó para levantar su pernera, y dejó a la vista una funda similar.

—Es tu ave.

—Vale.

Lany le cortó el cuello al pavo. Cesaron los movimientos. Observaron mientras la sangre manaba del muñón. Cuando disminuyó hasta convertirse en un goteo, Janie dijo:

—Tendríamos que llevarlo cada una de una pata. Es demasiado pesado para cualquiera de las dos.

Se llevaron al pavo decapitado entre las dos hasta la central eléctrica. Después de una rápida inspección, todo parecía estar en orden, así que volvieron al sendero, esta vez más rápido que a la ida; un rastro de sangre fresca tenía la pésima tendencia de atraer a depredadores más grandes. Al pasar por el mismo punto panorámico de antes, Janie miró las distantes torres de telefonía móvil y comentó con un suspiro:

—¿No sería fantástico si pudiésemos hacerlas funcionar?

—Qué demonios, si ya estoy de sangre hasta el cuello. Tom se llevó el pavo al granero y lo destripó; arrojó los despojos inútiles al montón de restos de cerdo, y después volvió a meter los demás en la cavidad. Entraron para ver a la niña, que parecía estar resistiendo milagrosamente. El padre mantenía la llorosa vigilia. Janie le tocó el hombro para consolarlo, pero no dijo nada. Cuando volvieron a la cocina, comentó:

—No quiero darle falsas esperanzas, pero no creía que lograría aguantar tanto. La infección en la pierna es muy grave. Pero quizá los gusanos están consiguiendo aliviar en parte al organismo. Una vez que la infección esté bajo control...

Lany observó cómo Janie ponía una gran olla con agua en la cocina de hierro.

—¿Dónde están todos los demás? —preguntó.

—Ocupados en sus tareas. En esta época del año hay mucho que hacer para tenerlo todo preparado para la siembra. ¿Sabes qué pasará con los despojos que Tom ha juntado? Te aseguro que debe de estar planeando hacer algún fertilizante. Lo molerá todo y hará esa especie de caldo repugnante. Ed cree que vale oro. Los demás están fuera preparando el terreno; las verduras y las zanahorias se podrán plantar muy pronto. Tenemos un tractor; Tom y Terry consiguieron hacer que funcione con etanol, así que podemos usarlo para sembrar. Durante un tiempo aramos con ayuda de los caballos, pero era una pesadilla con el terreno rocoso de aquí

arriba. Aquella bonita pared de piedra a lo largo del final del patio está hecha con las que sacamos en los dos primeros años.

El agua hervía para cuando Tom entró con el pavo. Mientras le arrancaban las plumas al ave, Lany continuó con la interrumpida historia de su viaje al este.

—Trabajé con un policía en Boston en el caso Durand. El viejo Wilbur era originario del sur. El policía estaba felizmente casado cuando nos conocimos, pero su esposa falleció en la primera irrupción de la bacteria. Nos mantuvimos en contacto. Cuando empezaron a enviar a los biocops por todo el país, 147

conseguí que me transfirieran a Boston. Pete y yo, bueno, nos unimos rápidamente después de aquello. —Casi con vergüenza, añadió—: Las cosas tienden a acelerarse cuando el mundo se desploma a nuestro alrededor.

—Como si no lo supiese —dijo Janie con toda sinceridad—. La manera como me uní con Tom fue similar, aunque nos conocíamos desde hacía muchísimos años. Uno se concentra por completo cuando lo necesita. No dijo nada de Bruce.

Lany sonrió de nuevo, pero esta vez con tristeza.

—Desearía poder decir también que mi situación tuvo un final feliz. —

Suspiró con expresión sombría.

Janie la miró en silencio, comprendiéndola, mientras Lany quitaba una pluma tras otra del pavo, hasta que ella recuperó la calma y habló de nuevo.

—Así que cuando comenzaron a transferir a gente fuera de la zona de Boston, les dije que no me importaría que me enviasen a algún lugar donde no hubiese tantos recuerdos. Evan me acompañó. Estaban tan desesperados por tener voluntarios que aceptaron casi todo lo que pedí. Fuimos a Hamp por un tiempo; el cuñado de Steve Roy era el alguacil, y tuve algunos tratos con él. Justo antes de que las cosas se pusieran realmente feas, él estableció contacto conmigo y me preguntó si quería venir a Orange.

—Una oferta que no pudiste rehusar.

Ella asintió con aire grave.

—Evan y yo nos marchamos precisamente cuando la segunda oleada comenzaba a hacer estragos. Supongo que no tengo que decirte lo que pasó

después de aquello.

—No —dijo Janie—. No hace falta.

Kristina sacó a Janie de un inquieto sueño en las horas previas al alba. Ella se sentó rápidamente; Tom se movió a su lado.

—Creo que está hecha —dijo la muchacha.

Janie apartó las mantas y se sentó en el borde de la cama.

—¿Ya?

Incluso en la penumbra vio el brillo de los ojos de Kristina.

—Vamos —añadió esta, y la arrastró con ella.

Janie se detuvo delante de la pantalla del ordenador y miró los resultados en las lecturas del bioespectrómetro. A lo lejos se oía el ruido de las otras personas que se movían por la casa. Las líneas, las barras y los números no significaban gran cosa para ella.

—¿Es esto lo que se supone que es? ¿Estás segura?

Kristina señaló una línea de texto en la pantalla.

—Esa es la fórmula de la insulina sintética.

Todavía en camisón, Janie se sentó en el borde de la cama de la niña. Lavó

una pequeña zona del delgado muslo con agua y jabón y después lo enjuagó

bien. Clavó la aguja en el músculo —lo que quedaba de él— y empujó

suavemente el émbolo hasta vaciar la jeringuilla.

El padre le dirigió una mirada de súplica.

—Si funciona, no tardará mucho. Lo sabremos muy pronto —Le palmeó el brazo con toda la confianza que pudo, y después los dejó solos. Los demás ya estaban reunidos en la sala. Solo Sarah y Alex continuaban durmiendo.

—¿Y? —preguntó Michael.

—Esperaremos y rezaremos.

Un poco más tarde, el padre entró en la habitación. Todos se volvieron hacia él, pero nadie dijo una palabra.

—Ha pedido agua —anunció. Las lágrimas le bañaban el rostro. Una estruendosa aclamación sonó en la sala; todos corrieron a rodearlo y le dieron abrazos de alegría y felicitación. El padre se separó y cogió a Kristina entre sus brazos, y la estrujó efusivamente. Janie fue a la cocina a buscar un vaso de agua y, con pasos ligeros, se dirigió a la sala de vigilia.

—Creo que fue realmente la mayor invención del siglo XX —afirmó Michael mientras revisaba el parche hecho con cinta para juntas en la

pernera del traje verde.

La gente de Orange había lavado todo el barro de la caída, y además habían donado un poco de su preciosa reserva de cinta para repararlo.

—Por dentro y por fuera —dijo. Miró a Caroline—. No puedo imaginar que esto no aguante.

—Más le vale —manifestó ella—. Ahora mismo, ni siquiera me importan aquellos puntos calientes.

—Todavía necesitamos saberlo —le recordó él con dulzura—. Nos distrajimos por... —Hizo una pausa, en busca de las palabras—. Por todo lo demás —dijo al cabo—. Con un poco de suerte no habrá más aventuras. Prométeme que no volverás a tener miedo.

Ella lo hizo, pero él sabía que en cuanto cruzara la verja volvería el miedo, y no desaparecería hasta que él regresara. No había nada más que pudiese hacer para tranquilizarla. Llevaba el traje en una bolsa, porque esta vez iba acompañado por personas que lo ayudarían a ponérselo y quitárselo cuando estuviesen cerca del punto de recolección.

149

Lany y Michael salieron los primeros, después el padre y la niña en un caballo. Janie y Evan marchaban en la retaguardia. Cuando las puertas del mundo seguro se cerraron detrás de ella, Janie miró atrás y rogó por volver a pasar por ellas, al menos una vez más.

150

13

—Chaucer, entra —dijo el rey.

El joven se levantó de la profunda reverencia y cruzó la sala de audiencias. Mientras se acercaba al rey advirtió que no estaba por allí ninguno de los habituales aduladores.

—Necesito de nuevo tus habilidades.

—Por supuesto, majestad, estoy encantado de...

—Sí —lo interrumpió el monarca. Se levantó en toda su completa e impresionante estatura—. Es fácil entender que lo estés. Con la sensación de haber sido objeto de un reproche, Chaucer se mantuvo inmóvil en la lujosa alfombra roja; contra lo habitual en él, por una vez permaneció callado mientras el rey paseaba lentamente a su alrededor. Cuando al fin se detuvo, Eduardo comentó:

—Has madurado hasta convertirte en un apuesto joven. Tu madre y tu padre siempre hablan bien de tus progresos con las letras. Desde luego,

nosotros somos los beneficiarios de tu capacidad y vemos los progresos de primera mano mientras nuestro escribiente está ocupado en otros menesteres.

—Gracias, majestad.

—Me han dicho aquellos que os han observado juntos que mi hija también te aprecia.

«Así que, como Kate me había dicho, aquí está la advertencia», pensó Chaucer. Se aclaró la garganta con nerviosismo, y después dijo:

—Sería un honor indescriptible ser admirado por una dama como ella.

El rey sonrió divertido.

—Es preciosa, ¿no es así? Me hace recordar a mi propia madre, incluso más que Isabella. Sin duda, tiene cierto parecido conmigo, ¿no crees?

—Sin ninguna duda, sire. Si se me permite ser tan atrevido como para decirlo de nuevo, porque lo he dicho muchas veces antes, tiene un asombroso parecido con mi señor Lionel.

—Ah, sí, lleva la sangre Plantagenet con la misma gallardía que su hermano. —Se sentó de nuevo en su silla de madera tallada y estiró las piernas—. Tengo planes para el futuro de mi hija, Chaucer, que son importantes para el bienestar de nuestro reino. Un día cercano se casará; te prometo que se casará bien. Por lo tanto, debo insistir en que cualquier afecto entre vosotros dos permanezca siendo solo un divertido coqueteo, un pasatiempo, si tú quieres, y que no le profeses ningún tipo de amor ni ninguna otra tontería. Antes de responder, Chaucer reflexionó un momento.

—Por supuesto, sire, cumpliré con vuestra petición. —Hizo otra pausa y agregó—: Con vuestra indulgencia, mi señor, ¿de verdad consideráis el amor una tontería?

—Joven, ahora no es el momento ideal para tal discusión.

—Lo comprendo, majestad, pero planteo esta pregunta filosóficamente y con todo el debido respeto, porque no quiero desagradaros. Solo lo pregunto porque es fácil de ver que vos y nuestra amada reina, vuestra esposa, todavía mostráis en muchas ocasiones un maravilloso afecto el uno por el otro. El rey soltó una carcajada.

—¡Muy bien dicho! Todavía eres joven, Chaucer. Algún día comprenderás las muchas formas que toma el amor. No te recomendaría el amor regio como un modelo para emular. —Luego volvió a adoptar un aire grave—. Por el momento, debo insistir en que te abstengas de cualquier

relación seria con mi hija. Es bueno y agradable para ella recibir de vez en cuando las atenciones de un caballero digno como tú. Pero no podemos crear falsas esperanzas en su corazón, porque cualquier idilio contigo no contará con mi aprobación, a pesar de tus muchas cualidades.

Chaucer se mantuvo tan impasible como pudo y respondió con una voz sin inflexiones.

—Lo comprendo perfectamente, sire. Pero permitidme que me despida de ella amablemente; es una joven sensible, como sin duda ya os habréis dado cuenta.

—Desde luego. Sé amable y dulce con ella; solo Dios sabe que se merece un poco de dulzura después de los horrores que vivió en Europa. De haber yo sabido... Bueno, no hablaremos de su desgraciado pasado ahora mismo; no podemos cambiarlo, por mucho que uno desearía hacerlo. Me alegra que hayamos llegado a esta comprensión. Ahora, si tienes la bondad de coger la pluma, te dictaré algunas cartas. El mensajero partirá por la mañana y hay mucho que escribir.

152

Durante varias horas, Chaucer escribió mientras el rey dictaba; un par de veces le pidió al soberano que hiciese una pausa para poder descansar la mano y aliviar la tensión. Era muy tarde cuando acabaron la última carta, una especialmente larga; esa sería su última oportunidad para poner en marcha el plan que él y Kate habían trazado. Alzó la mirada para saber si el rey lo vigilaba y vio que el monarca se frotaba los ojos, fatigado. Chaucer volcó el tintero deliberadamente, e hizo que la tinta cayese sobre la página. Se levantó de un salto y recogió el pergamino para contener la mancha. El rey se volvió al escuchar el súbito ruido.

—Mis disculpas, majestad —dijo Chaucer—. Tengo la mano acalambrada; por favor, perdonad mi estúpido espasmo. —Le mostró al rey el papel manchado—. Reescribiré esta carta esta noche y os la traeré para que la selléis cuando esté acabada.

El rey miró el pergamino manchado y frunció el entrecejo.

—Muy bien, pero tráelo de nuevo antes de la hora tercia de mañana. No queremos demorar la partida del correo.

—Lo haré, señor —prometió Chaucer.

Se acercó a la mesa, recogió dos hojas de pergamino y otro frasco de tinta, y con una profunda reverencia salió del despacho del rey. Había dos guardias diferentes apostados delante de la puerta de Kate, pues habían

relevado a los que permanecían vigilándola la mayor parte del tiempo. Ninguno de los dos brutos le dijo nada a Chaucer mientras él esperaba que respondiesen a su llamada.

La propia Kate abrió la puerta.

—Vuestra clase de escritura, milady —dijo Chaucer, mientras le mostraba los pergaminos y el tintero—. He corregido los errores. Su Majestad está

bastante molesto y ha aconsejado que los repasemos juntos. —Al ver su mirada de desconcierto, añadió—: Inmediatamente.

Kate miró a los guardias; no mostraban el menos interés en Chaucer, que se había ganado una reputación de excéntrico por sus exagerados manierismos.

—Oh, muy bien, si el rey insiste —asintió ella, al haber entendido finalmente el engaño de Chaucer. Cerró la puerta en cuanto este entró. Chaucer la cogió del brazo y la llevó al extremo más alejado de la habitación.

—El correo se marcha mañana por la mañana —le susurró—, así que hay poco tiempo. —Le mostró el pergamino y el tintero—. Ahora solo tenéis que decirme qué queréis que le escriba a vuestro padre.

No hubo ninguna vacilación, porque el plan había ocupado todos los pensamientos de Kate.

—Dile que nos encontraremos pasados los robles. El primero de mayo.

Chaucer se sentó a la mesa y comenzó la tarea de escribir el mensaje; solo hizo alguna que otra pausa para considerar las palabras, y un par de veces borró lo que había escrito para sustituirlo por un término nuevo. En cierto momento le hizo preguntas sobre sus intenciones y su destino. Al concluir el trabajo, le entregó la hoja a Kate, quien leyó ávidamente las líneas. Ella lo miró cuando acabó de leer.

—Un poema. Nunca se me hubiera ocurrido.

—He intentado que no se reconociera mi letra. Mis disculpas por la mala caligrafía.

—Yo misma no lo habría hecho ni la mitad de bien —afirmó Kate—, y él lo entenderá. Eso es todo lo que importa. Eres una maravilla, Chaucer. Una verdadera maravilla. —Le devolvió el pergamino, con el rostro encendido por la emoción.

Después de enrollarlo se lo guardó en la manga.

—Saldrá con el correo por la mañana. —Tomó su mano entre las suyas —. Pero antes de irme hay que atender otro asunto. —Titubeó durante unos segundos, y después dijo—: Al parecer, hemos sido muy convincentes en nuestra actuación como enamorados. El rey, como habíais dicho, ha tomado nota, con desaprobación.

—Ah, bueno, es lo que esperábamos; por cierto, lo que deseábamos. Chaucer lanzó un suspiro y agachó la cabeza.

Kate le aferró la barbilla y le levantó el rostro hasta que sus miradas se encontraron.

—No fue una actuación del todo —confesó en voz baja.

—Ah, mi querida Kate, oíros decir estas palabras... ¡Mi sangre se acelera! Os habéis convertido en el deseo de mi corazón.

Ahora fue Kate quien suspiró largamente y con fuerza.

—Sabíamos que esto podía pasar, pero el saberlo no disminuye mi tristeza en lo más mínimo. Mi admiración por tu coraje y tu lealtad hacia mí es infinita.

—Me honráis con ese sentimiento —afirmó Chaucer—. Uno no espera ganar la admiración de una dama como vos.

—Te has ganado la mía, y siempre la tendrás, mi querido amigo y compañero.

Chaucer dejó que la alabanza madurase en su corazón, pero su placer fue breve.

—Me apartaré de vos con suavidad, para no provocaros dolor. Podemos encontrarnos una o dos veces más para ultimar los detalles de nuestro plan. Pero hemos de ser cuidadosos, para evitar que el rey me prohíba del todo estar en vuestra presencia.

La joven permaneció silenciosa por un momento, y después dijo con tristeza:

—Cuando me vaya de aquí, quizá nunca vuelva a verte.

Chaucer se acercó a ella y apoyó las manos en su cintura.

—Cuando estéis lejos de aquí y de nuevo sana y salva con vuestro hijo, no sentiréis la profunda necesidad de mi compañía como sentís ahora. Me alegra y me entristece a la vez comprenderlo.

—La alegría y la tristeza se confunden a menudo —replicó Kate—, y cuando viva lejos de estos confines seguiré deseando tu compañía. Tú haces que sonría, incluso aquí. Imagina cómo sonreiría sin cadenas en mi corazón.

—Haré de esa idea mi misión —afirmó él—. Ahora dadme la inspiración que necesito para alimentarla. —La acercó a él y la besó en los labios, y, al no sentir ninguna resistencia, la ciñó en un fuerte abrazo.

El sol entraba por la ventana y recortaba la silueta del rey cuando Chaucer accedió a la sala de audiencias privadas a la mañana siguiente. A contraluz, la abultada barriga y la postura encorvada del monarca resultaban muy poco agraciadas. El joven carraspeó para dar a conocer su presencia.

—Buenos días, Chaucer —dijo el monarca sin mirarlo.

—Buenos días para vos también, majestad. He copiado fielmente la carta estropeada. ¿Debo poner el lacre?

Delante del rey había dos pilas de documentos oficiales. La pila aún por leer era significativamente más alta que la pila que ya había acabado.

—Espero que no hayas insertado una declaración de guerra en el texto.

—No, señor—respondió el joven. Se rió, con demasiado nerviosismo para su gusto.

—Muy bien, ya sabes dónde está.

Chaucer se apresuró a ir a la mesa antes de que el rey pudiese cambiar de opinión.

—Permitidme que lleve esto al correo enseguida. Después de todo, la demora en acabarla es el resultado de mi torpeza.

—Muy generoso por tu parte, maese Chaucer. Mi sirviente te agradecerá el descanso que le permites.

—Encantado de serviros, señor.

Se alejó a la carrera, con una carta en la mano y otra en la manga, ambas selladas.

Las redomas, las cubetas y los medidores estaban dispuestos en una ordenada fila a lo largo de la parte de atrás de un banco de trabajo. Un esqueleto humano completo colgaba de una percha de madera en un rincón. Por todas partes había dibujos de los órganos internos hechos por la mano de 155

De Chauliac, como aquellos que Philomène le había mostrado en la biblioteca. Alejandro permaneció en medio de todo eso y dejó que su magnificencia lo empapase.

Philomène entró, toda sonrisas. Llevaba puesto un sencillo vestido azul sobre el que se había atado un delantal con grandes y profundos bolsillos.

—Una mañana gloriosa —comentó—. Gracias a Dios por eso. Él la cogió de la mano.

—Gracias a Dios por tus dulces labios.

—Y por los tuyos. —La muchacha se puso de puntillas y lo besó suavemente, demorándose por un momento—. Creía que nunca llegaría a conocer tanto placer. Y ahora conoceremos el placer de trabajar juntos en nuestro menester.

—Mi buena fortuna continúa asombrándome. —Echó una ojeada a la habitación, y de nuevo se sintió admirado por lo que veía—. Está incluso mejor equipado de lo que podía imaginar.

—Lo sé. Me temo que si alguna vez me veo forzada a hacer mi trabajo en alguna otra parte, aquel lugar se quedará muy lejos de lo que hay aquí.

—Solo nos falta la presencia del maestro para comenzar.

—Ah —dijo ella—. De Chauliac no se reunirá con nosotros hoy; todavía está en la cama, descansando.

El primer momento de desilusión dio paso a la comprensión de que tendría a Philomène para él solo durante todo el día.

—Entonces comencemos.

La primera de las páginas que necesitaban corrección y verificación yacía delante de ellos en una mesa. Muy pronto establecieron un ritmo de trabajo; Alejandro leía el texto, un párrafo a la vez, y luego los dos discutían la exactitud de las palabras. Después Philomène escribía las correcciones en las páginas para que las leyese De Chauliac. De vez en cuando discutían lo que podrían parecerle irrelevancias a cualquiera que no conociese a De Chauliac tan a fondo como ellos. A menudo, las discusiones giraban alrededor de una única palabra, que uno encontraba satisfactoria y el otro deficiente.

«De elefantiasis, varicelas e inflamaciones de la vena media, y grandeza sin par... »

Grandeza, largueza, inmensidad... Evaluaban distintas palabras, hasta que finalmente se decidían por la primera.

Cada poco tiempo, Alejandro dejaba la sala para ir a ver a Guillaume, cuyo nuevo compañero parecía ser bastante amistoso. Alejandro sufría un poco al ver que el niño no parecía extrañar a su abuelo, pero aquello le permitía la libertad de prestar atención al trabajo. Continuaron hasta la noche y compartieron la cena en la sala, cuando el resto de la servidumbre de la casa, incluido De Chauliac, ya estaban acostados.

OceanofPDF.com

Cada día, al acabar el trabajo, compartían la tarea de cuidar los instrumentos, y trabajaban codo a codo con alegría. Una noche en que se ocupaba de lavar los instrumentos antes de guardarlos, Alejandro miró a Philomène. La joven arreglaba las páginas en las que habían trabajado aquel día, y no se dio cuenta de su observación, porque el tintineo metálico continuó

mientras él la espiaba. Al contemplarla, comprendió que había llegado a conocer a fondo a esa mujer.

«Es así como marido y mujer deberían compartir su tiempo», pensó. Por un momento, sus pensamientos se dirigieron a Rachel y a los servicios prestados a su familia en Aviñón. ¿Cuántas veces su propio padre lo había urgido para que se casase con ella? No las podía contar. En su corazón, sabía que habría sido una esposa buena y obediente. Con el tiempo habría llegado a quererla, como había dicho su padre. Sabía con toda certeza que eso era lo que la propia mujer deseaba.

Pero él nunca la habría amado de verdad, no de forma tal que le hubiese permitido pedirle a ella que compartiese la vida truncada que tenía por delante. Había amado a Adele con una parte de su corazón cuya existencia desconocía. Y sabía que aquel sentimiento se había perdido para siempre; el peligro de su tiempo, la urgencia de su cortejo, su propia inocencia juvenil: aquellas condiciones nunca se volverían a repetir. Pero Philomène era una camarada de su mente, de su propia alma. Había llegado a valorar las horas que pasaban juntos más de lo que era capaz de explicar.

La joven alzó la mirada de las hojas y vio que él la observaba. Sonrió, y por unos instantes Alejandro no echó en falta a su hija.

Cuando lo llamaron a la noche siguiente a la habitación de De Chauliac, Alejandro supuso que era para hablar de su progreso en el trabajo del libro. Pero muy pronto comprendió, por la expresión de su mentor, que ese no era su propósito.

En una bandeja dorada, al pie de la cama, había una carta. El sello estaba roto. De Chauliac se la señaló con un leve movimiento de la barbilla.

—Adelante —dijo—. Puedes leerla.

Alejandro cogió la carta. Echó una ojeada al sello, y después miró a De Chauliac.

—Llegó a mediados del verano de 1349. Ábrela y lee lo que el rey de Inglaterra tenía que decir sobre tu fuga con Kate.

Alejandro desenrolló el pergamino y comenzó a leer la carta. Estaba escrita en un francés cortesano por una mano elegante y empezaba con los habituales y floridos saludos, que pasó por alto. El tono de la misiva no era amistoso, pero 157

tampoco estaba cargado de furia. Se paseó con nerviosismo mientras sus ojos recorrían la página.

Nos resulta desde luego curioso que el médico seleccionado por vos apara atender a nuestra corte pudiese ser un hombre al que solo podemos describir como de dudosa ascendencia.

—Dudosa ascendencia —dijo Alejandro en voz alta. Miró a De Chauliac—. Qué delicadamente expresado. —Volvió su atención a la página y leyó.

Recordaremos, por supuesto, estos acontecimientos, pero es nuestra sincera esperanza que nunca se presente la ocasión en que nos sintamos obligados a tratar el asunto con el Santo Padre.

—En otras palabras, usará esto contra ti poniéndolo en conocimiento del Papa cuando lo crea conveniente.

—Era su carta de triunfo —dijo De Chauliac—, pero nunca hizo uso de ella. Clemente murió antes de que él pudiese hacer su jugada.

—Pero ¿por qué no planteó este asunto al nuevo Papa, si tus acciones habían sido tan deplorables?

—Jesucristo dijo: «Dad al César lo que es del César», y el mismo principio se aplica aquí. Por ser de una fe diferente, quizá no lo sepas.

—Pues resulta que he leído ese pasaje con Guillaume mientras estudiaba tu Biblia.

—Hay que felicitarte, colega, por tu amplitud mental en la educación del chico. Me atrevería a decir que yo mismo no lo hubiese hecho, si la situación fuese a la inversa. En cualquier caso, un nuevo Papa rara vez se interesa por los problemas de su antecesor. Está más interesado en crear los propios, si la historia sirve para algo. Cuando murió Clemente, Eduardo perdió su oportunidad.

Alejandro leyó el resto de la carta rápidamente. Había vagas amenazas de venganza si la niña no era devuelta, pero en conjunto era mucho menos virulenta de lo que habría esperado. Devolvió el pergamino.

—Me da la impresión de que en aquel momento se sintió feliz de verse libre de ella, y que sus protestas eran más una manera de presionar al Papa.

—Efectivamente —asintió De Chauliac—. Pero las circunstancias han cambiado, como tienen el desagradable hábito de hacer.

—Ahora, cuando ella podría serle útil, la tiene.

—Sí, pero no por mucho tiempo, esperemos.

De Chauliac levantó la manta y buscó por debajo de ella, y al cabo de un momento sacó otro pergamino, que depositó en la bandeja. 158

—Esto llegó por correo a última hora de la tarde, mientras tú todavía estabas absorto en tu trabajo con Philomène. Naturalmente, no quise interrumpirte. Creo que la carta va dirigida a ti aunque lleva mi nombre en el sobre. De nuevo, es de Inglaterra, y, cosa curiosa, tiene el sello del rey. Alejandro cogió el pergamino y lo sostuvo en las manos, casi sin tocarlo. Lo miró del derecho y el revés como si quisiese determinar si era real o una simple invención de su mente.

De Chauliac resolvió el dilema por él.

—Ábrelo —le ordenó el francés—. Léelo.

Alejandro se sentó en una silla de respaldo recto junto a la cama de De Chauliac, con la mirada fija en el pergamino. Desenrolló despacio la única página y, tras una rápida ojeada, miró a De Chauliac.

—¡Inglés! —exclamó, sorprendido—. Pero ¿quién...? ¿Cómo...?

—No lo sé, dado que yo no leo ese idioma. Aunque la carta llegó con su sello, no creo que Eduardo sepa escribir en inglés. Quizá haya desarrollado una inclinación académica a su avanzada edad y le interese la lengua hablada por las clases bajas de su reino, pero me cuesta creerlo. Por lo tanto, presumo que va dirigida a ti. Si no es así, si resulta que el destinatario soy yo, de todos modos dependerá de ti, porque soy incapaz de descifrarla. Así que léela, colega, y después dime qué dice; ardo en curiosidad.

159

14

Michael oía su respiración dentro del traje, pero no el clásico silbido que indicaría una fuga. El resto de los viajeros se mantuvo a una distancia prudencial mientras él caminaba lentamente por las agrietadas aceras hacia el primero de los tres puntos de recolección, y eludía cuando podía los manojos de hierbas secas que sobresalían entre el cemento y crujían bajo sus pesadas botas. Mientras subía con mucho cuidado los escalones de entrada del edificio Victoriano abandonado, miró a un lado y a otro y se preguntó si los espíritus de los ocupantes de otros tiempos estarían acechando desde otra dimensión, observando mientras él invadía su antiguo

hogar con su traje alienígeno. Era incapaz de imaginar lo que podrían pensar de él. ¿Habría algún niño de pantalón corto con un aro, o una dama victoriana con el vestido almidonado y los brazos cubiertos con encaje incluso en el más caluroso día de verano?

¿Quizá alguna viuda vestida de negro, con un broche de perlas en el ajustado cuello de su camisa y un chal sobre los hombros, como si quisiese mantener a raya al demonio verde?

Llegó delante del mostrador de la cocina; tenía que pasar el bastoncillo por la superficie, justo a la derecha de la pila. Hizo su trabajo rápidamente y después guardó los bastoncillos en su recipiente. Cuando acabó, echó una rápida mirada en derredor.

El lugar parecía desierto, pero en todas partes había pruebas de vida animal. Se abrió camino a través de las telarañas que unían los pocos muebles, tan estropeados que no valía la pena robarlos. Insectos petrificados, pequeñas deyecciones negras; recorrió todo con la mirada al ritmo de la respiración dentro del casco. A lo largo del alféizar de la ventana vio huellas de zarpas. Por la campiña había gatos monteses, aquellos que habían conseguido escapar de sus primos depredadores. Podían ser muy fieros si se los provocaba o estaban 160

hambrientos, y los desgarros producidos por sus uñas le estropearían para siempre el traje. Se mostró más alerta que nunca.

Le llamó la atención una puerta abierta al final de la cocina, y asomó la cabeza con cuidado. Acurrucada en un montón de trapos había una gata con su camada. En una esquina, como si los hubiesen ordenado allí, había una pila de restos de roedores, algunos esqueléticos, otros cubiertos con gusanos. La gata se levantó, y todos los gatitos cayeron de sus tetas sobre el montón de trapos. El animal era piel y huesos, y le gruñó mostrándole los dientes. Él retrocedió sin apartar la mirada. Se apresuró a salir de la casa y bajó los escalones podridos, confiando en no pisar un escalón roto. Los otros lo ayudaron a montar en Galeno. Se levantó el visor y respiró

profundamente.

—He visto pruebas de que hay muchos más ratoncillos y ratas que la última vez que estuve aquí. No sé lo que significa, pero sé que no me lo estoy imaginando.

Miró a Janie, que sacó su preciosa libreta y tomó unos pocos apuntes. Se marcharon a toda prisa hacia los otros dos puntos de recogida; Michael

fue rápido y eficaz en la obtención de las muestras necesarias y, de nuevo, comentó

el aumento de la población de roedores.

El sol estaba casi en su punto más alto cuando al fin pudo quitarse el traje y vestirse con sus prendas normales. Con las muestras guardadas en las respectivas cajas de cepillos de dientes, los viajeros abandonaron agradecidos la zona caliente y continuaron la marcha.

El descenso a Orange fue más fácil esta vez, porque se había derretido casi todo el hielo con la llegada de la primavera. Arribaron a última hora de la tarde, para gran alivio del resto del grupo, que les dio la bienvenida. La paciente de Janie fue llevada a su propia habitación, de nuevo por su padre, rodeada por los otros niños de Orange, todos ansiosos por saber de su gran aventura en el mundo exterior. Ninguno de ellos sabía lo cerca que había estado su aventura de terminar en tragedia.

Después de ver acomodada a su paciente, Janie le hizo otra prueba del nivel de azúcar en la sangre y luego le administró la dosis correcta de insulina, y por un momento se preguntó cómo harían para determinar la dosis adecuada cuando se acabasen las tiras de reactivos. Esperó a que la niña estuviese de buen ánimo, para dejarla al cuidado de su padre y salir al exterior. Exploró sin vergüenza, con una excitación semejante a la que habría experimentado en un país extranjero. Contó treinta y dos personas en Orange, incluidos seis niños; una pequeña ciudad por propio derecho. Los adultos tenían un maravilloso surtido de oficios: carpinteros, albañiles, mecánicos, agricultores, electricistas, cosas de las que carecían en su propio mundo. Lo que quedaba de la tarde pasó rápidamente, entretenida por los descubrimientos. 161

—Una sociedad avanzada —le susurró Michael cuando se sentaron a la mesa en los lugares asignados—. Nos llevan una legua de ventaja. Janie pensó que era un comentario curioso. Se inclinó hacia su compañero.

—No creo que esto sea una competición, Michael. Lo único que intentamos todos es mantenernos a flote.

—No estoy de acuerdo. Hacerse con la ventaja a la hora de sobrevivir es la mayor competencia de todas. —Echó una ojeada a la gente de Orange, que se sentaban a cenar—. Lo mismo que la política, la evolución social es algo local. Tienen siempre a mano a las personas para hacer las cosas que necesitan; cosas por las que nosotros tenemos que luchar.

—Pareces olvidar que la razón de que estemos aquí es por algo que hizo Kristina. Hay una niña pequeña que no habría sobrevivido sin el fármaco que ella le proporcionó.

—Por supuesto, hay un hueco en su haber. Pero estoy hablando más de las habilidades físicas que tienen. ¿No sería fantástico disponer de nuestra propia manera de solucionar cualquier avería?

Janie pensó en la vez que se había trabado uno de los molinos y no giraba. Tom había tenido que subir por la estructura, con Janie aguardando al pie, para averiguar que se había estropeado uno de los cojinetes. Ella había subido con más herramientas, y los dos habían pasado casi una hora a diez metros por encima del suelo, castigados por el viento de enero. Los guantes eran incómodos y casi se le habían helado los dedos para cuando terminaron. A Janie le dolieron los muslos durante días debido al esfuerzo de mantener el equilibrio contra el viento, enganchada a un delgado travesaño. El trabajo los agotó de una manera que nunca habría imaginado. Pero ella sabía mejor que nadie que las partes se gastaban en las máquinas y en las personas; no había manera de evitarlo.

—Supongo que sería fantástico —admitió.

Él acercó la silla al borde de la mesa. Como si le hubiese leído el pensamiento, comentó:

—Es así como comienza el comercio. Ellos reparan los molinos, nosotros producimos insulina. Mecánica —añadió mostrando una palma— y medicamentos. —Mostró la otra palma con una sonrisa—. Mira a tu alrededor

—dijo, paseando la mirada por las amistosas y enérgicas personas que se estaban sentando. Se acercó a Janie—. Esta noche somos una delegación comercial. Veamos qué pasa.

—¡Eh, jefe, tenemos un mensaje!

Bruce dejó a un lado los instrumentos de laboratorio y siguió a Fredo al centro de comunicaciones. Cuando llegaron allí, Fredo se sentó delante del

ordenador y escribió unas pocas líneas de órdenes, mientras Bruce permanecía de pie a su espalda y miraba cómo pasaban las líneas de código por la pantalla.

—Dame un segundo —dijo Fredo—. Tengo que pasar todas estas líneas de encabezamiento para llegar al texto del mensaje. Cuando acabes de leerlo, quiero mostrarte otra cosa. Podríamos tardar un momento. Al faltar

algunos de los caminos esenciales, la ruta electrónica que tenía que seguir cada mensaje después de haber sido capturado era bastante larga.

—Las máquinas que albergan los puntos de conexión probablemente ya no funcionan —explicó Fredo—. Pero no puedo ser el único en salir a buscar recambios.

El programa espía que Fredo había proyectado al espacio digital había encontrado un lugar en alguna parte, pero aún no había podido localizarlo con exactitud. Ya no había registros de dominios que les informaran dónde estaba situado el servidor de aquella URL en particular.

Las líneas de código finalmente se acabaron. El cursor parpadeó al principio de un bloque de texto.

—Ya era hora —dijo Fredo—. Echa una mirada.

Se levantó para que Bruce ocupase su asiento delante de la pantalla, y permaneció detrás mientras él leía una larga lista de ciudades. Al cabo de un rato, Bruce se echó hacia atrás.

—Lo mismo que recogimos la última vez. Es una lista de ciudades donde tendrá lugar la próxima ronda de encuentros. —Señaló unas pocas líneas del texto—. Nosotros estamos en la lista. Sin embargo, todavía no hay fechas. Esperemos que aparezca pronto. —Se levantó de la silla y le hizo un gesto a Fredo para que volviese a sentarse—. Bueno, ¿qué querías mostrarme?

Fredo hizo pasar de nuevo el código, pero apretó la tecla de pausa varias veces para detenerlo y luego seguir avanzando, hasta que llegó a un punto determinado.

—Aquí está —dijo, señalando la pantalla—. Una copia del mensaje va a la izquierda.

—¿Qué significa que va a la izquierda?

—Se copia a sí mismo y se vuelve a enviar a otro receptor diferente. Puedo señalar el servidor que lo hace. —Recitó la URL en voz alta—. Pero no sé dónde está situado físicamente.

—¿Podría ser... quiero decir, podría la Coalición...?

—Podrían estar interceptando los mismos mensajes que nosotros.

—¿Podrían encontrarnos a través de este?

—Probablemente no tienen más accesos a ubicaciones de URL que nosotros. Pero si va a haber una reunión delta en Worcester, y hemos recogido tantos positivos por aquí...

Fue Steve Roy quien adoptó el papel de ministro de relaciones exteriores. Asombró a sus invitados al sacar copas de vino y un pequeño barrilito de madera.

—Vino casero hecho de uvas silvestres —explicó con una sonrisa—. Las encontramos no muy lejos de aquí. —Abrió el espiche del barril, y un líquido rojo oscuro fluyó en las copas. Cuando todos estuvieron servidos, levantó su copa y brindó—. Queremos daros la bienvenida a Orange, y esperamos en el futuro dar la bienvenida a otros miembros de vuestra comunidad. Hemos estado guardando este vino para una ocasión especial, y todos estamos de acuerdo en que es muy especial teneros aquí. Sé que han sido unos días de locura para todos nosotros, pero el resultado ha sido maravilloso. Sin embargo, queremos disculparnos con Michael por el incidente de la falsa detención... Michael soltó una carcajada.

—Podéis encerrarme en vuestra biblioteca cuando queráis.

—Lo comprendemos. Así que nos hemos tomado la libertad de hacerte una tarjeta de socio para ti.

Steve le dio un pequeño trozo de madera con las palabras «Biblioteca Pública de Orange» grabadas en la superficie.

Todos aplaudieron; Michael sonrió complacido. Steve se volvió hacia Janie.

—Queremos darte las gracias por salvar a una de nuestras niñas. Esto dio lugar a una serie de murmullos de asentimiento alrededor de la mesa. Él le entregó un pequeño paquete, envuelto en una bonita tela azul y atado con un lazo de lino. Janie desató el lazo y abrió los pliegues de la tela y se encontró con un corazón de madera con un cordón de cuero. Se lo ató alrededor del cuello y se lo mostró a los demás.

—Gracias —dijo Janie—, pero no lo hice yo sola. Kristina se merece la mayor parte del mérito. Ella fue quien encontró la manera de producir la insulina. Yo no habría sabido por dónde empezar.

—No obstante —replicó Steve—, tú has sabido qué hacer con ella, cuánto suministrarle; no hemos tenido aquí un médico en mucho tiempo. Lany tiene algunos conocimientos y hace lo que puede, pero tener un médico de vez en cuando sería maravilloso.

Entonces llegó la oferta, mucho más rápido de lo que Michael o Janie esperaban.

—Vayamos directamente al grano —continuó Steve—. Nos gustaría proponer un intercambio. Para nuestro mutuo beneficio. Nosotros

enviaremos a nuestros técnicos si vosotros mandáis aquí a vuestro médico y a vuestra farmacéutica. Durante unos períodos muy cortos, por supuesto. —Miró

alternativamente a Janie y Michael—. Nos necesitamos los unos a los otros. Ahí

fuera hay un mundo cruel.

—Lo sabemos —respondió Michael después de un breve silencio.

—¿Qué pensáis de la oferta?

Janie y Michael cruzaron una mirada.

—Dadnos un momento —pidió Janie.

Se levantaron de la mesa y fueron a la biblioteca.

Michael fue el primero en hablar.

—Ni siquiera sé por qué estamos discutiendo esto. Es muy sensato.

—Por supuesto que lo es —manifestó Janie—, pero tendré que estar periódicamente lejos de mi familia.

—Algunos de ellos también —le recordó Michael—. Mira, Janie, esto no tiene por qué ser todas las semanas. Unos pocos días, una vez cada dos meses, como hacían los médicos itinerantes de antaño. —Añadió una imagen que sabía que Janie no podía pasar por alto—: Como hizo la hija de aquel tipo, Alejandro, en el diario.

Michael no jugaba limpio al sacarlo a relucir; ella no hizo ningún comentario.

—¿Nosotros qué ganamos en realidad?

—Una vida más cómoda —respondió él con sencillez.

Por mucho que lo intentó, Janie fue incapaz de encontrar una réplica a esta franca lógica.

—No más de una vez al mes —manifestó—. Esta noche examinaré a unos cuantos y al resto mañana; después emprenderemos el regreso.

—Creo que es razonable.

Volvieron a la mesa y comunicaron su respuesta, que, como esperaban, fue aceptada con entusiasmo.

—Bien —le dijo Janie al hombre de mediana edad sentado delante de ella—

, pareces estar fuerte como un roble.

El hombre era el carpintero.

—Debe de ser por todo el trabajo que hago al aire libre —respondió.

—Probablemente tengas razón. Tu único problema real parece ser una leve tendinitis. —Le volvió a sujetar la muñeca y apretó ligeramente. El carpintero reaccionó con una mueca—. Puedo ponerte una férula, si quieres.

—Tampoco está tan mal.

—Cuando no está tan mal es cuando comienza a estar muy mal.

—¿Durante cuánto tiempo tendré que llevar puesta la férula?

—Eso lo tendrás que decidir tú. Unos pocos días; después te la podrás quitar y ver cómo te sientes.

—Podré seguir trabajando, ¿verdad? Tengo un par de proyectos en marcha. 165

—Si tienes cuidado. Pero lo mejor sería darle reposo. Dejar que baje la inflamación. El calor y la humedad te ayudarán. Si te duele, moja una toalla en agua caliente y te la pones alrededor de la muñeca.

—Puedo tomar algo, ¿quizá alguna hierba?

—Te vendría bien un poco de corteza de sauce blanco. Contiene salicina, que es similar en su contenido químico a la aspirina. Estuvo a punto de añadir: «Traeré unas cuantas aspirinas en nuestro próximo viaje», pero se contuvo. Al inspeccionarlo, había encontrado que el botiquín de Orange era pobrísimo, y que solo había doce aspirinas —viejas, desmenuzadas y grises— que guardaban para algún caso extremo. Janie dudaba que tuviesen alguna utilidad; los compuestos tenían el molesto hábito de desintegrarse con el tiempo, incluida la aspirina. Pero, si bien los productos requeridos para la síntesis de la aspirina de verdad crecían en los árboles, harían falta muchos esfuerzos de Kristina y tiempo de laboratorio para producirla. Cuánto estaban dispuestos a donar a la causa solo se podía determinar mientras la alianza se desarrollara a lo largo del tiempo. La noche anterior, antes de irse a la cama, ella y Michael habían hablado más a fondo del tema de la nueva alianza.

—Tendremos que tomárnoslo con calma —había dicho ella—. Debemos asegurarnos de que contamos con lo que necesitamos antes de darlo.

—En este momento ellos discuten lo mismo —había replicado Michael —. Tienes razón, por supuesto; hay que avanzar despacio. Todo funcionará bien con el paso del tiempo.

—Creo que prescindiré de la férula—dijo el carpintero mientras se levantaba—. Pero tendré cuidado.

—Por favor, tenlo —contestó Janie—. Tenemos una verja para reparar cuando vengas a nuestro campamento.

Los niños de Orange parecían estar todos muy sanos. Interrogó a los adultos en detalle sobre las vacunas, las propias y las de los niños nacidos en el tiempo anterior. Todos los mayores de cincuenta años habían sido vacunados contra la viruela. La mayoría habían tenido las enfermedades infantiles comunes —sarampión, paperas, rubéola, varicela— y los niños mayores habían recibido todas las vacunas adecuadas. Eran los pequeños, los nacidos después, los más vulnerables. Pero no vivían en una sociedad abierta donde el riesgo de infección de tales enfermedades era alto; vivían protegidos en virtud de su aislamiento. Dicho eso, aún necesitaban la vacuna contra el tétano y contra la viruela, si por algún siniestro milagro esta encontraba la manera de salir de su almacenamiento en Atlanta o en Kiev.

—Kristina va a estar muy ocupada durante un tiempo —le dijo Janie a Lany mientras se preparaban para partir.

166

El electricista, un negro larguirucho llamado James, fue el primero de los

«delegados» visitantes. El grupo —Janie, Michael, James, Lany y Evan — inició

el viaje a primera hora de la mañana siguiente, con una acémila para llevar todo el equipo. Realizaron el viaje en menos de la mitad del tiempo requerido para la ida.

Alex y Sarah salieron corriendo cuando escucharon la conmoción de la llegada. Ambos se detuvieron bruscamente al ver a James. Habían visto fotos y películas, pero ninguno de los dos había visto antes a un ser humano de piel oscura.

«Oh, Dios, por favor —rezó Janie mientras se apeaba del caballo—, que sean corteses.» Afortunadamente lo fueron, y solo dijeron «hola» cuando se hicieron las presentaciones.

—¿Dónde está papá? —le preguntó Janie a Alex cuando acabó de abrazarlo.

—En el granero. Iré a buscarlo.

El niño se marchó a la carrera. Unos minutos más tarde, Tom salió del granero y, cuando vio que su esposa había vuelto sana y salva, dejó caer la bala de heno que cargaba y corrió hacia ellos.

—Perdonadnos un momento —dijo Janie. Estrechó a Tom entre sus brazos y lo retuvo, hasta que la cortesía impuso separarse. No se tardó mucho en explicar la presencia de James.

—Bueno, mi esposa no es la única persona que me alegra ver —dijo Tom mientras estrechaba la mano de James. Miró al cielo—. No es que quiera darte prisa, pero todavía hay luz suficiente; ¿por qué no vamos hasta la central eléctrica después de que te acomodes?

Poco más tarde, mientras él y James pasaban por el lugar de la vista panorámica, Tom comentó:

—Es frustrante mirar allá abajo y ver todas aquellas torres. Absolutamente inútiles.

—No serían inútiles si hubiese una señal —replicó James, casi con despreocupación—. Algo allí afuera tiene que estar emitiendo, desde algún lugar.

Tom se detuvo y se volvió.

—¿Quieres decir que se podrían poner en funcionamiento?

—Desde luego. No son más que puntos de retransmisión. No trabajan en el verdadero sentido de la palabra. Solo repiten una señal que se origina en alguna otra parte. El caso es que deben estar apuntadas en la dirección correcta.

¿Recuerdas los lugares sin cobertura donde los móviles no funcionaban?

—¿Quién no?

—Eso ocurría cuando los móviles se encontraban con algún obstáculo. Ya sabes, edificios...

167

—¿Montañas?

James sonrió y recorrió con la vista la ladera hasta la cima.

—Sí, una montaña podría interponerse en el camino.

Caminaron el resto del sendero hasta la central eléctrica. James hizo una rápida inspección del equipo, pero profunda, al parecer.

—Creo que está muy bien. Pero hay algunas cosas que necesitas hacer regularmente para mantenerla de esa manera. —Recitó una lista de lubricaciones y ajustes. Tom prestó mucha atención.

Salieron a la luz del atardecer. James miró hacia la torre del molino de viento, y después de nuevo a Tom.

—¿Hay tiempo para que suba?

—Creo que sí —respondió Tom—. Pero ten cuidado. Eres el único electricista por aquí.

—Claro.

Subió por un costado de la torre como una araña gigante, moviendo rítmicamente sus largas piernas y brazos. En mitad del tiempo que Tom solía tardar en hacer la misma subida, James estaba en lo alto. Se enganchó a uno de los soportes de la parte trasera de la unidad de rotación y miró al valle. Observó

durante un par de minutos con una mano a modo de visera sobre los ojos, después soltó el cinturón de seguridad y bajó.

—Hay espacio suficiente allá arriba para instalar una célula —comentó —. Hay dos células allá abajo que vemos desde Orange. Si pudiésemos situarlas correctamente, y si todavía quedan células en ellas, podríamos montar una red entre nosotros.

—Bromeas.

—No.

—Entonces déjame formular la pregunta estúpida. ¿Por qué no lo habéis hecho hasta ahora?

James se echó al hombro la bolsa de herramientas.

—No estoy seguro de que alguno de nosotros quisiera comunicarse con alguien ahí afuera. No todos son amistosos.

Tom asintió.

—Pero ¿se podría hacer?

—Hay muchos problemas que resolver, muchos de verdad. Pero, si tenemos los materiales necesarios, podríamos conseguirlo.

La noche era despejada y la media luna proyectaba una suave luz en el claro que había junto a la casa. Las estrellas resplandecían mientras Kristina y Evan Dunbar estaban sentados en un banco cerca de un roble. Una suave brisa 168

soplaba las hojas caídas del otoño anterior alrededor de sus tobillos. Kristina se agachó para formar una pila con las hojas alrededor de sus botas.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Evan.

—Tengo frío en los pies —explicó la muchacha—. Desearía que hiciera calor, cuanto antes.

—Yo también —dijo Evan—. Viví en California toda mi vida hasta que mamá y yo vinimos aquí. Todavía no me he acostumbrado.

—¿Cómo es California?

—¿Ahora? En realidad no lo sé. Antes era muy bonito. Mucha gente, pero bonito. Vivíamos en un buen barrio, tenía muchos amigos...

—Nunca fui allí... antes. Desearía haberlo hecho. Lo más probable es que nunca salga de aquí.

—Eso no lo sabes. Siempre existe la posibilidad de que lo hagas. Quizá las cosas mejoren mucho.

—Pasará mucho tiempo antes de que el mundo vuelva a parecerse a lo que era.

—Quizá nunca vuelva a ser lo que era —afirmó Evan. Una breve racha de viento lo hizo estremecer—. Pero eso tampoco es tan malo. Había también muchas cosas feas en el otro mundo. Algunas de ellas no las echo en falta en absoluto.

—¿Extrañas a tus amigos?

Por unos momentos él permaneció callado, como si recordase algo específico. Al cabo respondió:

—Sí. Echo de menos a mis amigos. Mucho. También extraño a mis hermanas.

—¿El DR SAM?

—Sí.

—Yo nunca tuve hermanos —dijo Kristina.

Evan la miró, sorprendido.

—¿Qué pasa con Alex?

—Oh —exclamó ella, y contuvo el aliento—, me refiero a cuando era más joven. Como tú. ¿Tus hermanas eran mucho más jóvenes que tú?

—Julia era ocho años menor; casi un bebé. Frannie tenía cuatro años menos que yo, lo bastante mayor para ser a veces un incordio. Pero era divertida y muy inteligente. —Se rió un poco—. Me ayudaba con mis deberes de inglés cuando yo estaba en los primeros cursos del bachillerato y ella todavía estaba en la primaria. Podía deletrear cualquier cosa. Además era un genio con la *Rueda de la Fortuna*. Algunas veces resolvía los crucigramas en blanco. —Sonrió

al recordarlo.

Kristina también se animó.

—Aquel programa me encantaba.

De pronto se levantó una brisa primaveral; Kristina se estremeció. Muy lentamente, Evan le pasó un brazo por encima de los hombros. Ella se volvió

hacia el muchacho y le sonrió.

—Gracias.

—No, no hay de qué —dijo él. Después, armándose de valor, se acercó un poco más—. ¿Qué tal?

Ella se apoyó en su cuerpo para disfrutar de su calor.

—Me agrada. Mucho. Me encanta haberte conocido, Evan.

—Yo también me alegro de haberte conocido.

Miraron las estrellas durante unos minutos antes de que Evan hablase de nuevo.

—¿Qué quieres hacer si las cosas alguna vez vuelven a ser normales?

—Solo vivir —respondió ella con aire soñador—. Ya sabes, una vida de verdad.

—Sí, yo también.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. Él apoyó la suya en la de Kristina. Permanecieron callados y pensaron en sus futuros individuales. Un meteorito cruzó el cielo por encima del claro.

—Quizá es una señal —dijo Kristina, y apuntó hacia el cielo.

—¿Una señal de qué?

—De que viviremos.

15

A mitad de la lectura, Alejandro levantó la mirada de la página y le dijo a De Chauliac:

—Esto a duras penas se puede llamar una carta. Es un poema. Lo leyó en voz alta desde el principio, en inglés, mientras De Chauliac escuchaba.

Vive allí una dama de cabellos de oro,
prisionera en un castillo construido ha mucho.
Sus captores, rebosantes de inquina y odio,
planean ahora hacer más amargo su sino.
La casarán con un hombre tan siniestro y vil
que su visión borraría la sonrisa de un ángel.
Pero, en la víspera del uno de mayo,
se vestirá con guirnaldas de flores y huirá

para cabalgar la noche entera y por la mañana pasar entre dos amantes robles, uno hombre, el otro mujer, que, unidos en un atrevido abrazo,

vigilan la entrada a un antiguo lugar

donde los sonidos y las visiones etéreas son norma y brilla el sol cuando las tormentas azotan al mundo. Allí, a salvo, aguardará con ansia a su amado padre, confiando en que acuda sin tardanza.

—Dios mío —exclamó. La página tembló en sus manos.

—Colega —dijo De Chauliac con la voz cargada de preocupación—, ¿qué

pasa?

171

—Por fin ella me llama al rescate. —Alejandro miró directamente a su mentor—. ¿Qué día es hoy?

—Seis, no, espera, 7 de abril.

Alejandro dejó la página sobre la cama y permaneció inmóvil en la silla.

—¡No me tengas en suspenso!

Los confusos pensamientos de Alejandro por fin se aclararon.

—Chaucer está en Windsor, ¿no es así?

—Te dije que está allí. Pero ¿eso qué tiene que ver?

—Creo —dijo el médico con creciente agitación— que él escribió esto. Hablamos en inglés en muchas ocasiones y él sabe que también lo sé leer. Me atrevería a decir, De Chauliac, que tienes razón. Cuando yo estuve allí, el rey sabía muy poco del idioma y no podía descifrar lo escrito. En Francia, todavía son menos; tú mismo, un hombre educado, eres incapaz. Chaucer lo sabe y lo escribió como un código que pocos excepto yo podían entenderlo. Escucha, te diré lo que significa, en francés.

La traducción no fue exacta, pero De Chauliac comprendió claramente el significado.

—Uno de mayo. —Se sentó más erguido en la cama—. Ha escogido la fecha sabiamente. Sería antinatural por parte de los soldados del rey salir al campo esa noche, y muy normal para una mujer salir y moverse por allí. Según cómo se vista, quizá podrían tomarla por una celebrante, incluso por una bruja. Pero no la molestarían. Astuto, muy astuto.

—No lo entiendo.

—Los campesinos no siempre han sido cristianos allí —explicó su mentor—

. Hace mucho tiempo había sacerdotes de una naturaleza diferente, paganos, que adoraban cosas de la tierra, y no del cielo. En su mayor parte han pasado a la historia, pero sus tradiciones están profundamente enraizadas en las personas. En la noche del 30 de abril, las doncellas bailan alrededor de un alto poste sujetando cintas a la luz del fuego; se elige entre ellas a una reina de mayo. El rey hace ojos ciegos, porque mantienen a su gente feliz; al menos por una noche.

—Tres semanas —susurró Alejandro, que miró a De Chauliac—. Debo partir de inmediato.

—Sí —asintió De Chauliac en voz baja—. Justo cuando acabábamos de tenerte de nuevo entre nosotros.

Alejandro encontró a Guillaume en la habitación del ático, sentado en una silla junto a la ventana. La luz de la tarde proyectaba un cálido resplandor a través del cristal, y los cabellos del niño resplandecían con sus rayos.

—¿Qué absorbe tanto tu atención, jovencito?

—Estoy leyendo la Biblia que monsieur de Chauliac me prestó.

—Ah, sí. Desde luego me aseguraré de darle de nuevo las gracias por permitirte ese privilegio.

La Biblia que De Chauliac le había enviado a él muchos años atrás, un sencillo volumen en latín, era el libro que Alejandro había utilizado para enseñar a leer a Guillaume. La primera parte del libro le era conocida, porque contenía las enseñanzas y la historia de su propia gente, pero la segunda era nueva para él. Al leerla por primera vez, recordó sus primeras enseñanzas sobre el cristianismo a manos de un sacerdote loco de Inglaterra, y cómo casi había aullado de desesperación ante la insistencia del hombre en que Jesús había nacido de una virgen.

«Imposible.» Imposible de creer y, sin embargo, lo creían fervientemente; algunos tan fervientemente que dedicaban la vida a glorificarla. Pero él no le ocultaría esa historia al niño, por muy insensata que la considerase, porque su madre —al menos por herencia— era cristiana, y, aunque en sus viajes juntos ella no practicaba con regularidad los rituales de dicha religión, a menudo invocaba a la Virgen María para que la protegiera, o como parte de una oración rápidamente dicha. En honor a eso, él permitía a Guillaume que aprendiera sobre Jesús, e incluso lo alentaba a ello.

—Mira, *grand-père*, hay ilustraciones.

La Biblia de De Chauliac estaba hermosamente ilustrada, con coloridas pinturas y letras magníficamente trazadas con tinta de oro. Eran las ilustraciones más que las letras lo que fascinaba a Guillaume. Admiraron juntos las delicadas pinceladas que el artista había dejado en el pergamino.

—Siento mucho tener que interrumpirte, pero hay otros asuntos importantes que debemos hablar tú y yo.

—Sí, *grand-père*. —El niño cerró el libro obedientemente, pero no sin antes colocar la cinta del marcador entre las páginas.

Alejandro acercó su taburete al de Guillaume y se sentó. Este lo miró, con los ojos muy abiertos y una expresión de solemne curiosidad.

—Debo hacer un viaje más allá de París sin ti, hasta un lugar muy lejano. Quizá durante mucho tiempo, quizá durante toda una estación. Guillaume pareció preocupado. Su voz se hizo más débil.

—Pero ¿por qué?

—Mi viaje tiene relación con tu madre y solo yo puedo hacerlo. Nadie más puede ir en mi lugar.

El niño se sentó más erguido.

—¿La traerás contigo cuando regreses?

—Eso espero. Si Dios lo permite.

Una expresión de entusiasmo apareció en el rostro del niño mientras consideraba la noticia. Luego hizo un atrevido anuncio. 173

—Iré contigo, *grand-père*. Yo te ayudaré.

Fue una dulce sorpresa; Alejandro había temido que el niño se quejase, llorase o tuviese cualquier otra reacción inquietante. En cambio, de forma inesperada, le había ofrecido su ayuda.

—Guillaume —dijo Alejandro respetuosamente—, algún día serás un gran hombre. Una generosidad como la tuya es una magnífica cualidad y te doy las gracias, pero en este momento debo rechazarla.

La mirada de ilusión dio paso a otra de pena. Alejandro intentó consolarlo con un abrazo.

—Ahora, antes de marcharme, necesito decirte algunas cosas y tú debes escucharme con gran atención.

Guillaume asintió con aire grave.

¿Por dónde empezar? «Asesiné a un hombre en España y me vi obligado a huir, y me encontré en Inglaterra, donde tu madre estaba esclavizada por la arpía de su hermana mayor; ahora de nuevo la tiene

cautiva y la casará con el infame subordinado de un enemigo todavía más infame...»

No; tendría que decirlo de una manera que no lo asustase.

—Te he hablado de Inglaterra...

—*Oui*, *grand-père*, muchas veces. Me has dicho que está muy lejos al norte, y que estamos en guerra con ellos...

Guillame había hablado en primera persona; el niño se consideraba francés. Por supuesto, su padre era francés, y no conocía a su madre. Sin embargo, en cierta forma era una sorpresa para un judío apátrida oírlo decir de esa manera.

—Bueno, sí, estamos en guerra, y lo hemos estado durante algún tiempo, aunque ahora mismo hay una relativa paz. Inglaterra está gobernada por un rey, lo mismo que nuestro país. Su nombre es Eduardo. Muchos años atrás, fui su médico.

—*Grand-père*!

—Sí, lo sé, parece imposible, pero es la verdad. No elegí serlo; fui enviado allí porque De Chauliac creyó que yo podía proteger a la familia real inglesa de la peste.

—Pero De Chauliac es tu amigo; ¿por qué querría que fueses con nuestros enemigos?

—Porque era importante para todos salvar a los reyes ingleses de la Gran Mortandad, o así me dijo De Chauliac. En aquel momento nuestra amistad era...

—Luchó para encontrar las palabras correctas—. No estaba tan bien asentada como ahora.

—¿No os caíais bien el uno al otro?

—En realidad ese no era el caso; he admirado a De Chauliac grandemente desde el día que lo conocí, por su notable intelecto y por su dedicación al estudio. Es más exacto decir que no confiábamos el uno en el otro. Él no sabía 174

gran cosa de mí como sabe ahora, ni yo tampoco de él. Creo que puedo decir que, durante un buen tiempo, De Chauliac me consideró un bribón. Pero con el tiempo hemos llegado a respetarnos e incluso a disfrutar de nuestra mutua compañía. Ahora estamos bendecidos con una leal amistad. Guillaume digirió lo que acababa de explicarle y luego preguntó:

—Pero ¿por qué debes ir allí de nuevo?

—Ahora te lo explicaré. El rey Eduardo tiene muchos hijos, la mayoría de su reina. Pero, como muchos otros personajes de la realeza, también ha tenido otras relaciones, algunas de las cuales han dado hijos. Guillaume no hizo ningún comentario excepto reírse.

—Uno de esos hijos es tu madre.

El niño casi saltó del taburete; luego se sentó en el regazo de Alejandro.

—¿Mi madre es hija del rey inglés?

—Mantén la voz baja. ¡Revelarás nuestro secreto a los sirvientes! Pero, sí, es verdad. Ahora es una mujer, una maravillosa mujer, pero cuando yo la acogí era una niña pequeña. Siempre la he llamado hija, pero en realidad es la hija del rey Eduardo. Yo me la llevé.

—Entonces él es mi *grand-père* y no tú.

Alejandro contuvo la respiración al escuchar aquella desnuda verdad de boca del chico.

—Así es.

El chico pareció intranquilo.

—También me robaste a mí de mi madre.

Alejandro se apresuró a dar una explicación.

—Por supuesto, ella quería ser secuestrada; me suplicó que me la llevase. Como también me rogó que te llevase a ti para que no acabases en manos de la familia real inglesa.

Vio cierto alivio en la expresión de Guillaume, pero el chico aún no se había calmado. Alejandro se preparó para el aluvión de difíciles preguntas que sin duda seguiría. Se sorprendió al escuchar una simple afirmación:

—El rey Eduardo seguramente se enfadó mucho.

Él reflexionó por un momento en la sucesión de acontecimientos; la reacción de Eduardo a su fuga había sido mucho más que una simple furia, aunque nadie lo diría por la carta enviada a De Chauliac y redactada en términos tan cuidadosos. Algún día Alejandro le contaría a Guillaume la terrible huida, cómo se habían ocultado, y su propia lucha con la peste. O, Dios mediante, se lo diría su madre.

—Fue mucho más que un simple enfado, pequeño. Su furia no tenía límites. Envió a sus mejores guerreros a capturarnos, pero fuimos muy afortunados y los evadimos.

—Pero ¿por qué mi madre quiso marcharse de Inglaterra, si era su hogar?

—Porque su hermana Isabella la había encerrado en un castillo y le habría hecho daño para hacerme sufrir, porque ella me odiaba.

—¿Cómo alguien puede odiarte?

«Dulce inocencia», pensó Alejandro.

—Algún día te explicaré lo que es el odio, jovencito, pero ahora tendrás que creer que ella lo sentía por mí. Estaba convencida de que yo le había robado el afecto de una de sus damas. Aquella dama, que se llamaba Adele, podría haber sido mi esposa de no haber muerto.

—¿Qué pasa con Rachel? —preguntó Guillaume con mucha seriedad—. El *arrière-grand-père* dice que tú deberías casarte con ella. Alejandro forzó una sonrisa, consciente de que Guillaume adoraba a Rachel y que el matrimonio entre ellos habría complacido inmensamente al niño.

—Las personas de muy avanzada edad a menudo tienen opiniones que consideran dignas de manifestar —respondió—. Estas opiniones algunas veces están relacionadas con asuntos que son temas privados de otras personas. Tiene buena intención, por supuesto, pero el tema del matrimonio entre Rachel y yo es una cuestión que solo nos compete a nosotros, ¿no crees? Cuando yo sea de avanzada edad, espero que me recuerdes que contenga mis propias opiniones, no vaya a ser que haga enfadar a otras personas. ¿Por dónde íbamos?

—Hablabas de la hermana de mamá.

—Sí, Isabella. —Recapituló los sucesos de Canterbury lo más exactamente posible y explicó que Isabella de nuevo retenía a su madre.

—¡Una cruel hermana! —afirmó el chico.

—Sí, y más. Sé que esto te resultará difícil de comprender, Guillaume, pero la realeza a menudo quiere mal a otros miembros de su familia, incluso los matan, con el fin de robarles su poder y posesiones, o para tener control sobre ellos. Es lo mismo en todas partes... España, Francia, Inglaterra... así que no tuvimos más alternativa que escapar. Cruzamos a Francia en un barco de carga. Le pagué al capitán espléndidamente para mantener nuestro secreto, y hasta donde sé lo hizo, porque no nos persiguieron ni nos descubrieron durante mucho tiempo, y cuando lo hicieron fue por puro azar. Viajamos por toda Europa, hasta encontrar un lugar que parecía seguro, no muy al norte de París. Fue allí donde tu padre entró en nuestras vidas.

Guillaume guardó silencio. Poco se había dicho de su padre, y nunca había preguntado, como si en cierto sentido Guillaume Karle no hubiese figurado en absoluto en su vida.

—Mi padre —susurró. El niño permaneció sentado muy quieto en el regazo de Alejandro sin decir nada por un momento. Cuando habló de nuevo, su tono era muy grave—. Entonces mamá no era virgen.

Alejandro se echó ligeramente hacía atrás y se llevó una mano a la boca para contener la carcajada.

176

—No, no lo era. Tales nacimientos solo ocurren en las historias cristianas. Tienes un padre y una madre, ambos bien terrenales. Aunque tu madre tiene el aspecto que deben de tener los ángeles, es un ser muy humano, muy exquisito. Es hora de que la conozcas.

El niño se arrojó con júbilo a los brazos de Alejandro, y se estrecharon durante unos momentos.

Cuando se soltaron, tenían el rostro bañado de lágrimas. Alejandro no se sorprendió al encontrar a Philomène en el laboratorio de De Chauliac, porque era allí donde él mismo habría estado, de no haber sido llamado con tanta urgencia.

—Buenos días —lo saludó ella alegremente cuando entró. Después, al ver su sombría expresión, la alegría desapareció de su voz—. Tienes la expresión de un hombre preocupado. ¿Qué te aflige?

Él permaneció en el umbral por un momento, y contempló el trabajo en marcha. Luego miró hacia donde estaba la muchacha.

—Por lo visto soy como un libro abierto para ti, pese al poco tiempo que hace que nos conocemos.

—Hasta un desconocido podría ver la inquietud en tu rostro. —Ella hizo una pausa—. Supongo que han llegado noticias de Inglaterra.

—Las he recibido. Estoy preocupado, y al mismo tiempo alegre. Puede ser que muy pronto tenga a mi hija de nuevo conmigo, una alegría que no puedo describir, pero para poder salvarla debo dejar todo esto atrás. —Señaló las páginas que estaban sobre la mesa, y luego la miró a los ojos—. Para mi mayor pena, a ti también.

—¿Durante cuánto tiempo estarás ausente, si lo puedes decir?

No había ninguna certeza de que fuese a regresar, pero no se lo dijo.

—Podría ser un plazo breve de unas cinco o seis semanas, pero sospecho que será mucho más.

La joven dejó los instrumentos, y Alejandro le cogió una mano entre las suyas.

—El trabajo se resentirá con tu ausencia.

—Quizá, pero no lo creo. Lo dejo en manos de un médico capaz, y no me refiero al francés que está escaleras arriba.

Ella sonrió y después se sonrojó.

—Me has hecho un bonito cumplido, Alejandro.

—Lo tienes bien merecido. Harás maravillosos progresos mientras esté ausente. De Chauliac se levantará de su lecho de enfermo y participará de nuevo en el trabajo. Solo entonces —añadió con una sonrisa—, cuando él esté a tu lado con su látigo invisible, comprenderás lo mucho que me echas de menos. Ella se rió y se acercó todavía un poco más.

—Seré yo quien más sufra con tu ausencia.

177

Con el corazón desbocado, Alejandro rodeó con los brazos a Philomène y la acercó a él.

—Bien dicho, mademoiselle —le susurró al oído—. Esa también será mi confesión.

Una plegaria, casi un reproche, se formó en su mente mientras el calor del cuerpo de Philomène fluía a través del suyo.

«¿Por qué, Dios, has puesto una montaña en mi camino en este momento, cuando todavía tengo otra montaña que escalar de acuerdo con Tu plan? Me has presentado a esta buena mujer y ahora me obligas a dejarla. Lo haré. Pero, quizá por una vez, Tú podrías apiadarte de este solitario judío y suavizar Tu voluntad.»

Se lo envió a su Dios con un gesto airado de su puño.

Las botas estaban lustradas con un brillo tan perfecto que Alejandro se podría haber peinado en su reflejo. Las prendas que llevaría se encontraban limpias y dobladas en una bolsa. Guillaume dormía en el jergón, como si la mañana no fuese a traer nada especial. Alejandro se hallaba preparado; lo único que le quedaba era dormir su última noche en París, para prepararse para el viaje. Le parecía una tarea imposible, con el corazón absolutamente dividido. Se dirigió al laboratorio atraído por el trabajo que iba a dejar atrás, y por la mujer con quien lo había compartido. Mientras abría la puerta, deseó encontrar a Philomène allí, pero la habitación estaba desierta. Sobre la mesa se encontraban las páginas que habían acabado y, mientras las miraba, sintió un orgullo indescriptible.

«Ruego a Dios tener el privilegio de trabajar de nuevo en estas páginas.»

Oyó unas suaves pisadas a su espalda.

—Lo repetiré, médico: el trabajo sufrirá con tu ausencia. Él se volvió y vio a Philomène en el umbral. Su aspecto le cortó la respiración. El cabello le caía en ondas sobre los hombros; vestía su camisón blanco y llevaba una palmatoria en la mano; su luz proyectaba un cálido resplandor sobre su rostro.

—Veo que tú tampoco puedes conciliar el sueño.

—Creo que no volveré a dormir bien hasta que regreses sano y salvo —replicó ella—. Mi mente se desboca... En un minuto gobierna la razón con pensamientos sobre nuestros progresos en el manuscrito, pero al siguiente me siento abrumada por las emociones. No quiero que te marches. Acabo de encontrarte. —Lo miró a los ojos—. ¿No hay otra manera de realizar esta tarea sin que vayas tú mismo?

—De haberla habido —dijo él en voz baja—, mi hija ya estaría aquí. Pero piensa en esto: si este viaje no hubiese tenido lugar, no nos habríamos conocido. 178

—No puedo considerar semejante cosa. Habría sido un error por parte de Dios.

—Él no comete errores.

Alejandro fue hasta la mesa donde estaban las páginas.

—Esto —agregó con un gesto— es el plan de Dios. Él ha hecho posible que yo pueda dejar una parte de mí mismo en esta tierra, que resonará mucho tiempo después de que yo me haya ido. Es el hijo de la mente de De Chauliac; pero, en muchos sentidos, yo también soy su hijo. Soy mucho mejor médico de lo que habría sido de no haber él puesto su toque en mí. Cuando lleve mucho tiempo muerto, una parte de mí vivirá en esta obra maestra. —Hizo una pausa—. Es pura vanidad, lo sé, pero no puedo negar mi propio deseo de dejar una buena huella en este mundo, para que aquellos que me sigan encuentren más fácil el camino.

Ella se acercó para detenerse directamente delante de Alejandro.

—No es una vana aspiración. Todos los hombres deberían tener tal deseo. El mundo sería entonces mucho mejor.

Permanecieron callados durante unos momentos hasta que Philomène dijo:

—Echaré de menos el poder hablar contigo.

—Y yo contigo.

—Hablaste de tu diario... Me has inspirado. Yo también escribiré uno y, cuando tú regreses, podrás saber lo que pasó en mi corazón durante tu

ausencia.

Alejandro sonrió.

—También deberás escribir tus progresos diarios, para tenerte envidia cuando regrese.

Ella guardó silencio durante un minuto, y al cabo dijo:

—Has hablado con Guillaume...

—Antes. Se ha tomado la noticia de mi partida todo lo bien que se podía esperar; tener un compañero de juegos ha sido una ayuda. Sospecho que pasarán unos días hasta que tome verdadera conciencia de mi ausencia, y entonces quizá se sienta muy triste.

—Yo lo vigilaré, porque él y yo compartiremos el mismo mal. — Philomène se le acercó y, sin vergüenza ni titubeo, le rodeó la cintura con los brazos. Apretó la cabeza contra su pecho—. Por favor —susurró—, habla conmigo como has hecho con Guillaume para calmar mis miedos por tu partida. Alejandro también la rodeó con sus brazos y apoyó la barbilla en su cabeza.

—Todo irá bien —prometió, sin acabar de creer lo que decía—. Habrá mucho más tiempo para nosotros.

Él le acarició la mejilla, y después suavemente le sujetó la barbilla y guió su boca hacia la suya.

179

—Esta es mi promesa —dijo mientras se apartaba—. Cuando regrese, te tendré entre mis brazos de nuevo, y depositaré mil besos en tus dulces labios. Ella lo abrazó de nuevo.

—Entonces deposita un centenar esta noche —susurró—. En promesa del resto.

Philomène lo cogió de la mano, y lo guió fuera de la sala; subieron la escalera, y lo llevó a su habitación. Allí, a la luz de una solitaria vela, dejó que el camisón se deslizase de sus hombros y luego le desabrochó los botones con sus delicados dedos. Cuando sus cuerpos se unieron, él lloró, por la alegría de tenerla y por el miedo de que no volvieran a estar juntos nunca más. 180

16

Dirigiéndose a todo el grupo, James enumeró los requisitos y después explicó

brevemente cómo funcionaría.

—Tenemos que diseñar la instalación de una serie de células fotovoltaicas que nos permitan conectarnos directamente, dado que no podemos depender de otras células para la retransmisión. Una puede ir en lo alto de vuestro molino, y tenéis la electricidad ahí mismo. Hay una línea directa desde lo alto del molino a una célula que se encuentra al sur de donde estamos. Podemos orientar dicha célula para que apunte hacia nosotros y poner otra en un lugar más alto cerca de donde estamos. Quizá tengamos que poner una más en el medio, pero no lo sabremos hasta que lo intentemos. Luego solo necesitaremos rogar que haya una señal en alguna parte. Si conseguimos una pero es débil o intermitente, habrá que poner otro punto de retransmisión. Pero tenemos algunos árboles bastante altos en el linde del bosque, sin mucha obstrucción.

—¿Las células fotovoltaicas intercaladas pueden funcionar sin electricidad?

—Eso depende del tipo que sean. Antes del último ataque habían comenzado a instalar modelos equipados con paneles solares internos. Quizá

encontremos un par que estén en buen estado.

—¿Dónde vamos a encontrarlas? —preguntó Caroline.

James sonrió.

—En lo alto de aquellas torres en el valle —respondió—. Con un poco de suerte quizá nadie ha llegado allí antes que nosotros.

—Entonces, ¿alguien tendrá que subir?

—A menos que pueda volar.

Janie miró por el ocular del microscopio. La primera de las muestras repetidas que Michael había llevado mostraban el mismo nivel de actividad

bacteriana. Exhaló un profundo suspiro, y después comenzó la tarea de cargar la segunda tanda. Escuchó una voz en la puerta.

—Mamá...

Su hijo estaba allí, y se mantenía apartado del equipo hasta tener permiso para acercarse, como ella le había enseñado.

—Pasa, cariño. Pero no toques ninguna de las platinas. Él se aproximó, cuidando de no tocar nada.

—¿Qué estás haciendo?

—Verifico las muestras que trajo Michael.

—¿Cómo va?

«Tan adulto —pensó ella—. Demasiado adulto.» Se quitó los guantes, los dejó a un lado y alejó la silla del microscopio.

—Supongo que bien. Las muestras son muy útiles, pero creo que no me va a gustar lo que me dicen. Hay muchas bacterias ahí fuera.

—¿En todas partes?

—No lo sé. Probablemente no, pero no podemos estar seguros de dónde están, así que debemos tener cuidado.

—Oh.

Ella juzgó, por su sombría expresión, que la noticia lo entristecía por una razón muy específica.

—¿Qué pasa, Alex?

—Esperaba que las muestras dijesen que no había más bacterias.

—Yo también. —Él no tenía idea de lo profunda que era esa esperanza. Alex permaneció callado por un momento, y luego dijo:

—Quiero ir con papá cuando salgan a buscar las células.

«Demonios», fue el primer pensamiento de Janie, pero se obligó a no manifestarlo.

«No es un chiquillo, cabalga tan bien como yo. Este es su mundo; merece verlo. Pero ¡es tan peligroso allí fuera!»

Pensó en el Alejandro original, en sus viajes, y en los peligros a los que había sobrevivido.

—Hablaré con tu padre —dijo—, pero no te puedo prometer que decidamos que sea una buena idea.

—¡Vale! —Comenzó a saltar de entusiasmo—. Ahora iré a hacer mis deberes de matemáticas —dijo cuando se calmó. Se marchó con una expresión de felicidad que ella no le había visto en mucho tiempo.

Acordaron ir hasta la torre más cercana del valle. El grupo lo formarían Tom, Lany, James y también Alex. Evan se quedaría atrás. 182

Iniciaron la marcha a pie con un caballo para cargar los suministros, las herramientas y el equipo; el camino era muy empinado para que el caballo pudiese bajar con un jinete, al menos al principio. El suelo estaba fangoso y resbaladizo, así que tardaron casi toda la mañana en llegar al punto en que el camino mejoraba. Alex corría ágilmente en círculos alrededor de los adultos hasta que la marcha se hizo más fácil. Llegaron al lago a media tarde y a la base de la columna justo antes del anochecer.

Lo primero que hizo Tom fue darle sus prismáticos a James, que los usó para mirar lo alto de la torre.

—Estamos de suerte, son solares —anunció con una amplia sonrisa—. Creo que vamos a subir.

Alex se acercó a la ruinosa base de cemento y miró hacia arriba, protegiéndose los ojos contra el sol.

—¿Allá arriba? —preguntó.

—Sí —respondió James.

—¿Quién?

—Tú. ¿Por qué crees que te dejamos venir? —Sonrió al ver la mirada de sorpresa de Alex—. ¡Inocente!

—¿Qué?

—Hoy es el día de los Inocentes; ya sabes, nos hacemos bromas los unos a los otros y nadie se enfada por ello.

Alex lo miró sin comprender.

—Ya veo que no lo sabes.

Mientras James continuaba con las explicaciones, Tom salió de una de las pequeñas tiendas.

—¡La comida! —anunció.

Extendió un mantel y colocó varios paquetes envueltos en tela. Comieron pan con conservas y cerdo frío.

—Supongo que más nos vale pensar qué haremos mañana por la mañana

—dijo James mientras guardaba las herramientas.

Los tres adultos contemplaron la columna como había hecho antes Alex.

—Ya lo hemos discutido —respondió Tom—. Yo subo, tú te quedas en tierra. Si te perdemos, nada de todo esto tendrá sentido. James reiteró su disconformidad con la idea.

—¿Estás seguro de que quieres subir? —preguntó Lany.

Tom respiró profundamente y se preguntó hasta qué punto estaba seguro.

—Lo estoy —respondió—. Tendréis que hablarme desde aquí abajo. Con los prismáticos, me refiero.

Hasta que la luz desapareció del todo, analizaron los pasos que seguiría Tom para quitar y bajar las células. Cuando el sol se ocultó al fin tras el 183

horizonte, todos se fueron a dormir. El día siguiente sería muy atareado y agotador.

Con una cuerda enrollada a la cintura y diversas herramientas en el cinto, Tom comenzó la subida de veinticinco metros hasta lo alto de la torre.

Enganchaba el cinturón de seguridad a medida que subía y resbaló varias veces en los escalones mientras continuaba el ascenso. Se detenía cada pocos peldaños para descansar, pero no demasiado, atento a la presión del tiempo. Tardó casi media hora en llegar hasta arriba.

Miró el suelo desde lo alto, y el miedo lo hizo estremecerse. Lo dominó un momento de vértigo, y se aferró a la columna con todas sus fuerzas.

«No mires abajo, no mires abajo —se dijo—. Solo haz lo que debes hacer y vuelve a bajar a tierra firme.» Cuando recuperó la calma, observó el grupo de células. Asomaban en el centro de la torre en tres hileras superpuestas, seis en cada una. Se sorprendió al descubrir, encajado entre las dos hileras de arriba, algo que parecía un nido; desde el lugar donde estaba no podía ver si estaba ocupado.

Desenrolló un trozo de cuerda, la ató en un lazo a una de las células y después comenzó a aflojar las tuercas que la sujetaban. Se aflojaron, pero no sin esfuerzo de su parte; ocho años sin mantenimiento habían dejado su huella. Bajó la primera célula fotovoltaica lentamente hasta el suelo; Alex, tan ansioso por ayudar en lo posible, estaba allí para sujetarla. Desató la cuerda mientras James sostenía la célula, y después dio un pequeño tirón a la soga para indicar que ya se podía recoger.

Tom la recogió con cuidado, la volvió a asegurar en su cintura y luego comenzó a trabajar en la segunda. Se levantó viento; se sujetó bien a la columna al sentir su embate en la espalda. El ruido del aire, combinado con el chirrido de las tuercas, fue suficiente para ahogar el estridente grito de aviso del águila que volvía para alimentar a sus polluelos. Tom bajaba la segunda célula, que estaba ya a unos cinco metros del suelo; abajo vio al resto del grupo que miraba hacia lo alto con los ojos protegidos contra el sol, controlando el descenso de la célula.

Fue Alex el primero en ver al ave, cuando esta se encontraba casi encima de su padre. Nunca había visto un ave tan grande antes; excepto un pavo, y estos no volaban.

—¡Papá! ¡Cuidado! —gritó, al tiempo que agitaba los brazos frenéticamente para avisarle.

Pero Tom no pareció oírlo. Seguía concentrado en bajar la célula cuando el águila lo atacó con las garras extendidas y el pico abierto. Alex vio con horror cómo su padre soltaba la cuerda y trataba de defenderse del pájaro. La célula cayó rápidamente con la cuerda serpenteando atrás. James intentó

sujetarla mientras Alex corría hacia él para ayudarlo. Un borde afilado de metal rozó la muñeca izquierda de James y la mano. La sangre comenzó a manar a borbotones y salpicó la chaqueta de Alex.

«Mamá se pondrá histérica», pensó en el acto y después, con la misma rapidez, se olvidó del reproche cuando miró hacia arriba y vio a su padre colgado del cinturón de seguridad. Luego apareció Lany, que lo apartó al tiempo que apretaba con un paño la muñeca herida de James. Alex dio un paso atrás y miró de nuevo hacia arriba. Vio a Tom, todavía atacado por el enorme pájaro, que bajaba por la columna un paso a la vez; deslizaba el gancho del cinturón alrededor de los peldaños con una mano, mientras alejaba al pájaro con la otra.

—¡Alex! —Oyó la voz de Lany en medio de su confusión—. ¡Ven aquí!

Necesito que sostengas el paño en la herida de James.

—Pero mi papá... El pájaro todavía está...

—Yo ayudaré a tu papá, pero tú tienes que ayudar a James. Él se acercó. Lany le sujetó una mano y la colocó firmemente en la tela empapada en sangre.

—Mantén la presión —oyó que le decía.

Él obedeció. Permaneció inmóvil en la base de la columna con la mano apretando la muñeca de James, mientras Lany disparaba una flecha tras otra contra el pájaro.

«Deja de aletear —gritó el niño en su mente—. ¡Deja que mi padre baje!»

Pero todas las flechas de Lany erraron el blanco.

—¡Sujétate a la columna, papá! —gritó Alex.

Tom se abrazó a la columna con las dos manos. Lany apuntó con cuidado y disparó otra flecha. El proyectil alcanzó el objetivo; la resuelta madre cayó al suelo describiendo una espiral, con un ala agitándose frenéticamente, y la otra inmovilizada por la flecha.

Alex miró suplicante a James, que lo entendió de inmediato y apretó con la mano buena la improvisada venda en la muñeca herida.

—Ve —dijo entre dientes.

Alex corrió hasta el pie de la columna.

—¡Papá! —llamó.

—Ya bajo, Alex...

—¡Ten cuidado!

—Estaré bien, hijo —gritó Tom—. Ya bajo; apártate de la base por si tengo que saltar el último tramo.

185

Él hizo lo que su padre le decía y se apartó hasta donde Lany se ocupaba de la muñeca de James, no muy lejos de donde había caído el águila. Miró a su padre y vio que había bajado unos cuantos peldaños más. Su miedo comenzó a desaparecer.

El águila todavía se movía, en un intento por remontar el vuelo. Alex se detuvo a su lado y la miró con un odio tan intenso que él mismo se asustó.

—No te acerques demasiado —le advirtió Lany—. Puede intentar atacarte. La mujer apretó un vendaje alrededor de la muñeca de James, y después corrió hasta donde Alex estaba junto al águila.

Tal como ella había dicho, el águila hizo un último intento de levantarse con una mirada salvaje y el pico abierto. Alex dio un salto atrás, y Lany se adelantó, al tiempo que cogía el hacha sujeta a su cinto. Con un rápido golpe en el cuello, decapitó al pájaro.

Permanecieron jadeantes junto al cuerpo del magnífico pájaro durante un momento. Alex se agachó para señalar una pequeña caja metálica sujeta a una de las patas del águila.

—¿Qué es eso?

—No lo sé.

Él fue a cogerla, pero Lany se apresuró a apartarle la mano.

—No la toques.

Alex la miró.

—¿Por qué no?

—Porque no sabemos lo que es.

—Tendríamos que averiguarlo —replicó el chico—. ¿No podemos quitársela y llevarla con nosotros?

Entonces escucharon un terrible crujido. Se volvieron y observaron, horrorizados, cómo la columna a la que estaba sujeto Tom se inclinaba en un arco lateral, en cámara lenta. El peso del cuerpo de Tom hizo girar el poste de forma tal que quedó debajo cuando golpeó contra el suelo. Al disiparse la polvareda, vieron que Tom yacía debajo de la columna, con una pierna doblada. Alex corrió hacia su padre.

—¡Papá! ¡Papá!

Tom movió apenas una mano hacia su hijo. Alex se la apretó con fuerza. Lany llegó junto a ellos, y se apresuró a desenganchar el cinturón de

seguridad que todavía lo mantenía sujeto a la columna.

—Te quiero, hijo —susurró Tom.

—Yo también te quiero, papá.

—Dile a tu madre y a Kristina que también las quiero. Alex no oyó los hachazos de fondo.

—Se... se lo dirás tú mismo.

—Sí —murmuró Tom. Luego cerró los ojos.

186

—Alex, ahora tienes que ayudarme —dijo Lany con tono imperioso—. Necesitamos mover la columna. —Le dio una gruesa rama que acababa de cortar de un árbol—. Voy a levantarla con el palo y quiero que utilices este otro para apartarla.

Colocó la recia rama debajo de la columna apenas un poco más allá de la cabeza de Tom.

—Ve al otro lado —le pidió. Colocó la rama más pequeña debajo de la columna, un poco más allá de la suya—. Yo levanto, y tú empujas. ¿Preparado?

El niño asintió.

—De acuerdo, no empujes hasta que yo te lo diga. —Ella sujetó el palo con fuerza—. Muy bien, allá vamos.

Lany utilizó toda la fuerza de su menudo cuerpo para hacer palanca. Se le hincharon las venas de las sienes con el esfuerzo. La columna se levantó levemente.

—¡Ahora!

Alex clavó los talones en el suelo y empujó con todas sus fuerzas. La columna giró hacia adelante y Lany pudo levantar la palanca un poco más.

—¡Más! —dijo Lany.

Con toda la fuerza de que fue capaz su cuerpo, Alex empujó con el palo. La columna se deslizó y cayó al suelo, a poco más de un palmo de la cabeza de Tom.

Este tenía aún atrapado un pie. Lany cavó en la tierra con las manos desnudas para abrir un surco hasta poder liberar el pie.

—Vale —jadeó ella—, ahora es cosa de nosotros dos. Tenemos que cuidar de tu padre y de James. Necesitamos llevarlos hasta lo alto de la colina, y tu padre no puede caminar, así que tenemos que hacer una angarilla. James no puede hacer nada porque tiene la mano muy malherida, y está débil por la pérdida de sangre. Así que tú me ayudarás.

Alex miró a su padre, que tenía los ojos cerrados. Su voz tembló cuando preguntó:

—¿Se pondrá bien?

—Cuando lo llevemos de regreso a casa, tu mamá podrá curarlo, estoy segura.

Cortaron las ramas necesarias y las colocaron en el suelo para formar un rectángulo, y luego ataron las esquinas con la cuerda que Tom había usado para bajar las células. Plegaron una de las tiendas para que encajara en el rectángulo, y después la aseguraron con los tensores.

—Vamos a llevarla hasta él —dijo Lany.

187

Con todo el cuidado posible, Lany y Alex hicieron rodar a Tom hasta ponerlo en la angarilla, y luego lo abrigaron con otra manta. Con el resto de la cuerda, ataron la camilla a la parte trasera de la montura y la levantaron de forma tal que Tom no fuese arrastrado por el suelo.

—Nos turnaremos para montar el caballo. Caminará mejor si también tiene peso delante y no solo atrás. Quiero asegurarme de que todo funciona, así que yo iré primero.

Lany se apresuró a recoger el resto del equipo y guardó al pie de la camilla lo que no cabía en las alforjas.

—James...

—¿Eh?

—Sé que estás débil, pero ahora tendrás que caminar, solo un poco. James se levantó con dificultad del tronco en que descansaba y se bamboleó ligeramente hasta que recuperó el equilibrio.

—Muy bien, vamos —dijo Lany—. Tenemos que avanzar lo más rápido posible, y es todo cuesta arriba.

Entraron en el bosque. No habían avanzado más que una veintena de metros, cuando Lany se detuvo de pronto.

Después de mirar atrás hacia el campamento, desmontó del caballo y corrió

a recuperar la bolsa con las células.

—El hacha —le dijo Lany a Alex—. La dejé junto a la columna. Ve a buscarla, pero ten cuidado.

Alex corrió de vuelta y encontró el hacha. El cuerpo del águila, olvidado en la confusión, yacía en el suelo, a un par de pasos.

La caja de metal lo llamaba como un canto de sirena. Todas las lecciones de respeto por las cosas vivas que Janie y Tom le habían enseñado desaparecieron de su conciencia en un instante. Allí, a su alcance, estaba la criatura que había atacado a su padre. Una furia que no comprendía y que no podía contener lo dominó por completo. La descargó con un golpe de hacha. La pata del pájaro cayó al suelo. Él se agachó para recoger la caja de metal. No se desprendía, así que tiró con más fuerza. Un poco de la sangre del pájaro le cayó sobre la mano al soltarse; se la limpió en el pantalón. Luego cogió la pequeña caja metálica y se metió el trofeo de su oscura victoria en un bolsillo.

En cuanto vio que la angarilla iba bien, Lany se apeó y ayudó a James a montar; durante otras tres horas subieron laboriosamente por la pendiente entre el barro y las ramas. Alex caminaba junto a la camilla cada vez que era posible, y le hablaba a Tom, aunque sin conseguir respuesta; a veces se adelantaba para apartar las ramas que podían golpear a su padre. Pero cuando solo faltaba media hora para la puesta de sol, aún les quedaba más de un 188

kilómetro para llegar al lugar panorámico, la parte más difícil del viaje. James iba echado hacia adelante, con una visible expresión de sufrimiento. Tom estaba consciente, pero era tanto el dolor que apenas si podía hablar. Animado por Lany, el caballo avanzaba valientemente, pero cada paso parecía más lento. Ella detuvo el caballo cuando los últimos rayos de sol se filtraban entre los árboles.

—Alex —llamó.

Él corrió de regreso de su posición de vanguardia.

—No vamos a poder llegar al recinto antes de que se ponga el sol, así que tendremos que pasar la noche aquí. Recuerdo que hay un lugar un poco más nivelado no muy lejos de aquí; cuando lleguemos allí, creo que debemos detenernos.

—¿Qué pasará con mi padre?

—No lo sé. Pero no podemos seguir mucho más. Es demasiado peligroso.

—Mi mamá podrá ayudarlo.

—Tan pronto como volvamos. Pero no podemos seguir viajando sin luz. Es demasiado peligroso. Si el animal tropieza, nos encontraremos metidos en un gran problema.

Alex permaneció en silencio durante unos momentos.

—Yo puedo ir a buscarla —dijo al fin.

—No —fue la severa réplica.

El chico permaneció callado, inmóvil por un segundo, mientras su mente analizaba la situación, y luego afirmó:

—Puedo hacerlo.

—No —dijo Lany de nuevo.

Pero el chico ya había salido a la carrera en dirección al recinto. Solo se detuvo brevemente para volverse hacia ella y gritarle:

—¡Enciende una hoguera para que podamos encontrarte!

Leones, tigres y osos...

—Oh, mamá, mamá... —dijo Alex en voz alta.

Quería ver a su madre. Quería que su padre estuviese bien. No conseguiría ninguna de estas cosas hasta que llegase al recinto.

«Recto —se dijo esta vez en silencio—. Si sigo subiendo en línea recta, llegaré a algún lugar cerca de la central eléctrica.» El sol ya se había puesto; la oscuridad no tardaría en llegar a ese lado de la montaña, la ladera este. Cada paso adelante hacía que las piernas le doliesen todavía más; pero, si no continuaba, sabía que tendría que pasar la noche solo en el bosque oscuro. Alex tenía la edad suficiente para comprender que, en la oscuridad del bosque, era una presa fácil.

189

Lo rodearon los sonidos del anochecer.

Los pájaros guardaron silencio mientras comenzaba el canto de los insectos. Incluso a principios de primavera, ya había mosquitos, que zumbaban alrededor de sus orejas y lo picaban cruelmente. Las polillas revoloteaban, pero los tábanos no eran tan corteses; se lanzaban en picado sobre sus ojos y la nariz, y lo distraían. Tenía el rostro magullado y cortado por los latigazos de las ramas mientras corría a través del matorral hacia el sendero del risco.

«No llores, no llores», se ordenó. Pero mientras se apartaba los insectos de la cara, comprendió que la humedad que sentía no era sudor. Por fin, tras otra hora de aterrorizada marcha, Alex creyó distinguir el claro del sendero y, olvidándose de las lágrimas, siguió avanzando.

Janie caminaba lentamente por el sendero que salía de la central eléctrica. No sabía por qué se había sentido impulsada a inspeccionar; Tom y James, un experto en la materia, la habían inspeccionado el día anterior y habían encontrado todo en orden. Sin duda, un día de uso no la rompería.

Pero el hábito la reconfortaba. Era algo que Tom había hecho casi todas las noches desde que habían ido a vivir al recinto. Cuando regresasen —en cualquier momento— aparecerían por el bosque en el punto panorámico que estaba en el camino de la central eléctrica. Cuando llegó allí, miró hacia el valle. Las estrellas comenzaban a aparecer, e intentó imaginar dónde podían estar su esposo y su hijo en aquel instante. En sus oraciones se disponían a salir del bosque, para iniciar la subida por el angosto sendero de piedra con la misión cumplida y toda clase de maravillosos descubrimientos para comentar. Quizá el mundo allí fuera no era tan amenazador como creían. Quizá habían dado con otra comunidad establecida que los había recibido calurosamente. Quizá no había pumas ni jaguares ni osos.

Se detuvo unos segundos delante del tronco caído y se preguntó si se sentaría a esperar, solo por si acaso... Una nube de tábanos la atacó; los espantó

a manotazos y decidió que sería mejor esperar en la casa. Solo Dios sabía cuándo regresarían; bien podía pasarse toda la noche allí esperando.

Casi sin fuerzas ya, Alex siguió avanzando a través del bosque. Trepó por la última subida como un mono, apoyándose en las manos, que sangraban por infinidad de cortes porque sus piernas ya estaban tan débiles y fatigadas que apenas si podía moverlas. Tenía el rostro empapado y cubierto de polvo, y todas las uñas rotas.

«Un minuto más para llegar al sendero —se dijo—. Un minuto más.»

190

Janie estaba a unos quince metros más allá del punto panorámico cuando oyó ruidos en el matorral.

Se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Tom?

No hubo respuesta.

Permaneció inmóvil y prestó más atención.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó un poco más alto.

Solo percibió el crujido de ramas quebradas y unos fuertes jadeos. Contra toda prudencia, echó a caminar en silencio hacia el sonido.

—¿Tom?

Alex oyó la voz de su madre, pero ya no le quedaba aliento para hablar; todo el que tenía se consumía en el esfuerzo por llegar al sendero. Se abrió paso entre el último grupo de arbustos y apoyó las manos en el saliente de

roca que señalaba el borde del sendero. Un pie tras otro, se obligó a continuar, aunque las fuerzas ya lo habían abandonado.

«Mamá se enfadará tanto pero tanto, tanto...»

«Estoy tan pero tan asustado...»

Utilizó el último resto de sus menguantes fuerzas para levantarse y lanzarse por encima de las rocas al sendero de tierra.

—Curioso —dijo Bruce mientras miraba el monitor—. Fredo —llamó, lo bastante alto para que lo oyesen en la habitación vecina. Fredo apareció en la puerta al cabo de unos segundos.

—Sí, jefe.

—Mira esto. —Señaló un punto en la pantalla. Se movía con tanta lentitud que apenas resultaba perceptible—. ¿A ti qué te parece?

—No lo sé —respondió Fredo—. ¿Qué pájaro es?

—El 908.

Fredo observó la pantalla durante un instante más.

—Es difícil de decir; pero, si tuviese que adivinar, diría que está caminando.

Janie se acurrucó detrás del tronco de un árbol muy robusto. Con una mano sujetó la empuñadura del puñal que llevaba en la funda del tobillo. Los ruidos que llegaban del matorral eran ahora más fuertes, pero no parecían más humanos que antes. Vio separarse la maleza y desenfundó el puñal. Una 191

criatura oscura salió a gatas al sendero; a la débil luz parecía un perro pequeño. Sin delatar su presencia, Janie se preparó para defenderse. Entonces, súbitamente, la criatura se desplomó en el suelo en mitad del camino.

192

17

De Chauliac estaba sentado en una silla en el vestíbulo cuando Alejandro bajó

la escalera por la mañana.

—No esperaba verte antes de marcharme —manifestó Alejandro, sorprendido.

—Me siento razonablemente bien, aunque todavía estoy muy fatigado —

respondió el francés.

Alejandro abrió la boca como para hablar, pero De Chauliac le impuso silencio con un gesto.

—Tendría que estar en mi lecho de muerte para no presentarme aquí. —

Después sonrió—. Fracasaría en mi deber como anfitrión y maestro si no te diese una última lección.

—Adelante, entonces, porque el día se desperdicia —repuso Alejandro con una sonrisa—, y todavía tengo muchas leguas por delante.

—Desde luego que sí. —De Chauliac se levantó con dificultad de la silla—. Recuerda que debes ser un simple viajero, así que no dejes que tu apariencia o cualquier otra cosa te traicione. —Miró los pantalones marrones de Alejandro, la sencilla capa de lana gris que llevaba sobre la camisa de lino, el cinturón tejido, el viejo sombrero, e hizo un gesto de aprobación—. Si alguien te pregunta por qué viajas, es prudente dar una razón que no implique dinero, como mensajero o tutor. De lo contrario, te tenderán una emboscada y te robarán. ¿Llevas mucho oro?

—Suficiente para el viaje, espero —contestó Alejandro—, pero difícilmente una cantidad excesiva.

—Bien, eso es sabio. Pero, en el caso de que no te baste, puedes ir a cierto banquero de Londres para conseguir fondos adicionales. 193

Metió la mano en el bolsillo y sacó un pergamino que llevaba su sello. En uno de los pliegues estaba escrito el nombre del banquero y el de la calle de Londres donde se lo podía encontrar.

Alejandro tomó el pergamino y lo examinó rápidamente.

—No, no puedo ponerte en semejante peligro. Si me capturan y encuentran esta carta, se revelará tu complicidad. No quiero tener eso en mi conciencia. —

Le tendió la carta.

Pero De Chauliac no quiso aceptarla.

—Cuento con tu éxito más que tú mismo, al parecer. —Se sentó de nuevo en la silla, otra vez un tanto envarado—. Me temo que he estado demasiado tiempo en la cama. Mis articulaciones protestan. —Metió la mano en un bolsillo más profundo de su túnica y sacó un pergamino que estaba doblado en cuartos—. Ten, este es un regalo, en ocasión de tu gran viaje al norte. Alejandro lo abrió y vio las líneas y las letras, las curvas de las costas.

—Un mapa... Colega, esto no tiene precio.

—Me he asegurado de que todas las indicaciones de Inglaterra son exactas. La ruta desde aquí a Calais, por supuesto, está bien marcada y es fácil de seguir. No podemos tenerte cabalgando sin rumbo por toda Francia e Inglaterra; tienes mucho que hacer aquí.

—Volveré tan pronto como pueda, lo juro.

—Te tomo la palabra. Una cosa más, por encima de todo, aunque casi me siento como un tonto al decírtelo: ¡no reveles nunca que eres médico! Hacerlo te pondría en grave peligro. Te quiero de nuevo aquí, para ser yo la causa de tus mayores preocupaciones por hacerte trabajar hasta volverte loco. Alejandro vio en los ojos de De Chauliac un brillo de picardía. Se abrazaron con cierta torpeza, y después Alejandro recogió su bolsa. Salió

rápidamente del vestíbulo para ir al patio, donde ya lo esperaba su cabalgadura.

Una vez montado, se volvió para mirar a De Chauliac.

—Cuida de mi nieto —dijo— y de Philomène.

De Chauliac asintió. Alejandro golpeó con las riendas el cuello del caballo y el animal se dirigió hacia la verja.

Mientras desaparecía en la calle, De Chauliac le gritó:

—¡Que Dios te acompañe!

Cabalgó y cabalgó sin descanso, porque tenía una larga distancia que recorrer y no mucho tiempo. El sentimiento de soledad y el temor que había crecido dentro de él disminuyeron bastante con la gran belleza de la primavera francesa. La tierra parecía estallar en maravillosos frutos. El sol brillaba en un 194

límpido cielo azul, mientras Alejandro seguía su camino siempre hacia el noroeste.

El cuarto día, cuando la soledad comenzaba a pesarle, Alejandro tuvo la suerte de encontrarse con un amable grupo de comerciantes, con los frutos de su trabajo tintineando en los bolsillos y un gran espíritu de camaradería. La desesperación que sentía en el pecho se redujo un tanto mientras cabalgaba en su jovial compañía.

Los muros de Calais no eran ni la mitad de gruesos de aquellos que cerraban París, pero las fortificaciones estaban en mucho mejor estado, dado que era una ciudad muy acostumbrada a los asedios. En aquel momento era territorio del rey Eduardo, pero estaba habitada y rodeada por una población aliada a los franceses que lo habría expulsado en un santiamén de haber tenido los medios para hacerlo. Los arqueros ingleses

ocupaban lo alto de la muralla sudoeste; Alejandro conocía su puntería y sabía que tenían ojos de lince y la mano pronta. Se mantuvo al abrigo de los otros jinetes mientras se acercaban al puente que cruzaba a la fortaleza; pero, cuando apareció un pequeño pelotón de infantes ingleses, todo el grupo se hizo a un lado de la angosta carretera para dejarlos pasar. Sus compañeros, al parecer, estaban tan nerviosos como él respecto a la fuerza de ocupación inglesa.

Cuando los soldados acabaron de pasar, él se despidió cortésmente de los demás y se adelantó. Una multitud se había reunido en el puente, a la espera de que abriesen la verja al mediodía. Era diferente de cuando había pasado por última vez en 1348. Ahora estaba mucho mejor fortificada y tenía decididamente un aspecto inglés, más como la verja exterior de Windsor. Muy pronto, si todo iba como esperaba, cruzaría aquella verja; el pensamiento le produjo un estremecimiento.

Muy pronto estaría cabalgando entre los robles.

«Piensa en algo agradable —se ordenó—. Ya habrá tiempo más tarde para el miedo.» Pensó en Philomène y recordó la sensación de sus brazos alrededor de su cintura, de sus labios apretados contra los suyos. Los recuerdos de su noche de amor, después de tantos años de soledad, le llenaron la mente. El pensar en su piel, sus brazos, sus labios, la ansiedad con la que lo había recibido en su cuerpo, lo mantuvo absorto, hasta que oyó una súbita conmoción cerca de donde se habían instalado los comerciantes, unos pocos metros más allá de unos arbustos. Aún no estaban cubiertos de hojas, así que espió entre las ramas. Unos cuantos hombres, incluidos los miembros de su propio grupo, se habían reunido alrededor de algo que había en el suelo. Ató las riendas del caballo al tronco de un árbol joven, rodeó el seto y se abrió paso entre la multitud. En el centro del cerco de personas yacía un hombre fornido cuya enorme barriga se levantaba como el macizo central. Tenía el rostro rojo, y la lengua le sobresalía de la boca; una baba espesa le chorreaba por las mejillas y formaba 195

un charco en el apretado cuello de su camisa. Había miedo en sus ojos saltones, que buscaban los ojos de los demás en una desesperada súplica de ayuda. La advertencia de su colega francés sonó en sus oídos: «Por encima de todo, no reveles que eres médico». Observó con angustiosa frustración, sin hacer nada, mientras el hombre tendido en el suelo jadeaba en busca de aire y se ponía cada vez más rojo. Su mirada se cruzó con la del pobre hombre y, con una profunda vergüenza, contempló cómo se le escapaba la

vida. Después de que todos estuvieron seguros de que había muerto, hubo un momento de silencio en el que nadie se atrevió a hablar; el espíritu del muerto se marchaba. Alejandro vio en el rostro de la gente la conmoción y el miedo que eran los naturales compañeros de una muerte inesperada. Todos se persignaron y movieron los labios en una silenciosa plegaria, hasta que uno de los soldados del pelotón que había pasado antes preguntó:

—¿Alguien conoce a este hombre?

La multitud guardó silencio.

El soldado se dirigió a uno de sus camaradas.

—Recoge sus pertenencias.

El otro soldado asintió y se adelantó para quitarle al muerto la bolsa de viaje y el cinturón con el dinero. Hecho esto, el primer soldado paseó la mirada por la multitud hasta detenerla en Alejandro.

—Tú.

Alejandro permaneció quieto sin decir nada, mientras todos a su alrededor se apartaban un poco. El soldado señaló al suelo.

—Entiérralo.

Le entregaron una pala; mientras él la clavaba una y otra vez en la blanda tierra del bosque, se consoló con pensamientos de lo que podría haber pasado si se hubiera adelantado para ofrecer su ayuda médica. El hombre muerto no era muy viejo, ni tampoco tenía aspecto de enfermo; sencillamente le había llegado su hora.

Se limpió la tierra de las manos cuando acabó y se juró en silencio que se aferraría ferozmente a esta vida, aunque solo fuese por ganar una hora. Mientras apisonaba la tierra con el pie, pensó en su anciano padre y se preguntó, con profundo remordimiento, cómo le iría al viejo con Rachel. Pensó

en la propia Rachel, cuyo corazón sería para él si se lo pidiese. Entonces pensó

en Guillaume, que tenía todo el futuro por delante, por mucho que las circunstancias de su tiempo pudieran moldearlo. Dejó vagar de nuevo su mente hacia Philomène, cuya vida él compartiría si tenía la oportunidad. Añoraba a Kate, que no era dueña de su vida en esos momentos. Mientras miraba las murallas de Calais, se fortaleció su decisión de sacarla de Inglaterra y regresar con aquellos que amaba. Porque, en cualquier instante, Dios podía cogerlo y llevárselo a la eternidad.

Con la mirada baja, Kate entró en la sala privada del rey mientras sus guardias esperaban en el exterior.

—Ah, mi encantadora hija —dijo el rey Eduardo, avanzando hacia ella con las manos extendidas.

La joven desvió la mirada mientras él se acercaba y cruzó las manos delante de su vientre. Casi como una ocurrencia tardía, saludó con una leve reverencia.

—Qué encantador —añadió el rey—. Pero innecesario. Eres mi hija, después de todo, una princesa de linaje real. Tu hermana y tus hermanos solo hacen estos gestos cuando hay alguien presente para verlos. No veo razón por la que tú debas comportarte mejor que ellos.

Ella hizo caso omiso de su sentimentalismo y se limitó a responder:

—Queríais hablar conmigo, majestad.

—Sí, desde luego. Por favor, siéntate —dijo, señalando una silla finamente tallada.

—Prefiero permanecer de pie.

—Muy bien. Entonces, te ordeno que te sientes.

Kate lo hizo. Cruzó las manos sobre el regazo y se las miró. El rey le ofreció un plato de orejones rociados con azúcar.

—¿Quieres uno?

—No, gracias. En este momento no me apetece comer nada. El rey se comió unos cuantos antes de dejar el plato, sin desviar la mirada de Kate. Se limpió el azúcar de los dedos.

—¿Has escogido un vestido adecuado para el baile de máscaras?

—No sabía que se esperaba mi presencia —mintió Kate—. No he recibido la invitación.

—Bueno, sin duda ha sido una omisión —manifestó el rey—. Tu hermana está tan ocupada con los preparativos de su boda que se le debe de haber pasado por alto. Es en su honor, por supuesto, y queremos anunciar su compromiso oficialmente. He decidido, aun en contra de mi mejor juicio, acceder a su petición para un baile en el poste de mayo. Como tú eres de nuestra familia, y una joven de la edad apropiada, ella naturalmente dio por sentado que ya sabrías que estabas invitada.

Al oír esto, Kate alzó la mirada.

—No soy un miembro de vuestra familia. A pesar de la mancha con que habéis impregnado mi sangre, no soy una princesa real. Cosa sorprendente, el rey mantuvo el control de su temperamento mientras oía sus ofensas.

—Perdona si no estoy de acuerdo. Precisamente ayer recibimos esto desde Aviñón.

197

Sacó un pergamino de una manga y se lo ofreció a la muchacha. Kate miró el pergamino pero no lo cogió de su mano.

—Te recomiendo que lo leas —dijo el rey.

Ella lo aceptó al fin y se esforzó por controlar el temblor de sus manos mientras lo desenrollaba en toda su extensión. Los ojos se le desorbitaron mientras recorrían la página. Cuando acabó de leer lo escrito por el Papa, dejó

que el manuscrito se enrollase solo y lo arrojó al suelo. El rey sonrió.

—Esa muestra de rebelión no borrará su contenido. Ahora, por virtud de esta bula, eres mi legítima hija. Después de que se anuncie el compromiso de tu hermana, anunciaremos también el tuyo con el barón de Benoît, un primo del barón De Coucy, a quien creo que ya conoces.

La cólera estalló dentro de ella, pero la mantuvo controlada gracias a concentrar sus pensamientos en su hijo.

El rey no pareció darse cuenta.

—Sus tierras están en Bretaña, y su alianza será de mucha ayuda para mí. La *famille* de Rais es excesivamente poderosa en aquel reino; poseen demasiadas tierras para mi agrado, pero se niegan a aliarse conmigo. Él sonrió, aunque no fue un gesto agradable.

—Por lo tanto, me aliaré con su rival. Tú harás tu parte en dicha alianza, como corresponde a tu linaje. —Se acercó para hablarle directamente al oído—. Le sonreirás al barón de Benoît y te comportarás como una dama. Lo aceptarás como una princesa de Inglaterra debe aceptar al marido que su padre escoge para ella. En el baile, recibirás las felicitaciones y regalos, y permanecerás junto a tu prometido, sonriente como una novia feliz. Cuando tú y las otras doncellas acabéis con vuestro baile de mayo, bailarás con él. Me he tomado muchos trabajos, no solo con el Santo Padre, sino también con mi esposa, para arreglar todo esto, y tú te comportarás en consonancia.

—Podríais haberle preguntado a la novia antes de tomaros tantas molestias.

—No importa lo que piense la novia. Este es un casamiento diplomático, y ella —añadió, al tiempo que le tocaba la mejilla— no es diplomática. Lo que piensa de este asunto es irrelevante.

Esperó un momento para que este pensamiento calase en ella.

—Con el tiempo, si eres una buena esposa, tu nuevo marido quizá acepte a tu hijo, y él podrá venir a vivir contigo. Nos gustaría mucho que esto ocurriese, dado que él, también, es de sangre real y su futuro... Mientras el rey hablaba, Kate hizo todo lo posible para no decir: «Jamás pondréis vuestros ojos en él». Cuando ya no pudo aguantar más, le soltó:

—¿Qué pasa si la novia rechaza al novio?

El rey no apreció esta interrupción y se lo hizo saber con una expresión agria.

198

—Entonces ella no volverá a ver a su hijo. —La miró fijamente a los ojos—.

¿Está claro?

—Muy claro —manifestó Kate, que se levantó sin pedir permiso, ni dar ningún indicio de que ella sabía que el rey ignoraba el paradero de Guillaume. El monarca permaneció sentado, pero su mirada estaba puesta en ella.

—Bien. ¡Pero te marchas demasiado pronto! Ahora que hemos llegado a este acuerdo, lo correcto es que conozcas a tu novio. Mientras el rey hacía sonar la campanilla, Kate permaneció inmóvil, con la mirada gacha, enmudecida de horror. Oyó abrirse la puerta pero no miró; sintió

las pisadas a través de la habitación, pero no volvió la cabeza hacia el sonido. Oyó que el rey decía: «Levántate» a su visitante, y apretó los ojos con fuerza.

—Barón de Benoît —dijo el rey Eduardo—, permíteme que te presente a mi hija, Katherine Plantagenet.

Alejandro se alojó en una modesta posada, a la espera de algún barco que quisiese aceptarlo como pasajero. Durante varios días no apareció ninguna nave, excepto una cargada con suministros para el ejército inglés, y se preguntó

ansiosamente si la guerra entre los franceses y los ingleses se había intensificado a tal punto que solo se transportaba a militares. Si era así, sabía que no tenía forma de cruzar, y que su misión estaría condenada al fracaso. Por fin, llevado por la desesperación, le preguntó al posadero por qué no había actividad en el puerto.

—Vaya, es por la Semana Santa. ¿Llevas tanto tiempo de viaje que no sabes que mañana es Viernes Santo?

—¡Ah, sí, lo había olvidado!

Sabía que debía observar el más sagrado de los días cristianos junto con todos los demás, para no descubrirse como judío. A la mañana siguiente, al levantarse, no pidió comida, sino que ayunó como todos. Cuando el posadero salió con su familia poco antes de mediodía para unirse a la procesión por las calles de Calais hacia la iglesia, él los siguió en silencio, intentando pasar inadvertido entre la multitud. A su alrededor oía las llorosas plegarias, mientras las columnas de cristianos marchaban por las angostas calles. La multitud de fieles llegó a una pequeña plaza donde ya estaban reunidas centenares de personas. Parecían dominadas por una furia colectiva hacia algo que había en el centro, aunque él no podía ver qué era. Se abrió paso entre la muchedumbre cortésmente para no llamar demasiado la atención, hasta que llegó al centro.

Allí, en una pequeña zona despejada, se encontró con una escena que estuvo a punto de hacerle devolver lo poco que contenía su estómago. Clavados 199

en cruces había tres hombres con un taparrabos blanco y una corona de espinas en la cabeza. La sangre les goteaba de las manos, pies y frente. Había visto estas cruces en el mercado durante sus paseos por Calais mientras esperaba la partida de una nave, pero las había interpretado como símbolos del cristianismo, y no como herramientas de tortura y ejecución. A su alrededor, las personas se persignaban y después unían las manos; él hizo lo mismo, para no destacar. Al cabo de poco tiempo, el temperamento de la multitud comenzó a cambiar y fue pasando de los lamentos a la indignación. Los gemidos y los llantos de desdicha dieron paso a gritos furiosos, hasta que al fin se adelantó un hombre y le mostró su puño al hombre de la cruz central.

—¡Asesino de Cristo! ¡Muere ahora, como hiciste morir a nuestro Salvador!

Alejandro miró rápidamente al hombre del centro y después a los dos de sus costados. Todos eran morenos y barbudos. Al bajar la vista al suelo vio los largos mechones que les habían cortado.

Comprendió que, debajo de los taparrabos, los tres estarían circuncidados. El mismo que había gritado la acusación lanzó una piedra, que alcanzó al hombre del centro en el pecho; Alejandro vio cómo la víctima levantaba la cabeza en un gesto de dolor y después la agachaba de nuevo. Muy pronto más piedras llovieron contra los otros dos.

Con el corazón destrozado se volvió para escabullirse entre la multitud con la mayor discreción posible. No podía, como había hecho una vez antes, atravesar con una flecha el corazón del sufriente para poner punto final a su padecer. Ningún soldado se adelantaría para asestar el golpe de gracia a alguno de los hombres de las cruces. Esos judíos tendrían una muerte lenta y dolorosa, solos y asustados.

La expresión del rostro de Kate decía a las claras que nunca se entregaría voluntariamente a Benoît.

El barón hizo una profunda indicación ante ella, y dejó ver su grasiento cuero cabelludo debajo del ralo cabello negro. Kate cerró los ojos hasta intuir que el hombre ya se había erguido.

—Mademoiselle —dijo él, mirándola de pies a cabeza con lujuria—, estoy absolutamente complacido por tu belleza.

«Ni la mitad de lo que yo estoy asqueada por tu fealdad», pensó Kate. Hizo una reverencia tan breve que casi fue imperceptible, pero no dijo nada, ni lo miró a los ojos.

El rey dejó pasar el insulto sin reprimenda.

—Haréis vuestra primera aparición juntos como una feliz pareja en el baile.

—Se volvió hacia Kate—. Dímelo de nuevo, porque he olvidado lo que dijiste antes; ¿qué disfraz llevarás? Tiene que ser algo encantador, que realce tu 200

belleza. Sin duda tu prometido apreciará verte con un traje elegante, como harán sus admiradores.

Finalmente Kate se volvió para mirar a Benoît, aunque habló más para el rey.

—Cuesta imaginar que él tenga alguno. —Se levantó de la silla—. ¿Esto es todo, majestad? Me siento mareada con tanta agitación y desearía retirarme a mis aposentos.

—Sí —dijo el rey—. No te retendré más.

—Desde luego que no.

Ella se volvió y salió de la sala con mucha calma, dejando asombrado a su prometido, y al rey con una extraña sensación de incomodidad.

Los días sagrados pasaron, y la vida en Calais comenzó a volver a la normalidad. Finalmente, Alejandro encontró a un capitán dispuesto a llevarlo... por un precio exorbitante. La mañana de la partida había muchas personas esperando para embarcar, dado que las naves no habían zarpado

durante las fiestas. Se detuvo en el muelle y miró el mar gris. El frío del océano se le metió

en los huesos y lo hizo temblar, o quizá era el miedo natural que provenía de saber qué había más allá de aquellas terribles aguas. Las había cruzado dos veces; ninguna de las dos había sido agradable. Tampoco lo sería esta vez, por la apariencia del cielo.

La nave era de buen tamaño, y al ver que en el muelle se reunía una pequeña multitud, comprendió que no estaría solo en la travesía. Miró a los mozos de cuadra, que hacían subir a los caballos por una amplia pasarela que iba desde el muelle hasta la borda de estribor. Su propio caballo estaba en el grupo; el animal se movía nervioso mientras un extraño lo guiaba de las riendas por los tablones de madera. Poco a poco, cargaron a bordo el resto de los equipajes, y por último subieron los pasajeros. Los más importantes de los que esperaban fueron los primeros en subir, seguidos después por los plebeyos que también tenían un aspecto próspero, mucho más que la desharrapada chusma entre la que él mismo esperaba.

Una figura que subía por la pasarela le llamó la atención. Se inclinó hacia adelante y escudriñó a la mujer rechoncha tocada con un llamativo sombrero rojo que avanzaba entre los plebeyos adinerados.

Sacudió la cabeza para aclarársela, sin dar crédito a lo que veía: era Emily Cooper.

¡Imposible! Pero la mujer se volvió mientras la observaba, y su rostro quedó

plenamente a la vista. Era la misma mujer que había conocido en Aviñón; no había manera de confundirse. Se apresuró a esconderse detrás de un pilón. 201

Pero había algo diferente en ella; siempre había tenido la tez rosada, incluso en las horas más negras de la enfermedad de su marido. Ahora se la veía pálida y temblorosa, con el chal bien ajustado al cuerpo. El elegante sombrero rojo con una pluma no hacía nada por mejorar su aspecto ceniciento. Se esforzaba por cargar un pequeño fardo y no quería dárselo al marinero; sobre ella, plegada en un pequeño cuadrado, estaba la misma manta que Alejandro había visto sobre su marido moribundo. Lo sobrecogió un terrible presentimiento. La mujer había conseguido de alguna manera los medios para regresar a Inglaterra. No había dinero en aquella familia, ni siquiera antes de que el hombre cayese enfermo. Ella tenía muy pocas cosas de valor para vender. Una horrible certeza lo dominó al verla saludar

cortésmente a un soldado inglés, que le devolvió la sonrisa como si se conociesen. Ella lo había vendido.

Alejandro habría dado la vuelta para esperar a la siguiente nave, de no haber sido por que su caballo ya estaba a bordo. Cuando le llegó el turno de embarcar, se encasquetó el sombrero sobre el rostro todo lo que pudo. Saltó de la pasarela a la cubierta mientras el barco tironeaba de sus amarras. Le entregó

rápidamente su billete al comisario, y después se perdió entre la multitud de pasajeros. La esposa del tonelero se encontraba a menos de treinta pasos de él, con la mirada perdida en el mar. Alejandro se subió la capucha alrededor del cuello y la observó mientras soltaban las amarras y la nave iniciaba el viaje. Durante todo el día no la perdió de vista ni por un instante; la mujer permaneció inmóvil en un sitio, con la espalda apoyada contra la escalera de madera que subía a una plataforma de la popa. Mientras pasaban las horas, se fue poniendo más pálida y hacia el ocaso se sentó. Aunque los marineros que tripulaban el barco subían y bajaban continuamente por la empinada escalera, ninguno le prestó mucha atención, y Alejandro comprendió que aquellos cuyo oficio era navegar los mares no encontrarían extraño que un pasajero pareciese mareado.

Pero no sabían lo que él: que ya estaba enferma cuando había puesto un pie en el bajel, mucho antes de que las agitadas olas del canal de la Mancha comenzasen a sacudirlo.

¿Lo reconocería ella sin la barba y vestido a la europea, no con la túnica de su gente? Quizá. Pero, si lo que sospechaba de su actual estado resultaba ser cierto, la mujer no pensaría con claridad.

En su mente oyó la voz de un viejo que le contaba la historia de un barco afectado por la peste al comienzo de la Gran Mortandad, mil vidas atrás, en su viaje de España a Aviñón.

«Permaneció un mes en la rada antes de que nadie se atreviese a poner un pie a bordo.»

202

Tendría que arriesgarse a ser reconocido. La *pestis secunda* no había sido tan despiadada como la Gran Mortandad, pero también había provocado un gran número de muertes, y si el barco llegaba a Londres con un pasajero enfermo de peste, sin duda lo enviarían de vuelta al estuario del Támesis. Allí se verían obligados a esperar en algún amarre hasta que todos

a bordo hubiesen muerto o pasado el peligro de transmitir la enfermedad; semanas, como mínimo. Él no podía esperar semanas.

El médico avanzó despacio a lo largo de la borda, sujetándose bien contra el fuerte viento, para acercarse a la popa, desde donde podría ver más de cerca a Emily Cooper. Se hallaba a unos diez pasos de ella, cuando la mujer levantó los ojos empañados y lo miró a la cara.

Se quedó inmóvil en su sitio y esperó, sin hacer nada en absoluto. Ella le mantuvo la mirada durante unos momentos, y después agachó la cabeza hasta apoyar la barbilla en el pecho. Alejandro se acercó un poco, pero la mujer no reaccionó. Se aproximó más, hasta unos tres pasos.

Durante toda una hora, mientras el sol se ocultaba tras el horizonte, mantuvo una silenciosa e inmóvil vigilia junto a Emily Cooper. Su estado empeoró rápidamente; la anomalía que había mantenido vivo a su esposo contra toda lógica no funcionó con ella. Comenzó a toser, y su temblor se hizo bien visible. Alguien no tardaría en advertir que lo suyo no era un simple mareo; se colocó directamente delante de la mujer y echó una ojeada en derredor para ver si alguien se fijaba en ellos.

El viento empezó a aumentar, y el barco cabeceó y se bamboleó con más violencia incluso que antes. Los demás pasajeros se reunieron en proa. Al cabo de unos momentos de confusión y miedo, formaron un círculo. Alejandro se puso de puntillas y vio en el centro a un sacerdote con un hábito marrón, con las manos levantadas al cielo.

Mientras los demás estaban distraídos, Alejandro se agachó y levantó la barbilla de Emily Cooper con una mano. Ella no pareció darse cuenta de lo que hacía. Vio en su cuello un grupo de bubones oscuros.

El viento incrementó su fuerza. Las personas del círculo de rezos se sujetaron las unas a las otras, para formar un apretado anillo contra el viento. Se acurrucaron mientras el sacerdote clamaba contra la súbita tormenta. Con la galerna soplando furiosa y empapado por la espuma, Alejandro se agachó y levantó a Emily Cooper. Durante un segundo, la mujer abrió los ojos, y por su expresión él creyó que lo había reconocido. Desvió la mirada y miró

hacia el mar. En dos rápidos pasos llegó a la borda.

—Perdóname —le dijo.

Miró de nuevo hacia el grupo de pasajeros; nadie parecía prestarle atención. Luego cerró los ojos y la dejó caer al mar. El chapuzón apenas si

se oyó en medio del rugido del viento, y ella no soltó ningún grito de protesta. 203

Sujeto a la borda, Alejandro contempló cómo Emily Cooper se hundía lentamente. Lo único que quedaba de ella —el sombrero rojo— flotó en la superficie por unos instantes, hasta que también fue engullido por una súbita ola.

Caminó hacia proa, siempre sujeto a la borda, hasta que llegó al grupo de pasajeros. Sujetó las muñecas de dos del círculo exterior y se abrió paso. Fue arrastrado a su seno, casi bienvenido. Oyó cómo el sacerdote continuaba gritando por encima del aullido del viento.

Las palabras latinas — *kyrie eleison*— llegaron hasta él un millar de veces, o eso le pareció. Rezó para obtener misericordia, con la esperanza de que algún Dios lo oyese, porque necesitaba el perdón divino más que en ningún otro momento de su vida.

Al fin, la nave pesadamente cargada demostró su valía, aunque los vientos continuaron siendo desfavorables. Era la mañana del día siguiente cuando rodearon Ramsgate y entraron en el Támesis. Alejandro permaneció junto a la borda, todavía envarado tras una noche de insomnio y reproches en la dura cubierta. Observó el paisaje con ojos cansados mientras la nave subía por el Támesis, empujada en gran parte por la marea.

Al sur estaba Canterbury, según sabía. Se imaginó las altas torres de la catedral resplandecientes con los primeros rayos del alba. Pasaron las horas y el río se angostó; el sol llegó a su cenit y comenzó a declinar de nuevo. Aquellos que habían hecho ese viaje antes —y conocían la ruta— empezaron a mostrarse entusiasmados ante la proximidad de Londres. Con cada nueva curva del río, el agua se volvía más sucia. Maderos podridos, desperdicios de toda clase y, de vez en cuando, un montón de heces.

Pero, por fortuna, no se veía ningún cadáver.

Cuando la nave amarró al fin en el muelle de Londres, a corta distancia de la Torre, el sol ya estaba muy bajo. Alejandro permaneció con los pasajeros más pobres, esperando su turno para desembarcar. Allí, Emily Cooper se habría recogido las faldas y habría bajado por la pasarela para pisar el suelo de Londres, con todo el aspecto de una mujer adinerada, y luego habría desaparecido entre la muchedumbre por la fangosa calle que seguía la orilla del Támesis. Un sabor amargo subió a la boca de Alejandro. Tanto tiempo y esfuerzos dedicados a su marido, para acabar vendido.

Había tenido su revancha, pero tan excesiva que sería más una carga que un alivio.

«De todas maneras habría muerto —se dijo—. Podría haber contagiado la peste a muchos otros pasajeros y al corazón de Londres. Solo hice lo correcto. Estuvo bien que yo...»

204

No pudo acabar el pensamiento. Ahora Emily Cooper se reuniría con el joven soldado Matthews, el viejo guerrero Hernández, el herrero Carlos Alderón y la inocente Adele de Throxwood para acosar sus sueños. Era una amarga compañía de la cual nunca podría escapar. Llegó su turno para desembarcar, y bajó por la pasarela con su bolsa al hombro. A mitad del recorrido se detuvo, porque en la cubierta estaba la bolsa de Emily Cooper con la manta todavía pulcramente doblada debajo del asa. Alguien debía de haberla llevado hasta allí, creyendo que se la habían olvidado. El objeto parecía estar acusándolo. Resistió los gritos de culpa que resonaban en su cabeza y se obligó

a seguir adelante. Después de unos pocos pasos más, pisó de nuevo tierra inglesa.

El médico no necesitó consultar el mapa de De Chauliac para saber que no había otra ruta desde el río; se vería forzado a pasar por la Torre para poder salir de Londres. Muy pronto se encontró rodeado por una multitud de mendigos que intentaban sujetarlo con unas manos manchadas de suciedad, mientras suplicaban limosnas y misericordia. Aunque no podía menos que sentir una gran piedad por todos aquellos desgraciados, los apartó de su camino porque no podía revelar que llevaba dinero. Cuando por fin llegó de nuevo a la calle abierta, se sintió sucio. Se lavó las manos en una fuente, bebió

un trago, y pensó en el viejo de la taberna que le había advertido del agua envenenada por los judíos.

Pero ya no quedaban judíos en Londres, salvo quizá él mismo. Observó mientras los estibadores bajaban los caballos por la pasarela hasta la orilla; el suyo estaba entre los últimos. Mientras esperaba, vio cómo sacaban la carga de la bodega. Colocaban los cajones y los bultos en plataformas de madera, y después los subían con poleas por encima de la borda para depositarlos en el muelle.

Cuando las plataformas golpeaban en la superficie del muelle, se alzaba una nube de polvo de la que se veían escapar cuerpecitos oscuros.

Alejandro recuperó su caballo y se llevó al animal de las riendas mientras caminaba por las calles de Londres. Se sentía inmerso en una horrible pesadilla y se mantuvo en las sombras, incapaz de hablar con nadie. Varias veces lo adelantaron soldados del rey; en una ocasión tuvo que apartar el caballo del camino de un grupo de arqueros que pasaron a su lado. Parecía haber una actividad poco habitual para la supuesta «paz» que reinaba en el país.

«Pero con una boda en el horizonte y una paz frágil...»

Sus sentidos le avisaron que fuese con cuidado. Cuando al fin dejó atrás la Torre, Alejandro miró por encima del hombro el imponente edificio y

mentalmente caminó por sus laberínticos pasillos. Las pocas palabras inglesas que sabía cuando llegó a la Torre en 1348 las había aprendido de un hombre que sabía poco francés; sus primeros intentos de hablar el idioma, en el comedor del alcaide de la Torre, fueron risibles en el mejor de los casos. Pero ahora no.

Vive allí una dama de cabellos de oro
prisionera en un castillo construido ha mucho.

Por primera vez en Inglaterra, le habló a un viandante.

—¿Podéis decirme, amable señor, qué día es hoy?

El hombre respondió sin dar ninguna muestra de alarma o de interés indebido.

—Veintiocho de abril.

Agradeció al hombre la información y, librándose del hechizo de la Torre, se llevó el caballo por la carretera.

La fatiga lo dominó cuando el sol estaba casi en el horizonte. Veintiocho de abril. Podía permitirse una noche de muy necesario reposo. Llegó a una pequeña taberna; los olores a comida salían por la puerta abierta. Ató su caballo a un poste y entró.

El tabernero era un hombre bajo y delgado con cabellos completamente blancos debajo de una gorra negra. Dio la bienvenida a Alejandro a su establecimiento con un amplio gesto de la mano. Alejandro se quitó el sombrero y dijo en inglés:

—¿Tienes una habitación para alquilarle a un cansado viajero? Solo me quedaré una noche.

El hombre asintió y llamó a su hija, que no tardó en salir de la cocina, mientras se secaba las manos en un sucio delantal marrón; Alejandro pensó

que tal vez un día había sido blanco.

Alejandro se preguntó si lo lavaría en el Támesis.

—Prepara la habitación a la calle —le ordenó el tabernero. La muchacha, tan delgada como su padre, hizo una rápida reverencia y se alejó deprisa.

—¿Una jarra para calmar tu sed? —preguntó el hombre.

—Sí, y un cuenco de gachas, si lo tienes.

—Tengo una muy buena pierna de cordero, que asamos ayer.

—Entonces el cordero —dijo Alejandro.

Se sentó y, mientras esperaba que le sirviesen su comida, pensó en lo agradable que sería quitarse las botas cuando finalmente subiese a la 206

habitación. Tenía los pies hinchados y doloridos; el aire y la luz les harían bien después de un período tan prolongado de estar aprisionados. A lo lejos oyó el ruido de cascos que se acercaban. El estrépito aumentó, y muy pronto el tabernero salió de la cocina para ir presuroso a la ventana. La trápala se hizo ensordecedora, y toda la casa tembló cuando una larga columna de soldados pasó delante. Las copas tintinearon en un armario; el tabernero sujetó el mueble con una mano a cada lado, con la intención de inmovilizarlo. Al fin, al alejarse la columna, cesó el tintineo.

El tabernero se enjugó el sudor de la frente y se apartó del armario.

—Gracias a Dios, esta vez no se ha roto nada —comentó con nerviosismo. Era la oportunidad perfecta para que Alejandro hablase de la preocupación que lo acosaba.

—Parece haber mucha actividad entre los soldados del rey. Llevo viajando mucho tiempo; por favor, dime, ¿se aproxima una guerra?

—No es una guerra —contestó el dueño—, sino algo peor: ¡una boda! Se casa la princesa Isabella. ¡Dios proteja al novio! Habrá un baile de máscaras la víspera del 1 de mayo en Windsor, y todo el mundo se ha vuelto loco preparándose para la fiesta.

El hombre fue de nuevo hasta la ventana y miró al exterior. Sus movimientos, rápidos y tensos, traicionaban su ansiedad.

—Así y todo, parece demasiado —dijo con inquietud.

Fue a la cocina y volvió con una jarra y un plato de comida. Alejandro comió y bebió, sentado cómodamente por primera vez desde que había dejado París. Le pagó al tabernero su estancia y la del caballo, tras lo cual la hija lo acompañó escaleras arriba hasta una pequeña habitación que daba a la calle. En una esquina había una tina vacía.

—Me daré un baño —dijo.

Sacó otra moneda y se la dio a la muchacha. Ella lo miró con curiosidad, pero se guardó la moneda. Volvió a saludarlo con una reverencia y salió a la carrera para poner a calentar el agua.

Alejandro acercó una silla a la ventana y se sentó allí a esperar que le llevasen el agua, entretenido en mirar las idas y venidas en la calle. Londres era una ciudad próspera, no muy diferente de París; todavía muy poblada, aunque la peste había matado a la mitad de sus habitantes no demasiados años atrás. Vio muchos niños; la naturaleza estaba obrando su magia para llenar el vacío dejado por la enfermedad.

Los comerciantes caminaban apresuradamente, cargados con cestos y bolsas; una mujer pasó llevando a un niño de la mano, y un par de veces se dio la vuelta para regañarlo en el tiempo que tardaron en cruzar por delante de la taberna. Un soldado solitario atravesó la calle con su caballo, con la lanza en alto.

207

La muchacha apareció con el primer cubo de agua. Alejandro se dio media vuelta para ver cómo el vapor salía de la tina, y pensó en lo delicioso que sería hundirse en el relajante calor del agua. Cuando se volvió otra vez hacia la ventana, algo muy lejano en el oeste despertó su interés: un punto de rojo brillante en un mar de marrón y gris. Miró con atención y advirtió que era una mujer con un chal rojo, y, por la manera en que se movía arriba y abajo, cabalgaba en un burro y no en un caballo. Se levantó al punto y se asomó a la ventana para ver mejor, pero para entonces la figura había desaparecido. Cerró

los ojos con fuerza y los abrió de nuevo rápidamente para mirar a la distancia, pero no había ni rastro de ella.

208

18

Janie oyó cómo alguien lloraba.

Un llanto conocido.

Oh, Dios mío...

—¿Alex?

Salió de un salto de detrás del árbol y corrió hacia donde él se había desplomado en el sendero. Se arrodilló a su lado y lo cogió en brazos.

—Alex, oh, Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está tu padre?

—Papá... se cayó —alcanzó a decir el chico.

—Pero ¿dónde está?

—Allá abajo —dijo Alex con voz entrecortada—, con los demás.

—Entonces, ¿por qué...?, ¿cómo...?

—James también está herido. Lany está cuidando de ellos. Janie sintió una furia instantánea hacia la mujer capaz de enviar a un niño pequeño solo en medio de la oscuridad.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Alex se apresuró a decir:

—Ella no quería que viniese. Me escapé.

—¿Cuál es la gravedad de la herida? ¿No estará...?

—Papá está vivo —dijo Alex con una voz muy débil—, pero tiene la pierna muy malherida.

—¿Estaba despierto cuando te marchaste?

—No.

Inconsciente después de una caída; la noticia fue como una puñalada en el corazón.

—¿Qué le pasó a James?

Alex se levantó apoyado en un codo.

—Se cortó la mano. Al caer la célula. Sangró mucho cuando la parte metálica lo hirió.

209

Janie sostuvo a su hijo con un brazo y lo ayudó a levantarse.

—¿Puedes caminar?

Él probó a dar unos pasos pero se cayó.

Janie se puso delante del chico, de espaldas a él, y se agachó. Pasó las manos por encima de los hombros.

—Sujétate, te llevaré a caballito.

Alex hizo lo que le decía, y su madre se lo cargó a la espalda. Mientras ella caminaba a toda prisa hacia la casa, el niño se quedó profundamente dormido.

Lany avanzó todo lo que la luz y la fatiga le permitieron. Encontró una zona de terreno más o menos llana y la cubrió con hojas a modo de colchón. Extendió una de las mantas —las tiendas estaban plegadas debajo de Tom — y las dispuso para que pudiesen estar secos.

—Vamos, vaquero —dijo mientras ayudaba al aturdido James a bajar del caballo—. No puedes estar demasiado cómodo ahí arriba. Fue una prueba de fuerza para la menuda mujer, pero consiguió llevar a James hasta

la manta sin ningún daño y lo acostó. Él gimió mientras se tumbaba. Una vez acomodado en la manta, señaló a Tom con un gesto.

—¿Cómo está?

—No lo sé. Quería acostarte a ti antes de ir a verlo. Supongo que no está muy bien. Creo que se ha desmayado por el dolor.

Fue hasta la camilla y se arrodilló junto a Tom. Tenía restos de hojas y tierra en el rostro; se los limpió, y después espantó a los insectos negros que revoloteaban sobre su boca.

—Tom... —dijo suavemente.

Él no respondió.

—¿Puedes oírme?

No hubo respuesta.

Ella le habló de todos modos, confiando en que la oyese.

—Vamos a tener que quedarnos aquí a pasar la noche. Encenderé una hoguera. —Le ajustó la manta alrededor del cuello y conversó con él para ofrecerle consuelo—. Creo que esta noche hará frío, así que te taparé bien. Él se movió y susurró:

—Alex...

Lany se preguntó si se habría dado cuenta de la marcha de su hijo. Apoyó

una mano en su brazo y se lo apretó.

—Está bien —dijo.

Se levantó mientras susurraba una silenciosa plegaria al Dios que esperaba que siguiese ahí fuera, para que Alex estuviese de verdad bien. El fuego crepitaba alegremente, pero Lany no podía dormir. Era la única capaz de luchar 210

contra lo que fuese, si surgía la necesidad. Antes de acostarse, había visto unos ojos rojos en el borde del claro, pequeños y muy juntos, probablemente un hurón o un mapache. Confiaba en que no fuese una marta; eran imprevisibles y peligrosas si se las asustaba.

Faltaban nueve horas para el amanecer; toda una eternidad.

De pie en el borde del sendero, Janie y Evan escudriñaban el bosque. Evan buscaba en la maleza a través de los prismáticos, y hacía una pasada tras otra por la oscuridad, atento a la luz de una hoguera. A partir de lo dicho por Alex, calcularon que habían acampado como mínimo a un kilómetro y medio bosque adentro.

—No veo nada —dijo Evan—. Creo que debemos bajar y seguir alerta mientras lo hacemos. Pueden estar al otro lado de algún afloramiento, fuera de nuestra línea de visión. Sé que mamá habrá encendido una hoguera, sobre todo después de lo que dijo Alex.

—De acuerdo. Adelante.

Con las lámparas en la mano, bajaron por la primera zona rocosa hasta el empinado sendero de más abajo. El avance era traicionero; sus pasos eran cortos y cuidadosos. En la mochila, Janie cargaba el equipo médico que había considerado necesario, de acuerdo con lo que Alex le había dicho del accidente. El peso afectaba a su ya precario equilibrio. Una vez resbaló, pero consiguió

aferrarse a una rama. La lámpara se agitó violentamente en su mano, y casi la dejó caer.

—Cuidado —le advirtió Evan, sujetándola por el brazo para ayudarla a recuperar el equilibrio—. Mamá y yo no podríamos traeros a los tres de vuelta.

Los ojos que brillaban en el borde del claro eran más grandes esta vez, rasgados a la manera de los felinos y muy separados. Miraban directamente a Lany, que les devolvió la mirada, arma en mano.

—Vamos, acércate un paso más —lo retó con voz calma—. Me vendría bien estrenar un abrigo de piel.

El puma soltó un gruñido bajo.

—Debes de estar muy hambriento para arriesgarte a acercarte tanto al fuego —añadió en voz baja—. Vamos, ¿por qué no vienes?

Los ojos resplandecientes se movieron hacia delante.

Lany amartilló el arma.

El puma saltó al interior del claro.

Lany disparó una vez, y alcanzó al animal en pleno salto. El impulso continuó, pero, en lugar de aterrizar sobre las patas junto a Tom, enseñando los 211

colmillos, se desplomó a poco menos de un metro de la angarilla. Lany vio que Tom levantaba la cabeza y después la bajaba de nuevo. Se acercó a él.

—No pasa nada. Está muerto. Todo irá bien.

—Bien —gimió Tom.

Luego añadió «Alex», y volvió a hundirse en la inconsciencia.

—Eso fue un disparo —afirmó Evan.

Se movieron en dirección al distante estampido. Evan levantó los prismáticos y miró hacia abajo.

—Veo algo —anunció—. ¡Un fuego!

En medio de la oscuridad, avanzaron en línea recta hacia la hoguera. Veinte minutos más tarde, Lany miró ladera arriba y vio las oscilantes luces de dos lámparas mientras sus rescatadores se acercaban. Se levantó y se llevó las manos a la boca a modo de bocina.

—¡Aquí! —gritó.

Evan le respondió a su madre agitando la lámpara. Lany se dejó caer de rodillas y se abrazó los costados. Por un breve momento, lloró de alivio. Cuando las lámparas se acercaron al borde del claro, se enjugó las lágrimas con la manga sucia, se puso de pie y se acomodó las ropas.

Las lámparas colgaban de una rama encima de la improvisada camilla de Tom. Janie lo examinó tan bien como pudo sin moverlo.

—Tom... —lo llamó suavemente. No hubo respuesta—. ¡Tom! —repitió, con un tono más fuerte y firme.

Él abrió los ojos y la miró.

—Hola —susurró. La sombra de una sonrisa apareció en su rostro—. Me caí.

—Eso me han dicho. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Dime dónde te duele.

—No me duele la nariz.

Acuclillada a su lado, Janie se secó la frente con el puño de la chaqueta y, pese a la gravedad de la situación, soltó una risita en respuesta a su intento de bromear. Le subió la pernera de la pierna herida y le pellizcó la piel debajo del calcetín. No reaccionó. Lo pellizcó más fuerte. Tom no parecía saber lo que le hacía. Janie necesitó de toda su voluntad y fuerza para mantener la calma. Mientras continuaba con el examen, le quedó muy claro que su marido no sentía nada en la pierna herida. Le pellizcó la piel de la otra pierna, en el mismo lugar, y la reacción fue inmediata.

—¡Ay! —exclamó él.

—Lo siento. No pretendía que te doliese. —Puso una mano en la suya —.

¿Puedes intentar apretarme la mano?

Tom la miró a los ojos.

—¿Tengo que hacerlo? Ahora mismo me parece que es mucho trabajo.

—Tienes que hacerlo.

Él apretó, con la fuerza suficiente para convencerla de que no tenía la columna lesionada.

—Lo he notado —susurró ella—. Quédate aquí. Ahora vuelvo. Él le dedicó una leve sonrisa. Janie se levantó para ir rápidamente donde estaba James.

—Déjame ver la muñeca.

Él alzó el brazo. Janie quitó la venda y vio la profunda herida que cruzaba la gran vena superficial. La sangre continuaba manando de la herida, aunque no a borbotones como antes.

—A ti te puedo tratar, pero no aquí. —Vertió agua esterilizada sobre la herida para lavarla, apretó una venda limpia en el corte y después sujetó la venda fuertemente alrededor de la muñeca—. Esto aguantará hasta que estemos de vuelta en el recinto.

Se puso de pie y se volvió para mirar hacia Tom. Lany estaba en cuclillas a su lado. Cuando vio que Janie la miraba, se levantó y se acercó a ella.

—He oído lo que le has dicho a James. —Apoyó la mano en el brazo de Janie—. ¿Qué pasa con Tom?

—No lo sé. No siente nada en la pierna herida. En la otra sí. ¿Fue capaz de moverla cuando se cayó?

—Un poco —contestó Lany—. Pudo usarla para ayudarnos a colocarlo en la camilla. No la notaba absolutamente inútil.

El tono en la voz de Janie traicionó su inquietud.

—Entonces no creo que tenga una herida en la médula espinal.

—¿Debemos moverlo?

—En un mundo mejor, probablemente no —contestó Janie—. Pero no puedo hacer nada por él aquí en el bosque. Necesita estar caliente, seco y limpio.

—¿Tenemos que irnos ahora?

Janie advirtió la ansiedad en la voz de Lany.

—Nos marcharemos en cuanto amanezca. Ya no falta mucho. Mientras tanto, sin embargo, debemos hacerle una transfusión a nuestro otro paciente. Necesito saber qué tipo es y ver si alguno de nosotros puede ser donante. Lany le extendió el brazo.

—Soy A positivo.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

213

—Entonces esperemos que él también; nos evitaría un montón de problemas.

Janie volvió junto a James.

—Aunque te cueste créelo, voy a sacarte un poco de sangre. —Desenvolvió

el vendaje y untó un poco de sangre en un papel—. A positivo. Una gran suerte. Lany permaneció de pie, y James sentado. Janie conectó una línea directa de uno a otro. Mientras la sangre de Lany entraba en él, Janie la miró.

—¿Tienes alguna enfermedad que deba saber?

—Buen momento para preguntarlo, pero no. Estoy limpia como una patena. Solo Dios sabe cómo, con todas las cosas a la que he estado expuesta.

La montaña era demasiado empinada para que el caballo pudiese tirar de la angarilla, así que Evan, Lany y Janie trabajaron unidos para cargarla por la subida. Cuando llegaron al sendero, la engancharon de nuevo al caballo y Janie se adelantó. Encontró a Kristina y Alex en un sofá de la sala. Kristina tenía a Alex en los brazos, abrigado con una manta, y la mirada clavada en el fuego de la chimenea. El niño tenía el rostro lleno de pequeños cortes, y un ojo ligeramente tumefacto.

Se irguieron en el acto cuando vieron a Janie.

—¿Y papá? —preguntó Alex, con una expresión de miedo y esperanza.

—Ahora lo traen.

—¿Está...?

—No está muerto, pero tiene la pierna muy malherida.

Se abrazaron y lloraron juntos. Finalmente, Janie susurró:

—No importa lo que pase, estaremos bien. Encontraremos la manera de seguir adelante.

Cuando ella intentó apartarse, Alex no la soltó. Janie permitió que la sujetase unos momentos más, y luego se liberó de su abrazo.

—Tengo que prepararme para atender a papá. —Besó a su hijo en la frente—. Anoche hiciste algo asombroso. Tu padre estará muy orgulloso de ti.

—¿No me gritará?

«Lo haría si pudiese», pensó Janie.

—No, Alex, no lo hará. Lo que hiciste fue muy valiente. Cuando Janie fue hacia la puerta, Alex se quitó la manta y corrió detrás de ella. La cogió de la mano, y su madre se volvió.

—Quiero ayudarte a que papá se cure.

—Alex, será un duro trabajo, habrá que hacer muchas cosas muy difíciles.

—Tú puedes enseñarme, mamá. Aprenderé rápido, te lo prometo. Su expresión era tan ilusionada, que ella no tuvo valor para decirle que la recuperación de su padre sería muy larga, con su ayuda o sin ella. 214

—¡Por favor!

—De acuerdo, Alex, te enseñaré. Pero quizá tengamos que esperar a que tu padre se sienta un poco mejor.

—Quiero aprender ahora.

Janie contempló a su hermoso hijo, el niño que procedía de otro tiempo y lugar. Ella lo había hecho nacer para satisfacer su ansia egoísta de intuir al hombre que había sido una vez, y raramente se había preguntado si Alejandro o los que lo habían amado habrían querido aquello, de haber tenido la oportunidad de opinar.

—Muy bien —dijo Janie con suavidad—. Entonces comenzaremos ahora. Ve a lavarte las manos. Es lo primero que debe hacer un médico. El chico asintió con aire grave y se marchó a la carrera. Su madre lo observó, y repentinamente se preguntó por qué parecía mucho más alto. 215

19

Aquel día de abril, aunque un tanto frío, era cálido comparado a ese otro, tantos inviernos atrás, en que Alejandro había recorrido por primera vez toda la carretera de Charing Cross. Cabalgaba entonces con el mismo destino; a su lado iba Adele, que, poco tiempo después de aquello, sería la única amante que había tenido, hasta conocer a Philomène. En aquel ventoso día de noviembre, bajo una helada lluvia, habían cabalgado con desesperada urgencia en busca de una comadrona conocida como madre Sarah. Ahora, por una razón del todo diferente, viajaba al mismo lugar. La carretera había cambiado tan poco que Alejandro tuvo la impresión de que había viajado de regreso en el tiempo; aquellos parajes tenían su propia manera de obrar su magia en el intelecto y engañarlo con nieblas y hechizos. Hacía mucho que había renunciado a entender las extrañas cosas que les habían sucedido a Adele y él mientras estuvieron allí.

Sin embargo, conocido o no, no lograba encontrar el camino al este que llevaba hasta el prado. Detuvo su caballo en un tramo de la carretera que por un momento despertó un recuerdo, pero este se disipó dentro de su confundido cerebro sin llevarlo a ninguna parte. El camino, el claro abierto, los dos gigantescos robles que habían crecido en un frondoso abrazo; todo parecía haber desaparecido. Quizá las hierbas habían cubierto el prado; era incapaz de imaginar que alguien se hubiese atrevido a perturbar los huesos de los muertos por la peste, a quienes habían enterrado apresuradamente allí en los oscuros días de 1349. ¡Hacer tal cosa sin duda habría provocado la cólera de Dios! En algún lugar, apenas por debajo de la superficie de terreno, estaba enterrada la camisa que había utilizado cuando él mismo había caído víctima de la peste. Aquel insignificante trozo de tela no habría podido servir de mortaja a los miles de londinenses que habían entregado su alma en la Gran Mortandad. 216

Miró entre los árboles para comprobar la posición del sol. Por su ubicación, comprendió que el rumbo que había tomado era correcto. Al parecer, su memoria no funcionaba de forma apropiada; ¿podía ser que el hechizo del paraje se hubiese extendido hasta allí y estuviese alterando sus pensamientos?

Condujo la montura hacia los árboles y la obligó a entrar en el matorral. Un faisán remontó el vuelo de pronto, casi entre las patas del animal, y espantó al caballo, que se encabritó y relinchó. Alejandro calmó a la bestia con palabras suaves y la urgió de nuevo a seguir la marcha. Entonces apareció un gamo a tan corta distancia que casi podía tocarlo; se detuvo allí, inmóvil como una estatua, y lo miró con sus grandes ojos castaños.

«Ella está aquí, entre estos animales...» Un búho chistó en algún lugar a lo lejos; giró la cabeza a tiempo para verlo salir volando desde una rama y desaparecer en las sombras del bosque. Cuando se volvió de nuevo hacia el gamo, había desaparecido.

La lógica se rindió a la fantasía en su mente cansada.

—Corred —les susurró a todas las bestias del bosque—. Decidle a vuestra señora que estoy aquí.

No había acabado de decir estas palabras cuando comenzó a caer una fastidiosa lluvia. El caballo buscó su camino cuidadosamente entre la maleza y al fin salió al claro. La lluvia cesó, y, mientras él atravesaba la alta hierba del campo, los rayos del sol brillaron de nuevo.

Un macizo de flores cubría el lugar donde él había escarbado la tierra con sus propias manos para enterrar sus prendas mientras los sabuesos ladraban a lo lejos. Detuvo el caballo y observó las coloridas flores; se preguntó qué habría pensado sir John Chandos —un hombre de quien se había hecho amigo—

cuando su rey le había ordenado que atrapara a los fugitivos, un judío y una niña pequeña. No era su presa habitual, sin duda, porque Chandos era un guerrero de extraordinaria capacidad que había sobrevivido a muchas batallas, incluido el baño de sangre que más tarde se había producido en Poitiers. Eduardo lo había enviado a él y a sus mejores hombres a buscarlos y capturarlos, una tarea bastante sencilla. No obstante, había fracasado; Alejandro sabía en el fondo de su corazón que el fracaso seguramente había sido intencional. No habría sido nada extraño que el hombre, que era la encarnación del honor, dejase escapar a Alejandro y Kate, a pesar de su lealtad al rey. No habría habido ningún honor para un hombre tan valiente en una captura tan vil.

Los insectos zumbaban perezosamente en el aire, y se posaban a voluntad. El caballo movía las orejas para librarse de los intrusos. El tiempo redujo su marcha, tal como había ocurrido en 1349 cuando él y Adele habían cruzado ese prado. Adelante estaban los dos viejos robles, los dos viejos amantes entrelazados en un desesperado abrazo.

«Pobre y amable bestia —pensó, y palmeó el cuello del caballo—; no tienes idea de a qué te enfrentas.» Alejandro miró el espacio entre los dos árboles, se armó de coraje y finalmente clavó los talones a su montura. El animal arrancó al galope a través del arco y penetró en el bosque que se extendía más allá. Entraron en un aire tan caliente que parecían las aguas de un baño. Al otro lado de los robles había un olor dulzón; los rayos del sol, contra toda lógica, parecían quebrarse en ángulo agudo. Paso a paso, siguieron por el sendero plagado de raíces. Alejandro apenas podía respirar; miraba a uno y otro lado constantemente, a la espera de que la sombra del guerrero Eduardo Hernández se levantase de la tierra. ¿Sería saludado de nuevo por Matthews, el joven soldado muerto a manos de sus camaradas, temerosos de que hubiese llevado la peste a Windsor, o incluso por Carlos Alderón, el herrero de Cervera, cuyo ceniciento cadáver Alejandro había desenterrado, lo cual había sido el motivo de su penosa peregrinación a través de toda Europa?

¿Aparecería Adele y le hablaría con su dulce voz?

—El tiempo todavía corre aquí a un paso imperceptible —comentó en voz baja.

Por supuesto, la mujer que había encontrado en la casa de piedra en la primera visita habría muerto hacía mucho; en aquel entonces, ya era una vieja de cabellos blancos y encorvada. Sin duda, todo lo que quedaría de ella en esta tierra serían sus huesos y un puñado de polvo. Su casa bien podía estar desierta y derruida.

Sin embargo, en su memoria la madre Sarah seguía tan viva como siempre. Sus acertijos, que lo habían incitado a pensar más allá de lo que había creído los límites de su propia mente, volvieron a él. Había sido ella quien le había enseñado las virtudes curativas del agua sulfurosa que salía de las profundidades de la tierra como un líquido espeso y maloliente. ¿Había descubierto su naturaleza química gracias a un afortunado accidente, o alguien antes que ella había hecho la maravillosa asociación a través de repetidas observaciones? Sentía que no se le hubiese ocurrido preguntárselo cuando había tenido la ocasión.

Recordó las palabras del Talmud: «Cuando nos enfrentamos a nuestro Creador en nuestras últimas horas, debemos responder por todos aquellos placeres que no hemos probado». Así pues, supuso, Dios también lo haría responsable de todos aquellos conocimientos que no había sido capaz de adquirir.

«¿Por qué no podría tener otra vida más, y así aprender y comprender todo lo que se me escapa en esta?», se lamentó en silencio mientras cabalgaba. De pronto se encontró en el borde de un espacio abierto; en el centro se alzaba la casita donde había vivido la madre Sarah. Tiró de las riendas para detener el caballo y se quedó inmóvil, con todos los sentidos aguzados y alertas. 218

El zumbido de los insectos parecía casi un trueno, el rumor de las hojas un clarín. La sombra de un pájaro bien podría haber sido un relámpago. Cuando un conejo salió de debajo de un espeso arbusto, Alejandro se sobresaltó. Recordó, al verlo, lo hambriento que estaba. Pero la comida tendría que esperar hasta estar seguro de que su cuerpo y aquel lugar eran reales. Una voz sonó en el matorral de su derecha.

—Bienvenido, médico.

El caballo dio una vuelta completa mientras Alejandro intentaba controlarlo. Cuando el animal se calmó, él se volvió hacia la derecha, y se

encontró frente a lo que tomó por otra aparición.

—No puede ser —dijo por lo bajo—. Sin duda...

—¿Sin duda tendría que estar muerta?

Por un momento Alejandro no pudo hablar. Después murmuró:

—Sí.

La vieja que tenía delante se echó a reír, y en ese instante, los pájaros rompieron a cantar, como coreando su risa. Una brisa fuerte se sumó al acompañamiento.

—Tranquilízate —dijo ella. Se tiró de la barbilla para demostrar su propia realidad—. No soy un espectro, si eso es lo que temes. Pero no soy la mujer que imaginas que soy; soy su hija.

Alejandro la miró pasmado, como si sus ojos le estuviesen engañando.

—Pero ¡podrías ser su gemela! El parecido es extraordinario.

—Es lo que me dicen; pero, como no tengo espejo, no puedo saber si es verdad.

—Dicen que las brujas no se reflejan en los espejos —replicó Alejandro. La mujer se echó a reír de nuevo.

—No soy una bruja, médico; no más bruja que tú, aunque cuando te marchaste de aquí se rumoreó que eras el demonio en persona. No soy más que una vieja que no quiere mirar las arrugas que le han aparecido en el rostro. Transcurrió un momento de silencio mientras se miraban el uno al otro. Finalmente la mujer manifestó:

—Ella me dijo que volverías.

«Ella» solo podía significar la madre Sarah.

—Esa parece una predicción un tanto arriesgada. Tu madre era una mujer de grandes conocimientos, pero me atrevería a decir que ni siquiera ella habría podido saber qué ocurriría en el futuro.

—Estás aquí, ¿no?

—Solo porque los caprichos del destino han hecho que sea así.

—La razón no importa. Has vuelto, tal como dijo que harías. 219

La mujer se dio la vuelta y, recogiéndose ligeramente las faldas, caminó

hacia la casa. Después de unos pocos pasos, se volvió hacia Alejandro y lo llamó

con un gesto.

—Vamos. No has viajado hasta aquí por placer, así que ocupémonos de tus asuntos.

Él desmontó y ató el caballo y después avanzó por el sendero de piedra hacia la casa. Con cada paso se sintió más ligero, como si, una tras otra, le quitasen las cargas de los hombros.

Mi querido compañero:

29 de abril; cuán lento pasa el tiempo desde que te marchaste. Es como si cada segundo fuese un minuto, cada minuto una hora, cada hora un día. Echo de menos tu voz reconfortante más de lo que puedo expresar. Cada día, cuando entro en el laboratorio, mi corazón espera oír tu saludo, pero siempre me desilusiono.

La salud y las fuerzas del padre Guy continúan mejorando, aunque creo que su frecuente expresión de melancolía se debe a su preocupación por ti. Ratas y peste, dice, ¡qué atrevido pensamiento! Esto nos llevó a discutir hoy el contagio como parte de nuestro trabajo. Él está

absolutamente convencido de que algún invisible vapor vive en el aire, un ponzoñoso humor que flota sin ser visto de un hombre a otro. Es un concepto audaz, brillante en su simplicidad, y me cuesta trabajo encontrar una razón para ponerlo en duda. Cuando se lo digo, sin embargo, él me recuerda que nadie puede desaprobar por completo una teoría y que no debemos preocuparnos por las razones para dudar, sino en cambio concentrar nuestros pensamientos en encontrar razones sólidas para creer que es cierto. Estas razones, insiste, se han de demostrar, porque solo así los demás abrazarán su teoría. Se reprocha por no ser capaz de encontrar la manera de hacerlo.

¡Salva a tu hija, y regresa pronto, para que puedas salvar a tu propio maestro de sí mismo!

Chaucer pasó junto a la entrada de la cocina con pasos discretos, confiando en que nadie reparara en él. Miró a través de la puerta, y en aquel momento una fregona alzó la vista de su trabajo y lo vio. Él le sonrió y la saludó con un pequeño gesto, sin saber qué otra cosa hacer; la joven se sonrojó y desvió la mirada. Chaucer siguió su camino, bastante seguro de que ella no daría mayor importancia a su presencia, mientras buscaba la abertura que Kate le había descrito.

«Con la forma de un pino, ancha en la base, estrecha en la punta.»

Él continuó por el pasillo, atento al angosto pasaje que aparecería unos pocos pasos más allá de la cocina. Lo encontró donde ella le había dicho. Se le aceleró el corazón cuando entró en él. Tuvo que forzar la vista, porque no

había antorchas, y él no llevaba ninguna, consciente de que aquello habría llamado la atención. Palpó a lo largo de la pared con las manos. «El final del pasaje estará cerca del nivel de tus ojos, en el lado izquierdo», le había explicado Kate.

Tocó de pronto una hendidura en las piedras. «Quiera Dios que no haya dragones al acecho en estas piedras», susurró mientras movía la mano arriba y abajo.

El pasaje estaba obstruido. Palpó un hueco en la superficie y empujó con fuerza. Arena y guijarros cayeron al suelo y formaron una pila alrededor de sus pies; pero, cuando empujó de nuevo, solo encontró una sólida pared. Se apartó

y se limpió el polvo de las manos, con el corazón compungido al descubrir que habían cegado el pasaje de Kate.

Sus zapatos y medias habían quedado cubiertos de tierra y arena. «Me preguntarán cómo ha sido», pensó. Volvió a toda prisa a sus aposentos para limpiárselos en privado.

En su puerta había una nota.

—Rápido —dijo la tata cuando vio a Chaucer en el umbral. Lo hizo entrar y cerró tras él—. Isabella está insoportable por su vestido para el baile de máscaras o por cualquier otra tontería. Ocúpate de tu asunto lo más rápido que puedas y después márchate, o lo pagaremos todos. —Señaló con la mano hacia el dormitorio de Kate.

Chaucer asintió y fue hacia allí. Cuando Kate lo vio entrar, se levantó sonrojada, con una media puesta y la otra en la mano.

—Perdonad —se disculpó Chaucer precipitadamente—. He venido en cuanto he podido, porque debemos buscar otro plan. No tuve problemas para encontrar el pasadizo, pero lo han cegado.

—¡Oh, no...! —gritó ella.

—Pero eso no es todo; hay más complicaciones. —Levantó en alto la citación del rey—. Me ha llamado para hacer unas transcripciones mañana al atardecer. Hay documentos oficiales que firmar respecto a la boda, y los términos apenas si empiezan a negociarse. Los documentos deben estar preparados antes de que comience el baile.

—Así que, aunque encuentre otra manera de salir, nadie podrá traerme un caballo.

—Puedo traerlo por la mañana —dijo Chaucer—, porque no se me requiere hasta última hora de la tarde.

—No, es probable que lo roben, o, peor todavía, que se lo lleven para guardarlo en el establo. —Ella lo miró a los ojos y dijo con aire desafiante —: Me iré a pie.

—Si lo hacéis, lanzarán a los sabuesos detrás de vuestro rastro y os descubrirán antes de que lleguéis más allá de la distancia de un grito. Por mucho tiempo de que dispongáis, no los mantendréis apartados de vuestra pista si no cabalgáis.

Ella se dejó caer en la cama.

—¡Papá ya debe de estar en la casa de la madre Sarah! —exclamó ella, desesperada—. ¡Hay que avisarle! —Se levantó de nuevo y sujetó las solapas de la capa de Chaucer—. Por favor —rogó—, si tienes corazón, ayúdame. ¡Cabalga hoy hasta allí y dile que tenemos que cambiar nuestro plan!

—Lo haré con gusto, milady —repuso él—. ¡Pero, antes de que pueda hablarle del cambio de planes, debe existir otro nuevo! ¿Qué le diré, que cargue contra las puertas de Windsor montado a caballo, se abra paso con su brillante espada, os monte a su grupa y desaparezca a galope tendido en medio de la noche?

Ella guardó silencio, mientras buscaba frenéticamente un medio para escapar.

—Solo se me ocurre otra manera. Tú y yo somos más o menos de la misma altura y complexión, Chaucer. Mañana en el baile de máscaras podemos tener dos trajes iguales; ambos nos ocultarán tanto que nadie verá lo que hay debajo. Si logras mantenerte apartado durante un tiempo y aparecer en el momento oportuno, quizá en el baile de mayo, yo podré escabullirme. ¡Cuando esté bien lejos, podrás buscar un rincón tranquilo y quitarte el disfraz idéntico al mío, debajo del cual llevarás otro!

Chaucer soltó una carcajada amarga.

—¿Cómo convenceré a alguien de que soy una grácil dama?

—Utiliza tu maravillosa imaginación para hacerte una idea de cómo se siente una mujer, y luego haz que tu cuerpo se comporte tal como tu mente le indique. ¡Tú eres capaz de hacerlo, yo sé que lo eres!

Él consideró la idea y, aunque esta era fruto de la desesperación, comprendió que podía resultar si no surgían contratiempos.

—¿Qué pasará con vuestro padre? ¿Cómo os encontraréis con él después de esa atrevida escapada?

Ella reflexionó por un momento y al cabo respondió:

—Dile que debe esperarme fuera con un buen caballo, y que yo lo encontraré. Cuando vayas a hablar con él, busca un lugar que ambos podamos reconocer fácilmente.

Al ver que Chaucer no respondía en el acto, Kate volvió a suplicarle.

—Por favor, por el amor de todo lo que es bueno, ayúdame a escapar. Aquel ogro me llevará Dios sabe dónde en Francia y nunca volveré a ver a mi hijo. Pasó otro momento muy largo antes de que Chaucer susurrase:

—Muy bien. Necesitaremos los disfraces y las máscaras lo antes posible.

¿Puede vuestra tata conseguirlos?

—No tengo ninguna duda.

—Entonces ponedla a la tarea, y yo cabalgaré al alba. Kate se arrojó a sus brazos en una muestra de gratitud. Después de un largo e intenso abrazo, ella lo soltó.

—No es muy lejos. —Le describió la ruta al prado con todo detalle—. En el extremo sur, verás una pareja de grandes robles que han crecido juntos hasta formar un arco. Pasa por el arco y sigue el camino hasta una casa. Si Dios me quiere, allí encontrarás a mi padre. —Luego acabó con una advertencia—: Ten cuidado al pasar entre los robles, porque en el otro lado reina la brujería, y puede gastarle oscuros trucos a tu mente.

—Seguiré el consejo a pie juntillas —respondió él con un tono un tanto burlón—. Pero no temo a las brujas, porque soy un hombre racional. —Se levantó—. Debo marcharme; es demasiado tarde para una visita decente. Él hizo ademán de marcharse, pero un instante después se volvió hacia ella. Con una mirada salvaje y hambrienta, la sujetó por los hombros, la acercó a él y la besó con ardor en la boca. Cuando al fin la soltó, dijo:

—Por Dios, Kate, sois todo lo que siempre he soñado en una mujer y una esposa. ¡Qué vida podríamos tener juntos! —Caminó de espaldas hacia la puerta—. Pero no puede ser. Solo puedo rogaros que me recordéis bien, allí

donde estéis.

Ella lo cogió de la mano y lo atrajo contra su cuerpo. Levantó la mano de Chaucer y se la besó.

—Mi querido Geoffrey —susurró—, esa es una cosa en este mundo de la que puedes estar seguro. Estarás en todas las plegarias que rece durante el

resto de mi vida.

La pena asomó al rostro de Chaucer.

—Supongo que tendrá que bastarme —manifestó en voz baja. Después apartó la mano y se marchó deprisa.

Querido amor mío:

Han pasado ya tres semanas desde tu marcha.

Guillaume se ha puesto muy melancólico desde hace un par de días. Creo que imita mi estado de ánimo, porque yo te extraño con todo mi corazón. Hablé con él, en la esperanza de descubrir la causa de su angustia, pero no quiere confiar en mí. Lo vigilaré cuidadosamente para asegurarme de que no se hunda demasiado en el dolor de tu ausencia. 223

Pero ahora debo hablar de alegrías, y no de tristezas. Hace varios días que espero mi menstruación, pero no ha llegado.

Chaucer encontró el claro con mucha más facilidad que Alejandro el día anterior.

Sin conocimiento de lo que allí había enterrado, cabalgó a través del prado en línea recta hacia el arco de los robles.

«Brujerías», pensó con sorna mientras se acercaba a los árboles. Acortó el paso de su caballo, pero no lo detuvo del todo. No habían acabado de pasar bajo el arco, cuando el caballo se encabritó y casi lo arrojó de la silla. Cuando los cascos golpearon de nuevo el suelo, el animal comenzó a corcovear.

—¡So! —gritó Chaucer mientras tiraba de las riendas—. ¡Tranquilo!

Pero, en cuanto esta orden salió de sus labios, empezó a sentir como si todos los sentidos normales lo hubiesen abandonado. Las patas del caballo parecían bajar cada vez más lentamente, y no hacían ruido alguno cuando tocaban el suelo. Desmontó y permaneció en el sendero con las riendas en la mano, aunque no podía decir por qué se había sentido impulsado a hacer tal cosa cuando el tiempo era precioso. Miró el bosque en derredor como si estuviese mareado. De alguna manera encontró la voluntad para seguir adelante, aunque sus pasos eran lentos y mesurados, y mientras avanzaba por la hierba, con el caballo detrás, miraba a uno y otro lado, atento a la aparición de un duende o un hada. Incluso en aquel aire rarificado, comenzó a sudar. Con cada paso aumentaba su asombro, hasta que al fin se detuvo y permaneció

inmóvil.

No tuvo noción del tiempo hasta que, con el rabillo del ojo, percibió un movimiento. Volvió la cabeza hacia allí y, para su gran sorpresa, vio una figura femenina. La mujer se le acercó con pasos tan ligeros que tuvo la impresión de que flotaba. Los pliegues de su capa de tul se agitaban con la ligera brisa. Era joven y bonita, con el pelo muy rojo y una fina piel blanca. Ella se detuvo a pocos pasos. Cuando habló, su voz era suave y delicada; unos mechones de su precioso cabello se agitaban alrededor de su rostro.

—Él está dentro —dijo, señalando hacia la casa.

—¿El médico?

En lugar de responder, la joven añadió:

—Dile que debe tener mucho cuidado.

Dicho esto, la mujer comenzó a retroceder. Al cabo de unos pocos segundos, empezó a esfumarse, y al fin desapareció.

Chaucer permaneció hechizado en el mismo lugar durante algún tiempo, aunque no habría sabido decir exactamente cuánto. Solo el suave relincho del caballo lo sacó de su encantamiento. Sujetó las riendas y guió el animal hacia 224

adelante, al tiempo que agradecía a Dios a cada paso por la sólida tierra que pisaba.

Alejandro se sentó a la mesa, donde estaba servida una comida consistente en ciruelas, queso y pan duro. Sarah se sentó con él y desayunaron juntos, acompañando la sencilla comida con una cerveza de su propia elaboración. El sabor era amargo, pero así y todo él la agradeció; dispondría de poco tiempo para sentarse a comer hasta que él y Kate estuviesen sanos y salvos fuera de Inglaterra. Lo único que le quedaba por hacer era esperar. En algún momento de la noche, si todo iba de acuerdo con el poema cifrado, ella acudiría allí.

—Este día me parecerá eterno —comentó.

—Debes calmar tu ansiedad, médico —le dijo Sarah—. Cuando estés de nuevo entre los ingleses, te delatarás.

—¿Es tan obvio mi miedo?

—Muy obvio, al menos para mí. Ahora, si quieres ser útil, sal y trae algunas hierbas: hierba mora, acónito, todo lo que encuentres que te parezca útil. —

Señaló las vigas del techo de paja—. Cuélgalas a secar ahí. Eres más alto que yo; no te costará ningún esfuerzo.

Le entregó un cesto de mimbre.

Él lo cogió sin prestar mucha atención. A la luz del día, los pequeños detalles que no había visto en la penumbra eran claramente visibles. Miró en derredor, y después dijo:

—Quiero preguntarte por algo que olvidé cuando estuve antes aquí.

—¿Cuando vivía mi madre?

—Sí. Sé que han pasado muchos años, pero aun así debo preguntar. Me dejé mi diario, un libro encuadernado en cuero. En él escribía mis observaciones, llevaba registros de mis viajes. Fue un regalo de mi padre y significa mucho para mí.

—Entonces, uno se pregunta por qué olvidaste un objeto de tanta importancia.

—A menudo me he hecho la misma pregunta. Nos marchamos con muchísima prisa, y yo no pensaba con claridad. La peste me había quitado toda la fuerza y el entendimiento.

—Pensaste con la claridad suficiente para enterrar tus prendas infectadas. Él bajó la mirada, como si tuviese vergüenza, aunque no tenía motivos.

—Aquella tarea me fue impuesta por el corazón, no por el intelecto. No quería transmitir la enfermedad; seguramente alguien habría encontrado y utilizado las prendas, porque estaban en buen estado.

—Ah, sí. En ese caso fue un acto digno de encomio. Pero lamento decirte, médico, que no tengo conocimiento de la presencia de dicho diario aquí. 225

—Entonces, ¿qué se puede haber hecho de él? Tú y tu madre habéis sido los únicos ocupantes de la casa.

—De vez en cuando nos marchábamos, como sabes. —Su mirada se dirigió

al chal rojo colgado de una percha cerca de la puerta—. Además, en sus últimos años mi madre no estaba del todo en sus cabales. Hacía cosas que parecían extrañas. Incluso yo comencé a creer que estaba loca. Solo Dios sabe qué pudo haber hecho con semejante tesoro.

Alejandro cogió de nuevo el cesto, apenado.

—Había confiado en que tú supieses algo. —Golpeó el cesto contra el borde de la mesa—. Bueno, entonces a buscar las hierbas. Supongo que una tarea me mantendrá ocupado hasta que llegue el momento.

La mujer sonrió.

—Sí. Hasta que llegue el momento.

Él salió al exterior y se maravilló al ver la altura del sol; había dormido durante la mayor parte de la mañana. Caminó a través de los jardines que rodeaban la casa como si estuviese en una nebulosa, y pensó en cómo podría desarrollarse la noche que le esperaba. Mientras las posibilidades pasaban por su mente, se arrodillaba de vez en cuando para arrancar un puñado de hierbas, sin que le agradase la leve rigidez que notaba en las rodillas al levantarse de nuevo. Muy pronto el cesto estuvo lleno de maravillosas hierbas medicinales, así que se detuvo por un momento para mirar la charca de agua caliente que rezumaba del suelo en mitad de los jardines.

«Mi salvación, y la de Kate —pensó—. Pero no la de Adele.» La familiar punzada de dolor le atravesó el pecho. De vez en cuando una burbuja estallaba en la superficie. Los insectos zumbaban perezosamente sobre el agua, y se posaban aquí y allí. Dejó el cesto y se arrodilló de nuevo; tocó con el dedo la superficie del agua, y creó un círculo de ondulaciones. Se llevó el dedo a la lengua, preparado para el desagradable sabor metálico que recordaba. En cambio, el agua era insípida. Miró con asombro la punta del dedo por un instante y luego lo volvió a meter en el agua, más a fondo. El gusto seguía siendo el mismo, sin nada notable. Era agua común.

—Por todos los dioses... —susurró para sí mismo.

¿Podían las propiedades medicinales de esta agua, que casi parecían mágicas, haber desaparecido desde la última vez que había estado allí? En una oportunidad se había arrodillado en aquel mismo lugar con la expectativa de una cosa y había hallado otra. Había saltado de su caballo cubierto de espuma después de una loca cabalgada desde Canterbury, y solo se había encontrado un líquido fangoso, y no el agua cálida y caliente que había salvado la vida de Kate apenas unos meses antes. La frustración que había sentido en aquel momento era indescriptible.

¿Podía ser que la magia hubiese cumplido su propósito? ¿Había perdido su fuerza con cada uso, hasta que su poder se había vuelto imperceptible?

¿La había usado correctamente? Sabía que podía llegar un día en que de nuevo fuese necesaria.

Y si se había consumido porque él la había usado...

Alejandro dio una violenta palmada en la superficie del agua, y esta le salpicó las prendas y el rostro. Se levantó y se secó las gotas de las mejillas

y la barbilla y miró con el corazón apenado mientras las ondulaciones lamían los herbosos bordes de la charca. Las ondas casi habían desaparecido cuando oyó

un sonido que no lo producía ni un pájaro ni un insecto. Recogió el cesto, se apartó del borde del agua y dirigió la mirada hacia el sendero que venía desde los robles.

Kate.

El corazón le latió con fuerza. ¿Podía ser... que ya estuviese allí?

Oyó crujir las hojas por los cascos de un caballo, y las ramas se separaron cuando un jinete salió de las sombras del arbolado sendero. Para su gran desilusión, Alejandro vio que no era su hija quien salía de entre los árboles, sino un joven bien vestido, de unos veintitantos años. Parecía confuso y se protegía los ojos contra el sol del mediodía, así que Alejandro no alcanzaba a distinguir bien el rostro. El joven caminaba lentamente, como hechizado, y guiaba de las riendas a su caballo. Aunque no intuyó un peligro real por parte del desconocido visitante, Alejandro se agachó detrás de un árbol cercano y observó por un momento mientras el desconocido miraba en derredor. Entonces el extraño llamó.

—¿Médico?

Alejandro no respondió, sino que escudriñó el rostro del joven.

«Dios mío.» Su cerebro no podía creer lo que le decían los ojos, así que salió

de detrás del árbol y preguntó, asombrado:

—¿Eres tú, Chaucer?

Chaucer miró en su dirección y, al verlo finalmente, hizo un gesto con la mano. Dejó ir al caballo y se adelantó a la carrera.

—Gracias a Dios. ¡Este lugar está embrujado!

—Mucho más de lo que te imaginas —replicó Alejandro—. Pero ¿por qué

estás aquí? ¿Qué pasa con Kate?

—No sufras, ella está bien, pero no podrá escapar como habíamos planeado originalmente. Han cegado el pasadizo en el muro, así que...

—Creía que tenías mejores modales, Alejandro.

Se volvieron a una y vieron a Sarah, que les sonreía.

—Solo en contadas ocasiones recibimos visitantes. Por favor, invita a nuestro huésped al interior.

Sarah le sirvió una jarra de cerveza, que Chaucer se bebió de un largo trago. Se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¡Estoy en la tierra de las hadas y los elfos, y Dios sabe qué más! ¿Qué ser arcano gobierna este lugar?

—Todo a su debido tiempo —contestó Alejandro, que se inclinó ansiosamente hacia el joven—. ¿Qué hay de Kate?

Chaucer le comunicó las noticias.

—El baile es esta noche. Las doncellas bailarán alrededor del poste de mayo. Hemos trazado un nuevo plan; Kate y yo nos haremos pasar por la misma persona el tiempo suficiente para que ella pueda escapar. Tengo encomendada la tarea de engañar a los guardias el máximo de tiempo posible para que ella se escape.

Sarah y Alejandro lo miraron con incredulidad.

—Somos más o menos de la misma altura —explicó el joven—. Su tata nos proporcionará dos disfraces iguales, ambos con capucha y máscara. Ella está

segura de que se puede hacer, aunque yo no tengo tanta fe.

—Es una suerte que estés bien afeitado —dijo Sarah—, o un plan tan improvisado no podría funcionar.

—A ver si te he entendido bien —manifestó Alejandro—. Cuando se haga el intercambio, ¿ella se marchará sin más?

—Es un baile de máscaras, médico. Nadie sabrá que es ella la que se marcha. Piensa salir del castillo y encontrarse contigo en algún lugar del exterior. Lleva un caballo bien robusto, porque no hay manera de que nosotros podamos llevar uno, ya que el rey requiere mis servicios por la tarde.

—¿Qué pasará si la descubren mientras sale del castillo?

—Ella no lo cree posible.

Alejandro se rascó la barbilla mientras analizaba el plan propuesto.

—No me agrada este plan. No prevé nada para el desafortunado caso de que la descubran. —Se levantó—. Debemos decidir por anticipado lo que haremos si eso ocurre. —Pensó durante unos momentos—. Yo iré al baile y me aseguraré de que ella salga sin daños.

—Eso sería todavía peor porque, por lo que he observado, sospecho que ya te están buscando.

—¡Como tú dices, es un baile de máscaras! ¿No puedo ir yo también disfrazado? Ella tendrá más posibilidades de escapar si va acompañada por

alguien que pueda protegerla.

—La subestimas, médico —replicó Chaucer—. La he visto manejar el arco y, en más de una ocasión desde que la llevaron a Windsor, ha hecho uso hábilmente de un puñal, cuando había uno a su alcance. 228

—Entonces, su espíritu permanece —manifestó Alejandro con un tono de esperanza.

—Más fuerte que nunca, diría yo. —Chaucer bajó la mirada con una expresión triste—. Es una mujer con un corazón grande y maravilloso, la mejor de los Plantagenet. Es una pena que no pueda ser reina algún día, porque ella, de toda la progenie del rey Eduardo, es la más adecuada para sucederle en el trono.

Al ver la expresión del joven, Alejandro comprendió que la marcha de Kate no era algo que desease. Sin embargo, parecía ser un participante voluntario.

—Eres un buen hombre, Chaucer, y valiente. Sé que, si pudieses, la protegerías. Pero solo puedes hacer una cosa a la vez, así que iré a Windsor. No he venido desde tan lejos para marcharme sin ella.

Chaucer no discutió.

—Bien, dado que está decidido, tenemos poco tiempo —afirmó Sarah —. Debemos buscar un disfraz para ti, y maese Chaucer debe marcharse para poder interpretar su parte en esta intriga. —Se volvió hacia Chaucer—. Antes de que te vayas, muchacho, ¿conoces la naturaleza de estos hechos, lo que se espera?

—El engaño, señora. Uno debe convertirse en algo que de otro modo no podría ser. Ese es el propósito, convertirnos en algo que no somos, y después encontrarnos con otros que también son distintos de sus verdaderos seres. Se volvió hacia Alejandro.

—Sea cual sea tu disfraz, debes taparte lo máximo posible, como haremos nosotros. Ahora debo marcharme, para atender la llamada del rey... —Se levantó, y luego dijo de pronto—: ¡Casi lo olvidaba! Una invitación. La necesitarás para entrar en la sala. —Frunció el entrecejo mientras pensaba en cómo se podía lograr—. Ya lo tengo. Yo estaré dentro del castillo, así que no necesitaré la mía; la sacaré al exterior para ti, pero ¿dónde... dónde...? —

Reflexionó durante un largo momento—. Ya lo sé. Hay un cepillo de limosnas delante de la vieja capilla. La dejaré detrás de la caja. Bien, la

capilla está... Era la capilla donde Alejandro había puesto en cuarentena a Matthews y al sastre de Isabella.

—Sé dónde está —lo interrumpió—. Lo sé demasiado bien. Luego hablaron rápidamente de la naturaleza del disfraz de Alejandro; fue Sarah la que encontró el traje ideal, uno fácilmente accesible con las cosas que tenían a mano.

—Por lo tanto mi misión aquí está cumplida. Ahora he de marcharme. Todavía hay mucho que hacer. Adiós, por ahora.

Mientras Chaucer se volvía para salir de la casa, Alejandro le sujetó la muñeca.

—No olvidaré esto. Nunca podré compensar tu bondad, y estaré para siempre en deuda contigo.

—Cuando te vea a ti y Kate reunidos, esa será una recompensa más que suficiente para mí.

Alejandro apretó una vez más la muñeca de Chaucer y luego la soltó. Sonrió y despidió con un gesto al muchacho. Sarah se quedó en la casa, pero Alejandro salió con él y miró mientras el poeta montaba en su caballo. Cuando Chaucer ya se disponía a taconear su montura, se volvió hacia Alejandro.

—Ocurrió una cosa curiosa antes cuando pasaba por el bosque —comentó, y señaló en dirección al sendero—. Quizá una visión. Tendría que habértelo dicho antes, pero con todo lo que ha pasado...

Alejandro había tenido muchas visiones en aquel sendero. Se adelantó un paso.

—Dímelo ahora.

—Había una dama de piel blanca y cabellos rojos. Se acercó a mí con un mensaje para ti, creo.

Alejandro notó un nudo en la garganta.

—¿Qué dijo?

—Que debías tener cuidado.

«¿De qué?»

—¿No dijo nada más específico?

—No.

—Gracias —dijo Alejandro después de un momento de silencio. El poeta asintió, clavó los talones a su caballo y desapareció en el bosque. El médico lo observó hasta que se perdió de vista, consciente de que acababa

de poner su destino y el de Kate en manos de un inglés que, si él lo había interpretado correctamente, lloraría de contento si el plan fallaba.

OceanofPDF.com

Sarah cubrió los hombros de Alejandro con una capa de montar y se la ató a la garganta.

—Gracias a Dios esta noche hará frío —dijo—. A nadie le parecerá extraño que vistas tanto abrigo.

Alejandro se volvió para que ella lo observase.

—Nadie te reconocerá, una vez que te bajes la capucha.

—Cuando me marche esta noche, ya nunca regresaré. —Esperó un momento, y luego añadió—: Una vez más, debo preguntártelo: ¿estás segura de no saber el paradero del diario?

—Hasta donde sé, no está aquí —respondió ella—. Esta es la verdad de Dios. Pero te daré otro regalo, que quizá encuentres útil. —Fue hasta un armario, del que sacó un pequeño frasco tapado con un corcho—. Láudano —

explicó mientras se lo daba—. Una sustancia muy útil. Hay muchas cosas beneficiosas que se pueden conseguir simplemente mirando al suelo, pero no ésta.

—Confiemos en que no sea necesario; pero, si lo es, te lo agradezco ahora. Guardó el frasco en su bolsa y enganchó esta al cinturón. Salieron a la luz del ocaso. Alejandro llenó su cantimplora con el agua del barril, y luego fue a buscar su caballo.

—¿Recuerdas el camino a Windsor? —preguntó Sarah mientras él montaba.

—Demasiado bien.

Ella permaneció en el patio, con el chal rojo bien ajustado sobre los hombros, y contempló cómo Alejandro desaparecía por el sendero que llevaba hacia los robles unidos; al otro lado le esperaban los terribles peligros de Inglaterra. Mientras se asentaba el polvo levantado por los cascos del caballo, Sarah susurró:

—Que los dioses te protejan.

Se volvió y emprendió el regreso hacia la casa. Al cruzar la puerta, su mirada se fijó en un pequeño arcón que su madre había dejado. Le partió el corazón verlo.

«Él regresará —le había dicho su madre—. Te pedirá que le devuelvas lo que olvidó. No se lo des. Si lo haces, se lo llevará de aquí. Llegará un momento en que se lo necesitará para un propósito más importante.»

«Pero, si pregunta, ¿qué debo decirle? —había querido saber la hija—. ¿Que no está aquí? Es un buen hombre, tú misma lo dijiste. ¿Cómo voy a mirarlo a la cara y decirle una flagrante falsedad de algo que tiene tanta importancia para él? ¿Cómo podré hacerlo sin que él, por la vergüenza de mi rostro, se dé cuenta de que se lo estoy ocultando?»

Su madre se había limitado a sonreír. Así que el arcón había continuado cerrado, sujeto con un candado de plata. En un armario había un cáliz que ella misma había utilizado hacía mucho tiempo como reina de mayo, antes de acudir a aquel lugar. Dentro del cáliz descansaba una llave de plata. Algún día, aunque no sabía cuándo, la sacaría para abrir el arcón, y finalmente, mucho tiempo después de la muerte de la anciana, miraría los tesoros que ella había dejado.

Deseó que su madre hubiese sido más específica. «No soy tan experta como tú, madre, en saber cuándo se deben hacer las cosas», pensó. Llegaría un momento en que tendría que decidir por su cuenta. Ciertamente tendría que ser antes de que ella misma dejase aquel arcón a su propia hija.

Después de todo, ella era ahora la madre Sarah.

231

Alejandro sintió solo un ligero estremecimiento cuando pasó entre los robles. Se preguntó si la magia del paraje había desaparecido con el cambio de propietaria. Era un hombre racional con una excelente formación, y sin embargo creía con toda su alma que había algún misterio inexplicable en aquel lugar, tan cercano a la sede del poder de Inglaterra y no obstante un mundo en sí mismo. Nunca lo podría desentrañar, porque no podía imaginar ninguna circunstancia que lo llevara allí de regreso.

Mientras cabalgaba hacia Windsor, consideró cómo habría evolucionado su vida de haber seguido la senda que su padre le había marcado: establecerse dentro del oficio, aceptar un matrimonio arreglado, procrear —alegremente— y criar niños bien educados, industriosos y píamente devotos, para la eterna alegría de sí mismo y de su esposa, y también para los abuelos de los niños.

«¿Médico?», había gritado Avram cuando Alejandro le habló por primera vez de sus sueños. Pero de alguna manera ese sueño se había convertido en realidad. Ahora galopaba por un sendero del bosque en una tierra lejana, y de nuevo soñaba con algo que parecía imposible de conseguir. Las pocas horas siguientes determinarían el curso del resto de su vida. Pasó por las conocidas referencias a lo largo de la ruta: la abadía

donde había aprendido las lecciones de cristianismo para obtener la mano de Adele; la bifurcación de la carretera, donde podía escoger ir al oeste, a Windsor, o al norte, a la finca que el rey Eduardo le había dado en recompensa. Una estrecha senda apareció a la vista a la izquierda. Al acercarse aminoró

el paso del caballo, y finalmente lo detuvo del todo mientras los recuerdos dolorosos lo dominaban. Sintió una pena indescriptible, como si tuviese un enorme peso en el pecho. Allí había pasado dos preciosas semanas con Adele y Kate, solo para que su fin lo atormentara. Dentro de esas paredes, Kate había luchado contra su propia enfermedad, y su devoción hacia ella se había consolidado.

La advertencia de Adele a Chaucer resonó en su mente: «Ten mucho cuidado».

El caballo quería moverse y dejó que avanzara a voluntad por la carretera. Las manos le temblaban tanto que tuvo que sujetar los bordes de la montura cuando entró en el patio abierto. Cuando por fin reunió fuerzas para mirar la casa señorial, advirtió con un sentimiento de alivio casi vergonzoso que el lugar estaba mal atendido, quizá incluso abandonado. Aunque lo entristeció ver una casa tan magnífica en tal estado de abandono, murmuró unas palabras de agradecimiento a Dios por no haber permitido que otro ocupante mancillara su lugar sagrado.

Luego hizo volver grupas al caballo. Windsor lo esperaba. Más hitos conocidos aparecieron a la vista: una casa que recordaba, aunque ahora tenía un granero donde antes no existía ninguno; una elevación en el 232

camino, más allá de la cual tendría su primera visión clara del castillo. Cabalgó

hasta lo alto de la cuesta y se detuvo. La vez anterior, desde la montura, había contemplado lo que había debajo, solo que entonces se le había permitido entrar en Windsor libremente. A lo lejos vio la multitud de celebrantes, que iban de camino a la fiesta nocturna. Ató el caballo en un punto bien escondido y comenzó su propio descenso, al tiempo que se preguntaba cómo unas piernas tan rígidas podían poner un pie delante del otro. La respuesta, comprendió, era sencilla: eran esas piernas las que lo llevarían hasta Kate. En esa noche de fingimientos, después de tantos años de separación, volverían a reunirse, y su corazón se llenó de júbilo al pensar que la tendría de nuevo a su lado. Tenía como aliados a Chaucer y la vieja tata, pero más allá de eso solo contaba con el ingenio y con el afilado puñal

guardado en la caña de la bota; unas botas que, después de haber pasado por las manos de Sarah, quizá

nunca recuperarían su anterior estado. Pero volvería a estar con su hija, y eso era lo único que importaba.

«Detrás del cepillo», repitió Chaucer para sus adentros. Miró en derredor para comprobar que nadie lo vigilara, y, al encontrarse absolutamente solo, metió la invitación detrás, como había prometido. Después se marchó a toda prisa para no retrasarse. Llegó a la sala de audiencias en el momento en que las partes implicadas se reunían. Delante de la puerta se arregló las prendas y se esforzó por recuperar la compostura. Cuando entró en la habitación, esperaba que la agitación que sentía en su corazón no se reflejase en su rostro. El rey lo saludó con gran jovialidad y lo presentó a sus invitados, cuyos nombres Chaucer olvidó de inmediato, con una notable excepción. Miró a Benoît con un odio helado durante una fracción de segundo, lo suficiente para que el hombre comprendiese su desdén. Luego se volvió hacia el rey, todo sonrisas y buena voluntad. Guardando para sí su desesperación, escribió los documentos que fueron firmados y sellados por las partes implicadas. Se harían copias y cada uno la recibiría acabada la fiesta; Chaucer no tenía duda de que la tarea de reproducirlas también recaería en él, debido a su importante naturaleza. Se vería forzado a tragar la amarga píldora muchas más veces.

Le entregó el contrato acabado al rey y saludó con una profunda reverencia.

—Con vuestra venia, debo marcharme para ponerme mi disfraz.

—Pues tendrás que darte prisa, Chaucer. Muy bien, puedes marcharte. Salió de la sala de audiencias con toda la dignidad de que fue capaz, mientras los participantes en el acuerdo levantaban sus copas en un brindis por 233

sus futuros éxitos. Solo cuando estuvo a una distancia donde no podían oírlo echó a correr hacia las habitaciones de Kate.

Cuando la encontró, la muchacha estaba en su balcón observando la multitud.

—¡Por fin! —exclamó Kate al verlo.

—Lo siento, pero no pude evitar la demora; no habían terminado de negociar la dote. Me retuvieron durante casi una hora, mientras manifestaban sus exigencias.

—¿Qué hay de papá? ¿Estaba allí? ¿Lo viste?

—Estaba, y lo vi.

Ella le sujetó ansiosamente la capa.

—Dime.

—No temáis, él está bien y sigue tan audaz como siempre. Insiste en que vendrá al baile. Ya le he dejado mi propia invitación, delante de la capilla. —

Describió el disfraz que Alejandro llevaría.

—Entonces está todo arreglado —manifestó Kate en voz baja. Cogió el disfraz que la tata había hecho para Chaucer y se lo dio—. Esta noche seremos como gemelos idénticos.

Chaucer asió el disfraz y lo sostuvo en alto, para compararlo con el que ella vestía.

—Eso parece, milady.

—He soñado con este momento durante cada minuto de mi encierro —

declaró Kate, que se volvió para contemplar la multitud de celebrantes, cada vez más numerosa—. Papá detesta las multitudes. Se siente atrapado con tanta gente a su alrededor; perturba su puntillosa naturaleza. Pero vendrá a buscarme, tal como siempre he dicho. Prefiero morir a aceptar lo que me aguarda aquí, y él preferiría verme muerta, sabiendo lo que me depara ese destino.

—Milady, qué oscuros pensamientos. Vuestro padre nunca os tocaría ni un pelo de la cabeza. —Le sujetó el rostro entre las manos y le besó la mejilla—. Debéis recordar que yo soy el poeta, y dejarme los dramas a mí. Ella se rió con nerviosismo, intentando aligerar el tenebroso efecto de sus palabras.

—Lo sé. Estoy segura de que no llegará a ocurrir ninguna de las dos cosas. Esta noche seré libre, después de tanto esperar. —Miró los ojos castaños de Chaucer—. No sé si debo mostrarme loca de alegría o aterrorizada por lo que va a pasar.

—¿De qué tenéis miedo? Como habéis dicho, esta noche seréis libre.

—De la maldad —susurró ella—. Padre y yo la hemos encontrado en abundancia en este mundo.

—Y ahora, vestida como una santa abadesa, buscaréis la encarnación de la maldad como vuestro salvador.

—Sí —dijo ella, con la mirada puesta en la muchedumbre—. Uno de esos demonios que envenenan los pozos.

Chaucer dejó pasar su amarga observación sin hacer comentarios.

—Ya es la hora. —Levantó el vestido blanco y lo miró por un instante, y después lo arrojó a un lado. Sujetó el rostro de Kate entre las manos y la besó

tiernamente—. Recordadme en vuestras oraciones.

—Lo haré, te lo prometo. —Ella le puso en las manos un relicario con su retrato, uno que él había admirado—. Para que me recuerdes.

—Gracias. —Chaucer cerró los ojos y apretó su frente contra la de ella, y luego, con el corazón destrozado, la soltó.

20

No contaban con un aparato de rayos X, pero Janie sabía que muy pronto debería enfrentarse a otra intervención quirúrgica fuera de su especialidad. La pierna de Tom era una masa sanguinolenta de tejidos rotos enganchados alrededor de los trozos dentados que habían sido los huesos de la pantorrilla derecha. No tenía implantes de titanio o cerámica. Cuando le abriese la pierna

—en cuanto su estado se estabilizara— decidiría allí mismo si había que amputarla o no, según lo que viese.

Durante los primeros días, él había entrado y salido de la inconsciencia; cuando estaba despierto movía los miembros sin parar. Por fin, sabiendo que nunca se curaría si no se quedaba quieto, Janie envió a Kristina al laboratorio a buscar la fórmula de algo que mantuviera a su padre en un estado casi de letargo, para que la pierna se curase.

«Quiera la Fuerza que se cure», pensaba Janie cada vez que lo miraba. Mientras ella y Alex hacían el diario trabajo de cuidar de Tom, se preguntaba si él oiría las conversaciones entre su esposa y el niño que él había criado como hijo suyo.

—Sostén la muñeca de papá así, y aprieta con el dedo en este punto. Ahí

hay una vena. ¿La sientes latir?

—Sí, la siento.

—Escucha primero tu propio corazón, y después escucha el de papá.

¿Suenan igual?

—El suyo es más lento. El mío es más fuerte.

—Eso es porque no hay mucho músculo y carne entre el estetoscopio y tu corazón. Papá tiene músculos más grandes.

No mencionó que los músculos de su padre, una vez duros y suaves, se adelgazaban rápidamente mientras su cuerpo permanecía en la misma posición.

—Mira el color de la orina en el tubo. ¿Qué ves?

—Es más oscura que la última vez.

—Entonces, necesita más líquido. Vamos a aumentar el goteo. Lo limpiaban juntos, comprobaban juntos sus signos vitales, lo ponían de lado para cambiarle las sábanas. Cada pequeña cosa que Janie hacía para cuidar a Tom se convertía en una lección para su entusiasta hijo, que, mediante una fuerza de voluntad que su madre no alcanzaba a entender, conseguía mantener su propia pena y preocupación a raya en presencia de su padre. ¿Lo habría aprendido de mirarla? Si era así, sería una pura imitación, porque ella no le había enseñado específicamente esa manera de comportarse. ¿Había su dulce e inocente hijo recibido de su «madre» la fortaleza y el empuje que la guiaban a ella en las horas oscuras, pero que algunas veces hacía difícil reconocer la luz?

En un momento deseaba que sí; al siguiente, que no.

En cuanto Alex salía de la habitación, volvía a convertirse en un niño pequeño, que lloraba por el sufrimiento de su padre como haría cualquier otro niño en las mismas circunstancias. Pero, en presencia de Tom y fuera cual fuese el grado de conciencia de su padre, mantenía la expresión ilusionada.

—¿Puede oírnos?

—No lo sé. Pero creo que debemos presuponer que sí.

Una noche, dos semanas después de haber llevado a Tom a casa, Janie, sin poder dormir, se levantó del catre y fue junto al lecho de Tom. Le tomó el pulso; parecía un poco más rápido. Su brazo tenía el calor habitual y se movió en respuesta a su contacto. Janie se inclinó para darle un suave beso en la mejilla. La piel de la sien tenía el mismo olor de Tom. Pero, cuando levantó las mantas para mirarle la pierna, le llegó un nuevo olor, uno que anunciaba malas noticias. A la débil luz de la vela, vio las manchas oscuras. Los gusanos no podían alcanzar las profundidades de la carne para acabar con la gangrena como habían hecho con la carne de la niña cuya diabetes habían controlado. La infección no era de las que salían a la superficie y se propagaban de forma visible, como un forúnculo; penetraba en el músculo y el hueso, escondida profundamente dentro de cada célula, y la llevaba a la

muerte desde el interior. Lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

—Oh, amor mío —susurró—. ¿Qué vamos a hacer?

No había reparación quirúrgica posible, solo la amputación, ahora que se había asentado la infección. No había nada que ella pudiese hacer hasta que amaneciese, así que, llena de pesadumbre, Janie volvió a su catre. Las sábanas eran como hielo, y se estremeció debajo de la manta. Al cabo de mucho rato se hundió en un sueño inquieto.

En los últimos fríos momentos antes del amanecer, se despertó cuando Alex le tocó el brazo.

—Mamá, tienes que despertarte.

Ella se levantó apoyada en un codo.

—¿Qué pasa?

—Es papá; está muy caliente —respondió él en voz baja. Sin decir palabra, Janie apartó las mantas. Antes de ir a la cama de Tom, atrajo a Alex a sus brazos y lo apretó contra su cuerpo durante unos momentos.

—Ve a buscar a Kristina. Necesitamos estar juntos como una familia.

—¿Se va a morir?

La voz era absolutamente infantil; le destrozó el corazón comprender que su infancia sería muy breve.

—No. Pero necesitamos tomar una decisión en cuanto a su pierna. Mientras lo observaba salir corriendo de la habitación, comprendió que en ese día la formación médica de su hijo avanzaría a marchas forzadas. Se sentó

en una silla junto a la cama de Tom y lo miró en silencio mientras esperaba que Alex volviese con Kristina.

«No es más que una pierna —se dijo—. Podemos hacerle una prótesis.»

Pero ni siquiera la mejor prótesis permitía las maravillosas variaciones en equilibrio y agilidad que eran parte del milagro de un miembro sano. ¿Qué

ocurriría con su dolor? ¿Pasaría el resto de su vida sumido en un estado de sopor que le permitiera soportar estar vivo?

«No. Por supuesto que no. Tampoco es su mente —pensó—. Seguirá siendo el mismo Tom con el que me casé. Seguiré amándolo tanto como antes.»

«Pero ¿lo conseguiré?»

Demasiados pensamientos pasaron por su mente.

«¿Lo amo lo bastante para superar esta prueba?»

«¿Y si mi amor por él está demasiado centrado en lo que hace por mí: ayudarme, protegerme, alegrarme, y todas esas cosas masculinas que me hacen entender lo fantástico que es que haya dos sexos?»

La posibilidad de que su corazón no fuera capaz de hacer lo correcto —

adorar a su esposo como antes a pesar de que no estaría íntegro— la aterrorizó

tanto que Janie no pudo continuar pensándolo. Cuando Alex entró con la todavía somnolienta Kristina a la rastra, se sintió inmensamente aliviada porque podía volver sus pensamientos a algo menos aterrador: decirles a los dos niños que iba a cortarle la pierna a su padre.

Como había hecho antes, Janie convirtió el laboratorio en una sala de operaciones. Nadie llevaba guantes; sencillamente no había ningún par que Janie pudiese confiar que estuviese lo bastante limpio. Hervir los que aún tenía los desgastaría tanto que serían inútiles de todas maneras, así que todo el mundo con las manos desnudas.

Como había hecho en anteriores operaciones, le dijo a Caroline que controlase los signos vitales de Tom. A Kristina le encargó la tarea de los 238

instrumentos, de pasarle lo que necesitara cuando se lo pidiese. Para Alex encontró un pequeño taburete, y ahora estaba de pie junto a su madre para hacer todo lo que ella le dijese. Cuando se lo indicó —para su sorpresa —, él sujetó una vena mientras ella la cauterizaba. Aspiraba la sangre con una pipeta y la vaciaba en un cubo. De vez en cuando Janie le daba pequeños trozos de la carne de su padre, que él colocaba reverentemente en una bandeja —para enterrarlos después— sin ningún signo visible de asco. Al cabo de un rato, Janie se tomó un momento para descansar las manos y así evitar que se le acalambrasen durante las dos horas o más que tardaría en acabar la operación. Echó una ojeada al laboratorio; con el cubo de sangre, la bandeja con los trozos de carne y los ayudantes sin guantes, parecía una sala de operaciones medieval. Cuando la intervención finalizó —un resonante éxito para su pobreza de medios— Janie vigiló el lavado de manos. «Mi reino por un desinfectante», pensó mientras controlaba que los otros tres miembros de su

«equipo quirúrgico» se lavasen bien a fondo las manos, se cepillasen debajo de cada uña, se enjabonasen y enjuagasen, y que lo volviesen a

hacer. Una vez que todos se fueron a descansar, Janie se sentó en el borde de la cama que normalmente compartía con Tom y dejó que su mirada vagase por los tablones de madera del suelo hasta que llegó a la cómoda. Allí, metidas debajo, vio un par de botas de su marido. Se levantó silenciosamente y se llevó una al armario, donde la ocultó detrás de una caja con las prendas de verano.

Los primeros días posteriores a la amputación nadie parecía tener idea de qué hacer, más allá de vagar por el recinto a la búsqueda de algo que permitiera mantener a raya la profunda y terrible preocupación que los embargaba. Kristina era la única que parecía tener un propósito definido; se había dedicado inmediatamente a la tarea de preparar una serie de corticoesteroides, con la convicción de que podrían haber salvado la pierna de Tom, si se hubiesen administrado enseguida.

A Janie se le partió el corazón ver que Kristina se reprochaba por no haber hecho el trabajo antes. Dijo todo lo que se le ocurrió para aliviar la pena y el remordimiento de la muchacha.

—Habría que habérselos administrado a los pocos minutos del accidente para haber controlado la inflamación. ¡Por favor, no te tortures de esta manera!

Estábamos demasiado acostumbrados a hacer milagros con nuestra medicina en el tiempo anterior, y ahora los milagros son mucho más escasos e infrecuentes.

—¡Yo soy un maldito milagro! —había gritado Kristina—. ¡Igual que Alex!

—De otro tipo —había respondido Janie.

Ahora Kristina estaría en el laboratorio. Era su refugio.

Las lágrimas goteaban por la punta de la nariz de Kristina y caían en la placa de Petri que había puesto en el mostrador del laboratorio. Se sonó la nariz con un pañuelo y luego puso la placa en el fregadero para lavarla. Sacó otra y la colocó en su lugar. Mientras le quitaba la tapa, oyó que llamaban suavemente a la puerta.

Evan Dunbar estaba en el umbral con una bandeja en las manos.

—Espero no molestarte. Pensé que quizá querías algo de comer.

Kristina se enjugó las lágrimas de las mejillas.

—La verdad es que no tengo hambre. Pero no me molestas. Entra, si quieres.

—Vale.

Él entró con la bandeja y la dejó en la mesa.

—Si no vas a comer, ¿te importaría...?

—No, por favor, adelante. Sencillamente es que no tengo hambre. Evan se sentó en uno de los taburetes y comenzó a comerse el pan y la sopa que le había llevado a Kristina.

—Está muy bueno. ¿Seguro que no quieres un poco?

—Quizá más tarde.

—¿Qué haces?

Ella se secó las manos en el delantal.

—Intento hacer unos esteroides. Reducen la inflamación.

—Mi amigo Jeff tuvo que tomarlos durante un tiempo, después de que Will Durand lo hirió. —Luego, como para consolarla, añadió—: Dijo que eran bastante horribles.

—Pero quizá habrían ayudado a la pierna de papá.

—¿Lo crees de verdad?

Kristina se volvió, sin decir nada.

Evan permaneció en respetuoso silencio durante unos instantes. Luego dijo en voz baja:

—¿Sabes? Tendría que haber sido yo. Durand creyó que me tenía. Jeff se parecía un poco a mí y siempre estábamos juntos.

Kristina pensó por un momento, como si intentase recordar algo. Luego la luz del recuerdo de lo que él le había dicho de Jeff apareció en sus ojos.

—Qué terrible tener que vivir con ello —musitó.

Evan dejó el cuenco de sopa.

—Cada día pienso en ello. Algunos días más que otros. Pero siempre está

ahí, ese horrible pensamiento: tendría que haber sido yo. —Agachó la cabeza—. Siento una enorme alegría por no haberlo sido, y al mismo tiempo me avergüenza sentirme de esa manera.

—No fue culpa tuya, Evan. Por lo que leí, él era un completo monstruo.

—Lo sé. Pero me sentí tremendamente culpable. Todavía me siento así.

—Lo lamento de verdad.

—Yo siento mucho lo que le ocurrió a tu padre. Un águila, por amor de Dios, y tu hermano que lo vio todo. Es muy pequeño para ver algo así, y después tener que caminar por el bosque en la oscuridad...

—Sí. Pero creo que está bien. Tiene mucha fuerza de su... de Janie.

—Mi madre me ayudó mucho cuando secuestraron a Jeff No sé lo que habría hecho de no haber sido por ella.

Kristina permaneció callada por un momento. Después de respirar hondo, miró a Evan y dijo:

—Janie no es su verdadera madre.

Evan titubeó antes de hablar.

—¿Es adoptado?

—Algo así. —Ella lo miró directamente a los ojos—. Yo también. Más o menos de la misma manera. Creo que ahora es un buen momento para decírtelo. Pero prométeme algo.

—¿Qué?

—Prométeme que no dejaré de gustarte por lo que te diga.

—¿Por qué vas a dejar de gustarme por el hecho de que seas adoptada?

—Solo prométemelo.

—De acuerdo. Lo prometo. —Se acercó y le sujetó una mano—. Me gustas mucho, Kristina. Tendría que ser algo terrible para que dejaras de gustarme.

—Tú también me gustas, Evan. —Ella le apretó la mano—. Pero recuerda que me lo has prometido.

21

La tata había sido llamada de nuevo para atender a Isabella, y Kate se encontraba sola en su dormitorio cuando Benoît abrió la puerta de sus aposentos. Concentrada en los detalles de última hora de su planeada fuga, no lo oyó cruzar sigilosamente el salón.

El francés apareció en el umbral y la observó mientras ella dejaba el hábito blanco que vestiría para conseguir su libertad. Kate se volvió sorprendida al oír su risa.

Él la miraba mientras ella estaba en prendas interiores. Sus pantalones de montar —que seguramente habrían despertado sospechas— aún descansaban sobre la cama. La muchacha se apresuró a recoger la túnica blanca de abadesa y la sostuvo delante de su cuerpo.

—No —dijo Benoît—, déjala de nuevo. Me gusta verte con poca ropa. —Se adelantó y le tocó el cabello; le acomodó un mechón suelto detrás de la oreja—. Espero con ansia verte así como estás ahora todos los días cuando estemos casados. Quizá más de una vez al día.

Aunque todos sus instintos le decían que respondiese con furia, se obligó a permanecer tranquila.

—Soy un hombre de grandes apetitos, como muy pronto aprenderás. Y no hablo de comida.

Ella bajó la mirada sin decir palabra, con el hábito todavía apretado contra el pecho.

—Creo que es muy apropiado que pruebe un poco ahora —le susurró el barón al oído.

Le quitó la túnica blanca de las manos y la arrojó sobre la cama, lo que, por fortuna, dejó ocultos los pantalones. La acercó a él; Kate olió su repugnante aliento y volvió la cabeza. Benoît le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo de 242

nuevo. Ella cerró los ojos y permaneció rígidamente inmóvil, intentando no respirar el hedor que impregnaba el aire.

—Después de todo, nos casaremos muy pronto —añadió él con voz de arrullo y, cogiendo el lazo que sujetaba su corpiño, lo desató de un tirón. El ansia de matarlo creció en su interior. Un grito silencioso estalló en su cuerpo mientras él le bajaba el hombro de la camisola. La daga solo estaba a un palmo de distancia, debajo de los pantalones.

Kate imaginó los movimientos: empuñar el cuchillo, lanzarse sobre él, rajarle la garganta. Todo acabaría en cuestión de segundos. Pero quedaría bañada con su sangre, y no pasaría mucho hasta que lo echasen en falta. ¿Le había comentado a alguien sus intenciones de visitarla? Si era así, sus aposentos serían el primer lugar al que De Coucy iría a buscar a su primo.

Él le había soltado un pecho, y, en el aire helado, el pezón se mantenía erecto.

—Ah —dijo él mientras se inclinaba para atraparlo con los labios—. Tu aceptación me complace.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Kate mientras Benoît la penetraba. Rezó a Dios para que fuese rápido y que ningún hijo fuese el resultado; porque, si eso llegaba a pasar, se lo arrancaría del vientre con sus propias manos.

Mi muy querido:

Hoy es el último día de abril. En estos momentos, si todo ha ido bien, estarás cerca del castillo de Windsor y muy pronto te reunirás con tu hija. Mi corazón se inflama al pensar en el gozo que sentirás cuando este feliz acontecimiento se produzca.

¿Puede ser que no hayan pasado más que semanas desde que nos conocimos? Siento en mi corazón como si hubieses estado conmigo desde mucho antes. Quizá siempre has estado en algún lugar cercano, a la espera de que Dios y el destino nos uniesen y así poder mostrarme el camino a la felicidad. Cada día rezo para que llegue un tiempo seguro, cuando tú y yo podamos compartir nuestras vidas sin temor a perderla. El niño que crece en mi vientre nacerá producto del amor y nos unirá con un lazo indestructible.

Ahora vayamos a un tema más mundano, aunque a duras penas me lo parece mientras lo hago: el trabajo progresa. Esta mañana De Chauliac y yo retocamos su capítulo sobre la dispepsia, mientras el tema está

fresco en su memoria por su propia experiencia. Insiste en hacer el trabajo, aunque todavía guarda cama y descansa muy poco, pero esto no es de extrañar viniendo de él. Habla de ti a menudo, siempre con elogios, y creo a veces que está ansioso por conseguir que yo te conozca tan bien 243

como a mí misma. «Philomène —dice—, Judío o no, no hay hombre de mayor valía que él en toda Europa.» Una cosa es segura: su admiración por ti nunca morirá.

Tampoco la mía. Aún no le he dicho nada de mi estado, pero el corazón me dice que De Chauliac se llenará de alegría cuando sepa del feliz acontecimiento que ocurrirá.

La última vez que Alejandro había cruzado aquella imponente puerta había sido para ir en la dirección opuesta, hacia el interior de Inglaterra, hacia la libertad y la prosperidad que se había asegurado a través de un largo invierno de servicio. Había cabalgado orgullosamente bajo un arco de espadas camino de su nueva vida, su propia finca, la ilusión del matrimonio, la familia, la felicidad y lo mejor de todo: inagotables oportunidades para estudiar y aprender. Aquellos sueños se habían desvanecido, esfumados como una capa de bruma por el capricho de una princesa furiosa. En esta víspera de mayo, ella sería la principal entre los participantes de la fiesta, cuando se anunciara al mundo su compromiso con el hombre que había destrozado los sueños de su hija. ¡Qué delicioso sería clavar un puñal profundamente en el pecho de cada uno! Sabía que nunca llegaría a pasar tal cosa sin el resultado de su propia muerte, quizá por un método tan horrible que no se atrevía siquiera a considerarlo. Sin duda el rey liberaría a sus verdugos de cualquier restricción y lo enviaría a su Creador en pedazos.

Así que tendría que satisfacerse con la alegría de imaginar dicho acto. Pero esa noche tendría la más dulce de las venganzas: se colaría debajo

mismo de sus narices y escaparía en la noche con uno de sus trofeos. El enorme dintel de piedras se destacaba por encima de su cabeza cuando pasó por debajo del rastrillo levantado. Vio delante el alcázar central, su torre adornada con estandartes. Había antorchas encendidas por todo el patio, aunque todavía no era noche cerrada. Los invitados entraban por la verja en una deslumbrante variedad de disfraces; se encontró envuelto en un mar de hadas, mariposas, osos y bestias, gigantes y juglares. A medida que continuaban llegando, la multitud comenzó a cerrarse a su alrededor; se abrió paso hacia un lado y, con el corazón desbocado, se apoyó en la pared por un momento para recuperar el aliento.

Observó durante unos instantes mientras los más destacados ciudadanos de Inglaterra presentaban sus invitaciones y pasaban al salón principal del alcázar. «Querido Chaucer —dijo para sí mismo—, quiera Dios que hayas podido esconder ese precioso papel.» Sin apartarse de la pared, rodeó el alcázar inferior hasta llegar al patio, donde vio la conocida estructura y luego la pequeña capilla donde había puesto en cuarentena al soldado Matthews y al pobre sastre de Isabella.

244

Se detuvo delante de la capilla y permaneció muy quieto, mientras los recuerdos de lo sucedido allí volvían a él. Vio en su memoria el cuerpo del sastre tumbado sobre una pila de dibujos de Isabella, y el terror en los ojos de Matthews al verse encerrado con un compañero de celda víctima de la peste. Dejó vagar su mirada al lugar donde había caído el cuerpo asaeteado del joven. Cerró los ojos para borrar la visión, pero no podía cerrar los oídos al silbido de las flechas que volaban hacia el blanco, el ruido sordo de cada una al perforar la carne, el crujir de las ramas de la hoguera cuando Matthews cayó sobre ellas. El olor de la carne del hombre, que se quemaba y se desprendía de los huesos, permanecería en su memoria durante toda la eternidad. La vergüenza por la muerte de un hombre bueno y valiente siempre sería una carga en su alma.

—Señor.

Se apresuró a ponerse la máscara, y al volverse vio a un soldado, quizá de la edad que Matthews tenía en aquella época, de pie a unos diez pasos detrás de él. Había un extraño e inquietante parecido entre los dos; lo mismo que Matthews, este soldado era alto, fuerte y rubicundo, un hombre lleno del vigor de la juventud.

El soldado se acercó un poco más.

—Os habéis perdido, señor. —Señaló hacia el alcázar central—. La fiesta tendrá lugar allí.

Alejandro no había oído acercarse al hombre; los recuerdos del horror vivido en Windsor habían dominado sus sentidos y lo habían vuelto vulnerable.

—No —respondió—. Quiero estar aquí. —Su mirada se dirigió al cepillo, y vio el extremo de un pergamino de color marfil que asomaba por detrás—. Solo deseo hacer una caridad aquí en honor al compromiso de la princesa.

—Por supuesto —dijo el soldado—. Podéis hacerlo, entonces. Recibiréis el agradecimiento del rey, estoy seguro. Después, por favor, id hacia la gran sala.

—Señaló de nuevo hacia el alcázar.

Alejandro asintió, y luego se volvió hacia el cepillo. Mientras dejaba caer al interior una moneda, un agradable pensamiento pasó por su mente: «Esto es en pago por lo que te quito. Esta vez no podrán llamarlo robo». Se alejó de la capilla, con la preciosa invitación en la mano, y se reunió con la multitud que entraba. Muy pronto se encontró empujado hacia el salón principal, como si estuviese sometido a una voluntad mayor. Dejó que la muchedumbre lo arrastrase, aunque su ansiedad crecía a cada minuto. Cuando llegó a la puerta, presentó la invitación y rogó para que el centinela no oyese los latidos de su corazón a través de la capa. El centinela solo le echó una ojeada y después lo dejó pasar.

La música, acompañada de risas, resonaba en el inmenso salón. Las velas y las antorchas resplandecían por todas partes, y hacían parecer aún más vivos los brillantes colores de los vestidos. Los recuerdos lo abrumaron

mientras se movía por la sala como en un sueño, oyendo los latidos de su corazón.

En algún lugar de esa muchedumbre estaría su hija.

Sentía su presencia con la misma certeza que si ella hubiese estado a su lado. A través de las hendiduras de la capucha escudriñó de uno en uno a todos los presentes, intentando valorar la altura y el porte, omitiendo a aquellos que claramente no eran Kate y demorándose en aquellos con posibilidades. El miedo se apoderó de él; había muchísimas personas, y muy poco tiempo para encontrar aquella que anhelaba su corazón.

En la parte delantera del salón vio una tarima con varias sillas talladas dispuestas en una fila a lo largo. A un lado había una larga mesa, y los sirvientes se movían presurosos para acomodar los platos y demás objetos del servicio. Al alzar la mirada al techo vio el enorme candelabro, y comenzó a sentirse muy pequeño, como si su tarea fuese imposible bajo el escrutinio de toda aquella grandeza. Sentía como si Windsor fuese a tragárselo otra vez, tal como casi había hecho antes. Sintió que algo lo rozaba y se quedó inmóvil. «Por favor, querido Dios, que no sea un soldado ni un guardia, o peor, alguien capaz de reconocer mi rostro si me quitan la máscara.» Se volvió con toda la gracia que pudo y, a un brazo de distancia, vio a una persona —supuso que una mujer— vestida con el hábito de una abadesa.

La abadesa permaneció muy quieta durante unos segundos, como si estuviese evaluándolo. Luego la mujer con la amplia túnica blanca lo saludó con una impecable reverencia, y no la corta inclinación que él había esperado. Una voz sonó detrás de la máscara.

—Así es como se hace correctamente una reverencia.

Él se quedó asombrado; de nuevo, dejó que su mente volviese a su tiempo anterior en Windsor.

«Así es como se hace correctamente una reverencia», le había dicho la niña. Entonces, con la misma exactitud que cualquier joven caballero bien educado, la niña que él conocía como Kate había ejecutado una perfecta reverencia desde la cintura, con un brazo delante del vientre, el otro detrás de la espalda. Después había venido la sonrisa, con los dientes que comenzaban a asomar en la encía superior. Pero la voz... ¿podía ser la de ella? La voz que acababa de oír parecía más grave de lo que él recordaba.

Ahora sería una mujer en todo su esplendor. En su mente, ella todavía era la ilusionada muchacha con un sencillo ramillete de flores en el pelo mientras formulaba sus votos matrimoniales a Guillaume Karle. El dolor y el tiempo habrían dejado su huella en ella de un modo que no podía adivinar. Respiró

ansioso y, adelantándose, se inclinó de manera que solo la abadesa pudiese oírlo:

—Gracias por tu excelente instrucción. Intuyo que quizá le has enseñado esto a alguien antes.

La abadesa se le acercó.

—Así es. A un viajero que vino aquí, muchos años atrás. La voz era la suya. Él le cogió la mano.

—Hija —susurró.

—Padre.

Permanecieron juntos en silencio.

—Por fin estás aquí —dijo ella.

—Lo estoy —musitó Alejandro—. Tú también. —Advirtió que apenas podía respirar—. Deja que te tome entre mis brazos y te sostenga...

—No —replicó Kate al punto—, no podemos, porque mis guardias están cerca y con los ojos puestos en nosotros.

Así que permanecieron juntos en tranquila paz, un diablo negro y una abadesa blanca, con las manos entrelazadas, mientras osos, leones, bufones y novias bailaban alrededor de ellos. Estaban encerrados en una burbuja de felicidad, y nada podía alcanzarlos a través de su superficie irisada. Ninguno se atrevía a moverse, por miedo a perder al otro. Finalmente, Alejandro dijo:

—Debemos actuar de acuerdo con tu plan. Dime lo que harás. Kate asintió rápidamente.

—No mires, pero veinte pasos hacia el fondo de la sala están mis guardias. Son dos, sin disfraces, sino con su ropa habitual. Hombres fornidos, y brutales si se los provoca, así que no debemos hacer nada que los enfurezca. —Echó una ojeada a su izquierda y después volvió a mirarlo a los ojos—. Chaucer espera en las sombras. Cuando oiga la música que anuncia la entrada del rey, se vestirá

con la túnica blanca y la máscara y se colocará junto al retrete, en aquel lado. —

Lo señaló con la mano baja, de forma tal que solo Alejandro pudiese ver su gesto—. Cuando comience el baile, yo me incorporaré a él; mientras todavía estemos en los comienzos, él atravesará la multitud y sujetará mi cinta. Entones me escabulliré por el lado opuesto, de manera que los guardias no tendrán una visión clara. En el momento en que el rey y su séquito entren, mis guardias se levantarán con sus compañeros; solo será un momento, pero bastará para que Chaucer pueda quitarse la túnica blanca. Debajo llevará otro traje diferente y se irá hacia el otro lado de la sala. Encontrarán la túnica blanca en el retrete.

—Entonces tú cruzarás la verja...

—No. Hay una escalera en la pared sur, los Cien Escalones. Se halla en un estado un tanto ruinoso, pero nadie le presta atención y no habrá enemigos en las laderas. Será una marcha difícil, una bajada muy inclinada.

—La recuerdo —dijo él en el acto—. Pero es muy traicionera...

—He tenido mucho tiempo para memorizar sus peculiaridades. —El ritmo de sus palabras se aceleró—. El decimoquinto escalón está roto; ten mucho 247

cuidado y coloca el pie bien cerca del lado derecho. El escalón número cuarenta y dos apenas si está. Intenta saltártelo, o seguramente caerás. Cuando llegues abajo, gira a la derecha, y unos pocos pasos más adelante, hay una parte de la pared exterior más baja, la caída desde allí es solo unas dos veces nuestra estatura. Te esperaré en la cresta de la colina, debajo del manzano. ¿Lo recuerdas? Mirábamos por encima del muro cuando yo era una niña; dijiste que podríamos poner allí un columpio cuando pasase la peste. He mirado aquel árbol cada día con mucha añoranza. Ahora está en flor. Los pétalos caen, casi como la nieve, así que lo hallarás incluso en la oscuridad. Podemos encontrarnos allí.

Un toque de trompeta los sobresaltó a los dos.

—Me aseguraré de estar siempre a unos pocos pasos detrás de ti. Ella asintió, con lágrimas en los ojos.

—Ahora debo dejarte, padre.

Él le sujetó la mano todavía más fuerte.

—¡Demasiado pronto!

—Por favor —le rogó Kate en un desesperado susurro—. Isabella y De Coucy serán presentados al terminar el baile. Tendré que aparecer allí después y el rey hablará de nuevo para proclamarme hija suya. ¡Para entonces debo estar muy lejos de aquí!

Él le apretó la mano una última vez.

—Cuídate, hija de mi corazón —rogó, y luego, aterrado por la posibilidad de perderla para siempre, la dejó ir.

Un contingente de soldados con uniformes de gala separó a la multitud cuando entraron el rey y la reina. El odio creció en Alejandro cuando vio al rey, pero sintió una sincera piedad por la reina, porque parecía una mujer consumida comparada con lo que había sido en el pasado. Apoyaba ligeramente la mano en el brazo de su marido mientras él bajaba los pocos escalones con la barbilla erguida. Ella daba dos pasos por cada uno del monarca y, aunque aún se movía con gracia, su entrada fue casi cómica.

Alejandro lo habría encontrado muy divertido, de no haber sido tan inmenso su odio por el hombre.

Mientras la pareja real avanzaba con su resplandeciente atuendo, la multitud de invitados se inclinaba en una sincronizada ola de reverencias y cortesías a ambos lados del salón. Kate permanecía en el borde exterior de los presentes, a solo unos pocos pasos delante de Alejandro. Este vio al rey saludarla con un leve gesto al pasar por delante de su hija vestida de blanco, aunque Alejandro no estaba muy seguro de que supiese quién era. La reina no pareció reconocerla y no hizo gesto alguno. Kate se inclinó levemente de la 248

misma manera que todos a su alrededor, tal como se esperaba. Alejandro sabía que era un momento amargo para ella, pero no el más oportuno para un acto de abierta rebelión. Su disgusto por el hombre que la había engendrado quedaría de manifiesto muy pronto.

Cuando el rey y la reina se sentaron en el estrado, sonó otra alegre fanfarria. Entró Isabella, fantásticamente vestida como una princesa de Arabia. Todas las cabezas se volvieron para mirarla bajar la escalera con sedas y tules flotando a su alrededor. Se detuvo un momento en el último escalón para ser admirada; se alzó un coro de voces que celebraban su disfraz. Ella sacó un abanico de debajo de uno de los velos y lo agitó un par de veces delante de su rostro, cosa que provocó un estallido de calurosos aplausos por parte de los asistentes. Un enjambre de damas, todas disfrazadas aunque no de forma tan llamativa, se adelantó para recoger los velos de seda que se arrastraban detrás de ella.

Su príncipe, con turbante y una cimitarra dorada, la esperaba al pie del estrado. Por un instante, Alejandro se puso de puntillas y observó cómo De Coucy sostenía la mano de su prometida y la guiaba por los escalones hasta la tarima. La resplandeciente pareja se volvió entonces hacia la multitud y resonaron más aplausos.

La mano de Alejandro tembló, ansiosa por empuñar una espada. El rey se levantó y habló —interminablemente— de las soberbias cualidades de De Coucy, de lo adecuado del matrimonio del barón e Isabella, de la profunda alegría que les producía a él y su reina. ¿Se habrían sentido de la misma manera de haber conocido a De Coucy como él y Kate lo habían hecho ocho años antes?

Alejandro recordó al joven que, espada en mano, le había dejado claro que tenía una única opción: suturar el brazo herido de Carlos de Navarra, o

presenciar la muerte de Kate. Y, si bien era probable que hubiera sido Navarra quien había ordenado la muerte de Guillaume Karle, Alejandro había hecho lo que se le pedía.

Mentirosos, ambos; no bien había acabado Alejandro con el brazo de Navarra, cuando De Coucy había manifestado que se complacería con Kate. Pero, antes de que pudiese tenerla, ella había sacado un puñal de la media y se lo había metido entre las piernas, apuntando a su miembro viril. Qué le había impedido clavárselo hasta la empuñadura, nunca lo sabría. De Coucy se había visto obligado a dejarla marchar. Desde entonces ambos se odiaban. Alejandro mantuvo la mirada clavada en Kate mientras escuchaba las viles mentiras que salían de la boca del rey; ella permaneció en primera fila entre la multitud de invitados, sin moverse ni reaccionar. Cuando el discurso acabó al fin, sonaron de nuevo las flautas, los tambores y los laúdes, e Isabella se adelantó para sujetar su cinta en el baile. Tan pronto como ella la tuvo en su 249

mano, docenas de damas llamativamente vestidas se adelantaron para coger cada una su cinta. Una blanca abadesa estaba entre ellas, tan brillante y pura como una paloma en medio de una bandada de loros.

«Por fin comienza», pensó Alejandro.

Miró atrás, hacia el lugar donde estarían los guardias. A unos pocos pasos vio a una figura con túnica blanca que se mantenía apartada y con la máscara puesta. Aunque Alejandro no podía estar seguro de que fuese Chaucer, su corazón le dijo que lo era. El joven interpretaba su papel a la perfección, sin mirar ni una sola vez hacia Alejandro.

El ritmo de la música se aceleró, y con él el paso de las bailarinas, que se movían alrededor del poste de mayo sosteniendo las cintas en sus manos alzadas. La multitud se dispersó un tanto a medida que los invitados del rey se saludaban los unos a los otros y comenzaban a charlar, mientras las cintas giraban en el centro de la estancia.

Muy pronto, las cintas se volvieron borrosas, tan frenético era el baile de mayo. El corazón de Alejandro se desbocó al ver que Chaucer atravesaba la multitud. Miró a los guardias; habían relajado la vigilancia, confiados en que su prisionera se hallaba a buen resguardo en una fiesta de tales dimensiones. Alejandro vio un destello blanco, y, en un abrir y cerrar de ojos, la mano de Chaucer se movió por encima de la cabeza de Kate y cogió la cinta. Ella se agachó para confundirse entre la multitud, y muy pronto desapareció de la vista.

Alejandro sintió una punzada de miedo; todo iba de acuerdo con el plan, pero estaba desesperado por no perderla de vista. Se abrió paso entre los convidados con toda la rapidez que pudo, y se dirigió hacia uno de los pasillos que corrían a los lados de la sala. Llegó junto a dos fornidos caballeros que parecían clavados en el sitio; la muchedumbre se apretujaba, y no había manera de pasar a su alrededor. Hizo una inclinación cortés en una petición para que se separasen. Ellos respondieron al saludo y se apartaron. Alejandro pasó entre ellos y se encontró cara a cara con Elizabeth de Ulster. Se detuvo y se quedó mirando los duros ojos violeta de la mujer, cuyo venenoso desdén por él podía ser incluso más grande, imaginó, que el que sentía Isabella. Elizabeth era una fría belleza a la que él, en París, había cortejado teniendo su propia fuga en mente.

Ella se había disfrazado como una mariposa recamada de gemas, pero no vio prueba alguna de la metamorfosis en su odiosa expresión. Alejandro la había utilizado descaradamente como un instrumento involuntario de su intento por escapar de De Chauliac, y, con la ayuda de Guillaume Karle y Kate, había conseguido fugarse, dejando a sus guardias y a un joven Geoffrey Chaucer en un estado de total confusión.

En realidad, él la había encontrado encantadora; era una mujer educada y su compañía le había resultado deliciosa. Pero siempre en el fondo de su mente estaba el conocimiento culpable de su propia duplicidad; nunca podría haber amor entre ellos, ni siquiera aquel amor cortesano que los hombres y las mujeres de la nobleza parecían encontrar tan conveniente. Incluso así, no pudo menos que recordar que ella —la esposa de un príncipe, la madre de niños que podían llegar algún día a gobernar Inglaterra— se había mostrado muy dispuesta al galanteo.

Su fuga de París había sido casi una victoria, hasta que el hijo de Elizabeth había caído enfermo de la peste. De Chauliac había convencido a Alejandro para que regresase y ayudase a salvar al niño. Aunque el chico se había curado gracias a sus esfuerzos y los de Kate, Elizabeth le había pagado solo con maldad. Había sido en el ático de su casa de París donde había visto a Kate por última vez, antes de esta noche.

Los ojos de Elizabeth se abrieron por un momento y después volvieron a estrecharse. ¿Lo había reconocido, aunque solo una pequeña porción de su rostro era visible? Ella era una mujer despreciada, engañada y burlada, y como tal reconocería a su atormentador en cualquier parte. Alejandro echó

un rápido vistazo a las bailarinas, y se alejó deprisa cuando ella se disponía a hablar. Miró

atrás de nuevo y advirtió que la abadesa blanca acababa de separarse del poste. Buscó a los guardias con los ojos; parecían muy tranquilos. Al cabo de unos pocos pasos más, volvió la cabeza una última vez y distinguió a un joven vestido con la tradicional túnica roja de los médicos que salía de las sombras. Alejandro aguzó la vista para verlo mejor.

El desconocido se bajó la máscara, y Chaucer le sonrió.

Alejandro estaba convencido de que Elizabeth daría la voz de alarma para que lo atrapasen. Maldijo la mala fortuna que la había puesto en su camino, cuando cada minuto era vital. Aceleró el paso, más de lo que la prudencia aconsejaba. La sombra del muro junto al cual avanzaba lo ocultaba de la vista, pero las antorchas eran brillantes y muy numerosas, así que se mantuvo agachado mientras se dirigía hacia los Cien Escalones. Adelante iba Kate, con la túnica blanca de su disfraz ondulando detrás de ella mientras se apresuraba hacia su libertad. La perdió de vista momentáneamente en la curva de la pared; cuando reapareció fue porque se había apartado del muro y cruzaba el patio, en dirección al lugar donde comenzaba la escalera. Ella estaba a mitad del espacio abierto, cuando Alejandro oyó una voz que gritaba «¡Alto!». Una figura se aproximaba a Kate desde el otro extremo. La muchacha no se detuvo, sino que corrió más rápido. Parecía estar buscando algo en la pechera de su túnica 251

mientras corría, aunque él no podía verlo claramente. El perseguidor acortó

distancias; Alejandro aceleró el paso en su dirección. La figura volvió a hablar.

—¡Katherine Plantagenet!

Vio la silueta de su hija que se inmovilizaba y después se volvía muy despacio.

Entonces sonó la voz otra vez.

—¿Dónde va

mi futura esposa?

Creía que

nos llevábamos

maravillosamente bien.

Alejandro vio que su hija daba media vuelta y corría hacia la entrada de los Cien Escalones. Su perseguidor se adelantó y la sujetó por el dobladillo

de la capa blanca; la muchacha cayó hacia atrás y chocó contra él.

—¡No! —gritó Kate, que se volvió y lo golpeó con los puños—. Nunca me volverás a tener.

Alejandro la vio agacharse y sacar algo del tobillo; todavía estaba muy lejos cuando ella comenzó a apuñalar a Benoît. El hombre se sujetó brevemente el brazo, y luego se oyó el roce de la espada al salir de la vaina. Alejandro se quitó la capa de diablo y, mientras se precipitaba hacia delante, arrojó sobre Benoît la pesada prenda, que cubrió al barón como una mortaja. Benoît luchó para quitársela, pero muy pronto quedó enredado en sus pliegues. Cayó al suelo, donde continuó sacudiéndose para liberarse. Alejandro se agachó sobre él por un momento y lo escupió.

Luego se volvió para correr hacia los Cien Escalones; Kate ya estaba bien abajo cuando él finalmente llegó a la entrada. Contó los peldaños en la oscuridad mientras bajaba, pero muy pronto perdió la cuenta en su esfuerzo por no tropezar. Le pareció que había pasado una hora antes de que su pie tocase el suelo. Corrió hacia la derecha, como Kate le había indicado; comenzó a dominarlo el miedo cuando no la vio. Encontró la zona más baja del muro donde ella le había dicho. Pasó una pierna por encima de las puntiagudas piedras y se sentó en ellas. Abajo vio la capa blanca de Kate. Era el punto hacia el que debía saltar.

«¡El doble de mi altura!» Había sonado más fácil dicho de lo que parecía al verlo. Sin embargo, Alejandro saltó; le pareció que transcurría una eternidad hasta que sus pies volvieron a tocar el suelo. Rodó hacia adelante en una violenta voltereta debido a la fuerza del choque. De alguna manera consiguió

levantarse del suelo y corrió en las tinieblas, al tiempo que rogaba a Dios para no encontrarse con ningún árbol en el camino, porque no conseguía verlos. Se había alejado unos diez pasos del lugar donde había caído, cuando oyó jaleo en lo alto. Al aumentar el ruido, se volvió para mirar atrás. No vio a ningún soldado, pero sabía que solo era cuestión de segundos que apareciesen. Continuó su carrera a través de la oscuridad y muy pronto comenzó a subir la 252

colina hacia el manzano. Al fin distinguió la silueta de Kate recortada contra el tronco del árbol.

Se abrazaron por un momento, y después Alejandro le sujetó la mano.

—Sígueme. El caballo no está muy lejos.

Emprendieron de nuevo la carrera, hasta que llegaron junto al caballo. Alejandro montó de un salto y luego ayudó a subir a Kate a la grupa. Con las manos de la muchacha alrededor de su cintura, clavó los talones en los ijares del caballo, y partieron al galope para perderse en la noche. 253

22

James encontró a Janie en la cocina a primera hora de la mañana siguiente.

—El desayuno estará listo en unos minutos —dijo ella—. He preparado gachas.

—Fantástico. Gracias. —James dejó pasar un momento—. ¿Qué tal estás?

—Aguanto. Pero apenas.

—Supongo que es lo que haréis todos durante un tiempo, al menos hasta que Tom se recupere.

—La situación no será fácil —repuso Janie—. Tendrá que aprender a vivir de una manera totalmente nueva.

—Quiero que sepas lo mucho que lo siento —manifestó James—. Ocurrió

todo muy deprisa, nadie pudo hacer nada.

Ella lo miró a los ojos.

—Lo sé. Solo fue una serie de acontecimientos desafortunados... —Señaló

su muñeca—. Si ese corte hubiese sido apenas un poco más profundo, las cosas habrían sido mucho peor para ti.

El electricista levantó la muñeca y la miró por unos segundos.

—La fuerza de la gravedad todavía funciona. Ojalá lo hiciera también todo lo demás. Esperaba que pudieses echarle una ojeada. Hoy me duele un poco. Janie dejó la cuchara de madera que usaba para remover las gachas.

—Ningún momento mejor que este. Ahora mismo vuelvo.

Regresó al cabo de unos momentos con una botella de alcohol de fabricación casera y unas tijerillas.

—Dame el brazo.

Él obedeció. Janie le quitó la venda de la herida. Estaba roja a lo largo de la línea de puntos, pero por lo demás parecía limpia y cicatrizaba con normalidad.

—Tiene muy buen aspecto, aunque supongo que estaría mejor de haber podido hacerte una sutura invisible.

—No creo que eso estropee mis oportunidades para el galanteo. Janie consiguió sonreír.

—Probablemente no. Quizá esto te duela un poco. —Roció la costra con alcohol para quitar la sangre coagulada; él hizo una mueca cuando el líquido penetró en la piel. Janie observó la herida con atención—. Gracias a Dios no hay infección. Creo que podemos quitarte los puntos.

—Bien. Ya comenzaba a picar demasiado.

—Esa es una buena señal. Significa que está cicatrizando bien.

—¿Cuándo podré volver a utilizarla de nuevo? Me refiero para algo más que sujetar una cuchara.

—En cualquier momento. Pero, si vas a hacer algo que requiera fuerza, tendríamos que ponerte alguna sujeción para mantener firme la sutura. Está muy bien cicatrizada, pero si le exiges mucho, podría abrirse. ¿Qué pensabas hacer?

—Iba a subir al molino para ver si podía colocar algunas de las células en su lugar. —Hizo una pausa—. Para eso fuimos allí. No estaría bien no completar el trabajo. Quiero decir después de lo que le sucedió a Tom. Por un momento Janie lo miró sin decir nada.

—Tienes razón. No estaría bien —dijo al cabo.

James se rascó la costra de la muñeca y después volvió a ofrecerle el brazo.

—Así que creo que lo mejor será que le pongas una sujeción.

Al pie del molino, Janie, Evan y Alex miraban con el corazón en un puño mientras James sujetaba y orientaba una de las células. La conectó al generador del molino y después descendió con mucho cuidado para no forzar el brazo herido.

Alex mantenía la espalda apoyada en las piernas de su madre; ella notó su temblor y se preguntó si estaría reviviendo lo sucedido a Tom.

«Tiene que vivir en el mundo —se dijo—. Ocurren cosas malas de la misma manera que ocurrieron en la época de Alejandro.»

Cuando James apoyó el pie de nuevo en el suelo, se oyó un suspiro de alivio. Evan cogió la bolsa de herramientas.

—¿Misión cumplida? —preguntó.

—Sí, señor —respondió James—. Al menos en este extremo. Ahora confiemos en que podamos alinearla con la otra al final del lago. Desde aquí

arriba tenía una muy buena visión y creo que está apuntada correctamente. Pero no lo sabremos hasta que consigamos tener instaladas las otras células.

255

Caminaron de regreso al recinto. Lany se ocupaba de tensar la cuerda de su arco en la sala cuando entró Janie.

—Tienes un hijo magnífico —le comentó Janie—. Es extraordinario. —Se sentó en el banco—. No sé si te habrás dado cuenta, pero Kristina también parece creerlo. Es muy bueno para ella tener a alguien con quien hablar.

—También es bueno para Evan —repuso Lany, que soltó una risita—. Quizá

tendríamos que hablar de matrimonio.

—No estaría mal. Sé que bromeas, pero tampoco es muy descabellado en estos días. Supongo que su padre lo aprobaría.

Lany dejó el arco y miró a Janie.

—Ya que hablamos de eso... Evan dijo que había tenido una conversación bastante seria con ella la otra noche.

—¿Sobre alguna cosa en particular?

—Habló sobre cómo ella fue «adoptada» —replicó Lany con voz calma. De alguna manera Janie consiguió mantener la compostura.

—Ah, sí. Adoptada.

—Toda una historia. Casi suena como si no fuese verdad.

—Así es —respondió Janie en voz baja. Exhaló un largo suspiro—. Pero es del todo real.

—Le repetiste las palabras cuando la enviaste a buscar las tiras del reactivo del azúcar. Fue para que no se le olvidase, ¿no?

—Sí.

—Así que supongo que hubo algunas complicaciones en el proceso. Janie no respondió enseguida. Dedicó unos momentos a considerar las palabras de Lany de forma tal de darle una respuesta apropiada.

—Puede que las haya habido, pero no lo sabemos con seguridad. De lo único de lo que estoy segura es que cualquier problema genético que tuviera el original también lo tiene la copia. El original tuvo un aneurisma cuando solo era una niña y murió durante la intervención. El mismo problema en la vena apareció en su segunda llegada. Kristina fue sometida a una intervención para corregirlo antes de que fuese peligroso. Fue la

intervención la que le produjo el trastorno, no el proceso de clonación. Por lo tanto, puede haber otras secuelas, pero todavía no las conocemos.

—Vaya —dijo Lany. Hizo una pausa, y después añadió, casi como al pasar—: También le habló de Alex.

Janie se puso tensa. La dominó la furia contra Kristina, pero esta desapareció casi en el acto al pensar lo que sería sentirse diferente de aquella manera.

Evan, y ahora Lany, eran los primeros fuera de su «familia» en saberlo.

—¿Ya estabas embarazada cuando llegaste aquí?

—No.

—Por lo tanto, ¿hicisteis todo el proceso aquí?

—Así es. Pero, por favor, no se lo digas a nadie más. Alex todavía no lo sabe.

Lany enarcó las cejas, como si pensara que ya era hora de decírselo.

—Tener esa capacidad... —Apoyó el arco contra la mesa—. Es apasionante, pero también asusta un poco. Una gran responsabilidad, y muchísimas posibilidades. Por ejemplo, ¿por qué no habéis clonado una de las vacas que sobrevivieron al DR SAM?

—Lo hablamos, pero el proceso es tan complicado que es mucho más sencillo dejar que los animales lo hagan a la manera natural.

—¿Demasiadas molestias? —dijo Lany, casi con sorna.

Janie la miró por un momento. Después afirmó:

—No hemos hecho un mal uso.

La mirada que recibió de respuesta fue: «¿Ah, no?». Las palabras fueron menos acusadoras.

—No diré nada. De cualquier forma, supongo que nadie me creería.

—Pero tú lo crees.

—Yo sí. Pero solo porque no puedo imaginar por qué alguien haría algo así.

La noche anterior a que se marchasen de regreso a Orange, Evan buscó a su madre. La encontró en el establo, ocupada en inspeccionar las herraduras de uno de los caballos.

Lany reconoció la expresión de su rostro al instante.

—¿Quieres hablar de algo?

—Sí. Pero prométeme que no te enfadarás.

—No puedo prometértelo hasta que me lo digas.

—Bueno, al menos inténtalo.

—Dilo de una vez, Evan.

Él obedeció.

—Creo que debería quedarme aquí durante un tiempo. —Al ver el reproche en su mirada, añadió—: Ya sabes, para ayudarlos hasta que se acostumbren a la situación de Tom.

Lany bajó la pata del caballo.

—Eso es digno de elogio.

—Podríais pasaros sin mí durante un tiempo en Orange, ¿no?

—Por supuesto que podemos, pero todos los demás tendrán que hacerse cargo de tus responsabilidades. Y yo te echaré de menos. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

—No lo sé. Supongo que hasta que vea cómo van las cosas. 257

—Quizá pase mucho tiempo hasta que todo vuelva a funcionar, hijo. Probablemente las cosas aquí nunca vuelvan a ser como antes. Dejó el martillo y se enfrentó a su hijo con los brazos cruzados.

—Esto es por Kristina, ¿no?

El muchacho bajó la mirada y asintió.

—Me gusta de verdad, mamá. Quiero pasar más tiempo con ella. Nunca he tenido una novia de verdad.

—¿Qué siente ella hacia ti?

—Creo que lo mismo.

Lany miró a su hijo, de pronto convertido en un hombre.

—¿Sabes una cosa? Antes de irnos al este me preocupaba por las chicas; parecían perseguirte constantemente. Eras tan guapo, inteligente y amable... Tenía miedo de que alguna chica te enamorase y me convirtiera en abuela antes de tiempo. Pero desde que vinimos a Orange, bueno... me preocupaba que nunca fueses a encontrar a alguien, porque sencillamente no había nadie disponible. La verdad es que creo que es muy bonito que os gustéis tanto el uno al otro.

—Me siento muy bien cuando estoy con ella —afirmó Evan.

—Eso es fantástico. Es así como debe comenzar.

Lany lo cogió del brazo y lo llevó al exterior bajo el cielo estrellado.

—Pero necesito decirte algo, antes de que te impliques demasiado. Tómatelo con mucha calma, por el bien de ambos. En el mundo anterior, era mucho más fácil iniciar y cortar una relación, porque no necesitábamos depender tanto de la continuidad como ahora. Las cosas eran entonces

mucho más cambiantes. Si alguien salía de tu vida, era doloroso durante un tiempo, pero nada tan tremendo a la larga; había otras personas a las que conocer, otras perspectivas de enamorarse. Solo piensa por un minuto en lo mucho que todos aquí dependían de Tom. El accidente que ha sufrido ha ocasionado un gran vacío. Si entablas una relación con Kristina, estarás básicamente formando una alianza con ella, y eso implica interdependencia. Es una gran responsabilidad, y más aún a la vista de lo que acaba de pasar.

—Eso ya lo sé.

—Lo que quiero decir es que no hagas algo así a la ligera. Evan se detuvo para volverse hacia ella.

—Mamá, no creo que vuelva a hacer nada a la ligera nunca más. Lany se entristeció al oírlo. Interpretó esta clara declaración de Evan como la señal para no decir nada más.

A la mañana siguiente todos se encontraron en la sala para desayunar beicon, huevos y pan.

258

—Bien —dijo Michael—, ha sido toda una visita, aunque supongo que no fue exactamente lo que esperabais cuando aceptasteis este intercambio.

—A decir verdad, no teníamos idea de qué esperar —manifestó Lany—. Lo que sí esperamos es que, cuando vengáis a vernos, las cosas sean un poco más tranquilas.

—Amén a eso —declaró Janie. Puso un brazo sobre los hombros de Alex y lo acercó a ella, y después miró a Lany—. No tengo palabras para agradecerte cómo cuidaste a Tom.

—Desearía haber podido hacerlo mejor.

—Lo hiciste todo lo bien que podría haberlo hecho cualquiera. Todos permanecieron callados durante unos instantes. Fue James quien puso fin al momento de melancolía.

—¿Para cuándo os debemos esperar?

Janie titubeó unos segundos.

—Dos semanas o un poco más —respondió al cabo—. Eso nos dará un margen para reorganizar las cosas aquí hasta que Tom pueda estar sin mí. —

Miró a Evan y sonrió—. Tener a Evan ayudará muchísimo.

—Ese margen nos vendrá muy bien —señaló James—. Me dará la oportunidad para ir hasta la otra torre del extremo del lago después que

regresemos. Me ocuparé de hacer los ajustes en la posición e intentaré poner en marcha una pequeña red entre nosotros y la torre.

—Ten cuidado —le pidió Janie.

—Lo tendré, te lo prometo. No quiero que nadie se haga demasiadas ilusiones, pero quizá tendrías que poner en marcha el ordenador y dejarlo funcionando todo el tiempo. Aseguraos de que el receptor inalámbrico esté

conectado. Nosotros tenemos un viejo servidor; será orangecommunity.net.

¿Qué quieres como dirección de correo?

Ella pensó por un momento.

—¿Qué te parece doc@orangecommunity.net?

—Eso está hecho. Pon tu servidor de correo para esa dirección y recepción automática. De vez en cuando ábrelo para ver si ha llegado algún mensaje.

—Pondré la alarma de recepción de mensajes.

—Perfecto.

—¿Crees de verdad que funcionará?

—Envía tus más esperanzadas vibraciones —dijo James con una sonrisa —. Quizá sea eso todo lo que haga falta. —Se levantó de la mesa—. Bueno, es hora de marcharnos.

—Enseguida estaré con vosotros —avisó Lany.

Todos los demás salieron de la habitación y dejaron solas a las dos mujeres.

—Imagino que no tendrás ningún preservativo por aquí —dijo Lany.

—Se acabaron.

—Maldita sea.

—Supongo que podría hacer algo que actuara como un diafragma, pero no sé hasta qué punto sería eficaz. Yo trataba cabezas, no vaginas. Pero hablaré con Kristina, y me aseguraré de que comience a tomarse la temperatura; así al menos tendrá una idea de cuándo es fértil.

Las dos mujeres permanecieron calladas durante unos momentos, cada una ensimismada en sus propias preocupaciones.

«Kristina ni siquiera es realmente mi hija. Pero es la hija de Tom, y yo soy la esposa de Tom.» Era un vínculo sagrado, que ella nunca violaría voluntariamente.

Alejandro se había hecho cargo de la hija de otro y la había criado perfectamente en una época que era tan hostil como la suya, o incluso más.

—Quién sabe, quizá acabemos emparentadas —comentó Janie.

—Nuestros nombres ya riman, así que ¿por qué no? —Lany sonrió, se levantó y sorprendió a Janie con un abrazo—. Cuida bien de mi hijo.

—Cuenta con ello.

Aquella tarde Janie configuró su correo con el servidor doc@orangecommunity.net como predeterminado. Parecía algo inútil.

«Supongo que todos podemos soñar», pensó con tristeza.

Pasaron cuatro noches antes que Evan se metiese en la cama de Kristina. Janie se fue a dormir aquella noche preguntándose qué pensaría Tom de tal acontecimiento cuando se enterase. No se permitió pensar que, si Tom no hubiese tenido el accidente, Evan no estaría allí y no habría habido un joven compartiendo el amor de su hija. Los de Orange se habrían marchado días atrás, Evan entre ellos, para esperar la visita de Janie y Kristina. Pero las cosas no habían ocurrido de esa manera.

Entró y salió de un sueño intranquilo mientras, como había hecho todas las noches, procuraba en vano acomodarse a dormir en el pequeño catre hasta tanto se curara el muñón de Tom. Su marido estaba de mal humor, algo que era de esperar, pero su retraimiento todavía le dolía en el corazón como el alcohol que había vertido en la muñeca de James. El refugio de su cama compartida parecía muy lejano; en su lugar había un helado vacío, un atormentador recuerdo de lo que había sido. Medio despierta, medio dormida, soñó con águilas que planeaban en un vuelo perfecto, y nidos recortados contra un cielo oscuro y borrascoso. Si Tom se hubiese vuelto a tiempo para ver acercarse al pájaro y hubiese podido bajar, quizá solo un par de metros, para que el ave no se sintiera tan amenazada...

«¿Qué habría pasado? ¿Qué habría pasado?»

El sonido de una campanilla la arrancó del sueño.

260

Para: doc@orangecommunity.net

De: cop@orangecommunity.net

Esta es una prueba. Saludos de la República Popular de Orange. Cuando veas a mi apuesto hijo, dile que su madre lo quiere.

Janie se volvió y vio que todos se habían agrupado en la puerta del laboratorio. Se habían despertado al escuchar el muy anhelado sonido electrónico. Janie les sonrió, y después miró a Evan.

—Tu madre te quiere.

Michael fue el primero en acercarse. Se detuvo detrás de Janie y miró la pantalla del ordenador con una expresión incrédula.

—Santo cielo. ¿De verdad es un e-mail?

—A menos que estemos soñando —replicó Janie.

Quería ir a despertar a Tom y decirle: «¿Lo ves? Lo has logrado tú».

—¿Podemos enviar una respuesta? —preguntó Caroline.

—No veo por qué no —contestó Janie—. De eso se trata. Clicó en «mensaje nuevo» y escribió la dirección.

—Vaya, es magnífico... Había olvidado lo que se sentía al hacer esto. ¿Qué

queréis que escriba?

Nadie dijo nada por un momento; Alex fue el primero en responder.

—Diles que no vemos la hora de ir a visitarlos.

Janie escribió el mensaje.

—¿Algo más?

—Pregúntales si podemos pedirles prestado el libro de los quesos del que me habló Michael —pidió Caroline.

Janie tecleó el mensaje.

—Hecho.

—Dile a mi madre que yo también la quiero —pidió Evan. El texto tenía muchas líneas para cuando todos acabaron con sus contribuciones. Janie dio la orden de enviar el mensaje. En un instante, este desapareció. Una pequeña ventana apareció en la pantalla: «El mensaje se ha enviado correctamente».

Todos aplaudieron. Durante los días siguientes, los chistes y las recetas bajaron y subieron por la montaña como si el correo electrónico nunca se hubiese interrumpido. Se describieron dolores y malestares, para dar una

orientación al médico de lo que se encontraría cuando llegase a Orange. Un nuevo ritmo se apropió de sus vidas; pareció acelerarse. 261

De vez en cuando aparecía un correo de una dirección desconocida. Cuando Janie se atrevía a abrirlo, todos parecían contener una versión u otra del mismo mensaje básico:

¿Hay alguien ahí? Somos amistosos.

No había ninguna duda: la humanidad se estaba reorganizando después de la peste. Estos mensajes al azar de posibles aliados se convirtieron en el tema de muchos acalorados debates a la hora de la cena. Michael era de los partidarios de salir a explorar el mundo. Caroline quería mantenerse en la seguridad del recinto. Terry y Elaine estaban ansiosos por saber si alguien tenía los medicamentos para el Alzheimer que afectaba a su madre, así que eran partidarios de responder.

Pero Janie no estaba preparada para ir más allá de Orange hasta que Tom estuviese levantado y comenzase a hacer vida normal de nuevo. Michael le había hecho un buen par de muletas, y él se manejaba bastante bien, pero pasaría mucho tiempo antes de que ella se sintiese cómoda con la idea de ausentarse durante más de un par de días.

Así que se dedicó a la formación médica de Alex, de la misma manera que Alejandro se había aplicado a la traducción del manuscrito de alquimia mientras había estado separado de Kate la primera vez. Eso la ayudaba a pasar el tiempo productivamente a medida que se acercaba el día de su partida para Orange. Una tarde, mientras estudiaban una sección del esqueleto en el manual de anatomía, sonó la campanilla.

Alex levantó la mirada del libro.

—¿Puedo abrirlo, mamá?

El entusiasmo de su voz era alentador.

—Adelante.

Salió a la carrera, con una amplia sonrisa, y regresó poco después para dar parte del mensaje.

—Es de Lany —le dijo a su madre—. Es bastante largo.

Janie se levantó de la silla y fue al laboratorio.

«Si se te ocurre cualquier pregunta que necesites hacer antes de visitarnos, por favor pregunta. Tú sabes las medicinas que tenemos... »

El resto del mensaje estaba dedicado a minucias logísticas, con excepción de la última línea: «Janie, ¡recuerda decirle a Alex lo especial

que es!». Del todo inocente; incluso Alex podía leerlo sin comprender el significado que había detrás.

Se sentó de nuevo en la silla y consideró lo que debía hacer. 262

Tom siempre había mantenido que debían esperar a que Alex fuera mayor antes de explicarle cómo había nacido. Sería una conversación extraña en el mejor de los casos, quizá muy difícil; todo dependía de su reacción. Ahora había llegado el momento. Ella dejaría el recinto para ir a Orange y Alex se quedaría atrás. Tom sanaba bien, pero la posibilidad de una infección en el muñón era algo con lo que tendrían que vivir permanentemente. Si algo le ocurría a ella durante el viaje, Tom tendría que decírselo a Alex, y si por alguna razón no lo hacía, y llegaba a pasar lo peor...

—Mamá... —La voz del niño interrumpió sus pensamientos—. ¿Hemos acabado?

Había advertido su distracción

—Sí, por el momento.

Alex se marchó a jugar.

Tom estaba en la cocina, quitándose la bota del pie izquierdo después de un paseo por el patio, cuando ella dio con él.

—¿Cómo va?

—¿El muñón? —Tom exhaló un suspiro—. Muy bien, pero la pierna que me quitaste duele como mil demonios.

«La pierna que me quitaste.» Deseó que Tom no lo hubiese dicho de esa manera.

—Un dolor fantasma —le explicó—. Un efecto secundario habitual después de una amputación. Lo siento.

—No es culpa tuya.

Había amargura en su voz. Comprendió que él probablemente creía que en parte era culpa suya, pero se lo perdonó. El perdón se había convertido para ella en un ejercicio diario, de la misma manera que caminar por el patio lo era para Tom.

—¿Estarás bien mientras estoy en Orange?

—Sí, creo que sí.

—Realmente lo estás haciendo muy bien. Admiro la manera como lo enfocas.

—¿Acaso tengo elección?

Ella no respondió a la pregunta. Después de un momento para armarse de valor, comentó:

—Quiero decírselo a Alex antes de marcharme.

No necesitó aclarar lo que quería decirle al chico. Se preparó para una discusión mientras Tom consideraba la cuestión. Se sorprendió cuando él manifestó:

263

—Vale. Pero hazlo tú. No creo que ahora mismo yo esté en situación de poder hacerlo.

—Me parece justo.

Se acercó a la silla de Tom y le dio un beso en la frente. Él no reaccionó. Janie dio un paso atrás y miró a su marido.

—Por favor —dijo al cabo de unos instantes—. Soy tu mejor amiga y tú eres el mío. Nos necesitamos el uno al otro.

Tom rehuyó la mirada.

—Me necesitas tanto como a un grano en el trasero. Soy absolutamente inútil.

—Solo hasta que te cures.

—Así es. Entonces solo seré medio inútil.

—Déjalo.

Ahora él la miró.

—¿Dejar qué? ¿Dejar de pensar en que seré una carga para ti y los demás durante el resto de mi vida?

—Tom, no...

Él la miró con dureza.

—Desearía haber tenido la oportunidad de decirte a ti lo mismo. Ella lo miró confusa.

—No entiendo a qué te refieres...

—Desearía haber podido decirte que no me cortases la pierna. Janie se quedó muda por un momento.

—Estarías muerto si no te la hubiese amputado.

—Esa habría sido mi elección.

—Oh, por amor de Dios...

—Tendrías que haberlo dejado todo en manos de Dios, que era lo que correspondía. —Señaló el muñón—. Mírame. No puedo caminar. No puedo cargar nada. Ni siquiera soy capaz de orinar sin dejarlo todo hecho una pena porque no puedo mantener el equilibrio.

—¿Me culpas a mí de todo esto?

—Solo estoy diciendo que quizá mi pierna se habría curado.

—No sabes de lo que hablas. Aquí el médico soy yo...

—También el cacique, por la manera en que tomas decisiones. Supongo que yo solo soy el abogado.

Ella se sintió tan dolida que apenas si podía hablar.

—Sí —respondió llevada por la furia—, y ahora mismo actúas como tal. Defiendes un caso ridículo, sabiendo muy bien que todo lo que dices son pamplinas. Pero necesitas decirlas de todas maneras, porque es lo único que tienes para justificar tu manera de actuar.

264

—No son pamplinas. Además, hiciste que mi hijo te ayudara. ¿De qué iba todo eso?

—También es mi hijo, y no hice que me ayudase. Dejé que lo hiciera porque él me lo pidió. Y fue muy buena idea, porque ahora le interesa tu recuperación. Lo mismo que a mí. —Dio media vuelta y caminó furiosa hacia la puerta; pero, antes de salir de la estancia, se volvió—. Tú eres el único aquí a quien no le interesa.

Janie pasó como una tromba por la casa y salió para ir al establo. Se quedó

entre dos vacas, con una mano en el cuello de cada una, y observó cómo rumiaban el forraje pacíficamente, a la espera de que parte de esa paz se contagiarse a su sufrida alma. Después de un rato, el olor de la paja y el calor de las vacas tuvieron un efecto mágico en ella, y fue capaz de concentrarse de nuevo en lo que tenía por delante. Lo más importante antes de marcharse para Orange —que ahora le parecía unas vacaciones en el paraíso— era hablar con Alex.

Lo encontró unos minutos más tarde, entretenido con el único juego de ordenador que le permitían a la semana, en una hora en que él y Sarah tendrían que haber estado estudiando matemáticas. Alex la miró con curiosidad cuando entró en la habitación, y Janie comprendió que aún debían de quedarle en el rostro vestigios del dolor.

Se obligó a hacerlos desaparecer.

—¿Dónde está Kristina?

—No lo sé, pero supongo que estará con Evan.

—Ah.

—Le gusta mucho Evan.

Esta afirmación dio a Janie un muy necesitado momento de respiro.

—¿Eso crees?

—Sí. Desde que llegó aquí, Kristina ha estado con él todo lo posible.

Janie se sentó junto a Alex.

—Tú y Sarah estáis acostumbrados a tenerla siempre para vosotros. ¿Te preocupa que Evan esté aquí?

Alex reflexionó durante un momento.

—En realidad no.

—¿Estás seguro? Si quieres, puedo hablar con ella.

Él apretó un par de teclas y respondió con expresión ausente, como si apenas escuchase lo que ella decía.

—No es necesario. No pasa nada.

Un rostro apareció en la pantalla del juego.

265

Controlar los juegos de ordenador de Alex había sido responsabilidad de Tom. Hasta que él estuviese preparado para asumirlo de nuevo, ella tendría que prestar atención.

—¿Quién es ese? —preguntó.

—Mi consejero militar.

Janie miró con más atención; la figura digital parecía salida de la Edad Media. Llevaba un casco ajustado de color plata, y dijo, con acento británico:

«Francia se muestra ahora cautelosa hacia ti».

—Genial —se quejó Alex—. Hace unos minutos eran amables.

—¿El consejero te avisa cada vez que hay un cambio de actitud?

—Sí. Pueden mostrarse corteses, amables, cautelosos, enojados o furiosos.

—Clicó en la imagen del consejero; la cabeza se redujo rápidamente y desapareció.

—¿Qué les hace cambiar sus sentimientos hacia ti?

—No siempre sé a qué se debe. Pero podría ser que uno de mis acorazados se encontrase con uno de sus submarinos, así que yo no los veo, pero ellos me ven y se enfadan.

«Alerta militar 2 a alerta militar 3 —pensó Janie—. Nunca sabíamos cuándo sucedía, pero ocurría regularmente en el tiempo anterior. Al menos en este juego te dan una pista.»

—¿Tienes espías que te dicen lo que pasa?

—Sí, si les pago. Cuesta mucho oro tener un espía.

No era ninguna novedad.

—¿Qué clase de información te consiguen?

—Oh —dijo él distraído mientras tecleaba—, me dicen cuántos soldados tienen, dónde están y las armas que tienen los otros tipos...

—Vaya, esa es mucha información para retener.

—Muchas veces olvido lo que tienen y me meto en problemas. Me gustaría poder escribirlo. —Miró su pizarra con expresión nostálgica.

—Nos marchamos dentro de un par de días a Orange.

Alex dejó de mirar la pantalla y le prestó toda su atención.

—¿Puedo ir, por favor?

—No.

—Pero entonces no podré seguir con mis lecciones de medicina.

—Haremos el doble cuando regrese. Además, controlaré tus avances por el correo. Voy a dejarte algunos deberes. Te quedarás aquí, bien seguro con todos los demás hasta entonces.

—¿Y tú estarás segura ahí fuera?

Su voz sonó de pronto muy infantil, y Janie vio la expresión preocupada de su rostro. Aún le quedaban algunas costras de su noche de carrera a través del 266

bosque, pero estaban cicatrizando bien, y no creía que le fuesen a quedar marcas.

Al menos en el exterior.

Ella lo sujetó por los hombros.

—Sí, lo estaré. Este es un viaje muy diferente del que tú hiciste para recoger las células. Siempre por carreteras, nada de bosques. Mucho más seguro. Podemos hacerlo en menos de un día.

«Ha llegado el momento de decirle lo especial que es», pensó.

—Hay algo que quiero hablar contigo, algo sobre ti que es realmente extraordinario.

Él se puso alerta en el acto.

—¿Qué?

Todas las cuidadosas frases que ella había preparado para la ocasión desaparecieron sin más. En los siete años que llevaba meditando en ello, había pensado en centenares de eufemismos psicológicamente correctos para «clon»; pero ahora con el niño delante de ella, ansioso por aprender y comprender, se olvidó de todas. Tragó saliva.

—Esta no es tu primera vida.

Alex cerró el juego y se apartó del ordenador. Janie lo acogió en sus brazos cuando él se sentó en su regazo.

—¿He vivido antes?

Ella respiró hondo y se lanzó de cabeza a las traicioneras aguas de la verdad.

—Sí. Fuiste traído a este mundo a través de una transferencia nuclear. Eso significa que un núcleo de la célula de tu primer cuerpo, que lleva todo el material genético que te hace ser quien eres, fue transferido a uno de mis óvulos, al que ya le habían quitado el núcleo. Después solo quedó implantarlo en mi cuerpo para que yo fuese tu madre, porque quería serlo. Por un momento Alex permaneció en silencio mientras consideraba las implicaciones de esta noticia. Janie se mordió el labio inferior para mantener silencio. «Deja que él haga las preguntas», se recordó. Tendría muchas. La primera fue sorprendentemente sencilla y aguda.

—¿En qué tiempo viví antes?

—Hace casi setecientos años.

Él no dijo nada; se limitó a soltar un largo silbido antes de preguntar:

—¿Qué edad tenía?

Esa era una pregunta más difícil de responder. ¿A qué momento de su vida se refería? ¿Quería saber cuánto tiempo había vivido la primera vez o algo más 267

concreto? No quería revelar a Alex la edad o la forma de morir de su precedente.

—Bueno —comenzó—, por supuesto fuiste un niño pequeño como todas las demás personas. Después fuiste un adolescente, pero creo que en aquellos tiempos significaba algo diferente que ahora. Después creciste hasta ser un hombre. Un hombre muy bueno.

De alguna forma, la ambigua explicación lo satisfizo.

—¿En qué sentido era bueno?

—De la misma manera en que eres bueno ahora. Eras generoso, valiente, inteligente y... eras muy, pero muy honrado.

Su rostro comenzó a animarse, y Janie se sintió más tranquila. Una vez resueltos algunos de sus propios miedos, continuó su explicación.

—Naciste en algún momento del año 1325 en España, en una pequeña ciudad llamada Cervera. Tu nombre era Alejandro Canches.

—Alejandro Canches —susurró él lleno de respeto—. ¿Por eso me pusisteis el nombre de Alex?

—Sí.

—¿Quiénes eran mi madre y mi padre?

—Tu padre se llamaba Avram. Tu madre... —Por un momento Janie se quedó cortada—. No lo sé —reconoció al fin—. Tú nunca... quiero decir, que no había nada sobre ella en lo que leí.

Alex pareció como si fuese a decir algo, pero se calló.

—¿Dónde has leído sobre mí?

Janie sabía que no podía decirle toda la verdad, porque él querría leer el diario. Era aún demasiado joven para conocer todos los detalles de su vida anterior: las pérdidas y los sufrimientos, las largas separaciones de los seres queridos, los terribles crímenes que había cometido para salvarse y salvar a las personas que amaba.

—En un viejo libro —se limitó a responder—. Creí que eras una persona fascinante. Alguien que conocí en el tiempo anterior conservaba unos cabellos y unas escamas de tu piel. Ella me los dio y lo utilicé para conseguir el material que necesitaba para la transferencia nuclear.

Alex no cabía en sí de entusiasmo.

—¿Qué hacía cuando crecí?

—Eras médico.

Él aplaudió espontáneamente.

—¡Como volveré a ser ahora!

—Sí. —Ella se alegró por su entusiasmo—. Pero la medicina era diferente de lo que es ahora. Fuiste a una escuela de medicina en Francia, en una ciudad llamada Montpellier. Estudiaste con varios maestros famosos, uno de ellos 268

llamado De Chauliac. Fue médico de dos papas y vivía en Aviñón, como tú

hiciste un tiempo. Se convirtió en tu mejor amigo, como lo es ahora Sarah.

«Como tú hiciste, como tú haces, como eres, como eras...» De pronto, la construcción de las frases se había convertido en un inmenso desafío. Pero no para Alex; él tenía muy clara su propia continuidad.

—¿Conocí también a dos papas?

—En realidad creo que no. —Estaba a punto de decir «no escribiste nada referente a haberlos conocido en persona», pero se contuvo. Alex saltó

de su regazo y fue al ordenador. Buscó un programa de mapas y puso en pantalla la sección de Europa.

—¿Cómo se deletrea Cervera? —preguntó.

Janie se lo deletreó en voz alta, y Alex lo introdujo en la búsqueda.

—¡Aquí está! —anunció entusiasmado. Miraron el mapa juntos durante unos momentos—. ¿Cómo se llamaba el otro lugar?

—Aviñón —dijo ella y se lo deletreó. Siguió la línea entre los dos lugares con la punta del dedo—. Hiciste un viaje por esta ruta, desde Cervera hasta Aviñón.

—Está en Francia.

—Sí. Tú hablabas francés. Pero también hablabas muchos otros idiomas. En aquellos tiempos la gente necesitaba hacerlo porque negociaba con personas de otros países.

—¿Qué idiomas hablaba?

—Latín, porque era la lengua en que se estudiaba, y tú dedicaste gran parte de tu vida al estudio. El hebreo, porque era el idioma que hablaban tus padres. Hablabas inglés en una época en que comenzaba a ser popular. Era diferente de como es ahora, pero es la misma lengua.

—¿Diferente, cómo?

—Los idiomas cambian con el tiempo.

—¿Por qué?

«Oh, Dios, ¿por qué?»

—Deja que te ponga un ejemplo. ¿Dónde está el CD que tenía los clásicos de la literatura?

Alex se subió a la silla y buscó en el estante encima del ordenador, hasta encontrar el CD. Una vez puesto en la máquina, Janie buscó *Los cuentos de Canterbury*.

—Mira esto —le dijo ella.

With us ther was a doctour of phisik; In all this world ne was the noon hym lik, To speke of phisik and of surgerye...

Él se esforzó para leer las pocas familiares palabras en voz alta. 269

—Ese es el inglés del tiempo de Alejandro. El autor habla de un médico. Él pensó pero no lo dijo: «Que narra la historia de un caballero que mata a su hija antes de permitir que se case con un hombre que destruirá su espíritu...».

—No suena a inglés.

—Lo es. Los idiomas evolucionan con el tiempo. ¿Sabes una cosa? Tú

conociste al hombre que escribió estas palabras. Se llamaba Geoffrey Chaucer.

—¡Imposible!

—Es verdad.

Alex se ensimismó durante unos momentos, como si estuviese considerando las implicaciones de lo que acababa de decir su madre. Cuando habló de nuevo, su tono era más sombrío.

—¿Por qué no recuerdo nada de todo eso?

Era una pregunta que ella no había considerado.

—En realidad no lo sé, Alex. Todavía eres demasiado joven. —Ella pensó en Kristina, que no tenía ningún recuerdo de su precedente. Pero su hijo no parecía descontento con su vaga respuesta. Su rostro se iluminó.

—Vaya, he vivido antes.

Dieron de beber a los caballos antes de partir para Orange, con la idea de realizar el viaje sin tener que detenerse, pero el día era cálido para ser primavera, y cuando pasaron cerca de un arroyo, a unas dos horas de marcha, Jellybean fue directamente hacia allí.

—Hagamos una breve parada —propuso Janie—. No me vendría mal hacer una rápida visita a los arbustos.

James y Evan llevaron los caballos a la orilla; Janie y Kristina se metieron en la maleza en direcciones separadas.

Janie encontró un lugar aislado y miró con cuidado a su alrededor. Mientras se desabrochaba el botón pensó: «Qué idiota eres. Como si alguien pudiese verte orinar aquí». Se bajó las bragas y se puso en cuclillas. Mientras hacía sus necesidades, se quebró una ramita a su izquierda; los caballos y los demás estaban a la derecha. Se quedó inmóvil con los pantalones bajados. Un cosquilleo le recorrió la columna, pero siguió sin moverse. Al cabo de un minuto, comenzaron a dolerle los muslos y se levantó. La cremallera hizo demasiado ruido; acababa de abrocharse cuando oyó

otra rama que se quebraba a su izquierda, más cerca esta vez. Se volvió para mirar en esa dirección. Agachada —«Es más difícil acertar en un blanco pequeño», le había dicho una vez Michael— espió entre el matorral. Muy despacio, se levantó la pernera y sacó el puñal, aunque le temblaba la mano. Oyó un siseo y esperó que los demás también lo hubiesen oído, pero sabía que debían de estar demasiado lejos. Puñal en mano, se irguió lista para escapar.

Pero era demasiado tarde. Estaba sola, separada del resto por la tontería de su pudor. El puma soltó un gruñido que sonó casi como el aullido de un mono, y saltó en su dirección con las garras extendidas.

La velocidad con que la fiera cruzó el aire la asombró mientras miraba, petrificada. Janie soltó un grito de terror, y luego actuó el instinto. Levantó el brazo todo lo lejos y firme que pudo mientras el puma cruzaba los últimos pasos que los separaban. El puñal se clavó en la garganta del felino. Rugió

víctima de un tremendo dolor, pero el impulso apenas si disminuyó. Cuando el peso muerto del animal cayó sobre su pecho, sus garras le destrozaron la chaqueta y la camisa, y abrieron varios cortes en la piel del hombro. Sintió el dolor y comprendió que estaba herida, aunque probablemente no de gravedad. El peso del puma la arrojó al suelo, y mientras caía alcanzó a ver a Evan y Kristina, que corrían entre los árboles en su dirección. Evan tenía algo en la mano, aunque no podía distinguir qué era. Escuchó una seca y fuerte detonación, y el felino quedó inmóvil.

A través de la bruma de la conmoción, oyó a Kristina preguntarle: «Janie,

¿estás bien?». La voz de Evan, que también parecía llegar desde muy lejos, soltaba maldiciones a la bestia muerta. A lo lejos sonaron los nerviosos relinchos de los caballos, que piafaban de miedo. Unas manos la ayudaron a levantarse. Como en un trance, caminó a través del bosque con Evan y Kristina a cada lado sujetándola de los brazos. A tres pasos de la yegua, no pudo más y vomitó.

—Eso es bueno —dijo Kristina, al tiempo que le hacía un masaje circular en la espalda—. Ahora te sentirás mejor.

Evan sostuvo una cantimplora delante de ella.

—Ten. Bebe un trago.

Janie bebió y después escupió el sabor amargo del terror que le llenaba la boca. Luego se descubrió el hombro para mirar la herida.

—Estoy bien —afirmó. Se tocó los rojos surcos en la piel; todavía no le dolían mucho. Más tarde sería otra cuestión—. Al menos eso creo. —Miró de nuevo al bosque hacia el lugar del incidente—. Salgamos de aquí. Una vez montada en la yegua, volvió a apartar las prendas para mirarse el hombro. La sangre manaba de los cortes; abrió el botiquín y sacó la botella

de alcohol. Con el dobladillo de la camisa, se pasó el desinfectante por los cortes e hizo una mueca al sentir el ardor.

En respuesta a las miradas de preocupación de Evan y Kristina, comentó:

—Viviré. —Señaló el cuerpo del puma echado sobre la grupa del caballo de Evan—. Pero con él me haré mi próximo sombrero.

—Es un puma muy grande —dijo Kristina—. Dios, Janie, podría haberte hecho mucho daño.

—O algo peor.

Janie miró al puma más de cerca; era una hembra, con las tetas colgantes. En algún lugar del bosque, los cachorros morirían de hambre, pero ese era el orden natural de las cosas.

«Sin el puñal, ahora mismo sería su comida», pensó Janie.

—Quizá tendríamos que dejarla aquí.

—Como quieras —dijo Evan—. Pero es una magnífica piel. Yo lo despellejaré por ti.

Janie cogió las riendas e hizo una mueca por el dolor que le produjo el movimiento.

—Creo que probablemente disfrutaría haciéndolo yo. Pero, vale, puedes hacerlo.

Volvieron al camino de tierra y reanudaron el viaje hacia Orange. La marcha era mucho más rápida.

Aquella tarde, mientras Janie se ocupaba de su herida, Kristina montó su pequeña farmacia y comenzó a sacar muestras de sangre a toda la gente de Orange.

Cuando Janie se reunió con ella, estaba acabando la tarea de colocar los tubos en una caja de cuero.

—Tendrás mucho trabajo en el laboratorio cuando regresemos —comentó

Janie. «Eso si vuelves conmigo», pensó mientras observaba cómo Kristina salía de la habitación para ir a buscar a Evan. De nuevo se preguntó qué pensaría Tom de todo aquello. No habían hablado mucho antes de su marcha, pues aún subsistían los efectos de su acalorada discusión. Y, cuando lo habían hecho, él no había mencionado a Evan.

—Ya lo superarás —susurró en voz alta—. Y también todo lo demás.

—¿Qué?

Al volverse vio a Lany en el umbral.

—Oh, solo hablaba para mí misma.

—Vaya, tú también lo haces.

—Es la edad —le dijo Janie a la mujer, que era más joven que ella, aunque no mucho—. Espera y verás.

—Con tal de que tenga algo que esperar... —replicó Lany. Charlaron amistosamente durante unos momentos de esto y aquello, hasta que los interrumpió uno de los niños de Orange.

—Hay un correo electrónico —dijo el niño.

—Debe de ser de Alex —manifestó Janie—. Le dije que podía escribirme mientras estuviese aquí.

Pero, cuando llegaron al ordenador, el remitente no era el conocido doc@orangecommunity.net.

272

De: director@dobledelta32.org

Janie observó la dirección del mensaje.

Para: cop@orangecommunity.net

—¿Cómo han podido conseguir esta dirección?

Evan llegó con Kristina, a tiempo para oír la pregunta.

—Envían buscadores electrónicos —explicó—. Obtienen las direcciones de las ondas. Funcionamos sin cables, o sea que cualquiera que sintonice la señal puede captar y leer lo que se dice, si no lo ciframos.

—Quizá no deberíamos leerlos —dijo Kristina—. Si no les hacemos caso...

—Creo que debemos leerlos —rebatió Lany—. La recomendación de conocer al enemigo sigue siendo válida. Pero, si tuviese que adivinar, diría que no son enemigos. Así que...

Abrió el mensaje y se inclinó para leerlo. Todos esperaron ansiosamente su informe del contenido, para ver si, como todos temían, era una versión electrónica de la caja de Pandora.

—Esto es muy extraño —dijo cuando acabó la lectura—. Nos invitan a una reunión de «dobles deltas», cualquier cosa que signifique eso. Se volvió para mirar a los demás.

—¿Alguien sabe qué son los dobles deltas?

Por un momento nadie dijo nada, hasta que Kristina respondió:

—Yo sí.

Todas las miradas se centraron en ella, expectantes.

—Creo que prefiero sentarme para esto —dijo.

273

23

Elizabeth de Ulster prescindió de su inútil marido, el príncipe Lionel, y fue directamente a su suegro con el informe de lo que había visto. Con una amable excusa, el rey abandonó la tarima y se retiró a su cámara privada, donde soltó

una rabiosa diatriba. El grueso de esta verborrea fue para sir John Chandos, que estaba arrodillado delante de su señor, después de haberle transmitido las nuevas del incidente de Benoît y la consiguiente furia de De Coucy.

—Soltó tantas viles amenazas contra vuestra hija, señor, que cuestan de imaginar.

—¡Solo ha dicho lo que está en mi propio corazón! —rugió el rey—.

¡Encuéntralos! —Descargó un puñetazo sobre la mesa que hizo vibrar los cristales de las ventanas.

Sir John se levantó.

—Ya se ha hecho una exhaustiva búsqueda en los terrenos que rodean el palacio. No hemos encontrado a vuestra hija aquí.

El rey lo miró con dureza en respuesta al inoportuno recordatorio de que ahora era legalmente el padre de Kate.

—¿Tal como sospechabas?

—Creo, señor —continuó Chandos—, que se ha escapado al campo con el judío. Conoce muy bien el territorio, y es demasiado lista para permanecer aquí. En un rapto de furia, el rey cogió una estatuilla y la arrojó contra la ventana. Mientras los trozos de cristal caían al suelo en el exterior, gritó:

—¡No podemos permitir que De Coucy tenga una razón para cortar vínculos con nosotros! ¡Hay que conservar a cualquier coste un aliado con tantas tierras!

—Sería una tontería de su parte hacer semejante cosa —repuso sir John con una asombrosa calma—. No es sensato perder un reino por la humillación de un pariente, y menos aún por uno vil y repugnante. No obstante, puede que 274

utilice este incidente para obtener de vos una mejor dote. Cabría pensar que quizá él mismo puso en marcha estos acontecimientos con el fin de...

—¡Ha recibido una dote más que suficiente para una docena de esposas!

Además, no es lo bastante listo para pensar un plan tan retorcido. No, todo esto es obra de ella; hay que encontrarla y traerla aquí. Luego se la entregaré a De Coucy en lugar de a Benoît, para que sea una fregona en la cocina de su hermana. Ahora ve y tráela de vuelta.

—No la encontraremos esta noche, señor. Mañana saldremos con un grupo y...

—Reúne a los mejores rastreadores del reino y ponlos en su rastro. ¡Los perros pueden buscar durante la noche!

—Pero nosotros, sin su olfato, no podremos seguirlos. La encontraremos mañana, de eso estoy seguro.

—Los que celebraron la fiesta de mayo quizá los hayan visto; puedes recurrir a su ayuda. Ve a los pueblos y despierta a todos los que pasaron esta noche en la fiesta. Amenázalos con lo que haga falta si no cooperan.

—Con perdón, señor. Os equivocáis al creer que los que celebran la fiesta de mayo serán vuestros aliados.

El rey lo miró furioso.

—Todos los ingleses son mis aliados, si quieren prosperar.

—Dicho eso, señor, estoy seguro de que comprenderéis que entre vuestros invitados de esta noche había un número de lores... todos los cuales os profesan sin duda una sincera lealtad... que preferirían haber estado en el campo para asegurar la supervivencia de la humanidad apareándose con todas las doncellas de mayo que hubiesen podido encontrar, si no se hubieran visto obligados a estar aquí esta noche para celebrar la futura cópula de vuestra hija. —Sonrió

con sorna—. Sus esposas, sin embargo, serán siempre vuestras aliadas por imponer a sus esposos esta forzada fidelidad, lo cual puede que resulte más beneficioso.

El rey soltó una obscena maldición.

—Muy bien, sal con la primera luz. Llévate a De Coucy y Benoît contigo. No quiero que ninguno de los dos me moleste hasta que este asunto esté

resuelto. Aunque no imagino por qué De Coucy siente tanto odio hacia ella, quizá unirse a la cacería satisfaga sus ansias de venganza. Despidió al caballero con un gesto.

Sir John hizo una reverencia y, como un eco de su rey, se preguntó por qué

De Coucy odiaba tanto a la joven. Mientras se apresuraba a salir de la cámara privada para despertar al encargado de los sabuesos, se dijo que, después de todo, poco importaba.

275

«Al norte —le dijo ella—. Esperarán que vayamos hacia el sur.» Padre e hija se apresuraron a través de la oscuridad, tan rápido como el caballo lo permitía. Las luces de las hogueras de mayo se veían aquí y allá a lo largo del camino; pasaron junto a las fiestas paganas sin detenerse, hasta que al fin llegaron a un pequeño arroyo en un lugar boscoso donde el caballo podía descansar y beber. Alejandro desmontó primero, y después ayudó a bajar a Kate. Lejos de la inmediata amenaza de captura, se vieron libres de abrazarse en la alegría del reencuentro.

Cuando finalmente Alejandro fue capaz de soltarla, le preguntó:

—¿Te hizo daño, hija?

Ella no podía contarle todo lo sucedido con Benoît; ya habría tiempo suficiente más tarde.

—Mi espíritu quedó herido, pero tú lo has curado. —Las lágrimas asomaron a sus ojos—. Todavía no acabo de creer que seas real. ¿Puede ser que hayamos pasado todo este tiempo separados y que ahora estemos juntos de nuevo?

Alejandro se rió con sincero regocijo.

—Soy muy real, y el tiempo desde luego ha pasado. Mucho tiempo. Te lo demostraré mañana cuando te enseñe las canas en mi cabello.

—Estoy segura de que te sentarán muy bien.

—Como a ti la madurez. —La levantó del suelo y la hizo girar, lleno de gozo, hasta que ambos acabaron mareados y riéndose a carcajadas. Cuando volvió a dejarla en el suelo, la hija menor de Eduardo Plantagenet miró a los ojos al hombre que la había criado amorosamente como a su propia hija.

—Siete años.

—¡Casi ocho!

—Ahora que estamos otra vez juntos siento como si te hubiese visto ayer mismo y nunca hubiésemos estado separados —dijo Kate—. ¿Cómo puede ser posible?

Alejandro la abrazó nuevamente, con un ardor rayano en la desesperación.

—Lamento cada uno de los días que nos hemos perdido. De haber venido antes...

Ella lo estrechó con fuerza.

—Sé que habrías venido antes si las circunstancias te lo hubiesen permitido.

—Se apartó ligeramente—. Casi me da miedo preguntar; ¿cómo está mi hijo?

¿Está sano y fuerte?

—¡Oh, sí! —exclamó Alejandro—. Mucho más que eso; no sé cómo describir lo maravilloso que es. No me ha dado más que alegrías y orgullo. Es inteligente y cortés, guapo, de tez blanca, como tú y...

276

Se detuvo de improviso. Después de unos segundos de silencio, Kate acabó

la frase por él.

—Como Guillaume Karle.

—Sí —musitó Alejandro—. Como su padre, cuyo nombre lleva. Me pareció

un nombre apropiado para él.

Permanecieron callados, recordando a ese hombre bueno que tan importante había sido en su vida. Cuando Kate juzgó llegado el momento apropiado, miró al cielo y dijo:

—Se acerca el alba y debemos cabalgar. Ya habrá tiempo para hablar de mi hijo más tarde, cuando estemos a salvo.

Alejandro asintió. Montaron y se pusieron en marcha. Esta vez Alejandro guió al caballo en dirección este, pero Kate lo detuvo.

—Padre, te lo repito, no es prudente ir al sur o al este ahora mismo. Él hizo parar en seco al caballo.

—Pero hemos de ir a Dover para cruzar.

—Eso es lo que esperan que hagamos. Por supuesto, al final tendremos que ir en esa dirección, pero por ahora nos convendría hacer algo menos previsible. Nunca irán a buscarnos en el norte.

—¿Por qué no?

—Porque no tenemos razón alguna para ir hacia allí. Hay peste en el norte, y Chandos sabe que lo sé.

—Chandos...

Ella titubeó por un momento.

—El rey no confía en ningún otro hombre más que en Chandos. Será él quien venga en nuestra persecución.

Kate vio la desilusión en el rostro de Alejandro y lo comprendió.

—No pondrá su corazón en ello, padre —dijo con suavidad—. Pero es un caballero leal y hará lo que se le pida.

—¿Qué hay de tu hermano? ¿Participará en la persecución?

—Quizá. No porque le importe si me encuentran o no; no le interesan los asuntos de Estado. Pero es un guerrero, aunque últimamente ha engordado en exceso. Si viene, será por la emoción de la caza, no porque tenga un gran deseo de verme regresar. —Hizo una pausa—. Pero De Coucy es otra cosa. Querrá

vengar la humillación de Benoît, y, si la sensación de la punta de mi puñal permanece en su memoria, querrá castigarme para satisfacer su propio orgullo.

—Déjalo que venga —manifestó Alejandro con tono desafiante—. Le cortaré la cabeza, como él hizo con Guillaume Karle.

Por un momento, cada uno se enfrentó al recuerdo del yelmo de Karle cayendo al suelo con la cabeza todavía dentro, mientras el cuerpo permanecía montado en el caballo.

—Ya llegará el tiempo de ajustar cuentas —declaró Alejandro—. Ahora debemos alejarnos de aquí.

Cabalgaron hacia el norte a través del bosque, al paso más rápido que pudieron conseguir. Después de una larga y dura cabalgada, se aventuraron a salir a la carretera, que por su anchura y uso parecía ser muy frecuentada. Sin embargo, a medida que avanzaban, los hierbajos y la maleza se iban apoderando del camino. Al cabo de un tiempo llegaron a una señal. La madera estaba reseca y cuarteada, y las letras casi borradas. Debajo del cartel colgaba una bandera desteñida y hecha jirones. Cuando se acercaron, Alejandro sujetó la tela y tiró para desplegarla. Dentro de los pliegues, donde el sol no la había descolorido, la tela era de un gris oscuro. Ambos sabían el significado de una bandera negra.

—¿Continuamos? —preguntó Alejandro en voz baja.

—Sí —respondió Kate.

Algo más adelante, divisaron una pequeña aldea abandonada.

—No puede ser que todos se hayan ido a las fiestas —comentó Kate amargamente.

—No, hija, creo que no.

Alejandro desmontó en la plaza de la aldea y sujetó las riendas del caballo. Guiando al animal, con Kate en la montura, avanzó hasta detenerse frente a una choza; la puerta estaba abierta de par en par, pero no había nadie en el interior. Echó una rápida ojeada, y después volvió a salir.

—Tendríamos paz en la soledad de esta casa, pero mi corazón tiembla imaginando lo que les habrá pasado a las personas que una vez vivieron aquí.

—Me sentiría como si fuésemos intrusos —dijo Kate—. Marchémonos, padre; no quiero estar en este lugar.

Salieron de la aldea por la misma carretera, cuyo estado era cada vez peor. Llevaban cabalgando aproximadamente media hora, cuando apareció a la vista una pequeña casa solariega.

Alejandro desmontó de nuevo y ató las riendas del caballo a la rama de un árbol.

—Si no está ocupada, será más fácil escondernos aquí que en aquella choza. Desde luego, estaremos mucho más cómodos que durmiendo en el bosque. Quédate aquí. Miraré en el interior.

A medio camino de la casa, se volvió para mirar a su hija, como si necesitase aliento. Ella comprendió su expresión.

—Ve. Pero no tardes en regresar.

Junto a la puerta de madera había una campana; la hizo sonar, y después esperó con nerviosa expectación. Al cabo de unos segundos volvió a tocar; pero, 278

como antes, nadie apareció para recibirlo. Probó el picaporte, y, para su sorpresa, la puerta se abrió sin dificultad.

En el interior, el mobiliario era escaso y de inferior calidad de lo que había esperado encontrar. Recorrió rápidamente algunas de las estancias, pero no vio ningún rastro de los ocupantes. Había una pequeña habitación con su propia chimenea, que daba a otra con una puerta al jardín y el huerto traseros. Una angosta ventana permitía ver el exterior con claridad; el caballo podía atarlo a la vista. Al final del huerto había un arroyuelo, quizá a una distancia de cincuenta pasos, así que tendrían agua.

—Esto nos servirá —dijo Alejandro cuando volvió junto a Kate. Miró atrás con nostalgia—. Me recuerda al lugar que me regalaron después de la primera vez que salí de Windsor. Demasiado grande para un hombre sencillo como yo. Su hija lo tocó tiernamente en el hombro, a sabiendas de que los recuerdos de aquel lugar serían agridulces.

—Con la luz de la mañana, este lugar te parecerá pequeño, y estarás pensando en nuestra fuga a Francia.

—Sin duda —repuso—. Pero antes de dormir tendremos que hacer lo posible para despistar a nuestros perseguidores.

Volvieron a la plaza de la aldea por el mismo sendero que habían seguido a través del bosque, y Alejandro guió al caballo en una serie de círculos cada vez más grandes. Aunque el animal parecía un tanto confundido, respondió a las riendas tal como él había confiado que haría. Tras dejar un rastro concentrado en un lugar, cabalgaron hacia el este, conscientes de que por la mañana tendrían que cabalgar de nuevo hacia el norte. Luego llevó al animal otra vez al bosque y cortó una rama, que Kate arrastró detrás de ellos hasta que entraron en el arroyo. Alejandro guió al caballo por el sinuoso cauce del arroyo hasta que apareció a la vista el huerto trasero de la casa señorial abandonada. Ataron el caballo a un árbol desde donde lo verían a través de la ventana y entraron con sus pocas pertenencias. Después de acomodarse en el cuarto escogido, Kate se puso a mirar a un lado y a otro, mostrando —para el deleite de Alejandro— la misma curiosidad típica de su infancia. Con una sonrisa, él ofreció el brazo a su hija.

—Milady, si me acompañas...

Ella enlazó su brazo con el suyo.

—Por supuesto, señor.

Mientras guiaba a su hija por las habitaciones, Alejandro comprendió que Kate aún estaría bajo los efectos de la conmoción y los esfuerzos de la fuga, al igual que él, pero la mutua presencia les infundía una calma que alejaba todos los temores, aunque solo fuese de momento. Echando una ojeada al techo de la sala principal, Alejandro comentó:

—¿Qué fantasmas nos estarán mirando? Sin duda debe de haber algunos. 279

—Confiemos en que esta noche prefieran no molestarnos. Subieron la escalera de piedra hasta el piso superior. Una de las habitaciones parecía haber sido utilizada por las damas para coser y bordar. Había un bonito bastidor de madera, tristemente abandonado. En otra de las habitaciones había un gran número de estantes. Alejandro deslizó un dedo por uno de ellos, y dejó una estela en el polvo.

—Esta habitación debe de haber sido una biblioteca. Qué pena... —dijo, y el eco de su voz resonó en el vacío—. No queda ni un solo libro. Fueron

al otro lado del rellano y llegaron a una serie de habitaciones que probablemente habían sido los dormitorios. Cuando iban a salir del último, Kate titubeó, se arrodilló y metió la mano debajo de una de las camas, que carecía de jergón o colchón. Sacó un zapatito, con el cordón desatado; parecía haber pertenecido a un niño de unos seis o siete años. Se levantó lentamente y se volvió hacia Alejandro. Él vio las lágrimas en sus ojos y se preguntó por qué

habían tardado tanto en aparecer.

Encontraron paja suficiente en uno de los establos para improvisar sendos colchones en dos de las camas, aunque resultaron más delgados de lo que les habría gustado. Kate se encargó de arreglar la paja en los dos lechos.

—No será un lecho de plumas... Creo que me he vuelto perezosa, padre. Hasta la más rebelde de las hijas reales es tratada con cierto nivel de comodidad. —Ella lo miró a los ojos y sonrió—. Pero la libertad que experimento en este momento borra cualquier recuerdo de aquellos lujos. Se quitó las botas antes de meterse debajo de la delgada manta, pero las colocó junto a la cama; si los ladridos de los sabuesos los despertaban, podría calzárselas rápidamente para la fuga.

—Ahora que estamos seguros, dime más de mi hijo —le pidió a Alejandro. Después de respirar profundamente, este comenzó.

—¡Hay tanto que decir! Se parece mucho a ti, aunque a menudo creo que también se parece mucho a su padre, tal como yo lo recuerdo. Es alto para su edad... al menos lo parece entre los judíos de Aviñón... y fuerte, a su manera. Tiene los cabellos dorados como los tuyos, y los ojos azules. —Sonrió cuando dijo—: Me llama abuelo.

Eso pareció complacerla; también sonrió.

—¿Es inteligente?

—¡Mucho! Ya lee en latín y ha aprendido un poco de griego, y le encanta permanecer a mi lado mientras hago mi trabajo. A menudo imita lo que hago, y eso me conmueve. Tiene manos muy hábiles; y le gusta mucho tallar la madera. Pareciera tener una destreza casi mágica con el cuchillo, como si fuese una extensión de su propia mano. Talla las cosas más bonitas. Él continuó hablando de las maravillas del hijo de Kate, hasta que al fin ella le dijo:

—Dios te bendiga, padre, por cuidar tanto y tan bien de él. Me parece un sueño que vaya a verlo de nuevo. —Cerró los ojos y añadió en voz baja —: Nunca he sentido tanta fatiga como ahora. Anhelo el momento en que pueda dormir sin miedo y despertarme para ver la sonrisa de mi hijo.

—Esos días llegarán antes de lo que crees —afirmó Alejandro, acomodándole un mechón detrás de la oreja—. Ahora duerme, hija, y yo vigilaré.

—Como antes, cuando era una niña.

—En mi corazón, siempre serás mi niña. Ahora, a dormir.

—Debes prometerme que me despertarás cuando te canses de la guardia, padre. Yo haré mi turno.

Alejandro asintió, aunque su intención era acostarse en la otra cama y mirar a su amada Kate durante todo el resto de la noche, para que nadie pudiese arrebatársela de nuevo.

Cuando Kate se despertó, comenzaba a clarear. Alejandro estaba delante de la pequeña ventana, con la mirada puesta en el huerto. Ya se había vestido con las mismas prendas comunes que había usado en su viaje desde París, y llevaba los negros cabellos recogidos en una coleta; al oír que su hija se movía, le dio los buenos días.

—Ese huerto debió de ser muy bonito —comentó.

Kate se levantó apoyada en un codo.

—Debemos partir enseguida.

Se alisó las prendas que había utilizado en la cama, y después se calzó las botas. De nuevo, ocultó sus preciosos cabellos debajo del gorro. Al ver su gesto, Alejandro recordó a Philomène. Recogió la pequeña bolsa donde guardaba sus pocas pertenencias, y fueron hacia la puerta que daba al huerto. Como siempre, el caballo pareció alegrarse de verlo; el animal se había comido toda la hierba a su alcance. Alejandro montó ágilmente y luego ayudó a Kate a subirse a la grupa. Entraron en el bosque, justo cuando el sol asomaba entre los árboles.

Sir John Chandos escogió a diez de sus mejores hombres, todos ellos leales y valientes, para acompañarlo en la cacería del médico judío y la joven. El grupo se reunió en el alcázar inferior, cerca del rastrillo, armado de pies a cabeza y preparado para la marcha. El encargado de los sabuesos luchaba para sujetar las correas de las que tironeaban los magníficos animales, que brincaban sacudiendo la cola, con las fauces cubiertas de

babas. Mientras el grupo se ocupaba de los últimos detalles de las armaduras y las armas, una joven 281

apareció corriendo a través del patio, con un bulto en las manos. Se acercó a sir John, lo saludó con una inclinación, todavía jadeante, y le alcanzó el bulto.

—Su sábana, mi señor.

Él se llevó la sábana a la nariz y olió; el olor de Kate era detectable incluso para él.

—Muy bien. Gracias.

La muchacha hizo otra reverencia y se marchó a la carrera. Cuando estuvo bien lejos, sir John llamó a sus hombres.

—Venid aquí.

Todo el grupo formó un círculo cerca del viejo guerrero, que los observó

con orgullo, a pesar del desagrado que le producía la misión.

—Nos ha sido encomendada por el rey una honorable búsqueda —

manifestó—. Cabalgaremos de inmediato y traeremos de vuelta a su hija. Ha sido secuestrada de nuevo por el mismo judío que se la llevó de Canterbury tantos años atrás, cuando solo era una niña. Ahora su hermana, nuestra princesa Isabella, llora inconsolable su pérdida.

Se interrumpió al oír el ruido de cascos y se volvió para mirar en aquella dirección. Vio que se acercaba De Coucy con Benoît a la zaga.

—Mirad, ahí están los novios. —Durante todo el discurso, su voz había estado carente de entusiasmo.

Hubo un profundo silencio entre sus hombres; Chandos comprendía la razón, sin necesidad de que se lo dijesen. Todos y cada uno de ellos conocían a la joven, y la habían admirado de lejos. No era ningún secreto que, de haber ido al altar, habría sido contra su voluntad. Ella era una belleza que podría haber aspirado a un hombre de la más alta posición, de no haber sufrido su vida tantas vueltas y revueltas a cual peor. Benoît había quedado en ridículo una y otra vez en los torneos; nadie esperaba que continuase asistiendo a las justas, que no tardarían en comenzar. Su humillación en el baile de máscaras no había afectado a nadie más que a sí mismo y a su primo.

Chandos detestaba la tarea que le había encomendado el rey, pero sabía muy bien que, si otro caballero dirigía la persecución, el trato que recibirían los fugitivos sería mucho menos generoso que el que él mismo podría

dispensarles. De Coucy detuvo su caballo junto a Chandos. Miró a las tropas, para inspeccionar su preparación. Estaban perfectamente uniformados y armados casi en exceso.

—Bien, has reunido a un grupo muy bueno —le dijo a Chandos—. Es de esperar que sus habilidades en la caza sean igualmente buenas.

—Solo el tiempo lo dirá —replicó Chandos, que se volvió hacia la tropa —.

¡A formar!

Los hombres obedecieron al punto.

282

—Nuestra presa se dirige a Francia —dijo Chandos mientras se ponía los guantes—, así que se dirigirán al este o al sur.

El estandarte del rey Eduardo ondeó con la ligera brisa, mientras cruzaban el puente al galope con los sabuesos ladrando alegremente en la vanguardia. Una vez al otro lado de la verja, los perros bajaron la cabeza al suelo y se movieron a izquierda y derecha con bruscas sacudidas, mientras seguían el olor de la sábana.

—Adelante —les gritó sir John a sus soldados—. Debemos traer de regreso a la hija del rey.

«Y a su secuestrador judío.» Las palabras tenían connotaciones siniestras y en ello radicaba parte de la vergüenza. Chandos sabía que Alejandro era un hombre de honor y espíritu noble, que valoraba la verdad más que cualquier otra cosa en el mundo. Pero, en última instancia, nada de eso importaba, porque había jurado servir a su señor hasta el día en que sus servicios ya no fuesen necesarios.

«Ruego a Dios que ese día nunca llegue», rezó para sus adentros.

—Sir John —oyó decir. Era el encargado de los sabuesos quien le hablaba—. El rastro lleva al norte.

—¿No al este?

—No, señor. Al norte.

Ella les tendía un lazo, se dijo el caballero, los tentaba hacia una dirección que parecía ilógica. Había jugado al ajedrez con Kate muchas veces; era una jugadora brillante, y ahora estaban enzarzados en una partida del más alto nivel. Con independencia del resultado, se dijo, sería una cacería digna de recordar.

—Entonces, al norte —ordenó, aunque iba contra sus deseos—. Que Dios nos ayude si nos equivocamos.

Cuando el sol se hallaba en el cenit, Alejandro y Kate se detuvieron junto a un arroyo para comer y descansar. Alejandro ató el caballo a un árbol y lo frotó

con una gamuza mientras Kate iba a un campo cercano a buscar verduras y raíces. Volvió cargada con cosas comestibles, que debían lavarse. Se inclinó

sobre el arroyo, las metió en el agua y limpió su tesoro.

—Setas —le dijo a Alejandro—. Es una pena que no tengamos manera de cocinarlas.

—Entonces nos las comeremos crudas y no haremos caso de nuestro vientre cuando proteste más tarde.

Comieron en la tranquilidad del bosque, bañados por los rayos de sol. Kate se sentó con la espalda apoyada contra un árbol y contempló cómo su amado padre dormitaba. Al cabo de un rato se levantó y caminó silenciosamente entre 283

los árboles, manteniéndose siempre a la vista, hasta que encontró una rama adecuada. La cortó entonces con el puñal y volvió donde Alejandro dormía. Mientras quitaba la corteza de la rama, observó que él se agitaba de vez en cuando. «¿Qué sueños visitan tu mente en este breve descanso? —se preguntó—. ¿Sueñas con una mujer?» Decidió interrogarlo cuando se presentase la oportunidad. Ella misma soñaba a menudo con Guillaume Karle, con sus tiernas caricias. Su marido no había sido un campesino, sino un hombre de números, cuyo conocimiento de la deslealtad de su amo había conducido a la revuelta que le había costado la vida, mientras Kate estaba embarazada de su único hijo. Él se le aparecía en los momentos más profundos de sus sueños y la colmaba de besos, unos besos tan dulces y cálidos que no se podían describir. Guillaume había sido un hombre común con muchas cualidades poco comunes y una visión que había servido a sus compañeros más allá de su propia comprensión. Porque, así como la Gran Mortandad había cambiado la vida de cada ser humano que la había presenciado, también su visión había cambiado el curso de la historia; los siervos que nunca se habían atrevido a levantarse contra sus amos, ahora comprendían su propio valor y el poder que este entrañaba. Sin su trabajo, no habría agricultura ni comercio ni viajes. Por primera vez podían reclamar un salario que les permitiese prosperar. Guillaume Karle, un hombre de números, lo había comprendido y los había transformado en una fuerza guerrera. Con innegable bravura, los había guiado en sus primeros

pasos fallidos hacia la libertad. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la gente común de Francia y Bretaña se levantase de nuevo contra sus amos y marcase un rumbo hacia la independencia?, se preguntó Kate.

«Siglos», se dijo con tristeza.

Notó que estaba dando cabezazos y se obligó a permanecer despierta; el sol comenzaba su descenso.

—Padre —llamó mientras le tocaba suavemente el hombro. Alejandro se despertó con un respingo.

—Es hora de reemprender la marcha.

—Soñaba —dijo él mientras se levantaba. Sacudió la cabeza para despejarse.

—Debemos irnos —manifestó Kate—. Seguramente ya habrán lanzado a los sabuesos detrás de nosotros.

—¿Qué es eso? —preguntó Alejandro, señalando la rama descortezada.

—El comienzo de un arco. Necesitamos otras armas aparte de nuestros puñales. Las flechas son fáciles de hacer. Ahora debemos mantener los ojos abiertos en busca de algo adecuado.

Alejandro asintió.

—Al norte —dijo.

—Al norte —repitió Kate. Montaron y salieron del bosque, con el sol ahora a su izquierda.

—Han entrado y salido del arroyo —le informó el ojeador a Chandos—.

¿Estáis seguro de que el hombre que viaja con ella es judío?

—Sí, y es muy astuto e inteligente, como toda su raza. Pero también puede ser que fuera ella quien tuvo la idea —replicó Chandos—. Debes actuar como si rastreases a dos hombres. De esta manera, quizá tengamos la oportunidad de alcanzarlos. —Vio la duda en los ojos de sus hombres—. Después de todo es la hija de nuestro rey. Como su retoño, posee muchos de sus atributos. Nuestro rey es un hombre inteligente, ¿no?

De inmediato se oyó un coro de asentimiento.

—Y posee muchas habilidades en la guerra, ¿no es así?

Sonaron un montón de síes entusiastas.

—Entonces su hija es igualmente hábil, sin duda mucho más que su hermana, quizá tanto como sus hermanos. —Miró a De Coucy y Benoît, ninguno de los cuales hizo comentario alguno.

«Las tierras de Bretaña no pueden ser tan importantes como para que el rey Eduardo le dé a su propia hija...», pensó Chandos mientras miraba al patético Benoît.

Oyó murmullos de duda entre los soldados, porque el Príncipe Negro era un genio en el combate; la afirmación de Chandos de que Kate lo igualaba en ese aspecto rayaba en la blasfemia.

—Vamos, muchachos. Muchas mujeres inglesas han empuñada la espada y han hecho un magnífico trabajo. —Los miró de uno en uno—. Muchos de vosotros recordaréis a la condesa de Salisbury, que repelió un asedio en las tierras de su marido durante más de quince días mientras él luchaba en Francia. Algunos de vosotros, si la memoria no me falla, estuvisteis allí para verlo. Todos guardaron silencio, avergonzados. Chandos no necesitó recordarles que la valiente y hermosa condesa había rechazado con éxito a las fuerzas atacantes del hombre que arrebataría las propiedades y riquezas de su marido

—el rey Eduardo— hasta que se le acabaron la comida y el agua. Se oyeron nuevos síes entre la tropa, y Chandos dio la señal de marcha.

«Al norte —murmuró para sí mismo—, aunque solo Dios sabe por qué.»

285

24

Kristina se acomodó un mechón rebelde detrás de la oreja y carraspeó nerviosa.

—El doble delta es una mutación genética —explicó—. Una muy específica.

—¿Qué hace? —preguntó Steve.

—Muchas cosas. Lo explicaré lo mejor que pueda. Hay algunos detalles que no conozco. Pero hay una historia detrás. Había una ciudad llamada Eyam en el norte de Inglaterra. Vosotros sabéis de la Peste Negra en la Edad Media; la peste también apareció allí, más o menos al mismo tiempo que los otros brotes, teóricamente transmitida por las ratas que llegaron con unas piezas de paño llevadas de Londres.

Janie se irguió en la silla al oír esto, y pensó: «El paño de Londres es un producto peligroso».

—Podría ser que el origen fuera otro. Pero los registros históricos dicen que un cargamento de piezas de paño llegó justo antes de que comenzase la peste. Hasta entonces habían conseguido mantenerla alejada, como si

hubiesen sido bendecidos, así que, en agradecimiento a lo que llamaron «la gracia de Dios», los habitantes de Eyam hicieron algo muy correcto y moral; se pusieron en cuarentena para evitar que la peste traspasase los muros de su propia ciudad. No comprendían en realidad el mecanismo de contagio, pero sabían que se propagaba geográficamente. Todos estuvieron de acuerdo en que nadie entraría o saldría de Eyam hasta que pasase la peste. Cuando alguien caía enfermo dentro de la ciudad, esa persona y toda su familia eran confinados en un aislamiento absoluto, en una cárcel o algo así. No sé exactamente dónde los alojaban; en realidad, era una ciudad muy pequeña y no me imagino que tuviesen una cárcel tan grande. Quizá utilizaron la iglesia o algún otro edifico público.

—Dios mío —susurró Steve—. Me pregunto cuántas personas que podrían haber vivido acabaron muriendo porque los encerraron con otros que tenían la peste.

—Muchas, desde luego —dijo Kristina—. Pero ahora empieza lo interesante. Cualquiera creería que casi todos habrían enfermado en esas circunstancias. Hay centenares de casos registrados donde todos acabaron enfermos en un sistema cerrado: monasterios, abadías, colegios... Janie se distrajo por un momento, al recordar un pasaje del diario de Alejandro donde citaba un monasterio con el que se había topado en su primer viaje a Inglaterra. Solo quedaba vivo un sacerdote entre docenas y, cuando Alejandro lo encontró —loco y balbuceante—, el hombre acababa de enterrar al último de sus hermanos, pero estaba vivo. Le vino a la memoria un pasaje sobre un lugar llamado Eyam, y lo mencionó.

—Hubo un significativo número de personas en la ciudad que nunca contrajeron la peste.

Janie vio cómo la mirada de Kristina se detenía un segundo en ella antes de continuar.

—Si consideramos cómo se transmitía, cosa que por supuesto ellos no entendían en aquel tiempo, fue bastante sorprendente. También hubo un gran número de personas que enfermaron y sobrevivieron, en un porcentaje mucho más alto que en muchos otros lugares. Lo escribieron todo, así que sería muy extraño que no hubieran dejado constancia de algo tan significativo como una cura. Había una mujer que, en el delirio provocado por la sed, creyó que una jarra de grasa de cerdo era agua, y se la bebió. Como se dio el caso de que sobrevivió, otros muchos también la bebieron,

convencidos de que era una cura. Pensaron en un montón de cosas extrañas como curas: ojos de murciélagos, huesos molidos, toda clase de cosas asquerosas; nunca se mencionó lo único que podría haber funcionado: el «polvo de los muertos», con el poder de iniciar una respuesta inmune. Algunas de las personas que bebieron la grasa sanaron, pero no fue eso lo que las mantuvo vivas. Fue otra cosa. La naturaleza investigadora de Lany hizo acto de presencia.

—¿Cómo descubrieron todo esto? No parece haber muchas pruebas reales más allá de los rumores.

—No es rumor en absoluto —replicó Kristina—. Eran unos maniáticos de los registros: nacimientos y muertes, y prácticamente todo hecho importante. Pero nada de esto habría salido a la luz de no haber sido por algo que ocurrió en San Francisco en los noventa. Allí había un gay que llevaba buscando relaciones en los baños públicos desde finales de los setenta y principios de los ochenta, cuando nadie comprendía en realidad lo que era el sida, y según él había mantenido múltiples relaciones sexuales. Pertenecía claramente al grupo de riesgo, pero nunca se contagió. Le hicieron docenas de pruebas, pero ninguna 287

dio positivo. Sus amantes y amigos, hombres con quienes había intercambiado fluidos corporales, morían como moscas; pero, hasta donde se sepa, todavía está vivo.

Todos se inclinaron hacia ella como si quisieran oírla mejor, aunque no hablaba en voz baja.

—Así que, finalmente, alguien de la comunidad médica de San Francisco decidió que valdría la pena saber qué tenía ese tipo que lo protegía. Le hicieron toda clase de pruebas, incluido un análisis de ADN. Y ¡bingo!, de inmediato vieron algo fuera de lo común en el CCR5. Tenía dos copias de una mutación genética llamada delta treinta y dos.

—Doble delta —susurró Janie.

—Sí —dijo Kristina, que la miró de nuevo. Esta vez su mirada se demoró

un poco más. Pero, antes de que Janie pudiese añadir algo, continuó—: Así que hicieron algunas dataciones de ADN y pudieron determinar que la mutación original había aparecido de pronto alrededor de setecientos años atrás, poco antes de la primera pandemia del siglo XIV.

Se oyeron murmullos expectantes.

—Después estudiaron a todo un grupo de personas en el que incluyeron a pacientes terminales de sida, pacientes que respondían bien al tratamiento y personas que estaban en el grupo de riesgo pero que no se habían contagiado. Los resultados fueron fascinantes: muchas de las personas de alto riesgo que no habían enfermado de sida tenían la misma doble mutación del tipo original. Ninguna de las personas que estaban muy enfermas tenía una copia de la mutación. Lo más interesante era que las personas con solo una copia respondían muy bien al tratamiento cuando enfermaban de sida, y permanecían sanos durante mucho más tiempo que las personas sin copias. Esa es una de las razones por las que la gente no blanca parece enfermar de sida en una proporción mucho mayor, ya que la mutación original surgió en la población del norte europeo. A través de nuevas pruebas con grupos más numerosos, los investigadores pudieron determinar que la mutación no existía en los negros, los asiáticos y los hispanos. No tenían la más mínima protección genética, pero sí la tiene un catorce por ciento de las personas de origen celta y escandinavo..

—¿Qué tiene eso que ver con la peste? —preguntó Evan.

—Resultó ser que el mecanismo de infección es el mismo en la peste y en el sida. El virus de inmunodeficiencia y el *Yersinia pestis* se añaden a células inmunológicas en los mismos receptores, y ambos engañan al sistema inmunológico para que transporte el microbio a través del cuerpo. El *Yersinia pestis* va a los nódulos linfáticos, por lo que las personas contagiadas tienen bubones y morados alrededor del cuello y las ingles. Luego va a todas las demás partes. En los dobles deltas, el microbio no puede pegarse al receptor, así

que no puede engañar al sistema inmunológico. La persona es esencialmente inmune a la peste y muy resistente al VIH.

Los oyentes tenían que procesar una gran cantidad de información, y comprensiblemente permanecieron callados durante unos momentos. Steve preguntó al cabo:

—¿Por qué estas personas quieren saber si tenemos algún doble delta?

—No lo sé seguro —dijo Kristina—, pero creo poder adivinarlo. El DR SAM

es un microbio que se pega a un receptor, así que, si alguien tiene una doble copia de la mutación, quizá también es inmune al DR SAM. Pasó un largo momento antes de que Steve comentase:

—Chicos, ¿no sería fantástico saber quién lo es y quién no?

Hubo una nueva pausa y después habló Kristina.

—Yo sé de uno.

Todas las miradas se volvieron hacia ella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lany.

—Hice los perfiles genéticos de todas las personas de nuestro grupo. —Miró directamente a Janie como si le pidiese disculpas—. Todos hemos dado sangre por una razón u otra en el tiempo que llevamos allí. Tenemos el equipo que me permite hacer una reacción en cadena de la polimerasa, así que puedo hacer que una cantidad muy pequeña de ADN se reproduzca y obtener una muestra legible. Supuse que podría ser útil algún día conocer la carga genética de cada uno.

—Kristina, ¿por qué no me has dicho nada de esto antes? —quiso saber Janie.

La muchacha bajó la cabeza y se miró la falda.

—No lo sé. No creí que tuviese mucha importancia, y supongo que probablemente lo olvidé.

Nadie hizo ningún comentario excepto Steve Roy.

—Vamos, nos tienes en vilo. ¿Quién es?

La mirada de Kristina fue directamente a Janie, y esta vez no se desvió.

Janie y Kristina empezaron a hablar entre ellas, mientras todos los demás escuchaban embobados.

—No lo entiendo —dijo Janie—. Mis padres murieron los dos. ¿Cómo puedo haber heredado una inmunidad completa?

—Tuvieron que ser deltas sencillos. Tú debes tener una copia de la mutación de cada uno de ellos. ¿Alguno era de origen celta o escandinavo?

—Mi madre era mitad alemana mitad sueca, mi padre irlandés.

—Pues ya lo ves. Encajan en el perfil. Tener una copia no protege del todo a alguien, pero... —titubeó—. Lo mantiene vivo más tiempo. 289

—¿Quieres decir que prolonga la agonía?

Kristina agachó la cabeza, como si fuese la responsable de portar malas noticias.

—Lamento tener que preguntarlo, pero ¿tus padres murieron rápido o duraron un tiempo?

«¿Qué significaba "un tiempo" con referencia al DR SAM?», se preguntó

Janie.

—Tres días cada uno —respondió.

—Eso es mucho tiempo para el DR SAM. Ahora, detesto todavía más preguntarte esto: ¿qué pasó con tu hija?

—No llegó a los cuatro días.

—¿Su padre?

—Sano por la mañana, muerto antes de la medianoche —contestó Janie —. Fue a la escuela donde Betsy estaba en cuarentena. —Miró a Lany, que exhaló

un suspiro mientras recordaba su propia participación en aquel incidente. La voz de Janie comenzó a temblar y había lágrimas en sus ojos —. Consiguió que lo dejasen entrar, pero no volvió a salir.

Kristina permaneció respetuosamente en silencio durante un momento, como hicieron todos los demás.

—Esto es pura especulación —comentó—, pero me aventuraría a decir que si tuviéramos los perfiles, comprobaríamos que tus padres tenían una copia cada uno, y por eso tú has acabado teniendo dos. Tu hija tenía una de ti, y ninguna de su padre, que probablemente carecía de ella. Steve Roy se levantó y fue al grano.

—¿Qué significa todo eso para nosotros?

—Creo que deberíamos comprobar todas las muestras de sangre que tomé

y determinar el estado de cada uno.

Janie se irguió en la silla y miró a los demás.

—¿Alguien tiene algo en contra? Tenéis derecho a negaros; al menos así era en el país donde vivíamos.

A esto siguió un absoluto silencio.

—Entonces lo interpretaré como un no —dijo Kristina.

Kristina y Evan volvieron a cruzar la montaña mucho antes de lo planeado para que Kristina pudiese hacer su trabajo. Janie no se tranquilizó hasta recibir el mensaje de que habían llegado sanos y salvos al recinto y que Tom estaba bien. Como lo había enviado su hija, aceptó que el informe era verdadero; Caroline o Michael lo habrían suavizado.

La mañana en que se marcharon con las muestras de los miembros de Orange, Janie comenzó el proceso de hacer el historial médico de todos los que 290

vivían allí. Tenía una prisa en hacer su trabajo que no había sentido antes de la revelación de los dobles deltas. Era un alivio descubrir que, con

algunas pocas excepciones, era un grupo excepcionalmente sano. Quitó unos lunares de aspecto sospechoso, cortó algunos callos y catalogó los dolores y molestias de todos los adultos y niños. La paciente diabética iba muy bien. Dos días más tarde llegó la información sobre los dobles deltas en un críptico mensaje:

J y L tienen en común
algo más que la rima.
El hijo brilla cada día.
El libro del rey se lee a medias.
Janie y Lany eran dobles, Evan uno simple.

—¿El libro del rey? ¿Qué significa? —preguntó Steve, desconcertado. Por un momento, nadie tuvo una respuesta.

—La versión del rey Jacobo, la primera Biblia en inglés —dijo James al cabo.

—Pero yo creía... —Lany no acabó la frase.

—Mi madre era blanca —declaró James.

El debate sobre la invitación para entrar en la web doble delta fue acalorado, y se prolongó hasta bien entrada la noche. Al final se decidió que Lany tenía razón al afirmar que había que conocer a los enemigos, si es que esas personas resultaban serlo. Con un poco de suerte serían amistosas, y todo un mundo nuevo se abriría a ambas comunidades, un mundo que todos anhelaban.

Pero entrar en internet de nuevo era como navegar por el borde del mundo: una confusa mezcla de terror a lo desconocido y entusiasmo por lo que se podía encontrar. El buscador iba muy lento; el reloj de arena permaneció en la pantalla por lo que pareció una eternidad, hasta que finalmente se abrió la página. Todos soltaron una exclamación mientras pasaban las imágenes, como si estuviesen viendo internet por primera vez.

La fecha que figuraba en una esquina de la página era correcta.

—Supongo que es actual —dijo Steve.

La misma información que había llegado en el mensaje estaba colgada en la página, y daba la fecha, la hora y el lugar de reunión de los deltas.

—Esto espanta un poco —opinó Janie—. Creí que me volvería loca de entusiasmo si volvíamos a tener internet. Ahora no sé si lo quiero.

—Yo lo quiero si es amistoso —señaló Steve.

—No fue del todo amistoso en el tiempo anterior —le recordó Janie—. Pedófilos, suplantaciones, todo tipo de estafas; muchos de los malos tipos deben de haber sobrevivido. Estaban sentados delante de sus ordenadores, aislados del mundo, mientras nosotros respirábamos aire contaminado y lo tocábamos todo.

—Mira, hay una declaración —dijo Lany. Cogió el ratón de la mano de Janie y, antes de que esta pudiese protestar, clicó en el vínculo. Comenzó a leer en voz alta:

Creemos que hemos sido separados por la mano del Creador y que Él nos ha bendecido a todos con...

—Oh, no —gimió alguien en el fondo del grupo—. Fanáticos religiosos...

—Espera un momento —le pidió Lany—. Dale una oportunidad. —

Continuó con la lectura.

... una inmerecida capacidad para sobrevivir a ciertos desastres de la naturaleza, que Él también creó y en la que nos ha puesto a vivir. Creemos que esta bendición nos llama a un propósito superior, y aspiramos responder a esa llamada. Con ese fin, nos ponemos esta meta: propagar por toda la población humana, por medios benignos, el código genético que nos permitió sobrevivir cuando tantos murieron.

Lany se sentó en la silla cuando acabó de leer el corto párrafo.

—Ya está.

Aquellos que se habían reunido a su alrededor permanecieron en silencio por un momento.

—Parece bastante sencillo, ¿no? —dijo Steve al cabo—. Al menos en la superficie. Pero ¿qué es esto?

Señaló un vínculo en una esquina de la página. Decía: «La historia de Mecklenville».

—Ve allí —dijo.

Lany no parecía muy animada, pero finalmente pinchó en el vínculo.

http://www.mecklenville.in.us.gov

La página se abrió ante ellos.

Mecklenville, Indiana, Estados Unidos de América. Población en el momento de escribir esto, 1. Población tres meses atrás, estimada en 62, todos supervivientes del DR. SAM.

Había un vínculo que decía «Galería de Fotos». Lany lo pinchó. Pasaron unos segundos hasta que la página se abrió; cuando lo hizo, los reunidos delante del ordenador vieron a un grupo de personas que se parecían mucho a ellos. El epígrafe de la primera foto decía: «Mecklenville se reúne para celebrar el funcionamiento de la central eléctrica». Detrás de las sonrientes personas había una construcción de chapa ondulada, pintada con colores de camuflaje. La siguiente foto mostraba a un grupo menor. Los rostros de las personas se veían tristes y perplejos. El epígrafe era inquietante: «Mecklenville entierra a tres de los suyos».

La que había debajo mostraba a un grupo todavía menor que, por sus expresiones, parecía estar en un estado de conmoción. «Mecklenville entierra a doce más.»

No había más fotos en la página, solo un vínculo a otra. Esta página contenía una carta personal, con una foto de un joven de unos veintitantos años, sentado delante del ordenador.

Mientras escribo esta carta, sé que ya estoy enfermo; siento cómo se apodera de mi cuerpo. No sé por qué me dejaron aquí para documentar todas estas muertes; Dios lo debía de tener en Su plan para mí. Al menos eso es lo que espero, porque yo nunca habría escogido esto por mí mismo.

Si estáis leyendo esto ahora, estoy muerto; preparé mi ordenador para que cargase automáticamente esta última página si yo no daba cierta orden; estoy en el ordenador todos los días si me siento bien, porque es todo lo que tengo.

Como todos los que puedan encontrarse con esta página, teníamos miedo de salir y establecer contacto. No sabíamos lo que podíamos encontrar; teníamos aquí una buena comunidad y salíamos adelante. Pero el DR SAM volvió y se los llevó a todos, solo que esta vez muy lentamente. En el tiempo anterior fue como un relámpago y se llevó a muchas de las personas que amábamos, pero en esta ocasión fue largo y atroz. Vi a todos caer enfermos y morir en el período de un mes. Me gustaba más cuando era rápido, aunque no es que me gustase en absoluto.

En los últimos días he leído sobre los deltas. Por favor, si están leyendo esto, apoyen lo que intentan hacer. Es nuestra única esperanza.

Mientras todos a su alrededor se mantenían en silencio tras leer aquello, Lany adoptó la tranquila y severa disciplina de la policía. Escribió toda la

información referente al encuentro de Nueva Inglaterra; al parecer había 293

reuniones en todo el país, si lo que decía la página web era verdad. Estudió en el mapa el camino hasta Worcester Armory, donde el grupo delta había fijado su sede, y se maravilló de lo cerca que estaba del campus del Worcester Technical Institute.

—Creo que estuve allí para el entrenamiento —comentó. En cuanto acabó de escribir los detalles en la pizarra, se dirigió a Janie como si no hubiese nadie más allí.

—Tendríamos que ir y oír lo que tengan que decir. Está a solo unos sesenta kilómetros de aquí. Sobre todo después de lo que acabamos de ver. Es una cabalgada de día y medio. ¿Qué dices? —le preguntó a Janie. Janie no respondió inmediatamente.

—No lo sé.

—¿Qué es lo que te hace dudar? —Fue casi una acusación.

—Tengo que pensar en el futuro de mi hijo.

—Yo también, y ambos se merecen una larga vida. Si vamos allí y descubrimos qué está pasando en el mundo, quizá tengan una oportunidad. Janie se señaló el hombro.

—El DR SAM no es el único peligro ahí fuera.

No necesitó decir una palabra referente a Tom.

—Sé que hay toda clase de peligros, pero nosotras dos, que teóricamente somos inmunes, tenemos una oportunidad de ir allí y regresar sanas y salvas. Podemos continuar buscando señales de nuevas infecciones en lugares donde no hemos mirado antes. Si lo que hemos visto en la red es verdad, ahí fuera hay un mundo en desarrollo, y podemos encontrar la manera de conectarnos con él. Alguien que quizá tenga una de esas disparatados curas naturales para el DR SAM que permitiría salvar a las personas que no son dobles deltas. ¡Quizá

haya algún tipo de vacuna!

—No habrá ninguna vacuna —afirmó Janie, al tiempo que se levantaba —. Desde el día en que nos encerramos en el recinto intentamos desarrollar algo que funcionase; y, aun cuando lo hubiéramos encontrado, o alguien más lo hubiera hecho, el DR SAM es una bacteria. Una vacuna no va a proporcionar una inmunidad de por vida como si se tratase de un virus. De seis meses a un año, en el mejor de los casos. Entonces se necesita una

inmunización completamente nueva, siempre que durante ese período no haya mutado.

—Pero así y todo hay muchas buenas razones para ir —insistió Lany—. Hay otros grupos ahí fuera; hemos visto el humo. No puede ser que sean todos malos.

—Entonces, ¿por qué ninguno de ellos ha intentado ponerse en contacto con nosotros?

—Por la misma razón que nosotros no hemos intentado hacerlo: tienen miedo. No saben si somos amigos, así como nosotros no lo sabemos. Pero esto... 294

con esta declaración tienen que ser amigos. Pero nunca lo sabremos si no lo intentamos. Mira, no estoy diciendo que vayamos allí mañana mismo. Pero, por el amor de Dios, vamos a pensarlo un poco.

Todas las miradas se centraron en Janie. Cuando se le hizo intolerable que todos estuvieran pendientes de ella, se levantó y se fue.

—Una exploración —dijo Lany cuando la alcanzó—. Piénsalo de esa manera. Lo siento, no pretendía ponerte en una situación incómoda. Janie se detuvo y se volvió.

—No fue agradable.

—Lo sé. Lo siento.

—Soy demasiado vieja para convertirme en exploradora.

—No lo eres. Eres fuerte y sana, además de inteligente.

—Ahora mismo tendría que estar pensando en la jubilación. Mi marido y yo tendríamos que estar organizando un viaje a China o un safari a África. Él era abogado, yo médico.

—Ahora él es un minusválido, y tú solo un ser humano. Janie no hizo caso del reproche.

—Soy una madre con un hijo pequeño que criar.

Lany la miró con dureza.

—Un hijo que tomaste prestado de otro tiempo. Lo trajiste a este mundo por tus propias razones, no porque lo quisiera la naturaleza. Fue un acto de egoísmo. Trajiste a alguien de otra época a este caos sin preguntarle si lo quería. Si lo hubieses hecho en el tiempo anterior, quizá habría sido diferente. Pero ahora creo que le debes un mundo en el que pueda vivir. Tienes algo dentro de ti, lo mismo que yo, que puede cambiar por completo las cosas. No todos pueden decir eso.

—¿Por qué tengo que ser yo? —se lamentó Janie—. ¿Por qué no se puede ocupar cualquier otro, como sucedía antes?

—Esa es una pregunta que no puedo responder —dijo Lany después de una pausa—. Si fuese creyente, diría que todo es parte de un gran plan. El problema con los grandes planes es que, cuando uno forma parte de uno de ellos, resulta difícil ver o comprender el conjunto.

Janie se apartó de nuevo. Pensó en Tom y en el dolor que había entre ambos. Quizá sería bueno salir y ver el dolor en el resto del mundo, para comprender mejor su buena fortuna. Quizá entonces podría lograr que él entendiera que era una dicha estar vivo, aun cuando su vida fuera limitada. Intentó aclarar sus ideas; de pronto todo parecía confuso. Su principal deseo era montar en su caballo y regresar al otro lado de la montaña para refugiarse en el olvido que encontraría allí. Qué más daba si se 295

convertía en una ermitaña; qué más daba si mantenía a Alex a su lado hasta el día de su muerte. Su hijo viviría para transmitir sus genes. Pero una parte de ella se rebelaba contra esto. El espíritu de Alejandro había trascendido más de seiscientos años después de su muerte. Seiscientos años a partir de ese momento, sus propios genes y su extraordinaria resistencia quizá también trascendieran.

—Dos días de ida y dos de vuelta, ¿no es así?

—Así es. Un total de cuatro días. Cinco como mucho si nos quedamos un día en Worcester para la reunión. Eso si salimos desde aquí. Desde tu refugio, sería un poco más largo.

—Si salimos de aquí, no veré a Tom o Alex antes de marcharnos. La voz de Lany se suavizó un poco.

—Puedes mandarles un correo diciéndoles que te vas. No tardaremos mucho más tiempo del que ibas a quedarte aquí. Solo un par de días.

—Tom está tratando de resolver un montón de cosas ahora mismo. La verdad es que probablemente le vendría muy bien estar alejado de mí durante un tiempo. Así podrá reflexionar en todo aquello que lo deprime. Pero Alex se disgustará.

Lany no pudo menos que sonreír.

—Vi lo que hizo la noche que regresamos de la torre repetidora. Creo que sí

que se disgustará, pero no porque vayas en primer lugar, sino porque no lo llevarás contigo.

Lany tenía razón.

Desearía poder ir contigo. Dime adónde vas para que pueda mirarlo en el mapa.

Todavía no lo sabemos exactamente. Te lo contaré todo cuando regresemos.

Ten cuidado.

Lo tendré, te quiero.

Yo también te quiero, mamá.

Cuando cerró el mensaje, Janie se preguntó si Alejandro le había dicho alguna vez a su madre que la quería.

Probablemente no, se dijo. Aquellos eran otros tiempos, y ella era una madre diferente.

Aquella noche durante la cena, Steve Roy se acercó a la mesa con un libro en la mano. Se lo dio a Janie.

Ella miró el título y después a Steve.

—¿La expedición de Lewis y Clark? Creía que íbamos a territorio conocido. Él se echó a reír.

—Conocido hasta cierto punto. No sabemos qué víveres y herramientas podréis encontrar. Estos tipos hicieron un viaje increíblemente largo solo con lo que tenían y lo que pudieron reunir. —Señaló el libro—. Hay un capítulo donde habla de cómo se prepararon, lo que llevaron, y todo eso. Me pareció que podría ser útil.

Janie le agradeció la gentileza. Mientras cenaba, echó una ojeada a la lista de artículos que la pareja había llevado.

Las armas y su equipo, algunos instrumentos de observación y baratijas para los indios sería todo lo que llevarían, y la expectativa de una parcela de tierra a su regreso sería toda su recompensa. «Caldo concentrado»,

medicamentos,

ropas

de

tela

gruesa,

tiendas,

herramientas, hervidor, tabaco, molinillo, vino, pólvora en botes de plomo, artículos médicos y quirúrgicos, y regalos.

«Fantástico —pensó—, pero no vamos a recorrer doce mil kilómetros.»

Aunque lo parecería.

Fue al encuentro de Lany, que guardaba prendas en su alforja.

—Creo que estoy preparada —dijo Janie—. Tanto como puedo estarlo, dadas las circunstancias. Solo desearía tener la manera de poder comunicarnos con la gente de aquí. Me sentiría mucho mejor durante la marcha. Ya fue bastante malo cuando Michael permaneció fuera de contacto durante todo un día.

—Señales de humo.

Janie frunció el entrecejo.

—Sí, eso sería muy sabio para dejar un rastro visible de nuestros progresos.

—Qué pena que los ordenadores de bolsillo ya no funcionen —comentó Lany—. Estaba tan acostumbrado al mío...

Por un momento Janie no dijo nada.

—¿No funcionan?

—Por supuesto que no.

—Si tenemos una señal que funciona con los ordenadores, ¿por qué la misma señal no ha de funcionar para los de bolsillo?

—Buena pregunta —reconoció Lany—. Si los receptores pudiesen reprogramarse...

James estaba en la cocina haciendo su turno de limpieza, cuando ellas lo encontraron unos minutos más tarde.

—Nunca se me había ocurrido —dijo—. Tengo uno en una caja en alguna parte. Me pareció que podía ser un buen pisapapeles. Esperad un momento, voy a ver si lo encuentro.

Salió de la cocina; Janie secó los platos y Lany los guardó mientras esperaban a que volviese. James regresó con un pequeño objeto en la mano y algo que Janie no alcanzó a ver en la otra.

—Aquí está —dijo, y le entregó la caja negra a Janie.

—¿Todavía tiene carga la batería?

—No lo he probado, pero ha estado guardado en lugar fresco y seco; de eso no hay duda. Claro que ocho años es mucho tiempo. Abre la parte de atrás y mira las baterías. Si no están corroídas, quizá funcionen. No había corrosión a la vista. Janie sacó las baterías y frotó los contactos enérgicamente en la tela de su vaquero, y después volvió a colocarlas en la unidad.

—Ahí vamos —anunció.

Apretó el botón de encendido. Milagrosamente, la pantalla se encendió.

—Caray —exclamó James—. Adoro estas pilas de níquel y cadmio. Adivinad qué más encontré en la caja.

Sonriente, les mostró el cargador de baterías. Las dos mujeres casi aplaudieron.

—Bueno, tampoco es para entusiasmarse tanto —les advirtió—. Todavía tengo mucho que hacer para que esto funcione. No tiene sentido llevárselo a menos que funcione.

Durante las dos horas siguientes estuvo trasteando y finalmente comentó:

—Vale, ahora solo faltan un par de cosas más para crear una cuenta. Por cierto, ¿cómo queréis que se llame la cuenta?

Janie no vaciló.

—Lewis y Clark.

Al mediodía del día siguiente, ya estaban a doce kilómetros al sudeste, en un viaje de lo más tranquilo. Siguieron un pequeño río bordeado de juncos con la esperanza de evitar los restos de civilización que podían ser desagradables; de acuerdo con el mapa, el río corría paralelo a la carretera que llevaba a Worcester. A pesar del espeso matorral y el terreno inseguro, ninguna de las dos quería arriesgarse a ir por la carretera.

Mientras avanzaban, el río se ensanchó, el caudal incrementado con el deshielo de primavera. Desaparecieron los juncos, y el agua se movía en rápidos remolinos alrededor de los árboles caídos y espuma blanca sobre las rocas sumergidas. En el verano no debía de ser más que un pequeño arroyuelo, 298

se dijo Janie. Avanzaron contra corriente; el nacimiento del río estaba cerca de su destino final, y esperaban poder seguirlo casi hasta allí. En algún momento del camino, Janie bajó la guardia lo suficiente para disfrutar del entorno. Encontró una sensación de paz en la pura belleza natural. Después de la lluvia nocturna, los troncos de los árboles parecían negros de humedad, excepto los blancos álamos, que resplandecían. Las hojas nuevas eran casi fluorescentes. Aquí y allá, en el suelo del bosque, había pequeños charcos bordeados con brillantes brotes verdes. Un coro de ranas cantaba los anuncios de su propia virilidad; los pájaros gorjeaban para señalar su territorio. La luz era brillante pero indirecta, difusa por las nuevas hojas en las alturas. Era encantador.

—«¿De quién son estos bosques?» —dijo Janie pensativamente. Lany se volvió para mirarla.

—«Millas por delante antes de irme a dormir.»*

—Aguafiestas.

Adelante, el agua parecía girar de una manera más pronunciada, como si algo bloqueara el flujo. Janie se protegió los ojos y miró.

—Hay una canoa allá, varada en la orilla.

Lany sacó los prismáticos.

—En un estado bastante ruinoso. No veo a nadie cerca. Sin embargo, quitó la correa de la funda de la escopeta.

—Vamos a comprobarlo.

Avanzaron hasta llegar junto a la embarcación. Estaba tumbada de costado, con el fondo podrido.

—Está hecha de madera —comentó Lany—. Por lo general son de resina. Hacía tiempo que no veía una de estas.

Janie señaló un grupo de pequeños tallos verdes que brotaban entre las maderas de la canoa rota.

—Ahora será un buen semillero. —Miró al cielo para calcular la hora —. No hay nada de qué preocuparnos. Tendríamos que seguir.

Lany estuvo de acuerdo. Guiaron a los caballos siempre por el borde del agua. Allí la corriente fluía suavemente a lo largo de la orilla; Janie se tranquilizó.

Fue por poco tiempo.

—¿Qué es aquello? —dijo, y señaló un pequeño montículo un poco más adelante—. No parece que debiera estar allí.

—No lo sé, pero no se ve nada que se mueva. Puede que sea la cueva de un castor.

OceanofPDF.com

* Frases pertenecientes al poema «Stopping by Woods On a Snowy Evening» de Robert Frost. *(N. del T.)*

299

—No tiene la forma adecuada.

Desmontaron a unos pocos metros del montículo.

El montón de hojas tenía una forma extraña y parecía fuera de lugar, aunque no daba la impresión de que las hojas las hubiesen puesto ahí, sino de que se habían acumulado. Jame buscó en el terreno y volvió con un palo. Lo metió repetidamente entre las hojas; las primeras veces, entró con facilidad.

—Caray —exclamó.

—¿Qué?

—Aquí hay algo. Produce una sensación extraña.

—¿Extraña como qué?

—No es blando, pero tampoco firme. Esponjoso.

Le pasó el palo a Lany, que repitió la operación.

Janie encontró otro palo, y entre las dos buscaron entre las hojas. Cuando apareció una mano ennegrecida, saltaron atrás al mismo tiempo. Con el corazón disparado, Lany dijo:

—Cualquiera creería que no es gran cosa para un poli y un médico encontrarse con un cadáver.

—Solo es una mano. No sabemos si hay un cuerpo unido a ella.

—Por lo general lo hay —replicó Lany.

Cuando apareció el cuerpo, Lany pareció recuperar la personalidad de su anterior profesión. Se inclinó sobre el cadáver y lo analizó, sin hacer caso del olor.

—Entre treinta y cinco y cuarenta años. Un varón blanco, sin ningún signo evidente de traumatismo.

Janie se puso en cuclillas junto al hinchado cadáver.

—Me pregunto cuánto tiempo ha estado aquí.

—Es difícil de saber —señaló Lany—, dado que hace poco que acabó el invierno. —Apartó un pequeño trozo de hielo que había aparecido debajo de las hojas—. Es posible que haya muerto hace tres o cuatro meses, y que solo ahora el cuerpo comience a descomponerse.

—No lo sé —replicó Janie—. Las ropas parecen estar en muy buen estado para haber pasado aquí todo el invierno, y no lleva chaqueta. —

Utilizó la punta del palo para apartar el cuello de la camisa—. Oh, Dios —musitó.

—¿Qué? —preguntó Lany.

—El cuello.

Lany se acercó un poco más.

—Está hinchado y descolorido. Es normal en la descomposición.

—Pero no está tan descompuesto como para eso.

300

Lany le dirigió una mirada de curiosidad, y luego se acercó todavía más para mirar la decoloración. Apartó la camisa con su propio palo.

—No entiendo a qué te refieres.

—El cuello está más oscuro e hinchado que cualquier otra parte.

—No vemos más que las manos.

—Entonces tendremos que quitarle las prendas.

—¿Estás de broma? Ya estamos muy cerca.

—Por favor —susurró Janie—, es importante.

No tenían guantes para esa clase de trabajo; Lany se levantó y buscó

alrededor, hasta encontrar una gran hoja negra todavía lo bastante intacta para utilizarla como protección. La utilizó a modo de manopla mientras le desabrochaba los botones de la camisa y le bajaba la cremallera de los pantalones. Separó la pechera de la camisa y luego, con la ayuda de Janie, le quitó los pantalones y los calzoncillos.

El cadáver desnudo apareció ante ellas.

—Dios mío —dijo Janie—. No puedo creerlo.

—¿No puedes creer qué? —preguntó Lany—. ¿Que otro estiró la pata por el DR SAM?

—Esto no es el DR SAM —afirmó Janie—. Las decoloraciones del cuello y las ingles no son producto de la descomposición. El resto también tendría que mostrar algo. —Tragó saliva—. Esto se parece a la peste, o a algo muy parecido. 301

25

A medida que Alejandro y Kate avanzaban hacia el norte, las condiciones mejoraron y el sendero se ensanchó lo bastante para que pudiera pasar un carro sin impedimentos, lo que indicaba que se estaban acercando a una ciudad. Ralearon los árboles, y llegaron a una pared que corría a lo largo del sendero. Los rayos del sol incidían oblicuamente en el suelo, por la posición del sol.

—En España, las sombras parecían más cortas —comentó Alejandro.

—Me gustaría ir algún día a España, padre —dijo Kate. Por un momento él no supo qué decir; habían pasado tantos años desde que había dejado su país de nacimiento que debía forzar la mente para traerlo a la memoria. Sus recuerdos del lugar no eran del todo agradables. Así y todo, había sido su primer hogar.

—Allí hacía siempre calor —manifestó, un tanto pensativamente—. No es como Inglaterra, donde uno tirita una tercera parte del año. En aquel invierno que pasé aquí, creía a veces que nunca volvería a saber lo que era sentir calor, tan intenso era el frío que me calaba hasta los huesos.

—De haber pasado más tiempo aquí, quizá te habrías acostumbrado.

—No lo creo —replicó él.

Pero, si Adele no hubiera muerto, quizá aún viviría en Inglaterra, como su esposo, el orgulloso propietario de una magnífica finca. Unida a las tierras heredadas de Adele, habían sido muy prósperos.

El sendero se ensanchó todavía más, y vieron rodadas frescas por donde había pasado un carro no hacía mucho tiempo. Alejandro miró las huellas.

—Cuando veo estas marcas en un camino, pienso siempre en los carros cargados con los cadáveres de las víctimas de la peste. Kate se santiguó.

—Que Dios se apiade de las almas de los desaparecidos.

—Amén —dijo Alejandro.

302

Continuaron, a pesar de la súbita inquietud. Algo más adelante, Alejandro distinguió lo que parecía ser una bandera atada alrededor del tronco de un árbol, quizá a la altura del hombro de un hombre. Nadie podía dejar de verla, ya fuera a pie o a caballo.

—Mira allí —dijo él, y señaló en aquella dirección.

—Negra de nuevo —dijo Kate.

Muy pronto llegaron a la altura de la bandera, que colgaba en jirones. Al pobre árbol le faltaba la corteza, probablemente comida por algún animal, y solo le quedaban unas pocas hojas, por lo que parecía un adecuado soporte para la señal de la peste.

Kate se sujetó con fuerza a la cintura de su padre.

—¿Qué haremos?

Con la bandera ondeando por encima de su cabeza, Alejandro consideró qué hacer. Pasaron unos momentos antes de darle una respuesta.

—Creo que debemos continuar.

—Pero...

—¿Qué mejor lugar para escondernos que en medio de algo que mantendrá

alejado incluso al más valiente de los guerreros?

Continuaron cabalgando, y dejaron atrás la bandera. Pasaron frente a un puñado de chozas, bien apartadas del sendero. Un poco más adelante, el camino se abría a lo que parecía ser el centro de un pequeño pueblo. Se detuvieron al borde de la zona del mercado, y observaron en relativo anonimato mientras la gente del pueblo se afanaba en sus actividades diarias.

—No veo deudos, ni carros esperando para cargar cadáveres, ni cortinas negras en los dinteles.

—Es verdad —dijo Kate en voz baja—. Aquí hay demasiada actividad para ser un lugar afectado por la peste.

Muy pronto repararon en ellos. Pero nadie se acercó, aunque los habitantes mantenían la mirada fija en ellos hasta que los dejaban atrás.

—Como siempre, las mujeres se reúnen alrededor del pozo —observó

Alejandro.

—¿En qué otro lugar se podrían reunir? Necesitan el agua para cocinar, teñir, lavar, moler la harina; es una cosa necesaria.

—Desde luego.

Desmontó, y luego le ofreció la mano a Kate para ayudarla a bajar.

—Creo que deberíamos detenernos aquí para una buena comida. —Señaló

una taberna a un lado de la plaza—. Quizá incluso podríamos quedarnos un par de días para recuperar fuerzas.

Kate se bajó del caballo, y él ató el animal a un poste. Los dos viajeros permanecieron en un extremo de la plaza, observando el bullicio del pueblo mientras sus habitantes se ocupaban de sus quehaceres. 303

—No había visto tanta actividad en un pueblo en mucho tiempo.

—Tampoco yo —repuso Kate—. Este lugar parece un próspero refugio. No pasó mucho tiempo antes de que un chico se acercase a ellos. Sonrió de la manera avergonzada de los niños y saludó con una reverencia.

—Bienvenidos, viajeros —dijo con toda la inocencia de la juventud—. Veo que no tenéis miedo de nuestra bandera.

«Doce años», calculó Alejandro por el aspecto del chico y el falsete de su voz. A esa edad Kate era una maravilla, llena de vida y curiosidad a

pesar de las adversidades.

—Así es, joven, y te damos las gracias por tu amable bienvenida —manifestó Alejandro—. ¿Cuál es el nombre de este pueblo?

—Eyam.

—Eyam —repitió Alejandro, paseando la mirada por la plaza. Un lugar bonito, a fe mía. ¿Cómo te llamas, chico?

—Thomas Blackwell, señor. —Se inclinó, con una gracia inusual para su edad y clase social—. El Joven.

Por un momento, Alejandro no dijo nada. El nombre de Thomas Blackwell movió algo en su memoria. Finalmente lo recordó con claridad:

AQUÍ YACEN MIS DOCE HIJOS

Y MI ESPOSA DE TANTOS AÑOS

Había visto el nombre en una lápida cuando él y Kate escapaban de Canterbury. Alejandro dejó que la oscura imagen se borrase de su mente y le sonrió al chico, seguro de que no podía ser el mismo hombre, de tanto tiempo atrás.

—¿Cuántos años tienes, maese Blackwell?

—Doce —respondió el niño, y sacó pecho—. Mi padre también se llama Thomas. Por aquí lo llaman el Mayor.

—No me extraña. Uno espera que sea mayor que su hijo. Esto provocó risa del chico.

—Ah, buen señor, tenéis razón. Mi padre es mucho mayor que yo.

—¿Y tu madre?

El chico se rió alegremente.

—También mayor que yo, aunque más joven que mi padre.

—Ah —dijo Alejandro, que miró al niño de pies a cabeza. Kate permaneció

a su sombra, sin decir nada—. Estamos de paso por tu ciudad, pero necesitamos un albergue por poco tiempo. ¿Hay alguno por aquí?

—Hay una taberna, aunque no tienen habitaciones para alquilar —les informó Thomas Blackwell—. La señora Tarnoble ha vuelto a echar a su marido, y él se ha alojado allí. La señora dice que seguramente será muy cómodo para 304

él, ya que la taberna es donde pasa la mayor parte de su tiempo. Así que no estáis de suerte. —Entonces su sonrisa se amplió—. Pero yo diría que mi padre daría la bienvenida a un huésped de pago.

—Pues me parece muy bien —dijo Alejandro—. Prefiero alojarme en una casa de familia. Resulta mucho más hogareño.

El chico sonrió.

—Yo diría que os costará un penique.

—Pues que así sea —respondió Alejandro—. Estoy cansado, y también lo está mi hija. Un penique es un gasto bien empleado por la comodidad de una buena casa.

—Entonces seguidme —dijo Thomas Blackwell el Joven.

—Permítenos un momento primero —le pidió Alejandro.

Se llevó a Kate a un aparte.

—Sé que eras una niña, pero tal vez lo recuerdes. Cuando huimos de Canterbury llegamos a una tumba...

—No puede ser el mismo hombre.

—Hija —dijo él, encantado con el sonido de la palabra—, la experiencia me ha llevado a creer que no existen las coincidencias. Ella lo miró por un momento.

—Puede que estés en lo cierto.

Con la curiosidad picada, siguieron al chico a través de la concurrida plaza. En ninguna parte se veían muestras de aflicción. En medio de la plaza, no lejos de la taberna, se alzaba una cruz de piedra tallada, con los bordes pulidos por el tiempo y los elementos. Una iglesia de piedra dominaba el centro del pueblo y estaba rodeada por casas más pequeñas. La gente los miraba sin disimulo al verlos pasar, como si los juzgaran, pero al cabo de un momento las expresiones se suavizaban; al parecer, había algo en su aspecto que les resultaba aceptable. Alejandro lo encontró muy extraño.

A lo largo de todo el camino, el chico saludó a los conocidos con que se cruzaba con una expresiva alegría que no se correspondía con los lúgubres tiempos que vivían.

Tampoco parecía lógico en una ciudad afectada por la peste. Alejandro se inclinó hacia atrás para comentarle a Kate:

—Es un pueblo notablemente afable.

—Lo mismo digo.

Cada uno sabía lo que el otro pensaba: que era un lugar donde ninguno de sus perseguidores se aventuraría a entrar, y esta pausa en la huida podía ser un descanso bienvenido.

—Confiemos en que se pueda arreglar para que nos quedemos aquí y reposemos un poco —dijo Alejandro.

305

Pensó de nuevo en el nombre de Thomas Blackwell. Sin duda había muchos en Inglaterra, pues era un nombre bastante común. Pero llegar a un pueblo con bandera negra y donde la peste no había causado víctimas, y encontrarse con alguien que se llamaba como un hombre que una vez había escapado de su amenaza, por lo menos era inquietante.

—¿No puedes recuperar el rastro? —preguntó Benoît con clara frustración. Sir John detestaba al hombre por su voz chirriante, así como por muchas otras razones. Se preguntó qué pensaría De Coucy del descarado atrevimiento de Benoît de pasar por encima del rango de su primo y exigir una respuesta directa. Miró a De Coucy, pero no vio ninguna señal de enojo en su rostro.

«Ah, bueno, solo son franceses», pensó el caballero. Llamó al encargado de la jauría.

—El barón Benoît desea saber por qué no podemos recuperar el rastro —

dijo en cuanto se presentó el hombre.

—No lo sé, mi señor. Los sabuesos están confundidos. Esto pasa pocas veces, pero con el terreno húmedo por la primavera... Ahora De Coucy habló, y con voz aguda y llena de furia.

—¡Pues guía a las bestias hasta que recuperen el olfato!

El perrero hizo una rápida reverencia y partió a la carrera con una expresión preocupada, sin haberse vuelto a mirar de nuevo a sir John. El caballero maldijo por lo bajo mientras el hombre se marchaba, aunque su ira estaba dirigida más a De Coucy. El perrero no tendría que responder ante el rey si la búsqueda fracasaba, como bien sabía que podía ocurrir. Sería él quien daría las explicaciones —cuidadosamente adornadas— de por qué sus mejores rastreadores no habían conseguido encontrar a un judío y una joven. Sabía a ciencia cierta que el rey no conocía las habilidades de su hija; nunca la había visto pararse delante de un blanco y disparar una flecha tras otra en la diana, después de acomodar con precisión las plumas a sus propios requerimientos.

«Las plumas de ganso —la había oído decir sir John con su adorable sonrisa— son las mejores. Muchos prefieren las de halcón, pero yo no.»

El rey Eduardo tampoco comprendía de verdad la profundidad de la inteligencia del judío, porque la suya no tenía el mismo alcance. Las excusas de Chandos serían bien consideradas y creíbles, pero no serían del todo verdad. Sus pensamientos sobre una explicación razonable de su probable fracaso se vieron interrumpidos por unos ladridos lejanos. No eran los ladridos ordinarios de la persecución, sino algo más definido: los sabuesos estaban excitados. Se adelantó y solo vio el movimiento de las colas, porque todos los 306

animales tenían el hocico pegado al suelo. Los perreros mostraban una expresión mucho más animada de la que había visto últimamente en su rostro.

Los patos y las gallinas se paseaban por el patio de los Blackwell como si fuesen sus dueños; y, por el olor, Alejandro adivinó que era así. Siguió al chico mientras caminaba con mucho cuidado para no pisar las deyecciones. Pasaron por delante de una sencilla vivienda y llegaron a un cobertizo con un corral, donde vieron a un precioso cerdo. Quizá llevada por la curiosidad al oírlos, una cerda gorda salió del cobertizo; era evidente que estaba preñada y a punto de tener las crías. Se trataba de una casa próspera, pues disponían de un lugar aparte para los animales.

—¡Padre! —llamó el joven Thomas Blackwell.

Al cabo de unos momentos, un hombre de mediana edad y un tanto grueso apareció en la puerta.

—¡Tenemos huéspedes! —gritó el chico. Señaló en dirección a los viajeros—

. ¡Huéspedes de pago!

El rostro del padre se iluminó.

Salió al sol y se secó las manos con un paño.

—Bienvenidos —dijo amablemente, saludando con un gesto a Alejandro y Kate.

—Gracias —respondió Alejandro—. Mi hija y yo necesitamos alojamiento. Thomas Blackwell el Mayor los miró con suspicacia. No era la primera vez que alguien observaba a la pareja y juzgaba que no había posibilidad alguna de parentesco entre ellos. La expresión que apareció en su cara fue de escepticismo, pero pronto la reemplazó otra de buen humor. Por un momento dio la impresión de que se transformaría en una de burla, pero el hombre la mantuvo controlada.

—Tenemos un cómodo desván, si no os importa el ruido —dijo—. Tengo cuatro pequeños.

—Disfruto con el sonido de los niños —respondió Alejandro. Tocó suavemente el brazo de Kate—. Ha pasado mucho tiempo desde que mi propia hija era joven.

—Ah. —Blackwell miró a Kate de arriba abajo, para enojo de Alejandro—. Ya lo veo.

Se adelantó con la mano extendida.

—Thomas Blackwell, a vuestro servicio, señor. —Alejandro se la estrechó

mientras Blackwell preguntaba—: ¿Cómo os llamáis?

—Alejandro.

—Sois español —comentó Blackwell.

Alejandro asintió con un gesto.

—Esta es mi hija Catalina.

Kate lo miró sorprendida, aunque Blackwell no lo vio, porque lo distrajo un chillido proveniente de la pocilga.

Los cerdos se daban empellones para buscar una posición en la cerca.

—Tendréis que esperar un poco más para la cena si seguís con el barullo —

les gritó a los animales. Luego se volvió de nuevo hacia Alejandro—. Son una pareja de tragones.

—Salta a la vista, a juzgar por su tamaño.

—Cualquier día de estos llegará la matanza —dijo Blackwell—. Habrá tocino para todo Eyam durante mucho tiempo. Por aquí nos hemos aficionado a la grasa de tocino—. Es una cura para la peste.

Por un momento, Alejandro no dijo nada.

—Hemos visto por la bandera que la peste ha visitado este lugar —dijo luego.

Blackwell escupió en el chiquero, y después se limpió la cara con la manga.

—Lo hizo, aunque fue el año pasado. Un hombre pasó por la ciudad, como vosotros ahora, pero se alojó en la taberna. A nadie le gustó su aspecto, la verdad sea dicha, pues estaba pálido y delgado cuando llegó. Primero enfermó

este visitante, después la tabernera. Murió rápidamente, en menos de un día. La hija del dueño también se vio afectada, pero se recuperó. —Se persignó con una mano regordeta—. Me temo que no recuperará su belleza, pues el mal dejó su marca en ella.

—¿Nadie más enfermó?

—No, gracias a Dios y a todos los santos. La muchacha subió al desván y bebió grasa de tocino hasta que se curó, y con esa acción detuvo el contagio. Kate se adelantó.

—Oí el relato de un mendigo vagabundo, que decía que había peste en el norte. No fue más que hace un par de semanas.

—Os habéis encontrado con el viejo Will, ¿eh? Lleva contando esa historia desde hace casi un año. No le prestamos ninguna atención. Le dejamos comida de vez en cuando y él sigue su camino, solo Dios sabe cómo, pero se arregla.

—Pero fue muy al sur de aquí.

—El hombre no tiene nada que hacer más que cabalgar —repuso Blackwell.

—Entonces lo que dijo no era verdad.

—No del todo. —Metió la mano en un saco y sacó un puñado de granos, que arrojó a los cerdos. Chillaron de deleite y al instante se pusieron a cavar en el barro con el hocico—. Estamos dispuestos a mantenerla fuera, y la mejor manera de hacerlo es decir a todos los que quieran escuchar que ya está

instalada aquí. Así no entrará, al menos traída por un viajero. —Se limpió las manos en las perneras de los calzones—. Apostaría una noche de alojamiento a que os sentisteis observados cuando pasabais.

Alejandro asintió.

—Hay muchos que se lamentan de la falta de actividad comercial, yo entre ellos —prosiguió Blackwell—. Hubo algunos que consideraron más prudente escapar, para eludir a la peste. Pero ¿escapar adónde? A cualquier parte que uno vaya la encontrará. Lo sé. —Señaló con el dedo al suelo y dijo con voz preñada de amargura—: Enterré a todos mis hijos de mi primera esposa y a ella también. No hay ningún lugar donde escapar.

Ya estaba aclarado: era el mismo Thomas Blackwell. Y ahora tenía un hijo de doce años.

«Dios es en verdad bondadoso.»

Intentó comprobar su suposición.

—Ningún lugar al que escapar: es una afirmación muy tajante, señor Blackwell.

—Desde luego que lo es, *monsieur l'Espagnol*. —Sonrió por un momento, a la espera de una respuesta de Alejandro, cuyo gesto de asentimiento fue razón suficiente para continuar—. Los enterré uno encima del otro, en una única tumba, no muy al sur de Canterbury.

—Por favor, permitid que os exprese mis más sinceras condolencias —

manifestó Alejandro después de una pausa—. Pero debo confesar que hace muchos años, cuando viajaba por esta región, vi la tumba que hicisteis para ellos.

Blackwell lo miró como si estuviese mintiendo.

—Es verdad —añadió Alejandro—. Escribisteis un epitafio: «Aquí yacen mis doce hijos y mi esposa de muchos años». Lloré de pena por ellos y quizá

más profundamente por vos.

Blackwell volvió la vista hacia la casa donde vivía con su nueva esposa y sus hijos. Había una expresión de amor desesperado en su rostro, pero al mismo tiempo había añoranza. Alejandro adivinó el anhelo del hombre: el retorno de los desaparecidos. Era un sueño que nunca se haría realidad.

—A menudo, en mis propios sueños, os he visto colocar a todos los niños en la tumba y después a su madre, con los brazos extendidos para protegerlos. Rezo por vuestra familia. —Se olvidó de la advertencia de su antiguo maestro en la emoción del momento—. Soy médico y he visto a muchos morir de esta peste.

Blackwell lo observó por un momento.

—Os doy las gracias por vuestros sueños, amable señor. Vuestros rezos son bienvenidos y apreciados. Pero debo deciros que no fue así como ocurrió. Alejandro no lo comprendió.

—Entonces, ¿cómo ocurrió?

—Fue una cosa muy curiosa, debo decir. Mi esposa murió primero; Janet se llamaba, descanse en paz. Era una buena mujer.

—¿Cuánto tiempo antes?

—No puedo recordarlo exactamente. Hay una parte de mi mente que no lo permite.

—Es la manera que tiene Dios de protegeros, señor, del dolor de vuestros recuerdos.

—Ah —exclamó Blackwell—. Por supuesto, eso tiene mucho sentido. Recuerdo que Janet murió la noche del domingo; todos habíamos ido a la capilla aquella mañana, y los que pudimos tomamos la sangre y el cuerpo de Cristo. A menudo he agradecido a Dios que le diese la gracia a mi familia antes de llamarla a Su seno. Pero mi gratitud no duró mucho. A menos que uno lo haya vivido, es imposible imaginar una semana como aquella, ver cómo todos los seres queridos mueren lentamente delante de uno.

Alejandro recordó el día en que había muerto Adele. El dolor había sido casi insoportable. Ella había muerto en sus brazos, pero también los hijos y la esposa de Thomas Blackwell; trece almas, mientras que él solo había conocido la muerte de una. El dolor del hombre tenía que haber sido inconmensurable.

—Tenéis razón, señor. No me lo puedo imaginar.

No le dijo nada más a Thomas Blackwell durante un par de minutos; las lágrimas corrían por las mejillas del pobre hombre, aunque Alejandro no creía que Blackwell fuese consciente de ello, dado que no hizo ningún intento para enjugárselas. Esperó —con más paciencia de lo que hubiera creído posible—

hasta que Blackwell finalmente se dio cuenta de las lágrimas y se secó las mejillas.

—Dejé el cuerpo de Janet en el extremo más alejado de la casa hasta que pudiese cavar una tumba para ella —explicó Blackwell—. Tenía que cuidar de los niños...

En su mente, Alejandro vio a los doce niños, cada uno un poco más alto que el anterior, cada uno corriendo hacia un agujero en el suelo. Mientras el doloroso relato de Blackwell sonaba en el fondo, el médico vio a cada niño pasar del rosa saludable al gris ceniza y después saltar al agujero, solo para estallar en una nube de polvo gris.

—... pero la tumba era bien profunda, gracias a Dios, porque si no sus pies habrían salido a la superficie.

La ignominia de tal idea devolvió a Alejandro al presente; intentó

imaginarse los pies de Adele saliendo a la superficie, o los de Hernández, un gigantón, que lo había ayudado de tantas maneras.

—Fue una semana de auténtico infierno —manifestó Blackwell en voz baja.

«Una semana», pensó Alejandro.

—Buen señor —dijo—, rezaré de nuevo por las almas de vuestros seres queridos.

310

—Por eso os doy las gracias. Una oración siempre se agradece. —Se persignó y cerró los ojos; cuando volvió a abrirlos, su mirada estaba dirigida directamente al cielo—. Dios Todopoderoso, por favor, derrama Tus bendiciones sobre nosotros, Tus fieles sirvientes, que estamos aquí sin apoyo en esta dura tierra.

Alejandro dejó pasar unos instantes en deferencia a los recuerdos del hombre.

—Decidme, Blackwell, solo por curiosidad. ¿Alguno de vuestros hijos de esta nueva unión ha sucumbido?

Blackwell se volvió a santiguar, pero esta vez cayó de rodillas. Unió las manos y miró a su Dios.

—Dios, te doy las gracias porque ninguno ha sido llevado. —Se levantó de nuevo—. Hay algunas familias en las granjas de las afueras que han sufrido el azote de la peste, pero nadie de la ciudad. —Se inclinó hacia el médico y dijo con una sonrisa—: Dios ha respondido a nuestras plegarias, pura y llanamente. Alejandro se guardó su escepticismo y contestó:

—Hay muchos fenómenos notables en este mundo. Esto quizá es uno de ellos.

—Tenéis toda la razón —afirmó Blackwell—. Yo diría que somos muy afortunados, más afortunados que la mayoría, porque los hombres del rey no se aventurarán aquí mientras digamos que tenemos la peste. Por eso debemos estar muy agradecidos.

Kate y Alejandro intercambiaron una mirada. Permanecerían en el paraíso de Eyam quizá durante unos pocos días, para planear el resto de su fuga.

No era más que un zorro enclenque, pero De Coucy lo atravesó con una flecha. Le ordenó a uno de los ojeadores que cogiera la piel, pero ni siquiera el más pobre de los peleteros habría considerado utilizarla en una capa. El animal parecía haberse puesto en peligro por propia voluntad, y apenas si había presentado lucha cuando los sabuesos lo arrinconaron. El ojeador alzó

el cuerpo sanguinolento, pero el triunfo de De Coucy fue saludado con escaso entusiasmo.

El ojeador colgó el cadáver detrás de la montura. El caballo dio muestras de no apreciar el olor, que era mucho peor de lo que se podía esperar de un animal recién muerto.

Chandos se acercó a De Coucy y le dijo discretamente:

—Nadie pensará mal de vos si os deshacéis de esa cosa. Desde luego, yo no.

—Me la quedaré —replicó De Coucy, desafiante—. Mejor aún, mi primo guardará la piel para su prometida y la convertirá en parte de su ajuar. —Miró

al hombre que llevaba al zorro—. Tú, despelleja el animal y tira el cuerpo. 311

Chandos sintió ganas de pegarle. Pero el rey no habría aprobado tal gesto, y menos en aquellas circunstancias. Ordenó al grupo continuar la marcha. Esa noche acamparon a medio día de marcha de los Picos. Los sabuesos habían encontrado un nuevo rastro, y los habían seguido, dado que no había nada más que les mostrase el camino. Por la mañana, cuando se despertaron, la piel había desaparecido. Robada por un lobo, comentó el ojeador. Todos pensaron que era una bendición. De Coucy no dijo nada, ni tampoco Benoît. Por el momento, se había superado una situación desagradable.

Kate se despertó antes del alba. Lo primero que vio fue el techo de paja de la casa de Blackwell, y se sintió muy feliz. Se giró en el jergón y vio a las tres niñas pequeñas, todas profundamente dormidas, que soñaban quizá con las golosinas y las muñecas de trapo que les alegraban el día.

—Tenéis una buena vida —susurró.

No eran ricos ni gozaban de ningún privilegio, pero había un vínculo de amor y confianza entre los padres y los niños de esa familia que casi le parecía antinatural. Una de las niñas gimió suavemente en su sueño y se volvió un poco en la paja. Tenía los rizos rubios enredados, y Kate se preguntó si la niña lloraría cuando una de sus hermanas mayores intentase deshacerle los nudos.

«Solo deseo que tu hermana sea más suave contigo que la mía conmigo.»

Apartó la liviana manta de lana y cruzó de puntillas el desván. Bajó en silencio la escalera y se encontró a la esposa de Thomas Blackwell, que ya

cocinaba en el hogar.

—Buenos días, señora —dijo Kate alegremente.

La señora Blackwell respondió con un gesto y una sonrisa, y después se llevó un dedo a los labios. Se inclinó hacia la muchacha y susurró:

—Mi marido no se siente muy bien esta mañana.

Kate también se inclinó hacia ella y le preguntó, con una leve alarma en la voz:

—¿Está enfermo?

—Oh, no, cariño, nada de eso. Solo que todavía le queda algo de la bebida de anoche. Estará bien dentro de muy poco, pero ahora mismo quiere devolver lo que comió ayer y más. No me sorprendería ver un buen trozo de su estómago en algún lugar del suelo.

Kate sonrió aliviada mientras salía de la casa e iba hacia el abrevadero. La tierra estaba húmeda con el rocío y le empapó las plantas de los pies. Reinaba una maravillosa tranquilidad en el exterior; ni siquiera cantaban los pájaros, pues aún era demasiado temprano. Se lavó la cara para quitarse el sueño y volvió a la casa.

—¿Hay algo en lo que os pueda ayudar?

—No, señorita, descansad. Yo acabaré de hacer las gachas. Preparar la comida parecía una tarea sencilla y encantadora, algo que Kate no había podido hacer en toda su estancia en Windsor.

—Me encantará remover —dijo.

Después de una larga mirada, la señora Blackwell movió el mango en dirección a Kate. Cuando Kate lo cogió, la señora Blackwell se limpió las manos en el delantal y se sentó en una silla a mirarla.

—Vaya, esto es increíble —comentó—. Soy toda una dama, aunque sea solo por un momento.

—Así es —dijo Kate mientras removía las gachas en el pote. La última vez que había hecho algo así había sido en una casa fuera de París, para su marido y su padre. No miró a la señora Blackwell para evitar que la mujer —una desconocida— viese las lágrimas. Una o dos cayeron en el pote. Rogó para que no diesen un sabor amargo a las gachas. Después de unos minutos de tarea, miró a la señora Blackwell y le preguntó:

—Me preguntaba, señora, si podríais darme unas pocas plumas de ganso.

Chandos cabalgaba a la vanguardia del grupo mientras seguían a los sabuesos. Cuando vio a lo lejos la bandera negra, levantó una mano para detener a los que iban detrás. En cuanto todo el grupo se hubo detenido, se volvió hacia uno de sus hombres.

—No seguiremos más en esta dirección.

Entre los ensordecedores ladridos de la jauría, De Coucy se adelantó, solo lo suficiente para que Chandos pudiese oírlo.

—Pero los sabuesos... —dijo.

—Veo que están agitados —manifestó Chandos—. Aun así, no seguiremos adelante. —Señaló la bandera—. No tengo valor para enfrentarme a esa suerte, con el futuro yerno de mi rey en el grupo.

De Coucy miró furioso a Chandos; el veterano guerrero le devolvió la mirada con mayor virulencia. El joven caballero francés desvió la vista; cuando recuperó el coraje, protestó:

—¡Pero ella escapará!

—Quizá lo haga —repuso Chandos—. No sería la primera vez que se escapa. Ni tampoco, estoy seguro, será la última. Es astuta como una raposa. —

Apoyó su mano enguantada en el brazo de De Coucy para calmarlo —.Y, al igual que una raposa, está decidida a que no la atrapen. De Coucy le apartó la mano, iracundo.

—Puede ser muy astuta, pero yo la tendré de nuevo.

—Quizá sí, quizá no —dijo Chandos en voz baja.

313

Se alejó para hablar con su teniente sobre la disposición del campamento, después de lo cual hizo girar a su gran corcel negro para dirigirse a la compañía.

—Rodearemos esta aldea. —Señaló la bandera—. A la vista de este aviso, sospecho que nuestra presa no se habrá aventurado allí. Tal vez —añadió, clavando los ojos en De Coucy—, los sabuesos están desorientados por el olor del zorro de ayer.

Todas las miradas se centraron en el prometido de Isabella.

—Si somos incapaces de recuperar el rastro al otro lado —continuó

Chandos—, regresaremos a Windsor y presentaremos nuestras disculpas al rey. No nos acusará por protegernos contra la muerte y proteger al nuevo miembro de su familia.

Le hizo un rápido gesto a uno de sus tenientes, que silbó agudamente y señaló con la mano en la dirección opuesta.

Los soldados del grupo giraron como si fuesen un único cuerpo. De Coucy y Benoît permanecieron debajo de la bandera y conversaron aguadamente entre ellos durante un buen rato antes de reunirse con los demás. Mientras los esperaba, Chandos observó la bandera de aviso.

«No tengo miedo de la peste», le había dicho Kate durante una de sus partidas de ajedrez. Un cosquilleo corrió por la columna de Chandos, porque el corazón le decía que ellos estaban allí.

26

—Necesitamos tomar una muestra de tejido para saber si es la peste —dijo Janie, de pie junto al cadáver—. Lo mejor será tomarla del cuello o las ingles.

—Esto tiene que venir de una fuente natural, ¿no? —dijo Lany con cierto nerviosismo.

—No lo creo. Por aquí no hay ninguna reserva natural.

—Pero debe de haber portadores en la zona. Quizá tocó algo que estaba infectado, como un conejo, una rata o algo así. La gente come muchas cosas raras en estos días.

—Si estuviésemos en el oeste, en un clima seco, podría estar de acuerdo contigo —replicó Janie—. Pero los casos naturales de peste son muy raros aquí. En los últimos veinte años solo ha habido dos. Lany la miró con una expresión de sospecha.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque una vez hice un trabajo de campo sobre... —estuvo a punto de decir «la peste», pero cambió de opinión— enfermedades infecciosas. Uno de los proyectos en los que trabajé se refería a la peste en el entorno. Lany la observó por un momento, segura de que la resumida explicación de Janie ocultaba algo más de lo que decía, pero no insistió.

—De modo que estás relativamente segura de que esto es la peste.

—No, pero tiene muchas de sus características. Al menos por lo que se ve. Y

lo he visto de primera mano.

—¿En un ser humano?

Fue incapaz de sostener la mirada de Lany.

—En más de uno.

—Algún día tendrás que contármelo.

Janie no respondió a la invitación, y en cambio explicó las razones para sus sospechas.

315

—Mira las ingles —dijo, señalándolas con el palo—. Las glándulas linfáticas y los testículos están enormemente hinchados. También el cuello. —Movió el palo—. Bubones visibles. Si hubiésemos cortado esos bubones con un bisturí

antes de que el hombre muriese, habrían estallado sobre nosotras.

—Puaj.

—Ni te lo imaginas. Si pudiéramos abrirle la boca, encontraríamos los dientes cubiertos de una película blanca de bacterias. En los pulmones veríamos sangre seca acumulada en los alvéolos. El hígado estaría hinchado, si hubiese tenido la peste bubónica, cosa que parece a primera vista. —Caminó alrededor del cuerpo, para observarlo desde todos los ángulos—. Sin embargo, no lo sé... Está fuera de lugar. Parece peste, pero en realidad no debería serlo. No aquí ni en esta época del año.

Permaneció callada por unos momentos, como si estuviese reflexionando en alguna cosa.

—Las bacterias que encontramos en nuestras muestras de SAM, y las siguientes que tomó Michael... también se parecían a la peste. Pero no lo eran. Y

tenían algo del DR SAM, pero tampoco lo eran.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Por completo.

—Dios mío —exclamó Lany—. ¿Qué pasará si es una combinación de los dos?

—No hay manera de saberlo a menos que tomemos una muestra. —Miró a Lany con una expresión triste—. Desdichadamente hice lo que Steve propuso y traje equipo de supervivencia, pero no el equipo para una investigación de campo. —Miró el cadáver de pies a cabeza, cada vez más frustrada—. Mi reino por unos guantes de látex y una bolsa de plástico. Un bisturí bien afilado tampoco me vendría mal.

Pensó que Alejandro habría encontrado la manera de hacerlo con lo que tenía a mano. Miró al suelo en busca de algo que pudiese servir de copa o cucurucho. Una gran hoja marrón, mojada y flexible, apareció a la vista. Janie desenvainó el puñal y se arrodilló junto al cadáver. Utilizando la hoja

como había hecho Lany, sujetó un grupo de nódulos linfáticos con la mano izquierda y, con un rápido movimiento del puñal con la mano derecha, los cortó. Dejó la hoja en el suelo con el pequeño corte de carne en el centro, de cara a ella.

—Necesito algo para atarla.

Lany buscó un largo tallo verde de un arbusto joven.

—Solía utilizar estas cosas que crecían entre mis plantas. Es resistente como el alambre.

—Fantástico. —Janie cogió el tallo y lo utilizó para envolver la hoja hasta que quedó bien atada—. Parece una hoja de parra rellena. 316

—Espero que aguante —dijo Lany—. De lo contrario, estaremos metidas en un buen lío.

—Eh —replicó Janie, casi con un tono amargo—, no te preocupes. Si es la peste, somos inmunes, ¿no?

Con la muestra guardada en el fondo de una de las alforjas, Janie fue a la orilla y se lavó las manos hasta que se le enfriaron tanto con el agua helada que apenas si las notaba. Volvió a montar, con los dientes que le castañeteaban.

—Tendremos que darnos prisa si hoy queremos recorrer treinta kilómetros.

—Entonces tendríamos que ir por la carretera —dijo Lany—. Sería mucho más rápido. Este río nos tendría que llevar a la carretera 32. No creo que haya más de un kilómetro y medio desde aquí a ese punto.

Continuaron por la ribera. Desde que habían descubierto el cadáver, los sonidos eran más fuertes, los colores más brillantes, los olores más intensos. Janie era plenamente consciente de cada crujido de las ramas y de cada grito de un pájaro. Cuando al fin llegaron al puente de la carretera 32 —a un kilómetro y medio, tal como Lany había dicho—, subieron con los caballos hasta el borde del agrietado pavimento. Lany miró el cielo y después en ambas direcciones, y anunció:

—El este es por allí. —Señaló a la izquierda.

El ruido de los cascos de los caballos en el pavimento resultaba ensordecedor.

—Esto me pone nerviosa —comentó Janie—. No dejo de esperar que en cualquier momento aparezca un coche. Me entran ganas de apartarme de la carretera.

—Es extraño —reconoció Lany.

Miró en derredor, y su mirada se paseó por los edificios abandonados donde una vez habían prosperado los comercios junto al camino. No mucho más adelante se encontraron con un grupo de construcciones de aspecto industrial, las típicas fábricas de Nueva Inglaterra. Las paredes de una gran edificación de ladrillos llegaban hasta el borde de la carretera. Pasaron junto a ella en silencio, demasiado cerca para su gusto. A medio camino, y a pesar de su deseo de alejarse a toda prisa, Janie detuvo de improviso a Jellybean.

Lany se volvió para dirigirle una mirada interrogativa.

—Chist—susurró Janie—. ¿Oyes eso?

Lany escuchó con atención.

—Agua —dijo.

—Más que eso. Oigo algo más. Creo que es algo que chirría.

317

Ataron los caballos y avanzaron despacio alrededor del gran edificio. Cuando llegaron a la esquina trasera, se detuvieron y miraron cuidadosamente. El origen del chirrido quedó claro al instante.

Provenía de una rueda de agua que giraba impulsada por la rápida corriente de un arroyo. Había un angosto puente por encima de la rueda, sujeto a lo alto del edificio del cual sobresalía el eje de la misma. Dos niñas pequeñas jugaban en el puente. Al cabo de un momento se asomó una mujer y las llamó, quizá para que merendasen o durmiesen la siesta. Como si nada hubiera cambiado.

—Dios mío —susurró Janie mientras el trío desaparecía en el interior. Alzó la mirada hasta la azotea. El edificio tenía cinco pisos de altura, y en ese lado había quizá una docena de ventanas; en la otra dirección parecía haber más del doble.

—Aquí podría vivir toda una ciudad —opinó.

—Y tal vez viva toda una ciudad —replicó Lany—. A lo mejor tendríamos que entrar.

—No —se apresuró a decir Janie—. Tenemos una misión y debemos concentrarnos en ella. Además, llevamos en la alforja una muestra de lo que podría ser la peste bubónica. No podemos exponer a todo un grupo de personas.

«A todo un grupo de personas.» Era una frase deliciosa. Pero su entusiasmo se moderó rápidamente.

—Mira —dijo Lany, señalando una colina.

Janie miró en aquella dirección y vio tres tumbas con cruces. La tierra que las cubría parecía fresca.

—Supongo que ahora sabemos de dónde vino nuestro hombre misterioso.

—Tuvo que subir con la embarcación corriente arriba hasta donde lo encontramos —observó Lany—. No parecía estar en forma para hacerlo.

—Quizá no estaba enfermo cuando se marchó.

—Entonces, ¿por qué se marcharía?

—Tal vez no fue voluntario.

Volvieron donde estaban los caballos y se alejaron a paso rápido y silencioso. Desde un punto seguro se detuvieron para mirar atrás. Janie casi esperaba ver unos ojos que las observaban. La palabra «monasterio» le vino a la mente.

Urgidos por sus jinetes, los caballos avanzaron a paso vivo. El sol ya había pasado el mediodía, lo que les dejaba unas cinco horas de luz.

—Cuando estemos bien lejos de la ciudad, querría conectarme con la gente de Orange —manifestó Lany—. Steve ya estará preocupado.

—Vale —dijo Janie—. Podrán enviarle un mensaje a Alex de mi parte.

Aproximadamente un kilómetro y medio más adelante desaparecieron todas las señales de civilización, excepto por una pequeña área de descanso con una mesa y bancos que, por algún inexplicable motivo, estaban en perfecto estado. Ataron los caballos y estiraron las piernas durante unos momentos, y luego se sentaron una enfrente de la otra.

—Oh, Dios —exclamó Lany mientras comenzaba a apretar los botones del ordenador de bolsillo—. Espero recordar cómo funciona este trasto. Lo sostuvo cuidadosamente con las dos manos para que no se cayese y apretó los botones con los pulgares.

—Está encendido. Ahora, aprieto «seleccionar»...

Esperó unos segundos, y después miró a Janie con una sonrisa.

—Hay una barra de señal. Dios mío. ¿Cuánto hacía que no veía algo así?

Janie fue a sentarse a su lado.

—Solo una barra —dijo—. ¿Será suficiente?

—Tendrá que serlo.

Lany tocó el teclado varias veces en rápida sucesión. Después escribió el mensaje letra a letra, un lento y laborioso proceso para unos dedos fuera

de práctica.

OK hasta ahora, dieciocho kilómetros recorridos. Encontramos posibles amistosos. Enviar e-mail a T-A de J.

No escribió nada de las tumbas; requeriría una explicación demasiado larga y tendría que esperar hasta su regreso.

—Muy bien, ahora lo envío. Ahí va. Mantén los dedos cruzados. Apretó la flecha verde. Apareció una barra de progreso, que se movía lentamente de izquierda a derecha mientras el mensaje era transmitido hasta la siguiente torre repetidora.

«Mensaje enviado con éxito.»

—¡Oh, Dios mío, ha funcionado! —Luego, con una voz más tranquila, Lany añadió—: Al menos eso parece.

—Steve dijo que enviarían una respuesta inmediata si recibían nuestro mensaje —le recordó Janie.

—Dijeron diez minutos, para que no se agote la batería. Esperaron, y contaron los segundos de la valiosa carga de la batería. El aparato emitió un pitido.

Janie casi dio un salto. Lany lo sostuvo en alto para que ambas pudiesen leer el mensaje.

319

Hola, Lewis y Clark, aquí todo en orden, mensaje a T-A esta noche. Invitad a los amistosos a cenar. Sonreíd. Adelante con el buen trabajo, informad antes de dormir si es posible.

«¿Dormir?», pensó Janie. Dormiría muy poco esa noche.

Fredo encontró a Bruce en su laboratorio, en el edificio de ciencias biológicas.

—Los equipos están preparados, jefe —anunció.

—Bien. ¿Todos tienen sus posiciones?

—Las repartimos hace media hora.

Bruce inspiró profundamente y después soltó el aire poco a poco.

—Supongo que entonces ya estamos preparados. Estaré allí en un minuto.

—Vale, te veré ahí fuera.

Cuando se quedó de nuevo solo, Bruce se sentó y apoyó los codos en la superficie de la mesa. Apoyó el rostro en las manos y se quedó allí sentado, reuniendo fuerzas.

«No soy un guerrero», se dijo.

Una voz interior respondió: «Eres lo que necesitas ser en un momento dado, o estás muerto».

Se levantó, salió del laboratorio y atravesó el laberinto de pasillos subterráneos que una vez habían estado llenos de estudiantes que iban de los dormitorios a las aulas y al comedor y después de vuelta, siempre protegidos del crudo invierno que se instalaba en el Blackstone Valley durante más de cuatro meses al año. La suerte los había acompañado: los pozos habían continuado suministrando agua potable; los patios cerrados recibían sol suficiente para cosechar verduras y en los almacenes cercanos al comedor había una provisión de alimentos envasados y secos para toda una vida. Antes de unirse a sus compañeros al otro extremo del patio, hizo una parada. Entró en uno de los aviarios y fue recibido por el habitual coro de protestas de los pájaros de presa que vivían en el interior.

—Hola —dijo en voz alta.

Metió la mano en un pequeño tanque y sacó una salamandra. Dejó caer el pequeño animal a través de los barrotes de una jaula; cayó en el suelo, justo debajo de una rama en la que estaba posada una joven águila. El pájaro sacudió

la pata varias veces en un esfuerzo por quitarse la cajita de metal que tenía sujeta por encima de la garra.

—Será mejor que te acostumbres a esa cosa —dijo Bruce—. No vamos a dejarte salir hasta que lo hagas. —Este era uno de los polluelos de uno de los huevos que le habían sacado a la veterana hembra 908; el comportamiento del 320

pájaro había sido últimamente un tanto extraño—. Esperemos que tú lo hagas mejor de lo que parece estar haciéndolo tu madre.

El pájaro chilló con su voz de pichón.

—Eso es, chilla cuanto quieras. ¿Alguna vez alguien te ha dicho que suenas como un dinosaurio? —Imitó el sonido de la madre águila cuando lo alimentaba—. Pero tengo que decírtelo: si hubiésemos estado entonces, también habríamos sobrevivido al cambio climático, porque nosotros podemos pensar. El pichón saltó al suelo y cogió la salamandra. Luego volvió a encaramarse en la rama. Mientras tragaba, agitó las alas furiosamente. Bruce caminó por delante de las jaulas hasta que llegó a una donde había un joven zopilote. Abrió un recipiente donde estaba la comida sujeta al pie de la jaula y apartó la cabeza, asqueado, mientras sacaba un trozo de conejo podrido con una tijera metálica. Lo metió a través de los

alambres de la jaula y lo mantuvo en su lugar hasta que el pájaro se lo comió todo.

—Eso es, cómetelo —dijo con voz suave—. Tenemos planes para tu estómago.

Salió del aviario para ir al relativo silencio del patio. Miró el cielo encapotado; la tormenta se olía en al aire. Era una mala noticia para los dobles deltas que llegarían a partir de ese día, si la información interceptada era correcta. Llegarían con el corazón lleno de buenas intenciones. Él y sus hombres vigilarían y, si sus equipos se lo permitían, escucharían sin descubrirse, para asegurarse de no correr ningún riesgo. Se preguntó si habría alguien vigilándolos a ellos y se imaginó, de una manera un tanto irónica, una cadena de observadores que se extendía alrededor del mundo, a Afganistán, Irán, Europa oriental, quizá hasta China. ¿Quién sabía hasta dónde llegaba la mano de la Coalición?

Mientras se preparaba para lo que pudiese pasar, notaba una creciente sensación de alarma. No podía decir exactamente por qué, pero no importaba. Sabría muy pronto si la Coalición estaba preparada para lanzarse sobre su presa favorita. Se estaba convirtiendo en una guerra de pájaros. Había meditado en ello muchas veces, y siempre había llegado a la misma conclusión: estaban utilizando algún pájaro para llevar su nuevo microbio al mundo e introducirlo en la población de roedores nativa. Esto lo habían descubierto enviando sus propios pájaros, las hermosas águilas, con sensores en las patas. Al final, serían los zopilotes —esperaba— los que llevarían las semillas de una cura. Todo lo que tenía que hacer era conseguir que funcionase.

—Hay una casa allá adelante —dijo Lany—. ¿Vamos a investigar?

—Sí —contestó Janie—. No queda mucha luz para seguir el viaje. 321

Con los caballos atados atrás de la casa, fueron de habitación en habitación, Lany con el arma preparada, Janie con el puñal en la mano.

—Parece vacía —comentó Lany cuando acabaron de inspeccionar el primer piso.

—Me sentiría mejor si estuviese un poco más apartada de la carretera.

—Yo también, pero creo que nos valdrá. —Lany colocó el seguro al arma y la guardó en la pistolera, en su pierna derecha—. Hay una escalera en la parte de atrás si tenemos necesidad de huir.

—Entonces traigamos a los caballos.

Entraron a los animales y cerraron la puerta.

Se instalaron en una de las habitaciones de la planta superior. Janie iba a encender una lámpara, pero Lany la detuvo antes de que la cerilla tocase la mecha.

—¿De verdad necesitas la luz?

—Supongo que no —repuso Janie después de unos segundos—. Pero me gustaría. Tenemos que comer.

—Me parece que es mejor mantener esto oscuro. Tenemos bocadillos; no necesitamos luz para comerlos. Sabemos que hay personas ahí fuera, y me preocupa que alguien nos vea. No sabemos si hay más grupos, pero lo lógico es que los haya; el muerto tuvo que venir de alguna parte. Janie sabía que tenía razón, pero así y todo no le gustaba la oscuridad. De todas maneras encontró algo de consuelo en la comida; el bocadillo de pan y queso duro bien podría haber sido un filete por lo delicioso que le supo después de tantas horas sin comer. Cuando acabó su cena, bajó con mucho cuidado por la escalera trasera, buscando cada escalón en la oscuridad. Una vez en el exterior, se alejó unos pasos de la casa e hizo sus necesidades, rápidamente y al aire libre. Esta vez no la sorprendería ningún puma.

La oscuridad era total, sin luna, y un manto de nubes oscurecía las estrellas. El helado aire nocturno la hizo temblar. Subió la escalera y se metió en su saco de dormir, con los dientes castañeteándole.

Sin nada en que ocupar los sentidos sino el sonido de los insectos en el exterior, su mente fue directamente al dolor.

«¡Oh, Tom, te echo tanto de menos esta noche!» De no haber perdido la pierna, él habría insistido en acompañarla, doble delta o no. Se abrazó, pero no consiguió ningún consuelo. «Por favor, Dios, cuida de mi hijo.» Las lágrimas le llenaron los ojos; se sorbió los mocos y se las enjugó con el puño del jersey.

—¿Estás bien?

—No, la verdad es que no. Extraño a mi marido. Estoy preocupada por mi hijo, y apenas si recuerdo por qué estoy aquí acurrucada en la oscuridad y lejos de todo lo que quiero y necesito. En realidad no quería hacer este viaje; pero, 322

una vez comenzado, esperaba que me distrajese de todo. Hasta ahora no lo ha hecho, y sencillamente no consigo calentarme. No dejo de temblar. Lany se deslizó por el suelo dentro de su saco de dormir hasta situarse junto a Janie.

—Abre la cremallera de tu saco y engánchalo al mío. Yo estoy bien caliente. Los condicionamientos de toda una vida la hicieron vacilar. Pero ¿cuántas veces Alejandro había dormido en la misma cama con otra persona, solo por el calor?

De alguna manera, en la oscuridad consiguieron enganchar los sacos. Volvió el calor, pero el dolor no desapareció. Intentó ahogar los sollozos, pero Lany la oyó.

—Adelante —le dijo—. Llora si quieres. No tienes por qué hacerte la valiente delante de mí. A nadie le importará si mañana tienes los ojos hinchados.

Janie lloró amargamente, hasta que por fin la venció el sueño.

Se levantaron muy temprano y se pusieron en marcha sin demora. El trayecto hasta Worcester —geográficamente el punto más accesible de Massachusetts— les llevó cuatro horas. Para mediodía estaban apostadas tras un matorral delante de la armería, observando en silencio las idas y venidas de más personas de las que cualquiera de ellas hubiera visto en años.

—Hay tres docenas de personas que esperan en el exterior. —Lany le ofreció los prismáticos—. Ten, echa una ojeada.

Janie cogió los prismáticos, los enfocó y después miró atentamente durante unos minutos.

—Alguien acaba de salir por la puerta principal. Habla con las personas que esperan.

Devolvió los prismáticos.

—Ahora entran —dijo Lany mientras miraba. Dejó los prismáticos—. ¿Qué

crees que debemos hacer?

—Correr —respondió Janie—. Lo más rápido y lejos posible. Todo esto me produce un susto de muerte.

—A mí también me asusta, pero estamos aquí, así que bien podemos acabar lo que comenzamos. Dejaremos los caballos aquí y continuaremos a pie, a ver si nos podemos acercar lo suficiente para oír lo que dicen. Demonios, se supone que tendríamos que estar allí con ellos.

—¿Dejar los caballos? ¿Qué haremos si alguien los roba? ¿Volver a pie a Orange?

—Quédate aquí, entonces, y yo me acercaré. De todas maneras, yo soy más menuda. No me verán tan fácilmente.

Le dio los prismáticos a Janie.

—Mantente alerta. ¿Sabes silbar?

—Mal pero sí.

—Silba si hay cualquier cosa que parezca un problema.

—De acuerdo.

Lany se palmeó la pistola en la cadera. Antes de entrar en Worcester, Janie la había visto abrir el tambor, sacar todas las balas y después volver a ponerlas.

—Tienes el cuchillo, ¿no?

Janie se tocó el tobillo.

—Bien. Volveré tan pronto como pueda. No tardaré más de una hora. —Dio unos pocos pasos, y luego se volvió—. Si no regreso en una hora, tendrás que marcharte sin mí.

—No voy a dejarte aquí sola.

—Oh, sí que lo harás. Yo te dejaría sola si la situación fuese a la inversa. Janie la miró durante unos segundos y luego asintió. Mientras observaba cómo Lany se internaba en la maleza, la dominó el terror a la soledad. Levantó

los prismáticos y contempló a los invitados —presumiblemente todos dobles deltas—, que entraban por la puerta principal.

La aterrorizó ver cómo desaparecían de la vista uno tras otro. ¿Esas personas se conocían y confiaban los unos en los otros, o eran todos extraños, como habrían sido Lany y ella de haber decidido sumarse a la reunión? ¿Por qué alguien atravesaría una puerta sin saber lo que podía esperarle al otro lado?

Oyó la voz de Myra Ross. En una comida, mucho tiempo atrás, Myra le había hablado de su viaje desde Berlín al campo de concentración. «Subimos a los vagones porque nos lo dijeron. Nos dijeron que no debíamos preocuparnos, que estaríamos a salvo.»

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Janie quería levantarse y gritarles. Consiguió contenerse, aunque necesitó

de toda su voluntad. Continuó mirando, llena de aprensión, hasta que la distrajo un movimiento en una esquina de los prismáticos. Era Lany, en el linde de la zona boscosa que rodeaba el edificio. Había una cerca de alambre, y Lany intentaba colarse por lo que parecía ser un agujero. Janie la

observó mientras pasaba una pierna y después se agachaba como si fuese a cruzarla.

Entonces, detrás de Lany apareció un hombre, un hombre muy corpulento con el pelo recogido en una cola de caballo.

A Janie se le subió el corazón a la boca y se levantó. Intentó silbar, pero fue como si lo intentase en un sueño; no tenía saliva, y sus furiosos esfuerzos no produjeron ningún resultado. Horrorizada, observó con impotencia cómo Lany era apartada del agujero de la cerca y después desaparecía de la vista.

324

Bruce caminó lentamente alrededor de la silla donde estaba sentada Lany. Nadie había esperado que la Coalición enviase a una mujer; eso los había pillado por sorpresa, tal como había ocurrido a los israelíes en el tiempo anterior cuando los palestinos empezaron a mandar mujeres como terroristas suicidas. Se reprochó por no haberlo visto venir.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Dónde vives?

A cambio no recibió más que silencio.

—Mira, sabemos lo que está pasando. Solo quiero saber cuál es tu parte en todo este asunto.

Colocó el arma de Lany en una mesa cercana y el ordenador de bolsillo a su lado. Vio que ella pasaba la mirada de un objeto al otro, y después clavaba los ojos en el frente, sin enfocarlos en nada.

—Un arma excelente, y un sistema de comunicaciones muy avanzado. Debéis de tener una célula muy numerosa. ¿Cuántos sois, doscientos, quinientos? ¿Más?

Ella las contó silenciosamente y dedujo que había unas cincuenta personas entre las dos colonias aliadas. Parecía ridículo que él pudiese pensar en centenares. Tampoco respondió a esta pregunta.

—¿Qué tenéis planeado para los deltas?

—Yo tendría que hacerte esa pregunta, ¿no crees? —replicó Lany, con la mirada al frente.

—¿Cómo puedo saberlo?

Finalmente, Lany lo miró. Era difícil de hacer; un ojo estaba casi oculto por una gruesa capa de piel rugosa y agrietada que le cubría todo un lado del rostro, consecuencia sin duda de algún terrible accidente. La otra mitad insinuaba que en algún tiempo había sido bien parecido. En realidad no

sabía qué ojo mirar, y, a pesar de que era su prisionera y que tendría que escupirle en uno u otro ojo, parecía descortés preguntar.

Pero las preguntas que él le hacía no tenían sentido.

—Tú también estabas vigilando —dijo. Se levantó, y arrastró la silla con ella porque estaba esposada al respaldo—. Tú eres uno de ellos, ¿no?

Por un momento, él pareció asombrado. Luego la mirada de perplejidad despareció de la mitad del rostro que podía mostrar expresiones. Ella había conseguido desconcertarlo, aunque solo fuese por unos instantes. No podía permitirlo.

—No —respondió Bruce en voz baja—. Pero creo que tú lo eres. Lany echó la cabeza hacia atrás y se rió con fuerza.

—No lo soy. He venido aquí para ver qué se traían entre manos.

—¿De dónde vienes? —preguntó él de nuevo.

Pasaron unos segundos antes de que Lany acabase de sopesar las posibles respuestas.

—Digamos que no somos vecinos cercanos. Vivo bastante lejos de aquí. Alguien... no tengo idea quién... envió una invitación por e-mail para este encuentro, y creí que valdría la pena averiguar qué estaba pasando. No era precisamente una mentira; habían enviado el mensaje a cop@orangecommunity.net. Pero su captor no pareció creerlo, al menos no del todo. Recogió el arma y el ordenador y la dejó sola en la habitación.

«Quédate y espera; mira si sale. Ve a buscarla. Vuelve a Orange. Vuelve a la montaña y olvídate de que esto ha ocurrido.»

Janie estaba profundamente asustada; lo único que sabía era que debía permanecer oculta, al menos por el momento. Una fría y despiadada valoración de sus propias capacidades y recursos la llevaron a la dolorosa conclusión de que sería una verdadera locura intentar buscar a Lany y rescatarla. Podía ir a Orange y pedir ayuda para conseguir rescatar a Lany, pero hasta la última célula de su cuerpo quería volver directamente a la montaña, para estar con su hijo y su marido.

«Puedo llamar a Orange desde allí», se dijo. Era su casa, donde estaba segura, donde pertenecía. Desplegó el mapa y miró las carreteras. Casi ochenta kilómetros, calculó. Dos largos días. Dejó el caballo de Lany atado; si conseguía escapar, necesitaría su montura para marcharse.

—Vamos, cariño —le dijo a la yegua—. Llévame a casa.

En la habitación había una ventana pequeña que daba a un patio. Con los huertos, las zonas de juego y las cuerdas de las coladas, parecía muy diferente de lo que era cuando la habían entrenado allí años atrás. Siguió con la mirada a un joven de cabellos oscuros rizados que cruzaba la extensión verde. Llevaba una caja y, si los ojos no la engañaban, una protección de cuero en el brazo. Lo primero que pensó fue en la cetrería. Pero ¿allí, en medio de lo que alguna vez había sido una ciudad? Eso era cosa de los castillos, recordó. Los castillos eran las ciudades de su tiempo. Todas las personas que había visto parecían sanas y bien alimentadas; quizá entrenaban a los halcones para que trajeran caza menor: conejos, faisanes, ardillas...

Ratas, hurones, serpientes...

Apartó de su mente las imágenes desagradables. Si le daban de comer, miraría con gran cuidado lo que le pusieran en el plato. 326

Se abrió la puerta, y ella se alejó rápidamente de la ventana. Cuando entró

su secuestrador, la encontró en una esquina de la habitación. Llevaba dos vasos en las manos. Le ofreció uno.

—Limonada —dijo.

Ella miró el vaso, asombrada.

—¿Tenéis limones?

—También tenemos limas. Las cultivamos en una habitación especial en un entorno controlado. Utilizamos la energía solar y la luz ultravioleta. —Él levantó el vaso en un brindis. Ella lo miró con desconfianza. Él bebió un sorbo de cada vaso—. ¿Lo ves? No están envenenados ni tienen drogas. Todo natural, como en los viejos tiempos.

Lany se acercó y cogió un vaso.

—Gracias. —Cuando probó la limonada, fue algo celestial—. Muchas gracias —repitió, con mayor énfasis—. Dios mío, qué delicioso. —Se bebió el resto de la limonada de un largo trago.

Bruce sonrió y se sentó en una de las sillas.

—Escucha, iré directamente al grano. No tengo tiempo para tonterías.

«Oh, sí —pensó ella con mucha suspicacia—. Primero me halagas con limonada y después me sonsacas información.»

—Sabemos que hay una célula en Nueva Jersey. Creemos que es la más cercana. ¿Es de allí de donde vienes?

«¿Célula? ¿Nueva Jersey?» Lany estaba completamente confusa.

—No, no vengo de Nueva Jersey.

—¿Hay otra célula lo bastante cerca para que hayas podido venir hasta aquí?

—¿De qué estás hablando? ¿Célula?

—No juegues conmigo.

Lany se levantó, y una vez más se llevó la silla con ella.

—No lo hago. De verdad, no tengo ni la más remota idea de lo que me hablas.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Ya te lo dije. Recibimos un correo electrónico en casa. Nos llevó a la página web de los dobles deltas. Leímos que se celebraba una reunión. Bruce dejó pasar unos momentos mientras la estudiaba, intentando descubrir si de verdad estaba tan desorientada por sus preguntas como parecía. Al fin le planteó la pregunta importante:

—¿La Coalición te ha enviado aquí para espiar esta reunión?

—¿Qué?

—La Coalición. El grupo...

—Sé lo que es la Coalición. Yo antes...

Se interrumpió.

—¿Antes qué?

Ella no respondió.

—Escucha —dijo él, con evidente impaciencia—. No estoy acostumbrado a los interrogatorios. No sé ni por dónde empezar. Pero hay cosas que necesito saber, y tú has estado ahí fuera. A ver qué te parece esto: te diré lo que sabemos, y entonces tú me podrás decir algo de ti; con eso me refiero a ti y al grupo al que perteneces. ¿Trato hecho?

Aún tenía en la boca el sabor del limón. No le habían hecho daño; ese hombre, a pesar de las horribles cicatrices, parecía querer saber qué estaba pasando en Worcester tanto como ella. Después de todo, era en su propio patio trasero donde tenía lugar el encuentro.

Las instalaciones estaban limpias y tan bien cuidadas como antes, al menos hasta donde había visto, y llenas de agradables sorpresas.

«Confía en tu intuición.»

—Trato hecho.

—De acuerdo —dijo él. Parecía muy aliviado—. Tú primero.

—No.

Él sonrió ligeramente; las grietas en un lado de su cara aumentaron.

—Muy bien. Si es así como lo quieres... Esto es lo que sabemos. Este encuentro fue organizado por un sector de una organización más grande que los dobles deltas. No sabemos dónde está; su página web no dice nada de eso, por razones obvias. Hasta donde sabemos, es una organización enteramente virtual, sin ningún cuartel general. Todo viene de un núcleo central que solo Dios sabe dónde está. Sospechamos que la Coalición actúa de la misma manera. Por lo que hemos recibido, creemos que están sucediendo acontecimientos similares en muchos otros lugares, quizá no en este preciso momento, pero muy pronto, o quizá recientemente. Es lo que se desprende de su declaración de propósitos. Supongo que lo has leído en su página.

Ella asintió.

—Así que aquí tenemos una reunión de dobles deltas. ¿Qué mejor objetivo para la Coalición, qué podría ser más opuesto a sus creencias, que un grupo de luteranos e irlandeses? Eso es lo que son los deltas, básicamente. Fue pura suerte que no se viesen afectados por el DR SAM.

—Quizá no lo fue —señaló Lany en voz baja—. Quizá hay un plan más grande...

Bruce permaneció en silencio por un momento.

—¿No sería bonito si pudiésemos saber de parte de quién está Dios? Yo, desde luego, no lo puedo decir. En cualquier caso, la Coalición ve la supervivencia de los deltas en términos bíblicos; como si se hubiesen untado 328

con sangre de cordero y así se hubieran salvado de la peste. Creemos que están enviando otra plaga. Quizá esta también acabe con los deltas. 329

27

Thomas Blackwell el Joven escuchó con gran interés la discusión que tenía lugar directamente a sus pies. Permaneció quieto como un gato en las ramas más altas del árbol, hasta que el grupo de jinetes reunidos en la entrada de la ciudad se alejó lo suficiente para que no advirtieran que se bajaba. Cuando juzgó que era seguro hacerlo, descendió ágilmente por el tronco, con mucho cuidado de no romper ninguna rama que delatase su presencia. A pesar de sus esfuerzos, las hojas susurraron mientras bajaba. Más de una vez tuvo que detenerse y contener el aliento, porque el último hombre del grupo, el que montaba el hermoso caballo negro, se había vuelto un par de veces; en ambas ocasiones su mirada se había fijado en el

árbol donde el chico estaba encaramado. El joven Blackwell había oído con toda claridad cada palabra dicha entre los dos franceses, y comprendía perfectamente su disgusto por las órdenes del viejo caballero.

—¡Ella está destinada a ser mi esposa! ¡Debemos encontrarla y también al rufián que se la llevó!

—Qué más da que los encontremos o no; te buscaremos otra esposa. ¡Aquí

está la peste!

—Entonces, ¿me encontrarás otra princesa, primo?

¡Esposa, princesa! Una imagen de la mujer de cabellos dorados que se había alojado en la casa de su padre en la compañía de su supuesto progenitor apareció en su mente. La idea de una gran recompensa cobró forma en su cabeza, mientras corría a través del bosque de regreso a su casa para contarle a su padre lo que había visto y escuchado.

Se abrió paso entre los residentes de Eyam, muchos de los cuales se habían reunido para hacer sus compras en el mercado. Ninguno de los ciudadanos agradeció verse salpicado por el barro que levantaba en su carrera. Mantuvo su 330

paso rápido hasta que finalmente, sin aliento para hablar, llegó al chiquero, donde su padre trabajaba.

—¿Qué te preocupa, chico? —preguntó su padre con tono áspero—. Ni que hubieses visto un fantasma.

—¡Tengo noticias! —dijo el chico, jadeante—. No es un fantasma, padre, sino algo casi tan maravilloso. En el bosque...

—¿Has vuelto a subirte a aquel árbol? ¡Creía haberte dicho que mantuvieses los pies en el suelo, donde deben estar!

El chico no hizo caso del reproche.

—¡Pero, padre, vi soldados! A caballo, y permanecieron fuera del pueblo durante mucho rato, pero al final dieron media vuelta y se marcharon cuando vieron la señal. Oí lo que decían, padre...

Blackwell el Mayor dejó su cubo y dijo con calma:

—Bueno, suéltalo.

—No me azotarás, padre, por favor.

—Te azotaré cuando quiera, chico. Vamos, habla.

El muchacho contó todo lo que había oído, y después permaneció delante de su padre, a la espera de una reacción. Pasaron unos momentos

antes de que el hombre hablase de nuevo; cuando lo hizo, mantuvo la voz baja.

—Ve y ocúpate de tus tareas y no digas nada de esto. Si haces un buen trabajo, no te azotaré.

—¡Sí, padre!

El carro solo llevaba unas pocas piezas de tela, porque el carretero ya había entregado la mayor parte de su carga en otros pueblos. Los dos caballos que tiraban del carro mostraban el cansancio del largo recorrido. Al dejar atrás la bandera de aviso en la última etapa de su viaje, el corazón del carretero comenzó a latir más rápido. Le habían dicho que esperase al sastre junto al cementerio, aunque no comprendía por qué no podía entrar la carga en la ciudad, como había hecho en los demás lugares.

Vio a un hombre entre la bruma, y se alegró, porque podría emprender el regreso a casa antes que cayese la noche. Agitó una mano en señal de saludo y recibió una respuesta. Mientras el sastre se apresuraba entre la niebla, un escalofrío recorrió la espalda del carretero, porque la imagen era fantasmagórica y siniestra.

Mientras bajaban las piezas de tela del carro, la áspera arpillera en las que estaban envueltas soltaba su habitual olor desagradable. Las fibras del burdo material flotaron en el aire, y el sastre estornudó violentamente varias veces. Los pájaros remontaron el vuelo, asustados por el ruido desconocido. En medio de la ruidosa fuga de los pájaros, ninguno de los dos hombres oyó los chillidos 331

de las pequeñas ratas negras que saltaron del carro para desaparecer en el bosque, hacia Eyam.

El carretero tendió el albarán al sastre, que le echó una rápida ojeada.

—Oímos decir que la peste todavía hace estragos en Londres —comentó el sastre con una débil sonrisa—. Espero que no estén contagiadas...

—Dios nos proteja, no —replicó el carretero—. No es que yo esté al corriente de Sus intenciones. —Le dirigió al sastre una sonrisa de complicidad—. He visto la bandera negra. Quizá no me tendrías que preguntar si mi carga está infectada, cuando al parecer tu propia ciudad sufre de la peste. Le ofreció la pluma; el sastre echó una nerviosa mirada en derredor, y después garabateó su firma en el albarán. Se despidieron rápidamente. El sastre recogió las piezas y se alejó a toda prisa hacia la ciudad. El carretero miró al hombre por un momento; tenía un extraño

andar patizambo, que se hacía más notable bajo el peso de las piezas. Luego hizo girar a los caballos, satisfecho, y emprendió el regreso a Londres.

Con la mente puesta en el relato de su hijo, Blackwell recogió el cubo y siguió alimentando a los cerdos. Mientras les arrojaba puñados de grano, pensó

en lo que debía hacer con la valiosa información conseguida por su hijo. ¿Debía decir a los forasteros que sabía quiénes eran —al menos quién era la mujer— y sacar de ellos lo que pudiese? ¿Debía callarse lo que sabía y dejar que se marchasen cuando quisieran, sin ningún tipo de alharaca? Parecían muy buenas personas. El padre quizá excesivamente serio, pero la joven era muy agradable. Una belleza y, si era verdad lo que el chico había oído, una novia de valor. Dedicó gran parte de la mañana a pensar en el dilema que le había planteado el espionaje de su hijo, pero no llegó a ninguna conclusión. El día transcurrió como todos los otros, con trabajo duro y poca recompensa.

Blackwell se encontró a Alejandro en el patio horas más tarde. El médico afilaba una hoja muy pequeña, que Blackwell no había visto nunca antes. Después de un gesto de saludo, el hombre de Eyam comentó:

—Es un cuchillo poco habitual.

—Lo es. —Alejandro lo levantó para que Blackwell lo viese mejor—. Se llama bisturí.

—Ah. ¿Para qué se usa?

—Para cortar cosas blandas, como la carne.

Blackwell tragó saliva y contestó:

—Bien, en ese caso vale la pena cuidarlo. Nadie desea que lo corten con una cuchilla desafilada.

Con una sonrisa cordial, Alejandro volvió a su tarea. A la vista del poco partido que podía sacar del tema del bisturí, Blackwell manifestó:

—Esta mañana mi hijo trepó a un árbol.

—La juventud es una bendición, bien empleada en tales actividades. Se puede ver mucho desde las alturas.

Por un momento, Blackwell observó en silencio mientras Alejandro seguía afilando su herramienta.

—Vio y oyó unas cuantas cosas desde las alturas —acabó por decir. Alejandro guardó el bisturí en su funda de cuero y miró al hombre.

—¿Sí?

—Sí, unas cuantas cosas —repitió Blackwell.

Alejandro guardó la funda en la bolsa colgada de su cinto.

—Me interesaría que me lo relatarais.

—Vio a un grupo de hombres del rey mientras descansaban. Está seguro de que ellos no lo vieron.

—Vuestro hijo debió de mantener un silencio absoluto.

—Le enseñé bien —afirmó Blackwell—. Los oyó hablar de una joven que escapó de Windsor. —Blackwell entrecerró los ojos—. Mencionaron una novia fugada. Una princesa.

—¿Ah, sí? —dijo Alejandro, sosteniendo la mirada del hombre—. Siento pena por el desdichado novio abandonado.

—Sin duda —repuso Blackwell—. Quizá hayáis oído algo de este suceso en vuestros viajes.

—No —respondió Alejandro, muy alerta—. Ni una palabra. —Volvió a sacar el bisturí de la funda y le pasó el dedo por el filo, para probar su agudeza—. Pero os lo diré si me entero de algo, a la vista de vuestro evidente interés.

Las miradas de los dos hombres se trabaron en un silencioso duelo.

Chandos y su grupo montaron el campamento a una hora de viaje al este del pueblo afectado por la peste: Eyam, según rezaba el cartel. Había notado una sensación extraña en la boca del estómago mientras lo rodeaban, y se alegró

cuando el lugar quedó bien atrás. No se sintió plenamente a salvo ni aun en la profundidad del bosque, lejos del lugar del peligro. Se levantarían a la mañana siguiente y continuarían la búsqueda durante un día más, pero Chandos estaba seguro de que sería una pérdida de tiempo. Quizá, pensó el caballero, si Eduardo hubiese reconocido a la muchacha a una edad más temprana, esta no tendría ahora el corazón endurecido hacia él. Pero ya no se podía hacer nada, nada en absoluto.

333

Alejandro estaba ansioso por alejarse de Blackwell después de su tenso encuentro. Cuando fue a la cocina, donde había visto a Kate por última vez, la señora Blackwell le informó que había ido a recoger hierbas medicinales.

—La encontraréis junto al cementerio, al norte de la iglesia. Él cruzó la ciudad, siempre con la precaución de mantenerse al abrigo de las sombras y con los sentidos alertas a cualquier indicación de que alguien más en la ciudad hubiese visto u oído a los soldados. Pero había muy poca actividad,

y desde luego nada que causara alarma, así que continuó. De pronto percibió un resuello detrás de él y al volverse vio a un tipo patizambo cargado con un montón de paquetes. A juzgar por su rostro congestionado, los paquetes debían de ser muy pesados. Alejandro se detuvo para dejar que lo alcanzase, y lo saludó cuando pasó a su lado.

—Buenos días.

El hombre no dijo nada, aunque sí respondió con un gesto. Parecía llevar mucha prisa.

«Qué extraño —pensó Alejandro mientras lo observaba tambalearse bajo el peso de los paquetes—. ¿Por qué no lleva un carretón o busca alguien que lo ayude, o lleva la carga en dos viajes?»

Estaba a punto de ofrecerle su ayuda, cuando vio que se metía por una callejuela; unos dos o tres pasos más allá, acomodó la carga para poder mantenerla equilibrada en una mano y se rascó la espalda con la otra, sin aminorar el paso en ningún momento. Se detuvo delante de una puerta más o menos por la mitad de la callejuela y bajó los paquetes. Pasados unos segundos, se abrió una puerta, y el hombre se llevó los bultos al interior. Era un hecho absolutamente normal, pero había algo en él que inquietó a Alejandro. Permaneció al final de la callejuela durante un instante, luchando con su propio deseo de investigar un poco más, hasta que recordó que él mismo era objeto de la curiosidad. Dejó la plaza del pueblo y pasó por delante de la iglesia para ir a buscar a su hija.

Los perros no consiguieron encontrar el rastro de los fugitivos al otro lado del pueblo. Para el mediodía, los soldados protestaban de aburrimiento. Cuando Chandos anunció poco después que regresarían a Windsor, hubo grandes muestras de aprobación.

Excepto, por supuesto, por parte de De Coucy y Benoît, que insistieron en seguir, a pesar de que uno de los rastreadores parecía haberse puesto enfermo repentinamente. Era en la única cosa en la que parecían estar de acuerdo, pues 334

no habían dejado de discutir entre ellos en voz baja desde que el grupo se había alejado de Eyam.

Sin hacer caso de los nobles a su cargo, Chandos detuvo al grupo y se llevó

aparte al perrero.

—Tu compañero parece estar... enfermo.

El hombre echó una ojeada al pálido y sudoroso rastreador.

—Estoy de acuerdo con vos. Naturalmente, está muy inquieto por nuestros...

Antes de que el perrero pudiese acabar la frase, el enfermo soltó un gemido y se sujetó el vientre. Chandos y el perrero se volvieron hacia él justo a tiempo para ver cómo caía de costado.

Corrieron hacia él. El rastreador yacía en el suelo con las piernas encogidas y las rodillas contra el pecho. Juntos consiguieron extenderlo. Los ojos del hombre miraban ciegos hacia las alturas, así que Chandos tuvo que darle un par de suaves bofetadas en las mejillas para reclamar su atención. El rastreador cerró los ojos y volvió a abrirlos enseguida. Giró la cabeza hacia un lado y vomitó.

Los restantes miembros del grupo se apartaron casi a una. Chandos permaneció allí quieto por un momento; luego lo pensó mejor y retrocedió. Señaló a dos de sus soldados.

—Haced una camilla —les ordenó—. Llevaremos a este hombre de regreso a Windsor inmediatamente.

De Coucy se acercó con su caballo.

—Puede que esté contagiado —dijo—. No podemos llevarlo de regreso.

—¿Qué queréis que haga, señor? ¿Dejarlo aquí para que se lo coman los lobos? No veo ningún bubón en él. Hasta donde sabemos, bien pudo comer algo que le sentó mal. —Hizo una breve pausa, y después dijo con voz fría —: Quizá tuvo algo que ver con el zorro desaparecido.

Benoît se acercó a su primo.

—Mátalo ahora mismo, y entonces lo podrás dejar aquí con la tranquilidad de que no se dará cuenta cuando los lobos se lo coman. En un abrir y cerrar de ojos, Chandos había sacado la espada y tenía la punta apoyada en la garganta del vil francés. No hubo ni un solo movimiento entre los demás del grupo, todos los cuales miraban desde lejos mientras Chandos clavaba la espada un poco más. Benoît se echó atrás en la montura, pero Chandos se limitó a estirar más el brazo, de modo que la punta permaneció en su posición fatal.

«Un empujón —pensó—. Un suave empujón, y el mundo se vería libre de esta sabandija.»

Entonces De Coucy habló de nuevo. Su voz calma y baja le sonó distante a Chandos, porque tenía la impresión de que no había nada más que él y Benoît. 335

—Sin duda podemos llegar a un acuerdo razonable sobre cómo proceder —

oyó decir a De Coucy.

Chandos estaba seguro de que no podía estar de acuerdo en nada de lo que el noble dijese, salvo hechos innegables como la posición del sol. Con la mirada fija en Benoît, escuchó la propuesta de De Coucy.

—Yo mismo llevaré a este hombre enfermo y al resto del grupo a Windsor. Necesito el tiempo para preparar mi boda. —Luego su voz se hizo todavía más baja—. Vos comandáis este grupo, señor, y os obedeceremos. Pero quizá queráis continuar la búsqueda durante otro día o más, con la ayuda de mi querido primo. Después de todo, nuestra búsqueda es enteramente en su beneficio. Nadie tiene idea de lo que podría pasar con un poco más de esfuerzo. Algún hecho afortunado, si Dios quiere permitirlo.

«Así que el lazo de sangre no es tan fuerte entre ellos, al parecer, como creía el rey», pensó Chandos, que se reía para sus adentros mientras apartaba la espada de la garganta de Benoît.

—Por amor de Dios, esposo —dijo la señora Covington—. ¿Qué has hecho?

—Son telas —replicó él desafiante—. De Londres. Nada más. ¿Cómo puede ganarse un hombre la vida si no tiene los materiales de su oficio?

—¡Se acordó no traer nada por el momento! Solo hasta que...

—Santo cielo, mujer —exclamó él—. ¿Crees que la peste viene en estas piezas? Están envueltas. Lo han estado desde que salieron de Londres. No se te ocurra decirle ni una palabra de esto a nadie, o te daré de bofetadas. El mes anterior, ella apenas había podido oír durante tres días por el zumbido en los oídos. Se inclinó rígidamente.

—Sí, esposo.

—Así me gusta, buena chica.

Él la acercó con aspereza y le dio un beso carente de cariño en la frente. La pobre mujer no ofreció ninguna resistencia.

«Algún día —pensó ella mientras dejaba a su marido con las piezas de tela—, Dios se ocupará de que recibas el castigo por tus malos actos.»

Los prohombres de Eyam se congregaron como de costumbre en la taberna, al otro lado de la iglesia. Cada uno tenía una jarra de cerveza delante, como preparación para ocuparse de los asuntos ciudadanos. Toda la actividad política de Eyam estaba condicionada por una buena cantidad de bebida, cosa que hacía los esfuerzos mucho más agradables y los resultados

de sus deliberaciones mucho más sensatos, al menos a los ojos de los participantes directos. Eran siete, y todos ellos se tomaban la tarea de gobernar Eyam mucho más en serio 336

de lo que cabría esperar a la vista de sus métodos de gobierno. Había sido alrededor de esa misma mesa, a la que ahora estaban sentados, donde los siete habían urdido la estratagema de la bandera negra, para evitar la entrada de productos que podían llevar la peste consigo.

«El médico a quien enviaron no permitía que nadie ni nada entrase o saliese sin pasar primero por la cuarentena —les había contado un hombre que una vez había servido como guardia en Windsor—. Sobrevivimos al invierno sin que muriese más que uno, un hombre que se había aventurado a salir.»

Iban por la tercera ronda de cervezas, cuando la esposa del sastre entró corriendo en la sala con una expresión de terror en el rostro.

Thomas Blackwell estaba acabando su cerveza en la taberna y escuchaba las deliberaciones del consejo de ancianos, cuando la señora Covington entró a la carrera.

—Dios bendito —susurró para sí después de oír el relato de la súbita enfermedad del sastre. Pidió otra jarra y se la bebió deprisa. Uno de los hombres salió con la mujer. Cuando regresó al cabo de unos pocos minutos, estaba pálido de terror.

—Trajo piezas de telas desde Londres.

Los otros se levantaron en el acto. Blackwell los vio salir a toda prisa. Adónde pensaban ir, no lo podía imaginar. Solo sabía que debía volver a casa, porque se llevaría a su esposa e hijos hasta el final del mundo, si era necesario, para mantenerlos apartados de la peste.

Alejandro y Kate estaban sentados a la mesa en la casa principal, ocupados en seleccionar las hierbas que habían recogido. Algunas se las dejarían a la dueña de la casa; el resto se las llevarían consigo. Por lo demás, se hallaban listos para marcharse con la primera luz. Cuando Blackwell llegó empapado de sudor después de su carrera desde el pueblo, Alejandro se incorporó a medias, previendo otro encuentro difícil.

Pero no fue así. En cambio, Blackwell exclamó:

—Covington, el sastre, está enfermo. Los ancianos dicen que tiene la peste. Alejandro se levantó del todo.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—Detrás de la iglesia, en un callejón. ¡Trajo las piezas de tela desde Londres! Su esposa le dijo al consejo que había recibido tres envíos durante el mes pasado, todos entregados en secreto. ¡Dios maldiga a ese hombre! —Se sentó en un banco y se llevó las manos a la cara. Después de un largo y angustioso suspiro, añadió—: Puede que haya traído la muerte a nuestro seno. Alejandro recordó al hombre patizambo que había visto con la pesada carga, que se rascaba la espalda mientras corría por el callejón. Podía imaginar 337

lo que había en el corazón de Blackwell. Apoyó una mano en el brazo del hombre.

—Por favor, debéis llevarme hasta allí —dijo.

Siguió a Blackwell de regreso a la taberna. Los siete ancianos de Eyam conferenciaban, con las cabezas muy juntas. Blackwell se quitó el sombrero y carraspeó para interrumpirlos, y todos los prohombres se volvieron hacia él. Un hombre de barba blanca fue el primero en hablar.

—Ahora no, Thomas, estamos ocupados con un tema muy serio.

—Sé lo que estáis discutiendo, tío —respondió Blackwell—. Vi a la señora Covington cuando vino, toda agitada.

—Entonces sabes que no tenemos tiempo para asuntos triviales.

—No es un asunto trivial el que te traigo. —Señaló por encima del hombro—. Tengo a un huésped, por si no te has dado cuenta. El anciano caballero miró a Alejandro.

—Sí, lo hemos visto, y no es apreciado. Ya sabes que no alentamos las visitas.

—Yo vivo en las afueras —replicó Blackwell, como si quisiera justificar su desobediencia—. He venido aquí para decirte que este huésped puede ser de gran ayuda para nosotros.

Todas las miradas se volvieron hacia Alejandro, que se adelantó.

—Soy médico —dijo.

De inmediato cambiaron las expresiones de todos los ancianos, y le hicieron sitio en la mesa.

—Eso es otra cosa. Sentaos, señor —dijo el tío de Blackwell. A Blackwell lo dejaron de pie mientras Alejandro se sentaba.

—Querríamos saber si es la peste lo que ha enfermado al sastre —manifestó

el tío—. Nosotros no podemos afirmarlo a ciencia cierta.

—Debo ver al hombre para asegurarlo.

Conferenciaron entre ellos durante unos momentos, y después el tío de Blackwell preguntó:

—¿No os da miedo?

—Tengo tanto miedo de la peste como cualquier otro, pero tomaré las precauciones que pueda.

Nadie pareció interesado en saber cuáles podrían ser esas precauciones.

—Sobrino, ¿tú lo llevarás allí? —inquirió el anciano de pelo blanco.

—Sí, tío, si ese es tu deseo.

—Eres un buen chico. —El tío se volvió hacia Alejandro—. ¿Nos traeréis vuestro informe?

—De inmediato.

Visiblemente inquieto, Blackwell se caló el sombrero y fue hacia la puerta. Alejandro lo siguió y muy pronto se encontró andando con su casero por la misma callejuela donde había visto al sastre unas pocas horas antes. Blackwell se detuvo cuando aún se hallaban bastante lejos de la casa.

—Es allí —dijo y señaló.

Alejandro supo que Blackwell ya no seguiría más allá.

—Puedo hacer mi trabajo sin vuestra presencia. Sería prudente que esperaseis aquí.

Dejó a su preocupado compañero donde estaba y fue hasta la casa de los Covington. Llamó a la puerta y oyó unas voces ahogadas al otro lado. Un momento después le abrió una mujer de expresión asustada; detrás de ella, sujeta a sus faldas, había una niña. Ambas parecían desesperadas.

—Marchaos, forastero —susurró la mujer—. Tenemos aquí a un hombre enfermo.

—Soy médico y me envían los ancianos —respondió Alejandro, indicando a Blackwell.

La mujer asomó la cabeza y miró a Thomas Blackwell.

—Oh, Virgen bendita —exclamó.

Abrió la puerta de par en par, y Alejandro entró. Tumbado en un jergón delante de la chimenea yacía el sastre.

Se acercó al hombre, lo observó y en al acto vio todo lo que necesitaba ver. No le dijo nada a la esposa.

—Se rascó y se rascó, como si tuviese pulgas —explicó la mujer—. Una vez, cuando lo picó una araña, también se hinchó de la misma manera.

Pero esta vez está mucho peor. Intento que no haya telarañas, Dios lo sabe, pero con todos los otros trabajos...

—Señora, esto no es obra de una araña —la interrumpió Alejandro, mirándola a los ojos—. Vuestro marido está gravemente enfermo, cosa que estoy seguro de que ya sabéis. En mi opinión, creo que sufre de la peste. La mujer soltó una exclamación y se llevó las manos a la boca. Cerró los ojos y comenzó a balbucear.

—Vos misma, y también vuestra hija, estáis en peligro de contraer el mal. Sin embargo, para no contagiar a los demás debéis permanecer en la casa. No salgáis, o expondréis a los demás a los mismos peligros.

—¡Pero debo conseguir grasa de cerdo! No tengo en la cocina.

—No funcionará —dijo Alejandro.

—Curó a la señora Harrison; se bebió toda una jarra, convencida en su delirio de que era agua. Estuvo enferma más de una semana, y después se curó.

—Os aseguro que la grasa de cerdo no cura la peste. No debéis beberla, porque sufriréis graves daños en los intestinos.

—¡Para qué querremos los intestinos si hemos de morir!

339

La niña había comenzado a lloriquear.

El corazón de Alejandro se conmovió al verla, pero no había manera de evitar la realidad de la situación. Muy pronto ambas caerían enfermas y, desde luego, morirían.

—Dejaremos eso en manos de Dios —dijo Alejandro—. Pero, por favor, no perdáis el tiempo en esa tontería. No os servirá de nada, y puede causaros mucho mal.

—Pero mi marido —suplicó la mujer—. ¿No hay nada que podáis hacer por él?

—Nada —dijo él con tristeza—. No sé de nada que pueda aliviar su mal. Hay unas pocas cosas que podéis hacer para que esté más cómodo hasta que el destino decida. Lavadle el sudor de la frente; el agua fría disminuirá la fiebre. Evitad los ruidos fuertes, porque le harán doler los oídos.

—¿Durante cuánto...?

—Un día, quizá dos. Pero no más de tres. Para entonces sabréis si vivirá o morirá. Puede que beba con desesperación, o que desdeñe el agua del todo; será

una cosa u otra. Lo único que puedo decir con seguridad es que este hombre no debe salir de esta casa, ni tampoco vosotras.

Mientras sir John Chandos miraba cómo se alejaba De Coucy con el hombre enfermo y el resto de su grupo, y lo dejaba solo con Benoît, se preguntó qué

pasaría con el pobre hombre. Era un hecho evidente que Eduardo Plantagenet preferiría morir en combate, antes que enfrentarse a la humillación que sufriría por cometer la grave falta de hospitalidad de invitar a la nobleza de Europa al casamiento de su hija, solo para verlos sucumbir a la peste dentro de las paredes del castillo. No eran las muertes en sí lo que preocupaba al monarca sino la ignominia, porque, la verdad sea dicha, eran muchos los invitados a los que le agradaría ver muertos.

Sir John apoyó la cabeza en el duro suelo y se cubrió con una delgada manta. Al otro lado de la hoguera, Benoît roncaba y hablaba en sueños. Mientras se quedaba dormido, Chandos se preguntó cómo afectarían al destino de Inglaterra los episodios que muy pronto tendrían lugar en Windsor. Llegó a la conclusión de que no podía saberlo y que su preocupación no cambiaría nada. A pesar de lo desagradable del hombre que en esos momentos le hacía compañía, Chandos prefería dormir bajo las estrellas más que en los lujosos acomodos de tiendas y jergones que se veía obligado a soportar cuando viajaba con el rey. La incomodidad del duro suelo de esa noche sería una penitencia por las cosas que estaba a punto de hacer, por los pecados que cometería contra su monarca, un hombre al que todavía, aunque un tanto a regañadientes, amaba como a un hermano.

340

Cuando Alejandro regresó a la taberna, los prohombres de Eyam no lo dejaron de pie sino que se apartaron y lo invitaron a sentarse con ellos.

—El sastre está enfermo de la peste.

Para entonces se habían reunido docenas de personas; se oyeron gemidos de incredulidad. Kate estaba al fondo de la muchedumbre, en compañía de la señora Blackwell, que mostraba una expresión del más absoluto horror.

—Cuando os vayáis de aquí esta noche, id directamente a vuestras casas y quedaos allí. De esta manera evitaréis que se propague.

—Muchos se fueron a sus casas antes y murieron —señaló uno de los ancianos—. Estamos indefensos.

—No, no lo estáis —replicó Alejandro, entre los murmullos de terror. El silencio se hizo en la taberna.

—Tenéis más poder sobre esto de lo que os podéis imaginar. Me han dicho que conocéis el relato del médico que mantuvo apartada la peste de Windsor gracias a no permitir la entrada ni la salida de nadie. Se oyeron palabras de asentimiento, hasta que otro de los ancianos señaló:

—Los rumores tienen la virtud de pasar de boca en boca aunque no tengan fundamento. ¿Cómo sabemos que es verdad?

—Muy sencillo —dijo Alejandro.

Por el momento no temía ser descubierto. Había trabajo que hacer en Eyam.

—Se lo podéis preguntar. Era yo.

28

—Hay buenas razones para creer que se están realizando encuentros como estos por todo al mundo, pero solo sabemos con seguridad lo que pasa aquí. E

ignoramos cómo puede responder la Coalición al hecho de que los deltas se agrupen, como parecen estar haciendo. Pero, si están enviando una nueva peste, hay muchas razones para creer que esta vez su objetivo son los deltas. Lany permaneció callada por unos momentos, sin saber si decírselo o no. Decidió que sí.

—Creo que lo hemos visto.

Bruce acercó una silla delante de ella y se sentó.

—Habla.

Lany dedicó unos instantes a ordenar las palabras en su mente para decirle lo suficiente pero no demasiado.

—Descubrimos un cadáver en el camino, un hombre. El cuerpo estaba descompuesto, pero no demasiado; la piel esponjosa, como si se hubiese congelado y después descongelado, con ese aspecto de las quemaduras que produce el frío. Le quitamos la ropa y observamos todo lo que pudimos. La persona con la que viajaba...

—¿No estabas sola?

—No.

—¿Dónde está ahora esa otra persona?

—No lo sé. Nos separamos momentos antes de que me encontraseis. De haber estado en su lugar, hace rato que me habría marchado. Espero que

esté

bien. Pero, en cualquier caso, ella afirmó que parecía ser la peste, pero que no había ningún transmisor natural por aquí, en especial durante el invierno.

—Tiene razón —dijo Bruce.

342

—Así que el tipo que encontramos tuvo que contraerla de una manera que no fue totalmente natural. —Hizo una pausa—. De camino aquí, pasamos junto a un asentamiento en una vieja fábrica. Vimos tres tumbas recientes.

—¿Alguna idea del tamaño del asentamiento?

—No. Solo vimos a una mujer y a un par de chicos. Pero era un edificio muy grande; si estuviese todo ocupado, podrían ser centenares de personas. —

Hizo una pausa para pensar en el significado de las tres nuevas tumbas —. Si hay centenares de personas allí, entonces diría que tres muertes simultáneas son muchas pero normales. Si hay menos, entonces...

—Entonces tres son muchas.

Durante unos minutos ninguno de ellos dijo nada. Luego Lany comentó:

—Encontramos un nuevo tipo de bacteria en nuestra zona; en muchos lugares, algunos de ellos bastantes distantes entre sí. Dedujimos que se estaban desperdigando de forma natural a través de la población de roedores.

—Si es la misma que estamos rastreando, te diré que los roedores la llevan pero que ha llegado a ellos de algún modo. Creo que son los pájaros; son baratos de mantener, y muy eficaces. Todavía no sé qué especies pueden estar utilizando. De todas maneras, sea lo que sea, tarda mucho en desarrollarse.

—Quizá el hombre que encontramos era uno de ellos —señaló Lany—. Nos preguntábamos si lo habrían expulsado del asentamiento que vimos; pero, a juzgar por las tumbas, parecen estar cuidando de sus enfermos, o al menos lo intentan. ¿Podría haber algún grupo de la Coalición por aquí? Quizá sea uno de ellos. —Recordó la siniestra página web de la comunidad donde habían muerto todos—. Si era un tipo de la Coalición y contrajo de alguna forma esta cosa que han preparado, representaba un problema. Creo que intentaron eliminarlo. Había una embarcación cerca del cuerpo; ¿por

qué alguien estaría navegando por el río en invierno, si estaba enfermo, excepto para escapar?

—Podrías estar en lo cierto —dijo Bruce—. Algunos de los grupos de la Coalición tienen largos historiales de sacrificar a sus propios miembros como un medio para conseguir una meta mayor. También es posible que a ese tipo lo contagiasen como parte de un experimento, para ver qué pasaba. Quizá incluso lo sabía, como era el caso de todos los terroristas suicidas. Puede que cambiase de opinión.

—También podría ser un accidente en la manipulación. ¿Te acuerdas de Reston?

—¿Quién no? Reescribieron el libro de procedimientos después de que aquellos monos enfermaron. —Tras una pausa, Bruce añadió—: Conocí a un miembro de la Coalición, en Londres.

Ella lo miró con recelo.

—Me preguntaba cómo habías conseguido toda esta información sobre ellos. Nada de todo esto se publicó.

343

—Yo no sabía que estaba implicado, pero me lo dijo no mucho antes de morir. De otra cosa, por cierto, que irónicamente pilló a través de un accidente.

—La risita que soltó tras estas palabras estaba cargada de amargura—. No sé

por qué te estoy diciendo esto. Nunca se lo he contado a nadie antes, ni siquiera a una persona con la que estaba muy unido. —Hizo otra pausa—. Ese tipo intentaba reclutarme. Le respondí que no.

—Obviamente.

—Fue algo muy confuso para mí cuando ocurrió. Era alguien a quien yo admiraba, al menos durante un tiempo.

—Desearía poder decir que lamento que haya muerto —dijo Lany—, pero parece un caso de justicia divina.

—Sí —dijo Bruce—, pero no lo fue. Fue sombrío. —Pareció perderse en su pena durante unos momentos, pero se rehízo enseguida—. Ahora dime tú lo que sabes de la Coalición.

«Oh, diablos —pensó ella—. Un trato es un trato.»

—Estaba en el equipo A de los biocops.

Bruce cruzó los brazos sobre el pecho.

—Dios mío.

Su interés era obvio, pero la historia era demasiado larga para relatarla cuando había otros asuntos mucho más urgentes que atender.

—Es una historia para más tarde —continuó Lany—. Ahora mismo no viene al caso. Vamos a concentrarnos en lo inmediato, como eso que crees que pueden estar preparando.

—Es algo grave. Nos preocupa que los deltas puedan estar en peligro por esta cosa.

Él vio el temblor involuntario de Lany.

—Así que hay un doble delta entre vosotros —dijo Bruce. Un centenar de pensamientos distintos se agolparon en su cerebro. Su instinto de policía se hizo cargo y los ordenó, de acuerdo con su importancia. Al final, se dejó llevar de nuevo por la intuición: allí había mucho que aprender, y ese tipo era un buen hombre en el que se podía confiar.

—Dos —respondió—. Una de ellas soy yo.

—Entonces tienes mucho en juego en esto.

—Mi vida. No más que cualquier otro.

—Vale, déjame que te lo explique de esta manera; el mundo tiene mucho en juego en ti, y en todos los demás deltas. Ahora mismo, la Coalición es vulnerable. Cuando las cosas comenzaron a ir mal para todos los demás, también lo fueron para ellos. En realidad ya no es el mismo grupo. La filosofía esencial es la misma (matemos a cualquiera que no crea como nosotros), pero los fundadores han desaparecido todos. No te engañes; todavía tienen fuerza y, a pesar de lo que has encontrado, es seguro que ellos están mucho mejor 344

preparados para evitar la contaminación. Han ido recogiendo grupos sueltos a lo largo del camino. Otros elementos de esa panda de locos que también tienen a Dios de su parte. Tuvieron que hacerlo para mantener su fuerza. Hay muchos locos con venganzas pendientes, y están todos esperando su turno. Un día de estos habrá un gran enfrentamiento. Al parecer han mezclado a dos asesinos: la peste y el DR SAM. Este nuevo modelo no depende de si hay o no receptores a los cuales agregarse; pasa de ellos completamente. Por eso la enfermedad resultante se desarrolla más despacio, pero cuando lo hace se parece a la peste y actúa como ella. Es por esa razón por lo que tal vez los dobles deltas no sean inmunes o resistentes; porque este organismo no utiliza los receptores para propagarse como el DR SAM. Se desarrolla con más lentitud porque tiene que hacer todo el trabajo.

Se detuvo por unos segundos.

—Recogimos una muestra unos meses atrás, lo mismo que vosotros. A partir de allí, llegué a la conclusión de que llevaban cierto tiempo haciendo pruebas de campo; es probable que sea así como llegó a la zona donde la encontraron tus amigos. Nosotros no la estábamos buscando; fue una pura casualidad. —Agachó la cabeza—. Perdimos a uno de los nuestros; de no haber sido así quizá nunca habríamos descubierto lo que ocurría ahí fuera. Como dice tu amiga, se parece a la peste.

—¿Tu hombre estaba siguiendo a uno de ellos?

—Era una mujer. Y no los seguía. Se lo encontró fuera de aquí. Desde entonces nos hemos mantenido bastantes encerrados, y no salimos a menos que sea absolutamente necesario. Si hoy hemos salido ha sido solo para observar el encuentro de los deltas sin que ellos supiesen que lo hacíamos. Te apresamos porque creímos que tú hacías lo mismo y no sabíamos por qué. Habíamos ido allí para protegerlos, y no sabíamos cuáles eran tus intenciones.

—Pero, si salís fuera tan poco, ¿cómo tenéis tanta información? La enfermedad de una única persona no pudo proporcionaros tantos datos.

—Tomamos lecturas remotas.

A ella le pareció absurdo. Con tono burlón preguntó:

—¿Qué hacéis, enviáis pequeños autómatas o algo así?

Bruce soltó una risita.

—Ya me gustaría. Probablemente colaborarían más. Pero enviamos algo así

como emisarios; utilizamos águilas.

—¿Qué?

—Águilas.

Bruce vio la mirada de asombro de Lany, pero la malinterpretó.

—Ven. Te las mostraré si quieres verlas.

Sacó un llavero y abrió las esposas que la sujetaban a la silla. 345

—Supongo que te comportarás. Más te vale creer cuando te digo que estarás mejor aquí con nosotros que allí fuera librada a tu suerte.

—Escucha, no soy tu enemiga. ¿Puedo al menos utilizar el ordenador para llamar a mi gente y decirles que estoy bien?

Él le dirigió una larga mirada.

—Quizá más tarde.

Lany lo siguió fuera de la habitación. Dos jóvenes los escoltaron casi como soldados mientras recorrían un laberinto de túneles y pasillos.

Pasaron junto a laboratorios, aulas y corredores que Lany supuso que alguna vez habían conducido a los dormitorios; todo le resultaba vagamente familiar. Después de casi cinco minutos de marcha, se detuvieron delante de una puerta metálica. Lany miró a través del ventanuco y vio docenas de jaulas. Oyó algún graznido, aunque estaban amortiguados por el cristal y la gruesa puerta.

—Bienvenida al aviario —dijo Bruce mientras abría la puerta. Los graznidos subieron muchísimo de volumen cuando entraron. Lany se llevó las manos a los oídos y frunció la nariz para protegerse del olor. Siguió a Bruce hasta la primera jaula.

—Esta hembra tiene seis meses —le informó él, mostrándole un magnífico ejemplar de plumas brillantes y pico reluciente.

—Es preciosa —afirmó Lany—. Pero no lo entiendo. ¿Cómo las entrenas?

—Lo intentamos, pero sin mucho éxito. Funcionan mucho por instinto. Tenemos que trabajar dentro de sus parámetros biológicos. —Pasó a la jaula siguiente y señaló la pata del águila—. Cuando crecen del todo, les ponemos esas cosas.

Sujeta por encima de la garra, Lany vio una pequeña caja metálica. Consiguió contener el grito.

Bruce la llevó a una pequeña cafetería. Había varias personas, la mayoría jóvenes, que la miraron al entrar.

—Adelante, sírvete lo que quieras —la invitó él, haciendo un gesto hacia el mostrador—. Hay en abundancia.

Había verduras y tomates maduros. Lany, asombrada, se sirvió un plato bien abundante.

—¿De dónde viene todo esto? —preguntó mientras se sentaba.

—Durante el invierno, de nuestros invernaderos; en el verano plantamos en los patios. Disponemos de agua, energía e instalaciones sanitarias, todo dentro de esta pequeña zona.

—¿Hay más personas que estas?

La amplia sonrisa de Bruce resaltó las grietas de la parte quemada de su rostro.

—Las águilas no son lo único que criamos aquí.

Era una sociedad cerrada y autoabastecida dentro del recinto universitario, algo sorprendente para una mujer que se había acostumbrado

a una vida casi de pionero.

—¿Cómo habéis mantenido todo esto oculto?

—Una seguridad estricta. Nadie entra o sale a menos que estemos absolutamente seguros de él.

—No estabas segura de mí.

La expresión de Bruce cambió.

—Todavía no lo estamos. —La miró con el ojo del lado bueno de su rostro—. No te marcharás hasta que lo estemos.

Lany no dijo nada al oír la respuesta y se centró en el plato que tenía delante. Comió en silencio durante un rato; Bruce permaneció a su lado sin hablar hasta que ella acabó.

—Muy bien —dijo entonces—, nosotros hemos hablado primero. Ahora sabes mucho de nosotros, y nosotros sabemos muy poco de ti. Ahora que has comido bien, has hecho un recorrido y has tomado limonada, es hora de que nos hables más de ti.

Lany se recostó en la silla, silenciosa y pensativa.

—Pronto —dijo—, pero primero hay algo más que debo decirte. —Hizo una pausa—. Tomamos una muestra de tejido del cadáver que encontramos. —

Al ver su mirada de consternación, se apresuró a añadir—: La persona que estaba conmigo está habituada a manejar materiales infecciosos, así que sabe cómo evitar el contagio.

Bruce se levantó y comenzó a pasearse por la cafetería. Después de un período de lo que pareció una intensa reflexión, volvió junto a Lany.

—¿Qué hará esa persona cuando no vuelvas?

—No lo sé. Pero, si yo estuviese en su lugar, saldría pitando de aquí.

«Vuelve a casa», se repetía Janie como si fuera un mantra. Aún le faltaban recorrer cincuenta kilómetros como mínimo; había hecho unos treinta en la frenética cabalgada desde Worcester. «Las ciudades de las colinas», habían llamado una vez a aquellas comunidades que había entre Worcester y su montaña; ahora comprendía por qué.

Necesitaba viajar rápidamente, pero montaba un animal cuyo tobillo había cedido no hacía mucho tiempo; mientras llevaba a la yegua colina tras colina, se preguntó por qué no la había dejado y tomado el caballo de Lany. Había sido por hábito que se había montado en Jellybean, nada más. Los hábitos tenían la costumbre de reaparecer como una mala noticia. Confiaba en que este no fuera el caso.

347

Con la última luz del día se detuvo en un río que corría perpendicular a su ruta. Desmontó de la yegua y la llevó hasta la orilla para que pudiese beber. El agua era limpia, fresca y tentadora, y una hora antes se había bebido todo lo que quedaba en su cantimplora. Con los muslos ardiéndole por las horas de cabalgada, se puso en cuclillas en el borde del agua. La ondulada reflexión le devolvió la mirada y, pese a la distorsión, vio las huellas del cansancio en su rostro.

Cryptosporidium, Giardia...

—¡Basta! —exclamó en voz alta para contener los malos pensamientos. La yegua volvió la cabeza hacia ella y relinchó suavemente.

—Tú no. Yo.

Hizo un cuenco con las manos, las metió en el agua y bebió un delicioso trago. Continuó bebiendo hasta que no pudo más.

Al amparo de la oscuridad, Lany los llevó hasta el lugar donde habían dejado los caballos. Aunque ahora creía que estaba en manos de los buenos, se complació en secreto cuando solo encontraron a su caballo en el linde del área boscosa, y ningún rastro de Janie o la yegua.

—Al parecer tu amiga hizo lo que le dijiste —comentó Bruce.

«A estas horas —pensó Lany—, Janie estará bien lejos, a salvo y camino de regreso a...»

¿Orange, o la montaña?

Levantó una pierna como si fuese a montar, pero Bruce la sujetó del brazo.

—Solo guíalo.

Había varios jóvenes para asegurar su cooperación. Todos se adelantaron un paso.

—No voy a salir de estampida —replicó ella.

—No creo que lo hagas. —Bruce sonrió—. Pero un caballo sin jinete hace menos ruido cuando camina.

Era un argumento razonable.

—Vale. Lo siento.

Regresaron por una ruta diferente, una que les llevó menos tiempo. Entraron en el recinto universitario a través de un garaje que había en la parte trasera de uno de los edificios. Uno de los jóvenes cogió las riendas del caballo y se lo llevó.

—Tendremos que buscarte un acomodo —dijo Bruce—. Probablemente vas a estar con nosotros durante un tiempo.

La llevó hasta un dormitorio, equipado tal como ella había esperado.

—Tu propio baño —dijo él, y le señaló una puerta—. Supongo que querrás darte una ducha. Las toallas están limpias. Alguien vendrá a buscarte por la 348

mañana. Entonces hablaremos un poco más. —Él retrocedió hacia la puerta—. Buenas noches. Espero que duermas bien.

—Espera —dijo Lany mientras él se acercaba la puerta—. Una cosa más. Él se volvió; su rostro destrozado la sorprendió de nuevo.

—¿Por qué águilas? Si no las puedes entrenar...

Él se detuvo, con una mano sobre el picaporte.

—No pueden salir con una escuadrilla de aviones y dejarlo caer. Ya no nos relacionamos de la manera que hacíamos antes, así que la Coalición no puede depender de una rápida diseminación a través de la interacción social normal. Las águilas comen roedores. Las cajas que les ponemos en las patas recogen la presencia de bacterias cuando las águilas se comen sus presas.

—¿Las águilas se comen los roedores infectados, pero no se enferman?

—No. Tienen un mecanismo inmune diferente. La mayoría de las aves no se enferman de las cosas que llevan, excepto la gripe aviar, por supuesto. Es probable que se conviertan en portadores, pero no enferman; por lo tanto, no hay por qué preocuparse. Utilizamos toda clase de precauciones cuando las manipulamos.

—¿Cómo obtenéis las lecturas? ¿Las cajas envían algún tipo de señal?

—Solo las de localización. Sabemos dónde van, pero la señal no nos permite saber si hay contaminación; para ello tenemos que mirar en las cajas. Pero lo averiguamos cuando regresan.

De nuevo ella no lo comprendió.

—¿Regresan aquí, como las palomas mensajeras?

Bruce sacudió la cabeza.

—Vuelven porque saben que aquí tienen comida, y también para aparearse. Solo soltamos las hembras; nos quedamos aquí a todos los machos adultos. Las águilas son como todas las demás especies: buscan la ruta más corta para la continuidad genética. No hay bastantes machos salvajes ahí fuera para atender a todas las damas que soltamos. En un par de años, algunos de los jóvenes machos que se están criando aquí serán lo

bastante maduros para comenzar a aparearse en libertad; pero, hasta que lo hagan, las hembras vuelven aquí. Al menos, lo hacen la mayoría.

En su mente, Lany vio el pájaro decapitado en el suelo cerca del cuerpo de Tom.

—Tengo que enviar un correo electrónico —dijo—. Ahora mismo.

Mientras rezaba por su seguridad, Janie comprendió por qué las personas se hacían religiosas. Se dejaría caer de rodillas y adoraría a cualquier cosa que la hiciese superar esa noche de terror. Se hallaba en algún lugar de la carretera 9, en un granero ruinoso situado lo bastante lejos del camino para que no 349

pudieran verlo fácilmente, pero lo bastante cerca para una rápida huida, si era necesario. El hambre la incitaba a seguir adelante, pero el cansancio no se lo permitía.

Con el cuerpo rígido y dolorido, se tendió sobre la manta y se envolvió lo mejor que pudo. El suelo de tierra era duro, y los pocos fardos de paja que encontró estaban húmedos en la superficie, así que no se arriesgó a abrirlos en la oscuridad. Solo el dios al que estaba dispuesta a rendir culto sabía lo que podía acechar dentro de la paja vieja.

Un ratón pasó a unos pocos centímetros de su cabeza; oyó el suave rascar de las diminutas garras en el absoluto silencio.

—Vete —dijo, y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de comenzar a hablar sola.

Era muy tarde cuando Lany acabó de relatar finalmente a Bruce, Fredo y otro de sus «lugartenientes» todo lo referente a las dos pequeñas comunidades.

—Lamento lo del pájaro. Pero atacó a Tom cuando aún estaba a medio descenso. No supe qué otra cosa hacer.

Bruce no dijo nada del águila muerta.

—¿Ese Tom es el marido de quién?

—El marido de Janie. La columna cayó sobre él. Perdió una pierna. Bruce se sentó de nuevo en la silla.

—Fue terrible. Su hijo lo vio todo.

—Su hijo.

Lany se extrañó un tanto de que él prestara atención a esos detalles, pero descartó el pensamiento mientras continuaba insistiendo en la necesidad de enviar el mensaje.

—Tienen muestras de la nueva bacteria que encontraron en una zona próxima al recinto. Bien podría ser la misma cosa que ha elaborado la Coalición. Necesito avisarles.

Bruce volvió al presente.

—No puedes. Alguien de la Coalición podría interceptarlo y entonces sabrían que estamos enterados de lo que hacen. No podemos correr el riesgo.

—Quizá pueda transmitirles la idea sin necesidad de decírselo de modo explícito.

—¿Cómo?

Ella se estrujó el cerebro buscando una solución.

—Le han puesto un apodo a las muestras que recogen: flores de Sam. Puedo usar eso. Lo deducirán, pero nadie más lo hará.

—No. Eso es demasiado obvio.

350

—Por favor —suplicó Lany—. Mi hijo está allí. Perdí a mis dos hijas por el DR. SAM. No puedo perderlo a él también.

Vio la dureza en su rostro. «Dales nombres —pensó—, haz que sean humanos, así se ablandará. Como se hace con los secuestradores.»

—Por favor, escúchame. Hay más personas allí, Caroline y Michael, su pequeña hija Sarah...

Lany vio cómo le cambiaba la expresión. Por un momento, el hombre de la cicatriz que ella solo conocía como Bruce pareció hundirse en una profunda tristeza. Luego se levantó bruscamente y la miró.

—De acuerdo —dijo con voz temblorosa—. Piensa en lo que quieras decir, y si yo creo que no nos delatará, lo enviaremos.

Sus camaradas lo miraron atónitos mientras salía de la habitación con un portazo.

Janie oyó un aleteo encima de su cabeza y abrió los ojos. Vio un pinzón amarillo que volaba entre las vigas del techo. Se apoyó en un codo, sin entender cómo se había hecho de día cuando ella solo había pretendido dormir un poco. Por la rigidez de las articulaciones comprendió que había dormido varias horas. Cuando giró para sentarse, le dolió la espalda, entumecida por el helor del suelo. La yegua permanecía tranquila donde la había atado, y resopló al verla despierta.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Janie—. Salgamos de aquí. El sol aún no había asomado por encima del horizonte y una delgada capa de escarcha

cubría el suelo mientras cruzaban un prado hasta la carretera. El aliento del animal formaba pequeñas nubes en el aire; Janie se levantó el cuello de la chaqueta y agachó la cabeza para protegerse del frío. La yegua trotaba a buen paso, sin necesidad de estímulo. Pasaron por varias granjas abandonadas y graneros con los techos hundidos. Un maizal donde en otra época podría haberse ocultado todo un equipo de baloncesto estaba ahora en barbecho. En menos de una hora, llegaron a la carretera 9 y tomaron los conocidos senderos que llevaban hasta el río.

Una hora más tarde, Janie distinguió el puente.

Guió a Jellybean hasta un altozano para observar mejor, sacó los prismáticos y los enfocó en la entrada del puente. Casi una década de abandono había dejado los rieles de metal rojos de óxido. Bajó los anteojos y se fijó en los pilares, repletos de madrigueras de toda clase.

Los bajó un poco más y vio los campamentos.

Se le cayó el alma a los pies y revivió el horror del cruce con Tom. Ya por entonces los campamentos se extendían bajo el puente, y casi se habían vuelto por temor a lo que podía pasar si lo cruzaban. Gracias a alguna invisible fuerza 351

benigna, habían conseguido atravesarlo casi sin tropiezos, y de nuevo al regreso. Pero aquello era en los primeros días; los que habitaban debajo del puente se habrían endurecido con años de privaciones y estarían mucho más desesperados. Ahora se encontraba sola, con un cuchillo y un arco como armas, sin ningún hombre para protegerla, montada en un caballo que podía quedarse cojo en cualquier momento.

Una presa fácil.

Pero el siguiente puente estaba dieciséis kilómetros al norte, y después de cruzarlo tendría que retroceder todo el camino a lo largo del río hasta el punto en que se hallaba en ese momento para poder llegar a la carretera que llevaba a la montaña. Observó la orilla buscando algún tipo de barcaza o transbordador, con el ferviente deseo de que algún emprendedor de este nuevo mundo hubiese puesto algo así en funcionamiento. Para cruzar el río, podría entregar algo, cualquier cosa menos la yegua. Pero no había nada. Ir al norte hasta el siguiente puente significaría otro día entero de viaje; sencillamente no había tiempo. Abandonó la carretera para descender hasta la ribera. La pendiente era suave, y alcanzaba a verse el lecho del río debajo del agua hasta unos diez metros más adelante, antes de desaparecer de la

vista. Como había dicho Tom, habían construido el puente allí porque en un tiempo había sido un vado. Miró

el agua fría. La corriente era rápida, y el caudal había aumentado con las lluvias de primavera y la nieve derretida. Pero el río era poco profundo, con el lecho a menos de un metro en algunos puntos del vado. Había un tramo de unos diez metros donde la yegua tendría que nadar hasta que volviera a encontrar apoyo para los cascos en el lado opuesto.

«Si pudiese ayudarla con una pértiga mientras nada, podríamos conseguirlo», pensó. Escudriñó la orilla en busca de una rama larga y vio un árbol joven tumbado por los castores. Las marcas de los dientes se distinguían claramente en la corteza y los mordiscos típicos de los castores habían dejado una punta muy afilada en el lugar del corte. Era como si el castor hubiese sabido que aparecerían y les hubiera dejado una pértiga perfecta. Desmontó y con el cuchillo cortó las ramas pequeñas; luego volvió a montar en Jellybean. Con palabras suaves, animó a la yegua a bajar la pendiente. El animal bajó lentamente pero con sorprendente equilibrio. Llegaron de nuevo al borde del agua, y Janie la detuvo. Continuó hablándole como si el caballo pudiese entenderla; no había nadie más disponible para compartir su dilema.

Eso al menos era lo que ella creía.

—Si entramos en el agua, podremos llegar a casa hoy para que pueda volver a calentarme. —Palmeó al animal en el cuello—. ¿Tú qué crees?

La yegua relinchó.

—Lo tomaré como un sí.

352

Aflojó las correas de la alforja y se improvisó algo parecido a una mochila, que se sujetó a la espalda. A continuación, con la pértiga atravesada en la montura como un funámbulo, clavó los talones en los flancos de la yegua y se dirigieron al agua.

Para TCMEKASET de L. No saquéis a Sam

Evan miró el e-mail.

—Tiene que ser de mi madre —afirmó—. Pero no tiene ningún sentido.

¿Qué significan todas esas letras?

Michael estaba detrás del muchacho, todavía en pijama. La campanita había sonado en plena madrugada; y aún era algo lo bastante extraño para que todos se despertasen.

—Somos nosotros —dijo—. Nuestras iniciales. Pero ¿qué quiere decir con

«No saquéis a Sam»?

Mientras Michael pensaba en el significado del extraño mensaje, Evan leyó

todas las letras en silencio.

—Tienes razón. Tenemos que ser nosotros. Pero no hay ninguna dirección de réplica visible. No puede haberlo enviado desde el ordenador de bolsillo, o la dirección aparecería.

—«No saquéis a Sam...» —repitió Michael—. Espera un momento; no quiere que tomemos muestras.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé —respondió Michael, después de una pausa.

Ambos guardaron silencio. Su concentración fue rota por la llegada de Alex.

—¿Dice algo de mamá? —preguntó el niño.

Tras dirigirle a Michael una mirada de preocupación, Evan respondió:

—No. Pero algunas veces no tener noticias es buena noticia. Estoy seguro de que está bien.

La yegua oyó a los intrusos antes que Janie y comenzó a moverse inquieta al borde del agua. Ella creyó que sencillamente titubeaba en entrar en la fría corriente y le habló con voz cariñosa para tranquilizarla.

—No pasa nada, nena...

Entonces el crujido de unas ramas le hizo volver la cabeza. Dos hombres andrajosos bajaban por la ribera directamente hacia ella, y uno llevaba una cuerda en la mano.

No les interesaba Janie, querían a Jellybean. Ella era prescindible, solo otra boca que alimentar.

—¡Arre! —gritó.

Azotó con las riendas la grupa de la yegua, y el animal se lanzó sin más a la helada corriente. Janie miró a sus perseguidores cuando Jellybean estaba con el agua hasta las rodillas. Su súbita entrada en el río, los había dejado empapados y la sorpresa del agua helada los había detenido por un momento, pero no pasó

mucho antes de que reanudaran la persecución.

—¡Adelante, Jellybean, vamos!

La yegua avanzó, seguida por los dos hombres. Janie se volvió e intentó golpearlos con la pértiga; cuando uno de los atacantes sujetó la vara, ella empujó con todas sus fuerzas y le clavó la punta en el pecho. La sangre le manchó la camisa. El hombre soltó el palo y se hundió en el agua. El otro siguió el ejemplo del compañero e intentó hacerse con la pértiga, pero Janie la apartó de su alcance justo a tiempo. El asaltante se dio por vencido y se volvió para ayudar al compañero caído.

Janie miró hacia la orilla opuesta. Aún parecía estar a mil kilómetros. Cuando el agua comenzó a entrarle en las botas, comprendió lo helada que estaría durante las siguientes horas. Para cuando le llegó a las rodillas, ya había perdido toda sensibilidad por debajo de ese punto. Necesitaba de todas sus fuerzas para golpear con los tacones los flancos de Jellybean porque la corriente tiraba de sus piernas, pero tenían que seguir adelante. Se inclinó para apoyarse contra el cuello de la yegua, a sabiendas de que necesitaría de todo el calor de su cuerpo a medida que subía el nivel del agua. Jellybean continuaba pisando el fondo, pero parecía que con cada paso flotaba un poco. Finalmente, los cascos dejaron de tocar el suelo; Janie notó el ligero hundimiento cuando el lecho del río quedó fuera del alcance. El agua tocó el vientre de Janie, y ella casi gritó por la impresión. Le entraron náuseas y vomitó, pero solo escupió bilis, porque no tenía nada en el estómago. Cuando la yegua dejó de tocar el fondo, comenzó a nadar como una campeona, pero la corriente primaveral las arrastró río abajo. Janie clavó la pértiga para empujar hacia adelante y río arriba al mismo tiempo. Así y todo, iban a la deriva, a una velocidad mucho mayor de la que había esperado; se movían hacia el sur casi tan rápido como hacia el oeste.

—¡Vamos, nena! —gritó Janie por encima del estrépito de la corriente. Apretaba las piernas contra los flancos del animal con todas las fuerzas que podía y clavaba la pértiga una y otra vez en el fango del fondo. Apuntaban hacia un banco de arena en el lado opuesto; pero, al ritmo que se desviaban, Janie vio que podían perderlo. Más allá, el río se ensanchaba; la costa quedaría mucho más lejos.

Con los labios amoratados, rezó: «Por favor, deja que llegue a casa para ver a mi esposo y a mi hijo de nuevo». Apretó los dientes y clavó la pértiga en el fango con todas sus fuerzas.

29

Mi amado Alejandro:

Rezo para que esta mañana te encuentre a ti y a tu hija sanos y salvos. Siento un poco revuelto el estómago; sé que esto pasará, pero no lo bastante pronto.

¡De Chauliac le ha regalado a Guillaume un magnífico cuchillo! Ayer hizo que trajeran unos cuantos trozos de madera noble, y se los regaló

para que haga sus tallas. El niño está enormemente complacido con estas espléndidas cosas, y en el momento oportuno para calmar su espíritu, porque hemos tenido algunas noticias desafortunadas. Su compañero de juegos, el hijo de una de las cocineras, ha enfermado de viruela y no ha venido a la casa desde que le apareció la primera pústula. Al principio temí mucho por Guillaume; cada día lo he examinado a fondo, y por la gracia de Dios, o así creí, no mostró ningún síntoma. Al cuarto día de mis exámenes, me mostró el lugar del brazo donde, según él, *«grand-père* me rascó el brazo para alejar la viruela». Por supuesto, te pediré que me expliques esto a tu regreso, que espero y rezo para que sea pronto. Nuestro progreso en la *Cyrurgia* continúa. Esta mañana —Dios sea alabado por la rapidez del trabajo— discutimos y anotamos las teorías del padre Guy sobre el mal aliento. De no haber sido este un libro serio, querido mío, me habría reído con muchas ganas. Desde luego, ya lo leerás a tu vuelta pero no puedo contenerme de copiar unas líneas para animarme. Incluso el padre Guy se rió cuando leyó lo que él mismo había escrito.

«En la curación del hedor del aliento hay dos reglas, la común y la particular. La común es la de la dieta y la purgación. Debe ser hecha de acuerdo con el tipo de humor del que proviene el mal olor o la inmundicia. Se sabe que el mal aliento y su parecido con el olor del 355

pescado podrido es una malvada consecuencia en las fiebres agudas. Y

las sustancias de las gachas y de todos los caldos y sopas y el ajo y las cebollas producen mal aliento.»

Trae tu dulce aliento de nuevo a París para que una vez más se mezcle con el mío.

A la mañana siguiente, la esposa del sastre comenzó a sentirse mal. Se fue a la cama a mediodía, con su única hija para atenderla. Cuando la aterrorizada niña les abrió la puerta a Alejandro y Kate, les dijo:

—Hice lo que nos dijiste, pero mi madre y mi padre no están mejor. Ellos la siguieron hasta el hogar, donde había un cubo y un paño. Un rastro de gotas de agua en las ásperas tablas del suelo conducía hasta donde yacían los padres, en jergones de paja. Alejandro se arrodilló entre ambos y apartó

las mantas. No hizo falta tocar a ninguno de los dos, porque los bubones eran bien visibles, y sus ojos le dijeron todo lo que necesitaba saber. Miró a Kate y vio en su expresión que ella compartía su opinión: había pocos motivos para sentirse animados.

—Los estás atendiendo muy bien —felicitó a la niña mientras se levantaba, callándose sus dudas. Intentó sonreír, aunque estaba seguro de que el gesto se había quedado muy lejos—. Eres una niña muy buena y valiente. Kate lo sujetó ligeramente por el brazo y lo apartó del hogar.

—Sé muy bien los sufrimientos que aguardan a esta niña —susurró.

«No debes dejar que escupa la medicina —recordó que le había dicho muchos años atrás—. Por más que proteste, debo tragarla.»

Maldijo la fuerza de la naturaleza que había cambiado las aguas de la madre Sarah y las había convertido en un líquido transparente e inocuo en lugar del sulfuro sanador. Miró de nuevo a la niña, que se había arrodillado otra vez entre sus padres con el paño en la mano y les enjugaba obedientemente el sudor de la frente. Era una niña delgaducha de largos cabellos rubios y grandes ojos de un color azul claro, muy parecida a Kate en su infancia. Se le partió el corazón con el conocimiento de que la niña bien podría no vivir para convertirse como su hija en una mujer adulta.

Como si le hubiese leído el pensamiento, la niña lo miró y le preguntó con voz temblorosa:

—¿Yo también voy a enfermar?

Ambos sabían que la verdad asustaría a la niña. Kate la tocó con suavidad en el hombro y le respondió:

—Solo Dios sabe lo que ocurrirá. Debes preguntárselo a Él. Continúa haciendo lo que has hecho hasta ahora. Eso ayudará mucho a tus padres.

—¿Los ayudará a vivir?

—Te lo diré de nuevo: solo Dios lo puede decidir —dijo Alejandro después de un breve titubeo—. Ahora debemos irnos.

Una expresión de absoluto terror apareció en el rostro de la niña.

—Por favor, ¿no os podéis quedar, aunque solo sea un poco más?

—Lo siento, pequeña, pero hay más personas que seguramente caerán enfermas y debemos prepararnos. Volveremos mañana.

Su valiente gesto de asentimiento hizo que las lágrimas asomasen a sus ojos.

En el callejón, Kate se aferró a su brazo y se apoyó contra él.

—Oh, padre —susurró—. Detesto dejarla.

—Yo también, hija. Pero no hay nada que podamos hacer. Lo que dije es verdad. Debemos prepararnos.

Ninguno de los hijos de Blackwell estaba fuera de la casa cuando regresaron.

—Los tengo a todos dentro —respondió Blackwell cuando le preguntaron por ellos—. No estoy dispuesto a perder a estos niños, lo juro.

—Entonces será mejor que los dejéis salir —afirmó Alejandro. Blackwell lo miró con desconfianza.

—No lo entiendo. En la taberna dijisteis que todos debíamos permanecer dentro de nuestras casas.

—Lo sé, y esto es prudente para los que viven muy cerca unos de otros, como aquellos que viven alrededor del mercado. Pero aquí, donde hay una buena distancia entre vuestra casa y la siguiente, es mejor dejarlos que salgan al exterior.

—Pero los humores de la peste...

—... es tan probable que vivan dentro de la casa como fuera. Quizá más. Estuvo a punto de contarle al hombre la visión de las ratas que escapaban de una casa incendiada donde siete personas yacían muertas, una visión que lo perseguiría para siempre. Pero ya había sido bastante difícil convencer al erudito De Chauliac, que seguía sin estar del todo de acuerdo e insistía en que el humor viajaba del aliento de una víctima a la otra. «Ambos tenemos parte de razón», fue la frágil paz que habían establecido finalmente en este punto. Aunque Blackwell no era ningún tonto, era poco probable que, en medio del horror, atendiese a unas bien meditadas explicaciones científicas.

—Nos ocuparemos de cualquier miembro de vuestra familia que caiga enfermo, si eso llega a ocurrir —dijo Alejandro en voz baja.

—Rezaré con fervor para que dichos cuidados no sean necesarios —declaró

Blackwell con voz temblorosa.

—Lo mismo haré yo —dijo el médico.

357

Para el mediodía del día siguiente, otras seis personas de Eyam habían caído enfermas, y docenas más mostraban los síntomas. Alejandro y Kate trabajaron hasta bien entrada la noche cuidando a los enfermos y procurándoles todo el alivio posible. Cuando ya estaban exhaustos, Alejandro fue a ver a los prohombres de la ciudad.

—No podemos continuar de esta manera —les dijo—. Corremos de casa en casa para dar atención a los enfermos. ¿No podemos reunirlos a todos en un único sitio para atenderlos y tenerlos cómodos?

Los prohombres hablaron entre ellos brevemente y después uno preguntó:

—¿Cuántos son ahora los enfermos?

—Quizá unos treinta. Sin duda serán más los que sucumbirán. —Alejandro exhaló un largo suspiro—. En aquellas casas que la peste no ha tocado, sus ocupantes deben permanecer allí. Pero donde haya entrado, la peste no mostrará más clemencia aquí que en Londres; todos los habitantes de esas casas caerán enfermos. Deben acompañar a los suyos al lugar de cuarentena. Hasta que caigan enfermos, podrán cuidar de sus seres queridos.

—Solo tenemos la iglesia con suficiente capacidad para todos —señaló otro anciano.

—¿Qué pasará cuando se llene la iglesia? —preguntó el primero.

—Se llenará, os lo aseguro —añadió Alejandro al ver sus expresiones de horror.

Discutieron entre ellos muy acaloradamente mientras el médico esperaba, cada vez más impaciente. No llegaron a ningún acuerdo sobre un lugar para aquellos que no cupieren en la iglesia, pero en cambio se centraron en algo más obvio.

—¿Quién llevará estas órdenes a la gente?

Una vez más discutieron, como si Alejandro no estuviese allí. Por fin, cuando a este se le agotó la paciencia, gritó por encima de las voces:

—Vosotros las llevaréis.

Hubo un silencio inmediato. Miró a los ojos uno a uno a todos los que estaban sentados a la mesa, y después repitió, en voz más baja:

—Vosotros lo haréis.

No hubo ningún arco de victoria para recibir a los guerreros que volvían, porque habían regresado con las manos vacías como recompensa por sus esfuerzos, excepto un hombre enfermo. El pobre alcaide se quedó solo con el rastreador enfermo mientras todos los demás se marchaban. Las palabras de De 358

Coucy todavía resonaban en sus oídos: «Encárgate de que alguien se ocupe de este hombre».

Se acercó despacio a la angarilla y se inclinó sobre ella, al tiempo que se preguntaba qué había querido decir De Coucy con aquella vaga orden. El enfermo tenía el rostro muy pálido y cubierto de sudor. Tosía frecuentemente con una tos muy profunda. Sin saber qué podía hacer, el alcaide se alejó a toda prisa en busca de la vieja tata, que sin duda tenía experiencia en estos casos. Cuando la encontró en los aposentos de la princesa, la vieja estaba arrastrando a una lavandera por la oreja, a pesar de su edad y fragilidad, y gritaba maldiciones por la indolencia e incapacidad de la chica.

—Debes venir conmigo —le dijo el alcaide—. Necesito con urgencia tu consejo.

La llevó hasta la ventana y le señaló la angarilla. Un círculo de curiosos la rodeaba, pero todos se mantenían prudentemente apartados. Cuando la tata vio al hombre enfermo, se persignó al instante. Despachó a la lavandera, que se marchó llorosa, y luego se volvió hacia el alcaide.

—Hay que ponerlo en cuarentena —dijo, y volvió al salón.

—Pero ¿qué pasa si es la peste? —preguntó el alcaide, con el terror en su voz.

—¿Cómo podemos saberlo desde esta altura? —gritó ella—. No soy médico, ni hay ninguno en el castillo. Más te valdrá llamar al astrólogo de la reina, y que él decida lo que se debe hacer. Pero ahora mismo tienes que aislar a ese hombre, o moriremos todos.

El alcaide la miró mientras ella se marchaba, sin saber qué guardaba la mujer en su corazón. Pero sabía que, después de servir durante décadas a los Plantagenet, era muy fácil ocultar los verdaderos sentimientos.

Sentado en el trono con su esposa a su lado, el rey Eduardo escuchaba atentamente mientras el astrólogo de la corte, en voz baja para que los demás presentes en la sala no lo oyesen, expresaba su erudita opinión sobre la salud del rastreador enfermo. El rey consideraba al astrólogo como un charlatán, porque en varias ocasiones había guiado a la reina por senderos que el monarca consideraba lamentables. Para complicar todavía más las cosas, el astrólogo tenía una voz aguda y rechinante. Era tan acertado en cuestiones del cuerpo como el médico de palacio, algunas veces más, pero ninguno de los dos valía un escupitajo, en opinión del rey.

—Hay en este momento una inesperada yuxtaposición de Saturno con Venus; estas dos fuerzas opuestas se han apoderado de los órganos internos

del hombre y han utilizado su bazo como puerta de entrada. Es una enfermedad 359

muy desdichada, una de la que me temo no podrá sanar. Sus humores están totalmente desequilibrados.

—Habla con claridad —susurró el rey—. Quiero saber si esto es contagioso.

—No lo puedo decir, señor. Necesitaré más tiempo para hacer más lecturas.

—¿Cuánto tiempo?

—Quizá un día o dos; los cálculos son muy difíciles.

El rey se levantó muy despacio, pues la gota lo hacía sufrir terriblemente después de los excesos de las fiestas. El pequeño y delgado astrólogo se apartó

sin pensarlo al ver la impresionante figura del monarca en toda su estatura.

—Vete —dijo el rey.

—¡Eduardo! —protestó Phillippa—. Ha venido a petición mía para ayudarnos...

—No es de ninguna ayuda —la interrumpió el rey, que bajó la voz de nuevo para que nadie oyese lo que decía—. Estoy más confuso que antes de consultarlo. Tenemos el palacio lleno de invitados... Imagínate las consecuencias si la peste atraviesa estas paredes cuando toda la realeza de Europa está aquí

para asistir a la boda de nuestra hija.

Por unos momentos, Phillippa se quedó muda. Después musitó:

—Al menos podrías tener la cortesía de permitir que acabase de explicar...

—Soy el rey. Nadie me obliga a ser cortés. Ya he oído suficientes tonterías sobre confluencias, influencias y malos humores. —Miró por un momento a los reunidos, buscando por hábito a su viejo amigo, pero recordó con tristeza que Chandos no se hallaba allí. Volvió a tomar asiento y llamó a un paje—. Busca a Gaddesdon —le ordenó ásperamente— y envíamelo de inmediato. El paje partió a la carrera en busca del médico del rey. Los presentes se hicieron a un lado para dejarlo pasar, y después cerraron filas alrededor del rey. El soberano sonrió e hizo un gesto a los músicos para que tocasen, y las conversaciones se reanudaron entre los cortesanos y dignatarios como si nada hubiese ocurrido.

Algunos de los residentes de Eyam fueron voluntariamente a su confinamiento; otros protestaron con vehemencia, y hubo que llevarlos por la fuerza. Para el tercer día del brote, había cuarenta almas afectadas por la peste, y otras veinticinco que presentaban los mismos aterradores síntomas. La iglesia estaba llena casi hasta su totalidad. Para el final del cuarto día, más de la mitad de la población de la ciudad se encontraba aislada, incluidos cuatro de los ancianos.

Cuando la noticia de la peste se propagó a las ciudades vecinas, llegaron ofrecimientos de ayuda, la mayoría gritados a través del mismo cementerio por donde había entrado la peste en las piezas de tela del sastre. Muy pronto, 360

algunas personas de las ciudades no afectadas al norte de Eyam llevaron provisiones: sacos de trigo, hogazas de pan, bolsas de lentejas, queso duro, todo colocado en una pila al borde del cementerio. Una vez al día, algunas de las personas sanas iban a recoger los suministros. La única persona que salía de Eyam era el encargado de enterrar a los muertos.

La epidemia continuaba propagándose como el fuego por la ciudad. La desesperanza que la peste había llevado a tantos pueblos se posó sobre Eyam como una mortaja.

Hasta el séptimo día.

—¿Cómo estás hoy, bonita? —preguntó Kate.

Lo había preguntado sin esperar ninguna respuesta de la niña que yacía en un jergón en el suelo de la iglesia. La última vez que había estado con ella, la niña parecía hallarse muy cerca de la muerte.

—Mucho mejor, gracias —dijo la niña.

La voz era débil, pero Kate notó la convicción en ella.

—Sorprendente —susurró.

Le dio de beber, y después se marchó. Cuando encontró a Alejandro, lo arrastró del brazo fuera del alcance del oído del hombre al que había estado atendiendo.

—Debes venir conmigo para ver algo —le dijo, ahogando sus protestas. Él la siguió hasta el lugar donde estaba la niña, ahora despierta y sonriente. Kate le arregló durante unos momentos los cabellos y le acarició la cabeza; después se apartó.

—Se está recuperando —manifestó Alejandro, asombrado.

—Ayer estaba tan enferma que creí que esta mañana la cargaríamos en el carro —dijo Kate—, quizá incluso anoche.

Miró a las docenas de personas que yacían enfermas y, presumiblemente, agonizantes.

—He advertido algo extraño, padre. Muchos en este pueblo tendrían que haber caído enfermos en virtud de su proximidad con los afectados, pero no ha sido así.

Él había estado hasta tal punto ocupado en la atención de los enfermos que no había reparado en ello.

—Tienes razón —repuso con un tono de desconcierto.

Miró en derredor para confirmar lo que Kate había dicho. Los maridos atendían a sus esposas sin caer enfermos, y los niños, entre ellos la hija pequeña del sastre, cuidaban de sus padres sin siquiera un estornudo. 361

—A menos que la naturaleza de la peste haya cambiado —le comentó a Kate—, y no veo ningún indicio de tal cosa en los que la están sufriendo, tiene que haber algo en Eyam que protege a sus residentes.

El hombre de Eyam se acercó a la pila de provisiones que la gente del norte había dejado poco antes. Sería una carga muy pesada de llevar a la ciudad, pero estaba muy dispuesto a hacerlo porque tenía hambre y había pan fresco en la pila. Lo olía; se le hizo la boca agua.

«¿Qué mal hay si cojo un pan para mí?», pensó. Consideró lo bueno que sería llenarse la barriga y se convenció de que una hogaza de pan no cambiaría las cosas para una ciudad llena de gente, la mayoría de los cuales se hallaban demasiado enfermos para comer.

Siguiendo el rastro del olor, encontró el pan en el tercer saco. La hogaza que sacó de la bolsa aún se mantenía caliente, con la corteza todavía sin endurecer; la debían de haber sacado del horno justo antes de cargar las provisiones. Sujetó el pan caliente con las manos y disfrutó de su calor; era una tarde fría, con el cielo cubierto de negros nubarrones. Se acercó la hogaza a la nariz y olió su delicioso aroma. En el momento en que iba a darle el primer mordisco, la hogaza estalló.

El hombre soltó un alarido mientras dejaba caer las migas que aún le quedaban en la mano, y miró en la dirección por donde había venido la flecha.

A una corta distancia en el bosque, sir John Chandos se rió. Colgó el arco en el pomo de la montura y tendió la mano hacia Benoît, quien depositó una moneda en ella con un gesto de disgusto.

—No sois muy prudente con vuestras apuestas —dijo Chandos—. Es de esperar que os vaya mejor con lo que viene después.

Le indicó a Benoît que lo siguiera y, clavando las espuelas a su caballo, salió

de la protección del bosque. Cabalgaron hasta donde estaba el pobre hombre, con las manos levantadas y temblando como un azogado.

—No robarás —le reprochó Chandos mientras se acercaba. Se detuvo a pocos pasos del ladrón y lo miró.

—Mantened la distancia, señor, porque hay peste en el pueblo —suplicó el hombre, que cayó de rodillas.

—Soy muy consciente de ello —manifestó Chandos—. He visto vuestra bandera. Estoy conmovido por la bondad de vuestros vecinos al enviar comida para los enfermos. Transmitiré un informe de su generosidad al rey, quien, sin duda, los recompensará. En cuanto a ti, transmitiré un informe de tus acciones a 362

la gente de tu ciudad, que quizá no las consideren con tanta bondad. Es una infamia que robes lo que está destinado a ser compartido.

—Tengo derecho a mi parte, señor —repuso el hombre, tembloroso—. Solo tomaba lo que es mío un poco antes.

—Ciertamente —replicó Chandos—. Mucho antes, por lo que parece. Su caballo relinchó y corcoveó; el hombre se puso fuera del alcance de los cascos.

—¿Cómo está soportando tu gente la peste? —preguntó entonces Chandos.

—Hasta ahora bastante bien, señor, aunque todavía tememos por nuestras almas. Hemos sacado muchos muertos.

Chandos miró la hilera de tumbas.

—Te ofrezco las condolencias de tu rey, y también las mías. Pero dime, ¿hay alguna comadrona o barbero en la ciudad para sangrar a los que han caído enfermos?

El hombre mostró un súbito entusiasmo.

—No, no hay ninguno, señor. Pero por un extraordinario golpe de suerte, tenemos un médico, un viajero que llegó una semana antes de que comenzase la peste. Hay una dama con él, su hija, según dice.

—Un extraordinario golpe de suerte... ¿Cómo es que un médico rondaba por las cercanías cuando llegó la peste?

Aunque el hombre estaba claramente asustado por el soberbio caballero, tuvo el sentido común de sopesar la curiosidad que mostraba Chandos.

—No lo puedo decir, señor.

—No, supongo que no puedes. Sin embargo, hace que uno se pregunte si no habrá sido él quien la trajo, con el propósito de obtener gloria cuidando de los enfermos.

En este asunto, el hombre sí que tenía una opinión.

—Oh, no, señor. Los ancianos dicen que vino en las piezas de tela del sastre. Las trajo de Londres, en contra de los edictos.

—Entonces estoy seguro de que es así, si lo dicen los ancianos. Sin duda ese médico no tiene nada que ver con ello, por mucho que sea una coincidencia. —

Se inclinó hacia adelante y dijo en voz baja—: Compartiré una información contigo, por el bien de tu ciudad. He oído hablar de un médico viajero, porque pasó por las cercanías de Windsor en compañía de una hermosa mujer rubia. El hombre es judío, y la mujer una bruja. Hemos oído que poseen el mismo veneno que llevó la muerte a los pozos de toda Francia. El hombre soltó una exclamación. Chandos le concedió un momento para que asimilase lo que acababa de decir, y después lo saludó con un gesto y añadió:

—Que tengas un buen día, señor. No robes nada más, porque si me entero, vendré con una espada preparada para quitarte la mano. Rezaré para que tu 363

ciudad se libre de la peste, y que los visitantes no obren demasiada magia con vosotros.

Hizo girar el caballo y se alejó lentamente al trote, escoltado por Benoît. Al cabo de unos pocos pasos, Chandos se volvió hacia su despreciable compañero, que no había dicho palabra durante todo el encuentro.

—Lo has hecho muy bien —le dijo a Benoît con una sonrisa burlona.

El hombre no llevaba ni cinco minutos en Eyam cuando comenzó a hablar de su encuentro con el temible caballero. El rumor se propagó como el fuego por la población; pasó por la iglesia y la taberna como si tuviese alas. Los murmullos siempre eran los mismos: una bruja y un judío; han traído la peste con ellos.

Alejandro y Kate se estaban tomando un breve descanso en un banco de la plaza del mercado, cuando los ancianos del consejo se enfrentaron a ellos.

—¿Es verdad lo que dicen, que habéis traído la peste a los inocentes de aquí, solo para haceros un nombre al tratarlos? —preguntó uno de ellos con tono acusador.

Alejandro lo miró, desconcertado.

—Me asombráis, señor. No sé nada del asunto del que habláis.

—¡La peste no apareció hasta que vos llegasteis! ¡Quizá no vino en los paños, sino a través de algún veneno! Ahora nos tratáis, y algunos viven.

—No hemos hecho nada que...

Se adelantó otro de los ancianos.

—Todo esto es obra vuestra.

Alejandro y Kate se miraron durante unos segundos.

—No sabemos nada de lo que nos decís —insistió Alejandro—. Pero, tras nuestras observaciones, hemos llegado a la conclusión de que hay algo en Eyam que impide que se propague la peste. Es algo notable, sin duda, pero...

—Sería un proceso mucho más natural que muriesen —dijo el tercero de los ancianos—. Habéis interferido en el plan de Dios, como el propio Satanás.

—El proceso no tiene por qué ser tan natural. Hemos visto en el pasado algunas maneras de atenuar la maldición...

—¡Lo veis! Brujería. —Señaló a Kate—. Ella es una bruja. —Después se volvió hacia Alejandro—. Vos sois judío.

Padre e hija se levantaron.

Los ojos del anciano se entrecerraron.

—Vos sois el diablo y ella es una bruja, y estáis utilizando vuestros malvados venenos contra nosotros —le espetó.

Tras intercambiar una rápida mirada, Alejandro y Kate dieron media vuelta y echaron a correr. Los siguió un coro de maldiciones y una lluvia de piedras. Blackwell se mostró asombrado por la noticia.

—Confieso mis recelos, pero me cuesta creerlo de vos.

—Debéis creernos cuando decimos que no trajimos la peste con nosotros.

—Pero el caballero negro dijo que sois judío.

Alejandro lo miró directamente a los ojos.

—Lo soy.

—Aunque no actuáis como un judío.

Alejandro no manifestó lo que su airado corazón le dictaba: «¿Y cómo se supone que actúa un judío?». En cambio, dijo:

—Todas mis acciones han sido para ayudar a las personas de esta ciudad a costa de ponernos a mí y a mi hija en peligro.

—Sí, lo he visto yo mismo —reconoció Blackwell, que observó cómo Alejandro guardaba sus pertenencias en la bolsa de viaje—. Necesitaréis provisiones. Os daré lo que pueda, aunque será poco; sin comercio, mi despensa es escasa.

—No privéis a vuestra familia —respondió Alejandro—. Nos arreglaremos por nuestra cuenta. Lo hemos hecho muchas veces antes. —Metió la mano en la bolsa y sacó dos monedas de oro, que puso en la mano de Blackwell—. Por nuestro alojamiento. Os damos las gracias por la generosidad de vuestra familia.

Blackwell miró el oro.

—Yo os la doy a vosotros por la vuestra, médico y princesa. —Entonces los sorprendió cuando añadió—: No os delataré. Ahora marchaos con Dios, antes de que cambie de opinión.

—Lo haremos —afirmó Alejandro.

Montó en su caballo y subió a Kate a la grupa. Salieron a través del cementerio, sin descubrir el secreto de Eyam.

Sir John Chandos esperaba fuera de la carretera que salía de Eyam, a sabiendas de que sus presas acabarían por ser expulsadas de la ciudad en algún momento, cuando la semilla de la desconfianza que había sembrado diera sus frutos. Había estado allí todo el día con Benoît a su lado, y hecho todo lo posible para no hacer caso del hombre, que no lo dejaba en paz con sus constantes quejas: tenía hambre, tenía sed, le dolía el trasero de tanto estar montado... La larga espera no era nada nuevo para Chandos, que había conocido muchas en la guerra, cuando el adversario se tomaba su tiempo para presentarse. No lamentaba no ver las justas ni los juglares de la boda de Isabella, aunque sí le dolía perderse las maravillosas voces de los cantantes que 365

habían llevado para endulzar el aire. Se preguntó si los músicos tendrían el adecuado talento para ahogar la estridencia de la novia. Solo cabía esperar que ella se mantuviese callada y no estropease los esfuerzos de su padre, pero eso era algo poco probable.

Su lealtad le exigía permanecer allí, a muchas millas de Windsor, en compañía de un hombre que despreciaba, para esperar a un hombre que admiraba y a una mujer que, en el fondo de su corazón, no quería atrapar. Dejó

que su mente volviese a la niñez de Kate, cuando él le había enseñado a jugar al ajedrez y había acabado por encontrar en ella un magnífico rival. Se vio arrancado de estos agradables recuerdos por la quejumbrosa voz de Benoît.

—¡Debo beber, o moriré!

«No creo que ese feliz acontecimiento ocurra lo bastante pronto», pensó

Chandos mientras Benoît desmontaba. Observó al hombre coger el odre de la montura y dirigirse hacia el arroyuelo que corría a lo largo del camino.

Alejandro guió al caballo a través del bosque al paso más rápido que consideró prudente, a sabiendas de que debían permanecer a cubierto el mayor tiempo posible. Pero muy pronto se encontraron en el linde de un grupo de árboles, el último tramo cubierto antes de que la carretera cruzase un prado. Más allá desaparecía de nuevo en un espeso bosque. Pero, para alcanzar aquel refugio, tendrían que pasar por la zona abierta.

Desmontaron y fueron hasta el linde todo lo que pudieron. Durante unos minutos, ambos observaron el bosque opuesto, atentos a cualquier señal de que sir John estuviese allí a la espera de su aparición.

—No veo nada —dijo Alejandro.

—Yo tampoco —susurró Kate—. Pero el corazón me dice que está allí.

Cuando una bandada de pájaros se levantó de entre los árboles al otro lado del prado, Alejandro supo que su hija tenía razón.

—Allí —dijo Kate, y señaló el arroyuelo donde Benoît estaba bebiendo —. No veo a nadie más.

—Pero Chandos tiene que estar cerca. —Alejandro colocó la mano sobre los ojos a modo de visera y volvió a mirar, escudriñando cada detalle. Un destello captó su atención.

—Mira a la derecha, a unos diez pasos de Benoît. Veo una sombra que no puede ser un árbol. Solo una.

—Lo veo —confirmó Kate.

—¿Puedes dispararle?

—A Benoît desde luego —respondió ella en voz baja—. Pero entonces nos descubriremos a Chandos, y él se pondrá fuera de alcance. —Hizo una pausa—. Intentará acudir en ayuda de Benoît, pues de lo contrario se sentiría avergonzado ante su rey. Cuando lo haga, será vulnerable.

—Entonces dispara primero a Benoît, porque debemos matarlos a ambos. Kate alzó los ojos hacia él con una expresión de total desconsuelo.

—Padre, no estoy segura de poder hacer esto...

—Entonces él nos encontrará. Me matará y te llevará a ti de regreso a Windsor. Solo Dios sabe el destino que te aguarda allí. Ella espió desde detrás del árbol por un momento, y después miró de nuevo a Alejandro. Él vio las lágrimas en sus ojos y asintió con aire grave, como si quisiera asegurarle que lo que iba a hacer era absolutamente necesario. Ella tragó saliva y luego volvió a centrarse en su presa.

Vio a Benoît que llenaba el odre y caminaba a lo largo del borde de la carretera hasta donde aguardaba su caballo, oculto entre los árboles, según creía. Colocó una flecha en la cuerda del arco y apuntó con cuidado. Tiró

lentamente de la cuerda hasta que quedó tensa, y entonces, con el aliento contenido, soltó la flecha. Antes incluso de que bajase el arco, Benoît cayó, con una flecha en el pecho.

—Ha caído —dijo.

Y, tal como había previsto, sir John apareció a la vista. Kate puso otra flecha en el arco y apuntó al objetivo. Tenía un disparo limpio mientras el caballero arrastraba el cuerpo de Benoît al bosque. Tensó la cuerda. Pero le tembló la mano y, pasados unos segundos, bajó el arco.

—No puedo —musitó—. No está en mi alma matarlo.

Alejandro no dijo nada, consciente de que su propio corazón habría detenido su mano, tal como le había sucedido a Kate.

30

Alex no había oído acercarse a Caroline, tanta era su concentración. Así que cuando ella le preguntó qué tenía en la mano, él se apresuró a cerrar los dedos alrededor del tesoro de metal y ocultarlo detrás de la espalda.

—Nada.

—Déjamelo ver, por favor.

De muy mala gana, el chico le tendió la caja de metal. Caroline la miró por un momento y luego alzó la vista hacia él.

—¿Qué es esto?

—No estoy seguro.

No mentía, pero tampoco le decía toda la verdad. Había querido abrir la caja de metal desde la noche en que la había cogido, pero la oportunidad nunca se le había presentado. Ese día, con Kristina ocupada con Evan y su madre ausente, su padre descansando y todos los demás trabajando en los sembrados...

Había estado bregando durante una hora con ayuda de un pequeño destornillador, y al fin había tenido éxito. Después de mirar el contenido —del que no entendía nada—, estaba colocando la tapa cuando apareció Caroline. Él la miró con expresión desdichada, sin decir nada pero pensando: «¿Por qué has tenido que venir precisamente ahora?».

—¿Dónde la conseguiste?

Alex agachó la cabeza, con expresión culpable.

—Dímelo.

—La cogí de la pata del águila. Donde cayó papá.

Al oír esto, Caroline se enterneció y se agachó para ponerse a nivel de los ojos de Alex.

—Entonces esto es importante para ti. No lo sabía cuando te pedí que me la dieses. —Hizo girar la caja en las manos—. Solo quiero mostrársela a Michael y después te la devolveré. La cuidaré bien, te lo prometo. De pronto, él estornudó muy fuerte. Luego tosió con un sonido seco y rasposo.

OceanofPDF.com

—¿Estás bien? —preguntó Caroline.

—Eso creo. —Se encogió de hombros.

—Muy bien. No se te ocurra ponerte enfermo ahora.

—No lo haré.

Alex la siguió con la mirada cuando ella salió de la habitación con su tesoro.

De improviso dejaron de flotar. Janie sintió la encantadora solidez del fondo cuando los cascos de Jellybean hicieron contacto, unos pocos metros más arriba del punto sin retorno. Con cada paso estaban cada vez más afuera del agua y muy pronto llegaron a la orilla. Janie se volvió y miró a la orilla opuesta; vio al hombre que arrastraba al compañero herido a lo largo de la orilla, hacia los campamentos del puente.

El agua chorreaba del caballo y de las prendas empapadas de Janie. Todavía montada, la yegua se sacudió violentamente, y Janie apretó los dientes para no morderse la lengua. Luego Jellybean echó a trotar, como si notase la urgencia del viaje. Janie tiró de las riendas para detenerla y se apeó. Se quitó las ropas mojadas y adheridas a la piel. Apenas si notaba las manos mientras retorcía los pantalones y la chaqueta para quitarles el agua. Cada retorcimiento era una tortura cuando la sangre caliente intentaba volver a los dedos helados. Puso las botas boca abajo para vaciar el agua, y después las golpeó contra el tronco de un árbol para quitar lo que podía quedar; cada golpe le enviaba una dolorosa sacudida por la columna. Solo aquellos artículos que había colocado arriba de todo en la mochila estaban secos; los pantalones de recambio se habían empapado, y también el jersey de lana que había llevado. Tenía calcetines, ropa interior y una camisa secos, y una manta con una punta ligeramente húmeda. Envolvió todo lo demás en la chaqueta y lo ató en un bulto chorreante. Luego Janie Crowe, la mujer de la pradera, volvió a montar en Jellybean en ropa interior, calcetines y camisa, y envuelta en la manta.

«Veinte kilómetros de temblores —pensó—, todos cuesta arriba.» Buscó el sol y lo encontró directamente encima, al sur. Acababa de pasar el mediodía.

Michael sacudió la caja de metal y escuchó para saber si había alguna pieza suelta en el interior. No oyó nada.

369

—No sé lo que es —le comentó a su esposa—. Pero creo que habría que abrirla y ver lo que hay dentro. Puede que sea algún artilugio de rastreo. Si

lo es, contendrá un chip de algún tipo.

Sostuvo la caja con el brazo extendido al máximo para que sus cansados ojos pudiesen leer la inscripción grabada en un lateral.

—908. Me pregunto qué significará.

—Quizá es parte de una serie. Un número de rastreo para un programa de repoblación o lo que sea, pero no creo que sigan rastreando. Asegúrate de volver a montarla correctamente, o tendrás que ser tú quien se lo explique a Alex.

—Sí, querida.

Sería la menor de sus preocupaciones. Dejó la caja en la mesa y fue a buscar su caja de herramientas. Alex miraba desde la puerta mientras Michael quitaba la tapa de la caja con destornillador y alicates como él había hecho antes.

—La maldita cosa está construida como un tanque —comentó Michael mientras se esforzaba para abrirla.

Al fin, la tapa salió disparada y cayó medio metro más allá. Desde el umbral, Alex soltó una exclamación. Corrió a recogerla y se la llevó a Michael.

—No creo que haya sufrido ningún daño —dijo Michael después de echarle una rápida ojeada. Dejó a un lado las herramientas y miró en el mecanismo de la caja misteriosa—. Tráeme mi lupa, cariño, por favor. Caroline fue a buscar la lupa.

—Aquí tienes, Sherlock.

—Gracias. —Colocó la lupa sobre la caja abierta y escudriñó el interior —. Aquí hay un chip, y algo que parece un pequeño transmisor. —Dejó la lupa en la mesa y miró a su esposa—. Ahora mismo, si hay alguien ahí fuera prestando atención, cosa que dudo, creerá que somos un águila.

—Jefe, está pasando algo curioso.

Bruce dejó a Lany y salió al pasillo.

—El 908 vuelve a estar en línea.

El águila había estado fuera de contacto durante un tiempo después de que habían llegado a la conclusión de que caminaba.

—Aparece y desaparece —dijo Fredo. Clavó una chincheta en el mapa en el lugar indicado por las coordenadas.

Bruce miró el mapa topográfico.

—Está en la montaña. ¿Alguna vez hizo esto antes?

—No que yo sepa.

En aquel momento la transmisión cesó del todo. Durante varios minutos no hubo ninguna señal; entonces, con la misma brusquedad, comenzó de nuevo. 370

—Esto no lo entiendo. Solo dejan de transmitir cuando se abren. Aunque el pájaro esté muerto, el aparato seguirá transmitiendo hasta que se le acabe la batería.

Bruce corrió de nuevo a la habitación de Lany.

—Dijiste que habíais matado un águila que tenía una caja en la pata.

—Así es.

—¿Os llevasteis el águila?

—No, la dejamos allí.

—Con la caja en la pata.

Ella asintió con un gesto.

—Espera un minuto —dijo al cabo de unos segundos—. Envié a Alex a buscar el hacha. La había dejado en el suelo cerca de la columna.

—¿Alex? ¿El niño pequeño?

—Sí.

—¿Pudo él llevarse la caja?

—No sin... —Lany se interrumpió, al recordar que había visto sangre en las manos de Alex y se había preguntado si habría tocado a Tom sin que ella lo viese.

Bruce acabó la frase por ella.

—No sin cortarle la pata.

—Aquí tienes, campeón, como nueva. —Michael puso la caja en la mano de Alex y le palmeó al cabeza—. Por favor, guárdala en algún lugar seguro. Alex cogió el pequeño cubo de metal y fue a la habitación de sus padres. Su padre dormía; «de nuevo», pensó. Guardó su tesoro de metal en la caja de madera que había sobre la cómoda.

Janie ya no sabía dónde estaba el sol, pues los árboles que flanqueaban la carretera le obstruían la visión. Se aferraba precariamente al lomo de la yegua, y solo miraba al frente de vez en cuando para saber si el animal seguía el rumbo correcto. Hacía varios años que no pasaba por ese camino y, aun en su estado cercano al delirio, el deterioro del pavimento la sorprendió. Lo único que veía mientras avanzaban ladera arriba eran los trozos de asfalto, porque levantar la cabeza representaba demasiado esfuerzo.

Había enredado los dedos helados en la sedosa crin de Jellybean; era la única manera en que podía sujetarse. Las riendas colgaban del cuello del caballo, y se balanceaban rítmicamente mientras subían. Los pasos del animal eran lentos y pesados, y Janie comenzó a preguntarse si Jellybean tendría las 371

fuerzas suficientes para recorrer todo el camino. No tenía idea de lo que haría si la yegua no daba más de sí.

Pero el animal resistió. Trece horas después de iniciar el viaje con el alba, llegaron al recinto. La verja estaba cerrada, tal como Janie esperaba que estuviese. Sin desmontar, cogió la cadena de la campana y la hizo sonar una y otra vez. Se abrió la verja y vio a Michael, que levantaba una mano y sujetaba las riendas. Hizo entrar a Jellybean y cerró la verja en el mismo momento en que Janie se deslizaba de la montura y caía al suelo.

—Entonces ha tocado la sangre —dijo Bruce, alarmado—. Tuvo que cortarle la pata para coger la caja, y ha tenido que haber sangre.

—El águila ya estaba muerta —le recordó Lany—. Yo le había cortado la cabeza. El corazón ya no estaría bombeando.

—¿Cuánto tiempo antes?

—No lo sé con exactitud. Quizá unos quince minutos.

—En ese momento, la sangre debía de estar asentándose en las extremidades. Si tiró de la caja para sacarla, lo que hubiese en la pata tuvo que derramarse. —Respiró profundamente—. Si el pájaro estaba infectado, él también lo estará.

—¿Sabes cuál es el promedio de infección en tus pájaros?

—No. No les hemos hecho pruebas. Ninguno de ellos se enferma, así que no le vimos mucho sentido. Pero pueden ser portadores, eso lo sabemos a ciencia cierta.

Lany se levantó y comenzó a pasearse por la habitación.

—Tenemos que comunicarnos con ellos de alguna manera y hacérselo saber. Otro e-mail, una paloma mensajera, algo. ¡Hay que decírselo!

Bruce le apoyó una mano en el hombro.

—Por favor, no te espantes. Esto tarda mucho tiempo en desarrollarse, quizá semanas, por lo que hemos visto. Crece poco a poco y se mueve lentamente; la dificultad es que, cuando se manifiestan los síntomas, la enfermedad ya está bien avanzada.

—Ha pasado casi un mes desde que ocurrió.

—No me lo habías dicho.

—No me lo preguntaste. Oh, Dios —gimió Lany—. ¿Responde a algo, a algún antibiótico?

Él titubeó, aunque no estaba muy seguro de por qué.

—Acabamos de empezar a trabajar en algo que esperamos que funcione, pero todavía no lo hemos puesto a prueba. Nos quedan algunos antibióticos antiguos: estreptomicina, aureomicina, algunos pocos de los antibióticos 372

anteriores al DR SAM, pero ninguno de ellos ha demostrado ser completamente eficaz. Parece mutarse con la misma velocidad con que lo atacamos. Lany se dejó caer en la silla y cerró los ojos. Echó la cabeza hacia atrás por encima del respaldo.

—Se trata de un niño muy, muy especial. No podemos permitir que enferme.

Bruce se preguntó qué podía tener más de especial que cualquier otro niño, pero no lo dijo.

—¿Qué demonios vamos a hacer? —se lamentó Lany.

En el silencio que siguió, el pitido de su ordenador portátil en el bolsillo de Bruce sonó a gloria.

J casa sola?????????????

—Ha regresado —exclamó Lany eufórica—. «Casa», dicen. Ha tenido que volver a la montaña. Oh, gracias a Dios. Estará allí para cuidar de Alex si cae enfermo. Dios sabe lo que puede hacer por el chico, pero lo hará mejor que cualquier otro.

Bruce no dijo nada. Al cabo de un rato, manifestó:

—Puedes enviar una respuesta si quieres. Solo escribe: «A salvo»; nada más. Tendrá que bastar.

—De acuerdo —dijo Lany—. Gracias.

De inmediato escribió lo que le permitía y apretó la tecla de envío. Cuando vio que el mensaje había sido enviado, cerró la tapa del ordenador e hizo ademán de guardárselo en el bolsillo.

—No, lo siento. —Bruce le tendió la mano—. Creo que me lo quedaré un poco más.

Lany se lo dio de mala gana y sintió su vacío cuando estuvo fuera de su control. Bruce se lo guardó en el bolsillo; después cogió una silla y la colocó

delante de ella. Se sentó y la miró directamente a la cara, como si fuese a hablar de un asunto muy grave.

—Esa mujer, Janie, ¿cuál es su apellido?

Lany pensó que su interés era demasiado grande para ser casual.

—No lo sé —mintió—. Nunca usamos nuestros apellidos; no parece tener mucho sentido.

—¿Nunca oíste mencionar su apellido de soltera?

—No.

—Su hijo, ¿cómo has dicho que se llamaba?

—Alex —respondió ella después de un breve titubeo.

—¿Qué edad tiene?

—Siete años.

—Así que nació después del segundo ataque.

—Sí.

—Dijiste que podía cuidar de él. ¿Cuál era su profesión?

—No conozco muy bien a esas personas —respondió Lany—, así que en realidad no estoy muy segura.

—No pasa nada —dijo Bruce en voz baja—. No es importante.

Caroline puso dos grandes piedras lisas en la cocina para calentarlas y después las llevó en una sartén al dormitorio de Janie y Tom. Levantó las mantas y vio que Janie todavía temblaba violentamente, aunque estaba envuelta en las prendas de cama. Deslizó la sartén junto a las piernas de Janie y volvió a taparla con las mantas.

—Piedras calientes, como en los buenos viejos tiempos —le susurró a su amiga—. No tardarás en entrar en calor.

Tom estaba sentado en una silla junto a la cama, pero Janie no salió del delirio durante varias horas, durante las cuales Alex también permaneció allí. Mientras su padre miraba, el niño controlaba el pulso de la madre, tomaba su temperatura, escuchaba su respiración, y lo apuntaba todo en su pizarra. Cuando se quedó dormido acurrucado contra su padre, Caroline y Kristina se turnaron para vigilar las constantes vitales. Janie se orinó en plena noche, y fue Caroline quien la limpió, le puso otro camisón y cambió la ropa de cama. Janie abrió los ojos en mitad de todo esto y le susurró las gracias. Caroline sonrió y musitó:

—Te devuelvo el favor, compañera. Te devuelvo el favor. ¿Recuerdas lo que tú y Bruce hicisteis por mí en Londres?

Una hora antes de la madrugada, cesaron los temblores. Janie abrió los ojos y vio a su marido y a su hijo abrazados y profundamente dormidos en

el catre. Se levantó apoyada en un codo para mirarlos mejor. Tom parecía más viejo desde la última vez que lo había visto, menos de dos semanas atrás. Se preguntó cómo podía ser. Pero había más paz en su expresión de la que había habido cuando se marchó para Orange. Vio una única muleta apoyada en la pared cerca del catre; era un progreso y esperaba que eso significase que estaba saliendo de la depresión.

A Dios gracias.

Ella ansiaba abrazarlo con desesperación. Pero lo que ambos necesitaban era descanso.

—Alex —llamó en voz baja.

Tendió la mano y le tocó el brazo, y él se despertó.

—No despiertes a tu padre.

El niño se levantó del catre con mucho cuidado y se deslizó debajo de las mantas con su madre. La rodeó con sus bracitos, y su pijama de franela se pegó

a ella como el velero.

Bruce dejó a Lany al vigilante cuidado de Fredo y otro hombre, y fue a sus habitaciones. Cuando se miró al espejo después de lavarse la cara, se dijo: «Ella no me reconocerá». Se quitó los pantalones, que cayeron al suelo con un golpe sordo. Se había olvidado del ordenador. Lo recogió y abrió la tapa.

«¿Por qué no?», pensó.

Dejándose llevar por el impulso, tecleó un breve mensaje:

Pasar a J de B: Leeds

Apretó «enviar» y dejó que el mensaje volase, para bien o para mal.

Steve Roy miró la pantalla del ordenador.

—¿«B. Leeds»? ¿Qué demonio es eso? ¿Pasar qué? No hay mensaje.

—No lo sé —respondió Linda—. Quienquiera que sea B. Leeds, tiene los dedos muy gordos. Apretó los dos puntos en lugar del punto. Simplemente pásalo tal como está. Debe de significar algo, o Lany no lo habría enviado.

—Quizá no lo envió ella.

Se miraron el uno al otro durante un momento. Finalmente, Steve dijo:

—Voy a pasarlo. Quizá signifique algo para ellas dos que nosotros no sabemos. Comunicó que estaba a salvo, y eso es una tranquilidad, pero seguimos sin saber qué pasó allí, y si tienen algún código nuevo entre ellas

dos, no quiero estropear nada. —Escribió unas órdenes y retransmitió el mensaje al recinto—. Pero te diré una cosa. Creo que es hora de que vayamos a hacer una visita al otro lado de la montaña. —Palmeó el hombro de Linda—. Comunícaselo, por favor.

Kristina fue la primera en responder al sonido de la campanilla.

—Es un mensaje para Janie —dijo.

Se levantó y fue al dormitorio, donde todos dormían.

Se acercó a la cama y se sentó en la silla vacía. Janie abrió los ojos.

—¿Cómo estás? —preguntó Kristina en voz baja.

—Me siento como si hubiese escalado el Everest —respondió Janie con un hilo de voz—. Estoy tan cansada que ni siquiera puedo pensar. —Luego hizo un 375

esfuerzo para levantarse apoyada en un codo—. Pero Lany todavía sigue allí... Tengo que avisarles de que la han capturado.

—Les enviamos un mensaje para comunicarles que habías regresado sola. Ellos nos respondieron que estaba a salvo, pero no sabemos nada más. Janie se recostó de nuevo.

—A salvo... Gracias a Dios.

—Pero acaba de llegar otro, que ellos quieren que te pasemos a ti. Es extraño; nadie ha conseguido saber qué significa. Creemos que puede ser parte de un mensaje que no llegó completo.

—¿Qué dice?

—«Pasar a J de B: Leeds.» Nadie ha conseguido deducir quién es B. Leeds. Lo enviaron por el ordenador de bolsillo, así que Lany tiene que estar allí con quien sea que lo envió.

Leeds. Algo se despertó en el cerebro todavía confuso de Janie, pero no pudo recordar qué era. Se sentó lentamente y se levantó de la cama, con mucho cuidado de no despertar a Alex.

—Será mejor que le eche una ojeada.

Atravesó la casa en pijama, un tanto tambaleante, y fue al ordenador. Kristina se mantuvo cerca de ella. Se sentó a la mesa y leyó el mensaje, que aún estaba en la pantalla.

—No escribe muy bien —comentó Kristina—. Tecleó los dos puntos en lugar del punto.

—Espera un momento, no hay dos puntos en el teclado del ordenador de bolsillo.

—Quizá lo enviaron desde un ordenador normal.

De pronto, el cerebro de Janie funcionó con claridad.

—Aunque fuera en un ordenador, no tiene sentido —afirmó, observando el teclado—. Hay que apretar las mayúsculas para escribir los dos puntos, de lo contrario es punto.

Kristina se acercó más a la pantalla y miró de nuevo el mensaje.

—Claramente son dos puntos.

—Entonces tiene que ser intencional.

«Pasar de J a B: Leeds.» Janie lo miró.

Leeds. B. Leeds. B y Leeds.

—Oh, Dios mío —susurró.

Bruce, y Leeds. Habían tenido su primera cita en Leeds cuando ella estaba en Inglaterra, en un restaurante que ocupaba un edificio que antes había sido una fábrica de juguetes.

Pero no podía ser.

—No puede ser.

—¿Qué no puede ser? —preguntó Kristina.

—Todavía no estoy segura, dame un minuto.

Pinchó el botón de respuesta y escribió la palabra «juguetes». Pulsó «enviar», y después cruzó los brazos sobre el pecho como si quisiese protegerse de algo. Permaneció sentada ante el ordenador un rato más, balanceándose atrás y adelante, mirando la pantalla, a la espera de una respuesta. Cuando le pareció que no llegaría ninguna, se levantó.

—Tengo que volver a la cama. Todavía estoy agotada. Si llega algún mensaje, avísame.

Alex continuaba en la cama; no se había movido de la posición en que estaba cuando ella se había levantado. Retiró las mantas y sintió de inmediato una ola de calor. Buscó la sartén con las piedras; en algún momento de la noche, Caroline la había sacado.

Janie apoyó la mano en la frente de Alex. Estaba caliente y seca, y las mejillas de un color rojo brillante.

Destelló la luz de mensaje.

—Hola, Janie —le dijo Bruce al ordenador—. Cuánto tiempo sin verte. Unos segundos más tarde se encontraba delante de la puerta de Lany, entre los dos guardias, sin recordar cómo había llegado allí. Cuando la mujer respondió a la llamada, él despidió a Fredo y al otro hombre.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó.

Él le habló mientras Lany lo acompañaba. No se molestó en preguntarle qué tal había dormido o si estaba más tranquila que cuando él la había dejado la noche anterior. Fue directamente al grano.

—La mujer con la que viajabas es Janie Crowe. —Puso el ordenador delante de ella. La luz del mensaje titilaba. Ella lo cogió y ya iba a abrirlo, cuando Bruce la detuvo—. Espera un momento. Todavía no mires. Esta mañana le envié un mensaje, y empleé una palabra que podía provocar una reacción, si es que era ella. —Miró la luz que parpadeaba—. Será un mensaje corto. Si tengo razón, probablemente dirá «juguetes». —Bruce miró a Lany a los ojos y añadió—: Adelante, ábrelo. Si es eso lo que dice, entonces creo que haremos un viaje al oeste.

Sin dejar de mirarlo, Lany acercó la mano y cogió el ordenador. Abrió la tapa y apretó la tecla de recibir, y miró solo lo suficiente para leer la palabra en la pantalla.

—¡Caray! —exclamó. Lo miró—. ¿Qué debo hacer?

—Responde «fábrica».

31

Sir John lamentó que hubiese sido Kate y no el judío quien había eliminado de este mundo al detestable barón francés, pero había sido ella la que había tallado la flecha que él había sacado del pecho de Benoît, y la que sabía cómo atravesaría el aire. La punta era de madera, no del hierro forjado que los arqueros del rey Eduardo utilizaban, pero era dura y bien afilada, lo bastante fuerte para cumplir su objetivo. Había atravesado las costillas de Benoît hasta alojarse en la parte superior del pecho, y por unos momentos habían brotado grandes chorros de sangre. Cuando sir John la arrancó por el astil, el ruido le había provocado arcadas.

El cuerpo todavía sangrante de Benoît estaba atravesado sobre el caballo, los ojos siniestramente abiertos. El único sonido era el zumbido de las moscas que se habían reunido alrededor de la herida. Sir John permaneció sentado en su propia montura y, con la paciencia del veterano, esperó en el bosque, a un lado de la carretera, consciente de que tarde o temprano Alejandro y Kate tendrían que salir de su escondite.

El exuberante follaje primaveral era un buen refugio; se ocultó detrás de unos arbustos con la espada desenvainada. Habían pasado horas desde que la bandada de pájaros había delatado su posición y permitido a Kate el disparo mortal. Sir John se maravilló ante su paciencia, pero en algún

momento tendrían que moverse. Él estaría allí cuando lo hiciesen. Las sombras eran largas cuando al fin aparecieron. El caballo en el que montaban parecía estar bien entrenado, porque avanzaba por la carretera flanqueada por los árboles sin hacer casi ruido. Chandos les dedicó un gesto de respetuoso saludo cuando pasaron ante él. Pero ahora los tenía.

Alejandro no se dio cuenta de que Chandos estaba directamente detrás de ellos hasta que oyó la exclamación de sorpresa de Kate al sentir la punta de la espada que presionaba contra sus riñones.

—Haced girar el caballo lentamente —oyó que decía Chandos. Alejandro detuvo al caballo e hizo que diese media vuelta para enfrentarse a su captor.

Detrás de sir John, atravesado sobre la montura del otro caballo, vio el cuerpo de Benoît grotescamente contorsionado, y comprendió que había comenzado el rigor de la muerte. Exhaló un largo suspiro, pero no hizo ningún comentario. En cambio, miró a Chandos a los ojos.

—Volvemos a encontrarnos, señor, después de todos estos años. En otras circunstancias, diría que es un placer.

Sin apartar la espada, Chandos replicó:

—Os devuelvo el mismo sentimiento, médico. —Miró a Kate—. Mis disculpas, señora, si acabo de causaros alguna herida; no era mi intención haceros daño.

—Olvidad las cortesías —dijo Alejandro—. ¿Qué intención teníais al levantar la espada, si no era para causar daño?

Hubo una pausa.

—Para conseguir una demora. Quiero que lo reconsideréis.

—¿Que considere qué?

—Llevaros a la dama.

—Ah, sí, bueno... Lamento decir que no puedo. Es mi hija, y no voy a separarme de ella, señor.

—Ella es, señor, la legítima hija del rey de Inglaterra por decreto papal, lo cual, aunque quizá no os deis cuenta en virtud de vuestra fe pagana, tiene el mismo valor que la palabra del propio Dios. La estáis secuestrando, un delito contra mi rey, y también ahora contra Dios, ambos punibles con la muerte. La muerte. La palabra se posó sobre él como un sudario. ¿Para qué había ido hasta allí tras todos esos años? Desde luego, no para encontrar la muerte; no, era para proseguir una vida que él ya sabía que sería demasiado

corta por mucho que durase. Para conseguirlo, tendrían que escapar de ese hombre. Pero no podrían escapar compartiendo el mismo caballo. Alejandro sabía que Chandos no tendría ningún problema en abandonar el cadáver de Benoît y perseguirlos si pretendían fugarse. Sin embargo, se irguió en la silla; al notar el desafío en su postura, Kate lo sujetó con fuerza.

—Ella es tanto mi hija como si hubiese sido engendrada por mi simiente. Desde luego, mucho más de lo que es hija del hombre de cuya simiente fue engendrada por alguna cruel jugarreta de la naturaleza. Decidme por qué no debo llevármela de esta isla, con todas sus amenazas contra su seguridad. 379

—Porque, si lo intentáis, me trabaré en combate con vos y moriréis. Y

porque, si la liberáis, yo la protegeré, os lo juro, sin haceros ningún daño. Permitiré que vos escapéis; el rey no me acusará si regreso sin vos. Solo quiere recuperar a su hija.

Sin hacer caso de la oferta, Alejandro señaló a Benoît y después volvió su atención a sir John.

—¿Qué triste destino ha afectado a vuestro camarada? Tiene muy mal aspecto.

Chandos sacó de la aljaba la flecha que había extraído del cuerpo de Benoît y se la arrojó. En una reacción instintiva, Alejandro la cogió al vuelo y le echó

una ojeada antes de devolverla.

—Plumas de ganso —señaló Chandos—. He visto este diseño antes en una flecha.

Ahora fue el turno de Kate de ponerse tensa.

—Por supuesto, no puedo tener plena seguridad de quién utilizó este proyectil. En la prisa de vuestra fuga, quizá la habéis dejado caer y quizá la recogió algún asaltante que la utilizó contra el desdichado barón. —Sonrió

sarcásticamente—. O algo por el estilo.

—Sin duda, eso es lo que ocurrió —manifestó Alejandro—. Pero, decidme, solo para satisfacer mi curiosidad, ¿por qué medios conseguiréis proteger a mi hija?

—La tomaré como esposa —contestó Chandos después de una larga pausa. Fue una respuesta que pilló a Alejandro totalmente desprevenido. Había esperado oír un juramento de caballero o quizá un trato con el rey.

—¡Pero si sois un viejo!

Chandos lanzó una carcajada.

—Bien podríais miraros en el espejo, señor.

—Soy su padre, no su marido.

Chandos descartó las protestas de Alejandro e insistió con su oferta.

—No es extraño en un hombre de mi edad que tome una esposa joven. La experiencia es una cualidad deseable en un marido, así me han dicho. Si la dama me acepta, su seguridad y posición dentro de la familia real estarán aseguradas. —Miró a Kate, aunque continuó hablando con Alejandro—. Prometo que la trataré con bondad y respeto. Nunca le faltará nada de lo que pueda desear.

—¡Pero casi la triplicáis en edad y sois un guerrero! Ella es...

—Ella es qué, ¿una mujer devota y serena? Hablemos con franqueza. Sé que es una mujer de gran virtud y honor, pero hay quienes afirmarían, con cierto fundamento, que es una bruja. Es una traidora a su familia y, si mis sospechas son correctas, una asesina, aunque solo los aquí presentes necesitan saberlo. Se 380

la puede acusar razonablemente de muchos actos viles y punibles. Una mujer así requiere toda la protección que pueda conseguir.

Alejandro permaneció inmóvil y silencioso, asombrado por la crueldad de la diatriba de sir John. Sin embargo, estaba garantizado que uno de ellos sobreviviría a este encuentro.

Se volvió para mirar a su hija.

—Padre, por favor... —dijo Kate en voz baja—. Esto es un asunto que me corresponde a mí decidir.

Kate se apeó de la grupa del caballo y fue junto a sir John.

—Vuestras palabras son duras, señor, pero no puedo negar que estáis en lo cierto cuando decís en qué me he convertido. Suplico vuestra indulgencia. En diferentes condiciones, quizá habría escogido un camino más común, quizá no me habría visto forzada a vivir fuera de la ley contra el rey. Pero vos mejor que nadie deberíais saber que fue el propio rey quien me forzó a hacerlo. No obstante, a pesar de saber todas estas cosas terribles, me hacéis este gran honor de pedir mi mano. Si nuestras circunstancias fuesen diferentes, vuestro ofrecimiento me llenaría de orgullo, sería digno de mucha consideración, y la diferencia de edad tendría poca importancia. —Miró a Alejandro por un instante—. Insistiría a mi padre para que aceptase vuestra propuesta en mi nombre.

Alejandro intentó hablar, pero ella levantó la mano para hacerlo callar.

—Pero no puedo imaginar ninguna situación que lleve a mi hermana a dejar de atormentarme. Su odio hacia mí es implacable y, al parecer, imposible de olvidar.

—Tengo cierta influencia con el rey —replicó sir John con voz suave—. Intercedería en vuestro favor. Además, Isabella muy pronto viajará a Francia con su marido. Su odio surge de la envidia; tiene envidia de vuestra bondadosa naturaleza, vuestra belleza, de vuestra inteligencia... Estos son tan solo unos pocos de los muchos atributos que he llegado a admirar en vos, ahora que sois una mujer madura.

El rubor apareció momentáneamente en las mejillas de Kate, pero su expresión se endureció enseguida.

—Sois mucho más amable de lo que me merezco, y por eso os doy las gracias una y otra vez. Pero ya no soy la dulce niña que conocisteis años atrás. He visto muchas cosas en mis viajes y conozco muy bien las costumbres de este mundo cruel. No encontraréis en mí a una cultivada dama de la corte de Windsor, si ese es vuestro deseo. Siempre buscaré estar lejos de aquel lugar; no tiene ningún atractivo para mí. Tampoco abandonaré nunca más al padre de mi corazón, no importa lo duro de nuestro camino.

Chandos miró a Alejandro por un momento antes de mirar de nuevo a Kate.

—Os pido que lo reconsideréis. Viviréis con todas las comodidades que puede ofreceros un marido con medios.

—Os diré lo mismo que le dije a mi hermana: ya he estado casada, y no me volveré a casar hasta que encuentre el mismo amor que tuve con Guillaume Karle.

La espada se movió ligeramente.

—¿No encontrasteis esta clase amor con Chaucer? —Al ver que ella no respondía, Chandos añadió—: Era fácil de ver la atracción entre vosotros dos, incluso para alguien como yo, que se fija poco en los idilios que lo rodean.

—No —replicó ella en voz baja—. Es un hombre de valía, pero no.

—Ella os ha hecho conocer sus sentimientos —intervino Alejandro—. No se casará con vos.

Kate observó en silencio mientras aumentaba la tensión entre el hombre que ella llamaba padre y el caballero que habría sido su paladín, si ella lo

hubiera aceptado. Finalmente, después de exhalar un largo suspiro, sir John manifestó:

—Bueno, supongo que entonces el asunto está resuelto. —Levantó la espada con tanta rapidez que ni Kate ni Alejandro la vieron hasta que estuvo apoyada en el pecho del médico—. Dado que vuestra decisión no es de mi agrado, ambos vendréis conmigo y os enfrentaréis a las consecuencias de vuestros crímenes.

Mi dulce compañero:

Tiemblo ahora mientras escribo estas líneas y ruego que en los próximos días no tenga que añadir otras, todavía más trágicas. Guillaume está enfermo de sarampión. Hay tantos enfermos, que uno solo puede pensar en la peste de años atrás. Yo misma no estoy afectada; de muy pequeña caí enferma con una prolongada fiebre y un sarpullido rojo, y ahora debo suponer que ya tuve mi visita. Algún día tú y yo debemos intentar determinar por qué magia es que algunas enfermedades solo visitan a una persona una vez, incluso cuando todos los demás a su alrededor están enfermos.

El pobre niño estaba ayer tan caliente que apenas si podía tocarle la frente. Tose incesantemente y, aunque le di una infusión, no puede valerse por sí mismo. Ayer se sentó en su cama y comenzó a llamarte a gritos; tu sirviente vino a buscarme, y corrí junto a Guillaume tan rápido como pude. Cuando entré en la habitación, había abandonado su cama y estaba acurrucado en un rincón; señalaba el suelo y hablaba de un enjambre de negros insectos que creía ver. Le dije que no veía nada, pero 382

él no quiso acostarse de nuevo hasta que cogí una escoba y los barrí. Barrí en el aire, pues no había nada que barrer, pero en su imaginación había un enjambre. Ahora está más tranquilo, aunque la fiebre todavía continúa y su pobre cuerpo está cubierto de marcas rojas. Algún día quizá tengamos la magia para rascárselo en la piel y así alejar el sarampión como tú hiciste con la viruela.

Ahora estoy realmente sola, porque De Chauliac ha regresado a Aviñón. ¡Malditas sean las palomas con sus breves mensajes! Se marchó

hace unos días, con la promesa de quedarse solo lo necesario y ni un segundo más, porque quiere estar aquí para celebrar tu regreso. ¡Date prisa! Mi corazón sufre con el ansia de verte.

Chandos les quitó los puñales antes de reemprender la marcha. Se mantenían separados por la distancia de un caballo, y con cada paso hacia

Windsor, aumentaba su desdicha.

Cuando se puso demasiado oscuro para seguir cabalgando, Chandos les ordenó que se detuviesen. Hizo que Alejandro pasase los brazos por detrás de un árbol, y después le ató las muñecas.

—Id a buscar leña —le pidió a Kate—, pero apresuraros en volver. Si tardáis demasiado, el médico lo pagará.

Encendió una pequeña hoguera entre ellos, y el fantasmagórico resplandor de las llamas daba una expresión cruel al rostro surcado de arrugas de sir John, que ahora carecía de toda su anterior amabilidad y mostraba una sombría expresión. Alejandro mantenía un silencio absoluto, por temor a provocar la ira del hombre y que acabase sucediendo algo lamentable.

Se tranquilizó cuando sir John sacó un trozo de tasajo y comenzó a comer. El caballero arrancó pequeñas tiras de carne y le ofreció algunas a Kate, que las aceptó con gratitud. Antes de que sir John pudiese evitarlo, puso un trozo de carne en la boca de Alejandro. A partir de entonces, Chandos no le dio más. Pasó una hora casi en absoluto silencio mientras Alejandro y Kate miraban a Chandos acabar la sencilla comida. Un poco más tarde, el caballero se levantó

y fue hasta su caballo, para sacar una garrafa de entre las cosas que llevaba en las alforjas.

—Vino —dijo, levantando la garrafa—. ¿Queréis un poco, princesa?

Ella lo rechazó con un gesto.

—Como queráis. —Él bebió, sin dejar de observar a sus cautivos. Muy pronto lo dominó la melancolía y comenzó hablar con un tono amargo—. No os culpo por haber eliminado al barón de Benoît de este mundo. De haber sido él mi futuro esposo, supongo que habría hecho lo mismo. En el mejor de los casos era un ser repugnante.

—¿Por qué estabais solo vos y él buscándonos? —preguntó Kate.

—Porque el buen barón de Coucy estaba ansioso por regresar junto a su prometida, y porque había un hombre enfermo en nuestro grupo que había que llevar de regreso a casa.

Esto captó la atención de Alejandro.

—¿Enfermo cómo?

Chandos bebió un largo trago, y luego se secó las gotas de vino de los labios.

—No os lo puedo decir. Tenía mucha fiebre la última vez que lo vi, hace tres días. Imagino que ahora ya habrá recibido su recompensa, sea la que sea. Cabe dentro de lo posible que De Coucy haya encontrado un motivo para dejarlo abandonado a un costado de la carretera en alguna parte, pero di órdenes a mis hombres de que lo llevasen de regreso a Windsor. —Volvió a beber—. Si consiguieron hacerlo, habrá cierto tumulto, pero no se podía hacer otra cosa. No dejaré a un hombre a un lado del camino para que se lo coman los buitres antes de que su carne se haya enfriado.

Kate y Alejandro no respondieron.

—Bueno, veo que no hay manera de mantener una conversación con vosotros. Es una pena. Las charlas alrededor del fuego pueden ser muy entretenidas.

Sir John dejó la garrafa apoyada en una piedra cercana y se levantó, todavía notablemente firme sobre sus pies, a la vista de lo mucho que había bebido.

—Tengo que orinar —dijo, al cabo de un rato—. Una consecuencia de la bebida. No tardaré ni un momento.

Vio la mirada de Alejandro fija en él.

Se detuvo antes de darse la vuelta, para decir:

—No cometáis el error, médico, de suponer que estoy borracho. Se volvió hacia un árbol cercano y dejó la espada apoyada contra el tronco para tenerla a la vista.

Alejandro buscó frenéticamente en el suelo a su alrededor mientras las palabras de Sarah sonaban en su memoria como una provocación: «Hay muchas cosas beneficiosas que se pueden obtener con solo mirar al suelo».

«Pero no aquí», pensó él.

El frasco de láudano todavía estaba en la bolsa sujeta a su cinto, a la que Chandos no había dado importancia cuando lo había registrado. Le podía ser muy útil si se presentaba la oportunidad. Alejandro captó la atención de Kate y movió los ojos hacia el lado derecho de su cinturón. Por un instante ella no pareció comprenderlo, pero enseguida entendió su intención. Miró a Chandos y al ver que continuaba con la espalda vuelta hacia ella, se levantó rápidamente y se acercó a Alejandro. Cuando encontró la pequeña bolsa, la arrancó de un tirón. Vertió la mitad del láudano en la garrafa, y 384

después ocultó el frasco en el bolsillo de su pantalón, un momento antes de que sir John se volviese.

—Ya está —exclamó el caballero—. Vuelvo a ser yo mismo.

¿De qué hablábamos? ¿Decíamos que la peste tal vez se presente como un huésped inesperado en la boda de Isabella? —Rió sin alegría—. ¡Eso es algo por lo que vale la pena beber!

Bebió largamente de la garrafa, hasta acabarse todo el contenido. Arrojó el recipiente a un lado y se recostó sobre el codo.

—Podríais intentar dormir, señora —le dijo a Kate—. Hay un largo camino hasta Windsor. Yo permaneceré despierto, pero no os preocupéis. No me aprovecharé de vos durante la noche. —Lanzó una risita y luego su expresión se endureció de nuevo—. No soy la clase de hombre que haría eso delante del padre de una mujer.

Ella obedeció y se acostó en su manta, sin apartar la mirada del caballero. Al cabo de unos pocos minutos, los ojos de sir John comenzaron a cerrarse; se le cayó la cabeza, y la levantó bruscamente mientras luchaba contra el sueño.

—De pronto estoy muy cansado —dijo—. Quizá deba ataros a vos también, y así poder dormir.

Intentó levantarse, pero las piernas no le respondieron. Una expresión de desconcierto apareció en su rostro, y se cayó de lado, pero volvió a aguantarse en un codo. Trató de alcanzar la espada, como si de alguna manera pudiese mantener alejado el sueño que amenazaba con dominarlo. Pero ni siquiera la espada de un gran guerrero podía vencer el efecto de la poción que circulaba por sus venas; ya no se volvió a levantar y muy pronto se hundió en un profundo sueño.

Acompañada por los sonoros ronquidos del caballero, Kate desató los nudos de la cuerda que sujetaba a Alejandro al árbol. Una vez libre, él se acercó

a Chandos y escuchó su respiración.

—Duerme como un leño —comentó.

Ambos sabían que, cuando se despertase, le dolería tanto la cabeza que preferiría la muerte.

El cuerpo del hombre enfermo aún yacía donde lo habían dejado, en un establo poco utilizado en uno de los apartados rincones de Windsor. El alcaide había ordenado a dos de sus hombres que llevasen al rastreador allí mientras aún estaba vivo y le dejasen agua y comida, por si volvía a despertar. Pero nunca lo hizo; durante varios días su cadáver yació donde había muerto, en el calor de mayo, hasta que ya no pudieron hacer caso omiso del hedor. Lo envolvieron con la manta y lo sacaron del establo en la

misma angarilla de la que nunca se había levantado. Lo echaron a la tumba con solo una rápida 385

bendición de un sacerdote, que se mantuvo apartado del agujero de la tierra todo lo que permitía la corrección.

El casamiento de Isabella Plantagenet y Enguerrand de Coucy había tenido lugar sin siquiera un estornudo de ninguno de los invitados.

De Chauliac miró en el cuenco de orina sagrada, pero no vio nada extraño. Suspiró para sus adentros; el peso de las preocupaciones de aquel Papa daría origen a un montón de quejas, como había ocurrido con sus predecesores.

—Tal como creía —le dijo el francés a Guillaume de Grimoard, que, desde su investidura el año anterior, había tomado el nombre de Urbano, como habían hecho otros cuatro papas antes que él—. No es más que un recrudecimiento de vuestro reumatismo. Debéis descansar, santidad, o esta enfermedad os causará

mayores sufrimientos.

—Sin duda nada me causará mayor sufrimiento que estos asuntos que tengo ante mí para decidir. ¡Este problema con Inglaterra parece no tener fin!

Recibo misivas de Eduardo casi cada día. Cada vez que oigo el aleteo de un pájaro que se posa en el techo, tiemblo al pensar en lo que llevará atado a su pata. Protesta sobre asuntos que ya son demasiado viejos para considerar, y no me deja en paz.

«Asuntos demasiado viejos para considerar.» De Chauliac dejó el cuenco de orina y se irguió.

—He dado órdenes para que os traten cada día con una pequeña cantidad de láudano. Os aliviará el dolor y calmará vuestro temperamento. Sin embargo, también notaréis que con el paso del tiempo disminuirá su efecto, así que el boticario aumentará ligeramente la dosis de acuerdo con mis recomendaciones. También os administrará cataplasmas que favorecerán la producción de bilis. Decidme, santidad, ¿qué asuntos preocupan a Eduardo?

—Al parecer sus arreglos para el casamiento de Benoît con la hija que yo reconocí no han dado sus frutos. Desea que yo le dé mi apoyo contra las reclamaciones de la *famille de Rais* en Bretaña. Por supuesto, no puedo hacer esto sin ofenderlos considerablemente. No soy tan tonto como para eso. —Suspiró y tendió el brazo—. ¿Necesito una sangría?

De Chauliac se lo sujetó y lo apoyó suavemente en el brazo del trono.

—Creo que no en este momento. Por lo que he visto en el examen de vuestra orina, no es necesario tal tratamiento.

El Papa pareció desilusionado hasta cierto punto, pero dijo:

—Muy bien. Me siento mucho más tranquilo al saber que no hay nada grave que me aflija. Uno se preocupa cuando su médico está tan lejos en París. Dime, ¿cómo va el libro?

386

—Todo lo bien que podría desear —respondió De Chauliac—. Pero estoy ansioso por volver al trabajo; debo suplicaros permiso para otra ausencia.

—Cosa que, por supuesto, tendrás. —El Papa levantó su báculo y lo movió

adelante y atrás varias veces, y después trazó la señal de la cruz sobre la cabeza inclinada del médico—. Ve, y haz tu trabajo —dijo el pontífice. Mientras De Chauliac salía de la sala de audiencias, pasó a su lado un cardenal con una gran pila de papeles. La expresión del Papa se agrió en cuanto se acercó el cardenal y De Chauliac comprendió que no tardarían en llamarlo otra vez.

Cruzó rápidamente el palacio hasta sus propias habitaciones, donde se quitó sus prendas de médico para vestirse con la ropa de viaje. Al otro lado de la puerta lo esperaban sus escoltas.

—Venid conmigo.

Lo siguieron a pie a través de las calles de Aviñón, hasta que entraron en el barrio judío. Cuando llegaron a la calle donde había vivido Alejandro, les dijo que esperasen.

Mientras avanzaba por la estrecha callejuela atrajo miradas de atención, porque era un gigante comparado con las personas entre las que pasaba. Por fin se detuvo ante donde había vivido Alejandro.

Retrocedió unos pasos y vio a un niño pequeño que jugaba no muy lejos.

—Busco a una mujer llamada Rachel —le dijo.

El chico le señaló la casa y se alejó a la carrera.

De Chauliac llamó a la puerta y esperó. Le pareció que pasaba una eternidad hasta que esta se abrió, y solo una rendija; vio parte de un rostro en sombras que lo miraba.

—¿Sabéis quién soy?

La puerta se abrió del todo. La mujer asintió y lo invitó a entrar.

—¿Está muerto? —preguntó ella en voz baja.

De Chauliac no respondió a su pregunta.

—He venido a ver a su padre, si puedo.

—Está descansando.

—Entonces hay que despertarlo, porque no tengo mucho tiempo. Rachel lo miró con suspicacia durante un momento y después dijo:

—Esperad aquí.

No tardó en regresar.

—Está despierto —dijo señalándole una pequeña habitación en la parte trasera de la casa.

De Chauliac se inclinó para cruzar el umbral. En una cama yacía un hombre muy viejo, recostado sobre unos cojines.

—Mi hijo habla de vos como si fueseis Dios mismo —dijo Avram Canches—. ¿Habéis venido aquí para comunicar una triste nueva?

—No tengo noticias, o ya me habría ocupado de que os informasen. Pero le prometí a vuestro hijo que cuidaría de aquellos a los que ama. He venido a buscaros, señor, si me permitís llevaros a París. Si Alejandro regresa, estaréis de nuevo juntos. Si no lo hace, yo me encargaré de que tengáis todas las comodidades necesarias.

Avram permaneció en silencio durante unos momentos mientras consideraba la oferta de De Chauliac.

—Decidme —dijo al fin—, ¿hay alguien como Rachel en París? Solo es por su devoción que estoy vivo para escuchar vuestra generosa propuesta. Quizá

debáis extendérsela a ella también y evitaros el problema de buscar a tres personas para hacer lo que ella hace con facilidad.

—No puedo responder a vuestra pregunta, señor, lamento decir. —De Chauliac miró atrás para ver si Rachel podía oírlo—. Hay buenas razones para que no sea así.

Avram miró al francés durante un largo momento. Estaba profundamente entristecido al comprender que el anhelado matrimonio entre su hijo y Rachel no tendría lugar. Pero aquella sería sin duda la última oportunidad para ver a Alejandro.

—Será mejor que vos mismo se lo digáis.

Él lo hizo. La llorosa Rachel no quiso aceptar el oro que De Chauliac intentó

darle, y tampoco quiso el de Avram. De Chauliac pensó que nunca había visto una expresión más desconsolada en el rostro de una mujer cuando sus jóvenes soldados colocaron a Avram Canches en el lecho de paja en el carro que habían llevado para él. Rachel permaneció en el umbral y miró en silencio con el chal echado sobre los hombros, mientras Avram Canches comenzaba su largo viaje a París, el último de su vida.

Alejandro desplegó el precioso mapa en el suelo.

—Qué maravilla —dijo Kate—. Es como si fuésemos ángeles volando sobre la tierra.

—Creo que, si tenemos esto, es porque hay ángeles que nos protegen. Uno de ellos es sin duda De Chauliac. —Señaló la zona de los Picos—. Estamos cerca de aquí, creo.

Kate se mostró desconsolada.

—Oh, padre, hemos venido mucho más al norte de lo que yo creía.

—Sí, mucho más al norte. Pero ahora estamos libres para cabalgar hacia el sur, y debemos hacerlo con presteza. Si sir John vuelve a perseguirnos, no estará

solo, ni su temperamento será magnánimo. —Movió el dedo cruzando el centro de Inglaterra hasta detenerlo encima de la isla de Wight—. En este puerto habrá

barcos a Normandía y Bretaña. De allí podremos cabalgar a París. 388

—¡Pero pasará mucho tiempo antes de que lleguemos allí!

Marcó la distancia en el mapa con los dedos, y por unos momentos permaneció en silencio mientras calculaba el tiempo. Soltó un largo suspiro; Alejandro sabía que ella estaba pensando en su hijo, en cuánto tiempo pasaría hasta poder verlo finalmente con sus propios ojos.

Plegó el mapa y lo guardó en su mochila.

—Si vamos al sudeste, a Dover, lo más probable es que tu hijo no vuelva a ver a su madre ni a su abuelo. Ha esperado durante siete años; un poco más no le hará daño.

El caballo se quedó cojo en las afueras de Coventry. El animal lo había transportado todo el camino desde Aviñón y conocía todos los caprichos de su amo, pero había sufrido con la carga de los dos jinetes y era hora de darle un descanso. En una pequeña ciudad al norte de la llanura de Salisbury, donde podrían cabalgar a buen paso con los animales adecuados,

encontraron a un molinero con un hijo tonto que necesitaba una montura dócil. El hombre tenía un establo lleno de caballos, porque le gustaba criarlos para ver qué clase de progenie salía con cada cruce.

—Danos dos que puedan cabalgar todo el día y que tiren de las riendas durante la noche, entusiasmados por la galopada del día siguiente —le dijo Alejandro—. Tenemos todavía un largo viaje por delante. Los nuevos caballos se comportaron admirablemente mientras Alejandro y Kate cabalgaban hacia el sur y dejaban bien al este a Oxford con su fervor realista. Después de muchos días de cabalgada, llegaron al corazón de la gran llanura. Las colinas que habían demorado su progreso a través de las tierras del interior dieron paso a una enorme extensión de ondulada llanura cubierta de la abundante hierba de la primavera.

Al atardecer siguiente, cuando estaban a punto de detenerse a descansar, vieron a lo lejos una extraña formación.

Kate se protegió los ojos y miró al sur.

—No alcanzo a verlo con claridad. Parece ser un edificio. Hay personas dentro. —Se volvió hacia Alejandro—. ¿Qué haremos si es un campamento de soldados?

Alejandro consideró la posibilidad durante unos momentos.

—Deberíamos desmontar y acercarnos a pie para echar una ojeada. Somos demasiado visibles montados.

Llevaron a los caballos de las riendas y, al cabo de un rato, llegaron a un lugar donde el suelo se alzaba lo suficiente para ocultarlos. Dejaron a los caballos, subieron hasta lo alto de la loma y se acurrucaron en la hierba para observar aquella cosa extraña que se elevaba en la llanura. 389

—No parece ser más que un círculo de grandes peñascos —comentó Alejandro—. Es un edificio. Pero su disposición circular...

—Padre —dijo Kate mientras miraba las piedras—, es el Seto de Piedras. Lo he visto en un dibujo; un trovador vino a la corte, hace muchos años, y trajo con él un pergamino donde aparecía esta misma disposición.

—Un nombre muy apropiado —señaló Alejandro—. Han encendido una hoguera en el centro. Veo a un sacerdote entre ellos, y hay mujeres. Pero no veo soldados.

Después de observar a la gente reunida durante un rato más, llegaron a la conclusión de que no tenían nada que temer de ellos.

Volvieron a montar y cabalgaron hacia el círculo de piedras. Mientras se acercaban, las personas allí reunidas contemplaron cómo se aproximaban.

Sir John Chandos entró en el despacho del rey y encontró al monarca ocupado en la lectura de una pila de documentos. El escudero Geoffrey Chaucer estaba sentado, pluma en mano, a la espera de las palabras del monarca. Chandos hincó una rodilla en el suelo; el rey hizo un gesto, y el caballero se levantó con cierta dificultad.

—Mi compañero de la Orden de la Jarretera regresa al fin —dijo Eduardo. No se molestó en alzar la vista, sino que mantuvo la atención concentrada en los documentos que tenía delante—. El jaleo de la celebración apenas si ha acabado, y ahora llegan las facturas. —Recogió el pergamino de arriba y lo agitó en el aire—. Cincuenta y tres libras por un velo —se lamentó—. ¿En qué estaría pensando para permitir semejante derroche? Ah, bueno, habrá que imponer nuevos impuestos. Gracias a Dios, mi querida esposa no es Godiva; es demasiado vieja para cabalgar desnuda por las calles en protesta. —Dejó la factura del velo en la pila correcta—. Has sido muy sabio, Chandos, al mantenerte apartado.

—Con vuestro perdón, señor, pero no fue por mi elección que...

—No subestimes mi conocimiento de mis súbditos y lo que hacen fuera de mi observación —manifestó el rey, alzando al fin la vista. Miró

significativamente a su escribiente—. Puedes retirarte, Chaucer. El muchacho se levantó, saludó con una reverencia y se dirigió hacia la puerta. Al pasar junto a Chandos, sus miradas se cruzaron por un largo momento. Vio cómo se entrecerraban los ojos del caballero y se obligó, con mucha dificultad, a no reaccionar ante la tácita acusación que vio en ellos.

—Es un buen muchacho —comentó el rey mientras Chaucer salía—. A pesar de sus rarezas. Diligente y, según espero, leal. Chandos esperó unos segundos antes de decir:

—Vos siempre habéis inspirado verdadera lealtad, señor. En especial en mí. 390

El rey lo miró con una expresión de franca incredulidad.

—Eres un viejo amigo, y te perdonaré el insulto a mi inteligencia. Ahora, siéntate —ordenó—. Dime, a través de tus leales ojos, qué pasó en el norte. Mientras cabalgaba a través de la llanura con el cadáver de Benoît a la zaga, Chandos había pensado muy a fondo lo que le diría al rey. Había decidido contar que el primo de De Coucy había muerto a manos de unos ladrones, que los habían tomado por presa fácil dado que solo eran dos. No diría nada del terrible dolor de cabeza que había sufrido al despertar y

descubrir que Alejandro y Kate se habían marchado, ni de cómo aquel dolor había persistido durante todo un día.

No diría nada de su sorpresa al ver que ellos le habían dejado todas sus armas y la mitad de su tasajo. Tampoco diría cómo se había encontrado cubierto con su propia capa para protegerlo de la lluvia que había caído durante la noche. El monarca no apreciaría saber cómo su leal camarada de armas, el héroe de muchas batallas, había sido engañado mediante una sencilla estratagema. Tampoco entendería la gratitud de Chandos por la bondad demostrada, aunque él los había tratado con mano muy dura.

No diría nada de la desesperada oferta que le había hecho a Kate ni de la negativa de ella.

—Se han ido, señor —fue todo lo que pudo decir.

—¿Ido? ¿Sencillamente ido, y eso es todo?

—Oí hablar de ellos en Eyam, al norte de vuestros cotos de caza. Supe que las personas de allí los habían expulsado de la ciudad. Esa fue la última noticia que tuve de ellos.

—¿Fue entonces cuando enviaste de regreso al resto de tu compañía?

Chandos asintió en silencio.

—Tus soldados sin duda agradecieron estar presentes en la fiesta. Fue muy valiente de tu parte continuar la búsqueda solo, sacrificando tu propia diversión, con la única compañía de Benoît, que el muy idiota descanse en paz.

—No soy muy amante de las celebraciones, majestad.

—De eso soy muy consciente. —Se levantó para colocarse directamente delante de sir John y lo miró con profunda desconfianza—. Dime, Chandos, de acuerdo con tu muy sensata opinión, ¿vale la pena enviar a otro grupo? Esos dos no pueden desaparecer en el aire así sin más. Antes o después los encontraremos y los traeremos para que sean juzgados. Chandos permaneció en silencio durante un momento, mientras meditaba su respuesta. Cuando al fin la halló, miró a los ojos del rey.

—Vos sois mi señor, y yo vuestro más leal súbdito. Pero, más allá de eso, señor, vos y yo somos viejos amigos, como vos mismo acabáis de decir. El soberano no dio muestras de ninguna reacción inmediata, salvo entrecerrar los ojos. Finalmente, manifestó:

—Hasta donde un rey puede tener un amigo, reconozco que tengo uno en ti.

—He estado junto a vos y vuestro hijo en muchos conflictos, y en honor a eso solicito vuestro permiso para hablar con franqueza. Con una calma poco habitual, el rey respondió:

—Permiso concedido.

Chandos se movió inquieto.

—Según mi meditada opinión, lo mejor es dejar correr este asunto.

—Explícate —dijo el rey con un tono frío.

—La dama nunca se someterá a vuestra voluntad. Prefiere mucho más la compañía del judío a la de su familia aquí. Con todo el debido respeto a vos mismo, porque sois un gran gobernante, debo decir que, a la vista de los caminos que pudo haber seguido su vida aquí, su preferencia es más que comprensible.

El rey se tomó un momento para asimilar lo que había dicho su caballero.

—Tu historia del robo carece de credibilidad. Ahora debo preguntártelo: ¿el judío mató a Benoît?

—No, señor, no lo hizo —contestó Chandos en voz muy baja—. No que yo pueda aseverar.

—Si lo hizo, entonces ella es tan culpable como él, aun cuando haya sido el judío quien tiró de la cuerda. De Coucy, como es lógico, quiere vengar a su primo. Está planteando nuevas exigencias.

Chandos advirtió el ligero nerviosismo en la voz del rey.

—El matrimonio fue consumado, ¿no es así? Por lo tanto, no tenéis por qué

considerar sus demandas. Si quiere venganza, que vaya él y la busque.

«Ni aunque los persiga cien años —pensó Chandos—. De Coucy nunca los encontrará.»

El rey permaneció callado durante unos segundos.

—Gracias, Chandos —dijo al cabo—. Puedes volver a tu montura, que parece complacerte tanto, y hacer lo que más te plazca. Dile a maese Chaucer que continuaremos.

Chandos se levantó, hizo una leve inclinación y se marchó.

Amado compañero:

Me llena de alegría escribir que Guillaume se ha curado. ¡Cómo me gustaría que esta agradable noticia pudiese escapar de la página y volar hasta ti y Kate! Aún no soporta la luz fuerte y permanece en su habitación. Su compañero de juegos se ha curado de la viruela, pero tiene muchas

cicatrices en el rostro, y, cuando Guillaume lo volvió a ver, se asustó. Le aseguré que su amigo seguía siendo la misma persona y que 392

su corazón no había cambiado. Pero me pregunto si eso es verdad;

¿cómo puede uno sobrevivir al horror y la desfiguración de la viruela, en especial siendo un niño, y emerger intacto? El mundo siempre será un lugar distinto para alguien cuyo rostro produce un sobresalto a primera vista.

Ahora es más tarde, y estoy rebosante de alegría. ¡Cómo me agradaría que De Chauliac estuviese aquí, porque él se regocijaría conmigo! Acaba de llegar un mensaje de Chaucer. Has escapado y ahora debes de estar en el camino de regreso hacia aquí.

393

32

Lany no comprendió lo que le decía Bruce.

—¿Seguiste a Janie desde Londres?

—Bueno, no exactamente. Lo intenté, pero los aduaneros de Boston me enviaron de vuelta a Londres. Tendría que decir «lo intentamos», porque en ese entonces estábamos juntos, en pareja... Hizo una pausa y respiró

profundamente.

—Nos habíamos conocido años atrás; prefiero no decir cuántos. Éramos estudiantes. En mitad de todo el caos que vivimos en Londres, volvimos a encontrarnos. Las cosas parecían ir mucho más rápido en esos momentos en que todo se desmoronaba a nuestro alrededor.

—Desde luego que sí —asintió Lany en voz baja.

—Vivía en Inglaterra desde hacía varios años, trabajando en un instituto médico, cuando se produjo el primer brote. Tendría que haber vuelto para renovar mi pasaporte y asegurarme de que todas las cuestiones de ciudadanía estaban en orden. Pero todo era muy interesante en Londres; la manera como se enfrentaron al primer brote, tan diferente de Estados Unidos... Pusieron en marcha un sinfín de restricciones a los inmigrantes y realizaron verdaderos esfuerzos para que nadie pudiese estar allí sin un derecho claro. No como en Estados Unidos; cualquiera podía entrar, incluso después de haber sabido qué

era eso del DR SAM. Reconozco que quería estar en medio de todo aquello. Pero pagué un precio.

—Es una pena que te enviasen de regreso.

—Sí. Janie tenía a su abogado... que, irónicamente, era Tom... quien realizó

todos los trámites para permitirme entrar, pero las reglamentaciones eran tan estrictas después del primer ataque que no lo consiguió. Supongo que ahora debería preguntarme si puso todo su empeño. Yo diría que no.
394

—Tom es muy buen hombre —señaló Lany—. Justo y honrado. No lo conozco como abogado, pero no me lo imagino trabajando contra los intereses de un cliente.

—Supongo que no —acabó por admitir Bruce—. Pero en realidad yo no era su cliente; Janie lo era, y él se casó con ella. No se puede trabajar más a favor de los intereses de alguien que casándose. En cualquier caso, tuve que regresar. Él continuó trabajando para conseguirme el visado. Pasó más de un año antes de que lo consiguiese, pero para entonces ya estaba en marcha el segundo ataque. Conseguí tomar el último vuelo de Londres a Boston. No sabía qué estaba pasando aquí, porque en Londres no recibíamos ninguna información. Ella no me habló de Tom; solo me dijo que no creía que lo nuestro fuese a funcionar. De haber sabido lo que ocurría entre ellos dos, probablemente no habría venido aquí en absoluto.

Señaló su rostro desfigurado.

—Ya estábamos en el aire cuando los controladores de Boston cerraron los aparatos y abandonaron sus puestos. El avión se estrelló, como puedes imaginarte.

—Es increíble —señaló Lany.

Él le habló del duro mes que habían pasado siguiendo la pista a la peste después de que Janie la había desenterrado inadvertidamente, cómo había quedado suelta y lo cerca que había estado de propagarse entre los habitantes de Londres. Ella escuchó en silencio mientras él hablaba de la terrible enfermedad de Caroline y su carrera contra el tiempo para salvarla con los antiguos medicamentos que habían encontrado en la casa de Charing Cross, de los dedos de los pies amputados y los dedos de las manos entumecidos, y de la terrible depresión que había sufrido.

—Quemamos el lugar al escapar. No teníamos otra alternativa. Alguien podría haber ocupado la casa, sin saber nada de lo que había allí. Cuando ella estuvo lo bastante bien, nos llevamos a Caroline a Brighton, en la costa inglesa, para que se recuperara; lo había pasado muy mal. Habló del diario de un médico medieval, que Janie había llevado a Estados Unidos.

—Me contó que había visto la peste de primera mano —dijo Lany—. Pero nunca me habló de los detalles; no me extraña. Qué historia.

—En realidad no le he hecho justicia, ni tampoco hay tiempo ahora para hacerlo. Si su hijo ha estado expuesto a la bacteria hace un mes por uno de nuestros pájaros, tenemos que ir allí. —Agachó la cabeza, avergonzado—. Si el chico muere por algo que yo hice, no seré capaz de vivir con esa culpa.

—No tienes por qué preocuparte por eso —declaró Lany—. Ella misma te matará. Tiene mucho en juego con ese niño.

Ahora fue Bruce quien no lo entendió.

395

—Alex —dijo ella—. Apócope de...

Pasaron unos segundos antes de que Bruce estableciese la vinculación con Alejandro.

—Dios mío. No puedes decirlo en serio.

—Sí.

Bruce permaneció muy callado, mientras Lany le relataba lo que sabía sobre cómo había sido engendrado Alex. Cuando acabó, también le mencionó el accidente de Tom, la amputación que le había practicado Janie y el efecto que había tenido en ella.

Pero él no hizo ningún comentario referente a Tom; en cambio, se centró en el chico.

—Así que no es hijo de los dos... En realidad, no es hijo de nadie. —

Después añadió, con cierto titubeo—: No es que importe.

—No creo que ninguna madre haya amado o adorado a un niño tanto como ella, yo incluida. Y créeme cuando te digo que quiero a mi hijo. Él es todo lo que me queda, de tres.

En aquel momento, Bruce se ensimismó en sus pensamientos. Cuando recuperó la voz, manifestó:

—Me preguntaba si sería posible... algo así. Supongo que debió de ser un implante de alguna clase, porque ella se había hecho una ligadura de trompas y no habría podido concebir de manera natural. Pero esto... Dios mío, nunca lo había oído. Cuesta mucho creerlo.

—No más de lo que me costó a mí creer la historia que me has contado. Pasaron unos momentos antes de que él dijese:

—Miramos a casi setecientos años atrás, a través de los ojos de alguien que vivió un tiempo muy difícil, y ahora nosotros estamos viviendo algo

semejante. Ni siquiera puedo imaginar lo que la historia dirá de nosotros y lo que hicimos.

—Todavía no lo hemos hecho.

—En ese caso creo que deberíamos poner manos a la obra. —Bruce se levantó y cogió el ordenador de bolsillo—. Las pilas están muy bajas, pero ahora necesito que envíes un mensaje de mi parte. En la primera línea, escribe una palabra: «fábrica». En la segunda línea, escribe: «L+BL2D». Lany lo miró.

—No entiendo «fábrica», pero el resto es fácil: Lany y Bruce llegarán dentro de dos días. Si alguien lo intercepta, lo entenderá con la misma facilidad que yo.

—Pues que así sea —replicó Bruce—. Si alguien de la Coalición lo intercepta, tendrán que descubrirnos en todo aquel mundo salvaje. Ahora mismo están ocupados con los deltas, así que adelante, envíalo. Lany hizo lo que él le pedía y después dejó el ordenador en la mesa.

—Hemos estado enviando desde esta localización; cualquiera con el equipo adecuado podría rastrearnos.

396

Bruce cogió el ordenador, abrió la tapa trasera y golpeó el aparato contra la mano. Las pilas cayeron sobre su palma.

—Ya no.

—Está ardiendo —le dijo Janie a Tom—. Tiene casi cuarenta de fiebre. Lo sacudió suavemente; él no respondió.

—Alex —dijo y lo sacudió más fuerte.

Él abrió los ojos y la miró.

—¿Qué temperatura tengo, mamá?

Ella no quería decírselo; su hijo sabía muy bien qué significaba, algo de lo que ella era la única responsable.

—Tienes casi cuarenta —respondió.

Alex pensó un momento.

—Vaya.

Kristina dio unos golpecitos en el marco de la puerta.

—Hay otro mensaje. De nuevo para ti —avisó a Janie.

Janie se levantó y miró a su marido. A su tácita pregunta, él respondió:

—No te preocupes. Aquí estaré.

—Ahora mismo vuelvo.

Le tembló la mano cuando hizo clic en la pestaña de abrir mensaje.

L + BL2D

Janie consiguió cerrar el programa antes de desmayarse.

Tardaron menos de una hora en prepararse para el viaje al oeste, porque tenían el hábito de mantener los suministros básicos en un mismo lugar para reunirlos deprisa.

—Nunca se sabe cuándo habrá que marcharse al primer aviso —le dijo Bruce a Lany. Le devolvió el arma y cogió otra para él. Luego empaquetó un suministro de suero que había extraído de los buitres o zopilotes. Levantó el último frasco para mostrárselo a Lany; el líquido tenía un color verde esmeralda claro.

—Bilis de zopilote.

—¿Qué?

—Bilis de zopilote —repitió Bruce—. Producen unas enzimas que pueden matar casi cualquier bacteria que entre en contacto con ellas y las enzimas se adaptan a los virus mutados.

—Venga ya.

397

—Funciona, créeme. ¿Cómo crees que han sobrevivido hasta aquí con lo que comen? ¡Carroña llena de bacterias! Esta es la mejor esperanza que tenemos si él se contagió con la bacteria del águila.

Sujetó el frasco con fuerza, como si contuviese la sangre de Cristo, y se lo acercó a Lany para que lo viese. Ella observó el líquido verde con una expresión de asombro.

—Roguemos que funcione.

—Roguemos que no sea necesario.

Antes de marcharse, Bruce comprobó el equipo preparado. Después de un largo suspiro, dijo:

—Hay algo más que deberíamos llevar. No estaba seguro de que tuviésemos sitio, pero ahora creo que sí.

Ella lo siguió por el laberinto de corredores y patios hasta que llegaron a una puerta con un pequeño cartel en letras mayúsculas:

LABORATORIO DE PRÓTESIS

En el interior, caminaron entre un sinfín de miembros ortopédicos colgados de cuerdas del techo y las paredes. Brazos, piernas, pies, manos, de todos los tamaños y colores imaginables.

—¿A qué altura de la pierna fue la amputación de Tom?

—Justo por debajo de la rodilla.

Bruce buscó en una serie de cajas y finalmente sacó tres objetos de metal diferentes.

—Cuencos. Tendrán que hacer la parte inferior de madera para que sea de la altura correcta, pero con esto será más cómoda.

Una hora más tarde cuatro viajeros salían a caballo del Worcester Technical Institute, por la misma entrada que habían utilizado para llevar la montura de Lany cuando la habían capturado. Siguieron una ruta circular y un poco al sur antes de dirigirse al oeste. Cabalgaron por el arcén de una vieja autovía que iba directamente al oeste sin desviarse ni un momento al norte ni al sur. A primera hora del día siguiente, los cuatro cruzaron el puente. El número les proporcionaba seguridad porque nadie los molestó.

Janie se había hecho un chichón y un corte en la frente cuando había golpeado contra el brazo de la silla al desplomarse hacia adelante sin conocimiento. Kristina fue a la nevera y volvió con un gran trozo de hielo, que apretó alternativamente en la frente de Janie y Alex. La fiebre se había mantenido alta toda la mañana.

398

Lo único que pensaba Janie mientras se ponía el hielo en la frente era: «Esto no puede estar sucediendo».

Sentada junto a la cama de Alex, solo podía pensar en el inquietante mensaje y la enfermedad de su hijo.

«No estás enfermo, no estás enfermo», repetía mentalmente como si él pudiese captarlo por telepatía.

«No puede ser Bruce, no es posible que sea Bruce...»

Tom apareció en el umbral, apoyado en su muleta.

—Parece que duerme tranquilo —comentó Janie.

—Eso es bueno —dijo Tom—. Necesita dormir; tiene que estar exhausto. —

Hizo una breve pausa—. ¿Quieres decirme qué pasó esta mañana? ¿Por qué te desmayaste? Sé que estás pasando por una dura prueba, pero... Su voz se apagó, como si no supiese cómo terminar.

Ella debatió consigo misma durante unos segundos para decidir si debía decírselo. Llegó a la conclusión de que la verdad sería lo mejor para todos.

—Recibimos un mensaje... —comenzó.

—¿De Lany?

—No. De Bruce.

Durante las horas siguientes, mientras su hijo se hundía en un sueño más profundo, Janie no se movió del dormitorio. Le llevaron comida, pero ella apenas si la probó. Caroline y Kristina se ofrecieron para reemplazarla en la vigilia, pero ella rechazó su ayuda.

«Es culpa mía —les dijo—. Dios me castiga. Yo lo traje aquí, y ahora Dios se lo llevará. Todo es culpa mía.»

Nadie pudo convencerla de lo contrario. Todos la observaron con terrible tristeza mientras Janie bañaba y limpiaba a su hijo. Cada pocos minutos miraba para saber si las oscuras manchas que tenía debajo de la barbilla se habían hecho más grandes. Intentó darle caldo, pero solo vio cómo le chorreaba por la comisura de los labios. Daba pena verlo tan pequeño en la gran cama, y parecía empequeñecerse aún más con el paso del tiempo. De vez en cuando intentaba despertarlo, pero en vano.

Al ver que no había nada que pudiese hacer, la dominó un sentimiento de total impotencia. Finalmente, llevada por la desesperación, se levantó y salió

corriendo de la habitación; apartó a todos los demás sin decirles ni una palabra. Cuando regresó llevaba el diario de Alejandro. Con manos temblorosas abrió la frágil encuadernación y apoyó el libro en su regazo. Mientras Alex gemía y se retorcía de dolor, ella fue leyendo página tras página para revelarle la vida que una vez había llevado, con la esperanza de que no fuese demasiado 399

tarde. No sabía si el chiquillo podía oírla ni si, en caso de hacerlo, sería capaz de comprenderlo.

Poco antes del alba, Alex despertó por unos momentos. Mientras Janie abrazaba al niño tembloroso, él le susurró al oído:

—¿Quién es Kate?

Ella se apartó y le sonrió, confiando en que no viese sus lágrimas.

—Alguien a la que querrás mucho algún día.

«Quizá plazca al... »

Se detuvo a medio pensamiento.

No. «Si Dios quiere.»

400

33

Geoffrey Chaucer se esforzaba en conseguir la rima correcta de un verso, cuando se vio interrumpido por una inesperada llamada a su puerta.

La abrió y se encontró con uno de sus compañeros escuderos, un joven todavía en aprendizaje, que sostenía una carta en la mano.

—De tu banquero en Londres —dijo el muchacho.

Aunque extrañado porque no conocía a ningún banquero, Chaucer aceptó

la carta y le dio las gracias. Tras la marcha del joven escudero, observó el sello; llevaba el escudo de un conocido banquero de Londres.

—Bueno —exclamó mientras desenrollaba el pergamino—, quizá tengo en alguna parte un anónimo mecenas.

La carta no contenía ninguna noticia de un golpe de fortuna, sino algo que Chaucer anhelaba todavía más.

Mi querido Geoffrey:

Sin duda te has preguntado qué ha sido de nosotros; te lo diré sin revelar demasiado. Estamos seguros de que el hombre que te remitirá

esta carta es muy discreto, como corresponde a la posición de sus clientes, uno de los cuales resulta residir en París. Ahora ya debes de saber que sir John Chandos regresó a Windsor sin nosotros, a menos que la suerte haya querido que te alejaras de ese vil lugar y por lo tanto tengas la bendición de desconocer sus intrigas. El buen caballero nos alcanzó en una ciudad llamada Eyam, bien al norte, donde fuimos con la ilusión de confundir a nuestros perseguidores. Benoît estaba con él; no puedo decir aquí qué le ocurrió por miedo de que algún día se vuelva en mi contra, pero sí diré que el hombre sufrió

un apropiado destino.

401

Chaucer leyó rápidamente los detalles de los sucesos ocurridos en Eyam.

Escapamos de Chandos y viajamos hacia el sur durante muchos días. En la llanura de Salisbury nos encontramos con un grupo de viajeros, peregrinos camino de Canterbury. Teníamos la intención de continuar todo el viaje hasta Southampton, pero uno de los viajeros nos avisó de que no encontraríamos allí fácil pasaje, porque los barcos eran casi todos de carga, y en aquellos que solo admitían pasajeros podríamos despertar sospechas. Aunque temíamos ir a Dover, no creímos prudente arriesgarnos a los puertos del sur y decidimos que lo mejor sería viajar con estas personas, dado que pasaríamos mucho más inadvertidos con este grupo. No les dijimos nada de nuestra historia, excepto que éramos padre e hija y que

volvíamos a nuestro hogar en Francia, después de pasar un tiempo con nuestros parientes en Inglaterra. Como era en su mayor parte verdad, nadie pareció sentir la necesidad de hacernos más preguntas.

Era un grupo amable e interesante, entre los que había un sacerdote, una monja, un magistrado y practicantes de muchos oficios: molinero, carpintero y otros. También había mujeres y una en particular que llamaba la atención por su corpulencia y su personalidad. Era muy ingeniosa, y siempre me hacía reír. Sus opiniones eran muchas y contundentes, y no hacía falta insistirle demasiado para que las manifestase. En el grupo había también un viejo caballero, un hombre amable y discreto cuyo último deseo en la vida era rezar en la santa catedral por el alma de su hija, a quien Dios acababa de llevarse. Aunque era amable y reflexivo, algunas veces parecía carecer totalmente de espíritu, y, cuando se le preguntaba por la muerte de su hija, se encerraba en su tristeza y nadie era capaz de arrancarlo de ella. A pesar de esta única nota sombría, nuestro viaje fue muy tranquilo, quizá incluso de una calidad que se podría llamar buena. Con sus alegrías, penas y opiniones, estas personas nos hicieron el largo viaje mucho más tolerable de lo que podría haber sido. Siempre los recordaré, a ellos y los relatos que narraron para entretenernos. Nunca había visto a mi padre tan animado y feliz como en esta parte del viaje. Tiene el amor de una dama que lo espera en Francia, y se alegraba un poco más cada día a medida que nos acercábamos a nuestro destino. Cuando llegamos a Canterbury, nos despedimos con lágrimas de este jovial grupo y nos dirigimos a Dover.

Pero antes de abandonar Canterbury, buscamos la tumba de la dama Adele de Throxwood, que había sido la doncella de mi hermana cuando ella era más joven de lo que yo soy ahora.

402

Chaucer recordó el día del baile de máscaras, cuando la sombra de una mujer se le había aparecido en el bosque de Charing Cross. Quizá era ella.

—Fue un viaje muy largo el que hiciste para revelarte —le susurró a su espíritu.

Esta buena dama era la amante de mi padre cuando él estuvo aquí

antes, y más que una amiga para mí; fue ella quien estuvo a su lado cuando él me cuidó hasta que me repuse de la peste, en el tiempo de la Gran Mortandad, y la que me protegió de las iras de mi cruel hermana. Mi padre lloró amargamente frente a su tumba, y poco pude hacer para consolarlo. Pero cuando salimos de Canterbury él parecía estar más en paz, como si le

hubiesen quitado una carga de los hombros. Al llegar a Dover averiguamos con la mayor discreción posible cuál era la situación en Calais; nos enteramos de que había allí todavía muchas tropas británicas, tal como cuando mi padre cruzó en abril, y decidimos que sería más prudente dirigirnos a Bretaña, en Normandía, en lugar de a Calais. Me pesaba el corazón con esta decisión, porque el viaje por mar sería mucho más largo y desembarcaríamos más lejos de París. Pero mi padre me convenció de que podríamos tener mucho más éxito si no pasábamos por un fuerte inglés; a la vista de nuestro tortuoso camino, había muchas posibilidades de que las noticias de nuestra fuga hubiesen cruzado el canal antes que nosotros mismos.

Así que fuimos en barco hasta Bretaña, y sufrí mucho del mareo. Cuando finalmente desembarcamos, me arrodillé y besé la tierra. Después de comprar unos buenos caballos, nos dirigimos a Nantes, que nos pareció un lugar encantador. Los bretones no se consideran franceses, ni tampoco dan su alianza a Inglaterra, que ahora mismo reclama esta región. Son bretones, del primero al último, con una lengua y un espíritu propio, y por eso los admiro. Ahí está la llaga para el rey; él había esperado establecer una cabeza de puente contra la *famille de Rais* a través de Benoît. Gracias a Dios, no ha sido así.

Me atrevería a decir que encontré aquel lugar tan atractivo que no me importaría vivir allí, si mi padre está de acuerdo, una vez acabados nuestros asuntos en París. Allí podríamos vivir bien, sin miedo a la traición, porque nadie siente ningún aprecio por aquellos que nos buscan.

Cabalgamos durante lo que nos pareció una eternidad. La última noche antes de llegar a París, nos alojamos en el pequeño pueblo de Versalles.

403

—Mañana —dijo Kate con anhelo, apoyando la cabeza en la capa enrollada—. Mañana veré a mi hijo. Mi corazón está tan lleno de ansias que apenas si me puedo contener. Padre, debes decírmelo: ¿cómo debo actuar cuando lo vea? Él no me conoce, ni yo a él.

Alejandro la tranquilizó todo lo que pudo.

—Cada noche desde que era un bebé, le he hablado de su maravillosa madre. Le he dicho qué aspecto tenías y le he hablado del sonido de tu voz; le he descrito tu carácter con todo detalle.

—Pero nunca me ha visto —repitió ella.

—Su amor por ti no será menor por eso. Te he mantenido en su mente cada día; allí debe de haber una imagen a la que acude en busca de consuelo y confianza. Lo primero que me preguntó cuando le dije que iría a Inglaterra fue si te traería conmigo.

Alejandro no vio en la expresión de la joven que sus palabras le hubiesen dado mucho consuelo.

—Tú tampoco lo has visto nunca —dijo—. ¿Eso cambiará lo que sientes por él cuando ocurra el feliz acontecimiento?

Kate sacudió la cabeza.

—Pero ¿qué pasará si no le agrado?

Alejandro sonrió y le acarició los cabellos.

—De eso no hay ninguna posibilidad. Él te querrá lo mismo que yo, te lo prometo.

Él no le habló de sus propios temores, de lo que podría pasar cuando Philomène volviese a verlo después de tantas semanas de separación. ¿Volvería a recibirlo en sus brazos y en su cama, o el tiempo habría hecho que las dudas se instalaran en su corazón?

Muy pronto lo sabría.

Llegaron a última hora de la tarde, y entraron en París sin contratiempos por la puerta oeste. No había guardias para interrogarlos, dado que poco tenía que temer el rey de Francia de los ingleses con su princesa recién casada con el barón de Coucy. La principal preocupación del monarca, como bien sabía Alejandro, era el descontento de su propio pueblo. El respiro en la guerra inglesa significaba que sus soldados podían dedicar más tiempo a reprimir las pequeñas rebeliones que surgían de vez en cuando en el campo, como débiles y conmovedores ecos del fallido alzamiento de la *Jacquerie*. Siguieron la carretera que bordeaba la ribera del Sena, con la tranquilidad de saber que era poco probable que los detuviera alguna autoridad; tenían un 404

aspecto absolutamente común, un hombre y una mujer que cabalgaban de forma pacífica. No necesitaban cruzar el río, porque ya estaban en el lado sur. Llegaron a *l'hôtel de Chauliac* por la misma calle donde Kate y Guillaume Karle se habían apostado una noche, mucho tiempo atrás, cuando comenzaban a planear la fuga de Alejandro.

Cuando se acercaron al punto donde había estado la apuesta pareja, Alejandro se volvió hacia Kate.

—Si no te molesta, hija, prefiero que esperes aquí.

La petición la pilló por sorpresa.

—Pero ¿por qué, padre...?

—Por tu hijo —respondió Alejandro—. Por favor.

—De acuerdo.

Él se alejó rápidamente y entró en el patio. El mozo de cuadra se hizo cargo de su caballo, y él corrió al interior de la casa. Se detuvo por un momento en el vestíbulo y miró en derredor; no había nadie. Sentía la presencia de Philomène, que lo atraía a ella, pero no hizo caso del impulso de ir a buscarla y en cambio subió a toda prisa la escalera.

Su sirviente se le acercó de inmediato con efusivos saludos. Alejandro le dio un rápido abrazo.

—¿El niño?

—Dormido y soñando feliz.

—Muy pronto será más feliz —le dijo el médico con una amplia sonrisa —. He traído a su madre.

Dejó a su sirviente entregado a fervientes plegarias de gracias y entró en la habitación donde Guillaume dormía plácidamente.

El corazón se le aceleró el pensar en el feliz encuentro.

—Guillaume —dijo, al tiempo que lo sacudía con suavidad—. ¡Despierta!

El niño se volvió en la cama y abrió los ojos. Luego se levantó apoyado en los codos, con los ojos bien abiertos por el asombro.

—*Grand-père*! ¡Has vuelto!

Alejandro abrazó al niño con fuerza, y después lo llevó a la ventana.

—Mira allá abajo.

El chico lo interrogó con los ojos y, al ver el gesto de aliento de Alejandro, miró a la calle.

Abajo vio a Kate, todavía montada. Ella levantó los brazos y lo saludó casi frenéticamente y le sopló besos.

El niño apenas si podía hablar.

—¿Es... es ella...?

—¡Sí! —le gritó Kate—. ¡Sí! Espera ahí, Guillaume, ahora voy. —Tocó el caballo con las rodillas y desapareció en dirección al patio. 405

Guillaume no hizo caso de la orden y corrió escaleras abajo, de dos en dos, con Alejandro muy cerca. El chico abrió la pesada puerta y casi voló al patio. Cuando vio a Kate desmontar del caballo, se detuvo bruscamente y permaneció

inmóvil.

Kate lo miró.

—Hola, Guillaume, hijo mío.

Él se volvió para mirar a Alejandro.

—Ve, niño, y dale un beso a tu madre.

Guillaume echó a correr como una flecha y saltó a los brazos que lo esperaban.

Alejandro llevó a Kate y Guillaume a su habitación, donde hablaron durante muchas horas. Los besos, los llantos y los abrazos continuaron hasta bien entrada la noche; milagrosamente, los demás ocupantes de la casa no se despertaron. Guillaume, rendido, comenzó a dormitar en los brazos de su madre. Con la desgana que se deriva de una ausencia tan prolongada, ella lo acostó en la cama y lo tapó con las mantas hasta los hombros.

—Duerme, aquí, a su lado —le dijo Alejandro, señalándole su propia cama—. Yo buscaré un lugar donde descansar mis viejos huesos. —Miró a través de la ventana—. En cualquier caso, falta muy poco para el amanecer. Los dejó en su habitación, cerró la puerta y luego se dirigió sin perder ni un segundo al dormitorio de Philomène.

Por un momento se detuvo allí con el corazón en un puño, hasta que reunió

el coraje para llamar.

Esperó. Nadie atendió. Llamó de nuevo, un poco más fuerte, pero siguió

sin obtener respuesta. Abrió la puerta lentamente y, para su horror, vio que la habitación estaba vacía.

Dominado por el miedo, bajó la escalera y la buscó en la biblioteca. Cada fracaso aumentó el miedo de que ella se hubiera marchado. Finalmente llegó a la cocina, donde las cocineras ya estaban preparando el pan. Habló con una de las mujeres mayores, Mathilde, que llevaba en la casa desde hacía tiempo.

—Por favor, ¿y la señorita? ¿Se ha marchado?

Mathilde le dedicó una amable sonrisa.

—Abajo —respondió, señalándole la escalera—. En el laboratorio. Ocho años atrás los guardias de De Chauliac lo habían arrojado por aquella misma escalera, y ahora casi se arrojó él voluntariamente llevado por la prisa, pero esta vez no se torcería el tobillo al final de los escalones. Una

vela ardía en un nicho en una de las paredes; la cogió y, con su luz, encontró el catre de Philomène.

406

Vio que De Chauliac le había preparado un rincón confortable, con una mesa, una silla y una pequeña cómoda. Alejandro se detuvo junto a la mesa, donde había varias páginas del manuscrito de su maestro, ordenadas de una manera que él no hubiese sido capaz.

Luego se detuvo junto al lecho. Se sintió asombrado de nuevo por su encanto; parecía incluso más bella de lo que él recordaba. Apagó la llama de la vela de un soplo y luego apartó las mantas; cuando ella abrió los ojos, se deslizó

entre las sábanas a su lado.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo apretó con todas sus fuerzas.

—Oh... —suspiró—. Oh, mi amor, estás aquí. Apenas si lo puedo creer... Mudos de alegría, se tocaban el uno al otro frenéticamente, para estar seguros de que no era un sueño.

—¿Por qué estás aquí abajo, y no en tu propia habitación? Me asusté cuando la encontré vacía.

—Lo prefiero así —contestó la joven—. A menudo me despierto por las noches, después de soñar contigo, y el trabajo me ayuda a mantener la mente ocupada.

Philomène le cogió una mano y la posó sobre su vientre, ahora voluminoso.

—Pero ahora hablemos de otras cosas.

Alejandro se levantó apoyado en un brazo para mirarla con una expresión de absoluta incredulidad.

—¿Estás... quiero decir...?

Ella se rió y lo besó suavemente.

—Lo estoy.

Los rodeaba su pequeña familia —Kate, Guillaume y Avram Canches —, pero Alejandro solo tenía ojos para Philomène. Apenas si oyó las palabras sacramentales que Guy de Chauliac leía de un libro de ritos cristianos. Kate y Guillaume, de pie junto a ellos, fueron testigos del matrimonio con una amplia sonrisa en el rostro.

La servidumbre se encontraba a un lado, todos llorosos, porque era una ocasión de gran felicidad, y había un gran afecto entre ellos por el hombre y la mujer a los que el amo de la casa unía. Se oyó una gran ovación cuando

se completó la ceremonia; lacayos y doncellas estaban allí para ofrecer sus felicitaciones a la feliz pareja.

Aunque solo era una formalidad, los recién casados fueron enviados a su dormitorio con una lluvia de buenos deseos para su primera noche como marido y mujer.

407

El parto de Philomène comenzó una tarde cuando el sol de diciembre iniciaba la puesta. Sin hacer caso de las advertencias de su marido, se había negado a guardar cama mucho antes de comenzar el parto como hacían otras mujeres. Pero por la mañana se había sentido muy agitada y, aunque sabía que el momento estaba cercano, no podía explicar la inquietud que la dominaba. Cuando a media tarde rompió aguas, envió a Kate a llamar a Alejandro, que trabajaba con De Chauliac.

Los dolores se hicieron frecuentes dos horas después de la puesta de sol, cuando toda la servidumbre ya estaba casi en la cama. Durante la larga y fría noche, Philomène luchó y empujó, con Kate a su lado, y Alejandro paseándose con nerviosismo al otro lado de la puerta.

Pero el niño no nacía.

Durante un breve rato, Philomène consiguió descansar, y Alejandro aprovechó el respiro para preguntarle a De Chauliac, que se había unido a su vigilia:

—¿No te parece extraño, colega, que tú y yo, ambos médicos, tengamos que estar esperando al otro lado de la puerta mientras una mujer gime en el interior?

De Chauliac apenas si tuvo tiempo de asentir antes de que comenzasen de nuevo los gemidos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que rompió aguas? Parece una eternidad.

—Casi lo es —respondió De Chauliac—. Más de doce horas. Alejandro agachó la cabeza. Había vergüenza en su voz cuando dijo:

—Te hemos causado tantos problemas... Lamento sinceramente si has perdido algo de tu influencia con Aviñón.

—No te preocupes —replicó De Chauliac—. No creo haber perdido gran cosa. Este Papa no es el hombre que era Clemente. Clemente, descanse en paz, era mucho más bondadoso. Tenía sus momentos de jocosidad, y Dios sabe que le gustaban los placeres seculares, pero en general era un hombre devoto que buscaba el bien de su rebaño. Este se sienta en sus

habitaciones y cuenta el dinero de Dios, algo que sinceramente pienso que no concierne a Dios.

—Creo que por eso hizo al hombre a Su semejanza, para contar Su dinero.

—Es un punto de vista muy particular, colega. —De Chauliac sonrió. En aquel momento un largo y doliente gemido llegó desde el otro lado de la puerta. Cuando acabó la dolorosa contracción, Alejandro soltó el aliento que había contenido sin darse cuenta.

—No puedo soportar su sufrimiento —dijo—. ¿No hay nada que podamos darle?

—No en mi farmacopea —respondió De Chauliac.

Dos horas más tarde, mientras Philomène yacía exhausta y bañada en sudor, Kate salió de la habitación, pálida y con una expresión de derrota.

—No importa lo que haga, no consigo sacar al niño. No tengo suficiente experiencia; necesitamos a una comadrona que haya asistido a bastantes partos como para saber qué se necesita. Enviad a llamar a Mathilde; ella es experta en tales temas.

De Chauliac salió rápidamente a buscar a la mayor de sus doncellas, para que se ocupase del recado.

Menos de una hora más tarde, llegó la comadrona. La seguía un joven que subió las angostas escaleras con la sólida y pesada silla paritoria. Alejandro estaba apenas un poco más allá de la puerta del cuarto, con De Chauliac a su espalda, y observó a la mujer que se acercaba con una celeridad notable a pesar de su corpachón. Ella se detuvo delante de la puerta, se quitó el chal y dejó a la vista su rostro. Alejandro ahogó una exclamación al verla. La mujer lo miró a los ojos por un momento, y él vio en su cara la misma mirada de reconocimiento.

Pero, dando muestras de un gran control, la comadrona ocultó su sorpresa; en cambio, dijo sencillamente:

—Volvemos a encontrarnos, médico. ¿También esta vez atiendo a vuestra hija?

—No —respondió Alejandro con calma—. A mi esposa.

—Ah. Mathilde me dice que ha estado con los dolores durante la mayor parte de este día y parte del último. ¿Es verdad?

—Así es. Pero ha estado bien atendida, porque mi hija ha... La comadrona lo interrumpió.

—Tendríais que haberme llamado antes. Confiemos en que esta vez también lo hagamos bien.

Perturbados, el francés y el judío bajaron a la biblioteca. De Chauliac pidió

que les sirviesen vino y lo bebieron rápidamente, para mitigar la impresión de lo ocurrido arriba.

—Tendríamos que haber considerado la posibilidad de que nos encontráramos con alguien de la servidumbre de Lionel —comentó De Chauliac—. ¡Qué tontos hemos sido!

—Allí solo la conocimos como una sirvienta, una doncella con conocimientos de comadrona —dijo Alejandro—. No específicamente como tal. Hemos de suponer que tomó el oficio, ahora que la casa está vacía y se ha 409

quedado sin empleo. Debo reconocer que lo hizo muy bien con Kate cuando nació Guillaume, pero así y todo... —Se bebió el vino de un largo trago, y después apoyó las manos en la mesa—. No debemos permitir que salga de esta casa hasta que lo tengamos todo preparado para marcharnos.

—Pero sería una locura viajar con un bebé y con tu esposa débil por el parto.

—Haré lo que sea para proteger a mi familia —señaló Alejandro con firmeza.

—¡No podemos retenerla aquí; es una mujer libre, y alguien sin duda la echará de menos!

—¿No era yo un hombre libre cuando tú me retuviste aquí? ¿No era Kate una mujer libre cuando Lionel y Elizabeth me la robaron?

Por un momento la amargura de aquel tiempo flotó en el aire.

—Si no podemos detenerla —manifestó De Chauliac en voz baja—, entonces tenemos que sobornarla, comprar su silencio.

—¿Por cuánto tiempo? Es imposible hacer que alguien como ella guarde silencio sobre sus triunfos. Sin duda recuerdas cómo se comportó con el nacimiento de Guillaume: no dejó de vanagloriarse en voz bien alta. Es una mujer presuntuosa...

—... y plebeya. Una bolsa de oro le cerrará la boca. Aunque solo sea por un tiempo.

Alejandro no pareció convencido.

—Esperemos que sí.

Alejandro percibió la desesperación que traslucía la voz de Philomène.

—Estoy agotada —le dijo—. No puedo hacer nada más.

—¿Qué quieres que haga?

—Debes sacar el niño abriéndome el vientre, como yo saqué al niño de aquella pobre mujer.

—No, esto no se hará —respondió Alejandro en el acto—. No por mi mano. Ella respiró profundamente y apretó los dientes en un rictus. Cuando pasó

el dolor, dijo:

—¿Quieres dejarme aquí en mi propia suciedad y que muera de dolor, sabiendo que te dejo sin un hijo para mostrar a cambio? Por el amor de Dios, Alejandro, hazme lo que se hizo a la madre de César, para que el niño pueda sobrevivir.

—No, mi amor, si hago eso, tú morirás... —dijo Alejandro con voz temblorosa.

—Mi adorado tonto —susurró ella—, sé lo que puede pasar. Debes sacar al niño, o ambos moriremos.

410

Él se volvió, con el corazón palpitándole de tal modo que apenas si podía respirar.

—Por favor, marido, te lo ruego. De haber sido un poco más diligente, mejor médico, la mujer y el niño podrían haber vivido... Y de haber tenido el conocimiento que tengo ahora, que tú puedes tener delante de ti gracias a los dibujos de De Chauliac, podría haber funcionado. Pero corté demasiado profundo, ahora lo sé. Tú puedes hacerlo mejor...

La comadrona se adelantó.

—Una mujer, un médico... ¡Eso está prohibido, por Dios y por la ley!

Se volvió hacia la puerta, pero solo consiguió dar un paso antes de que Kate la sujetase firmemente por el brazo.

—¡Suéltame! —gritó la mujer al tiempo que forcejeaba para liberarse. Pero Kate la sujetó con fuerza y le dijo al oído con tono adulador:

—Necesitaremos de tu ayuda, así que debes quedarte. Alguien debe sacar al niño cuando se hagan los cortes. Tú eres comadrona, así que esa tarea te corresponde a ti, con tus considerables habilidades.

De Chauliac y Alejandro flanquearon a la mujer. Ella se tambaleó y luego perdió el conocimiento; los dos hombres bajaron lentamente su cuerpo inerte hasta el suelo para que no se hiciese daño.

Kate salió de la habitación para ir a buscar lo que se necesitaba.

Apartaron la silla paritoria; el muchacho que la había cargado para la comadrona fue despedido con una moneda en la mano, y se marchó asombrado por su súbita buena fortuna. El lacayo de la puerta principal recibió la orden de que no entrase ni saliese nadie de la casa. Buscaron los dibujos de De Chauliac en la biblioteca y los llevaron a la habitación del parto. Dispusieron los instrumentos de cirugía, limpios y brillantes, en una tela al pie de la cama y despertaron a la comadrona de su desmayo. Todo estaba a punto, salvo el cirujano.

Alejandro se encontraba delante del abdomen desnudo de Philomène con el bisturí en la mano, el rostro ceniciento y las manos temblorosas.

—No puedo —dijo. Miró a De Chauliac—. Colega, ¿querrás tú?

De Chauliac cogió el bisturí de la mano de Alejandro sin mucho entusiasmo y se colocó en la posición adecuada junto al abdomen de Philomène.

—Perdóname, señora —le dijo a la parturienta—. ¿Estás preparada?

—Lo estoy —susurró ella—. Que Dios me ayude.

«Demasiada sangre, hay demasiada sangre —pensó Alejandro mientras miraba el líquido rojo que manaba de la incisión—. ¡Demasiado profundo! El corte es demasiado profundo. Ella morirá y también mi hijo...»

Pero el corte era perfecto; De Chauliac trabajaba rápida pero cuidadosamente y solo cortaba a través de la piel, asegurándose de no tocar el músculo debajo. Aunque el láudano calmaba el temor de Philomène, estaba claro para todos que ella sentía cada detalle de la intervención. Mordía bravamente una cuchara de madera, para mantener a raya el terrible dolor y permanecer quieta. Lloraba a lágrima viva mientras el afilado cuchillo en la mano de De Chauliac cortaba las capas de piel.

Alejandro le sujetaba los brazos, en algunos momentos con tanta fuerza que temía romperle los huesos. Kate le enjugaba el sudor de la frente y apartaba los cabellos que se le pegaban en la piel sudorosa.

Sin interrumpir el trabajo en el vientre de Philomène, De Chauliac miró a Kate.

—Sostén en alto el dibujo del útero —ordenó—. A mi lado derecho, para que pueda verlo con claridad.

Ella lo encontró entre los otros dibujos y se lo dio a la comadrona, que lo sostuvo en la línea de visión del cirujano. Por un momento, él pareció inseguro de lo que debía hacer; luego, con un profundo suspiro, apartó los

músculos para dejar a la vista el útero. La tensa y brillante superficie del órgano ondulaba mientras el niño, ansioso por nacer, se movía en el interior.

—Que Dios guíe mi mano —dijo, y clavó el cuchillo en la tensa y distendida superficie de la matriz.

Los sirvientes oyeron los gritos de Philomène hasta en la cocina del sótano. Soltó un último alarido, y después se hizo el silencio.

Aún conmocionado, Alejandro cogió al bebé en brazos en cuanto la comadrona acabó de limpiar los restos de la placenta y declaró a la criatura sana y sin defectos. Se llevó el precioso bulto fuera de la habitación, como había hecho en el nacimiento de Guillaume, mientras De Chauliac acababa su trabajo. Encontró a su nieto, que esperaba al otro lado de la puerta con una expresión de terror. El chico, como todos los demás, había oído los gritos. Alejandro se arrodilló y le presentó el bebé a Guillaume.

—Quiero que conozcas a tu... —Se detuvo, sin saber qué decir. La recién nacida, su hija, era hermana de la madre de Guillaume—. Supongo que tu tía. Apartó la tela que cubría el rostro del bebé, para que Guillaume pudiese verlo. El bebé separó los labios ligeramente como si fuese a hablar y emitió un ruidito; después volvió a cerrar la boca. Guillaume sonrió y tocó con delicadeza la mejilla del bebé.

412

—Es muy suave —dijo el niño.

—Sí —manifestó Alejandro. Recordó la sensación de tener a Guillaume en brazos cuando el niño acababa de nacer—. Como tú.

«Y como su madre.» Se levantó y dejó a su nieto solo. Le llevó el bebé a Kate. Por último, fue a su propia habitación y lloró amargamente. 413

34

Subieron la ladera de la montaña en la mitad del tiempo que había empleado Janie montada en Jellybean. Para la hora en que se ponía el sol, Lany y Bruce, seguidos por los dos compañeros, cruzaron la verja para entrar en el patio del recinto.

Caroline fue la primera en verlos. Permaneció absolutamente inmóvil durante un momento mirando a Bruce, sin decir lo que tenía en mente: que no era ni de lejos el hombre que había sido. Pero se sobrepuso a la inquietud provocada por su apariencia y avanzó hacia el científico. Después de un largo abrazo de bienvenida, se apartó con una gran sonrisa.

—¿Te he dado las gracias últimamente por todo lo que hiciste por mí?

Sarah llegó corriendo, pero se ocultó detrás de las piernas de su madre, asustada al ver a Bruce.

—No pasa nada, cariño —le dijo Caroline a su hija—. Es un viejo amigo mío y de Janie. —Acarició el hombro de Sarah—. Ha venido para ayudar a Alex.

Miró a Bruce buscando su confirmación.

Bruce asintió.

—Bien, entonces acompáñame.

Bruce miró con asombro el lugar donde Janie había pasado su vida durante casi todo el tiempo desde la última vez que se habían visto. Cuando llegaron al salón principal, Caroline le pidió:

—Espera aquí un momento.

Fue al dormitorio. Janie dormía en el borde de la cama. Tom estaba sentado en una silla, con la pierna estirada. También él dormía, pero sus movimientos le dijeron a Caroline que su sueño era intranquilo. Cerró la puerta al entrar.

414

Janie se despertó al sentir la mano de Caroline en el hombro. Se sentó en la cama y se restregó los ojos. Su primera acción fue sujetar la muñeca de Alex; sintió un gran alivio cuando la notó caliente. Se volvió hacia su amiga.

—¿Están aquí?

Caroline asintió.

Janie miró otra vez a su hijo, y de nuevo a Caroline.

—No veía la hora de que llegasen; ahora no sé si estoy preparada.

—Tómate un momento para... despertarte, antes de salir. Yo me ocuparé de hacerles compañía hasta que estés preparada.

Preparada o no, el momento había llegado. Janie se levantó y se acercó a su marido, que se estaba despertando en la silla. Se detuvo a su lado.

—Te quiero —dijo en voz baja—. Nunca nada podrá cambiarlo. Él le señaló el lugar donde había estado su pierna.

—¿Ni siquiera esto?

—Tom... —gimió ella—. Por favor... no...

Él señaló hacia el salón principal.

—¿O aquello?

Janie permaneció callada durante unos momentos; pero, cuando habló, su voz era firme.

—Ha corrido mucha agua bajo el puente desde entonces. Tom bajó la mirada.

—Sí. Ha corrido. A pesar de todo lo que hemos pasado, nos ha ido bastante bien. —La miró, a la espera de la confirmación de su esposa.

—Milagrosamente bien.

—Pero tienes que reconocer que esto lo cambia todo.

Janie estaba a punto de decir: «No, no tengo que reconocerlo», pero sabía que sonaría furiosa. En cambio, dijo sencillamente:

—Tenemos un hijo, un hogar, una familia... aunque no sea normal; una vida por la que hemos trabajado mucho. Nada me hará ponerla en peligro. Esta es una buena vida; si quieres saber la verdad, nunca me he sentido más feliz. Claro que echo de menos el trabajo que hacía y la manera en que lo hacía, pero estoy volviendo a poner en marcha mi consulta. —Sonrió—. No es tan malo ser un médico rural. Algunas veces es duro, pero en realidad para mí es suficiente. Nos arreglamos con lo que tenemos y cada día tenemos más. Te necesito a ti, a Alex, a Kristina y a todos los demás. No sé qué haría sin ti. Tom se movió con la muleta. Cuando llegó a su lado, se apoyó en el lecho de Alex y se equilibró sobre la pierna. Abrazó a su esposa y la apretó con fuerza.

415

—Espera —dijo Caroline cuando apareció Janie—. Hay algo que debo decirte... de Bruce.

Janie se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Él... no es el mismo.

Janie apartó la mano del picaporte.

—¿A qué te refieres?

—Su rostro... Janie, es casi todo cicatrices. Algo terrible ha tenido que sucederle. Tuve que morderme la lengua para no gritar. Janie permaneció junto a la puerta por un momento. Luego murmuró

«gracias», respiró profundamente y entró en la sala principal. Bruce se hallaba solo; Lany se había encargado de que todos los demás encontrasen algo que hacer en otra parte. Cuando Janie entró, él le daba la espalda. Al oír sus pasos, se volvió y la miró de frente. La línea de las cicatrices le dividía el rostro por la mitad. Un ojo estaba completamente cerrado; una gran lágrima caía por la comisura exterior. Ella lo miró durante unos segundos sin decir nada.

—Se te ve muy bien —dijo él al cabo.

—A ti también.

—Janie, por favor...

Ella cerró los ojos por unos momentos, luego los volvió a abrir. Se acercó y cogió una de sus manos llenas de cicatrices entre las suyas. Besó suavemente la piel áspera.

—Para mí, siempre tendrás el aspecto de la última vez que te vi.

—Desearía recordarme a mí mismo de aquella manera.

Ella soltó una risita y se llevó la mano de él a la mejilla; una lágrima se deslizó por su rostro, y Bruce utilizó la punta del dedo para quitársela.

—Espero no haberte hecho daño. Tengo la piel tan áspera...

—De ser así, tampoco me habría dado cuenta. Estoy completamente entumecida.

—Es comprensible. —Él metió la mano en un bolsillo y sacó algo en el puño—. Dame la mano —dijo con una sonrisa—. Te he traído un regalo. Le puso un limón en la mano. Ella lo hizo girar y lo observó con una mirada de asombro. Luego se lo acercó a la cara y aspiró su fragancia.

—Oh, Dios mío, ¿de dónde ha salido esto?

En el momento en que estaba a punto de morder la corteza, Caroline entró

en la sala.

—Lo siento —dijo—, pero Alex está diciendo cosas sin sentido. Cuando Janie se disponía a volver con el enfermo, Bruce la sujetó por la muñeca.

—También he traído algo más. Podría ayudar.

Los dos hombres se encontraron cara a cara por primera vez. Se miraron durante unos instantes, y cada uno se preguntó si su propia imperfección era la peor. Después de un momento, Bruce le extendió la mano derecha.

—Quiero darte las gracias por todo lo que hiciste para conseguirme aquel visado.

Tom se apoyó en una muleta y extendió la mano para estrechársela. Fue un apretón firme y sincero.

—Lamento que tardase tanto.

Bruce se rió por lo bajo y sacudió la cabeza.

—No es verdad. —Miró por un instante a Janie y luego le sonrió de nuevo a Tom—. Y, si diste largas al asunto, no puedo culparte.

Probablemente yo habría hecho lo mismo.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Entonces Alex se agitó en la cama y les recordó por qué estaban en la habitación.

—Tenemos trabajo que hacer—dijo Bruce, que se quitó la mochila de los hombros y rebuscó algo en el interior. Sacó el frasco con el valioso líquido verde—. Tenemos que conseguir que esto llegue a su estómago. Es una enzima, pero todavía no he conseguido separar la parte efectiva. No se me ocurre otra manera de administrárselo.

Improvisaron una sonda y la deslizaron por la garganta de Alex. Janie agradeció en silencio que su hijo estuviese inconsciente y no notase la gran molestia provocada por el tubo que se deslizaba por su esófago. Después de verter el líquido, retiraron la sonda.

Tom y Janie se sentaron uno al lado del otro, cogidos de la mano, con Bruce detrás de ellos, y los tres observaron a Alex, el cual musitaba todo lo que su madre le había leído, manifestando así los recuerdos de Alejandro, y pronunció

los nombres familiares durante toda la noche. Entretanto, el medicamento que Bruce había llevado desde Worcester se expandía lentamente por todo su cuerpo.

Alex llamaba angustiado a Adele y susurraba el nombre de Philomène con amorosa reverencia. Janie le enjugó el sudor de la frente mientras él arqueaba la espalda y gritaba llamando a Eduardo Hernández, a sir John Chandos, a Guillaume Karle y a todos los demás con quienes se había cruzado en su primera vida. Le secó las lágrimas de las mejillas cuando llamaba a Kate, y percibió el dolor con que le hablaba a Avram Canches. Repitió una y otra vez

«De Chauliac».

Hasta la noche siguiente no abrió de nuevo los ojos. Entonces su primera palabra fue «mamá».

—Tienes un buen cepillo de dientes, así que no te olvides de usarlo, y pídele a Bruce que te lo hierva de vez en cuando.

—Me aseguraré de que lo haga —prometió Lany.

Janie la miró con una expresión de agradecimiento, y luego se volvió de nuevo hacia Alex.

—Espero que recuerdes que debes lavarte las manos.

—Por supuesto —dijo Alex—. Me lo dices cien veces al día.

—Ese es mi trabajo —replicó Janie—. No estaré allí para hacerlo, así que tendrás que recordarlo solo.

—No, Bruce me lo recordará.

«Sí, supongo que lo hará.»

—Muy bien. Ahora ve a comprobar si tienes todo lo que te dije que pusieras en la maleta.

Alex se marchó a la carrera.

—¿Dónde está Bruce? —le preguntó Janie a Lany.

—Creo que en el laboratorio.

Janie salió de la sala principal y fue al laboratorio. Tal como le había dicho Lany, lo encontró allí, revisando los resultados de las pruebas que Kristina había hecho con la sangre de Alex.

Ella permaneció en el umbral, hasta que Bruce advirtió su presencia.

—Hola —dijo él.

—Es la hora de partir —señaló ella. Una expresión de inquietud asomó en su rostro—. Le he recordado a Alex que se lave los dientes, y...

—Cuidaremos bien de él, te lo prometo.

—¿Estás seguro de que lo necesitas? Me refiero a si no hay alguna otra manera...

—¿Es que tú ves otra?

—No, supongo que no —contestó Janie después de una breve pausa.

—La respuesta inmunológica de su sangre a la bacteria ha sido fabulosa. Si podemos averiguar cómo se produjo, quizá podríamos encontrar la fórmula farmacéutica que nos permitiría...

—Pues entonces llévate su sangre.

—Sabes bien que la respuesta se desarrolla con el tiempo. —Se acercó a ella—. Él quiere ir. Está entusiasmado. Lany estará allí, y yo también, y hay montones de niños.

—Te incordiará a más no poder para continuar con su formación médica.

—Me encantará enseñarle. Es un chico brillante y podrá hacer que las cosas cambien en el mundo. Por favor, Janie, no te interpongas en su camino. 418

—Esto es una revancha, ¿no? Yo te robé el corazón, y ahora tú me estás robando a mi...

—Basta. Cualquiera diría que no vas a verlo nunca más. Si esto funciona como creemos, las cosas cambiarán por completo; la Coalición se

verá
impotente, porque no tendrán su arma de destrucción masiva. Tu hijo la habrá
neutralizado.
Ella permaneció en silencio durante unos momentos.
—Por favor, avísame en cuanto lleguéis allí.
—Te lo prometo. Primero pasaremos por Orange para recoger a unas cuantas personas, luego nos detendremos en aquella fábrica que tú y Lany visteis cuando ibais a Worcester. Creo que debemos ponernos en contacto con ellos, averiguar si son amigos, preguntarles por las tumbas. Si lo son, tendremos un grupo de buenos aliados.
Janie continuó buscando pegas y Bruce las desmontó una tras otra. Ella sabía que tenía razón, pero ver marchar a su hijo a la tierna edad de siete años era tan tremendo que apenas si podía soportarlo.
Bruce cambió de tema para apartarla de su dolor.
—Tom lo está haciendo muy bien con su nueva pierna.
—Así es. Dice que le encaja muy bien. No sé cómo darte las gracias.
—Tendrás que pagármelo cuando las cosas mejoren. Espero que me reemplacen parte de todo este tejido muerto. Tú eres la única cirujana que conozco.
—No tienes más que decir cuándo.
—Después de que nos instalemos y hayamos puesto en marcha todo este proceso con Alex. Tenemos mucho tiempo.
Janie sonrió.
—Lo tenemos, ¿verdad?
Bruce le devolvió la sonrisa.
—Sí. Por cierto, ¿te has fijado?
Le señaló el invernadero. Había flores en el limonero. 419

35

Kate y Alejandro salieron al patio de De Chauliac y contemplaron cómo se alejaba la comadrona con una pequeña fortuna en oro apretada contra el pecho. Nadie negaría que era un simple soborno, y mucho menos la mujer. El pago por su trabajo en el parto no habría sido ni una centésima parte de lo que se llevaba.
—¿Cuánto tiempo crees que guardará nuestro secreto? —preguntó Kate.
—Hasta que se le acabe el oro. Luego, sin duda, volverá para pedir más.
—¿Y si no se lo damos? Esto no puede durar para siempre.

—Entonces venderá nuestra historia a quien esté dispuesto a darle lo que ella quiera. Primero me denunciará como el judío que humilló a su antigua señora con un romance fingido, y luego, si eso no basta, revelará que Philomène trabajó como médico. De Chauliac no podrá ayudarnos, ni tampoco debe. No podemos permitir que nuestras desdichas lo afecten. Su integridad no tiene que verse comprometida. Todavía queda mucho trabajo por hacer en su libro, y debe disponer de todo el tiempo que necesita.

Kate exhaló un largo suspiro y se ajustó el chal, como si sintiese frío.

—Entonces no nos queda mucho tiempo. Hemos de marcharnos pronto, para que él pueda negar nuestra presencia si alguien pregunta. —Apoyó una mano en el brazo de Alejandro—. Anhelo el día en que podamos quedarnos en un lugar sin miedo a ser descubiertos o traicionados.

—Yo también, hija.

Alejandro entró en la habitación de los niños y encontró a su hija en los brazos del ama de cría.

—Acaba de terminar —le dijo la joven mientras le entregaba el bebé. Se levantó—. Ahora me marcho.

Alejandro le dio las gracias. Cuando estuvo seguro de que se había marchado, besó al bebé en la frente y le dijo con voz de arrullo:

—Vamos, pequeña, vayamos a visitar a tu madre un rato. Philomène todavía estaba en la cama donde había pasado la intervención quirúrgica, demasiado débil para moverse. Kate y las doncellas de la casa la habían mantenido limpia todo lo posible; pero, a pesar de sus esfuerzos, el olor al parto aún flotaba en el aire, y Alejandro lo notó al entrar. Dejó al bebé y abrió

la ventana con una mueca; cada vez que una de las doncellas entraba para atender a Philomène, se apresuraba a cerrar la ventana para evitar los malos humores. Sin duda dichos malos humores existían, pero Alejandro sabía que el aire le haría mucho bien pese al riesgo que podía plantear el miasma de París. Apartó la manta y levantó con cuidado el camisón para ver el vendaje de la herida. Philomène entreabrió los ojos cuando lo hizo. Él le sonrió

animosamente.

—El drenaje continúa limpio. Es una muy buena señal.

La joven no dijo nada, pero hizo un gesto de asentimiento. Alejandro se inclinó entonces para acercar la nariz al abdomen y percibir el olor que

emanaba del vendaje. Después de considerar su naturaleza por un momento, afirmó:

—No detecto ningún olor a infección. Parece un milagro, pero te estás curando.

Ella volvió la cabeza hacia un lado; Alejandro no podía verle el rostro, pero sabía que su expresión sería de dolor. Le sujetó el rostro suavemente con una mano y la obligó a mirarlo.

—Me preocupas con tu melancolía —dijo—. Debes mantener el buen ánimo que favorece la salud.

—¿Cómo puedes saber la vergüenza que siento? —repuso ella en un susurro—. Ya no soy una mujer. Las partes que me hacían femenina ya no están.

—Pero estás viva. ¿Necesito recordarte que si De Chauliac no hubiese hecho lo que hizo, podrías haber perdido todos tus fluidos corporales? Tal desequilibrio te habría conducido sin duda a la muerte. Le agradeceré

eternamente lo que hizo. —Le acarició los cabellos—. Tú eres la mujer que siempre he querido y necesitado. —Se apartó de la cama y alzó de nuevo al bebé. Lo acercó a la cama y lo sostuvo junto a la madre. La expresión de Philomène se animó de inmediato.

—Mira lo que me has dado. Ariella Meryle.

Philomène apartó la pañoleta que tapaba la cabeza de la niña. El cabello del bebé era abundante y negro, y la piel rosada.

—Mi pequeño mirlo. Ruego para que ella no tenga que volar demasiado pronto.

Alejandro la dejó que disfrutase del bebé durante unos momentos, y después manifestó:

—Ese puede ser su legado. Muy pronto tendrá que emprender su primer vuelo.

Le relató los acontecimientos del día en que Ariella había nacido, el soborno pagado a la comadrona y su desconfianza de que la mujer mantuviese la promesa de no traicionarlos.

—Hemos comprado un poco de tiempo, nada más. No tardará en vendernos. Así que debemos estar preparados.

Compraron un buen carro y cuatro excelentes caballos. De Chauliac en persona supervisó las modificaciones en el interior del carro; se colocaron varios gruesos colchones de plumas de ganso, y luego se añadieron cojines,

para que Philomène y Avram pudiesen viajar cómodamente por los caminos llenos de baches que salían de París. Ocultaron las herramientas y equipos entre los colchones y los cojines, junto con varios odres vacíos. Alejandro reunió un buen lote de hierbas medicinales, que ocultó en una caja debajo del pescante junto con varios cuchillos y piedras de amolar. Kate preparó un arco y una aljaba llena de flechas, todas hechas a su agrado, y después añadió una cuerda de recambio. Cuando todo estuvo preparado, guardaron el carro y los caballos en el establo, a la espera del día de la traición.

No muchos días más tarde llegó un visitante, un sacerdote de la orden benedictina. Alejandro observó, oculto, mientras De Chauliac llevaba al hombre a su biblioteca y cerraba la puerta.

No estaba presente una hora más tarde, cuando el sacerdote salió de la biblioteca y fue escoltado por el propio De Chauliac hasta el patio, pero el francés lo mandó llamar poco después.

—Temo preguntar qué ha sucedido —le dijo Alejandro a su colega.

—Haces bien, porque no hay nada que contar, excepto que cierta mujer, comadrona por oficio, fue a verlo y le hizo la más extraña de las confesiones. No me ha dicho lo que ella le confesó, porque es un pecado de la máxima gravedad para un sacerdote revelar lo que le confían en el confesionario. —Hizo una pausa—. Pero nosotros sabemos bien lo que le reveló. Quizá lo que le dijo a él se lo dijo también a otros que no están atados por las reglas de su fe.

—Entonces, ha llegado el momento —manifestó Alejandro, apenado.

—Eso me temo.

La tristeza de la inminente separación flotó en el aire entre los dos amigos, hasta que al fin Alejandro dijo con resignación:

—Debemos separarnos de nuevo, colega, quizá por última vez.

—Quizá —repuso De Chauliac—. Me duele comprenderlo.

—A mí también. No sé por dónde empezar a agradecerte por las muchas cosas que me has dado. No las citaré todas, porque me llevaría todo el día, y todavía queda mucho por hacer.

Una sonrisa melancólica apareció en el rostro de De Chauliac.

—¿Qué voy a hacer sin el consuelo y la inspiración de tu compañía?

—Harás como siempre has hecho —replicó Alejandro—. Estudiarás y aprenderás, como haré yo, sabiendo que debo mantenerme a tu nivel o morir en el intento.

Alejandro estaba en el vestíbulo de la casa frente a su viejo colega, un hombre que una vez había sido su maestro y que ahora lo era de nuevo. Habían sido enemigos durante un tiempo, cuando De Chauliac descubrió que Alejandro era judío después de enviarlo a Inglaterra en la Gran Mortandad. Pero cuando sus caminos volvieron a cruzarse, pareció como si Dios los hubiese unido por una razón, y mientras desaparecía la mutua desconfianza había crecido la amistad. De Chauliac era ahora y sería siempre su mejor amigo. Alejandro miró a través de la puerta abierta hacia el patio y contempló en silencio a la familia que lo esperaba. Kate, la hija de su corazón; Guillaume —el hijo de ella y su nieto—; Philomène, su esposa, que ahora sostenía en brazos a su bebé, y Avram, su anciano padre.

Se volvió otra vez hacia su amigo, el enigmático francés que siempre lo inspiraría.

—Hemos pasado juntos por muchas pruebas y triunfos, De Chauliac. Desearía que hubiese más, pero creo que no podrá ser. Nuevamente debo darte las gracias por tu bondad, tu firmeza, tu paciencia y tu ayuda cuando creí que no podría seguir adelante. —Entonces una sonrisa picara apareció en su rostro—. Pero, por encima de todo lo demás, mi querido amigo, debo darte las gracias por hacer algo que ni siquiera mi padre pudo conseguir. De Chauliac lo miró, desconcertado.

—¿De qué se trata?

Alejandro miró al patio.

—Has conseguido una esposa adecuada para mí.

Dicho esto, Alejandro abrazó al hombre que lo había acompañado durante dos décadas. Luego se separó, y salió al patio para unirse a los demás. Alejandro sintió el peso de la mirada de De Chauliac en su espalda mientras abandonaba el patio con su hermosa y preciada familia hacia su nueva vida. 423

36

—Esto es excepcional —le dijo Alex Thomas Macalester a su madre—. En MedGlobe nunca me creerán cuando les diga que estuve junto a mi propia tumba.

—Por favor —le rogó ella—. No apresures las cosas. No es la tuya, es la suya.

—Un tecnicismo.

—Quizá no sea una buena idea contarles nada de todo esto.

—Supongo que tienes razón —repuso Alex.

Caminaron a través del cementerio hasta llegar al lugar donde su precedente yacía enterrado.

Janie se puso de cuclillas para limpiar las hojas de la lápida. La inscripción estaba erosionada por siglos del violento clima de Bretaña. Miró a su hijo.

—¿Estás seguro de que es esta?

—Alejandro Canches —leyó Alex en voz muy baja.

Janie advirtió un ligero temblor.

—¿Dice algo más aparte del nombre? —preguntó ella, después de un momento.

—Sí —le informó Alex—. Después de su nombre dice *«physicus»*, médico. Janie se movió, en cuclillas, hasta la siguiente lápida.

—¿Es esta su esposa?

Alex se acuclilló junto a ella y leyó las letras hebreas.

—«Pi... lo... men». Tiene que ser ella.

Ambos permanecieron en silencio, Janie con la cabeza agachada, como si estuviese rezando. Alex le apoyó una mano en el hombro. Al cabo de un momento sintió que lloraba, aunque no la oyó.

Poco después Janie comenzó a levantarse con alguna dificultad; Alex se puso de pie rápidamente y la ayudó.

—Gracias —dijo ella—. Mis rodillas ya no son lo que eran.

—Sabes que te las pueden reemplazar cuando quieras.

—Lo sé. Pero eso significaría que soy vieja, y no dejo de decirme a mí misma que no lo soy.

—Podría funcionar, pero no lo creo.

Ella siguió contemplando las tumbas, y luego miró a su hijo.

—Me pregunto qué aspecto tendría ella.

—¿Por qué?

—Sé a quién se parece él, y sé cuál es el aspecto de tu esposa, así que...

—Probablemente no se parecía en nada a Sarah. También estoy seguro de que mi Kate no se parece en nada a la precedente.

—Eso no lo sabes.

—Tampoco me importa mucho.

—Sabes que soy curiosa.

—También lo era él —dijo Alex con una sonrisa—. Y lo metió en un montón de líos.

El tren de Nantes a Aviñón flotaba sobre su colchón de aire; el viaje era suave y relajante.

—Me alegro tanto de tener la oportunidad de hacer esto... —comentó Janie—. Sé que has tenido que tomarte un tiempo de tus ocupaciones, y te lo agradezco.

—MedGlobe puede pasar sin mí durante un par de semanas —dijo Alex —. Creo que por fin he aprendido a delegar. Ya no siento la necesidad de supervisarlo todo personalmente. Hay muchísimas personas excelentes para ocuparse de las cosas mientras yo no estoy.

—Bien. No puedes hacerlo todo allí. Me preocupaba mucho por ti cuando comenzaste. Creo que nunca había visto a nadie trabajar tanto.

—Aún había células de la Coalición por todas partes. Tenía que salvar el mundo, mamá. —Se rió y le apretó el brazo con afecto—. Está en mi sangre, ¿lo recuerdas? En más de un sentido.

—¿Cómo podría olvidarlo?

Janie miró a través de la ventanilla mientras el paisaje pasaba raudamente, y consideró con cuánta precisión Alex había caminado por el sendero de su precedente, paso a paso. Su propio mundo era ahora un lugar más seguro porque las personas que trabajaban para su creación, MedGlobe, mantenían un ojo atento a los microbios que aparecían y perseguían a las personas despiadadas que creaban bacterias dañinas.

—¿Echas de menos a Guy y Kate?

—Oh, sí. Pero Sarah lo tiene todo controlado. No creo que ellos me extrañen.

Una voz electrónica sonó en el altavoz para hacer un anuncio en una sucesión de lenguas: «Próxima parada, Montpellier».

El moderno edificio que albergaba la biblioteca universitaria producía un efecto raro, situado como estaba en el centro de una ciudad tan antigua. Madre e hijo apoyaron las palmas en el lector y entraron cuando las puertas se abrieron.

—*Le Cyrurgia Magna* de Guy de Chauliac —le pidió Alex a una de las bibliotecarias.

—*En haut* —le dijo la mujer, señalando hacia la planta alta. Subieron por la escalera mecánica hasta el segundo piso y siguieron los carteles correspondientes a las colecciones históricas. Encontraron el manuscrito en una vitrina de cristal iluminado por una luz suave. Una placa informaba que

era una copia encontrada en Nantes en el siglo XV. Permanecieron delante de la vitrina, mirándolo.

En nombre de Dios, aquí comienza el inventario o recopilación de la medicina en la parte de cirugía, compilada y completada en el año de Nuestro Señor de 1363 por Guy de Chauliac, cirujano y doctor en física, en el estudio de Montpellier...

—Desearía tocarlo —dijo Alex.

—Lo hiciste.

Con una gran sonrisa, Janie y su hijo dijeron al unísono:

—No, ese fue él.

—Tal como él lo describió. Me alegro de que no hayamos visto ninguna foto del lugar antes de venir.

—Desde luego que es blanco.

—Eso es lo que dijo. —Miró hacia lo alto y contó con un dedo las torres —. Tiene un aire a un anuncio de granja de Nueva Inglaterra. Después del palacio papal, visitaron las callejuelas y las minúsculas casas que una vez habían sido el gueto judío.

—Dios mío, esas personas debieron ser muy bajas —comentó Alex mientras se detenía delante del templo medieval.

Se agachó para pasar por debajo del dintel, con una mano apoyada en el símbolo sagrado grabado en el marco de la puerta. Había unas pocas hileras de asientos delante del estrado, donde se alzaba un pequeño podio. El silencio y la calma reinaban en la reducida estancia, sin más luz que la que se filtraba por un 426

ventanuco, encima de la puerta. Alex se miró los pies en la arena del suelo y se preguntó de qué habrían estado hechas las botas del hombre que había cruzado aquel umbral setecientos años atrás.

Janie acabó de consultar el callejero de París y señaló el cartel. —Place Paul Painlevé. Es aquí.

Encontraron la casa de De Chauliac unas pocas puertas más allá del Museo Cluny.

Había una pequeña placa en la piedra del muro del patio, a la derecha de la verja.

—*Musée de Chauliac* —leyó Alex—. Qué apropiado. Una verja de hierro cercaba el patio, y resultó estar cerrada cuando él intentó abrirla. Janie tocó el timbre; esperaron unos minutos, pero nadie los atendió.

Caminaron a lo largo del muro hasta la calle adyacente. Como la mayoría de las calles de los barrios antiguos de París, era muy estrecha, y en un extremo vieron los pilotes de metal que impedían la entrada de los vehículos. Janie cogió

a su hijo de un brazo y se internaron en la callejuela, hasta que lo hizo girar para que mirase hacia la pequeña buhardilla.

—Este tiene que ser el lugar donde se apostaron Kate y Guillaume Karle. Él escribió que los había visto desde la ventana de la buhardilla. —Miró hacia lo alto y señaló—. Aquella es la única que da a la calle.

—¿Tren o barco?

—Barco. Así es como él lo hizo, y es como lo quiero hacer. Pero el cruce desde Calais en el aerodeslizador fue rápido y tranquilo, y no la terrible odisea que Alejandro había conocido. En Dover abordaron otro que los llevó por el Támesis pasado Canterbury. Descendieron en un muelle de tránsito y los condujeron hasta el control de aduanas, por el que debían pasar obligatoriamente todos los viajeros de entrada.

Mientras hacían cola a la espera de su turno, Janie miró en derredor.

—Hay mucha más gente aquí de la que había cuando llegué a Heathrow. Las personas avanzaban, una a una, por una puerta señalada como «Lector de palmas». Janie se rió al verlo.

—Eso significaba antes algo absolutamente diferente —le comentó a su hijo. Al fin también ellos cruzaron la puerta, y entraron en la sala donde se realizaba el trámite de entrada.

Eran los terceros o cuartos de la cola; el funcionario parecía estar tomándose su tiempo para interrogar al hombre que tenía delante. Hablaban, y, 427

aunque Janie no alcanzaba a oír lo que decían, comprendió por las expresiones de ambos que la conversación no debía de ser agradable.

«Inmunizaciones... historial de enfermedades transmisibles... embarazo.»

Razones para el rechazo.

—No le da la mano —le susurró Janie a Alex—. Me pregunto por qué. De pronto sonó una campana, y unas placas metálicas se levantaron del suelo casi al instante. De la parte superior de las placas salieron unos globos que aprisionaron las piernas del hombre sin hacerle daño. En cuestión de segundos, dos guardias con armas químicas salieron por una puerta lateral, se acercaron a la carrera y esposaron al viajero en un santiamén. Uno de los

guardias tocó algo en el suelo; los globos se desinflaron, y las planchas desaparecieron de nuevo en el suelo. Se llevaron a su prisionero mientras Alex y Janie miraban con asombro. Cuando les llegó el turno, Alex se adelantó.

—Alex Thomas Macalester —dijo el funcionario—. Bienvenido a Inglaterra, señor.

Alex se hizo a un lado con un gesto de asentimiento. Entonces fue el turno de Janie. Ella respondió cortésmente a las preguntas del funcionario, ofreció su palma para la inspección y después preguntó en voz baja:

—Si no le importa decírmelo, ¿cuál fue el problema con ese joven?

El funcionario se inclinó hacia adelante y le dedicó un guiño.

—Sospechamos que el tipo podía estar embarazado. —Sonrió ampliamente, por el chiste que había hecho—. Embarazado.

Algo había encendido la señal de alerta en el cerebro del funcionario, y ellos nunca sabrían qué. Nunca sabrían si el mundo había sido salvado de nuevo por aquella pequeña precaución.

El funcionario apretó el botón que registraba electrónicamente su entrada a Inglaterra en el chip que tenía en la palma; luego le sonrió al hombre que iba detrás de Janie y dijo:

—El siguiente.

Los robles, asombrosamente, continuaban allí, aunque mostraban su edad, pues había muy pocas hojas en las ramas retorcidas, incluso en pleno verano. Cruzaron por debajo del arco vegetal; una ligera brisa les agitaba la ropa.

—La casa estaba más o menos por allí —dijo Janie, señalando a unos treinta metros más allá.

—Por lo que escribió, hubiese dicho que estaba más lejos.

—Sí, eso es lo que cualquiera hubiese creído. Era una casita preciosa. El techo de paja, las paredes encaladas, el suelo de madera. Fue una gran pena tener que quemarla. Pero no tuvimos alternativa; era la única manera de detener la propagación.

Se apartaron de los robles y caminaron hasta el extremo más alejado del campo.

—Este era el lugar —dijo ella. Indicó el suelo a un par de metros de una roca que sobresalía—. Aquí mismo. Colocamos la sonda aquí y la

hundimos en la tierra. Solo recogimos un pequeño trozo de la camisa. El resto probablemente todavía esté ahí abajo.

Alex pensó por unos momentos, y luego miró a su madre con entusiasmo.

—Quiero sacarla. Vamos a comprar una pala y la sacaremos. Él la cogió de la mano y comenzó a volverse, dispuesto a marcharse. Janie lo detuvo.

—Alex, no.

—Hay un trozo de mí ahí abajo.

—Lo sé. Pero déjalo estar, por favor. Hay trozos de ti por todo este mundo. No trozos físicos, sino de tu influencia. Tú seguiste allí donde Alejandro Canches lo dejó, te enfrentaste a problemas que nadie más quería abordar, creaste una nueva tecnología, nuevos métodos... MedGlobe es una organización maravillosa, y es tu hijo. Suyo, a través de ti. Que eso sea suficiente. —Bajó la voz y dijo una última cosa—: Será un final mejor.

Alex Thomas Macalester permaneció en silencio en el lugar donde, más de treinta años antes, su «madre» Jane Elizabeth Crowe había sacado el pequeño trozo de tela contaminada que había extendido la peste en Londres. La camisa de donde había salido había sido enterrada allí, en el tiempo de la Peste Negra, por el hombre cuyo material genético había sido utilizado para traerlo a él a la vida.

El relato estaba completo.

—Vayámonos a casa —dijo Alex.

429

37

Agosto de 1394

Sir Geoffrey Chaucer refrenó a su cabalgadura con un tranquilo *«Arrêtez»*

porque era un animal entrenado con órdenes francesas, a diferencia de su montura favorita en Inglaterra. El animal se detuvo en un sendero sombreado que corría a lo largo de la orilla norte del río Loira, a unos kilómetros al este de la ciudad de Nantes. Chaucer sostenía en la mano el gastado pergamino en el que estaba escrito el poema que lo había llevado hasta allí, producto de una mano que él no podía confundir ni siquiera después de tantos años:

Vive allí una anciana dama de cabellos grises
que recuerda tiempos pasados casi cada día
y se pregunta si su querido amigo de antaño

ha entregado su alma o aún la retiene.
Tanto que decir de todos los años pasados...
Ella sacude la cabeza y suspira, intranquila.
¿Debe esperar a aquel que la dejó libre,
debajo de los dos viejos árboles entrelazados?
Pero no, no puede viajar por esta tierra
por miedo a ser capturada por una compañía
de soldados leales al difunto rey,
que la persiguió antaño con sabuesos y arqueros
a través de bosques y plazas;
y dónde acabó ella, nunca lo sabrán.
Pero a este amigo le ofrece una cita,
si él tiene el deseo de aceptarla.
Tres leguas al este pasado el Château de Rais,
donde a menudo se la encuentra en cualquier día.
430

El río fluía pacíficamente, y los pájaros cantaban en el silencio del bosque. Chaucer no oyó los cascos del caballo que se acercaba hasta que lo tuvo casi encima. Se volvió hacia el sonido y vio una figura encapuchada sentada muy erguida en la montura de una yegua gris.

Llevó el caballo en dirección al jinete y llegó a su lado. El jinete se quitó la capucha y sonrió.

Él apenas pudo musitar su nombre al verla.

—Madame... Karle.

Ella asintió graciosamente.

—Ese es todavía mi nombre, sir Geoffrey.

Esto provocó una risa en él.

—No creía que mi nombramiento llegaría hasta tan lejos.

—Todas las noticias acaban por llegar —dijo Kate.

Él la miró por unos momentos. Aunque sus cabellos estaban salpicados de gris, todavía conservaba parte del resplandeciente dorado que recordaba de la juventud. Tenía arrugas en el rostro, pero menos de las que había esperado. Sus mejillas seguían siendo tersas y sus labios llenos, y sus ojos azules brillaban aun en la penumbra del bosque.

—Ay, señora, me quitáis la respiración, porque seguís siendo una belleza. Supongo que no debería sorprenderme que así sea.

—Pura suerte —dijo ella, aunque sonrió con un rubor juvenil—. He sido tratada bien por el tiempo. Mi padre me enseñó las maneras de preservar la salud y yo las he practicado diligentemente. Incluso ahora, en su ausencia.

—Oh, Dios —exclamó Chaucer—. No me atreví a preguntar...

—El año pasado tuvo un ataque.

—Lo siento. Era un hombre notable.

Ella sonrió de nuevo y aceptó las condolencias con un gesto.

—Fue una buena muerte, si eso se puede decir de cualquier fallecimiento. Confío en que el mío sea igual de rápido.

—¿Qué tal está vuestro hijo?

—Está muy bien, puedo decirlo con absoluta confianza. Vive conmigo, no lejos de aquí.

Chaucer apenas si sabía qué preguntar a la vista de su vida poco habitual.

—¿Tiene... algún oficio?

—Es fabricante de muebles y otras cosas de madera. Su arte es impecable.

—Entonces, sois una madre orgullosa. Pero ¿nunca...? Quiero decir, ¿no os...?

—¿Casarme de nuevo? —Kate se rió—. No. Una mujer debe dejar a su familia para casarse debidamente, y yo no estaba dispuesta a hacerlo. Dado lo que sabes de mi familia, estoy segura de que comprenderás mi renuencia. —

Ella bajó la mirada por un momento, como si estuviese reviviendo los recuerdos. Cuando alzó otra vez los ojos preguntó—: ¿Qué hay de la dama que es tu esposa? Hemos oído que es una magnífica mujer.

—Falleció hace siete años. —Ahora fue Chaucer quien bajó la cabeza —. El nuestro no fue un matrimonio perfecto, pero lo que se dice de ella es verdad: fue una mujer buena y decente. Nuestra infelicidad fue enteramente culpa mía. Dios me perdone, pero los pensamientos de otra ocupaban mi corazón de tiempo en tiempo. Con demasiada frecuencia, debo confesar. —Miró a Kate a los ojos—. Nunca los pude borrar del todo.

—Yo también debo confesar que tú estuviste en mi corazón —manifestó en voz baja—. También en mis oraciones, como te prometí.

—Esas oraciones han debido de tener un gran poder, al parecer, porque he vivido una vida favorecida.

—Oímos de tu buena fortuna a menudo: tus nombramientos, los favores del rey, tus magníficos escritos. Y debo decírtelo: he leído tus trabajos cuando he podido conseguirlos. —Se inclinó hacia adelante y dijo con un destello en los ojos—: En realidad, mi señor Chaucer, tus *Cuentos de Canterbury* me entusiasmaron. ¡No necesito decirte por qué! La comadre de Bath, la has captado a la perfección. Por supuesto, tal como la presentas ella quería un censor, ¡estoy segura de que estarás de acuerdo! Pero es una criatura maravillosa, sabia y mundana, y digna de emulación.

Él disfrutó con la alabanza, y luego dijo:

—Y *El cuento del doctor en medicina*, ¿qué opináis de él?

Hubo una pausa.

—Habría preferido un final mejor —respondió ella—, aunque difiere poco de nuestro caballero de aquel viaje. Él nunca nos quiso decir cómo había muerto su hija, y nosotros nunca le insistimos. En aquel momento nos pareció una crueldad. Pero tu caballero... Matar a su propia hija, para mantenerla a salvo de aquellos que le hubieran hecho daño, parece demasiado extremo. Chaucer respondió, como si necesitase explicarse:

—Uno debe exagerar algunas veces, por el bien del drama. Escribí lo que me pareció el peor de los argumentos posibles, y no dejé de rogar durante todo el tiempo que Dios hubiese tenido una idea mejor.

—Bien —manifestó ella en voz baja—, tus plegarias ciertamente han tenido poder en mi vida, aunque no en la del pobre caballero. Dicho esto, sacó un libro de debajo de los pliegues de la capa y se lo dio a Chaucer, que le dedicó un rápido vistazo antes de mirarla de nuevo a ella con curiosidad.

—Mi padre llevó un diario durante muchos años. Lo dejó olvidado en la casa de la madre Sarah cuando nos marchamos rápidamente después de la primera Gran Mortandad. Siempre juró que debía seguir allí, que la hija Sarah 432

se lo había ocultado cuando le preguntó por él a su regreso, durante la *pestis secunda*. No sé si es verdad; pero, como quizá recuerdes, no era hombre de palabras vanas. —Hizo un gesto hacia el libro—. Eso que tienes en la mano es el diario que escribió su esposa; comienza con el viaje de mi padre para rescatarme y acaba solo unos pocos meses atrás con su propia muerte.

—Se casó; ¡me hace muy feliz saberlo!

—Sí, ella fue el amor que dejó en París cuando viajó a Inglaterra para rescatarme. Tuvo una muy buena vida con Philomène. Ella también era médico, así que compartieron el amor y el trabajo.

—¡Una mujer médico! —exclamó Chaucer, sorprendido.

—En efecto, una mujer; también fue alumna de De Chauliac, aunque él lo mantuvo oculto.

—Entonces era un matrimonio que estaba predestinado.

—Así es. —Señaló el diario que Chaucer tenía en las manos—. También hay cosas tristes, pero él la amaba con todo su corazón, y la suya fue una unión muy afortunada. Todo está registrado ahí, incluidos los acontecimientos de nuestra última huida de Inglaterra. Quisiera pedirte que te lo lleves cuando regreses y se lo des a la hija Sarah, y si ella no está allí, a su hija. Si no las encuentras, entonces quédatelo para ti como un recuerdo de mi eterna amistad. Lo he leído mil veces y recuerdo cada palabra, así que no lo echaré en falta. Si encuentras a Sarah, pídele que copie las entradas en el diario de mi padre, si todavía existe. Él comenzó a abrir el diario de Philomène y luego lo pensó mejor.

—¿Puedo?

—Por favor, léelo si quieres —respondió Kate—. Solo necesito llegar antes de la caída de la noche, o Guillaume se inquietará.

Chaucer pasó las páginas cuidadosamente, y leyó pequeños fragmentos aquí y allá, mientras Kate, sentada en su caballo, observaba cómo cambiaba su expresión con cada etapa de la vida del judío Alejandro Canches, tal como la describía su amante y devota esposa cristiana, Philomène.

Nuestra preciosa hija crece. Comienza a hablar, y mi marido insiste en que debe aprender todos los idiomas que sabemos, comenzando inmediatamente, aunque apenas si puede caminar. Ahora es el momento, dice él, para que ella los aprenda todos. Así que le hablamos en francés, en bretón, en latín entremezclado con palabras griegas, en inglés y, por supuesto, en hebreo. Es una maravilla que consiga hablar, con todas las curiosas palabras que él le enseña cada día...

—¡Una hija! ¡Qué maravilla! ¿Cuál es su nombre?

—Ariella Meryle. Su pequeño mirlo.

—Precioso —dijo Chaucer. Continuó leyendo.

433

¡Guillaume es un joven maravilloso! Nos asombramos cada día al ver cómo crece y prospera. Sin embargo, hay algo en él, un anhelo de

intimidad, quizá, que lo hace mantenerse un tanto separado de los demás. Alejandro cree que, en algún rincón oscuro de su alma, le preocupa volver a verse apartado de su familia, o que alguien a quien quiere le sea arrebatado. Rezo a diario para que se sobreponga a esos pensamientos, si es verdad.

Chaucer exhaló un suspiro y pasó unas cuantas páginas más del diario.

Avram Canches ha dejado hoy esta tierra. Mi marido estaba a su lado cuando este gran anciano exhaló su último suspiro y partió en busca de su recompensa. Mañana entregaremos su cuerpo al fuego. Esto va en contra de la costumbre judía, pero no hay un cementerio judío en Nantes y no nos atrevemos a descubrirnos preguntando si hay alguno en los alrededores. Dios sabe que lo lloraremos adecuadamente; eso es lo que importa.

De nuevo, Chaucer apartó la mirada del diario.

—Entonces, se reunió con su padre.

—Sí. De Chauliac lo trajo con él en uno de sus viajes a Aviñón. ¡Aquel fue un día feliz!

—Me lo imagino —manifestó Chaucer. Leyó unas cuantas líneas más —.

¡Aquí hay más alegría!

—Sí —asintió Kate—. Pero también algunas amarguras.

¡La *Cyrurgia* está completa! Viajamos a París para unirnos al padre Guy en una celebración. Se ha dedicado muchísimo trabajo a su creación, pero estoy segura de que resistirá el paso del tiempo. En los siglos venideros, los médicos continuarán buscando la sabiduría y la belleza que encierran sus páginas.

Pero, mientras estábamos allí, Guy de Chauliac fue llamado al seno de Dios. Mi esposo no encontró consuelo ante la pérdida de su más querido amigo. No pudimos asistir al funeral, y fue una tortura para nosotros, pero oímos que fue algo notable; lo presidió el propio papa Urbano.

Antes de dejar París, trabajamos diligentemente durante casi una quincena, y por la gracia de Dios fuimos capaces de hacer una copia completa del libro. Lo llevamos con nosotros cuando regresamos a Nantes. Inmediatamente después de nuestro retorno, mi buen esposo fue 434

a una pequeña iglesia y, aunque iba contra su fe, encendió una vela por el alma de De Chauliac. Lloró sin vergüenza por el alma de nuestro amado mentor y amigo. Dado que teníamos una copia del libro en francés, mi esposo asumió la tarea de traducir la obra al inglés. Pasó la mayor parte del

año siguiente en este trabajo, pero ahora nuestro orgullo no tiene límites al saber que nuestras manos están presentes de una manera tan significativa...

Chaucer apartó la mirada del diario.

—¿Es que el hombre nunca dejaba de trabajar?

—No que yo recuerde —dijo Kate y se rió—. Transmitió su influencia a mi hijo, me temo, aunque no son de la misma sangre.

Guillaume talla la madera incesantemente; nos ha hecho una mesa de escritorio con la madera de un nogal, y juro que nunca he visto una cosa más bonita. Allí guardamos nuestros documentos, aunque son pocos.

Cada día después de escribir en este diario, lo guardo en uno de sus cajones, tranquila en el conocimiento de que estará seguro y seco... La querida Kate se ha convertido en una comadrona sin igual; no hay mujer en Francia que pueda traer a un niño a este mundo con mayor habilidad y cuidado. A menudo la llaman a la casa de la *famille* de Rais para atender al nacimiento de sus hijos; son gente altiva, sin la menor idea de que una hija del rey de Inglaterra está sacando a los bebés de sus nobles vientres franceses, sin grandes contratiempos. Ayer trajo a trillizos a este mundo y, por la gracia de Dios, todos sobrevivieron. Es una señal, dice Alejandro, de que Dios nos favorece...

Hoy es el aniversario de nuestra boda. Mi querido marido me trajo un volumen del inglés Geoffrey Chaucer, que conspiró con él para sacar a nuestra querida Kate de Inglaterra. Dios bendiga y mantenga a este hombre noble, valiente y notable. Es una obra deliciosa, llena de maravillosos personajes, cada uno con su propia historia, cada uno con un relato que contar. Pero no me gustó el cuento del médico. Quiero un final mejor.

Y una última entrada, con fecha del 8 de septiembre de 1393:

Mi alma está vacía y carente de toda felicidad. Ayer mi marido Alejandro Canches tuvo un ataque. Estaba en su consultorio, que dispuso de acuerdo con el que tenía su difunto amigo De Chauliac. Trabajaba en una platina de sangre. Había puesto todo tipo de tinturas 435

en él e intentaba evaluar los resultados de sus experimentos; era la sangre de una mujer que se había enfermado con la peste y sin embargo había sobrevivido. «He visto esto antes —me dijo—, muchos años atrás en Inglaterra, y debo desentrañar el misterio.»

Hasta su último momento, mi querido y dulce Alejandro buscó el conocimiento y empleó sus mejores esfuerzos en mejorar el destino de los demás hombres, fuesen cristianos o judíos. «Somos todos hijos del mismo

Dios», decía, y vivió su vida fiel a esa creencia. Así que, querido Dios, te pido por favor, en tu infinita sabiduría, que encuentres la manera de traer de nuevo al mundo a un hombre como él para que se pueda beneficiar de su maravillosa influencia.

Sir Geoffrey Chaucer detuvo su caballo delante de los dos robles y respiró

profundamente antes de guiarlo por debajo del arco. Se levantó una brisa, pero no tan fuerte como la que había notado en su primer viaje. El camino hasta la casa también parecía diferente, mucho más corto y con menos raíces. Se preguntó si el lugar tenía el poder de cambiar con el tiempo; desde luego, así

parecía.

Una vieja con un chal rojo atendía unas gallinas cuando él entró en el claro. Ella lo miró y le dio la bienvenida con una sonrisa.

—Tú has estado aquí antes —dijo.

—¿Cómo lo sabes, anciana madre?

—Lo veo en tu rostro. Soy Sarah, como bien sabes.

—Geoffrey Chaucer a tu servicio, señora. —Saludó respetuosamente con un movimiento de cabeza.

—¡Ah, el poeta! Bien, pasa y entretenme con tus preciosos cuentos. Te daré

algo de beber. Hace calor y sin duda tendrás sed.

Pero Chaucer permaneció montado.

—Te lo agradezco, pero tengo muchos recados que atender antes de que se ponga el sol. Te he traído algo. ¿Sabes leer, madre?

—¿Cómo si no sabría que eres un poeta?

—¿Sabes escribir?

—Sí.

—Muy bien —dijo Chaucer, que sacó el diario de Philomène de la alforja y se lo dio a Sarah.

Ella lo abrió y hojeó unas cuantas páginas.

—Esto no es poesía.

—No —repuso Chaucer—, pero también es un relato interesante. —Su mirada se dirigió al libro—. Está escrito por la esposa del médico que dejó su diario aquí...

—Ah, lo oí mencionar... Mi madre, en sus charlas seniles, hablaba de él a menudo y con entusiasmo. Pero yo misma no he sabido averiguar dónde está.

—Vaya. En ese caso, no te servirá de nada el libro —manifestó Chaucer —. Es una pena; su hija creyó que quizá podría ser de interés para ti. — Tendió la mano, expectante.

Sarah miró a Chaucer con suspicacia, y se rascó la barbilla mientras lo hacía.

—Echaré otra ojeada entre las cosas de mi madre —acabó por decir—. Se me ocurre que quizá esté en algún sitio entre ellas, aunque no lo puedo afirmar. Chaucer sonrió al oírla.

—Si da la casualidad de que lo encuentras, quizá quieras tener la amabilidad de añadir unas pocas entradas. —Se inclinó, como si fuese a confiarle algo—. Será mucho más entretenido si lo haces.

—Sí —dijo la vieja—. ¿Otro *Cuento del doctor en medicina*? Es de esperar que este tenga un final mejor.

Sus ojos brillaron.

Chaucer se tocó el ala del sombrero en señal de despedida.

—Entonces arreglado. Te deseo que pases un buen día, madre.

—¿Qué, sin un cuento?

—Tienes uno en tus manos —respondió él con una sonrisa. Dicho esto, hizo girar a su caballo y se alejó por el sendero. Los robles lo dejaron pasar sin siquiera un soplo de aire. En mitad del campo, se apeó del caballo y recogió un puñado de tierra. Se lo llevó a la nariz y aspiró su fuerte olor acre; luego lo volvió a dejar en el mismo lugar y lo palmeó reverentemente.

OceanofPDF.com